

Bryce Courtenay

**LA POTENCIA DE UNO**



se

Lectulandia

A los cinco años, Peekay es arrancado de su hogar para comenzar una nueva vida en un internado de Transvaal del Norte. Siendo el único niño inglés, se convierte en el blanco preferido de una patota de afrikaners neonazis, y su único amigo resulta ser un viejo y maravilloso gallo, por él bautizado Abuelo Chook. En el internado Peekay aprende la primera lección de la potencia de uno: la supervivencia. En el viaje en tren de regreso a su casa en las Montañas del Este aprende la segunda lección: la fuerza. Hace amistad con Hoppie, el exuberante revisor del tren y campeón de boxeo de los ferrocarriles, cuyas palabras de lucha y sabiduría suscitan en Peekay la ambición fervorosa, que le durará toda la vida, de llegar a ser campeón mundial de peso welter.

La guerra europea se hace sentir en el pueblecito de Peekay, donde éste encuentra un amigo en el excéntrico profesor alemán de música y experto en cactus, Doc. Las autoridades encarcelan a Doc como enemigo extranjero y Peekay halla el modo de infiltrarse en el mundo de la prisión para no separarse de su amigo. En el ambiente deshumanizado de la prisión Peekay encuentra su mejor entrenador de boxeo en la persona de un astuto negro llamado Geel Piet, hombre de todo quehacer. Así nace la leyenda del «Ángel Renacuajo» la leyenda de un pequeño boxeador invencible que encarnará la causa del pueblo africano contra el desalmado poder de los boers.

Situada en los años '40 en Suráfrica, esta auténtica epopeya de la supervivencia es la historia apasionante de un niño que libra y gana, por sus propios medios, una larga batalla contra la crueldad y la soledad.

**Lectulandia**

Bryce Courtenay

# **La potencia de uno**

ePub r1.0

Titivillus 10.12.2017

Título original: *The Power of One*  
Bryce Courtenay, 1989  
Traducción: José Manuel Álvarez-Flórez  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Maude Jasmine Greer y Enda Murphy.  
Éste es el libro que os prometí  
hace mucho tiempo.

## UNO

Esto es lo que pasó.

Antes que comenzara propiamente mi vida, hice los lloriqueos y chupeteos habituales, que en mi caso se produjeron con un par de pechos negros, suaves e inmensos. De acuerdo con la tradición africana, seguí mamando a lo largo de mis primeros dos años y medio, tras lo cual mi nodriza zulú se convirtió en mi niñera. Era una persona hecha para la risa, el afecto y la dulzura, y me estrechaba entre sus pechos y acariciaba mis bucles dorados con una mano tan enorme que parecía abarcar toda mi cabeza. Me aliviaba las penas con una canción de un joven y valeroso guerrero que cazaba un león y con un canto de mujeres que hablaba de lavar la ropa en la gran peña junto al río, donde al oscurecer los babuinos bajaban de las lomas para beber.

Mi vida propiamente dicha comenzó a los cinco años, cuando mi madre tuvo la crisis nerviosa. Me arrancaron de los brazos de aquella encantadora niñera negra de gran sonrisa blanca y me enviaron interno a un colegio.

Se inició así un período de trozos amarillos de calabaza, ennegrecidos y chamuscados y amargos por los bordes; puré de patata de grumos vidriosos; carne bordeada de cartílago en salsa gris; zanahorias cortadas en taquitos; col caliente, aguada y flatulenta; camas que se mojaban solas por la mañana; y una sensación completamente nueva llamada soledad.

Fui durante dos años el niño más pequeño del colegio, y sólo hablaba inglés, la lengua corrompida que se había extendido como una peste por la tierra sagrada y había infectado las aguas dulces y puras de la africaneeridad<sup>[1]</sup>.

La guerra de los bóers había creado una gran hostilidad contra los ingleses, contra los *rooineks*. Era un odio que había penetrado en la sangre y marcado el corazón y la mentalidad de la generación siguiente. Para sus hijos descalzos yo era el primer ejemplo vivo del odio congénito que profesaban a mi especie.

Hablaba el idioma en que se habían pronunciado las sentencias que habían acabado con sus abuelos y enviado a sus abuelas a los primeros campos de concentración del mundo, donde habían muerto como moscas, de disentería, malaria

y fiebre del agua negra. Para los inflexibles granjeros calvinistas, los pecados de los padres se transmitían a los hijos hasta la tercera generación. Yo estaba infectado.

Como nadie me había advertido previamente de mi malvada condición, ésta constituyó para mí una sorpresa aterradora. Estaba lloriqueando solo en el dormitorio de los pequeños y de pronto: dos muchachos de once años me sacaron a rastras de debajo de una manta horrorosa que olía a alcanfor y me llevaron al dormitorio de los mayores, para hacerme comparecer ante el consejo de guerra.

Mi juicio fue, naturalmente, una parodia de la justicia. ¿Pero, qué podía esperar? Había sido capturado muy por detrás de las líneas enemigas, y todo el mundo, hasta un niño de cinco años, sabe que eso significa sentencia de muerte. Allí estaba yo farfullando, incapaz de entender el lenguaje del estentóreo juez de doce años, ni el motivo de la hilaridad general cuando se dictó sentencia. Pero me imaginaba lo peor.

Ignoraba qué era la muerte. Sabía que era algo que ocurría en el matadero, a los cerdos y las cabras y, de vez en cuando, a una novilla. Los chillidos de los cerdos eran tan horrorosos que yo sabía que no se trataba de una experiencia demasiado agradable, ni siquiera para ellos.

Y estaba seguro de algo más: la muerte no era tan buena como la vida. Y estaba a punto de sucederme antes de que pudiese realmente cogerle el gusto a la vida. Procuré contener las lágrimas mientras me sacaban de allí a rastras.

Debía de haber luna llena aquella noche, porque el cuarto de las duchas estaba bañado de luz azul. Las ásperas paredes de granito de los entrantes de las duchas destacaban en ángulos firmes contra el mojado suelo de cemento. Yo nunca había estado en unas duchas, y aquel lugar se parecía al matadero de la granja. Incluso olía igual, a orina y a jabón fénico azul, así que pensé que iba a ser allí donde iba a tener lugar mi muerte.

Tenía los ojos un poco hinchados de llorar, pero pude ver el sitio en el que debían colgar los ganchos de la carne. Cada plancha de granito tenía una tubería que sobresalía de la pared con una protuberancia en la punta. Me colgarían de un tubo de aquéllos y estaría muerto, igual que los cerdos.

Me mandaron quitarme el pijama y arrodillarme en la ducha de cara a la pared. Fijé la vista en el agujero del suelo por donde iba a escurrirse toda mi sangre. Luego cerré los ojos y empecé a rezar una oración muda y lastimera. No iba dirigida a Dios, sino a mi niñera. Parecía lo más urgente, lo mejor que podía hacer. Mi niñera, cuando no podía resolver alguno de mis problemas, decía siempre: «Debemos hablar con Inkosi-Inkosikazi, el gran hechicero, él sabrá lo que hay que hacer». Aunque nunca llegáramos a solicitar los servicios del gran hombre no parecía importar, era reconfortante saber que estaba a nuestra disposición en caso necesario.

Pero no había tiempo para enviarle un mensaje a mi niñera, y menos aún para que ella se lo transmitiese a él. Sentí un golpe brusco en el cuello y luego empezó a chorrear sangre tibia por mi cuerpo desnudo y tembloroso, y a caer en el suelo de cemento y a desaparecer por el desagüe. Era extraño, no me sentía muerto. Pero ahí

estaba. ¿Quién sabe lo que es sentirse muerto?

Después de que todos me mearan encima, el juez y su consejo de guerra se fueron. Al cabo de un rato todo quedó muy silencioso, sólo se oía un tip, tip, tip que caía de algún sitio sobre mi cabeza, y mis sollozos, que sonaban como si llegasen de otra parte.

Como no había visto nunca una ducha no sabía abrirla y por tanto no tenía miedo de lavarme. Siempre me había bañado mi niñera en un balde grande de estaño junto a la cocina. Me quedaba de pie y ella me enjabonaba todo, y Dee y Dum, las dos sirvientas de la cocina, que eran gemelas, se reían tapándose la cara con las manos cuando me enjabonaba mi bellotita. A veces se levantaba sola y entonces todas ellas tenían una sesión suplementaria de risitas. Así fue como yo supe que aquello era algo especial. Pronto habría de descubrir hasta qué punto.

Intenté secarme con el pijama, que estaba mojado en las zonas que habían estado en contacto con el suelo, y luego volví a ponérmelo. Ni siquiera intenté abotonármelo porque me temblaban muchísimo las manos. Vagué por aquel gran edificio hasta que encontré el dormitorio de los pequeños. Me escurrí debajo de mi manta y así terminó mi primer día en la vida.

No puedo decir que el segundo día fuese mucho mejor que el primero. Empezaron a torcerse las cosas desde el mismo momento en que desperté. Había niños alrededor de mi cama, tapándose las narices y soltando bufidos. La verdad es que había motivos más que suficientes para ello. Yo olía peor que la letrina de un cafre, peor de lo que olían los cerdos en la pocilga. Peor incluso que ambas cosas juntas.

Los niños se dispersaron al entrar una persona muy grande con una mancha de vello oscuro sobre el labio. Era la misma señora que me había dejado en el dormitorio la noche anterior.

—¡Buenos días, Mevrouw!, —dijeron a coro los niños, firmes todos, cada uno a los pies de su cama.

Aquella persona grande llamada Mevrouw me miró furiosa.

—*Kom*, —dijo en tono feroz.

Luego me agarró de una oreja, mientras me la retorció me sacó de aquella cama hedionda y me llevó otra vez al matadero. Con la mano libre me quitó la chaqueta desabrochada del pijama y me bajó los pantalones hasta los tobillos.

—Entra, —aulló.

Yo pensaba y pensaba desesperadamente, aquella mujer era más grande incluso que mi niñera. Si ella me mea encima seguro que me ahogo. Me quité los pantalones del pijama y ella me empujó dentro de la ducha soltándome la oreja. Hubo un brusco silbido y me taladraron agujas de agua helada.

Cuando uno no se ha duchado nunca y tampoco se ha visto jamás empapado por un inesperado chorro de agua helada, no le resulta muy difícil creer que eso es la muerte. Yo tenía los ojos firmemente cerrados, pero la granizada de agua era



implacable, un millar de pinchazos a la vez agujereándome la piel. ¿Cómo era posible que saliese tanto pis de una persona?

La muerte era fría como el hielo. Decían que el infierno era de fuego y de azufre, y allí estaba yo muriéndome de frío. Era muy aterrador y, como tantas cosas últimamente, justo lo contrario de lo que me habían inducido a esperar.

«Cuando vayas al colegio dormirás en una habitación grande con muchísimos amiguitos, así que no tendrás miedo a la oscuridad». Qué emocionante me había parecido todo.

Aquel feroz ruido silbante y el diluvio de pis helado cesaron bruscamente. Abrí los ojos y no vi a Mevrou. En vez de ella estaba ante mí el juez, con las mangas del pijama remangadas, se había mojado el brazo con el que había cerrado la ducha. Detrás de él estaban el jurado y todos los niños más pequeños de mi dormitorio.

Cuando el agua me aclaró los ojos intenté sonreír agradecido. El juez estiró inesperadamente su brazo mojado, me agarró por la muñeca, me sacó violentamente de la ducha. El jurado formó un círculo a mi alrededor mientras yo me quedaba quieto y aterrado allí de pie, tapándome el escroto con las manos. Me castañeteaban los dientes sin control, una síncope lisa y extraña dentro de mi cabeza. El juez extendió el brazo de nuevo y cogiéndome las dos muñecas en una mano grande me apartó las manos y señaló mi bellotita.

—¿Por qué te meas en la cama, rooinek?, —preguntó.

—¡Eh, mirad, su culebra no tiene sombrero!, —gritó alguien. Se amontonaron todos acercándose más, entusiasmados ante aquel hecho monstruoso.

—¡Pisskop! ¡Pisskop!, —gritó uno de los pequeños y al instante todos los pequeños estaban coreándolo.

—Oyes, te llaman meón, —tradujo el juez—. ¿Quién le cortó el sombrero a tu culebra, Pisskop?

Bajé la vista hacia donde me indicaba; los dientes pasaron ya a un castañeteo más pausado. A mí todo me parecía perfectamente normal, aunque la punta estaba de un color azul claro y había desaparecido casi en el interior de su collar de piel limpio y redondo. Alcé la vista hacia el juez, desconcertado.

Entonces el juez me soltó los brazos, y utilizando las dos manos se abrió la bragueta del pijama. Su «culebra», monstruosamente grande, me quedaba al nivel de los ojos, y parecía estar hecha de una funda continua que terminaba en un punto de piel arrugada. En su base crecían unos cuantos pelos dispersos, y era un espectáculo muy poco agradable, la verdad sea dicha.

Me aguardaban problemas más graves, desde luego. Era un rooinek y un pisskop. Hablaba la lengua maldita. Y era evidente, en fin, que me habían hecho de un modo distinto. Pero aún así estaba vivo y pensaba que donde hay vida, hay esperanza.

Al final del primer curso había conseguido reducir el período de persecución a

sólo una hora al día. Tenía casi dominado el arte de la supervivencia. Salvo por una cosa: me meaba en la cama todos los días.

Es imposible adaptarse perfectamente si dejas una mancha húmeda detrás de ti todas las mañanas. Mi jornada empezaba con una zurra por mearme en la cama, que me administraba Mevrouw, tras ella me aguardaba la tediosa peregrinación en solitario hasta las duchas para lavar mi sábana de espuma. Cuando frotaba el jabón contra las rígidas cerdas de caña del gran cepillo de madera que me hacían usar, me saltaban a los ojos fragmentos de jabón fieramente punzantes. Pero pronto comprendí que el jabón no hacía falta, pese a lo que pudiese decir Mevrouw, que bastaba con dejar la sábana un rato debajo de la ducha.

Mi ritual matutino tuvo una consecuencia práctica. Aprendí que llorar es un lujo del que hay que prescindir para adaptarse bien. Pronto ostenté el récord de palizas del colegio. Así lo dijo el juez. Era la primera vez en la vida que tenía algo que no era un evidente obstáculo para la adaptación. No sólo era un rooinek odioso y un pisskop, también tenía un récord. Os aseguro que me resultaba agradable. El juez dio orden de que se me pegase sólo un poco cada vez. Un puñetazo ahora, un bofetón después, y hasta pondría fin a eso si yo era capaz de dejar de ser un pisskop. Aunque añadió que, siendo como era un rooinek, probablemente no pudiese conseguirlo nunca. He de confesar que me sentía inclinado a darle la razón. Por mucho empeño que pusiese y por muchas oraciones que le rezase a mi niñera, e incluso a Dios, no había nada que hacer, no parecían producir ningún efecto.

¿Tendría quizá que ver en ello mi bellota defectuosa? Me hice un agujero en los bolsillos de los pantalones por el que podía meter el índice y el pulgar. Me dediqué en secreto a empujar el prepucio y a mantenerlo así tapando la punta de la bellota el mayor tiempo posible, con la esperanza de que perdiese elasticidad y se volviese normal. Pero lo único que conseguí, por desgracia, fue una bellota escocida. Estaba condenado a ser un meón el resto de mi vida. Por fin llegó el final del primer trimestre. Tenía que volver a casa para las vacaciones de mayo: volvería con mi niñera, que escucharía mis lamentaciones y dormiría en su esterilla a los pies de mi cama para que el Coco no pudiese cogermé. Quería también averiguar si mi madre había acabado ya su crisis y me iban a dejar quedarme en casa.

Volví a casa jubiloso, en el asiento de atrás del cupé Chevrolet nuevo y resplandeciente del doctor «Henny» Boshoff. El doctor Henny era un héroe local que jugaba de *fly-half* en el equipo de *rugby* de Transvaal Norte. Cuando el juez vio quién había ido a buscarme, me estrechó la mano y prometió que las cosas mejorarían en el próximo trimestre.

El doctor Henny, que había sido el que me había explicado lo de la crisis nerviosa, me aseguró que a mi madre le estaba yendo muy bien, pero que aún seguía con la crisis y que no volvería a casa de momento.

Desaparecía así, lamentablemente, cualquier posibilidad de hacer lo que más deseaba: quedarme en casa y no salir de allí hasta que fuese tan viejo como mi

abuelo. Y ni siquiera entonces.

Mientras íbamos traqueteando en el coche, yo, que ocupaba el asiento de atrás abierto al sol y al viento, no era ya un rooinek ni un pisskop, me había convertido en un gran jefe. Atravesábamos aldeas africanas donde pollos cacareantes se apartaban del camino batiendo las alas desesperados, perseguidos por escandalosos perros cafres, todos costillas y hocico y manchas moteadas. Aunque sólo después de que hubiese pasado, firme y seguro, mi trono veloz. Como gran jefe estaba, claro, por encima de aquellos acontecimientos vulgares. La vida era buena. Os lo aseguro, oh, sí, muy buena.

Mi niñera derramó unas lágrimas que le corrían por las mejillas e iban a estrellarse en sus pechos cálidos e inmensos. Me frotaba sin cesar la cabeza afeitada con una mano larga y oscura, gimiendo y sollozando sin dejar de abrazarme. Yo había creído que al llegar a casa el llanto correría todo de mi cuenta, pero era imposible competir con ella.

Era el final de verano. Los días estaban llenos de canciones, las mujeres del campo recogían algodón, abriéndose paso entre los largos surcos, parlotteando y cantando en perfecta armonía mientras arrancaban las fibrosas cabezas blancas y esponjosas de las cápsulas de algodón ennegrecidas por el sol.

Mi niñera envió un mensaje a Inkosi-Inkosikazi en el que le decía que necesitábamos verle urgentemente en relación con las aguas nocturnas de un niño. Se puso el mensaje en los tambores y a los dos días llegó la noticia de que en una quincena o así el gran hechicero pasaría por allí de camino, pues tenía que ir a hacerle una visita a Modjadji, la gran reina de la lluvia.

Mi niñera ensanchaba desmesuradamente el blanco de los ojos y se le hinchaban las mejillas cuando hablaba de la grandeza de Inkosi-Inkosikazi.

—Te secará la cama sólo con tirar una vez las tibias del gran buey blanco, — prometió.

—¿Hará también que me crezca piel sobre la bellota?, — quise saber.

Me estrechó contra su pecho y su respuesta se perdió en el subir y bajar de su vientre al envolverme con su risa.

El problema de las aguas nocturnas fue muy discutido por las mujeres del campo, que le dieron muchas vueltas, intrigadas por el hecho de que algo tan intrascendente justificase la visita del gran hechicero.

—Una estera de dormir de hierba se seca fácilmente al sol de la mañana. No es un asunto del que deba ocuparse el hechicero más grande de África.

Para ellas no era ningún problema, claro. Ellas no tenían que volver con el juez y con Mevrouw.

Inkosi-Inkosikazi tardó casi dos semanas en llegar en su gran Buick negro. El coche era un símbolo de su enorme poder y de su riqueza, incluso para los bóers, que lo despreciaban considerándolo una encamación diabólica, aunque lo temían con la superstición de todos los hombres ignorantes y temerosos de Dios. Ninguno estaba

dispuesto a oponer el catecismo de la Iglesia holandesa reformada a aquel viejo duende negro.

Las mujeres del campo se pasaron el día trayendo ofrendas de comida. Al final de la tarde, debajo del aguacate grande, junto al matadero, se había formado una montañita de trigo cafre y maíz, calabazas, espinacas nativas y sandías. Al lado había pilas de haces de hojas de tabaco secas y, separados por dos grandes esterillas de recepción de hierba o «indabas», yacían seis flacos pollos cafres. Casi todos eran viejos gallos correosos, de esos que hay que hervir durante cuatro horas, y tenían las patas atadas y las alas recortadas. Yacían de costado, con los flacos cuellos desplumados y las cabezas calvas cubiertas de una capa de polvo. Sólo algún cacareo esporádico y la apertura súbita de un ojo brillante y saltón indicaban que aún seguían vivos, aunque no precisamente coleando.

Uno de los gallos, uno viejo especialmente flaco de plumas grises pintas, se parecía muchísimo a mi abuelo, salvo por los ojos. Mi abuelo tenía los ojos de un azul claro y algo acuoso, eran ojos pensados para contemplar los suaves paisajes ingleses, mientras que los de aquel viejo gallo eran penetrantes como una gota de luz roja.

Mi abuelo bajó las escaleras y se dirigió al gran Buick negro. Hizo un alto en el camino para darle una patada a uno de los gallos, pues odiaba a los gallos cafres casi tanto como a los shangaanes. Su orgullo y su alegría era el centenar de gallinas negras Orpington y los seis gallos gigantes que tenía. La presencia de gallos cafres en el corral de la granja, aunque estuviesen atados y con las alas recortadas, era para él como tener media docena de viejos verdes presentes en una clase de *ballet*.

Mi abuelo admiraba muchísimo a Inkosi-Inkosikazi, que le había curado una vez los cálculos biliares.

—¡Tomé aquel asqueroso potingue verde que me dio y, cielo santo, las piedras salieron disparadas como una granizada de postas! No he vuelto a tener ni rastro de cálculos desde entonces. Para mí ese viejo mono es el mejor médico que hay en todas las tierras bajas.

Esperamos a que Inkosi-Inkosikazi se apease del Buick. El viejo hechicero era zulú, como mi niñera. Decían que era el último hijo del gran Dingaan, el rey zulú que combatió tanto a los bóers como a los británicos en pie de igualdad. Dos generaciones después de que los bóers derrotaran definitivamente a sus *impis* en la Batalla de Blood River, aún seguían aterrados con él.

Doce años después de aquella batalla, Ingaan, huyendo de las fuerzas aliadas de su hermanastro Mpande y de los bóers, había buscado refugio entre los nyawos en las cumbres de los grandes montes Lebombo. La noche en que lo asesinaron a traición miembros de la tribu nyawo, le habían regalado una joven virgen y la semilla del segundo gran rey guerrero quedó implantada en su vientre de catorce años.

«Yo elegí la sangre, pero éste, que será el último de mis hijos elegirá sabiduría. Le llamarás Inkosi-Inkosikazi. Será un hombre para toda África», le había dicho

Dingaan a la aterrada doncella nyawo.

Esto convertía en centenario al pequeño y arrugado negro al que estaban ayudando a bajar de la parte trasera del Buick.

Inkosi-Inkosikazi vestía un traje cuyas piezas no casaban, la chaqueta era marrón y reflejaba el lustre de los años, los pantalones eran azules, a rayas. Llevaba una camisa blanca que precisaba un cuello almidonado postizo, pero que no lo tenía e iba sujeta al cuello con un gran botón de oro y marfil. Le caía de los hombros una capa sarnosa de piel de leopardo. Siguiendo la costumbre, no llevaba zapatos, y tenía las plantas de los pies, planos y desparramados, llenas de grietas. En la mano derecha llevaba un espantamoscas adornado con bellas cuentas, distintivo de un jefe importante.

Yo no había visto en mi vida un viejo como aquél; tenía el pelo crespo, pero más blanco que el algodón en rama, le brotaban de la barbilla pequeños mechones de una barba nívea y sólo le quedaban tres dientes en la boca. Nos miró, y los ojos, limpios y penetrantes, le ardían como los de un gallo viejo.

Alguna mujeres iniciaron un lamento fúnebre y el viejo las reprendió inmediatamente.

—¡*Abafazi* estúpidas! La muerte no viaja conmigo en mi gran automóvil. ¿No oísteis cómo rugía su gran barriga?

Al acercarse el abuelo se hizo un silencio. Dio una breve bienvenida a Inkosi-Inkosikazi y le otorgó permiso para pasar la noche en la granja. El viejo asintió con un cabeceo, sin rastro del servilismo habitual que se espera de un cafre; mi abuelo tampoco pareció exigirlo. Se limitó a estrechar la zarpa huesuda del viejo y volvió a su asiento del porche.

Por fin habló mi niñera, que se había frotado la frente con tierra como todas las demás mujeres.

—Señor, las mujeres hemos traído comida y tenemos cerveza recién fermentada.

Inkosi-Inkosikazi la ignoró, lo que a mí me pareció prueba de una gran valentía, y ordenó a una de las mujeres que desatase a los pollos. Rápidamente se acercaron a ellos dos mujeres y los soltaron. Siguieron allí quietos, inseguros de su libertad, hasta que el viejo alzó el espantamoscas y lo blandió sobre ellos. Entonces se levantaron con un cacareo súbito, sacudiendo las raquílicas alas y escaparon corriendo precipitadamente hacia terreno despejado, alzando mucho las largas patas. Todos menos uno. Aquel gallo viejo que se parecía al abuelo se levantó despacio, estiró el pescuezo, sacudió los trocitos de alas que le habían dejado, giró la cabeza a derecha e izquierda, inclinándola un poco, como si escuchara, y luego se acercó al montón de grano y se puso a comer tan tranquilo.

—Coged a los demonios emplumados, —ordenó de pronto Inkosi-Inkosikazi; luego rió entre dientes y añadió—: Coged la cena que esta noche ha de tomar un viejo.

Los gallos fueron capturados de nuevo con chillidos de gozo. Se había roto el

hielo, y cinco de las mujeres, cada una con un gallo cabeza abajo, cogido de las patas, esperaron las instrucciones del viejo. Inkosi-Inkosikazi se puso en cuclillas y con un dedo trazó en el suelo un círculo de unos sesenta centímetros de diámetro. Luego, moviéndose a saltos como un chimpancé viejo, trazó cinco círculos más de similar tamaño, murmurando entre dientes.

Terminados los encantamientos, pidió por señas a una de las mujeres que le diese un gallo. Lo cogió por el pescuezo largo y flaco y por las patas y volvió a trazar el primer círculo en el suelo, esta vez utilizando para hacerlo el pico del ave. Luego puso el pollo tumbado dentro del círculo, y el animal se quedó inmóvil, con los ojos cerrados y una pata sobresaliendo de cada ala. Después hizo lo mismo con los otros cinco, hasta que se quedaron todos quietos, cada uno en su círculo, frente a la multitud. A cada pollo que iba quedando inmovilizado en su círculo se oía emerger un grito de asombro procedente del grupo de mujeres. Era una magia de muy baja estofa, pero bastante eficaz para poner la cosa en marcha.

Inkosi-Inkosikazi se acercó y se sentó con las piernas cruzadas en el centro de las esterillas y me indicó por señas que me sentase con él. Era la primera vez que reconocía mi presencia, y yo me aferré aterrado a las faldas de mi niñera. Ella me empujó suavemente hacia él y dijo con un cuchicheo rotundo:

—Debes ir, es un gran honor, sólo un jefe puede sentarse con un jefe en la esterilla.

Tenía el aroma fuerte y marcadamente dulzón del sudor africano, mezclado con olor a tabaco y a vejez muy avanzada. Después de haber pasado por todo lo que había pasado en el capítulo olfativo, no me resultó demasiado terrible, y me senté a su lado con las piernas cruzadas como él, mirando fijo al suelo, sin levantar la vista.

Inkosi-Inkosikazi se inclinó un poco hacia mí y habló en zulú.

—Mañana te enseñaré el truco de los gallos. En realidad no es magia, sabes. Estas estúpidas shangaanas creen que lo es, pero no se merecen otra cosa.

—Gracias, Señor, —dije bajito. Me gustaba la idea de compartir un secreto. Aunque sólo fuese un truco, era un truco buenísimo que podría dejar pasmados al juez y al jurado si lograba echarle mano a algún pollo extraviado en el colegio. Mi fe en su capacidad para modificar mi estatus como pisskop crecía por momentos.

Inkosi-Inkosikazi le indicó a mi niñera que había que empezar ya con el asunto de las aguas nocturnas. Se ordenó inmediatamente a dos mujeres que comenzaran a preparar el fuego para cocinar, y las otras se colocaron alrededor de las esterillas de indaba, procurando no tocar ni una punta del borde.

Los relatos africanos son largos, se cuidan en ellos todos los detalles, y se recurre a ellos de nuevo para repetirlos un millar de veces. Fue un gran momento para mi niñera cuando se levantó sola en el crepúsculo que se desvanecía rápidamente y explicó su historia. Habló en shangaan para que pudiesen compartirlo todos, y abrir mucho los ojos y lanzar exclamaciones y asentir y suspirar en los momentos adecuados.

La inmensidad de Mevrouw, con su bigote, les pareció sobrecogedora. La injusticia del juez y del jurado no les chocó gran cosa, pues todos sabían que el hombre blanco dicta sentencias que no tienen la menor relación con los hechos. El hecho de que el juez y el jurado me hubiesen meado por encima les hizo balancearse y gemir y taparse los oídos con las manos. Un ultraje semejante era algo impropio hasta del hombre blanco.

Se hizo la oscuridad de pronto, de esa forma súbita propia de África. Un leño verde crepitó vivaz en el fuego lanzando una lluvia de chispas. Las llamas saltarinas iluminaban el rostro de mi niñera; todas recordarían a aquella narradora de una gran historia de sufrimientos y pesares. Corrieron lágrimas abundantes cuando explicó cómo llegaba por fin la muerte en un chaparrón de orina gélida que lanzaba el bigotudo gran ángel de perdición desde sus lomos.

He de confesar que también a mí me impresionó muchísimo, pero cuando mi niñera llegó a lo de que mi serpiente no tenía sombrero, que a mí me parecía lo más importante de todo, se tapaban la boca con las manos y se les escapaba la risa entre las lágrimas.

Mi niñera terminó diciendo que el asunto de mis aguas nocturnas era un hechizo de aquel ángel de la muerte que tenía bigote como un hombre y lomos de catarata, para poder volver cada mañana a alimentar su gran sjambok batiente con mi frágil carne de niño. Sólo un gran hechicero como Inkosi-Inkosikazi podía acabar con aquel hechizo maléfico.

La luz del fuego iluminaba los rostros hondamente conturbados de las mujeres cuando mi niñera se sentó por fin, con grandes lamentos, convencida de que jamás se había contado un cuento como aquél, y que perduraría eternamente, convertido en una leyenda shangaan.

Os diré una cosa, yo era el que estaba más impresionado por el hecho de que hubiese podido pasar por una experiencia tan aterradora.

Inkosi-Inkosikazi se levantó, se rascó el trasero y bostezó. Luego pinchó a mi gimoteante niñera con el mango del espantamoscas.

—Tráeme cerveza cafre, mujer, —ordenó.

Dee y Dum, las criadas gemelas de la cocina, me sirvieron la cena, mientras mi niñera se ocupaba de la bebida y de otras necesidades del viejo y flaco hechicero. Ambas muchachitas estaban sobrecogidas de emoción por todo, y me dijeron que yo era la persona más valiente que habían conocido en su vida.

A la hora de acostarse mi niñera estaba a mi lado como siempre, y me había traído una batata grande, con el vientre abierto y una cuchara clavada en el centro, brotaban de ella pequeñas volutas de vapor y se condensaban en el mango. La batata tiene algo que te anima cuando estás triste y que cuando te sientes feliz lo celebra. Las batatas asadas con su piel llevan incorporado un importante factor de alivio.

Mi niñera aún seguía emocionada, me cogió y me aplastó contra su pecho enorme y rompió a reír y me dijo que yo le había proporcionado grandeza con la llegada de

aquel viejo mono que, sin embargo, era el mejor hechicero de África. Y me explicó que la narración del cuento de las aguas nocturnas demostraba que una mujer zulú podía ser una narradora de cuentos superior en todos los sentidos incluso a las shangaans más elocuentes.

Le indiqué que había pasado por alto del todo el asunto de mi récord escolar de palizas. Una gran lágrima rodó por su mejilla.

—En la cuestión del castigo del hombre blanco, la gente negra ya comprende que un sjambok puede quebrantar el cuerpo, pero nunca el espíritu. Nosotros somos la tierra, por eso tenemos el color de la tierra. Al final será la tierra la que gane. Eso lo saben todos los africanos.

Fuese cual fuese el significado de esto, no contestaba a mi pregunta.

—Esta noche Inkosi-Inkosikazi entrará en tus sueños para buscar el camino de las aguas nocturnas, —añadió, tapándome.

Luego se fue por fin, pero no sin antes encender la lámpara de petróleo y ponerla a baja intensidad, aunque no tanto que yo no viese al Coco si intentaba colarse en mi cuarto.

La mañana que siguió a la noche que Inkosi-Inkosikazi vino a darse un paseo por mis sueños, éste me citó para que de nuevo me sentase a solas con él en la esterilla. De una vieja bolsa de cuero sacó las doce tibias mágicas del gran buey blanco. Luego se puso en cuclillas y, mientras se preparaba para tirar los huesos, inició un encantamiento hondo y retumbante que sonaba como un trueno lejano.

Los extraños dados de hueso amarillento que solucionarían aquel hábito mío de mearme en la cama tintinearón brevemente en sus manos y luego cayeron al suelo delante de mí. Inkosi-Inkosikazi los golpeó con el dedo índice, y al mismo tiempo brotó de su garganta un breve retumbar de truenos. Después los recogió con un gruñido final y los guardó en el viejo morral de cuero.

Los ojos de Inkosi-Inkosikazi, agudos alfileres de luz en un rostro increíblemente arrugado, parecían ver dentro de mí.

—Te visité en tus sueños y llegamos a un lugar en que había tres cataratas y diez piedras para cruzar el río. Las tibias del gran buey blanco dicen que debo volver a llevarte allí para que puedas saltar las tres cataratas y cruzar el río, pisando una piedra tras otra sin caer en la corriente impetuosa. Si logras hacerlo quedará resuelto ese desdichado asunto de las aguas nocturnas.

Respondí con un cabeceo, sin saber qué decir. A los niños de cinco años se les dan bastante mal los acertijos. Su rostro resultaba aún más simiesco cuando se reía:

—Cuando hayas aprendido esta lección te enseñaré el truco de dormir a los pollos.

Yo había visto las leves huellas de los círculos de la noche anterior, pero no había visto ningún pollo. Supuse que habían acabado en la barriga comunal. Y pensé que



ojalá Inkosi-Inkosikazi no hubiese utilizado uno de los orpingtons negros del abuelo, porque eso podría significar un lío tremendo.

—Bueno, escúchame atentamente, muchacho. Observa y escucha. Observa y escucha, —repitió—. Cuando yo te diga que cierres los ojos lo harás, ¿entendido?

Ansioso de complacerle cerré los ojos fuerte.

—¡Ahora no! Cuando yo te lo diga. Y no tan fuerte, como haces cuando notas los ojos pesados por el largo día y es hora de dormir.

Abrí los ojos y lo vi acuclillado frente a mí, el hermoso espantamoscas suspendido un poco por encima de mi línea de visión normal. La cascada de pelo de caballo se balanceaba suavemente ante mis ojos.

—Observa la cola del caballo —mis ojos seguían su balanceo—. Es hora de que cierres los ojos pero no los oídos. Debes escuchar bien el rugido del agua, el agua ruge mucho.

Un estruendo súbito de agua me llenó la cabeza y luego vi las tres cataratas. Estaba en un afloramiento rocoso, precisamente encima de la roca más alta. Abajo, a lo lejos, el río se precipitaba por una garganta estrecha, agitado e hirviente. Justo antes de que el agua entrase en la garganta y batiese allí su espuma blanca estaban las diez piedras, que eran como diez dientes de antracita plantados en su boca.

Inkosi-Inkosikazi me hablaba, con una voz suave, amable casi.

—Es tarde, las palomas del bosque esperan ya la caída de la noche y guardan silencio. Es la hora del día en que las aguas blancas rugen con más fuerza, como hace el agua cuando la oscuridad la cubre.

»Estás de pie en una roca sobre la catarata más alta, eres un joven guerrero que ha matado su primer león y es digno ya de luchar en la legión de Dingaana, el gran impi que destruye cuanto se le opone. Digno de luchar hasta en el impi de Shaka, el más grande de todos los reyes guerreros.

»Llevas la falda de cola de león y miras hacia el sol poniente. El sol ha pasado ya Zululandia, la tierra de los swazis, dejó atrás a los shangaanes y el kraal real de Modjadji, la reina de la lluvia, para ir a refrescarse en las grandes aguas oscuras que hay más allá.

»Ahora ves ya cómo se alza la luna sobre África y estás en paz con la noche, no temes al gran demonio Skokijaan que viene a alimentarse de la noche oscura, que le arranca su carne negra hasta que no queda nada al final y llega la luz nueva a despertar a los vaqueros dormidos y les manda a cuidar al ganado que muge.

Mientras estaba de pie en la gran roca esperando saltar, vi salir la luna nueva, luminosa como un florín flamante sobre las cataratas estruendosas.

—Has de inspirar profundamente, y al saltar decirte a ti mismo el número tres. Luego, cuando salgas a la superficie, has de hacer otra inspiración y decir el número dos mientras las aguas te arrastran hasta hacerte saltar por la segunda catarata. Luego has de hacer otra inspiración profunda al salir a la superficie, mientras las aguas te arrastran a saltar la tercera. Entonces debes nadar hasta la primera piedra, contando

hacia atrás de diez a uno, contando cada piedra al saltar de ella a la siguiente hasta cruzar el río impetuoso.

El viejo hechicero hizo una pausa para que yo pudiese repasar lo que me había dicho.

—Debes saltar ya, pequeño guerrero del rey.

Hice una inspiración profunda y me lancé a la noche. El aire fresco, mezclado con el agua pulverizada que salpicaba la catarata, pasó rápidamente ante mi rostro y luego entré en el agua de abajo, me hundí un momento, salí a la superficie y expulsé la gran bocanada de aire que había inspirado. Me vi arrastrado luego por la segunda catarata casi sin que me diese tiempo a hacer una segunda inspiración y luego volví a caer por la tercera cascada rugiente y me sumergí en el pozo profundo que había abajo. Nadé con gran vigor y sin la menor vacilación hasta la primera de las grandes piedras que relumbraban negras y húmedas a la luz de la luna. Crucé el río saltando de piedra en piedra, contando de diez a uno, y luego salté a la orilla pedregosa que había al final.

Su voz me llegó, clara como un eco, pese al estruendo de las cataratas.

—Hemos cruzado el agua de la noche hasta el otro lado y ya está, ahora has de abrir los ojos, pequeño guerrero.

Inkosi-Inkosikazi me sacó de nuevo del tiempo del sueño y miré a mi alrededor, un poco aturdido al ver que estaba en el corral de casa.

—Cuando me necesites debes venir al país de la noche, yo estaré esperando. Siempre estaré allí, en el lugar de las tres cataratas y las diez piedras que cruzan el río.

Luego señaló lo que parecía un saco de maíz vacío y dijo:

—Tráeme ese gallo y te enseñaré el truco de dormir pollos.

Me levanté, me acerqué al saco, lo abrí. Dentro me miraba parpadeante el ojo bermejo, agudo y saltón del pollo que se parecía al abuelo. Arrastré el saco hasta donde el anciano había hecho los círculos previos en la tierra y él se levantó y me mandó trazar un nuevo círculo en el suelo. Luego me enseñó lo que tenía que hacer para sujetar al viejo gallo. Tenía que colocármelo debajo del brazo derecho, igual que el fuelle de una gaita y sujetarle luego la parte superior del pescuezo con la mano izquierda, de modo que la cabeza desplumada quedase entre el pulgar y el índice. Sujetándolo firme luego por las patas con la mano libre, debía agacharme e inclinarlo hacia el suelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, sin que el pico llegara a tocar el borde del círculo. Luego debía hacer pasar el pico por el perímetro tres veces, y después dejar al animal tumbado dentro del círculo.

Me hizo practicarlo tres veces. Comprobé asombrado y gozoso que el viejo gallo se quedaba en el círculo, dócil como una marrana en el barro líquido. Para volver a traerle de donde quiera que los pollos se vayan en tan difícil tesitura, sólo tuve que tocarlo y decir con voz áspera:

—¡Si no se despierta este pollo dormido, pronto será pollo comido!, —que es, supongo, una advertencia bastante seria para una pollo.

No le pregunté a Inkosi-Inkosikazi cómo podía entender zulú un pollo shangaan, porque, naturalmente, al mayor hechicero de toda África no le haces una pregunta así.

Yo aún no me había dado cuenta de que aquel pollo era bastante excepcional, que quizá no quedase fuera de su alcance la capacidad de entender un par de lenguas africanas.

—El truco de los pollos es nuestro vínculo. Ahora somos hermanos unidos en este conocimiento compartido y también porque conocemos el lugar del tiempo del sueño. Sólo tú y yo podemos hacer este truco e ir a ese lugar.

Fue una cosa bastante solemne, os lo aseguro. El viejo llamó a su chófer, que estaba dormido en la parte de atrás del Buick, con un grito que atravesó el corral. Fuimos los dos caminando hacia el gran coche negro.

—Puedes quedarte el pollo para practicar, —dijo Inkosi-Inkosikazi acomodándose en el asiento trasero del coche.

El Buick quedó de pronto rodeado de mujeres del campo que parecían brotar de la nada y que lo cargaron con las ofrendas que habían traído el día anterior. Mi niñera le dio al viejo un cuadradito de tela de brillantes colores, que en una punta tenía anudadas unas cuantas monedas. Inkosi-Inkosikazi rechazó la oferta de lo que para mi niñera era el salario de dos meses.

—Es un asunto entre el muchacho y yo. Este lugar me queda de paso para el río Molototsi que es adonde voy, a ver a Modjadji, la reina de la lluvia.

Luego asomó la cabeza por la ventanilla y miró la tierra.

—No han llegado las lluvias a Zululandia, y en esto su magia es mayor que la mía.

Las lluvias habían sido abundantes al norte de los montes Drakensberg y mi niñera pidió angustiada noticias de su gente.

—Los campos llevan tres meses arados y la semilla del maíz está dispuesta en las grandes ollas de semillas, pero el viento se lleva la tierra mientras esperamos a que vengan las lluvias, —se lamentó el anciano.

Mi niñera tradujo la noticia de la sequía a las mujeres. La sequía siempre es una noticia que las tribus comparten. Las mujeres lanzaron un lamento, e iniciaron una lenta danza arrastrando los pies alrededor del Buick y una canción sobre el gran hechicero que traía las lluvias, que daba a las mujeres estériles los hijos que anhelaban y que curaba la mordedura de serpiente, incluso la de la gran mamba negra.

Inkosi-Inkosikazi volvió a asomar la anciana cabeza por la ventanilla y agitó con impaciencia el espantamoscas.

—Iros al diablo, viejos cuervos estúpidos, cantad a Modjadji, la reina de la lluvia, este viejo hacedor de lluvia no ha conseguido arrancar al cielo ni una gota.

El gran automóvil negro se lanzó camino abajo, dejando tras él una nube de polvo.

Cuando terminaron las vacaciones, yo y el Abuelo Chook, que fue como le puse al pollo que me habían regalado, éramos prácticamente inseparables. Lo de llamar a un pollo «Chook» era un chiste entre mi madre y yo. Un primo lejano de Australia nos había mandado un montón de fotos, en una de las cuales se veía a un niño pequeño, no mucho mayor que yo, dando de comer a las gallinas. En la parte de atrás de la foto decía: «El pequeño Lennie, alimentando a los chucks en la granja de Wagga Wagga». Por eso mi madre y yo les habíamos puesto Wagga Wagga a los dos viejos patos que andaban siempre juntos graznando por el corral de la granja, y habíamos empezado a llamar «chucks» a los orpingtons negros del abuelo.

Así que me pareció que Abuelo Chook era un nombre espléndido para aquel gallo flaco y viejo que venía corriendo en cuanto yo asomaba por la puerta de la cocina. No había ninguna duda, se había enamorado de mí. Y no me importa confesar que también yo me sentía muy atraído por él.

Practicamos el truco del pollo un par de días, pero se lo aprendió tan bien que en cuanto yo trazaba el círculo en el suelo iba y se metía dentro y se echaba en él la mar de modoso. Creo que sólo pretendía cooperar, pero aquello significaba que yo había perdido todo mi poder. El Abuelo Chook era la primera criatura sobre la que yo tenía autoridad, y de pronto, el animal, que no tenía nada de tonto, había encontrado un modo de ponerse a mi altura. Resultaba bastante irritante, la verdad.

## DOS

Las vacaciones llegaron a su fin. Mi hábito de mojar las sábanas había desaparecido, por supuesto, pero no mi recelo ante la perspectiva de regresar al internado. En cuanto a mi serpiente sin sombrero, le había preguntado a Inkosi-Inkosikazi al respecto y él me había insinuado que éramos similarmente únicos, y que ésa era la razón de que fuésemos tan especiales. Había sido reconfortante en un primer momento, pero ya no estaba tan seguro.

Mi niñera y yo tuvimos una buena sesión de llanto la última noche que pasé en casa. Metió en la maleta mis pantalones cortos caquis y las camisas y los pijamas y un jersey rojo claro que había mandado mi madre desde aquel sitio de la crisis nerviosa. Nos reímos muchísimo, en medio de las lágrimas, porque una manga era unos veinticinco centímetros más corta que la otra. Probablemente las crisis nerviosas provoquen eso en las labores de las personas. Mi niñera lo convirtió en un bonito jersey rojo descosiéndolo por los hombros.

Salimos después de desayunar en la vieja camioneta Ford A del abuelo. En el camino recogimos a la gorda señora Vorster, la viuda de la granja de al lado. El abuelo no hablaba una palabra de afrikaans y ella no hablaba inglés, así que iba allí saltando en silencio y se le aplastaba la papada contra el pecho a cada tumbo que daba la vieja camioneta.

Yo estaba encantado de poder ir atrás con mi niñera y con el Abuelo Chook, que iba dentro del saco de harina de maíz, tan quieto que parecía realmente un saco vacío. Mi niñera iba al pueblo a mandar dinero a su familia de Zululandia para ayudarles en la terrible sequía.

Al Abuelo Chook le habían vuelto a crecer prácticamente del todo las plumas de las alas, y tomando carrerilla, alzando y bajando las largas patas, podía emprender el vuelo y aterrizar en lo alto de una rama cuando le apetecía. He de confesar que, aunque estaba más gordo, no era más bonito ni mucho menos. Aún tenía aquel largo pescuezo desplumado y la cabeza calva, con la cresta aplastada y caída a un lado como un escroto hueco. Comparado con los orpingtons negros resultaba una birria.

Paramos a la entrada de la escuela y mi niñera me dio la maleta y el saco con el

Abuelo Chook haciéndose el muerto.

—¿Qué llevas en el saco, hijo?, —preguntó el abuelo.

Antes de que pudiese contestar mi niñera dijo:

—Son sólo batatas, *baas*.

Por sus mejillas corrían como siempre las lágrimas, y me entraron ganas de volver corriendo a su lado y de esconderme entre sus grandes brazos protectores. Pero la camioneta se fue dando bandazos con unas pequeñas explosiones y una bocanada de humo azul del tubo de escape, y me quedé plantado allí delante del portón. Me esperaban la temida Mevrou, el juez y el jurado y el principio del poder de uno solo, y aprendería que hay en todos nosotros una llama que no podemos permitir que se apague. Que mientras arda dentro, no habrá nada que pueda destruirnos.

Saqué al Abuelo Chook del saco, le di una palmadita. Pisskop el rooinek, poseedor de una serpiente sin sombrero, había vuelto. Pero esta vez no estaba solo, desde luego.

Cruzamos el patio de recreo, que estaba vacío; el Abuelo Chook corría de un lado a otro detrás de los pequeños saltamontes verdes que aterrizaban en su caliente y polvoriento superficie. También ellos parecían estar en territorio enemigo, pues en aquel cuadrado de tierra cocida por el sol no crecía ni una hierba. Para huir a zona segura se veían obligados a posarse cada poco, exponiéndose a los peligros de un Abuelo Chook merodeador. Aunque tenían bastantes más posibilidades, pues ellos eran cientos y el Abuelo Chook sólo uno, mientras que en nuestro caso era al revés.

Habíamos llegado temprano, al parecer, así que me dirigí hacia mi mango secreto, que estaba en el otro extremo del patio. Dejé la maleta al pie de él y gateé hasta situarme en su dosel de hojas oscuro y protector. El Abuelo Chook tomó carrerilla, batió furiosamente las alas, alzó el vuelo y se encaramó en una rama a mi lado. Y se columpió y se balanceó allí, e hizo un montón de ruidos innecesarios.

Le expliqué la situación con todo detalle. Él siguió allí posado, sin inmutarse, moviendo aquella cresta absurda y cacareando sin parar. Intenté convencerle de que aquello era muy importante, de que allí las cosas eran muy distintas que en la granja. Pero un pollo capaz de eludir la olla de Inkosi-Inkosikazi y de burlarse de su círculo mágico tenía que ser todo un profesional, así que no lo adoctriné demasiado. El Abuelo Chook era un superviviente. Qué suerte tenerle por amigo.

Al cabo de un rato bajamos del mango y fuimos bordeando por el extremo del patio hacia donde estaba el dormitorio de los pequeños. Daba a un huerto de cítricos abandonados, en el que había viejos pomelos casi deshojados. También había media docena de casias, que habían ido sembrándose ellas solas con los años, cuyas brillantes flores amarillas devolvían a la vida a aquel bosquecillo agonizante. El suelo estaba cubierto de hierbas y matorrales que me llegaban hasta el hombro. Nadie iba nunca allí. Era el lugar ideal para que se instalara el Abuelo Chook mientras yo me presentaba a Mevrou.

Allí, en las profundidades de aquel huerto, me puse a abrir un pequeño claro entre la hierba de olor rancio y al hacerlo desenterré una oruga grande y blanca de cabeza gris, con una franja amarilla alrededor del cuello. El Abuelo Chook pensó que habían llegado todas sus navidades juntas y lanzó un agudo cacareo y atrapó la oruga gorda con el pico. Luego vi cómo aquel gusano bajaba como un bulto por el largo pescuezo desplumado.

Después de despejar el terreno, tracé un círculo en el suelo y él se acomodó gentilmente dentro. Aún me fastidiaba un poco que se negase a pasar por todo el galimatías mágico, pero no había nada que hacer. No puedes ponerte a discutir con un pollo, ¿o sí?

Encontré a Mevrou en el lavadero doblando mantas. Me miró con fastidio e indicó un cubo de estaño que había junto al escurridor.

—Tu sábana de espuma está en ese cubo, cógela, —dijo.

Procuré disimular el miedo.

—Yo... yo me he curado, Mevrou, —tartamudeé.

—¡Ja ja! Así que las palizas de tu *oupa* son mejores que las mías, ¿eh?

Mantuve la cabeza baja que era lo que había que hacer en presencia de Mevrou.

—No, Mevrou, tus palizas son las mejores... mejores que las de mi abuelo. Simplemente pasó, dejé de hacerlo.

—Mi sjambok se sentirá solo.

Mevrou siempre llamaba su sjambok a la caña de bambú que llevaba. Me entregó una manta y una toalla áspera.

—Llegas demasiado pronto, no hay comida. Los otros niños no llegarán hasta esta tarde.

La manta olía a bolas de alcanfor y con este olor familiar volvió el antiguo miedo, y la duda con él: quizá no estuviese curado de mi hábito de mojar las sábanas.

Dejé la manta y la toalla en el dormitorio de los pequeños y volví con el Abuelo Chook. No me importaba que no hubiese comida. Mi niñera me había metido dos batatas grandes en la maleta y me proponía compartir una con el Abuelo Chook.

Cuando estaba ya llegando al huerto abandonado, oí un terrible cacareo del Abuelo Chook. Luego se elevó de pronto por encima de los matorrales, las cortas alas batiendo el aire. Le perdí de vista de nuevo al hundirse otra vez en la espesura. Volvió a salir, el pescuezo arqueado, las patas estiradas con las garras abiertas. Se lanzó de nuevo a la maleza, los matorrales se agitaron violentamente donde aterrizó. Esta vez no salía y había dejado de cacarear, aunque la hierba seguía moviéndose donde había desaparecido. Me latía el corazón aceleradamente. Algo había cazado al Abuelo Chook. ¿Una comadreja, un gato montés? Era culpa mía, por haberlo dejado indefenso en el círculo mágico.

Me lancé a ciegas hacia el pequeño claro donde lo había dejado, las hierbas y los matorrales fustigándome, reteniéndome. El Abuelo Chook estaba dentro del círculo, con una culebra de unos noventa centímetros firmemente sujeta en el pico. Con una

vigorosa sacudida y un tijeretazo del pico potente le arrancó la cabeza y contemplé asombrado cómo se la tragaba. La cabeza de la culebra siguió la misma ruta que la oruga gorda. El cuerpo verde brillante de la culebra seguía retorciéndose violentamente entre la hierba sin saber que el espectáculo había terminado.

El pollo más valiente del mundo alzó la cabeza y me hizo un guiño. Se veía que estaba muy satisfecho de sí mismo. Y os confesaré algo, no se lo reprocho. No podía irme mal con un amigo como él al lado.

La culebra había dejado de retorcerse, la cogí y la colgué de la rama de una casia que crecía a poco más de un metro de la ventana del dormitorio de los pequeños más próxima a mi cama. Ahora había dos culebras sin sombrero en el mundo y las dos tenían relación conmigo.

La tarde fue llenándose gradualmente con la cacofonía de los muchachos que volvían. Les oía dejar las mantas y las maletas en el dormitorio y salir corriendo a jugar. El Abuelo Chook y yo pasamos la tarde construyendo un refugio para él con trozos de chapa ondulada que encontré entre los matorrales. Pareció gustarle su nueva casa, y se dedicó a escarbar buscando gusanos donde yo había arrancado las hierbas. Allí estaría seguro y seco cuando lloviese.

A las cinco menos cuarto sonó la campana de ir a lavarse, y yo estaba hecho una facha de tanto arrancar hierbas y de trabajar en el refugio. Dejé al Abuelo Chook escarbando feliz en su nueva casa y me lavé en un grifo que había en la parte del edificio que daba al huerto de frutales y que se usaba poco. Cuando sonó la campana de la cena ya me había secado el sol de última hora de la tarde y estaba impecable otra vez. Esperé hasta el último momento y luego me deslicé en el comedor situándome en el lugar que tenía reservado al fondo de la mesa en que se sentaban los pequeños.

Aquella noche, poco después de apagarse las luces, me obligaron a comparecer ante el juez y el jurado. Además había luna llena, igual que la primera vez. Pero también era una luna como la que brillaba sobre la catarata en el mundo del sueño cuando me había convertido en un joven guerrero y había vencido mis temores.

El juez, que estaba sentado con las piernas cruzadas en una cama, era todavía más grande de lo que yo le recordaba. Sólo llevaba puestos los pantalones del pijama y lucía un tosco tatuaje en la parte superior del brazo izquierdo. Esto no era ninguna novedad para mí, las mujeres africanas se tatúan todas en la cara, pero no había visto hasta entonces un tatuaje en una piel blanca. La piel asomaba aún arrugada, entre roja y rosa, por los bordes de las toscas líneas azules que se cruzaban en el centro como dos serpientes sin cabeza enroscadas una en otra.

El juez movió la cabeza despacio mirándome y frotándose el tatuaje despreocupadamente.

—Eres un imbécil, un imbécil de remate por haber vuelto, Pisskop.

Con el ritmo de la respiración le subía y le bajaba un grumito de moco que tenía en el agujero izquierdo de la nariz.



—Tienes marcas en el brazo, como una mujer cafre, —me oí decir.

Pareció como si fuesen a saltársele los ojos de las órbitas, soltó un bufido de asombro y la bomba de moco salió disparada de su nariz y aterrizó en mi cara. Una décima de segundo después salió disparada su mano. Sentí una explosión en la cabeza y caí al suelo.

Me levanté. Bailaban estrellas en un cielo rojo delante de mis ojos, como en los tebeos, sentía un zumbido estruendoso. Pero no lloraba. Maldije mi estupidez, las vacaciones me habían embotado el instinto de supervivencia; adáptate, fúndete, conviértete en parte del paisaje, crea un camuflaje, sé una roca o una hoja o un insecto palo, procura por todos los medios ser un afrikaner. El jurado se había quedado mudo, pasmado ante mi audacia. Manaba de mi nariz un cálido arroyuelo de sangre que me cruzaba los labios, que me bajaba por la barbilla.

El juez me agarró por la pechera del pijama y me levantó hasta su cara, alzándome hasta ponerme de puntitas.

—Este signo significa muerte y destrucción para todos los rooineks, y tú, Pisskop, vas a ser el primero.

Me soltó y di un traspiés hacia atrás pero conseguí mantener el equilibrio.

—Sí, Señor, —dije con una voz apenas audible.

—¡Esto es una esvástica, hombre! ¿Sabes lo que es eso?

—N... no, señor.

—¡Dios nos ha enviado este signo de Adolf Hitler que liberará al pueblo afrikaner de los odiados ingleses!

Vi que el jurado estaba profundamente impresionado. Yo también lo estaba.

El juez volvió a dirigirse al jurado, señalando la esvástica.

—Todos debemos hacer un juramento de sangre a Adolf Hitler, —dijo solemnemente. El jurado se apiñó alrededor de su cama, les brillaban los ojos de emoción.

—También juraré yo, —dije esperanzado. Seguía sangrando por la nariz y parte de la sangre había caído al suelo.

—¡No seas imbécil! Tú eres inglés, Pisskop.

El juez se irguió en la cama y alzó el brazo en ángulo, con los dedos estirados y señalando al techo.

—En nombre de Adolf Hitler echaremos a todos los rooineks cabrones al mar.

Yo nunca había ido al mar, pero sabía que había que andar mucho para llegar allí.

—¡Juramento de sangre! ¡Juramento de sangre!, —repitió a coro el jurado.

—Ven aquí, Pisskop, —ordenó el juez.

Me acerqué a la cama.

—Alza la vista, hombre.

Alcé la vista hacia él, que en su cama se cernía muy por encima de mí. Me pasó el dedo índice por debajo de la nariz y luego me dio un empujón tan fuerte que acabé sentado en el suelo. Alzó el dedo, con mi sangre brillando en la punta a la luz de la

luna.

—¡Haremos el juramento con la sangre de un rooinek!, —proclamó solemne. Dos miembros del jurado me hicieron ponerme de pie mientras los demás se apiñaban a mi alrededor, untando sus dedos gordos en la sangre que me salía de la nariz. No salía con suficiente rapidez, así que un muchacho me la retorció para que saliera más deprisa y poder untarse el dedo.

Esto pareció cortar del todo la hemorragia, y los dos últimos tuvieron que untarse los dedos con las gotas del suelo.

El juez se limpió la sangre del dedo en la esvástica y ordenó hacer lo mismo a todos los miembros del jurado. La esvástica de su brazo quedó enseguida casi tapada.

—Mueran todos los ingleses de Sudáfrica, nuestra patria, —gritó el juez, volviendo a alzar el brazo.

—¡Mueran todos los ingleses de Sudáfrica, nuestra patria!, —coreó el jurado.

El juez bajó la vista hacia mí.

—No te mataremos esta noche, Pisskop, pero cuando venga Hitler tus días estarán contados. ¿Me oyes?

—Sí, Señor, ¿cuándo será eso?, —pregunté.

—Pronto.

Se bajó de la cama, me puso una mano inmensa en la coronilla, me obligó a girarme hacia la puerta del dormitorio y me dio una rápida patada en el culo que me lanzó de morros contra el suelo encerado. Sentí el olor de la cera del entarimado; luego me levanté y eché a correr.

Cuando llegué al dormitorio todos los pequeños saltaron de la cama y se apiñaron a mi alrededor, querían saber lo que había pasado. Demasiado nervioso para contener la lengua, solté la historia de la esvástica y el juramento de sangre y mi inminente defunción cuando llegase Hitler.

Un chico de ocho años que se llamaba Danie Coetzee cabeceó solemnemente.

—Pues vaya, sí que estás metido en un buen lío, Pisskop, —dijo.

—¿Quién es ese Adolf Hitler que va a venir a matar a Pisskop?, —preguntó otro chico al que llamábamos «Labios Caídos» de Jaager.

Era evidente que nadie lo sabía. Por fin Danie Coetzee dijo:

—Debe ser el nuevo director.

Habían corrido rumores entre los chicos sobre el director y su «problema con la bebida». Yo me había preguntado qué sería aquello de tener un problema con la bebida. Debía ser sin duda algo muy malo, porque si no aquel hombre lánguido e inmenso al que todos temíamos no tendría que marcharse.

Uno de los chicos empezó a canturrear bajito:

—Pisskop está metido en un buen lío, Pisskop está metido en un buen lío...

Los otros se incorporaron rápidamente al canturreo que fue haciéndose poco a poco estruendoso. Me tapé los oídos con las manos para bloquearlo.

—¡Silencio!, —la orden resonó en todo el dormitorio. El cuerpo inmenso de

Mevrou ocupaba la entrada.

—Sólo estábamos hablando, Mevrou, —dijo Danie Coetzee. Como era el mayor de los pequeños asumía la función de portavoz.

—Ya sabes que está prohibido hablar después de que se apagan las luces, Coetzee.

Danie Coetzee se quedó solo a los pies de mi cama mientras los demás volvían de puntitas a las suyas.

—Sí, Mevrou. Lo siento, Mevrou, —dijo con una voz débil y medrosa.

—Inclínate en la cama, amiguito, —le ordenó Mevrou.

La caña cortó el aire en un borrrón y fue a dar en la culera del pijama de Coetzee. Éste lanzó un grito terrible y se puso a dar saltos, sujetándose el trasero a dos manos. Mevrou se fue sin más ceremonia.

Hubo un silencio absoluto durante un instante, y luego Danie Coetzee, gritó al borde del llanto:

—¡Pagarás por esto asqueroso rooinek pisskop!

Esperé a que se durmieran todos y entonces me deslicé silenciosamente hasta la ventana. La luna llena bañaba de un brillo suave las hojas de los pomelos, que parecían temblar bajo la claridad espectral. La serpiente descabezada del Abuelo Chook era un bucle de plata a la luz de la luna, un elemento decorativo bello e inesperado en la rama de la casia.

—No lloré. ¡No volverán a hacerme llorar!, —le dije a la luna.

Luego volví a la cama. Fue el momento más solitario de toda mi vida.

El asunto del Abuelo Chook se descubrió a la mañana siguiente. Era muy madrugador, como todos los pollos cafres. Antes incluso de que sonase la campana a las seis, había despertado ya a todo el dormitorio con su quiquiriquí estridente. Me desperté también, salí asustado de un sueño profundo, y le vi encaramado en el alféizar de la ventana más próxima a mi cama, el largo pescuezo flaco estirado en una potente versión de ¡ki-kiri-ki! Luego ladeó la cabeza, soltó un pequeño cacareo y voló de la ventana a la cabecera de hierro de mi cama. Luego estiró su largo pescuezo hacia mí, casi hasta perder el equilibrio, y me dio un cortés picotazo en la oreja.

Los otros chicos se acercaron corriendo y me rodearon.

—Es un viejo pollo cafre que ha venido a visitar a Pisskop, —gritó entusiasmado Labios Caídos de Jaager.

El Abuelo Chook, majestuoso en la cabecera de la cama, clavó en ellos los ojos saltones.

—Es mío, —dije desafiante—, es mi amigo.

¡Bueno! Tendríais que haberles oído gritar. Danie Coetzee olvidó temporalmente su venganza por el zurriagazo de la noche anterior y gorjeó:

—¡No seas imbécil, hombre, nadie tiene de amigo un pollo cafre!

—Yo sí, y sabe hacer trucos y todo.

—¡Qué va a saber! Es un pollo cafre estúpido. Ya veréis cuando el juez se entere

del nuevo amigo que tiene Pisskop, —aportó Labios Caídos de Jaager y se echaron todos a reír.

Sonó la campana, lo que significaba que Mevrou llegaría de un momento a otro, así que volvimos a meternos todos en la cama a esperar que nos diese permiso para levantarnos. Yo tuve el tiempo justo para lanzar al Abuelo Chook por la ventana al huerto y volver a acostarme antes de que apareciese en la puerta la inmensa figura de Mevrou.

Recorrió todo el dormitorio, con el sjambok colgando de una presilla en el cinturón de cuero negro del uniforme azul oscuro. Cuando llegó a mi cama se paró, retiró la sábana y examinó el colchón seco.

—¡Um!, —gruñó, dejando caer la manta al suelo.

Yo salté de la cama y me quedé de pie al lado. Ella me ignoró y se volvió despacio sin hacerme caso para dirigirse a todos.

—Os lo advierto, *kinder*, si vuelvo a oíros hablar después de apagar las luces, mi sjambok hablará también con todos vosotros. ¿Me habéis oído?

—Sí, Mevrou, —dijimos a coro.

De pronto abrió mucho los ojos, como si fuesen a salirse de las órbitas:

—¡Pisskop! ¡Hay una cagada de pollo en la almohada!

Miré la almohada horrorizado: el Abuelo Chook había dejado su tarjeta de visita blanquecina y verdosa limpiamente depositada entre dos rayas de la funda de tela de colchón de la almohada.

—¡Expílicate, amiguito!, —rugió Mevrou.

No cabía más explicación que la verdad. Temblando de terror le expliqué lo del Abuelo Chook.

Mevrou me miró furiosa, soltó la presilla del cinturón de cuero y sacó la caña.

—Pisskop, yo creo que tú estás mal de la cabeza, igual que tu madre. Primero llegas aquí y te meas en la cama todas las noches. ¡Luego vuelves y la llenas de mierda de pollo!

Señaló los pies de la cama, donde Danie Coetzee había recibido su medicina la noche anterior.

—Inclínate, —ordenó.

Me administró cuatro golpes de sjambok. Contuve las lágrimas y me resistí a cogermelo el trasero sujetando firmemente las manos entre los muslos y encogiendo los hombros. Esto también pareció detener el temblor.

¡Qué mierda de día ya!

—Limpia la almohada y lleva ese pollo del diablo a la puerta de la cocina después del desayuno. ¿Entendido? —Ya en la puerta se volvió, nos miró y ordenó—: Vamos a las duchas, qué esperáis.

El Abuelo Chook y yo estábamos metidos en un lío terrible, no había duda. Fui a buscarle después del desayuno. Allí estaba, en el huerto abandonado, cacareando y escarbando la tierra en busca de gusanos. Saqué un trozo de pan que me había

guardado en el desayuno y mientras lo desmenuzaba en pequeños trocitos que él pudiera tragar, le expliqué el último desastre. A pesar de mi decisión de no llorar, sentí que las lágrimas me rodaban por las mejillas.

En cuanto desayunó lo cogí, me abrí paso entre los matorrales y lo llevé hasta el final del huerto, donde había una valla de chapa ondulada que señalaba el límite del recinto. Me puse de puntitas y miré por encima. Me dio un vuelco el corazón; a lo lejos vi tres cabañas cafres de las que salía humo, seguro que tenían pollos cafres y que el Abuelo Chook podría vivir con ellos.

Le expliqué el nuevo plan bastante animado, y luego lo lancé por encima de la valla. La línea que separa fantasía y realidad es muy imprecisa en un niño de cinco años, y una vez imaginado el nuevo plan, lo puse en práctica inmediatamente.

Pero el Abuelo Chook tenía otras ideas. Volvió enseguida a mi lado de la valla con un cacareo indignado y un batir de alas. Repetimos el número varias veces durante unos minutos: yo lo lanzaba por encima de la valla y él volvía. Hasta que quedó claro que el pollo más terco de todo el ancho mundo no tenía la menor intención de abandonar a su amigo, aunque su vida corriese peligro.

Esperamos en la puerta de la cocina unos diez minutos hasta que por fin apareció Mevrou.

—¿Así que éste es el pollo que te caga la cama, eh, Pisskop?

—No fue a propósito, Mevrou. Es muy limpio y muy listo además.

—¡Mira quién fue hablar de listo! ¡Un pollo es un pollo! ¡A quién se le ocurre, decir que un pollo es listo!

—Mira, Mevrou, verás, te lo demostraré.

Tracé enseguida un círculo en el suelo y el Abuelo Chook saltó a él y se sentó allí como si estuviese poniendo un huevo, cosa que no podía hacer, claro.

—Se quedará en ese círculo hasta que le mande salir.

A Mevrou pareció impresionarle al principio, pero enseguida frunció el ceño.

—Esto es sólo una bobada que hacen los pollos cafres, pero no los pollos blancos, —lo dijo con mucha suficiencia.

—¡No, Mevrou!, —dije suplicante—. ¡Sabe hacer muchísimas cosas más!

Le hice saltar alrededor del perímetro del círculo sobre una pata cacareando a cada salto. Le mostré cómo me volaba hasta el hombro y cómo me daba un picotazo en la oreja si se lo mandaba.

Este último truco pareció agotar la paciencia de Mevrou.

—¡Va a llenarte la cabeza de piojos, niño bobo! —chilló.

Nada más cruzar la puerta de la cocina había una tabla de carnicero con un tajo grande encima.

—¡Trae acá ese sucio pollo cafre lleno de piojos que se caga en las camas!, —gritó, cogiendo el tajo.

Dos cucarachas que descansaban bajo el tajo echaron a correr de pronto por el dorso de su mano. Mevrou lanzó un grito descomunal, soltó el cuchillo y agitó

frenéticamente ambos brazos. Una de las cucarachas cayó al suelo, pero la otra siguió corriéndole brazo arriba y desapareció por la manga. El Abuelo Chook se lanzó con un cacareo gozoso al interior de la cocina y cazó la cucaracha que corría frenética por el suelo. Mevrouw seguía agitando los brazos, le subían y le bajaban los pechos. Emitía ruiditos ahogados como si intentara gritar, bailando sobre un pie y sobre el otro, poseída por una agitación extrema. La segunda cucaracha saltó de debajo de su falda y corrió hacia una hendidura que había en el suelo de cemento. Pero el Abuelo Chook era demasiado rápido para ella y la cazó en un santiamén.

Mevrou estaba encarnadísima y, debido a la conmoción parecía vibrarle la cabeza.

—No te preocupes, Mevrouw, la otra se cayó y la atrapó él, —dije, señalando al Abuelo Chook que se paseaba por allí muy satisfecho y muy ufano.

Corrí a por una silla, y se desplomó en ella como una sandía pocha. Cogí un paño de un colgadero que había junto a la inmensa cocina de leña negra y empecé a abanicarla como había visto hacer a mi niñera cuando a mi madre le daba uno de sus desmayos.

Luego empecé a oír un goteo que llegaba de debajo del culo de roten de la silla y comprendí alarmado que Mevrouw se había meado las bragas. Creo que debía estar tan nerviosa que no se daba cuenta. Me pregunté con cuántos golpes se castigaría lo de mearse por encima en su libro. En cuanto se recuperó un poco señaló con un dedo temblón al Abuelo Chook.

—Tienes razón, Pisskop, es un buen pollo. Puede quedarse. Pero tiene que ganarse el pan.

Entonces pareció darse cuenta de lo que había pasado debajo de la silla.

—Ahora vete dijo, —y quitándome el paño de la mano señaló hacia la puerta.

Así fue como el Abuelo Chook empezó a trabajar en la cocina. Revisaba todos los días, después del desayuno, hasta el último rincón buscando bichos de todo tipo. El pollo más duro del mundo había sobrevivido, había derrotado al verdugo mediante una adaptación perfecta y volvíamos a estar juntos y a salvo.

Pasaron las semanas y luego un par de meses. Yo me había convertido en esclavo del juez. A cambio de estar a su constante disposición, en general me dejaban a mis anchas. Un cachetazo en el cogote o un empujón fuerte de un chico mayor era más o menos todo lo que tenía que soportar. La verdad es que las cosas iban muy bien. Si el juez me necesitaba, no tenía más que meterse los dedos en la boca y lanzar uno de sus silbidos penetrantes y el Abuelo Chook y yo acudíamos corriendo.

El Abuelo Chook estaba ahora bajo la protección de Mevrouw, aunque aún tenía que mantenerse constantemente alerta. Los chicos del campo no pueden evitar el tirar piedras a los pollos cafres. Durante las horas de clase andaba cacareando por el patio y cazando gusanos. En cuanto sonaba la campana del recreo se lanzaba hacia mi clase frenando en el polvo, cacareando ansioso de ganas que tenía de volver conmigo.

No había ninguna clase que correspondiese a mi edad, así que me habían puesto con los niños de siete años, que aún estaban todos aprendiendo a leer; yo ya llevaba por lo menos un año leyendo inglés, así que no me resultó difícil pasar a leer afrikaans y no tardé en ser el mejor de clase. Pero me di cuenta enseguida de que para sobrevivir no puedes ser el mejor en nada, y aprendí a minimizar mi habilidad en la lectura, fingiendo equivocarme y tropezar en palabras que estaban perfectamente claras para mí.

La mediocridad es el mejor camuflaje que se conoce. A nuestra profesora, la señorita Du Plessis, no le apetecía nada que un rooinek de cinco años se destacase en una clase de bóers zopencos. Muy contenta atribuyó mis pobres resultados a mi incapacidad para captar las sutilezas del idioma afrikaans así al hecho de ser el más pequeño de la clase, aunque hablara zulú y shangaan, y me fuese fácil aprender otro idioma como a casi todos los niños pequeños. A los otros niños les resultaba cada vez más difícil pensar en mí como un ser distinto, sin diferencias visibles ni audibles que nos separasen, salvo aquella culebra sin sombrero, claro. Pero hasta esto empezó a pasar desapercibido, era como los que tienen marcas de nacimiento, o les falta el meñique. Me estaba convirtiendo en el insecto palo ideal.

Y luego, el 5 de septiembre de 1939, Meville Chamberlain llegó a la triste y definitiva conclusión de que *Herr* Hitler no era un caballero, no se podía confiar en él y no estaba dispuesto a negociar. Inglaterra no podía, después de abandonar Checoslovaquia, afrontar la vergüenza de hacer lo mismo con Polonia, y consideró ineludible declarar la guerra a Alemania. Había llegado ya el nuevo director.

El antiguo, el de los problemas con la bebida, nos habló a la hora de comer en el comedor del colegio. Se levantó, se tambaleó un poco, se cogió con las dos manos al borde de la mesa. Luego cogió un cuchillo, empezó a pegar en la mesa con el mango.

—¡Silencio! —rugió.

Entonces la señorita Du Plessis, torció el gesto, se levantó y salió del comedor rápidamente. El viejo director no pareció darse ni cuenta, dejó caer el cuchillo en la mesa y empezó a hablar en voz muy alta, como si se dirigiera a centenares de personas:

—¡Inglaterra ha declarado hoy la guerra a Alemania!

Hizo una pausa para calibrar qué efecto causaban sus palabras. No hubo más reacción que un leve murmullo procedente del grupo de los chicos mayores.

—¿Saben lo que significa esto, amigos míos?, —añadió; luego siguió sin aguardar respuesta—: ¡Significa libertad! ¡Libertad y liberación para nuestra patria querida! ¡Adolf Hitler acabará con esos ingleses malditos y librerá a la nación afrikaner de ese yugo de opresión que le impusieron esos *uitlanders* que quemaron nuestras casas y encerraron a los niños y a las mujeres bóers en campos de concentración donde veintiséis mil murieron de hambre, de disentería y de la fiebre del agua negra!

El director hablaba como si todo aquello estuviese pasando en aquellos momentos

en Sudáfrica. De pronto comprendí que aquello era en realidad lo que le había pasado a mi madre, la habían confundido con una bóer y la habían metido en un campo de concentración.

El director dio un par de pasos atrás separándose de la mesa, luego volvió de nuevo a sujetarse en ella, moviendo la boca silenciosamente, con un espumarajo de saliva, como si intentara decir algo y no le saliese. Al final alzó un brazo como había hecho el juez en la habitación y gritó:

—¡Heil Hitler!

En aquel mismo instante se abrieron las puertas y entró Mevrou en el comedor, y en el breve lapso de tiempo en que las puertas estuvieron abiertas vi a la señorita Du Plessis en el pasillo, expectante, mordiéndose las uñas. Mevrou se fue derecha al director y le sacó del comedor a toda prisa firmemente sujeto por el codo.

—¡Heil Hitler!, —nos dijo, el director, volviéndose al cruzar las puertas.

Nosotros no sabíamos qué hacer. Luego el juez se subió al banco. Se remangó la camisa hasta el hombro para que viéramos bien todos las toscas líneas azules cruzadas y en ángulo de su tatuaje de la cruz gamada.

—Adolf Hitler es el rey de Alemania y Dios lo ha enviado a quitarles Sudáfrica a los ingleses y a dárnosla a nosotros, —señaló la esvástica del brazo—. Éste es su signo, la esvástica, la esvástica volverá a hacernos libres.

Y levantó la mano derecha, saludando como lo había hecho el director un poco antes.

—¡Heil Hitler!

Nos pusimos todos de pie inmediatamente y alzamos los brazos como él y gritamos:

—¡Heil Hitler!

Era tan emocionante. Pensar que aquel hombre, Adolf Hitler, que iba a salvarnos a todos de los malditos ingleses, iba a ser el nuevo director.

Hasta que, poco a poco al principio, empezó a aflorar en mi mente todo lo que había dicho el juez la primera noche de mi vuelta al colegio, a adquirir fuerza, hasta que finalmente rugió en la conciencia.

«¡No seas imbécil, Pisskop! ¡Tú eres un maldito inglés!».

Había empezado la larga marcha hacia el mar.

En nuestra mesa Labios Caídos de Jaager seguía chillando «Heil Hitler» y pronto lo cantaban todos cada vez más alto. Hasta que un penetrante silbido del juez les hizo callar.

—Algunos hemos hecho un juramento de sangre por Adolf Hitler y ha llegado la hora de echar a los rooineks al mar. ¡Después de las clases nos reuniremos detrás de los cagaderos para un consejo de guerra!

No creo que tuviésemos demasiado claro ninguno dónde quedaba el mar. En algún punto impreciso situado detrás de los montes Libombo, probablemente más allá del río Limpopo. Fuese cual fuese la dirección, estaba lejos, lejísimos. La larga marcha



hacia el mar sería una cosa seria y yo comprendía que hacía falta una cierta planificación.

El comedor bullía de excitación. El juez alzó la mano para hacernos callar. Luego me señaló directamente.

—Pisskop, ¡tú eres nuestro primer prisionero de guerra!

Luego juntó los dedos y subió más el brazo.

—¡Heil Hitler!

Nos levantamos todos otra vez, aunque a mí los de al lado me hicieron volver a sentarme.

—¡Heil Hitler!, —repitieron todos a coro.

Era el día más emocionante de la historia del colegio, aunque mis perspectivas personales pareciesen lúgubres. No cabía duda de que el Abuelo Chook y yo vivíamos de prestado y teníamos que hacer planes de fuga con una cierta urgencia. Yo no veía salida. Aunque hubiese sabido volver a casa, que no sabía, ¿podrían llegar lejos un niño pequeño y un pollo sin que les localizase el enemigo?

Aquella tarde en clase la señorita Du Plessis, que aún parecía estar más nerviosa de lo habitual, me pegó en los nudillos fuerte dos veces con su regla de cuarenta y cinco centímetros. Al final perdió el control del todo, porque yo, distraído con mis planes de fuga, no la oí cuando me preguntó cuántas eran tres por cuatro.

—¡*Domkop!* ¡Tendrás que quedarte después de clase!, —no podía, el Abuelo Chook y yo teníamos que escapar antes de que se reuniese el consejo de guerra detrás de los cagaderos.

—Por favor, Señorita, perdóneme, Señorita... no volverá a pasar, Señorita.

En una tentativa desesperada de arreglar aquello, me quité el camuflaje. Recité la tabla del nueve, luego la del diez, la del once, la del doce. Había ocultado cuidadosamente que supiese más de la tabla del cuatro y, además, en clase no habíamos llegado todavía a las tablas del once y del doce. Las consecuencias fueron terribles. Cuando ya casi había acabado la tabla del doce, que me había aprendido a leerla en la parte de atrás del libro de aritmética del juez, la señorita Du Plessis estaba absolutamente frenética.

—Doce por doce, ejem..., cuarenta y cuatro, —dije. Pero al ver lo indignada que estaba ya no pude seguir.

—¡Maldito bribón, falso, mentiroso!, —chilló, enarbolando la regla de borde de acero. Empezó a descargar golpes sobre mí, pero como estaba tan nerviosa no tenía muy buena puntería, y pude pararlos casi todos con los brazos y los hombros. Al final uno burló mi guardia, y la afilada tira de metal de la regla me hizo un corte en la oreja. Deshice la guardia y me agarré la oreja, que me dolía a más no poder. Empezó a chorreamme sangre entre los dedos, a caerme por los brazos.

La visión de la sangre sacó a la señorita Du Plessis del frenesí. Me miró, se llevó la mano a la boca, dio un grito y cayó redonda a mis pies.

La conmoción que me produjo ver a la señorita Du Plessis caer desmayada a mis

pies fue tan grande que me quedé paralizado. La sangre de la oreja goteó en su inmaculada blusa blanca; formó una mancha del tamaño del puño en la zona precisa del corazón.

—¡Ahí va! Le has partido el corazón y la has matado, —oí que decía Labios Caídos de Jaager. Luego salió corriendo de la clase. Le siguieron todos después chillando y empujándose para abandonar el escenario del crimen. Me quedé allí solo, incapaz de pensar, sangrando sin parar.

No me di cuenta de que había entrado alguien en la clase hasta que una mano inmensa me levantó y me lanzó hasta el otro extremo del aula, donde fui a aterrizar contra la pared. Estaba demasiado pasmado para hacerme daño y me quedé recostado en la pared como una muñeca de trapo. El señor Stoffle, el profesor del curso del juez, estaba arrodillado junto a la señorita Du Plessis y la zarandeaba. Abrió mucho los ojos al ver la sangre de la blusa.

—¡Atiza, la ha matado!, —le oí decir. En ese mismo instante la señorita Du Plessis abrió los ojos y se levantó como Lázaro. Luego se miró, vio la blusa manchada de sangre y volvió a desmayarse con un leve suspiro. El señor Stoffle le dio un par de tortas en la cara y entonces abrió los ojos y se levantó.

—¡Oh, oh, qué he hecho!, —gimoteó.

Luego el aula se quedó silenciosa y oscura, como si pasase una nube que tapase el sol. Me di cuenta de una forma confusa, de que el señor Stoffle venía hacia mí, los brazos largos y peludos balanceándose a los costados con un movimiento lento, la imagen del cuerpo borrosa en los bordes. Quise protegerme la cara pero los brazos no quisieron moverse.

«Ves lo que pasa cuando te olvidas del camuflaje, Pisskop», me dije. Luego ya debí de desmayarme.

Desperté en mi cama, en el dormitorio de los pequeños, pero antes de abrir los ojos noté cerca de mí el olor de Mevrou. Debió ver que movía los párpados.

—¿Estás despierto, Pisskop?, —preguntó sin agresividad.

—Sí, Mevrou, —estaba otra vez en el mundo real, así que volví a desplegar el camuflaje mental alrededor. Tenía la cabeza tapada con una gruesa tela de crepé, tenía el pijama puesto. No me dolía nada la cabeza, sólo el hombro con el que me había dado en la pared.

—Escúchame bien, Pisskop, —había un tono de angustia en su voz—. Cuando venga el médico tienes que decirle que te caíste de un árbol, ¿me has oído?

—Sí, Mevrou.

—¿De qué árbol te caíste, Pisskop?

—No había ningún árbol, Mevrou, —yo me había dado cuenta del asunto inmediatamente, claro está.

—¡Domkop!, —gritó—. ¿Es que no te lavas los oídos? ¿Qué acabo de decirte, hombre?

—Me caí del mango, el mango grande que hay junto al patio, —rectifiqué.

—Sí, eso está bien, el mango, —se levantó de la silla en que estaba, al lado de mi cama—. Cuando te esfuerzas tienes buena memoria, Pisskop. Acuérdate de decirle eso al médico cuando venga.

En cuanto se fue salté de la cama, corrí a la ventana y le lancé un silbido al Abuelo Chook para que viniera. Vino enseguida, cacareando, me miró como siempre con los ojos saltones y se posó en el alféizar de la ventana junto a mí.

—Abuelo Chook, tenemos un gravísimo problema, —le dije, y le conté que de un momento a otro iba a venir Adolf Hitler a tirarnos al mar—. ¿Sabes nadar?—, le pregunté. El Abuelo Chook era tan sorprendente que no me habría extrañado que fuese el único pollo del mundo que supiese nadar.

—¡Ka-ka-ra-ká!, —me contestó. Tanto podía significar que sí como que no.

¿Quién podía saberlo? A veces no era fácil entender al Abuelo Chook.

Oímos de pronto voces que se acercaban al dormitorio, así que lo lancé de nuevo rápidamente al huerto y me metí en la cama. Comprobé muy contento que quien llegaba era Mevrou acompañada por el doctor Henny. El médico se sentó en la cama y me quitó la tela que tenía en la cabeza.

—¿Qué te ha pasado, hijo? Pareces bastante fastidiado.

Yo sabía que el doctor Henny estaba de mi parte, aunque no fuese un rooinek, y me entraron unas ganas tremendas de echarme a llorar y contarle todos mis problemas. Pero aquel día ya me había quitado el camuflaje una vez, con resultados casi desastrosos. Una oreja vendada y un hombro magullado no era un castigo excesivo por lo imperdonablemente estúpido que había sido. La próxima vez quizá no tuviese la misma suerte. Le expliqué, tragándome las lágrimas, que me había caído del viejo mango grande que había al lado del patio.

No debí explicarlo demasiado bien porque se volvió a Mevrou y dijo en afrikaans:

—Umm, no hay más contusiones ni rozaduras que la herida que tiene entre el cráneo y la oreja, ¿está usted completamente segura de que este niño se cayó de un árbol?

—Los otros niños vieron cómo fue, Doctor. No hay duda, —dijo Mevrou, con tanta convicción que hasta yo empecé a dudar. Me di cuenta de que la vía de investigación del doctor Henny sólo podía conducirme al desastre.

—Es cierto, Señor. Fue lo que pasó, me caí del árbol y me hice daño al darme contra la pared.

El doctor Henny no pareció darse cuenta de que yo había contestado en afrikaans.

—La pared, ¿qué pared?

El miedo asomó un instante a los ojos de Mevrou; pero enseguida se recuperó.

—El niño no habla muy bien el afrikaans, quiere decir el suelo.

—Sí, me di en el suelo, —añadí, el camuflaje a punto de irse a paseo.

El doctor Henny parecía no entender.

—Está bien, vamos a examinar el hombro.

Me hizo girar el brazo en una dirección.

—¿Duele esto? Cuando te duela dímelo.

Negué con la cabeza.

Luego volvió a girarlo en la otra dirección con igual resultado. Luego lo levantó hacia arriba y yo pestañeeé.

—¿Ahora te duele, eh?

Asentí.

—De todas formas no está dislocado.

Me revisó el corazón y el pecho y la espalda con el estetoscopio que me daba un repelús de frío en la piel.

—Parece que no es nada. Con dos pequeños puntos quedarás como nuevo, —dijo en inglés.

—¿Puedo irme a casa, por favor?

—No hay ninguna necesidad de eso, hijito, mañana estarás bien del todo, —me contestó, y buscó en el maletín y sacó un pirulí amarillo—. Toma, con esto te sentirás mejor. Vete chupándolo mientras te doy los puntos.

Debió de ver la cara que ponía.

—Sí, te dolerá un poquito, pero no vas a ponerte a llorar ahora.

—Es un chico valiente, Doctor, —dijo Mevrou segura ya de que la verdad había quedado oculta.

—Muy bien, —dijo Henny, dándome en los puntos unas pinceladas de mercromina—. No hace falta poner ninguna venda. Volveré dentro de una semana a quitarte los puntos.

Luego se volvió a Mevrou.

—Llámeme si se queja de dolor de espalda.

Sacó otro pirulí y me lo dio.

—Éste es por ser tan valiente.

—Gracias, Señor. ¿Es usted inglés, doctor Henny?, —pregunté, cogiendo el segundo pirulí.

Cambió de expresión y me di cuenta de que aquello le incomodaba.

—Todos somos sudafricanos, hijo, no dejes que nadie te diga otra cosa. —Lo dijo tranquilo pero con energía, luego repitió—: ¡Nunca te dejes convencer de lo contrario!

Había pasado días mejores, claro, pero un día de dos pirulíes no era corriente, no estaba mal del todo.

Pese a mi condición de prisionero de guerra, durante los días que siguieron los chicos se portaron bastante bien; los puntos me convirtieron en un héroe en el dormitorio de los pequeños, y hasta Maatie de Jaager mantuvo los labios cerrados para variar.

Teníamos una profesora nueva, la señora Gerber, que resultó ser la mujer del veterinario titular que había ido una vez a la granja a ver si los orpingtons negros del abuelo tenían la enfermedad de Newcastle. La señora Gerber no tenía mal genio, y

creo que no sabía siquiera que yo era un rooinek. No era una profesora de verdad, así que resultaba bastante agradable. Corría el rumor de que la señorita Du Plessis había sufrido una crisis nerviosa. Yo sabía, naturalmente, que la culpa era mía y empecé a pensar con tristeza que probablemente había sido también yo la causa directa de la crisis nerviosa de mi madre. Debo de ser de esa clase de personas que provocan las crisis, primero mi madre, ahora la señorita Du Plessis, y, aunque no le había hecho tener todavía ninguna a Mevrouw, la había hecho mearse encima, que era probablemente lo más parecido a una crisis.

El Abuelo Chook y yo analizamos nuestra situación detenidamente pero no llegamos a ninguna conclusión práctica. Después de todo el Abuelo Chook era un pollo cafre, y los pollos cafres no se dan tan buena vida. Andas por ahí escarbando muy tranquilo y de pronto te conviertes en la cena de un chacal o una pitón, o estás hirviendo en una olla de hierro de tres patas. El Abuelo Chook, todo un superviviente veterano, operaba ateniéndose al principio de que si podía pasar algo malo, pasaba. Un niño de cinco años no suele ser muy pesimista, pero los dos estábamos convencidos de que había una cosa segura: iba a pasar algo terrible.

## TRES

Me quitaron los puntos, y aquella misma noche me citaron para comparecer ante el juez y el jurado.

El juez había sido muy bueno conmigo la semana anterior y, no me había obligado a llevarle los libros a clase todos los días debido a mi hombro magullado. En realidad, como la señorita Du Plessis resultaba en general antipática, me había convertido un poco en un héroe.

Pero en esta parte del mundo los rooineks no están destinados a ser héroes permanentes. Yo sabía que aquello no duraría mucho: en cuanto me quitasen los puntos, se acabaría la suspensión temporal de mi condena. Así que, en fin, allí estaba de nuevo, en marcha, directo a otro desastre.

—Ponte firme, prisionero Pisskop, —gruñó el juez.

Me erguí, los brazos como baquetas a los costados.

—¡Junta las piernas, hombre!, —gritó uno del jurado.

—¿Nombre?

Miré desconcertado, todo el mundo sabía mi nombre...

—¿Cómo te llamas, Pisskop?, —insistió el juez.

—Pisskop, —aventuré, sin saber aún lo que quería decir.

—¿Qué significa tu nombre?

Volví a mirarle angustiado.

—¿Que me meo en la cama?

—¡Sí, y que se te cagan los pollos en ella, además! ¿Qué es un rooinek?

—Soy inglés.

—Sí, ya lo sé, pero ¿cómo sabes que eres rooinek?

—Yo... simplemente lo sé, Señor.

El juez movió la cabeza, suspiró hondo.

—Ven aquí. Acércate, hombre.

Avancé hasta ponerme al lado de su cama, donde estaba sentado con las piernas cruzadas. Alzó un brazo y mi mano voló a proteger la cara, pero en vez de pegarme me tiró del cordón de los pantalones del pijama, que se me cayeron y se me quedaron

enganchados alrededor de los tobillos.

—¡Esa culebra maldita no tiene sombrero en la cabeza, *domkop!* Por eso se sabe que eres inglés, ¿entiendes?

—Sí, Señor, —me agaché para volver a ponerme los pantalones del pijama.

—¡No!, —gritó; volví a ponerme firme; él preguntó—: ¿Qué soy yo, Pisskop?

—¿Un bóer, Señor?

—Y ¿qué es un bóer?

—Un afrikaner, Señor.

—Sí, por supuesto... pero ¿qué más?

—Un bóer tiene sombrero en su culebra.

¿Por qué, si Dios había hecho que todos los blancos pareciesen iguales, habría dado a los ingleses culebras sin sombrero? Parecía muy injusto. Mi camuflaje era perfecto salvo por aquel pequeño detalle.

—Esta noche aprenderás a hacer la instrucción. Tenemos que prepararte para cuando te marches hasta el mar.

El juez indicó luego el pasillo que había entre las camas y me dio un empujón. Tropecé con los pantalones del pijama y caí. Uno del jurado se agachó y me quitó los pantalones de los tobillos. Me levanté con el trasero al aire, miré inseguro al juez.

—¡En marcha!, —ordenó, indicando de nuevo el pasillo que había entre las camas. Empecé a desfilar moviendo los brazos.

—*Links, regs, links, regs, halt!*, —aulló; luego repitió—: ¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha, alto! ¿Cuál es tu pie izquierdo, prisionero Pisskop?

Yo no tenía ni idea, pero señalé uno.

—¡*Domkop!* ¿Ni siquiera sabes distinguir derecha de izquierda?

—No, Señor, —dije sintiéndome un idiota. Pero de pronto me di cuenta, el lado izquierdo era el del hombro que me dolía.

—Darás cada día, después de clase, cinco mil pasos por el patio, ¿me has oído?, —asentí—. Contarás desde cinco mil hacia atrás hasta llegar al número uno.

No acababa de creermelo que pudiese tener tanta suerte, nadie me había puesto la mano encima. Recuperé los pantalones del pijama y me escabullí de nuevo por el pasillo oscuro hacia mi dormitorio.

Ser prisionero de guerra y aprender la instrucción no era una cosa tan terrible. En realidad no tenía nada que hacer después de las clases. Pero he de confesar que contar cinco mil hacia atrás no es un modo muy divertido de pasar el rato. Además es algo imposible, porque empiezan a vagar los pensamientos sin que te des cuenta y de pronto no te acuerdas ya en qué número vas y tienes que volver a empezar. Aprendí a murmurar un número si se acercaba alguien, pero a lo que me dedicaba más que nada era a hacer de memoria los deberes del juez. Como le llevaba los libros, leía su lección de aritmética y luego resolvía las ecuaciones de memoria mientras hacía la instrucción. Si eran un poco complicadas, comprobaba que no hubiese nadie mirando, y resolvía una suma más compleja escribiendo en el suelo con un palo. Llegó un

momento en que estaba deseando ver lo que había hecho él en clase cada día.

El juez era un domkop tremendo. Yo le revisaba los deberes por la mañana, cuando le llevaba los libros a clase. Eran siempre una porquería y casi todos estaban mal. Empecé a desesperar por él y por mí también, claro, porque sólo podría abandonar el colegio si el trabajo que hacía durante el año le permitía llegar al aprobado. Tal como iban las cosas, no había esperanza. Y si suspendía tendría que soportarle un curso más. Es decir, si antes no llegaba Hitler para echarme. La fuga parecía imposible, así que tenía que ocurrírseme otra cosa. Después de varias tardes de instrucción empezó a perfilarse un plan. La otra cosa, cuando afloró por fin, era pasmosamente simple, aunque preñada de peligros. Anduve dándole vueltas al asunto los dos días siguientes. Si me desprendía del camuflaje y ayudaba al juez a hacer los deberes para que le aprobaran, ¿no se vería obligado a salvarnos al Abuelo Chook y a mí si Adolf Hitler llegaba antes de fin de curso?

He de confesar que me daba miedo. Cada vez que me había desprendido del camuflaje había sobrevenido un desastre. Por último, después de una larga charla con el Abuelo Chook, quedó decidido que merecía la pena correr el riesgo.

Abordé el asunto a la mañana siguiente, después del desayuno. Estaba doblando la manta del juez y colocándole la toalla a los pies de la cama. Él estaba sentado en otra cama chupando el lápiz e intentando hacer unos ejercicios de aritmética en el último momento.

—¿Puedo ayudarle, Señor?, —me latía el corazón como una maquina de vapor, pero me sorprendió lo firme que salía mi voz.

—Déjame en paz, Pisskop, no ves que estoy ocupado, hombre, —estaba haciendo las fracciones que yo había hecho mentalmente la tarde anterior y se equivocaba en todas horrorosamente.

Tragándome el miedo dije:

—¿Qué pasará si no aprueba usted a final de curso?

El juez me miró, me di cuenta de que no era la primera vez que lo pensaba. Estiró un brazo y me agarró por la camisa.

—¡Si no apruebo, primero te mataré a ti, y luego me escaparé!

Hice acopio de todo mi valor.

—Yo... yo puedo ayudarle, Señor, —tartamudeé.

Me soltó y volvió a mordisquear el lápiz, ceñudo, mirando estrábico la página de ecuaciones. Parecía que no me hubiera oído. Indiqué la ecuación que acababa de terminar.

—Eso está mal. La solución es siete novenos, —moví el dedo rápidamente—. Cuatro quintos, seis octavos, nueve décimos, cinco séptimos...

Me detuve porque me cogió la mano y alzó hacia mí la vista, boquiabierto.

—Oye, ¿dónde aprendiste tú a hacer eso?

—Es que a mí esto me resulta muy fácil, —dije, encogiéndome de hombros, con la esperanza de que no se diese cuenta de lo asustado que estaba.



Le chispeó en los ojos un brillo de astucia. Me soltó la mano y me entregó el cuaderno y el lápiz.

—Escribe las soluciones apretando muy poco y yo las repaso por encima, ¿vale?

El camuflaje estaba intacto y había conseguido ascender a la siguiente etapa evolutiva. Después de aprender a ocultar mi inteligencia ahora tenía que aprender a usarla. El Abuelo Chook y yo nos habíamos alejado un poco más del mar.

Pero había sufrido ya las consecuencias de darme a conocer demasiado pronto. Sabía que si un domkop como el juez pasaba del final de la clase a los primeros puestos de golpe, el señor Stoffle se olería algo. Decirle al juez que era un zopenco significaba jugarme la vida, además estaba empezando a darme cuenta de que la manipulación puede ser un arma importante en el arsenal de los pequeños y débiles.

—Tenemos un problema, —le dije.

—¿Qué problema, hombre? Yo no veo ninguno. Tú escribes las soluciones sin apretar mucho y ya está.

—Usted, Juez, es un tipo muy listo.

—Sí, claro, ¿y?

—Y la aritmética no le interesa, ¿verdad? Porque si le interesase podría hacer esto, —chasquéé los dedos—, así.

—Sí, si quisiese podría. ¡Sólo los pequeñajos como tú se interesan por esta porquería!

Percibí que la conclusión le complacía y cobré audacia.

—Así que no puede hacer bien todos los problemas ahora de pronto si ayer mismo sólo era capaz de hacer bien dos sumas de cada diez. El señor Stoffle se dará cuenta de que hay gato encerrado.

El juez me miró inquieto.

—¿Quieres decir que no vas a ayudarme?

—Claro que sí, pero es preferible que vaya usted mejorando un poco cada semana, y que le diga al señor Stoffle que le ha cogido de pronto el truco a lo de las sumas.

Pareció tranquilizarse, luego sonrió astutamente.

—*Jy is 'n slimmertjie, Pisskop*—, dijo.

El juez había dicho que yo era listo. ¡Yo! ¡Pisskop! ¡Un rooinek con una culebra sin sombrero! Era el mayor cumplido que me habían hecho en mi vida y me sentí muy orgulloso. Pero antes que el juez pudiese darse cuenta del efecto que me causaban sus palabras, volví a adoptar rápidamente mi actitud servicial. La emoción del cumplido casi me había hecho olvidar mi otra preocupación.

—¿Qué pasará si llega Adolf Hitler antes que acabe el curso?, —pregunté, con el corazón latiendo a toda marcha.

El juez me miró sin comprender, luego de pronto entendió el porqué de mi pregunta y sonrió.

—No te preocupes, hombre, cuenta conmigo. Yo no diré nada hasta que haya

aprobado los exámenes, —movió la cabeza y me dirigió una mirada no del todo exenta de simpatía—. Lo siento, Pisskop, pero después de eso tendré que decirle lo tuyo. Tienes que recibir tu castigo por matar a veintiséis mil mujeres y niños bóers. Tú y ese pollo cafre bobo tuyo seréis carne muerta cuando él llegue. Pero te diré una cosa, te doy mi palabra de bóer de que si apruebo en sumas, juro por un montón de biblias que no se lo diré a Adolf Hitler hasta el próximo curso.

Empezó a repasar con el lápiz las soluciones que yo había escrito en su cuaderno de ejercicios, arrugando la frente como si estuviese haciendo los cálculos él.

Había ganado: mi plan había salido bien. Casi no podía creer lo que oía. El Abuelo Chook y yo estaríamos a salvo el resto del curso. El juez terminó de copiar. Nunca le había visto tan contento. Ni siquiera cuando se lanzaba a heilhitlear. Vi que aquélla era mi oportunidad, así que tomé aliento y dije rápidamente:

—Será difícil hacer la instrucción todas las tardes y además hacerle los deberes, Señor.

Se me llenó la cabeza por dentro de un ruido silbante. ¿Habría ido demasiado lejos? Después de ganar la batalla estaba arriesgándolo todo en una pequeña escaramuza. En realidad hacer la instrucción no era tan duro, era hasta divertido. ¿Y si se daba cuenta además de que utilizaba el período de instrucción para hacer sus deberes?

El juez sornó, se limpió la nariz con la mano.

—Está bien, se acabó la instrucción, pero me haces los deberes, entendido. Y sí os cojo a ti y a ese pollo cafre por ahí molestando, haréis el doble de instrucción que antes. Los dos sois prisioneros de guerra y será mejor que no lo olvides, amiguito.

La victoria era mía por segunda vez. Mis primeros esfuerzos conscientes de manipulación habían tenido éxito. Fue una sensación embriagadora cuando el Abuelo Chook y yo seguimos al juez camino de clase aquella mañana.

Hay algo seguro en la vida. Cuando las cosas van bien, seguro que empezarán a ir mal muy pronto. El mundo es así.

Aquel día, en clase, la señora Gerber nos contó que había habido un brote de la enfermedad de Newcastle en una granja avícola cerca de Merensky Dam. Su marido, el veterinario, se había ido a visitar todas las granjas de los alrededores. Hasta los muchachos más pequeños sabían el desastre que podía provocar una enfermedad de cualquier género en las aves o en el ganado. Lo peor, claro, era la fiebre aftosa entre el ganado, pero en todas las granjas había un mínimo de cincuenta gallinas ponedoras, así que la noticia de la señora Gerber causó consternación. Mi madre había dicho una vez que a mi abuelo se le partiría el corazón si perdía todas sus orpingtons negras.

Era bastante deprimente pensar en mi madre y su crisis nerviosa, en un campo de concentración inglés tejiendo jerseys de mangas extrañas. Tejiendo con todas las madres y niños bóers, esperando a morirse de hambre o de la fiebre del agua negra. Mientras tanto, allá en la granja, estaba mi pobre y anciano abuelo muriendo

lentamente con el corazón partido. Eso, si no llegaba antes Adolf Hitler. Si llegaba, yo sabía que el abuelo no tendría las fuerzas necesarias para hacer planes de huida ni para conducir la camioneta y entonces, ¿qué sería de él?

¿Podría vivir yo con mi niñera en Zululandia? Esta idea me animó muchísimo. Adolf Hitler nunca iría a buscar a un pequeño inglés a Zululandia. Inkosi-Inkosikazi me ocultaría con un hechizo mágico y Hitler no tendría ninguna posibilidad. En cuanto al Abuelo Chook, Adolf Hitler no sabría distinguir a un pollo que hablaba inglés de los otros pollos cafres. Decidí inmediatamente que cuando volviese a la granja le explicaría este magnífico plan a mi niñera.

Por lo que pudimos saber a través del juez (le dejaban oír las noticias en la radio del señor Stoffle los sábados por la noche), a los ingleses les iba bastante mal en la guerra. Adolf Hitler había ocupado Polonia, que yo supuse que sería algún sitio de África del Sur como Zululandia, donde vivía la tribu Po. Por el tono del juez daba la impresión de que Adolf Hitler podía aparecer el día menos pensado allí entre nosotros.

No tenía ni idea de que Sudáfrica estuviese del lado de Inglaterra, porque donde yo me encontraba los ingleses eran claramente el enemigo. Aunque sabía que yo era inglés, lo consideraba una desgracia más, era como nacer en una familia pobre y degenerada.

La mayor parte de la información provenía de los consejos de guerra periódicos que el juez celebraba detrás de los retretes del colegio. Todos los chicos mayores eran guardias de asalto y a Danie Coetzee le dejaban ir también, como jefe del dormitorio de los pequeños. Al Abuelo Chook y a mí nos llevaban hasta allí como los prisioneros de guerra oficiales, con el propósito de someternos a interrogatorio y a tortura.

A mí me vendaban los ojos y me ataban al tronco de un jacarandá con una cuerda alrededor del pecho y la cintura, que me dejaba libres las piernas y los brazos. Lo hacían así porque dos de las torturas principales exigían que tuviese las manos libres.

La mayoría de las sesiones empezaban con la barra de hierro a la que llamaban la «tortura china» por la marca del gran reloj de bolsillo barato del juez, una de sus posesiones más preciadas. Yo tenía que sostener la barra alzada en el aire mientras él cronometraba la sesión, y mantenerla alzada cada nueva sesión más tiempo que la anterior. Del control del tiempo se ocupaba diligentemente un muchacho llamado Boetie Van der Merwe, al que en el partido nazi conocían como Guardia de asalto, Cronometrador y Contador.

Van der Merwe estaba muy orgulloso de su tarea, y en cada ocasión me recordaba el tiempo mínimo asignado para la sesión siguiente de tortura china. Si no lograba mejorar la marca anterior recibía un buen cachete del juez y de los seis guardias de asalto a quienes les tocase pegar.

La segunda tortura principal que exigía que tuviese las manos libres se llamaba «práctica de tiro». Todos los guardias de asalto llevaban un tirachinas como arma

mortífera. Todos los chicos de campo tienen tirachinas para cazar pájaros, y llegan a ser muy hábiles con ellos. No les dejaban llevarlos abiertamente, pero todos los mayores tenían uno guardado, y en las reuniones del partido nazi lo llevaban colgado al cuello.

Para la práctica de tiro, yo tenía que poner los brazos extendidos a los lados, con las palmas abiertas y vueltas hacia arriba. Luego me ponían una lata de mermelada vacía en cada mano y cada guardia de asalto podía tirar dos veces a las latas. Los que obtenían los seis mejores resultados del día se ganaban el derecho a pegarme la próxima vez que hubiese que hacerlo. El contador era, como siempre, Boetie Van der Merwe.

He de decir en favor de los nazis que acertaban bastante a seis metros de distancia, sólo en una ocasión me alcanzó una piedra en la mano. Tuve suerte que fuera la izquierda, porque no pude utilizarla en varios días.

El Abuelo Chook volaba hasta una rama del jacarandá y observaba desde allí los acontecimientos con sus ojos saltones. En el partido nazi le llamaban prisionero de guerra Rooinek Pollo Cafre. A un pollo no se le puede interrogar y torturar gran cosa. Además, el Abuelo Chook estaba bastante a cubierto por ser el principal exterminador de insectos de la cocina de Mevrouw. Aunque el juez fuese un tipo de cuidado, no se atrevía a correr el riesgo de enfrentarse a Mevrouw.

De vez en cuando levantaba la vista hacia el Abuelo Chook y le amenazaba:

—Ya llegará tu hora, prisionero de guerra Rooinek Pollo Cafre, no creas que nos hemos olvidado de ti, ¿me has oído?

Yo siempre tenía miedo por el Abuelo Chook, pero en realidad no podía hacer casi nada por él, era un prisionero de guerra como yo. Los dos teníamos que limitarnos a esperar lo mejor y a intentar ir tirando. Además, el Abuelo Chook lo tenía fácil allá arriba, en el jacarandá, mientras que yo era el que padecía a nivel de suelo.

Las sesiones del partido nazi se celebraban dos veces por semana. Cuando me dejaban me pasaba después varias horas temblando, pero los daños físicos no eran excesivos. Sólo me pegaban si soltaba la barra de hierro demasiado pronto y en uno o dos casos más, como cuando el juez se emocionaba mucho o yo no sabía contestar a una de sus grandilocuentes preguntas con suficiente rapidez para su gusto.

—¿Qué es tu madre, Pisskop?

—¡Una puta, Señor!, —yo no tenía ni idea de lo que era una puta, pero sabía que era la respuesta que él quería.

—¿Con quién duerme?

—Con cafres, Señor.

—¡Ag sis hombre! ¡Sucios cafres apestosos!, —el resto de los nazis coreaba esto, gruñendo y sacando la lengua y llevándose la mano al cuello como si vomitasen.

Hasta el niño de campo más pequeño conoce la sexualidad animal, pero a mí nunca se me había ocurrido que los humanos realizasen la misma función. Me

preguntaba por qué aquella respuesta concreta sería tan ofensiva. Después de todo mi niñera había dormido siempre conmigo en su esterilla a los pies de mi cama y para los nazis era una cafre.

—¿Qué eres tú, Pisskop?

—¡Una mierda!, —contestaba.

—¡Una mierda no! ¡Una mierda de perro!, —corearon todos.

Descubrí que uno puede acostumbrarse a cualquier cosa. Estaban esperando que cometiese un error para poder hacerme rectificar. A mitad del interrogatorio me vendaban los ojos. Luego, a veces, cuando me estaban preguntando, me echaban un cubo de agua por encima. Como sabía que podía ocurrir, pero no cuándo, en el instante en que esto sucedía me llevaba un susto tremendo. No hay mejor torturador que la imaginación.

O me metían media docena de hormigas rojas por los pantalones y observaban cómo intentaba quitármelas, frenético, cuando empezaban a picarme torturantemente en el escroto y en las partes interiores y blandas de las piernas. Quitarme la venda suponía un tortazo doble de cada miembro del partido. Pronto aprendí que una hormiga roja suele picar sólo una vez si la dejas en paz. Pero, permitidme que os diga que la picadura de una hormiga roja no es una experiencia demasiado grata.

Si algún truco nuevo resultaba un éxito, como el de las hormigas rojas, se felicitaban entre ellos muchísimo, y cuando yo pataleaba y buscaba frenético en los pantalones para quitarme las hormigas merodeadoras, se reían a carcajadas.

El juez fomentaba los nuevos insultos y las nuevas torturas, pero no permitía torturas que dejaran marcas visibles. Estaban permitidas, por ejemplo, las quemaduras chinas, pero pellizcar quedaba descartado. A medida que iba acabándose el trimestre, sus mentes cortas se iban quedando sin ideas, y como yo conocía todas las respuestas a todas sus estúpidas preguntas y había admitido todas sus acusaciones y aceptado tranquilamente todos sus insultos, las cosas se calmaron muchísimo. He descubierto que todo se acaba en esta vida, por muy malo que sea.

Había una cosa que les chocaba mucho. No conseguían hacerme llorar, ni siquiera el juez podía hacerme llorar, con todo el miedo que inspiraba. Sospecho que incluso empezaban a admirarme un poco. Muchos tenían hermanos pequeños de mi edad en casa, y sabían lo fácil que es hacer llorar un niño de cinco años. En realidad yo había cumplido ya los seis, pero nadie me lo había dicho, así que seguía creyendo que tenía cinco. Lo de no poder llorar era la parte más dura también para mí. Llorar es un buen camuflaje. Pero mi decisión de no llorar tenía muy poco que ver con la fuerza de voluntad. Había aprendido un truco especial para no llorar y luego había acabado perdiendo, no sé de qué manera, la posibilidad de abrir el grifo.

Lo que ellos no sabían era que detrás de la venda de los ojos yo había aprendido a estar en dos sitios a la vez, podía fácilmente contestar a sus estúpidas preguntas y visitar al mismo tiempo con otra parte de mi mente a Inkosi-Inkosikazi. Allá abajo, en el país de la noche, estaba a salvo de los guardias de asalto que no podían hacerme

daño ni hacerme llorar.

En cuanto me tapaban los ojos con aquel trapo sucio, hacía tres inspiraciones profundas. Oía inmediatamente la voz de Inkosi-Inkosikazi, leve como un trueno lejano: «Estás de pie en una roca sobre la catarata más alta, eres un joven guerrero que ha matado su primer león y es digno ya de luchar en la legión de Dingaan, el gran impi que destruye cuanto se le opone. Digno de luchar hasta en el impi de Shaka, el más grande de todos los reyes guerreros».

Estaba de pie en la roca bajo la luz de la luna, encima de las tres cataratas. Lejos, al fondo, veía las diez piedras mojadas y brillantes y el agua blanca que irrumpía por la estrecha garganta más allá. Sabía entonces que la persona que estaba en el exterior era sólo una cáscara, una presencia a la que se podía ver y fastidiar. Dentro estaba el yo real, donde mis lágrimas se unían a las lágrimas de toda la gente triste para formar las tres cataratas del país de la noche.

El último trimestre del curso llegaba a su fin, sólo quedaba un día, sólo un interrogatorio más, luego la libertad.

El juez había complacido al señor Stoffle con sus esfuerzos del último trimestre, y el señor Stoffle había olvidado su escaso rendimiento en el período previo del curso. Al final del trimestre era el primero de la clase. El señor Stoffle le ponía como ejemplo, y yo creo que le gustaba atribuirse también parte del mérito. Habían llegado a considerarle ya un caso perdido, y ahora era la estrella. Me enseñó la cartilla de notas que decía, en blanco y negro, que había aprobado. Había llegado a aceptar su inteligencia y a esperar las felicitaciones de sus compañeros del partido. No sólo era un tipo duro, sino también un tipo listo, condición sumamente satisfactoria. Así que no había ya motivo para esperar más que una pequeña paliza en la última sesión de interrogatorio y tortura, y luego el juez desaparecería para siempre de mi vida. Después de todo tenía una deuda conmigo, y además Adolf Hitler no había llegado aún, a pesar de su aplastante victoria en un sitio llamado Dunquerque, así que no le había comprometido ni una pizca así.

Los prisioneros de guerra Pisskop y Rooinek Pollo Cafre fueron conducidos al jacarandá por última vez bajo la jefatura nazi del jefe. Me vendaron los ojos inmediatamente, en cuanto me ataron al árbol del modo habitual. Oía cacarear arriba, en las ramas, al Abuelo Chook. Cuando estaba ya a punto de entrar en el país de la noche resonó ásperamente la voz del juez.

—¡Ésta es la última vez, inglés cabrón!

Al oír esto tuve de pronto la certeza de que aquel día sería distinto. Que el juez no creía que me debiese nada. Volvían los malos tiempos. Intenté bajar a la seguridad del país de la noche, pero el miedo brotó de mí como un Vesubio arrojando vómito y no conseguí distanciarme de él.

—¡Hoy, vas a comer mierda, inglés!, —el que utilizase la palabra «inglés» en vez

del rooinek familiar, casi amistoso, agravaba considerablemente la amenaza.

—Extiende las manos abiertas.

Le oí reír entre dientes cuando extendí las manos, las palmas hacia arriba. Me agarró por las muñecas y apretó tan fuerte que no podía mover los brazos.

—Tráigala usted aquí, guardia de asalto Van der Merwe, —le oí decir.

Me pusieron un objeto blando primero en una mano y luego en la otra.

—Cierra las manos, cabrón, —ordenó el juez.

El dolor de las muñecas era casi insoportable. Cerré las manos lentamente.

—Quitadle la venda ordenó de nuevo el juez.

Los otros nazis se habían ido quedando muy callados y uno de ellos me quitó la venda. Pestañeeé con la claridad súbita. La venda me estaba tapando la nariz además de los ojos, y antes incluso de abrirlos me llegó un olor horroroso, y abrí las manos y vi que contenían dos cerotes humanos espachurrados. El juez me soltó las muñecas.

—Ahora chúpate los dedos ordenó.

Quedé con las manos en el aire, sin saber qué hacer.

—Contaré hasta tres y si no te chupas los dedos te arranco la cabeza de un puñetazo, pedazo de mierda, —me miraba con los ojos desorbitados y vi que temblaba.

Yo estaba demasiado perplejo para reaccionar. Creo que me habría comido la mierda si el mensaje hubiese llegado por fin a mi cerebro descompuesto, pero en aquel momento tenía todos los cables fundidos.

—*Een... twee... drie!*, —contó. Había contado tres y yo seguía con las manos inmovilizadas en el aire, temblando de terror. Emitió una especie de gorgoteo animal desde el fondo de la garganta, y luego, me agarró las muñecas y me empujó las manos hacia la boca. Yo tenía los dientes apretados de miedo; me frotó la mierda en ellos y en los labios y por toda la cara. Debió quedarle a él en la mano una parte porque me soltó las muñecas y se limpió en mi pelo, que llevaba muy corto.

Luego se agarró al tronco del árbol, unos sesenta centímetros por encima de mi cabeza, su cuerpo a horcajadas sobre mí. Primero intentó sacudir el árbol, luego empezó a pegar en él con los puños cerrados. De pronto echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando hacia arriba, hacia el árbol.

—¡Heil Hitler!, —gritó.

Y arriba en el árbol se abrió entonces el ano del Abuelo Chook y cayó de él una cagada de pollo verde y blanca perfecta que fue a dar justamente en la boca del juez.

El Abuelo Chook había esperado hasta el último día del trimestre para dar su opinión sobre el partido nazi. Era, como siempre, breve, ajustada y precisa. El juez escupió furioso, se agachó, empezó a correr en círculos agarrándose el estómago y la garganta, tosiendo y escupiendo y por fin vomitando. Corrió hasta el grifo y se llenó la boca de agua y escupió unas seis veces. Luego se metió el dedo índice en la boca como un cepillo y se frotó los dientes y las encías. Bebió más agua y escupió y escupió.

—¡Corre, Abuelo Chook, corre, corre hombre! —grité hacia el árbol. Pero el Abuelo Chook ya había corrido suficiente para un viejo pollo cafre. Parecía que estuviese muriéndose de risa allá arriba posado, cacareando entre los brotes morados del jacarandá—. ¡Corre por favor, Abuelo Chook, por favor, por favor, corre! ¡Ese cabrón te matará!—, chillé, olvidándome de la mierda que tenía en la cara y en el pelo.

El Abuelo Chook saltó a una rama más baja y vi luego horrorizado que volaba a mi hombro y me daba en la oreja uno de sus famosos besos. Lo cogí, con el propósito de lanzarlo lejos, pero cuando lo alcé del hombro, hubo ante mi cara una explosión de plumas. El Abuelo Chook lanzó un tremendo cacareo, algo me lo arrebató de las manos, cayó al suelo. El juez estaba allí plantado a escasa distancia, balanceando el tirachinas vacío en la mano izquierda.

—¡Corre, Abuelo Chook, corre si quieres salvar la vida!, —le supliqué.

El Abuelo Chook intentó levantarse de donde había caído pero la piedra del potente tirachinas del juez le había roto la caja torácica. Hizo varias tentativas más, pero acabó cayendo siempre sobre un ala. Creo que sabía que era inútil. Por fin se quedó quieto, me miró y dijo: «¡Ka-ka-ra-ka!».

Danie Coetzee se lanzó por él y lo cogió. Conseguí pegarle una patada, pero alzó triunfante al Abuelo Chook cabeza abajo, cogido por las patas. Batía las alas frenético, el dolor debía ser terrible. De pronto se quedó quieto y creí que se había muerto ya. Pero luego vi que sus ojos brillantes intentaban localizarme desde su posición invertida.

—¡Ningún maldito pollo cafre me caga a mí encima! Colgadle por las patas junto a Pisskop, —ordenó el juez. Seguía soltando pequeños escupitajos secos y limpiándose la boca con la mano.

Dos guardias de asalto echaron una cuerda por encima de una rama y pronto el Abuelo Chook colgaba cabeza abajo justo fuera de mi alcance y aproximadamente al nivel de mi cabeza.

—Por favor, Señor. Haré cualquier cosa. ¡Lo que me pida! ¡Todo lo que quiera! ¡No mate al Abuelo Chook, por favor!

El juez se inclinó y me miró a la cara con ojos crueles.

—Ahora verás quién va a llorar, —dijo con una mueca burlona.

Yo estaba enloquecido de terror.

—¡Mátame!, —supliqué—. ¡Mátame, por favor! ¡Pero no mates al Abuelo Chook!

El juez me pegó en la frente con la mano, mi cabeza chocó con el tronco del jacarandá, sentí un mareo.

—¡Ag, mierda!, —exclamó, se había vuelto a manchar la mano con la mierda que me cubría la cara. Se la limpió de nuevo en mi pelo.

—Eres una mierda y tu maldito pollo cafre es una mierda. ¡Viste lo que me hizo! ¡A mí, a Jaapie Botha! ¡Me cagó en la boca el muy cabrón!



Busqué otra salida, a la desesperada, mareado aún.

—¡Se lo diré a Mevrouw!, —grité, procurando que el tono fuera amenazador.

—*Mevrou kan gaan kak!*, (¡Mevrou puede irse a la mierda!) —El juez escupió en el suelo, esta vez un escupitajo normal, sin mierda de pollo. Se volvió a los guardias de asalto.

—¡El prisionero de guerra Rooinek Pollo Cafre será ejecutado, dos tiros cada uno!

Y pasó a ocupar su lugar en el pelotón de ejecución mientras los demás guardias de asalto cargaban sus tirachinas.

Me desprendí del camuflaje que me quedaba.

—¡Le diré al señor Stoffle que te hice los deberes de aritmética!, —grité.

Oí el leve zumbido de su tirachinas al mismo tiempo que sentía el golpe de la piedra en el estómago. El dolor fue horroroso, era como si sucediese a cámara lenta, como si la piedra tuviese vida propia y me royese las entrañas, como si me atravesase ardiendo los intestinos hasta la espalda. Un objeto maligno, decidido, vivo, sin ojos. Sentí una conmoción enorme en todo el organismo, los ojos parecían salirse de las órbitas, me brotó la lengua catapultada de la boca en un gesto involuntario de asombro.

—¡Fuego!

Una serie de golpes sordos estremecieron los frágiles huesos del pecho del Abuelo Chook. Las primeras piedras habían hecho balancearse la cuerda, pero los guardias de asalto eran tiradores expertos, y los segundos tiros penetraron también en el viejo y extraño cuerpo de aquel pollo que colgaba allí cabeza abajo. Empezaron a formarse manchas de sangre en el polvo seco y entre las flores caídas de jacarandá; como la cuerda se balanceaba nunca caían dos gotas en el mismo sitio. El Abuelo Chook, el pollo más valiente y más duro del mundo, estaba muerto.

Llegó volando hasta mí una pluma pequeña, era una de las blandas y suaves que le crecían en lo alto de sus patas flacas. Se me quedó pegada a un trozo de mierda de la cara. El juez se acercó y desató la cuerda que me rodeaba la cintura; caí ante él. Me puso un pie descalzo en el hombro.

—¿Qué eres tú, inglés?

—Mierda de perro, Señor.

—Mírame cuando lo dices, —aulló.

Alcé la vista despacio hacia el gigante que me tenía puesto un pie en el hombro. Por encima de él, muy arriba, vi una luna lechosa colgando del cielo de la tarde. Habíamos estado tan cerca, el Abuelo Chook y yo, habíamos estado tan a punto de conseguirlo, sólo una hora más...

Le escupí.

—¡Tú eres una mierda de perro! ¡Tu mamá es una puta!

Me aplastó con fuerza con el pie, derribándome. Luego lanzó un aullido, en el que se mezclaban la cólera y la angustia.

—¿Por qué no lloras, maldito cabrón?, —gimió y empezó a darme patadas a ciegas.

Los guardias de asalto se lanzaron a sujetarle, le apartaron de mí. Él se dejó arrastrar y nos dejaron solos detrás de los retretes bajo una luna blanca plantada en un immaculado cielo azul.

Desaté el cuerpo maltrecho del Abuelo Chook y nos sentamos bajo el jacarandá y le acaricié las plumas ensangrentadas. No habría más suave aurora africana después de la noche, no más ki-ki-ri-kís matinales para decirme que tú estás allí, mi amigo pollo amado y fiel. ¿Quién me picoteará en la oreja? ¿Quién será mi amigo? Lloré y lloré y lloré. La gran sequía había terminado. El hombre interior había emergido al exterior, habían llegado las lluvias a Zululandia.

Después de mucho mucho rato, cuando ya no me quedaban lágrimas y el pájaro de la soledad había entrado a construir un nido de piedras en el lugar vacío que había en mi interior, llevé al Abuelo Chook al huerto de frutales y lo deposité en la caseta que había hecho para protegerle de la lluvia. Luego entré por la ventana en el dormitorio para coger el jersey rojo nuevo, el que me había hecho mi madre en el campo de concentración y me había arreglado mi niñera.

Reuní todas las piedras que pude encontrar y luego puse el jersey rojo sobre el cadáver del Abuelo Chook, las alas saliendo de los agujeros de los brazos y el pescuezo largo del cuello y los pies del final.

Nunca había tenido un aspecto tan magnífico. Cogí la lata de mermelada que había utilizado para llevarle agua y en cinco minutos recogí veinte saltamontes verdes pequeños, el manjar más exquisito para un pollo. Puse la lata al lado de su cuerpo para que tuviese un manjar especial en el viaje hacia el cielo. Por último, lo tapé con piedras.

La primera víctima que caía en Sudáfrica en la guerra contra Adolf Hitler estaba al fin segura.

Me quedé allí, sentado junto al montón de piedras; el sol de la tarde empezaba a ponerse. El sol recorría Zululandia, dejaba atrás la tierra de los swazis y luego Shangaan y el kraal regio de Modjadji, la reina de la lluvia, e iba a refrescarse en el agua inmensa y oscura que queda más allá.

Sonó la primera campana de la cena y fui hasta el grifo y empecé a lavarme la sangre y la mierda de las manos y de la cara y del pelo.

Dentro de mí, muy hondo, el pájaro de la soledad se posó en su tosco nido de piedra y puso un huevo de piedra grande y muy pesado.

Sonó la campana de la cena. La última cena. Todo se acaba al fin. Al día siguiente me iría a casa para la Navidad, con mi niñera. Mi maravillosa, tierna y cálida niñera.

Pero la vida no es así. Yo, precisamente, debería de haberme dado cuenta. Boetie Van der Merwe me dijo en la cena que Mevrouw quería verme en el dispensario.

—Si le dices lo de esta tarde, te mataremos, —cuchicheó. Yo no estaba asustado, sabía reconocer un buen final.

Sólo faltaban horas para que fuese libre, ni el juez ni Mevrouw ni, de momento al menos, Adolf Hitler, podrían impedirlo. Pronto volvería a mi quieto remanso.

No sabía entonces que lo que parecía el final era sólo el principio. Los niños son todos ellos pecios que arrastran las mareas de las vidas adultas. La marea había cambiado sin que yo lo supiera y me estaba arrastrando a mar abierto.

## CUATRO

Después de la cena, cuando el señor Stoffle terminó de leer la lección de la Biblia y acabó las oraciones vespertinas, esperé a Mevrou a la entrada del dispensario. Llegó poco después. «¡Kom!» dijo, rozándome al pasar. Entré y esperé, las manos a la espalda, la cabeza baja como siempre.

—¿Por qué tienes la camisa manchada de sangre, Pisskop?

Bajé la vista hacia la camisa que mostraba sangre del Abuelo Chook y una señal bastante grande donde me había alcanzado la piedra.

Mevrou lanzó un suspiro y se espanzurró en la silla, pintada del mismo verde claro que las paredes del dispensario.

—Quítate la camisa, —ordenó.

Me la quité rápidamente y me hizo un examen somero de la parte afectada.

—Ag, ¿eso es todo?

Apretó la herida que me había hecho la piedra y me encogí involuntariamente.

—Por favor, Mevrou, me caí encima de una piedra.

Mevrou descorchó una botella grande de yodo y la puso boca abajo sobre una torunda de algodón.

—Sí, ya lo veo.

Me frotó la herida con el algodón; el yodo escocía a más no poder, así que hice una mueca de dolor y empecé a dar saltos consternado, retorciendo las manos para parar aquel dolor ardiente.

—Ven, que no es bastante.

Abrió de nuevo la botella y me frotó de firme en la barriga. Esta vez sabía lo que me esperaba y logré contener la mayor parte del dolor rechinando los dientes y cerrando los ojos con fuerza.

—No puedes irte en el tren con un envenenamiento de sangre, —dijo tirando la torunda en la mesa.

Luego cogió otra vez el corcho y tapó la botella.

—¿Qué tren, Mevrou?, —pregunté, desconcertado.

—Tu oupa llamó, puso una conferencia telefónica desde un *dorp* del Transvaal

oriental que se llama Barberton. No vas a volver a la granja. Tu abuelo dice que la enfermedad de Newcastle le ha obligado a matar todos los pollos y que le ha vendido la granja a una tal Mevrouw Vorster.

—¿Y qué está haciendo mi abuelo en ese pueblo que se llama Barberton, Mevrouw?

Me daba vueltas la cabeza, todo mi mundo se desmoronaba. Si el abuelo había vendido la granja a la gorda señora Vorster y llamaba por teléfono desde un pueblo desconocido del Transvaal oriental, ¿dónde estaba mi niñera? Sin el Abuelo Chook y sin mi niñera, no se podía vivir.

—Yo no sé leer el pensamiento. Puede que haya encontrado trabajo en ese lugar, —buscó en su bolso y sacó un sobre—. Aquí está el billete. Mañana por la noche cogerás el tren para Barberton. Dos días y dos noches. Yo te llevaré al tren.

Luego me despidió con un balanceo del sobre. Di la vuelta y me fui, pero cuando estaba ya en la puerta volvió a llamarme.

—No puedes llevarte el pollo, ¿me oyes?, —dijo, y me miró con suficiencia—. Los Ferrocarriles Sudafricanos no te dejarán llevar un pollo cafre, ni siquiera en el vagón de mercancías.

Parecía que eso la complacía. Luego añadió:

—Me quedará yo con él, se ganará el sustento aunque no sea más que un pollo cafre.

—Ha muerto, Mevrouw. Se lo comió un perro ayer. —No sé cómo conseguí que mi voz no reflejara las lágrimas.

—Es una vergüenza, era útil en la cocina. —Se levantó de la silla con un suspiro, abanicándose con la carta—. Ves, muchacho, un pollo cafre no es distinto a un cafre. Justo cuando crees que puedes confiar en ellos van y te fallan.

Yo nunca había tenido zapatos. Por aquel entonces, en Transvaal norte un chico del campo sólo tenía botas si tenía padres ricos o si había cumplido ya los trece años. Entonces es cuando dice el Antiguo Testamento que un muchacho se convierte en hombre. Todo lo que te daban era un pantalón caqui, una camisa y un jersey cuando hacía frío. No se habían inventado los calzoncillos, y aunque se hubiesen inventado, los chicos bóers no los habrían usado. ¿Para qué más gastos?

El día siguiente al del funeral del Abuelo Chook era el último del trimestre. Todos estaban levantados y habían hecho el equipaje mucho antes del desayuno. Después del desayuno Mevrouw me citó en el dispensario y me dijo que después de comer iríamos al pueblo a comprar unos tenis para mí en la tienda de Harry Crown.

—¿Qué son unos tenis, Mevrouw?

—¡Domkop! Unos tenis son unos zapatos hechos sólo de lona y con suela de goma. No sabes nada. Procura llevar los pies limpios o quedaremos mal delante del judío.

Vi desde mi mango secreto cómo iban abandonando el colegio los otros chicos. Los padres llegaban en viejas camionetas y en carros de mulas. Algunos muchachos se iban en burros que un criado traía hasta el colegio. Vi marcharse al juez en un carro de mulas. Hizo sentarse a un criado negro en la escalera, luego subió de un salto al asiento, cogió las riendas y el látigo y arrancó a un ritmo furioso, fustigando a las mulas y haciendo restallar el látigo como un disparo de fusil. Lancé un inmenso suspiro de alivio. Como solía decir mi madre: «Es bueno librarse de la mala basura».

Por fin se fueron todos; bajé del mango y crucé el patio. No era igual sin el Abuelo Chook. El sol calentaba lo mismo. Los pequeños saltamontes verdes seguían sin poder cruzar el patio de un solo salto. Todavía colgaba en un cielo matutino sin nubes una luna diurna hecha de leche desnatada. Pero ya nunca sería igual. Reservé las lamentaciones para más adelante. Ya tenía suficiente en la cabeza con la perspectiva de ir al pueblo a comprar unos zapatos y a coger el tren. Nunca había tenido zapatos y nunca había ido en tren, ni siquiera había visto jamás un tren de verdad. Dos nuncas en un día son suficiente para ocuparle la cabeza a cualquiera.

Después de comer pan y mermelada y un tazón de té, corrí a ver a Mevrouw al dispensario, parándome sólo lo necesario para restregarme bien los pies y las piernas como ella me había dicho. La misma ducha que había goteado aquella primera noche en que yo había creído que las duchas eran un matadero aún hacía drip, drip, drip, como un metrónomo. Es curioso cómo pueden trastocar las cosas los niños pequeños. Parecía que hubiese pasado todo hacía muchísimo; que yo sólo hubiese sido entonces un bebé.

Estuve esperando en el dispensario unos minutos hasta que llegó Mevrouw. Llevaba un vestido de algodón de flores informes y un curioso sombrero de paja negro que tenía dos cerezas; se veía un tercer rabo de alambre que en tiempos había tenido otra cereza. Con ropa de ciudad no parecía muy distinta de la vieja y gorda señora Vorster, salvo que era más joven y tenía bigote.

Yo sabía que el pueblo quedaba a unos tres kilómetros.

—¿No podríamos ir a ver la estación de ferrocarril además de ir a la tienda de Harry Crown? —sugerí tanteante.

—Ya es suficiente que haga esto por ti, Pisskop. ¿Qué quieres? ¿Sacar sangre de las piedras? Esta noche tendré que hacer lo mismo por ti. No hay nada que ver en la estación, sólo cafres dormidos esperando el tren.

No hablamos más en el camino. Mevrouw iba unos tres pasos delante de mí. Iba andando delante, inmensa, con un balanceo, y se paraba de cuando en cuando un poquito a tomar aliento. El sol de primera hora de la tarde caía sobre nosotros implacable. Cuando llegamos estaba muy acalorada y muy molesta, y aquel olor especial que tenía era peor que nunca.

La tienda de Harry Crown estaba cerrada, y en la calle principal del pueblo no había nadie. Mevrouw sacó un gran *doek* rojo del cesto y se limpió la cara.

—Todavía todo el mundo está comiendo, tenemos que esperar, —explicó.

Subió con gran esfuerzo los cinco escalones del porche de la tienda y se sentó en un banco junto a la puerta cerrada con candado.

—Ve a buscar un grifo y lávate los pies, —dijo, jadeante.

Crucé la calle hasta el garaje, tenía un letrero que decía Estación de Servicio Atlantic. Había dos bombas junto a una oficina pequeña y un taller. Nada más entrar en el taller vi un grifo. Todo el local olía a grasa y gasolina. Me lavé los pies y volví a cruzar la calle pisando con los talones para no volver a manchármelos. Había media docena de africanos dormidos al fondo del porche, en la otra entrada de la tienda. Encima de aquella entrada había un letrero que decía: «Sólo negros». Por un instante me pregunté por qué no se permitiría entrar a los blancos.

Las moscas, que volaban perezosas en el calor, se les posaban en los ojos cerrados, y de vez en cuando se alzaba una esporádica mano negra y las espantaba, el propietario aún dormido en apariencia.

Un negro al que le faltaba el ojo izquierdo estaba despierto y sentado, la espalda apoyada en la pared de la tienda. Ocultaba entre las manos y la boca un birimbao que tañía con ritmo insistente.

—El judío llega tarde, ¿quién se ha creído que es?, —dijo Mevrou irritada.

Se giró un poco y se dirigió al africano que tocaba el birimbao.

—¡Eh, cafre!, ¿dónde está el baas?

El negro se levantó rápidamente, retiró de la boca la pequeña arpa, se la guardó en un bolsillo del pantalón andrajoso. Pero no decía nada, no entendía el afrikaans.

—¿Trabajas aquí?, —le pregunté en shangaan.

—No, pequeño baas, yo también estoy esperando. El baas grande de la tienda vendrá pronto, creo. Cuando suene la sirena de la serrería seguro que viene.

—No trabaja para el señor Crown, Mevrou.

En ese momento sonó la sirena. Conocíamos la de la serrería, que sonaba a la una en punto y luego otra vez a las dos.

Casi al mismo tiempo apareció un gran Chevrolet negro que aparcó junto a la tienda. Era el coche más bonito que había visto en mi vida. Nunca se me había ocurrido pensar que un automóvil pudiese ser tan relumbrante y tan potente. El hombre que lo conducía aceleró el motor antes de apagarlo, y rugió como si estuviese vivo. Era evidente que ser judío resultaba un negocio muy rentable. A lo mejor de mayor yo también podía ser judío.

Harry Crown era un hombre gordo que bordeaba ya los sesenta años. Llevaba los pantalones tan subidos que la parte de arriba le tapaba toda la tripa y más de la mitad del pecho. Los sostenían unos tirantes de un rojo chillón. La camisa de algodón blanca de cuello abierto no parecía extenderse más de veinte centímetros a partir del cuello antes de que se la tragase el pantalón. Estaba casi completamente calvo, al sonreír enseñó dos dientes de oro.

—Mil disculpas, Mevrou. ¿Ha tenido que esperar mucho?, —dijo, abriendo con

mucha ceremonia las puertas de la tienda cerradas con candado.

—Ag, no se preocupe, ni cinco minutos siquiera, —dijo Mevrou, deshaciéndose en sonrisas ante aquel hombre calvo y gordo.

En la parte reservada a los clientes blancos giraban suavemente en el techo dos ventiladores grandes. Aquel sector estaba fresco y en penumbra. Mevrou se retrepó aliviada en una silla junto al mostrador y Harry Crown le sirvió una taza de café de un puchero que había sobre un pequeño hornillo en un estante detrás del mostrador.

—¿En qué puedo servirla, Mevrou?, —preguntó. Luego se volvió a mí, se inclinó un poquito y dijo, solemne—: ¿Y a usted, Señor?

Yo no estaba habituado a la jocosidad, así que, no sabiendo qué hacer, bajé la vista y esquivé su mirada.

Percibió mi timidez y dejó de mirarme; de un tarro de cristal grande que había en el mostrador sacó un pirulí de frambuesa, con la cabeza color rubí envuelta en celofán. Me lo ofreció. Miré a Mevrou, que bebió educadamente un sorbo de café y asintió. Cogí aquel regalo delicioso y lo guardé en el bolsillo de la camisa.

—Gracias, Meneer, —dije muy bajito.

—Ag, cómelo ahora, muchacho. Cuando acabemos nuestro negocio podrás coger otro. —Hizo una pausa—. Uno de menta si quieres, ¿eh?

Luego se volvió a Mevrou y comentó:

—Hace treinta años que tengo esta tienda y puedo decir con toda seguridad que lo que más les gusta a los niños son los pirulís de frambuesa y luego los de menta. Puede que no esté seguro de nada más en este mundo, pero de eso sí que lo estoy.

Chasqueó los tirantes con los pulgares y soltó un bufido sonoro y feliz.

No había visto nunca a un hombre que se riese y se comportase como aquél, y me sentía intimidado, así que dejé el pirulí de frambuesa en el bolsillo, donde confiaba que estuviese a salvo.

—¿Cómo te llamas, chico?, —preguntó Harry Crown.

—Pisskop, Señor, —contesté.

Harry Crown echó hacia atrás su relumbrante cabeza calva y bajó la vista hacia mí consternado.

—¿Pisskop? ¡Pisskop! ¿Es ése un nombre para un guapo chico como tú?, —preguntó alarmado—. ¿Quién te llama así?

Mevrou le interrumpió con aspereza.

—Su nombre no importa, ¿qué zapatos de tenis tiene usted? El chico necesita unos. Se va a ir esta noche solo en el tren a Barberton, que es donde está su abuelo.

Harry Crown se volvió un instante para indicar que la había oído y luego volvió a mirarme y soltó un silbido.

—Barberton, ¿eh? Eso está en las tierras bajas del Transvaal oriental. Dos días en tren lo menos, es un viaje muy largo para que un chico pequeño como tú lo haga solo. Salió de detrás del mostrador mientras hablaba, y me examinó los pies.

—No tenemos nada tan pequeño, Mevrou. No me compran muchos tenis. Los



bóers de por aquí no juegan mucho al tenis.

Luego soltó una sonora carcajada, riendo su propio chiste, que ni Mevrou ni yo supimos apreciar.

—Enséñeme lo que tenga, señor Crown. Su oupa no mandó dinero suficiente para botas, sólo para tenis.

—Da igual que sean botas, zapatos, tenis, el chico tiene los pies demasiado pequeños.

Volvió detrás del mostrador y sacó de la estantería una maltrecha caja de cartón, luego sacó de ella unos zapatos de lona color marrón oscuro.

—Que se los pruebe, —dijo Mevrou.

—Es inútil, Mevrou, estos zapatos son cuatro números más que el suyo. Es un milagro que los tenga, pero de todos modos son demasiado grandes.

—El chico crecerá, —dijo Mevrou, con cierta impaciencia.

—Sí, claro, Mevrou, a lo mejor de aquí a cinco o seis años le quedan como un guante. Pero hasta entonces parecerá un payaso de circo con ellos.

Se aporreó la tripa.

—Qué gracia, —dijo para sí en inglés.

—Se los probaremos. Se pueden rellenar con periódicos.

—Mevrou, ni con todo el *Zoutpangsberg Gazette* podríamos conseguir que le valiesen. Tiene los pies muy pequeños para ser un niño bóer.

—No es un niño bóer, ¡es un rooinek!, —dijo Mevrou enfadada de pronto.

Dejó la taza de café en el mostrador, se agachó, cogió los tenis y se volvió hacia mí.

—Pon aquí un pie, venga, hombre, —ordenó.

El primer tenis se deslizó alrededor de mi pie sin tocarlo por los lados. Con el talón sobre el regazo de Mevrou parecía llegarme casi a la barbilla.

Mevrou tiró fuerte de los cordones hasta que se superpusieron los ojales.

—Ahora el otro, —dijo.

Me quedé allí, clavado en el suelo, sin osar moverme y sin saber qué hacer. Los zapatos de lona parecían duplicar el largo de mis pies.

—Camina, chico, vamos, —ordenó Mevrou.

Intenté avanzar un paso y el tenis izquierdo se me quedó atrás en el suelo, pero conseguí arrastrar el derecho hacia adelante avanzando sin levantar el pie.

—Traiga papel.

Mevrou hizo habilidosamente dos barquitos con tiras de periódico. Luego metió los barcos de papel en los tenis, me ordenó poner los pies en ellos y ató los cordones. Esta vez quedaron más o menos sujetos. Aunque he de decir que me sentía muy raro y que al andar hacían flip, flap, en la punta, donde se doblaban.

No me había sentido tan imponente en mi vida.

—Nos los quedamos, —proclamó Mevrou triunfal. Sacó el monedero del bolso.

Harry Crown suspiró.

—Esos tenis no le valen, Mevrou.

Si Mevrou hubiese tenido allí el *sjambok* habría obligado al viejo y gordo Harry Crown a inclinarse en el mostrador y le habría administrado seis de los mejores.

—¿Qué valen?, —dijo secamente y frunció los labios.

—Media corona, para usted sólo dos chelines, —dijo Harry Crown, ajustando el precio rápidamente. Estaba claro que no ponía el alma en el asunto.

Tiré del extremo de un cordón y comprobé aliviado que se deshacía el lazo. Repetí la operación con el otro tenis y luego saqué los pies con mucho cuidado de los barcos de papel de periódico y le entregué los zapatos a Harry Crown.

—Ay, pobre muchachito, —dijo él en inglés.

Volvió a meterlos en la blanda caja de cartón marrón y cuando vio que Mevrou no miraba, metió rápidamente dos pirulís verdes y dos rojos en la caja y me la dio.

—Que tengas salud para usarlos, —me dijo en inglés.

Luego añadió bajito:

—¿Ella entiende inglés?

No me atreví a contestarle, pero moví la cabeza, un gesto casi imperceptible, indicando que no.

—¡Dentro tienes, verdes y rojos para el viaje, de los mejores! Puedes creerme, lo sé muy bien. Hasta la vista, Peekay, —y me dio una palmada en el hombro.

Luego abrió mucho los ojos, se estiró todo lo alto que era y sonrió, las manos juntas sobre el vientre, los dientes de oro relampagueando.

—Puede que esos zapatos de tenis no te valgan, pero creo que tu nuevo nombre te queda perfecto. ¡Peekay! Sí, un bonito nombre para una persona valiente que se va sola hasta las tierras bajas a reunirse con su abuelo.

Mevrou, que estaba prácticamente bufando de rabia, tiró dos chelines en el mostrador y enfiló hacia la puerta. La seguí con la preciada caja del botín debajo del brazo. En la puerta me volví para decirle adiós a Harry Crown.

—¡Adiós, Señor!, —dije en inglés. Las dos palabras inglesas resultaban extrañamente impropias, como de un idioma recién aprendido.

Mevrou se volvió furiosa. Me agarró por la oreja y susurró:

—No le hables a ese... a ese judío asqueroso en la lengua maldita. ¡Vas a probar mi *sjambok* en cuanto llegemos al colegio!

—¡Ay! Me estás tirando de la oreja mala, Mevrou. —Me di cuenta enseguida de que se sentía culpable por haberme tirado de la oreja recientemente lesionada, que en realidad estaba ya curada del todo.

Me la soltó como si fuese un atizador al rojo. Hay que ser muy ágil de pies en este mundo para sobrevivir, pero no es demasiado difícil jugar el juego si conoces las reglas.

Mevrou echó a andar y la seguí a unos cinco pasos de distancia. Después de haberle administrado lo que esperaba que fuese un sentimiento de culpa suficiente como para que retirase la promesa de darme una paliza, me rezagué quince pasos más

y saqué del bolsillo el pirulí de frambuesa. Le quité el celofán, lamí los pequeños fragmentos de azúcar rosa que se le habían quedado pegados antes de tirarlo y luego me puse a chupar caminando de regreso al colegio.

Había acertado en lo del *sjambok*, no lo mencionó cuando llegamos. Pasé el resto de la tarde poniendo más piedras en la tumba del Abuelo Chook, construyéndole alrededor un borde con piedrecillas blancas que tardé siglos en recoger de los alrededores. He de decir que el pollo más valiente y más duro del mundo tuvo una tumba impresionante, un túmulo de piedra que probablemente duraría siempre, oculto por generaciones sucesivas de hierbas y de matorrales.

El criado de la cocina me había preparado una bolsa grande de papel de estraza con bocadillos para el viaje. Salimos del colegio hacia las cinco para coger el tren de las siete. Aunque la maleta era grande llevaba pocas cosas: dos camisas, dos pantalones caquis, el pijama, los cuatro pirulíes que había escondido en uno de los dos pantalones y los tenis nuevos con los barcos de papel dentro. Había sitio de sobra para los bocadillos. Me golpeaba en las rodillas al caminar pero no pesaba mucho, y además, después de tantas sesiones de tortura con la barra de hierro, tenía los músculos muy desarrollados. Mevrou estaba cansadísima de hacer dos viajes al pueblo en un día y, con la maleta dándome en las rodillas, tardamos casi una hora en llegar a la estación.

La estación resultó ser un andén elevado de unos treinta metros de largo sobre el que había un edificio con dos puertas que daban a la vía. En una de las puertas ponía: «Jefe de Estación», y a la derecha de esta puerta había una ventanilla. Sobre la ventanilla decía: «Billetes». En la otra puerta: «Sala de Espera». A la entrada de la oficina del jefe de estación había tres neumáticos de camión pintados de blanco, de cuyo centro brotaban cañas rojas, las hojas lisas y largas cubiertas de polvo y deshilachadas, las flores también rotas y andrajosas. Mevrou parecía conocer al jefe de estación. Nos abrió la sala de espera que estaba cerrada y le trajo café, en una taza grande y blanca con las iniciales Ferrocarriles Sudafricanos.

—No se preocupe, el jefe de tren es Hoppie Groenewald, él se cuidará del chico, —se volvió reconociendo por primera vez mi existencia. —Es el campeón de los ferrocarriles, sabes. Ese Hoppie —sonrió al pensarlo—, está siempre riéndose, ¡pero si te metes en una pelea, te lo aseguro, amigo, mejor que reces para que esté de tu parte!

Me pregunté qué sería un campeón de los ferrocarriles, pero lo entendí claramente y me gustó mucho, la idea de tener de mi parte a alguien que fuese bueno en una pelea. Mi vida parecía llena de problemas y sería un cambio agradable tener un campeón de los ferrocarriles a mi lado cuando llegase el próximo, que tenía que llegar indefectiblemente.

A veces las cosas más intrascendentes cambian la dirección de nuestra vida, el levísimo roce de una circunstancia, un momento inesperado que establece un contacto como un meteorito que cae en la Tierra. Son muchas las vidas que han dado

un giro y han cambiado de dirección por un comentario intrascendente. Hoppie Groenewald habría de resultar un fugaz mentor que encarrilaría los diecisiete años siguientes de mi vida en una dirección irrevocable. Lo haría en poco más de un día y una noche.

—El chico es un rooinek y demasiado pequeño aún para pelear, además, —dijo Mevrouw como si sólo fuese cuestión de tiempo el que mi malvada sangre inglesa hiciese de las suyas.

Después de decir esto sacó un billete de un sobre e introdujo la punta de un imperdible largo por el agujero que tenía el billete a un lado.

—Ven aquí, niño.

Me prendió el billete en el bolso de la camisa. Luego añadió:

—Ahora escúchame con atención. Mira, con este billete llegarás hasta Barberton, pero tu abuelo sólo mandó dinero suficiente para un desayuno, una comida y una cena en el tren. Esta noche comerás sólo un bocadillo, ¿me has oído?

Asentí.

—Mañana para desayunar, otro; y para la comida el otro. Luego puedes comer en el tren. ¿Me has entendido?

—Sí, Mevrouw, en las tres próximas comidas me como los bocadillos.

—¡No, hombre! Eso no es lo que te he dicho. Esta noche, y en el desayuno de mañana y en la comida de mañana. Y tienes que comer primero el de carne, porque la mermelada conservará el pan blando para mañana. ¿Entendido?

—Sí, Mevrouw.

Luego sacó un cuadradito de tela blanca del tamaño aproximado de un pañuelo de señora y se lo extendió en el regazo. Puso después un chelín en el centro.

—Ahora escúchame bien, Pisskop. Voy a poner aquí este chelín y a atarlo así.

Juntó dos puntas del cuadradito de tela y las ató sobre el chelín y luego hizo lo mismo con las otras dos. Luego sacó del bolso un segundo imperdible grande y me prendió el *doek* con el chelín en el forro del bolsillo de mi pantalón caquí.

—Ahora escúchame bien. Esto es para una emergencia. Sólo puedes utilizar una parte si no tienes más remedio que hacerlo, pero el cambio debes volver a ponerlo como te he enseñado, y enganchártelo en el bolsillo con el imperdible. Si no lo necesitas tienes que devolvérselo a tu abuelo, es lo que sobró.

Entró el jefe de estación y nos dijo que iba a llegar el tren y que disponíamos de cinco minutos.

—Venga, rápido, ponte los zapatos, —dijo Mevrouw, dándome un empujón hacia la maleta.

Se apoderó de mí un miedo repentino. ¿Y si abría la maleta y Mevrouw veía los pirulís? La puse en el suelo y la abrí de modo que la tapa no le dejase ver el interior. Pero se había salido un pirulí verde de su escondite del pantalón y sentía que el corazón me daba un vuelco. ¡Uf! Saqué los tenis y cerré enseguida la maleta. Metí los pies con mucho cuidado en los barcos de papel y Mevrouw ató los cordones. Hice un

esfuerzo desesperado para memorizar cómo lo hacía pero no quedé convencido de haberlo entendido.

—Por favor, Mevrouw, ¿me enseñarás a atarme los cordones para que pueda quitarme los tenis en el tren?

—Mevrou alzó la vista, alarmada.

—No puedes quitártelos hasta que llegues a Barberton. Si los pierdes tu oupa creerá que yo me quedé con el dinero que mandó. No te los quites, ¿me has oído?

Se oyó el tren muy lejos y salimos de la sala de espera a verlo llegar. Era difícil andar con los tenis, y muy diferente de los tres o cuatro pasos de prueba que había dado en la tienda de Harry Crown. Estuve a punto de caer varias veces mientras iba plif-plof, plif-plof, de la sala de espera al borde del andén. Me trepaban por los pies trozos de periódicos hasta más arriba de los tobillos y tuve que pararme y apretarlos.

Con un chorro ensordecedor de vapor, seguido inmediatamente de dos agudos y breves silbidos y un ruido rechinante de roce de metal contra metal, entró en la estación la inmensa locomotora, seguida de un vagón tras otro de negros. Los negros se reían y sacaban la cabeza por la ventanilla y parecían pasárselo muy bien. Por fin pararon, limpiamente alineados en el andén, los dos últimos vagones y el de los equipajes. En los dos últimos vagones se leía Ferrocarriles Sudafricanos, Primera Clase y Segunda Clase respectivamente. Yo había visto fotos de trenes, claro, y a veces, de noche, desde mi cama del dormitorio de los pequeños, había oído el pitido de un tren que traía el viento, un sonido grato que significaba marcharse a lugares lejanos, lejos del colegio, de Mevrouw, del juez y de sus guardias de asalto nazis. Pero he de confesar que no me esperaba algo tan grande y tan negro y tan fanfarrón, que echaba vapor, humo, fuego, lleno de tuberías de bronce y pistones zumbantes.

Aparecieron africanos que parecían brotar de la nada. Llevaban bultos en la cabeza que entregaban por las ventanillas del vagón de tercera a los pasajeros y luego subían al tren entre risas por lo emocionante del asunto. Llegaban del interior de los vagones canciones y más risas y muchísimos gritos y burlas cordiales. Me di cuenta enseguida de que iban a gustarme los trenes.

El jefe de tren saltó al andén con una bolsa de lona que tenía estampada la palabra: «Correos». Se la entregó al jefe de estación, que le dio a cambio otra bolsa idéntica. Luego el jefe de estación le presentó a Mevrouw al jefe de tren.

—Éste es Hoppie Groenewald, será jefe de tren y revisor hasta Gravelotte. Él cuidará del chico.

Hoppie Groenewald me miró sonriente y se tocó la gorra azul marino de jefe de tren para saludar a Mevrouw.

—No se preocupe, Mevrouw, yo cuidaré de él hasta Gravelotte. Allí se lo pasaré a Pik Marais, que le cuidará hasta Kaapmuiden.

Luego abrió la puerta del vagón de segunda, subió mi maleta al tren y me indicó que subiera también. Los tres escalones del vagón eran bastante altos y coloqué mi pie calzado en el primero. El tenis se dobló al apoyar el peso en la punta, y caí de

culo en el andén. Los zapatos eran una cosa mucho más complicada de lo que había pensado. Me pregunté un poco acongojado cómo se las arreglarían tan bien los adultos. Intenté levantarme pero los tenis eran demasiado grandes y no podía apoyarlos bien en la grava suelta del andén.

—¡Levántate, hombre!, —dijo Mevrou, claramente enfadada; luego añadió moviendo la cabeza—: ¡Por amor de Dios! Hasta en el último momento has de crearme problemas.

Hoppie Groenewald dejó la bolsa de lona del correo en el andén, se inclinó, me cogió por debajo de los brazos, me alzó en el aire y me subió al vagón.

—No te preocupes, hermanito, también yo me he caído más de una vez en estos *verdomde* escalones. Yo, que soy un jefe de tren y pronto seré revisor, y que debería conocerlos bien.

Luego cogió otra vez la bolsa del correo y la puso junto a mi maleta. Después saltó los escalones sin mirar siquiera y desenganchó una bandera verde pulcramente enrollada que había sobre la puerta del vagón. Luego la desplegó y tiró despreocupadamente de una cadena que llevaba prendida al botón de su chaleco de sarga azul marino, y sacó un silbato grande de plata del bolsillito del reloj.

—Verás cómo se asustan los cafres —dijo con una sonrisa. Y me indicó que podía apoyarme en la barandilla que había después de la puerta y asomarme y ver todos los vagones, hasta los de tercera. Luego volvió a saltar al andén y empezó a mover la bandera, lanzando un gran pitido con el silbato.

El lío que se organizó. Los africanos que habían bajado del tren a estirar las piernas o a hacer sus necesidades corrieron frenéticos hacia las puertas de los vagones y el tren empezó a moverse poco a poco, mientras ellos se reían, gritaban, se empujaban. Hoppie Groenewald lanzó otros dos breves pitidos y se subió de un salto al tren.

—Adiós, Mevrou. Gracias, —grité, diciéndole adiós con la mano.

—No te quites los tenis, ¡me oyes!, —dijo ella.

Fue una despedida sin lágrimas por ambas partes. Deseé ardientemente que el roinek y Mevrou no tuvieran que volver a verse nunca más.

Hoppie Groenewald cerró la puerta del vagón en cuanto el tren cogió velocidad. Volvió a enrollar meticulosamente la bandera y la puso en su sitio junto a otra roja, encima de la puerta. Luego cogió mi maleta y abrió la puerta del primer compartimento.

El tren iba ya a una velocidad constante y yo disfrutaba oyendo aquel clac-claquiti-clac-claquiti-clac confortante y predecible de las ruedas del vagón.

En el compartimento vacío había dos asientos de cuero verde claro uno frente a otro; cabían de sobra tres adultos en cada uno. Había además, entre las ventanillas, una mesa pequeña, que descubrí más tarde que se transformaba en lavabo. El resto del compartimento estaba revestido de una madera muy bien barnizada, y encima justo de cada asiento verde había un marco de cristal de unos veinticinco centímetros

de alto que corría a lo largo de los asientos. En los marcos había muchas fotos. Era todo muy elegante. Hoppie Groenewald encendió las luces antes incluso de que oscureciera, y parecía todo tan acogedor... era como el principio de una buena aventura.

—Es todo tuyo hasta que lleguemos a Tzaneen. A partir de allí, quién sabe. No te preocupes, Hoppie se ocupará de ti.

Luego bajó la vista hacia mis tenis, les salían por los lados trozos de papel que me llegaban hasta por encima de los tobillos.

—Esa vieja pesada no puede hacerte nada ya, quítatelos, —me los quitó. Tenía los pies calientes e incómodos y además se me habían puesto negros del periódico. Era delicioso poder mover libremente los dedos. Hoppie Groenewald me ofreció la mano.

—Chócala. Tú sabes mi nombre pero yo no he tenido el placer.

Yo había estado pensando en lo que había dicho Harry Crown y había decidido seguir su consejo y llamarme Peekay.

—Peekay, —dije tímidamente. Lo pronuncié en inglés, como había hecho Harry Crown, así que sonó como si fuera un nombre de verdad.

Me sentí de pronto nuevo y limpio. Nadie sabría que me habían llamado Pisskop. El Abuelo Chook había muerto y Pisskop también. Las dos primeras víctimas sudafricanas de la Segunda guerra mundial.

—Estupendo, Peekay. Seremos camaradas.

Se quitó la gorra y me la puso. Me pregunté si sería nazi. No parecía saber que yo era inglés, así que, ¿por qué tentar al destino?

—Gracias por cuidarme, señor Groenewald, —dije educadamente y le devolví la gorra.

—Ag, hombre, llámame Hoppie y no me trates de usted, —dijo, sonriendo y volvió a ponérsela.

Luego se fue a revisar los billetes de los vagones de africanos, pero prometió volver pronto. Fuera había oscurecido ya casi del todo, y yo iba allí solo sentado en un espacio iluminado, volando por la noche africana, cliquiti-clac, cliquiti-clac. Había derrotado al juez y a sus guardias de asalto nazis, había sobrevivido a Mevrou y había crecido y había cambiado de nombre, cliquiti-clac, cliquiti-clac.

Abrí la maleta y saqué uno de los pirulís verdes de Harry Crown. Le quitó con cuidado el envoltorio de celofán y lamí los trocitos de azúcar verde que se le habían quedado pegados. Pasó a mi lengua el leve gusto a lima, dulce promesa del acontecimiento principal, que llegaría cuando empezase el pirulí propiamente dicho. Harry Crown tenía razón. No había duda de que los verdes eran casi tan buenos como los de frambuesa. Examiné las fotos que había sobre los asientos, fotos de tonos sepia de una montaña plana con una nube blanca justo encima. El pie de la foto decía: «La montaña mesa, famosa en el mundo, con su célebre mantel». Sólo había una gran nube blanca encima, no pude ver el célebre mantel. En otras se veía, desde el aire, una ciudad muy grande, y el letrero decía: «Ciudad de El Cabo, hogar del famoso

doctor Cabo». Me pregunté qué habría hecho el doctor aquél para ser famoso y tan rico como para tener una gran ciudad por hogar. Debía ser aún más rico que Harry Crown. Años después descubrí que el doctor Cabo era un viento que soplaba al empezar la primavera y que se llevaba los gérmenes de la gripe y las miasmas generales acumuladas durante el invierno. Otra foto de la montaña mesa tenía el siguiente pie: «Ésta es sin duda una de las maravillas naturales del mundo». En la última foto se veía una casa grande y blanca, y el pie decía: «Famosas y espaciosas bodegas de Groot Constantia, solar de magníficos vinos».

«Bueno», pensé, «va a ser un viaje estupendo si visitamos todos esos sitios». Decidí que le preguntaría a Hoppie sobre aquello cuando volviese.

Volvió al cabo de lo que me parecieron varios siglos, aunque seguramente no fue mucho tiempo. En el tren, con la oscuridad pasando al galope, era como si el tiempo desapareciese. El cliquitic-clac de las ruedas en las vías devoraba los minutos.

Se retrepó pesadamente en el asiento de enfrente.

—¡Ag, muchacho, esos cafres apestan!, —exclamó, luego sonrió de oreja a oreja y me lanzó un leve golpe en broma a la punta de la barbilla—. Cuando lleguemos a Tzamee, dentro de una hora, cenaremos. Paramos allí cuarenta y cinco minutos a coger carbón y agua, y hay un café enfrente de la estación. A partir de allí soy sólo el jefe de tren, y habrá otro revisor. ¿Cuál es tu comida favorita, Peekay?

—Batatas, —contesté.

—Batatas, puede que sí, puede que no. Nunca he pedido batatas en ese café. ¿Qué te parece un plato combinado, un especial de dos chelines? ¿Eh?

—Sólo tengo un chelín y es para emergencias. ¿Un plato combinado es una emergencia?

Hoppie se echó a reír.

—Para mí lo es. Esta noche pago yo, camarada. Los platos combinados son cosa mía.

No quise preguntarle qué era un plato combinado y cómo estaba combinado, así que le pregunté por las fotos de la pared.

—¿Cuándo veremos la Montaña-mesa-una-de-las-maravillas-del-mundo?

—¿Cómo? Repite eso...

Señalé la foto que había encima de su cabeza.

—¿Cuándo llegamos allí?

Hoppie se volvió para mirar la foto, pero no se echó a reír cuando comprendió de qué le estaba hablando.

—No son más que fotos tontas que indican a dónde van los Ferrocarriles Sudafricanos, pero nosotros no vamos allí, Peekay.

Luego empezó a examinar todas las fotos como si fuese la primera vez que se fijase en ellas.

—El año pasado estuve a punto de ir a Ciudad de El Cabo, a disputar la final, pero me derrotaron en el campeonato del norte de Transvaal. Las opiniones estaban



divididas, pero el árbitro le dio el triunfo al de Pretoria. Fue una victoria clara, puedes creerlo. El combate estuvo igualado, lo admito, pero supe en todo momento que me estaba ganando a los puntos.

Yo escuchaba perplejo. ¿De qué demonios me estaba hablando?

Luego me miró directamente a los ojos.

—Tienes ante ti al casi campeón de los Ferrocarriles del Transvaal, ¿sabes?, — juntó el pulgar y el índice delante de mi cara—. No llegué a participar en los campeonatos de boxeo de Ciudad de El Cabo por un tanto así.

—¿Qué es un campeón de boxeo? —pregunté.

Entonces le tocó asombrarse a él.

—Qué domkop eres. ¿No sabes lo que es el boxeo?

—No, Señor, —bajé los ojos, avergonzado de mi ignorancia.

Hoppie Groenewald me puso la mano bajo la barbilla y me alzó la cabeza.

—No es nada de lo que tengas que avergonzarte. Si no sabes algo, siempre tienes tiempo de aprenderlo —sonrió—. Está bien, siéntate, ponte cómodo, tenemos mucho de qué hablar.

—Espera un momento, Hoppie, —dije entusiasmado, y abrí la maleta—. ¿Verde o rojo?—, le pregunté, sacando un pirulí de cada color.

Había decidido dejar uno para por la mañana y otro para la noche, para que me duraran todo el viaje, pero no se presentaba todos los días un amigo como aquél, y no había oído una buena historia desde que me había separado de mi niñera.

—Elige tú primero, Peekay, ¿cuál es tu favorito?

—No, elige tú, Hoppie. Tú eres el que va a contar la historia, así que tienes derecho a elegir, —dije con gran generosidad.

—El verde, —dijo—. Mi madre tenía los ojos verdes.

Cogió el pirulí verde y volví a guardar el de frambuesa y cerré la maleta.

—Yo acabo de comer uno —dije, contento de que me quedasen dos de los mejores de frambuesa para los dos días siguientes.

—Entonces lo compartiremos —dijo él—. Empiézalos tú, porque yo voy a estar demasiado ocupado hablando.

Me observó mientras desenvolvía el celofán y lo limpiaba con la lengua.

—Yo hacía lo mismo cuando tenía tu edad, —miró el reloj—. Falta una hora para llegar a Tzaneen, el tiempo justo para una lección de boxeo y puede que para una demostración.

Me arrellané muy feliz en el rincón del gran asiento de cuero verde y empecé a chupar el pirulí. Un pirulí y medio en menos de una hora era una felicidad continua, y tener un amigo de verdad era otra. Aquella aventura estaba resultando magnífica.

—El boxeo es el mejor deporte del mundo —empezó—. Mejor incluso que el rugby.

Alzó la vista, decidido a defender esta última afirmación en caso necesario, pero vio que yo estaba dispuesto a aceptar su opinión.

—El arte de la autodefensa es el mejor de todos, y el boxeo es el mejor arte de autodefensa. Piensa por ejemplo en mí, un peso medio nato, no hay hombre al que le tenga miedo, aunque sea un animalote grande como un delantero de primera línea. Soy rápido y sé pegar fuerte, y en una pelea callejera un tipo pequeño como yo puede liquidar a cualquier gorila grande.

Lanzó uno o dos ganchos al aire frente a mí para demostrar su rapidez relampagueante.

—¿Cómo de pequeños pueden ganar a cómo de grandes?, —pregunté, entusiasmado.

—Todo lo grandes que quieras, muchacho. Si adquieres velocidad suficiente para poder moverte y sabes conectar un buen golpe mientras te alejas. Coordinación, velocidad y juego de piernas, éstas son las claves de todo en el boxeo. Ser peso medio es perfecto, no tan grande que seas lento ni tan pequeño que no puedas pegar. El peso medio es el boxeador perfecto, sí, te lo digo yo.

Estaba tan convencido de lo que decía que le relumbraban los ojos. Me puse de pie en el asiento y levanté la mano unos veinte centímetros por encima de mi cabeza, que venía a ser, más o menos, la estatura del juez.

—¿Un chico pequeño como yo y un chico grande, así de grande?

Hoppie hizo una pausa. Pareció pensarlo.

—Sí, pero mira, con los chicos pequeños cambia un poco la cosa. Los chicos pequeños no tienen pegada. Puede que sean muy rápidos y sepan esquivar, pero con un solo puñetazo de un gorila grande se acabó. Es mejor que los chicos peleen sólo con los de su propio grupo, —me miró—. ¿Con quién quieres pelearte? ¿Qué chico grande te jugó una mala pasada? Dímelo, Peekay, y tendrá que vérselas con Hoppie Groenewald. Nadie le hace daño a un amigo mío, ¿me oyes bien?

—Unos chicos del colegio, —contesté, encantado de tener alguien fuerte en el mundo de mi parte, aunque no fuesen ni el lugar ni el momento adecuados. Quería contarle lo del juez y lo de sus guardias de asalto nazis, pero no me parecía oportuno contárselo todo, no sabía que yo era un rooinek y podría cambiar de actitud si se enteraba.

—Bueno, tú diles que la próxima vez tendrán que vérselas conmigo —gruñó.

—Ahora ya ha terminado todo, —dije pasándole el pirulí.

Lo cogió y empezó a chupar ensimismado.

—Tú sigue mi consejo, Peekay, cuando llegues a Barberton busca a alguien que pueda enseñarte a boxear.

Luego me miró, bizqueando un poco, y añadió:

—Veo que puedes ser un buen boxeador, tienes los brazos fuertes para ser un chico pequeño. Ponte de pie otra vez, vamos a ver las piernas.

Me puse de pie en el asiento.

—No está mal, Peekay, tienes buenas piernas, podrías tener velocidad. La velocidad lo es todo para un boxeador, pegar y retirarse. Pegar y retirarse, uno dos

uno, izquierda, otra vez izquierda, derecha.

Hacía sombra, lanzando veloces puñetazos a un adversario invisible. Aquello daba miedo y era emocionante al mismo tiempo.

—Espera aquí —dijo de pronto y salió del compartimento.

Volvió en dos minutos con un par de guantes de cuero muy raros.

—Mira, son guantes de boxeo, estos son los igualadores. Si sabes utilizarlos bien no tienes por qué temer a ningún hombre. En el vagón de mercancías tengo un saco de entrenamiento, mañana te enseñaré a usarlo.

Deslizó los inmensos guantes en mis manos. Me llegaban casi hasta los codos.

—Es agradable, ¿eh?, —dijo, atándome los cordones.

Las manos me quedaban tan perdidas en aquellos guantes como los pies en los tenis cuando Mevrou me los había puesto la primera vez, pero era muy distinto. Los guantes eran como viejos amigos, eran grandes y muy aparatosos, pero no extraños.

—Venga chaval, pégame, —dijo Hoppie adelantando la mandíbula.

Cuando le lancé el golpe apartó la cabeza, y el guante sólo silbó en el aire.

—Otra vez, pégame otra vez.

Eché atrás el brazo y lancé un golpe terrible que le dio en la barbilla. Se cayó en el asiento de cuero de enfrente gruñendo y cogiéndose la mandíbula.

—¡Caramba, caramba! Eres un pegador, un boxeador nato. Qué golpe me has dado.

Se incorporó frotándose la barbilla y yo me eché a reír.

—Eso es, pequeño *boetie*. Ya estaba empezando a preguntarme si te sabías reír, —dijo con una gran sonrisa.

Entonces empecé a llorar, no un lloriqueo, sólo lágrimas que no paraban de rodarme por las mejillas. Hoppie Groenewald me cogió y me sentó en su regazo y yo le eché los brazos enguantados al cuello y hundí la cabeza en su chaleco azul de sarga. Notaba la gruesa cadena del silbato fría contra la cara.

—A veces es bueno llorar, —dijo bajito—. A veces boxejas mejor después de una buena llantina. Venga, ahora cuéntale al viejo Hoppie lo que pasa.

No podía explicárselo, claro. Era una estupidez llorar así, pero no estaba dispuesto a ir más lejos. Me levanté.

—No es nada, de verdad, —dije, sentándome en mi lado del compartimento.

Hoppie cogió el pirulí que había dejado en la mesa antes de empezar a hacer sombra y me lo dio.

—Acáballo. A mí me quitaría el apetito y luego no podría tomar el plato combinado. Tomarás el plato combinado conmigo, ¿no? Pago yo, no te preocupes.

Fui a coger el pirulí, pero aún tenía puestos los guantes y los dos nos reímos del chiste. Me quitó los guantes y me lo dio.

—No te preocupes, Peekay. Cuando te hagas mayor serás el mejor peso medio de toda Sudáfrica y nadie, repito, nadie, se atreverá a meterse contigo. Te lo digo yo.

Cuando llegamos a Tzaneen, Hoppie bajó una litera que había oculta en la pared

encima de mi cabeza, que resultó ser, para sorpresa mía, una cama normal con sábanas y mantas. De un espacio que había detrás de la litera sacó una almohada con su funda y una toalla pequeña. Luego puso mi maleta en la cama para reservarla por si entraban otros viajeros en el compartimento en Tzaneen.

Después me cogió de la mano y cruzamos el andén de la estación, que se parecía mucho al de la otra de la que habíamos salido, sólo que era más largo y los edificios mayores. Enfrente de la estación había una casa iluminada con un ventanal grande en el que estaba escrito Café Ferrocarril. Dentro había muchas mesitas y sillas. Había varias personas sentadas, comiendo y tomando café. Parecía haber muchísimo humo en aquel local.

Una señora joven y guapa que estaba detrás del mostrador alzó la vista cuando entramos y le dirigió a Hoppie una gran sonrisa.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí. Si es Kid Lowes, campeón de los ferrocarriles, —exclamó.

Salió otra mujer mayor de la parte de atrás. Se acercó a Hoppie limpiándose las manos en el delantal y él le dio un gran abrazo.

—Ya se está metiendo conmigo la descarada de tu hija, *ounooi*—, dijo Hoppie. —Debería hacer tres asaltos en el *ring* con Hoppie Groenewald, ya veríamos entonces quién se reía.

Decía esto con una gran sonrisa.

—Qué, ¿cuándo es tu próximo combate, campeón?, —preguntó la señora de detrás del mostrador.

—Mañana por la noche en el Club ferroviario de Gravelotte, con un semipesado de las minas. Es mi gran oportunidad, —por fin Hoppie sonreía.

La señora joven y guapa soltó una risilla.

—Apuesta por mí dos chelines a favor del otro tipo.

Uno o dos clientes se rieron también, pero cordialmente. La mujer mayor se había puesto a limpiarnos la mesa y zangoloteaba alrededor de Hoppie. Éste se volvió a mí y me cogió una mano, me alzó el brazo.

—Atiendan todos, quiero que conozcan a Kid Peekay, el próximo aspirante del peso medio, —dijo, muy serio. Yo bajé los ojos sin saber qué hacer.

—Basta de tonterías, Hoppie Groenewald. Siéntate ya o no te dará tiempo a comer antes de que salga el tren, —dijo, bromeando, la mujer mayor.

La joven guapa me sonrió.

—¿Qué le parecería al aspirante un batido de fresa?, —preguntó. Miré a Hoppie.

—Por favor, Hoppie, ¿qué es un batido de fresa?

—Un batido de fresa es la gloria, —dijo—. Que sean dos, bruja perezosa.

Luego se volvió a la mujer mayor que aún seguía zangoloteando por allí.

—Dos magníficos platos combinados, *ounooi*. Yo y mi socio nos morimos de hambre.

Hoppie tenía razón de nuevo. El batido de fresa era la gloria. Luego llegó el plato

combinado y no podía creer lo que veían mis ojos. Chuleta, filete, salchicha, tocino, hígado, patatas fritas, un huevo frito y tomate. ¡Qué banquetazo! Nunca había comido tanto, no pude terminarlo. Hoppie se sirvió lo que quedó en mi plato, aunque yo sorbí todo el batido del vaso de aluminio, hasta la última gota gorgoteante.

La señora guapa fue y se sentó con nosotros y parecía gustarle muchísimo Hoppie. Se llamaba Anna y tenía los labios muy brillantes y rojos. El reloj que había encima del mostrador marcaba las diez en punto. Estaba enmarcado en un cuadro de una guapa señora con un vestido de noche largo y blanco que se le pegaba al cuerpo. También ella tenía los labios muy rojos y estaba fumando un cigarrillo; el humo del cigarrillo subía hasta la esfera del reloj y se convertía en letras. Las letras decían: «C y C para su satisfacción». Yo nunca había estado levantado hasta tan tarde, y era como si tuviese los párpados de plomo.

Lo siguiente que recuerdo es a Hoppie metiéndome en mi litera entre aquellas bonitas sábanas frescas y limpias y aquella almohada que olía a almidón.

—Que duermas bien, muchacho, —le oí decir.

Lo último que recuerdo antes de dormirme otra vez es la sensación intensa y confortante de mis manos en los guantes de boxeo. «Los igualadores», les había llamado Hoppie. Peekay había encontrado los igualadores.

## CINCO

Desperté temprano y me quedé echado en la litera escuchando el cliquiti-clac de los raíles. Fuera, bajo la luz del amanecer, se extendían los pastizales grises de la sabana. De cuando en cuando se alzaba un baobab como un inmenso centinela contra el cielo azul manchado del azul más oscuro de la cordillera Murchison, que empezaba a asomar en el horizonte. Se abrió la puerta del compartimento y entró Hoppie, vestido sólo con la camisa blanca y los pantalones, los tirantes sueltos colgando de la cintura. Traía una taza de café humeante.

—¿Descansaste bien, Peekay?, —me pasó la taza.

—Sí, gracias, Hoppie. Siento haberme dormido.

—No te preocupes, pequeño boetie, a todos nos llega el momento en que no podemos levantarnos de nuestro rincón.

No entendí la jerga boxística, pero daba igual. Luego vi con asombro que Hoppie levantaba la parte de arriba de la pequeña mesa del compartimento y que aparecía un lavabo debajo. Luego abrió los grifos y de uno salió agua caliente y del otro, fría. Fue probando el agua con los dedos hasta que dijo que la temperatura era «correcta».

—Después de tomar el café puedes lavarte y luego te llevaré a desayunar, —dijo.

—No te preocupes, Hoppie, tengo mi desayuno en la maleta dije rápidamente.

Hoppie me miró con una sonrisa.

—Vaya, hay que ver. ¿Llevas en la maleta un hornillo y una sartén y mantequilla y huevos y tocino y salchichas y tomate y una tostada y mermelada y café?, —lanzó un gran silbido—. Así que tienes una maleta mágica, eh, Peekay.

—Mevrou me dio bocadillos para las tres primeras comidas porque mi oupa no mandó dinero suficiente. Sólo que anoche tomamos un plato combinado y yo debería haber comido el bocadillo de carne, —dije, se me atropellaban las palabras.

Hoppie se quedó un momento mirando por la ventanilla del vagón. Luego empezó a hablar y era como si hablase solo.

—Bocadillos ¿eh? No soporto los bocadillos. A estas horas el pan estará todo doblado por las puntas, y empapado de mermelada. Apuesto a que es mermelada de melocotón. Siempre tienen esa maldita mermelada de melocotón, —se volvió para

hablarme ya a mí directamente—: ¿Dónde están esos bocadillos?

Señalé la maleta que estaba en el asiento, debajo de la litera. Se agachó, la abrió, sacó la bolsa de papel marrón atada con un tosco cordel.

—Como representante tuyo que soy tengo la obligación solemne de inspeccionar tu desayuno. Los boxeadores tienen que tener mucho cuidado con lo que comen, sabes.

Deshizo el paquete, el papel de estraza estaba manchado de grasa. Tenía razón, el pan se había doblado por las puntas, levantó la parte de arriba del primer bocadillo y olisqueó las delgadas rodajas oscuras de carne, luego volvió a taparlas. Sacó después los dos bocadillos del fondo; la mermelada había empapado la miga del pan negro y los bordes se habían doblado hacia dentro y estaban secos y duros.

—¡Melocotón!, —dijo triunfal—. ¡Siempre melocotón!

Alzó hacia mí unos ojos inexpresivos.

—Tengo malas noticias para ti, Peekay. Estos bocadillos han fallecido de una muerte horrible, seguramente de una enfermedad que contrajeron en el hospicio. Tenemos que librarnos de ellos enseguida, antes de que nos la contagien.

Abrió la ventanilla y lanzó los bocadillos hacia el paisaje en movimiento.

—Los boxeadores de primera comen alimentos de primera. Venga, date prisa, Peekay, lávate, me muero de hambre. Y ya llega el desayuno con saludos de los Ferrocarriles Sudafricanos.

Aparté la manta y la sábana para bajarme de la litera y vi horrorizado mi culebra sin sombrero. Hoppie me había quitado los pantalones antes de meterme en la cama. Me dio un vuelco el corazón. A lo mejor de noche estaba oscuro y no se había dado cuenta de que yo era un rooinek. Si lo había descubierto todo estaba perdido, precisamente cuando estaba viviendo la mayor aventura de mi vida.

—Vamos, Peekay, no tenemos todo el día, sabes —dijo poniéndose los tirantes por los hombros.

—Aún estoy lleno del plato combinado de anoche, Hoppie, no puedo comer más, hombre, —dije volviendo a taparme rápidamente con la manta.

—Es conmigo con quien estás hablando, hombre, con Hoppie Groenewald. ¿A quién pretendes engañar?

Se acercó un paso más a la litera y apartó la manta y la sábana con un movimiento rápido. Mi culebra sin sombrero quedó al descubierto, a menos de quince centímetros de su cara. La tapé con las manos pero era demasiado tarde, me di cuenta de que lo sabía.

—Yo no soy el próximo aspirante al peso medio, señor Groenewald. Sólo soy un maldito rooinek, —dije, y se me quebró la voz mientras luchaba por contener las lágrimas—. Siempre es así, precisamente cuando las cosas están yendo mejor, van y se tuercen.

Hoppie se quedó quieto, delante de mí, sin decir nada, hasta que su silencio me obligó a levantar la vista y a mirarle. Me miraba con unos ojos tristes. Dijo,

moviendo la cabeza:

—Precisamente por eso es por lo que serás el próximo campeón, Peekay. Ésa es la razón, —hizo una pausa y sonrió—. No te lo dije antes. Mira, aquel tipo que me venció en el combate para el título en Pretoria, pues bien, sabes, era inglés, un rooinek como tú. Tenía un gancho de izquierda... cada vez que me conectaba un golpe era como si se me viniese encima un mercancías.

Luego alzó los brazos y me bajó de la litera y me posó despacito junto al lavabo.

—Pero yo creo que tú vas a ser aún mejor que él, pequeño boetie. Venga, lávate y vamos a comer.

Las cosas mejoraban claramente, no había duda. Hoppie me llevó hasta el vagón comedor en el que había un mantel níveo en cada mesa, tenedores y cuchillos de plata y servilletas de lino almidonadas dobladas como orejas de burro. Hasta el café lo traían en un puchero de plata que tenía escrito SAR de un lado y SAS con las mismas letras del otro. Un hombre que vestía de manera bastante semejante a Hoppie, pero sin gorra y con una servilleta doblada en el brazo, nos dio los buenos días y nos acompañó a una mesa pequeña. Le preguntó a Hoppie si era verdad que el semipesado con el que tenía que combatir aquella noche tenía un historial de veintisiete combates con diecisiete K. O. si era así tenía que ser un buen pegador.

Hoppie dijo que no había que creer lo que decía la gente, sobre todo en el vagón comedor de un ferrocarril. Que era la primera noticia que tenía de ello. Luego se encogió de hombros y sonrió.

—Primero tiene que cazarme, amigo.

Luego le preguntó sobre algo llamado apuestas y aquel hombre dijo dos a uno por el tipo grande. Hoppie se echó a reír y le dio diez chelines y el otro escribió algo en un cuadernito.

Luego se fue, pero volvió enseguida con una tostada y dos platos inmensos de huevos con tocino, salchichas y tomate, lo que había dicho Hoppie. Decidí que cuando me hiciese mayor lo mío sería seguro los ferrocarriles.

—¿Tienes miedo por lo de esta noche?, —le pregunté a Hoppie. No podía creer que tuviera miedo a nada pero quería que supiese que estaba de su parte. Él me había dicho lo que pasaba con un semipesado y era evidente que el hombre con el que iba a combatir era tan grande para él como el juez para mí. Me miró un momento, luego se ayudó a pasar la salchicha que estaba masticando con un buen trago de café.

—Conviene tener algo de miedo, es bueno respetar al adversario. Eso te hace estar alerta. En el boxeo, ha de mandar la cabeza sobre el corazón. Aunque al final el corazón es el que manda —dijo, señalándose con el mango del tenedor.

Vio que me extrañaba que cogiera el tenedor con la mano incorrecta y entonces me explicó que a un boxeador que usa mejor la izquierda se le llama zurdo.

—Ser zurdo, —me dijo—, ayuda cuando boxejas con un gorila grande como el de esta noche. Le llega todo por donde no lo espera. Eso reduce su alcance, puedes acercarte más. Un directo de izquierda se convierte en un gancho de derecha, y te



abre el camino para un gancho de izquierda.

Era como si hablase chino, pero no importaba: aquel lenguaje resultaba agradable, como la sensación de las manos dentro de los guantes. Un cruzado de derecha, un gancho de izquierda, un upercut, un directo de izquierda, palabras y expresiones tenían una dirección, eran algo serio. Eran una buena serie de palabras que podían convertirse en acción.

—Tienes que manejarla igual que un pistón, yo empiezo con la derecha, tienes que ir dándole sin parar en la cara hasta que le cierras el ojo, entonces intenta defenderse de lo que no puede ver y llega la izquierda, paf, paf, paf, sin parar, hasta que empieza a cerrársele el otro ojo. Entonces, zas, el upercut de izquierda. Ése es el K. O. del zurdo.

—¿Tú crees que yo puedo hacerlo, Hoppie?, —necesitaba muchísimo que tuviera fe en mí.

—Pues claro, Peekay. Ya te lo dije, hombre, tú eres un boxeador nato.

Sus palabras fueron como pucheros de semillas con alas. Volaron directamente desde su boca a mi cabeza donde germinaron en el suelo fértil, rico y receptivo de mi mente.

Hoppie estuvo el resto de la mañana escribiendo en unos libros del vagón del jefe de tren, donde tenía una litera, una mesa, un lavabo y un armario para él solo. Colgado de un gancho del techo, estaba aquel saco del que me había hablado, que servía para mejorar la pegada. Estaba un poco alto para mí, pero Hoppie le pegaba tan rápido que casi lo hacía desaparecer. Empezaba a gustarme la idea de todo aquel asunto del boxeo.

Hoppie me explicó que el tren tenía que cargar antimonio de las minas en Gravelotte. Habría nueve horas de parada y luego el tren volvía a salir para Kaapmuiden aquella noche, a las once.

—No te preocupes, pequeño boetie. Serás mi invitado en el combate y luego te acompañaré al tren.

En la comida casi se me salen los ojos de la cara. Nos sentamos a la misma mesa que la vez anterior y el hombre del desayuno, que se llamaba Gert, le trajo a Hoppie un filete monumental y a mí otro pequeño.

—Saludos del cocinero, Hoppie. Ha apostado toda la paga de la semana con cuatro mineros. Dice que el filete es del cuarto trasero, bien rojo por el centro para convertirte en un buen cabrón de mucho cuidado, —Gert se echó a reír—. Me parece que si no ganas el cabrón de cuidado será su mujer.

Hoppie alzó los ojos y miró a Gert estrápticamente.

—A mí me destrozan la cara, el cocinero pierde su dinero, pero el de las apuestas gana siempre, ¿eh, Gert?

Gert pareció enfadarse.

—No siempre, Hoppie. Perdí mucho cuando te ganó aquel maldito rooinek en Pretoria.

—Se me parte el corazón, qué pena me das, amigo, quince combates, catorce victorias, y mis adversarios siempre han tenido mejores apuestas. ¡Dios santo, si te he hecho rico!, —dijo Hoppie y empezó a comerse el filete.

A la hora del desayuno habíamos ido demasiado pronto, y había muy pocos pasajeros en el comedor, pero ahora estaba lleno y todo el mundo hablaba del combate. Gert iba de mesa en mesa e iba recogiendo, mientras servía, billetes de diez chelines y de libra que le daban los pasajeros e iba anotando en el cuaderno. Hoppie levantó la vista del plato y me miró, el mango del tenedor apoyado en la mesa, con un trozo de carne roja en la punta.

—¿Eres apostador, Peekay?

Lo miré perplejo.

—¿Qué es un apostador, Hoppie?

Se echó a reír.

—Un tonto de remate en realidad, pequeño boetie.

Luego me explicó lo de las apuestas. Después de explicármelo hizo señas a Gert para que se acercara.

—¿Qué condiciones le darás al próximo aspirante del peso medio?, —preguntó, señalándome.

Gert me preguntó cuánto tenía.

—Un chelín, —le dije, nervioso.

—Diez a uno, —dijo Gert—, es lo máximo que puedo ofrecer.

—¿Esto es una emergencia?, —pregunté, temiendo por el chelín del abuelo.

—¿Con diez a uno? ¡Yo diría que sí!, —contestó Hoppie.

Tardé siglos en soltar el imperdible que llevaba enganchado al bolsillo y en desatar el doek en que guardaba el chelín del abuelo. Se lo di y volvió a apuntar en aquel cuadernito. Hoppie se dio cuenta de mi nerviosismo. El chelín no era mío en realidad y él lo sabía.

—Hay ocasiones en la vida en que hacer lo que no deberíamos hacer es una emergencia, Peekay, —dijo.

Llegamos a Gravelotte a las dos y media en punto. Era cuando hacía más calor, y brillaba una luz vaporosa en las vías. Hoppie dijo que estábamos a cuarenta y dos grados y que de noche iba a ser un baño de sudor. Había muchísimas vías en lo que Hoppie llamó patio de maniobras, y nuestro tren dejó la principal y se metió por una secundaria.

—Aquí es donde hago yo el cambio de vías. Cuando llega el mineral de Consolidated Murchison y tienes que formar un tren con este calor, sabes lo que te digo, Peekay, que es entonces cuando te das cuenta de lo que es estar vivo, amigo mío, —dijo, indicando una pequeña locomotora de maniobras que andaba arrastrando vagonetas de mineral.

Cruzamos las vías y atravesamos los talleres ferroviarios, donde había unos empleados trabajando en un tren. Pararon para hablar con Hoppie y desearle suerte y

decirle que irían al combate aquella noche, aunque tuvieran que hacer horas extraordinarias. Dentro de los talleres de chapa ondulada hacía más calor aún que fuera, y los trabajadores iban casi todos con pantalón corto y botas, y les brillaba el cuerpo de la grasa y del sudor. Hoppie les llamó «monos grasientos» y les dijo que eran la sal de la tierra.

Llegamos a la residencia ferroviaria, donde vivía Hoppie. Nos duchamos y Hoppie abrió un sobre marrón que le entregó el criado de la residencia en cuanto llegamos. Estuvo mucho rato leyendo la carta que iba dentro, y luego la metió sin decir nada en el cajón de arriba de la mesita de su habitación. Me dijo que era mejor que no me cambiase de ropa porque nos ducharíamos otra vez antes del combate y ya podría ponerme entonces una camisa y unos pantalones limpios.

—Vamos de compras, pequeño boetie, y luego iremos al club ferroviario a ver a mis preparadores y a echarle un buen vistazo a ese gorila grande con el que peleo esta noche. Trae tus tenis, Peekay, tengo una idea.

Salimos, yo con mis tenis debajo del brazo. La calle principal quedaba a sólo un centenar de metros de la residencia, y no parecía haber mucha animación. Cada vez que pasaba un camión, levantaba una nube de polvo y cuando llegamos a la tienda que Hoppie estaba buscando me sabía la boca a polvo, y me picaban los ojos. Qué calor hacía.

La tienda en la que entramos tenía escrito encima de la puerta G. Patel & Hijo, Almacén General. En el porche había sacos de harina de maíz y de alubias rojas y haces de picos, un arado entero y una docena de latas de petróleo Vacuum Oil de dieciocho litros. Dentro estaba oscuro y hacía calor y había un olor raro que no se parecía a nada de cuanto yo conociese.

—Qué raro huele aquí, Hoppie.

—Es una cosa de culíes; una cosa que queman ellos que se llama incienso.

Del fondo de la tienda salió una mujer joven vestida con brillantes remolinos de una tela casi transparente. Era de un color marrón claro, y tenía el pelo negro y liso con raya al medio y una trenza larga que le colgaba por el hombro y le llegaba casi a la cintura. Tenía los ojos grandes y oscuros, muy bonitos. En el centro de la frente llevaba pintado un punto rojo.

Hoppie me dio un codazo.

—Dame los tenis, Peekay, —cuchicheó.

Le di los dos zapatos de lona marrones con los que no había andado más de veinte pasos y que parecían nuevos.

—Buenas tardes, Meneer, ¿en qué puedo servirle?, —le dijo la señora a Hoppie.

Hoppie no contestó al saludo y me di cuenta por cómo la miraba que aquella mujer no era su igual por alguna razón. Yo creía que sólo los cafres no eran iguales, así que me sorprendió que no lo fuese también la señora guapa.

—Tenis, ¿tienen zapatillas de tenis?, —dijo Hoppie.

La señora miró los tenis que él le enseñaba.

—Sólo blancos y negros, marrones como éstos no.

—¿Tienen del número del chico? —preguntó Hoppie secamente.

La señora se inclinó y me miró los pies y volvió luego al otro lado del mostrador. Trajo de allí un montón de tenis atados todos juntos. Sacó un par y se los dio a Hoppie, que me dijo:

—Pruébatelos, Peekay. Y asegúrate bien de que te valen, ¿me has oído?

Me puse aquellos tenis que eran blancos y tenían un aspecto estupendo. Me quedaban maravillosamente.

—Atate los cordones, —dijo Hoppie.

—No sé, Hoppie. Mevrouw no me enseñó.

La bella señora oscura salió de detrás del mostrador, se agachó y empezó a atarme los cordones. Tenía el pelo negro como el carbón, brillante, y la raya del centro era igual de recta que una flecha. Cuando acabó de atarme los cordones comprobó las punteras con el pulgar, apretándome los dedos, luego me miró y sonrió. ¡No pude creer lo que veían mis ojos, aquella señora tenía un diamante en el centro de un diente!

Se volvió hacia Hoppie.

—Le quedan bien, —dijo.

Hoppie esperó que ella volviera a pasar detrás del mostrador.

—Bueno, ahora haremos un cambio. Esos tenis por éstos, —y le puso delante mis tenis viejos.

La señora miró los tenis de Harry Crown y luego movió la cabeza despacio.

—No puedo hacer eso, —dijo con suavidad.

Hoppie apoyó los codos en el mostrador mirándola directamente a los ojos. Con la espalda tiesa, la mandíbula adelantada y la cabeza erguida, parecía como si la amenazara con todo el cuerpo. Dejó que su silencio surtiera efecto, y la obligara a hablar otra vez.

—No son iguales. ¿Dónde los compró? —Cogió uno y examinó la suela, luego se asomó a la puerta que había detrás del mostrador y dijo algo en un idioma raro. A los pocos instantes vino un hombre que tenía el mismo pelo negro liso y la misma piel oscura, pero que vestía camisa y pantalón como todo el mundo. La señora le dio el zapato de lona, hablando de nuevo en aquella lengua. El hombre parecía mucho más viejo que ella, lo suficiente para ser su padre. Se dirigió a Hoppie.

—No podemos hacer un cambio, este calzado no es igual, mire, ve, aquí tiene la etiqueta, Hecho en China.

Golpeó la suela del tenis con el dedo índice. Luego se acercó a los que había en el mostrador y cogió uno que estaba suelto.

—Mire, ve usted, esta marca es completamente distinta, no vienen de China, estos están hechos en Japón, que es un país diferente, me comprende. Es un zapato de tenis distinto. Usted no lo compró en Patel & Hijo. Tiene que darme tres chelines.

Hoppie hizo como si no hubiese oído, se apoyó en el mostrador y le dio una

palmada en el hombro al señor.

—Fuera dice Patel & Hijo. Ésta es su hija, pero ¿dónde está su hijo, Patel?

La expresión de ofensa se esfumó del rostro de Patel.

—Mi hijo es muy listo, mucho. Un estudiante muy inteligente que está en la universidad de Bombay. Todos los meses mandamos dinero, y él manda cartas. Pronto volverá con los estudios terminados y ganará mucho dinero.

—Seis peniques y estos tenis, Patel. No puedo darle más, —dijo Hoppie enérgicamente.

Patel se inclinó y dobló el tenis, puso una expresión agria.

—Un chelín, —dijo de pronto.

—Seis peniques, —repitió Hoppie.

Patel movió un poco la cabeza.

—Pierdo demasiado.

Hoppie le miró.

—Patel, ésta es mi última oferta definitiva y sólo si le da al chico un *bansela*, le daré otros tres, ¡lo toma o lo deja!

Patel movió la cabeza, chasqueó la lengua y por fin aceptó.

Hoppie sacó los nueve peniques del bolsillo y los puso en el mostrador. La hermosa señora sacó un pirulí amarillo.

—Aquí tienes tu *bansela*, —dijo sonriendo y vi brillar otra vez el diamante. Le di las gracias por el pirulí, preguntándome cómo sabrían los amarillos. Aún tenía uno rojo y con aquél serían ya dos para el combate de la noche.

—Gracias, Hoppie, —dije, bajando la vista orgulloso hacia mis nuevos tenis blancos. Eran estupendos, de veras. Y se andaba con ellos como si nada.

—Será mejor que te los quites, Peekay. Si vas a estar esta noche en mi rincón no te queremos con los tenis sucios, entendido, —me dijo Hoppie con una sonrisa. Me los quité y él ató los cordones en un nudo y me los echó al cuello. Me volví a darle las gracias a Patel, y vi que parecía muy emocionado y que señalaba a Hoppie.

—¡Meneer Kid Louis, me siento muy muy honrado de conocerlo! Hay que ver, toda la semana llevo oyendo hablar de usted y del asunto ése de las peleas a puñetazos. Esta mañana mismo llamaron por teléfono mi hermano de Mica y mi hermano de Letsitele para hacer una apuesta. ¡Lo que son las cosas, y ahora estoy viéndolo en persona!

Hoppie se echó a reír.

—Apueste los nueve peniques que me birló y tendrá para pagar la educación de su hijo, Patel.

—No, no, lo estamos haciendo mucho mejor, muchísimo, estamos apostando diez libras por Kid Louis.

—¡Caramba, caramba! ¡Diez libras! Es el doble de lo que sacaré yo si gano el combate.

Patel le ofreció los nueve peniques que tenía en la mano.

—Acéptemelos, se los devuelvo, Meneer Kid Louis, me traerá muy mala suerte, muchísima si me quedo con este dinero.

Hoppie no los aceptó y me señaló a mí.

—Déselos al próximo aspirante del peso medio.

—¿Tú eres también un boxeador?

Dije que sí, muy serio, en mi pensamiento casi parecía verdad. Patel hurgó en el bolsillo y sacó un puñado de monedas, echó los nueve peniques entre ellas y cogió un chelín.

—Este chelín es para ti —dijo tímidamente; luego, volviéndose a Hoppie, dijo—: Tiene usted que luchar muy duro esta noche, muchísimo, por favor.

Hoppie le sonrió.

—No sabe lo que acaba de hacer, Patel, pero es muy buen augurio.

—Gracias, señor Patel, —dije yo, apretando en el puño la moneda de plata. El dinero del abuelo volvía a estar a salvo y he de confesar que eso me quitaba un peso de encima.

Cuando salimos de la tienda, Hoppie me dio un codazo.

—Pero qué te pasa, Peekay. A un maldito culi no se le llama «señor». Un culi no es un cafre porque es más listo y te engañará siempre que pueda, ¡pero aún así un culi no es un hombre blanco!

—Aquella señora tenía un diamante en el diente, Hoppie.

—Sí, esos cabrones tienen muchísimo dinero. Nunca ves un *charah* pobre. Es probable que tenga un gran Pontiac V8 detrás de la tienda.

—¿Y si se lo traga?

—¿El qué?

—El diamante... ¿y si se suelta o algo?

Hoppie se echó a reír.

—¡Hurgaría en la caca varios días!

Nos paramos en un café y Hoppie compró dos botellas de una cosa encarnada. La señora mayor que había detrás del mostrador las sacó de una nevera, las abrió, les metió dentro una especie de tubo pero de papel y nos las dio. Me fijé en lo que hacía Hoppie y lo hice yo también. Subían por la botella burbujitas que se te metían por la nariz y sabía estupendamente. En la botella decía American Cream Soda. Era como un pirulí de frambuesa, pero diferente. Fue el primer refresco que probé en mi vida.

Llegamos al Club Ferroviario poco antes de las cinco. El encargado, que salió a la galería para saludarnos, dijo que la temperatura seguía siendo de treinta y tantos grados y no acababa de llover y había ya una sequía grave en el Parque Nacional Kruger, que queda al final de la cordillera Murchison.

El club era fresco, tenía suelos de cemento rojo barnizados y grandes ventiladores en el techo. El encargado nos dijo que habían llegado ya los muchachos de la mina y que estaban con los del ferrocarril, incluidos los preparadores de Hoppie, tomando unas cervezas en el salón de los billares. Hoppie me cogió de la mano y seguimos al

encargado al salón de los billares.

En el salón había tres mesas grandes cubiertas de una tela verde y encima muchísimas bolas de colores muy bonitas. Había unos hombres con unos palos largos que les daban con ellos para que chocaran unas con otras. Al fondo había unos veinte hombres sentados a una mesa grande forrada con tela de avión en la que había muchísimas botellas marrones. Al entrar nosotros todos se callaron. Dos de ellos dejaron los vasos, se levantaron de la mesa y vinieron a recibirnos sonriendo. Hoppie les dio la mano y parecía muy contento de verlos. Luego dijo:

—Peekay, éstos son Nels y Bokkie. Nels, Bokkie, éste es Peekay, el próximo aspirante del peso medio.

Sonrieron los dos y me saludaron y yo los saludé. Nos acercamos a los que seguían sentados a la mesa larga.

Bokkie carraspeó y le puso una mano en el hombro a Hoppie. Era un hombre grande, con una barriga redonda enorme, la cara muy roja, la nariz aplastada, como si se la hubiesen roto varias veces. Me di cuenta de que Hoppie miraba mucho a un hombre que estaba en la mesa con una jarra de cerveza delante. El hombre lo miraba también, se estuvieron mirando mucho rato. Hoppie aún me tenía cogido de la mano, y aunque no parecía que apretase más de pronto me di cuenta de que había una tensión. Por fin el hombre sonrió, bajó la vista y cogió la jarra.

—Caballeros, —dijo Bokkie—, éste es Kid Louis, el próximo campeón de los pesos medios de los Ferrocarriles Sudafricanos.

Los que estaban más cerca de nosotros en la mesa vitorearon y silbaron y uno del otro lado se levantó y señaló al hombre al que Hoppie y yo habíamos estado mirando.

—Éste es Perforadora Smit. Levántate, Perforadora, ¿qué educación es ésa, hombre?, —dijo.

Los mineros que estaban alrededor de Perforadora silbaron y vitorearon lo mismo que habían hecho antes los ferroviarios. Perforadora se levantó despacio. Era gigantesco y tenía toda la cabeza afeitada. Hoppie me apretó los dedos un instante y luego volvió a aflojarlos.

—Es un buen gorila, Peekay, —me susurró.

Perforadora dio dos pasos hacia nosotros. Sus gruesas cejas eran como toldos oscuros sobre unos ojos negros como el carbón. Tenía barba de varios días que le formaba una mancha azul en la barbilla y le daba una expresión permanentemente de cólera. Su nariz casi tan plana como la de Bokkie y una de sus orejas estaba como aplastada.

Hoppie le dio la mano, pero el hombre grande no se la estrechó. Todos los demás se callaron. Perforadora se puso en jarras, echó la cabeza hacia atrás un poco, nos miró a Hoppie y a mí con ojos de muerte y antracita. Luego se volvió a los mineros.

—¿Con qué enano de estos dos tengo que combatir?

Los mineros se echaron a reír a carcajadas y daban puñetazos en la mesa, y silbaban. Perforadora Smit se volvió otra vez hacia nosotros.

—Kid Louis, ¿eh? Dime una cosa, hombre, ¿cómo es que un boxeador bóer tiene un nombre cafre? No te da vergüenza, hombre. ¡Kid Louis! Yo con enanos no suelo pelear, ni con boeties cafres, pero esta noche haré una excepción, —lanzó una carcajada—. Tú eres la excepción, ferroviario. ¡Cada vez que te atice pensarás que te ha atropellado un tren!

Se volvió y sonrió a los mineros sentados que gritaron y lanzaron vivas otra vez. Luego volvió a su silla y se repantingó en ella y bebió un buen trago de la jarra de cerveza.

Hoppie respiraba aceleradamente al principio pero se tranquilizó enseguida en cuanto le miraron todos para ver cómo reaccionaba a las pullas de Perforadora. Sonrió y se encogió de hombros.

—Yo sólo quiero decir que es una suerte que no tenga que combatir con tu boca, que es un gran peso pesado.

Perforadora explotó y roció de cerveza a los ferroviarios que estaban sentados enfrente.

—Ven, Peekay, vámonos, —dijo Hoppie yendo hacia la puerta, entre las aclamaciones, los silbidos y los aplausos de los ferroviarios.

Bokkie y Nels lo siguieron rápidamente. Hoppie se volvió en la puerta.

—¡Que no se emborrache, señores, no quiero que luego piensen que le gané porque estaba borracho!

Perforadora Smit se incorporó en su silla como si fuese a lanzarse sobre nosotros.

—¡Maldito enano, te voy a matar!, —gritó.

—Lo has hecho bien —dijo Bokkie—. Ese cabrón tardará dos asaltos en superar la rabia.

Luego le dijo a Hoppie que tenía que descansar un poco, que nos recogerían en la residencia a las siete y cuarto para llevarnos en coche al campo de *rugby*, donde habían instalado el cuadrilátero.

—Viene gente de todo el distrito, de Letsitele, de Mica y de mucho más lejos, de Hoedspruit, de Tzaneen. Hay mucho dinero apostado en este combate, te lo aseguro, a esos mineros les gusta apostar.

—No hay problema, —dijo Hoppie—. Os veré a las siete y cuarto.

Recorrimos caminando la corta distancia que había de allí a la residencia. Aún no se había puesto el sol por la cordillera Murchison y hacía muchísimo calor.

—Si después sigue haciendo calor, cambiarán las apuestas, —Hoppie miró hacia el cielo color peltre, protegiéndose los ojos con la mano—. Me parece que va a ser una noche tremenda, Peekay. Una auténtica noche de Gravelotte, con un calor de infierno.

Cuando llegamos a la residencia me explicó su plan.

—Primero nos damos una ducha, luego nos echamos, pero el plan es el siguiente, Peekay: tú cada diez minutos me traes una taza de agua. Aunque yo te diga «basta ya», aunque te lo suplique, tú sigues trayéndome un vaso cada diez minutos,



¿entendido?

—Sí, Hoppie, entendido, —contesté, contento de poder colaborar en su preparación. Sacó su cronómetro de ferroviario de uno de los bolsillos del chaleco azul de sarga que estaba colgado detrás de la puerta.

—¡Cada diez minutos, me oyes! Y me lo haces beber, ¿de acuerdo pequeño boetie?

—Te lo prometo, Hoppie, —dije muy serio mientras él empezaba a desvestirse para ducharse.

La ventana de la habitación de Hoppie estaba abierta de par en par y en el techo giraba un ventilador. Se echó en la cama vestido sólo con el pantalón. Yo me senté en el suelo fresco de cemento con la espalda apoyada en la pared, el gran cronómetro de ferroviario en la mano. Al cabo de poquísimos minutos Hoppie tenía todo el cuerpo cubierto de sudor y un rato después había mojado toda la sábana. Yo iba cada diez minutos al cuarto de baño y volvía con una taza de agua llena. A las cinco tazas se volvió hacia mí, sin levantarse de la cama, apoyado en un codo.

—Es un viejo truco que leí en la revista *Ring*. Joe Louis combatía con Jack Sharkey y, bueno, hacía un calor infernal, lo mismo que esta noche. El preparador de Joe estuvo haciéndole beber agua toda la tarde, como estamos haciendo nosotros. Y bueno, al octavo asalto aún estaba bastante igualado el combate. Entonces Sharkey empezó a quedarse sin fuelle por aquel calor tan tremendo. El combate era al aire libre lo mismo que esta noche, sabes, y aquellas luces inmensas hacían arder el cuadrilátero, estaban casi a cuarenta grados. En un combate a quince asaltos puedes perder más de un litro de agua sólo de sudor, y si no puedes recuperarla, es gravísimo, te lo digo yo. No sé exactamente cómo es el asunto, pero puedes almacenar como si fueras un camello, y eso fue lo que hizo Joe y hoy es el campeón del mundo de los pesos pesados.

—¿Qué quiso decir el señor Perforadora con lo de que a ti te gustaban los cafres, Hoppie?

—Ag, hombre, no le hagas caso a ese gorila, Peekay. Sólo quiere ponerme nervioso para esta noche. Lo que pasa es que Joe Louis es un hombre negro. No un cafre como nuestros cafres; negro, sí, pero no tonto y sucio e ignorante. Es lo que podríamos llamar un negro, que es distinto, sabes. Es una especie de blanco con la piel negra, negro por fuera y blanco por dentro. Pero ese gorila es demasiado tonto para saber diferenciarlo.

Era todo tan complicado, hermosas señoras con la piel como la miel que no eran tan buenas como nosotros, y negros que eran blancos por dentro e iguales que nosotros. El mundo era un lugar complicado, desde luego, en lo referente a las personas.

—Yo tengo una niñera igual que Joe Louis, —le dije, levantándome para ir a buscar su sexta taza de agua.

Se echó a reír.

—Pues me alegro de no tener que pelear con tu niñera esta noche, Peekay.

Al cabo de un rato se levantó de la cama y sacó una armónica de un armarito. Pasamos allí un rato sentados, él tocando música bóer con la armónica. Lo hacía muy bien y aquella música parecía alegrarlo.

—Una armónica es el mejor amigo de un hombre, Peekay. Puedes echártela al bolsillo y te alegrará cuando estés triste. Aunque estés triste puede hacer que te entren ganas de bailar. Si tienes una armónica en el bolsillo nunca te morirás de ganas de compañía o de buena comida. Deberías probarlo, es un remedio infalible para la soledad.

En ese momento oímos el golpear de dos objetos metálicos.

—La hora de tu cena, —dijo Hoppie, poniéndose los zapatos sin calcetines y una camisa vieja.

La comida del comedor ferroviario fue buenísima. Yo tomé carne asada y puré de patata y judías y melocotones de lata con natillas. Hoppie sólo tomó otro vaso de agua. Se acercaron a nuestra mesa otras personas que le desearon suerte y bromearon un rato y él me presentó a algunos como el próximo aspirante. Todos le decían que apostaban por él y que Perforadora Smit era flojo de estómago. Le decían casi todas cosas parecidas: «Maréalo, Hoppie. Mantente a distancia y cánsalo. Dicen que tiene mucha grasa, castígale el estómago. En la cabeza te puedes pasar toda la noche dándole, el punto flaco es el estómago». Cuando se fueron Hoppie dijo que eran buena gente pero que si les hacía caso era hombre muerto.

—¿Sabes por qué lo llaman Perforadora, Peekay?

—¿Qué es una perforadora, Hoppie?

—Una perforadora es una cosa que se utiliza en las minas para perforar las rocas, pesa más de cincuenta kilos. Tienen que manejarla dos cafres, uno la sostiene por un extremo y el otro por el medio para perforar los pozos de las minas. Es trabajo muy duro para dos cafres grandes, te lo aseguro. Pues bien, a Smit le llaman Perforadora porque si quiere puede manejarla él solo apoyándosela en el estómago y sosteniéndola en medio con las manos. ¿Qué crees tú que puede hacer eso en los músculos del estómago? Pegarle a ese gorila en el plexo solar toda la noche sería como pegarle a un muro de ladrillo, te lo digo yo.

—Comprendo —dije emocionado—, te pasarás toda la noche pegándole en la cara hasta que le cierres un ojo, entonces él intenta defenderse contra lo que no puede ver y tú metes la izquierda, paf, paf, hasta que empieza a cerrársele el otro ojo, entonces ¡zas!

Hoppie se levantó y me miró asombrado.

—¿Dónde has oído eso?, —exclamó.

—Me lo dijiste tú, ¿es eso, no?, ¿eso es lo que vas a hacer?

—Sh... ¡Vas a explicarles a todos mi plan, Peekay! Vaya, vaya, ya veo que eres muy listo, eh, —iba diciéndome mientras salíamos ya del comedor.

—No me contaste lo que le había pasado a Jack Sharkey.

—¿A quién?

—Con el calor, cuando Joe Louis combatió con él y bebió tanta agua.

—Ah, Joe le dejó K. O. no recuerdo en qué asalto.

Bokkie y Nels nos recogieron en un camión grande que tenía escrito en la puerta Ferrocarriles Sudafricanos, Gravelotte. Nels y yo nos sentamos atrás y Hoppie se sentó delante con Bokkie. Atrás, a mi lado, había una maleta pequeña en la que Hoppie había metido las botas de boxeador y los pantalones rojos, que eran de una tela reluciente muy bonita, y un batín azul. Hoppie estaba muy orgulloso de su batín y me lo había enseñado, con Kid Louis en letras bordadas en la espalda.

—¿Te acuerdas de la señora de aquel café de Tzaneen, la joven?

—¿La guapa?, —pregunté, sabía de sobra a quién se refería.

—Sí, es muy guapa, ¿verdad? Bueno pues esto me lo hizo ella con sus propias manos.

—¿Es tu *nooi*? ¿Te vas a casar con ella, Hoppie?

—Ag, amigo, con la guerra y todo eso, quién sabe.

Luego se había levantado y había sacado del cajón el sobre marrón y se había dado con él en la palma de la mano abierta.

—Éstos son mis documentos de reclutamiento. Me esperan hoy cuando acabemos. Tengo que ir a luchar en la guerra, Peekay. Un hombre no puede pedirle a alguien que se case con él y luego irse a una guerra, no está bien.

Me quedé consternado. ¿Cómo podía Hoppie ser tan bueno como era y luchar por Adolf Hitler? Si le habían llegado los papeles del reclutamiento, quería decir que había llegado ya Adolf Hitler y que Hoppie estaría con el juez en el ejército que iba a echar al mar a todos los rooineks, yo incluido.

—¿Ha llegado ya Hitler?, —pregunté con voz trémula.

—No, gracias a Dios, —dijo Hoppie pensativo—. Tendremos que luchar contra ese cabrón para que no llegue.

Me miró y debió de verme la preocupación reflejada en la cara.

—¿Pero qué pasa, pequeño boetie?

Le expliqué lo de que Hitler iba a venir e iba a llevar a todos los rooineks al otro lado de los montes Lebombo y a echarlos al mar y lo felices que se sentirían todos los afrikaners porque los rooineks habían matado veintisiete mil mujeres y niños de disentería y de fiebre del agua negra.

Hoppie se acercó a mí, se arrodilló para que su cabeza quedase casi a la altura de la mía y me apretó contra su pecho.

—Ay, pobre muchachito.

Me tuvo así abrazado y protegido un poco más. Luego me cogió por los hombros, me separó un brazo de él y me miró directamente a los ojos.

—No te diré que los ingleses no tengan mucho que pagar, Peekay, porque lo

tienen. Pero eso es historia pasada, hombre. No puedes seguir alimentando el odio por el pasado, no es una cosa natural. Hitler es un hombre malo, malísimo, y tenemos que ir a luchar contra él para que tú puedas hacerte mayor y ser el campeón del mundo de los pesos medios. Pero primero tenemos que ir a pelear con ese gorilazo que me llamó amigo de los cafres. Te diré una cosa, utilizaremos a Perforadora Smit como calentamiento para el cabrón de Hitler. ¿Estás de acuerdo?

Nos reímos los dos a carcajadas, y me dijo que me diese prisa y que me pusiese los tenis, que me enseñaría a atarme los cordones como un boxeador.

El ruido súbito de una bocina fuera le hizo levantarse de un salto. Metió el batín en la maleta con otras cosas.

—Vamos, campeón, ahí están Bokkie y Nels.

—Espera un momento, Hoppie, casi me olvidaba ya de los pirulís.

Los saqué rápidamente de la maleta.

## SEIS

El campo de *rugby* estaba al final de la ciudad, al fondo de una calle polvorienta. Cuando llegamos me sabía la boca a polvo. Dejamos el camión con todos los demás coches y camiones bajo unos gomeros azules grandes y viejos, de troncos grises con colgajos de tiras de corteza. Los del taller ferroviario habían montado en el centro del campo un cuadrilátero de boxeo, que se alzaba algo más de un metro del suelo. Los mineros se habían encargado de la instalación eléctrica, y habían puesto dos focos inmensos sostenidos con alambres a cuatro postes, clavados los cuatro en el suelo a unos tres metros de cada esquina del cuadrilátero.

Encima de los focos había unas pantallas metálicas enormes y la luz se centraba en la creciente oscuridad, de tal manera que en el cuadrilátero parecía de día. Alrededor de las luces giraban y bailaban centenares de polillas e insectos voladores, pequeños planetas orbitando erráticos en torno a dos brillantes soles artificiales. Las tribunas, que eran en realidad una serie de bancos escalonados o superpuestos de unos seis metros de largo por unos tres y medio de alto, estaban dispuestas en un gran círculo alrededor del cuadrilátero. Así tenían todos asiento de *ring*. Debía de haber dos mil hombres sentados en los bancos, y debajo, mirando a través de las piernas de los blancos sentados, estaban, de pie o acucillados, los africanos, intentando ver el *ring* cómo podían.

Bokkie y Nels nos llevaron a una gran tienda de campaña, en la que había escrito: «Murchison Consolidated Mines Limited». Entramos y allí estaba Perforadora Smit, con sus preparadores y cuatro hombres más de talla normal y uno no mucho más alto que yo. Hoppie me dijo que eran los jueces, y «el enano es el árbitro». A mí me fascinó aquel hombre flaco y pequeño de gran cabeza calva.

—Puede que parezca tonto, amigo, pero sabe lo que se trae entre manos, te lo digo yo, —comentó Hoppie.

Perforadora Smit se había puesto ya unos pantalones de boxeador negros y relumbrantes, y unas botas negras lisas. Dentro de la tienda, iluminada por dos lámparas que daban una luz azulina, parecía más grande que nunca. Al entrar nosotros se volvió a hablar con uno de sus preparadores. Se me encogió el corazón,

tenía razón Hoppie. Le vi los músculos del estómago al volverse y eran como sogas trenzadas, y los hombros parecían inmensos, junto a los otros hombres más pequeños.

—Es un buen pedazo de cabrón, Peekay, —dijo Hoppie—. Moisés debía andar aún lloriqueando entre los juncos la última vez que le pesaron y le consideraron un semipesado.

Luego abrió la cartera y sacó los pantalones y la camisa y se puso rápidamente un suspensorio. Parecía fuerte, bien proporcionado, los hombros anchos y musculosos y la cintura estrecha, las piernas esbeltas pero sólidas. Se puso los pantalones rojos relumbrantes y se sentó en la hierba del suelo de la tienda para ponerse los calcetines y las botas.

Perforadora estaba ahora en el otro rincón de la tienda mirándonos, con la luz detrás. Parecía negro e inmenso y se daba con el puño derecho en la palma de la mano izquierda sin parar. Era como un metrónomo, un golpeteo firme, regular, que parecía llenar la tienda.

El árbitro, que sólo le llegaba a Perforadora por media pierna, les llamó a los dos. Me pregunté si todos los enanos tendrían una voz tan fuerte. Les dijo si querían ponerse los guantes en la tienda o en el cuadrilátero.

—En el cuadrilátero, —dijo rápidamente Hoppie.

—¿Qué tiene de malo ponérselos aquí mismo, hombre?, —gritó Perforadora.

—Es una parte del espectáculo, hermano, —dijo Hoppie con una sonrisa—. Algunos han venido de muy lejos.

—Sí, ya, para ver un combate breve. Voy a tardar más en ponerme los guantes que en acabar contigo.

—Bueno, muchachos, calma, —dijo el árbitro e indicó una caja de cartón bastante grande, explicando con evidente orgullo—: Ahí están los guantes, Everlasts de diez onzas del gimnasio de Solly Goldman de Johannesburgo, enviados especialmente para esta pelea.

Bokkie se acercó a la caja y sacó los dos pares de guantes y se los ofreció a los preparadores de Smit. Cogieron un par cada uno los examinaron y los apretaron entre las rodillas antes de elegir. Los guantes eran negros y resplandecientes; reflejaban la luz de las lámparas, y aunque estaban vacíos, parecían llenos de acción.

Bokkie le enseñó los guantes a Hoppie para que los inspeccionara.

—Son buenos guantes, no son demasiado ligeros, —le dijo bajito.

—No hay problema, —dijo Hoppie, y se echó una toalla al cuello y luego se puso el batín.

Bokkie le echó los guantes al cuello.

—Venga, ahora vamos a patear el polvo, —dijo Bokkie, avanzando hacia la salida abierta de la tienda.

—Qué me dices, Groenewald, —rugió de pronto Perforadora.

—¿Te parece bien que el que gane se lo lleve todo?

Hoppie se volvió despacio y miró al hombre grande.

—No puedo hacerte eso, Smit, ¿cómo ibas a pagar después los gastos de hospital?, —dijo, y me cogió de la mano.

—Ese chico tuyo va a ser un pobre huérfano cuando acabe contigo esta noche, amigo de los negros, —gritó Perforadora a la espalda de Hoppie que ya se alejaba.

Hoppie me apretó la mano y se rió entre dientes.

—Creo que eso vale otros dos asaltos por lo menos, Peekay, —luego se paró en la oscuridad fuera de la tienda y me cogió por los hombros—. No lo olvides, Peekay, a veces, muy de vez en cuando, con lo que mejor boxea uno es con la boca.

A cada lado de las tribunas del cuadrilátero brillantemente iluminado corría un pequeño pasillo por el que entraban los espectadores y los púgiles. Vi enseguida que en un semicírculo había sólo mineros y en el otro sólo ferroviarios; a través de los huecos que quedaban entre las piernas de los blancos atisbaban los rostros africanos, sonrientes y emocionados. Yo no había visto en mi vida tanta gente junta, y la tensión de la multitud era absolutamente aterradora. Apreté con fuerza la mano de Nels, que me llevó hasta la última fila de una de las tribunas y me dejó allí al cuidado de Hettie la Grande.

Hettie la Grande parecía ser la única señora que había presenciado el combate. Era la cocinera del comedor de los ferroviarios, y Hoppie nos había presentado antes, en la cena. Ella me había dado una segunda ración de melocotones con natillas y Hoppie había dicho que sería mejor que la comiese, aunque estuviese lleno, porque Hettie era un auténtico peso pesado que podía dar buena cuenta de dos ferroviarios borrachos con una mano atada a la espalda.

Hettie la Grande me hizo señas de que fuese a sentarme con ella.

—Ven y siéntate aquí, Peekay. Tú y yo vamos juntos en esto. Si ese pedazo de babuino le hace daño a Kid Louis subiremos al *ring* y le liquidaremos nosotros, —dijo estremeciéndose de risa.

Hoppie estaba sentado en un taburete pequeño en un rincón del cuadrilátero, con Bokkie a su lado vendándole las manos. No levantó la vista cuando subió al *ring* Perforadora. Éste se paró en el centro y alzó dos dedos en un corte de mangas en dirección a Hoppie, para gran satisfacción de los mineros que le aclamaron como locos.

—¡Jo, jo, jo, la pelea es nuestra!, —dijo alegremente Hettie la Grande.

Luego se levantó y gritó, con una voz que inundó el cuadrilátero:

—¡Ya te daré yo a ti esos dos dedos, pedazo de babuino, pero por el culo!

Había oscurecido del todo. El sonido de la voz de una mujer fue algo inesperado, y durante una décima de segundo hubo un cuchicheo entre los espectadores, luego los dos bandos se estremecieron de risa.

Hettie volvió a sentarse. Buscó en un cesto grande que tenía y sacó un botellín estrecho y plano de coñac. Lo descorchó y bebió un buen trago, haciendo una mueca al apartarlo de los labios como si fuese *mooty* repugnante.

—Qué se ha creído ese pedazo de mono, —dijo volviendo a meter el corcho en el

botellín con un golpe de la palma de la mano.

Los púgiles ya tenían los guantes puestos, y mientras Hoppie continuaba sentado en su taburetito, Perforadora seguía de pie, con su aspecto imponente, grande y sólido como una montaña. Aunque tenía mi fe y mi amor depositados en mi amigo querido, había vivido ya lo suficiente como para saber lo que pasaba en realidad cuando un grande y un pequeño se enfrentaban. Estaba convencido de que siempre acababa ganando el grande y tenía el corazón encogido de miedo por aquel amigo recién hallado.

—¡Dios santo! ¡Mira ese pedo de gorrión!, —exclamó Hettie la Grande señalando al diminuto árbitro—. ¿Cómo demonios va a poder separar a esos dos hombres?

—Hoppie dice que sabe muy bien lo que se hace, Mevrouw Hettie, —aventuré.

Perforadora empezó a dar vueltas por el cuadrilátero lanzando golpes imaginarios. Parecía aumentar de tamaño a cada minuto que pasaba, mientras que Hoppie, allí en su taburete, parecía una ranita acuclillada en un rincón. Nels estaba poniéndole vaselina en las cejas y Bokkie parecía darle las instrucciones finales.

El pequeño árbitro dijo algo y los preparadores abandonaron el cuadrilátero y avanzaron los púgiles hacia el centro de él. La multitud se quedó de pronto en silencio. El árbitro se puso entre los dos hombres, echó la cabeza hacia atrás, y los miró y dijo algo. Asintieron los dos, se rozaron levemente los guantes y volvieron a sus rincones. Los espectadores empezaron a vitorear como locos. El árbitro levantó las manos y se volvió lentamente haciendo un círculo para acallar a la multitud; apenas le asomaba la cabeza por encima de la cuerda más alta del *ring*. Pronto se alzaría la luna en cuarto menguante sobre la cordillera Murchison, pero la noche era de momento de un negro mate, sólo un brusco cuadrado de luz brillante enmarcaba el cuadrilátero con los tres hombres que había en él. Era como si los dos púgiles y el enano estuviesen solos allí, con un público de un millón de estrellas.

El árbitro se dirigió a la multitud, que ya había callado; su voz, de una potencia sorprendente, llegaba sin problema hasta donde estábamos nosotros.

—*Dames en Heere*, esta noche presenciamos el gran drama bíblico de David y Goliath.

Dejó una pausa para que las palabras hicieran efecto.

—¡Cristo bendito! Ese pedo de gorrión va a darnos una lección de Biblia, —cuchicheó Hettie sin dirigirse a nadie en concreto. Luego apuró otro trago rápido del botellín mientras el árbitro seguía.

—¿Se repetirá la historia? ¿Volverá a vencer David a Goliath?

Los ferroviarios se volvieron locos y los mineros silbaron y abuchearon. El árbitro levantó las manos pidiendo silencio.

—¿O conseguirá Goliath vengarse?, —los mineros vitorearon frenéticos y les tocó abuchear y silbar a los ferroviarios.

El hombrecillo volvió a levantar las manos y el público se calmó.

—Primero, en el rincón azul, con ochenta y dos kilos de peso, el excampeón de



los pesos pesados del norte de Transvaal, Perforadora Smit, de Minas Murchison. Veintidós combates, once K. O., once perdidos a los puntos, un boxeador con un historial igualado en el cuadrilátero. Señoras y señores, ¡junten las manos por Perforadora Smit!

Los mineros vitorearon y silbaron.

—¿Qué es eso de once perdidos a los puntos, Mevrouw Hettie?, —pregunté nervioso.

—Significa que es un pegador, —dijo, bebiendo otro trago y limpiando la boca del botellín con la mano—. Significa que no es un boxeador.

El árbitro se giró y señaló a Hoppie que levantó las manos para dar las gracias al público.

—En el rincón rojo, con sesenta kilos de peso, procedente de Gravelotte, Kid Louis, de los Ferrocarriles Sudafricanos, campeón del peso medio de Transvaal norte y aspirante reciente al título de Transvaal. Quince combates, catorce victorias, ocho K. O., una derrota, —carraspeó y luego continuó—: Permítanme que les recuerde que el púgil con el que perdió por pocos puntos en Pretoria ganó luego el campeonato sudafricano en Ciudad de El Cabo.

Luego levantó un poco más la voz y añadió:

—¡Aplaudan ahora al único y excepcional Kid Louis!

Nos tocó a nosotros vitorear hasta que el árbitro nos hizo callar de nuevo. Hoppie volvió a sentarse muy tranquilo en el taburete, mientras Perforadora resoplaba y lanzaba puñetazos a un adversario imaginario que pronto se convertiría en Hoppie.

—Es un combate a quince asaltos. Que gane el mejor.

El árbitro había asumido ya la autoridad y no era tan pequeño. Estaba claro que el público le aceptaba. Fue hasta el borde del cuadrilátero, donde llegaba luz suficiente para que se pudiese ver a tres hombres sentados a una mesa redonda.

—¿Están listos los jueces?, —éstos asintieron y él se volvió a los dos boxeadores—. Empiecen a combatir cuando suene la campana, caballeros.

Sonó en la oscuridad la campana del primer asalto.

Hoppie se levantó de un salto del taburete, que Nels retiró del *ring*, y Perforadora se lanzó a por él.

Con aquel calor agobiante el aire estaba más quieto que el aliento de un muerto, y en el torso del gigantesco boxeador brillaba ya el sudor. Yo ya había desenvuelto antes mi primer pirulí, y había lamido como siempre el celofán de la envoltura hasta dejarlo limpio. Era el amarillo que me había dado la guapa señora india del diamante en el diente, y la envoltura sabía vagamente a piña y era más dulce aún que una piña real.

Hoppie se había puesto a bailar alrededor de Perforadora. Éste le lanzó dos ganchos de izquierda y un upercut de derecha, pero no consiguió ni rozarle siquiera con ninguno. Siguió un directo de izquierda que Hoppie paró limpiamente con el guante.

Luego hizo una finta a la derecha cuando Perforadora intentó cazarle con dos ganchos de izquierda, avanzó aprovechando el último gancho fallido, y atacó con los dos puños, dirigiéndolos a la cara. Dos golpes de izquierda, luego dos potentes derechazos. Los conectó con una velocidad centelleante. Cuando Perforadora pudo volver a colocar los guantes en posición, tapándose la cara, Hoppie se había alejado ya lo suficiente. Siguió retrocediendo casi constantemente, obligando a Smit a perseguirle por el cuadrilátero. De vez en cuando lanzaba un ataque, una ráfaga de golpes a la cara, y luego se ponía otra vez fuera de su alcance. Perforadora le perseguía insistente, intentando conectarle un golpe potente, pero Hoppie se contentaba con un izquierda-derecha rápido y luego retrocedía enseguida huyendo del peligro. En el primer asalto consiguió anotarse una docena de golpes buenos, la mayoría en el ojo izquierdo de su contrincante, que sólo consiguió llegar con un directo de izquierda largo que alcanzó a Hoppie en el hombro cuando retrocedía.

Era evidente que Perforadora tenía problemas con la izquierda y que daba muestras de su rabia. Sonó la campana del final del primer asalto y los boxeadores volvieron a su sitio. Esta vez Perforadora se sentó, como Hoppie, y respiraba con dificultad. Bebió mucho rato, directamente de una botella de agua que le puso en la boca y le sostuvo uno de sus ayudantes. El otro le frotó con una esponja, le secó y le puso vaselina sobre el ojo izquierdo.

Hoppie parecía sereno, respiraba tranquilo. Bebió de una botella por un tubito doblado que salía de ella, y se enjuagó la boca y escupió en un cubo que le sostenía Bookie. Nels le daba masajes en los hombros y él asentía con la cabeza a algo que Bookie le decía.

—¿Está ganando Hoppie, Mevrouw Hettie?, —pregunté nervioso.

—Aún es pronto, Peekay. En los primeros asaltos Kid será demasiado rápido para ese grandullón, pero hay una cosa segura, sus golpes se quedan demasiado cortos, no pueden hacerle daño a Smit.

Sonó la campana del segundo asalto, que fue como el primero, aunque Perforadora consiguió pegarle a Hoppie en la cara tres veces y, aunque ninguno de los tres golpes fue directo, los mineros se volvieron locos las tres veces. Después del segundo asalto empezó a verse ya sobre el ojo izquierdo de Perforadora una mancha roja. En los tres asaltos siguientes Hoppie fue haciéndole correr alrededor del *ring* lanzando golpes que casi nunca daban el blanco y lanzando él de pronto rápidas ráfagas y retrocediendo después enseguida, y poniéndose a salvo de sus puños.

Sonó la campana del sexto asalto y Perforadora fue arrastrando los pies hasta el centro del *ring*, moviendo los guantes despacio delante del pecho. Empezaba a cogerle el truco a la izquierda, y quería obligar a Hoppie a boxear allí en el centro, donde se había plantado.

Luego bajó los guantes, dejando la cara al descubierto como un blanco fácil, sabiendo que podía aguantar los golpes de Hoppie. Éste se vio obligado a aproximarse lo suficiente para que Smit le alcanzase en el estómago y alrededor de

los riñones. Hoppie tenía que aguantar un par de golpes atroces en el cuerpo cada vez que se acercaba para alcanzar a Perforadora en aquel punto situado sobre el ojo izquierdo. Perforadora soltaba un gruñido cada vez que conseguía colocar un golpe de izquierda o de derecha en el cuerpo de Hoppie, y la multitud reaccionaba como un solo hombre con una exclamación de dolor. Al final del sexto asalto Perforadora tenía el ojo izquierdo casi cerrado pero Hoppie tenía verdugones de un rojo intenso en las costillas donde le había alcanzado Smit. Cuando volvieron a sus rincones los dos respiraban con dificultad.

—No parece que a Kid le vayan muy bien las cosas. Ese cacho de mono le ha cogido el tranquilo y va a agotarle a base de golpes en el cuerpo. Me ha engañado, tiene más cerebro del que yo le había adjudicado, —dijo Hettie la Grande. No mostraba ninguna emoción al valorar el desarrollo de la lucha, como si sólo fuese un espectador informado pero desinteresado.

—Ojalá no tenga cerebro, Mevrouw Hettie. El cerebro es algo necesario para ganar, —dije angustiado.

Hettie se abanicaba con un abanico de papel chino de brillantes colores, le corría el sudor por la cara y el cuello.

—Pega muy duro, Peekay, —dijo con aire ausente.

Sonó la campana del séptimo asalto y Perforadora volvió al centro del *ring* arrastrando los pies. Se veía que le afectaba el calor y mantenía los guantes aún más bajos que antes. Esto dejaba suficiente espacio de cuerpo descubierto para que Hoppie conectase golpes desde lejos, golpes mucho más fuertes. Ya tenía cerrado el ojo izquierdo y Hoppie estaba empezando a castigarle el derecho con directos de izquierda, siempre en el mismo sitio. Hacia el final del asalto intentó colocarle un cruzado de derecha en la barbilla justo cuando Perforadora se retrasaba un poco para lanzarle un golpe. Hoppie erró con la derecha, perdió el equilibrio y Smit le conectó un upercut debajo del corazón. Se oyó claramente un gruñido cuando recibió el golpe; se le doblaron las piernas y cayó en la lona.

—¡Oh, mierda! Ese babuino ha conseguido engancharle. Goliath gana en el séptimo, —dijo Hettie decepcionada mientras los mineros enloquecían. El diminuto árbitro estaba junto a Hoppie gritándole a Perforadora que se fuese a un rincón neutral, pero él seguía allí el pecho subiéndole y bajándole aparatadamente, esperando que Hoppie se levantara para acabar con él. El árbitro no empezaba a contar y pasaron segundos preciosos mientras Perforadora seguía allí amenazador sobre el caído peso medio. Sus ayudantes le gritaban que se apartara y cuando por fin lo hizo habían pasado ya treinta segundos por lo menos. El árbitro inició la cuenta. Hoppie se incorporó apoyado sobre una rodilla y esperó que llegara a ocho para levantarse. El árbitro indicó que podía seguir el combate y Perforadora se lanzó a cruzar el cuadrilátero para liquidar de una vez a Hoppie. Pero el respiro de casi cuarenta segundos había sido suficiente para evitar el desastre, y Hoppie se limitó a mantenerse a distancia segura, mientras Perforadora, que iba perdiendo fuerzas en

cada asalto, le perseguía como un toro furioso sin lograr alcanzarle. Sonó la campana en el momento en que Hoppie le alcanzaba con un potente uppercut de izquierda en el ojo al intentar otro ataque desesperado.

—¡Maldita sea, Peekay! Menuda suerte. Menos mal que Pedo de Gorrión conoce bien las reglas, porque Kid no se habría levantado a la cuenta de diez, seguro, — Hettie cogió el paño que tapaba el cesto y se secó la cara y el pecho—. En realidad Smit no es más que otro estúpido bóer. Muchas pelotas y nada de cerebro. Ya puede dar gracias a su buena estrella.

Con la emoción de lo sucedido yo había arrancado de un mordisco el pirulí del palo y lo había hecho pedazos, abreviando su vida por lo menos en media hora. Con la lengua repasé la boca por dentro buscando los últimos restos de sabor a piña. Podía tardar mucho tiempo en conseguir otro. Hettie sacó un termo de la cesta, llenó de leche caliente y dulce el tapón plateado, que tenía forma de copa, y me lo pasó. Luego abrió una lata grande de pastas y me dio un enorme trozo de tarta de chocolate. Yo no podía creerlo, no iba a poder olvidar nunca aquella noche. Si Hoppie, mi Hoppie querido, pudiese mantenerse a distancia de aquel pedazo de gorila. Su forma de bailar alrededor de él, consiguiendo apartarse de la trayectoria del golpe en el último segundo, me recordaba lo que hacía el Abuelo Chook para esquivar las piedras que le tiraban. Pensé que ojalá Hoppie tuviera el mismo instinto de supervivencia. Luego me puse triste. En realidad ni siquiera aquel instinto de supervivencia tan desarrollado había podido salvar al Abuelo Chook, porque al final el gran gorila le había cazado.

En el octavo asalto se produjo otro cambio en el combate. Perforadora había estado persiguiendo a Hoppie con excesivo afán durante demasiado tiempo. El calor había mermado considerablemente su fuerza de gorila, y apenas si podía arrastrar los pies y tenía los dos ojos casi cerrados. Hoppie le pegaba prácticamente a placer y él procuraba trabarse siempre que podía, haciendo ponerse de puntitas al diminuto árbitro y colgarse de sus enormes brazos gritando: «¡Sepárense!», a voz en cuello.

El noveno y el décimo asaltos fueron bastante similares, pero Hoppie parecía no tener pegada suficiente para dejar a Perforadora fuera de combate. Al principio del onceavo asalto Smit consiguió cogerle en otro clinch, apoyándose en él con fuerza. Cuando el árbitro intervino para separarles, Perforadora dio un paso atrás, tropezó con él y le tiró de culo al suelo. Pero no soltó a Hoppie, sino que le pegó varios cabezazos terribles; desde el lado del cuadrilátero donde estaban los ferroviarios vimos claramente lo que pasaba, pero los mineros y el árbitro sólo vieron que a Hoppie se le doblaban las rodillas y caía a la lona cuando Perforadora deshacía el clinch.

Esta vez se fue rápidamente al rincón neutral y el árbitro se levantó de un salto como una pelota de goma y empezó a contar.

Estalló un verdadero escándalo, los ferroviarios empezaron a bajar de las gradas agitando los puños y gritando «¡falta!». Cuando el árbitro iba contando seis sonó la

campana del final del asalto y Bokkie y Nels se lanzaron al *ring* a ayudar al mareado y tambaleante Hoppie a llegar al rincón.

Unos cuantos ferroviarios habían llegado al cuadrilátero y estaban insultando a Perforadora. Los mineros gritaban y bajaban de las gradas y aquello era un caos absoluto, os lo aseguro.

Perforadora estaba sentado en su rincón vomitando en un cubo y Bokkie y Nels intentaban frenéticamente que Hoppie se recuperase poniéndole una botellita debajo de la nariz. Yo me eché a llorar y Hettie la Grande me abrazó, sin dejar de insultar a Perforadora.

—¡Cabrón, cerdo, asqueroso, ven mañana a mi cocina y te dejaré K. O., hijo de puta!, —chillaba.

Oía batir su corazón, bom, bom, bom, y el olor a coñac de su aliento resultaba agobiante. Dejé de llorar enseguida, os lo aseguro. Me apretaba tan fuerte que empecé a sentirme mareado. Menos mal que me soltó para levantarse y blandir el puño.

Habían estallado varias peleas alrededor del *ring*, volcaron la mesa de los jueces. El árbitro estaba en el centro del cuadrilátero con las manos alzadas, le brillaba la cabeza como un faro. No se movía y esto pareció producir un efecto tranquilizador en la multitud. Otros espectadores se lanzaron rápidamente a deshacer las peleas de los que estaban alrededor del *ring*, llevándose a sus compañeros. Hasta que no se hizo un silencio completo el árbitro no les indicó a los dos boxeadores que se acercasen al centro del *ring*. Hoppie parecía ya completamente recuperado, mientras Perforadora, el pecho inmenso moviéndose entrecortadamente y los ojos dos ranuras hinchadas, parecía agotado. El árbitro cogió a Hoppie de un brazo y se lo levantó todo lo alto que pudo.

—Kid Louis vencedor por falta en el undécimo, —gritó.

Los ferroviarios se volvían locos de entusiasmo mientras los mineros empezaban a bajar otra vez de las gradas.

—¡Mierda, esto va a acabar en batalla campal!, —dijo Hettie la Grande.

Hoppie bajó el brazo e inició una discusión vehemente con el árbitro, señalando con el guante a Perforadora, que casi no veía. Por fin el árbitro levantó las manos pidiendo silencio.

—¡Continúa el combate!, —gritó; los dos boxeadores volvieron a sus rincones. La campana empezó a sonar con insistencia y enseguida cesaron las peleas que habían estallado alrededor del *ring* y todos volvieron a sus asientos respectivos, amenazándose unos a otros con los puños.

—Ese Hoppie Groenewald está como una cabra, —dijo Hettie la Grande—. ¡Tenía ganado el combate y quiere empezar otra vez!

Luego se secó una lágrima con el paño de cocina y añadió:

—¡Cristo bendito, Peekay, tiene lo que hay que tener, es un auténtico irlandés!

La campana del doceavo asalto tardó diez minutos en sonar, y por entonces

Hoppie estaba ya repuesto del todo, y los ayudantes de Perforadora, que tenía continuos accesos de vómito, habían conseguido abrirle a medias el ojo izquierdo. Los párpados cerrados del derecho sobresalían por encima de la ceja de modo que se veía obligado a perseguir a Hoppie sólo con media visión del ojo izquierdo.

No era rival. Hoppie avanzó y le conectó dos ganchos rápidos de izquierda justo en el ojo medio abierto y lo cerró de nuevo. El resto del asalto fue una carnicería, Perforadora se cubrió la cara con los guantes y Hoppie le castigaba el cuerpo. Tantos años detrás de una perforadora se notaban, y Smit no hacía más que apoyarse en las cuerdas y aguantar lo que Hoppie quería. Hasta que le colocó un golpe debajo del corazón y soltó un gruñido y apartó los guantes en un acto reflejo. Hoppie, que vió el hueco, le conectó un upercut de izquierda perfecto en la mandíbula. Perforadora cayó a la lona justo cuando la campana señalaba el final del asalto.

Pero Hoppie acusaba también el cansancio. Se veía muy claro que estaba agotado cuando se dirigía a su rincón, que boxeaba más por instinto que por voluntad consciente. Los preparadores de Perforadora subieron al *ring* y le ayudaron a levantarse y lo llevaron, casi ciego, a su rincón.

—¡Santo Cristo, tienen que tirar la toalla!, —dijo Hettie la Grande emocionada—. Hoppie ha ganado por K. O. técnico.

A mí me latía el corazón frenéticamente. Era indudable ya que los pequeños podían ganar a los grandes, sólo hacía falta inteligencia, habilidad, corazón y un plan, un plan perfecto.

Pero nos equivocábamos. Sonó la campana del decimocuarto asalto y Perforadora Smit se levantó despacio, fue medio arrastrándose hasta el centro del *ring*. Hoppie, demasiado cansado para sacar mucho provecho del descanso entre asaltos, estaba también claramente agotado. Había creído que Perforadora no llegaría al decimocuarto asalto y la fatiga extrema debilitaba su voluntad de seguir. Era como si avanzasen uno hacia otro en un sueño. Hoppie alcanzó a Perforadora en la cara con un directo de izquierda. Empezó a sangrarle de nuevo la nariz. Luego siguió con varios golpes más en la cara, pero eran ya golpes con muy poca fuerza y Perforadora, que no podía responder a ellos, que seguía en pie por puro orgullo, aguantó el castigo. Consiguió trabar a Hoppie en un clinch, apoyándose en él con todo el cuerpo, intentando agotar las pocas fuerzas que le quedaban. Cuando les gritó el árbitro que se separasen Smit empujó a Hoppie y al mismo tiempo consiguió darle un golpe en la cabeza con el brazo un golpe que no era propiamente un puñetazo. Pero Hoppie, para nuestra consternación y ante la tremenda sorpresa de los mineros, se desplomó. Se levantó instantáneamente apoyándose en una rodilla, la mano derecha sobre la lona para sostenerse. Comprendiendo por los gritos del público que su adversario había caído, Perforadora bajó los guantes y se lanzó a él. Puede que ni siquiera viese avanzar el puño hacia él a través de la niebla de sangre. La izquierda de Hoppie se alzó desde la lona con todo el peso de su cuerpo y conectó un directo en el mentón. El gigante se tambaleó una décima de segundo y luego se desplomó inconsciente en la

lona.

—¡Agua va!, —chilló Hettie la Grande mientras la multitud enloquecía. Yo acababa de presenciar la última maniobra de un plan perfectamente estructurado en el que el pequeño vence al grande. Primero con la cabeza y luego con el corazón. Hoppie había seguido pensando hasta el final. Yo había aprendido la regla más importante para ganar... no dejar de pensar.

Hoppie se quedó un momento quieto sobre el cuerpo inconsciente de su adversario y luego alzó el guante en un saludo inconfundible a Smit. Luego se fue despacio al rincón neutral y el árbitro inició la cuenta. Cuando llegó a diez Perforadora Smit seguía aún sin moverse. Hoppie se fue a su rincón y luego se volvió hacia nosotros y alzó los brazos en señal de victoria. Le fallaban las piernas y Nels le colocó el taburete en el rincón para que se sentase.

Yo saltaba entusiasmado, gritaba como un loco. Era el momento más emocionante de mi vida. Tenía esperanza. Había presenciado el triunfo del pequeño sobre el grande. No me sentía impotente. Hettie la Grande me cogió y me levantó por encima de su cabeza. Debíamos destacar claramente a luz de la luna. Hoppie se levantó tambaleante y blandió un guante hacia nosotros, sonriendo.

A Perforadora le habían puesto de pie sus segundos y estaba en el centro del *ring* sostenido por ellos cuando el árbitro llamó a Hoppie. Le levantó la mano en señal de victoria y gritó:

—¡El buen libro dice la verdad, el pequeño David ha vuelto a ganar! ¡Ganador por K. O. en el treceavo asalto, Kid Louis!

Los ferroviarios vitoreaban enloquecidos y los mineros aplaudieron deportivamente y el público empezó a abandonar las gradas.

Cuando los boxeadores dejaron el *ring*, y mientras Perforadora, era sostenido aún por sus preparadores, Gert, el camarero que recogía las apuestas en el vagón-comedor del tren, subió al *ring* y empezó a pagar. Había sido un combate magnífico y hasta los mineros parecían bastante satisfechos y se quedaron para los *braaivlies* y *tickie-draai* de después.

Hicieron falta cuatro ferroviarios corpulentos para bajar a Hettie la Grande de lo alto de las gradas donde habíamos estado sentados. Había terminado uno de los botellines de coñac y había bebido bastante del siguiente, así que no estaba en condiciones de bajar de allí sola.

—Les hemos dado una lección. Nuestro hombre le ha dado una buena tunda a ese pedazo gorila. Cristo bendito, Peekay, qué combate ¿eh? Un muchacho maravilloso con corazón de león, —Hettie hablaba ahora inglés con mucho acento, cosa que me sorprendió mucho.

—¡Epa!, —dijo al perder pie y caer como un fardo sobre dos de los que la ayudaban, que se reían sin parar.

Nos acercamos al *ring* donde Gert estaba pagando. Hettie me apoyaba una mano en el hombro como si yo fuese una especie de bastón humano.

—Yo siempre hablo la lengua irlandesa cuando he bebido demasiado coñac. Mi padre querido, Dios lo tenga en su gloria, solía decir: «Querida mía, sólo la lengua irlandesa es suficientemente suave para un bebedor decente cuando ha tomado unos cuantos tragos». Y tenía razón. No se puede hablar estando muy borracho en la *verdomde taal*.

No dije nada. Hoppie debía de haberle dicho a Hettie que yo era rooinek, pero no quise correr ningún riesgo y mi camuflaje siguió intacto. No tenía sentido que le explicase a Hettie que tenía un enemigo, o incluso un amigo, a su lado.

Los apostadores hacían cola junto al cuadrilátero para cobrar. Cuando estábamos ya más cerca, Hettie le gritó a Gert, volviendo al afrikaans:

—¡Tú, *skelm* inútil! ¿Dónde están mis cinco libras?, —hablar afrikaans pareció despejarla inmediatamente. Avanzó imperiosa hasta el principio de la cola y Gert sacó cinco billetes de libra de la bolsa y se los dió.

—Gracias por el negocio, Hettie, —dijo cortésmente Gert.

Hettie alzó la vista y le miró.

—No te olvides tampoco de nuestro asunto, amigo. Tres cajas de Crown Lager para el comedor mañana por la noche. Tráelas temprano para que pueda ponerlas en hielo.

—Dijiste sólo dos, —gimió Gert.

—La afrikaner que hay en mí dijo dos, pero fue un combate tan bueno que la irlandesa que hay en mí dice que tres. Has ganado mucho, las apuestas iban contra Hoppie, no protestes.

—¡Schesh! No gané tanto. Hubo muchas apuestas al final a favor de Hoppie.

—¡Y un cuerno! No comerás filetes hasta la próxima Navidad si no hay tres cajas para mis muchachos, —dijo Hettie que parecía ya serena del todo.

—No merece la pena hacer de corredor de apuestas contigo al lado, Hettie, —dijo Gert, sonrió y se volvió para atender a los otros clientes.

Hoppie salió de la tienda justo cuando llegábamos nosotros y los ferroviarios lo rodearon enseguida. Estaba perfectamente, salvo por un trozo grande de esparadrapo en el ojo izquierdo donde le había pegado los cabezazos Perforadora Smit. Bueno, del todo no, porque a la luz se le veía hinchado el ojo derecho, que se le estaba poniendo morado oscuro.

Bokkie y Nels estaban con él. No podían parar de hablar y de lanzar golpes al aire y de reproducir el combate. Yo era demasiado pequeño para ver a Hoppie a medida que iban amontonándose alrededor de él más y más ferroviarios. Hettie me cogió y me alzó en el aire.

—Dejad paso al próximo aspirante, —oí que gritaba Hoppie. Me levantaron y me fueron llevando por encima de las cabezas hasta él.

Hoppie me abrazó y luego me echó la mano por encima del hombro.

—Le dimos una lección a ese pedazo de gorila, ¿eh Peekay?

—Sí, Hoppie, —me sentía de pronto un poco lacrimoso—. Los pequeños pueden



vencer a los grandes si tienen un plan.

Hoppie se echó a reír.

—Te confesaré una cosa, amigo, esta noche casi llegué a pensar que el plan no iba a resultar.

—Nunca lo olvidaré, primero con la cabeza, y luego con el corazón.

Le abracé por los muslos. Me acarició el pelo. La última vez que alguien me había pasado la mano por el pelo había sido para embadurnarme la cabeza de mierda. Ahora era una sensación cálida y reconfortante.

Faltaban casi tres horas para que saliese el tren, y la mayor parte del público se había quedado atrás para encontrarse con sus mujeres después del combate en el baile de tickie-draai. Estaban todos mezclados, los mineros, los ferroviarios y los pasajeros que seguían el viaje. Habían olvidado del todo la hostilidad que habían sentido durante el combate. Sólo los africanos se iban a casa porque no tenían pases y porque de todos modos no les habrían permitido quedarse.

Como había comido un trozo de tarta de chocolate de Hettie, apenas podía ya con las dos salchichas y la chuleta. Hasta dejé parte de la carne de la chuleta y se la di a un perro que pasaba, que debió pensar que era Navidad, porque a partir de entonces se quedó conmigo. Era una perra vieja muy maja, aunque parecía un poco estropeada de haber tenido cachorros y le colgaban las tetas casi hasta el suelo. Andaba despacio, como suelen hacer las perras viejas, y al cabo de un rato yo tenía la impresión de que nos conocíamos de siempre. Tenía una oreja rota y el ojo izquierdo cerrado, probablemente de una pelea o algo parecido. Era de un color amarillo muy bonito con una mancha marrón encima del trasero.

Había sido un día largo y empezaba a sentirme cansado. Nunca había estado levantado hasta tan tarde cuando era feliz. Hoppie me encontró junto a la perra, sentado en el suelo, apoyado en un gomero grande, dormitando. Me cogió y me llevó hasta el camión. Estaba demasiado cansado para fijarme en si la vieja perra amarilla nos seguía.

Hettie estaba sentada en la parte de atrás del camión, que casi ocupaba del todo con su cuerpo inmenso. Tenía otro botellín y lo utilizaba para dirigirse mientras cantaba: «¡Cuando los ojos irlandeses sonrían es como la brisa de la mañaaaana!». Me sorprendió mucho el tono ronco de su voz. Nunca había conocido a una mujer que no supiese cantar.

—¡Sssh! Hettie, el próximo aspirante quiere dormir, —dijo Hoppie.

Hettie dejó de cantar, el botellín se inmovilizó en el aire a medio compás.

—Mi niño querido, ven y dale un gran beso a Hettie.

Es lo último que recuerdo. Hettie la Grande hablaba de nuevo con acento irlandés. Supongo que otra vez estaba borracha.

## SIETE

Desperté al amanecer con el cliquiti-clac ya familiar de las ruedas del vagón. Vi, por el color de la luz que entraba por la ventanilla del compartimento, que era la hora en que el Abuelo Chook acudía a la ventana del dormitorio del colegio y lanzaba el ki-ki-ri-kí estirando su viejo pescuezo. Pensé que él me había condicionado a despertar con las primeras luces.

El resplandor que pasaba fugaz por la ventanilla del compartimento era aún una luz suave de un tinte grisáceo; pronto saldría el sol y la limpiaría hasta hacerla brillar. El paisaje había cambiado de forma sutil. Interrumpían las praderas onduladas del día anterior esporádicos koppies, afloramientos rocosos con matas de matorrales verdeoscuros, de unos treinta metros de altura cada uno. Eran ya más frecuentes los árboles de la fiebre de copa plana, y a lo lejos se divisaba una nítida línea de montañas que pintaban el horizonte de un húmedo violeta acuarelado. Estábamos penetrando en las verdaderas tierras bajas.

Me incorporé y me di cuenta de que tenía una nota enganchada en la camisa. Solté el imperdible y vi que había un trozo de papel con un billete de diez chelines prendido en él. Lo miré perplejo. Nunca había manejado un billete de banco y me resultaba difícil hacerme a la idea de que aquello me perteneciese. Si un pirulí costaba un penique, con diez chelines podía comprarme ciento veinticuatro pirulís. En el papel había una nota de Hoppie, meticulosamente escrita.

*Querido Peekay:*

*Éste es el dinero que ganaste. Le demostramos bien quién mandaba a aquel pedazo de gorila. El pequeño puede vencer al grande. Pero no olvides que tienes que tener un plan; como cuando le di a Perforadora Smit el golpe que lo dejó K. O. cuando él creía que me tenía ya fuera de combate. Ja, ja. No lo olvides, PRIMERO con la cabeza y luego con el corazón. ¡Los planes son inútiles sin ambos, te lo digo yo!*

*No olvides que eres el próximo aspirante. Buena suerte, pequeño boetie.*

*Tu amigo en el boxeo y siempre,*

*Hoppie Groenewald*

*PD: Has de repetírtelo siempre: Primero con la cabeza y luego con el corazón, así es como se lleva ventaja desde el principio. H. G.*

Me sentía triste por tener que dejar al mejor amigo que había tenido en mi vida, después del Abuelo Chook y de mi niñera, sin decirle adiós si quiera. Hoppie había pasado brevemente por mi vida como pasa un tren a través de la noche. Habíamos estado juntos poco más de veinticuatro horas, sin embargo había conseguido cambiar mi vida, me había demostrado lo que puede uno solo, lo que puede una idea, un corazón, una inteligencia, un plan, una decisión. Hoppie había sabido darse cuenta de que yo necesitaba crecer, necesitaba convencerme de que el mundo que me rodeaba no había sido organizado especialmente para propiciar mi ruina. Me dio un sistema de defensa y con él me dio esperanza.

En aquella primera hora de la mañana, el cliquiti-clac de las ruedas del vagón sonaba más claro y más fuerte, era como si corriese hacia la luz. Tuve que concentrarme mucho para poder oír la cadencia de alguien respirando, primero una inspiración, profunda y quejumbrosa, luego silencio total unos instantes y después un potente sonido silbante, como de la expulsión de un gran volumen de aire. Al principio pensé que podría ser algo del tren. Después de todo, no era un experto en trenes ni mucho menos.

Pero luego comencé a sospechar que aquel sonido silbante debía tener alguna relación con el olor que había en el compartimento.

Era tan fuerte que tuve que taparme la nariz con la sábana. Sin destaparla, atisbé por el borde de mi litera. En la de abajo estaba tumbada Hettie la Grande, aún vestida del todo. Resollaba aparatosamente como un cachalote varado en la playa. A cada inhalación alzaba el pecho y el estómago, casi hasta tocar mi litera por debajo. ¡Uf! ¡Demonios! ¡Qué peste! Tenía el brazo estirado y la mano firmemente apoyada en la alfombra como un puntal para no caer al suelo.

En la litera de enfrente había una maleta pequeña y un gran cesto de excursión de mimbre cuadrado. Hettie y yo teníamos el compartimento para nosotros solos, lo que significaba que su aliento a coñac lo inundaba del todo: comprendí que si seguía allí echado estaba perdido. Me desplacé hasta los pies de la litera y conseguí bajar la ventanilla. Sentándome lo más cerca posible de ella fui aspirando el aire fresco que pasaba veloz. Retiré la cabeza cuando tenía la nariz ya casi congelada y saqué el doek del bolsillo, envolví con él cuidadosamente la nota de Hoppie y puse el billete de diez chelines con el chelín del abuelo. Luego volví a meterme el doek en el bolsillo, sintiéndome peligrosamente rico. Después me colgué de la litera, y conseguí, saltar balanceándome por encima del cuerpo de Hettie y aterrizar en el suelo sin hacer casi

ruido. Me latía corazón aceleradamente ante la posibilidad de que se despertara, pero pronto comprendí que estaba profundamente dormida. La puerta del compartimento no estaba cerrada del todo y conseguí abrirla utilizando las dos manos, lo suficiente para pasar y salir al pasillo. La ventanilla del pasillo que quedaba casi directamente enfrente estaba medio abierta, y pude sacar la nariz al aire fresco poniéndome de puntillas. Estuve allí un rato viendo cómo se iba desplegando el amanecer. En las tierras bajas puede hacer mucho frío antes de que salga el sol, y como no tenía una manta para taparme, pronto empecé a temblar. Procuré ignorar el frío concentrándome en el cliquiti-clac de las ruedas del vagón. Me di cuenta de que el cliquiti-clac me hablaba: *Mezcla-la-cabeza-con-el-corazón. Llevarás-ventaja-desde-el-principio. Mezcla-la-cabeza-con-el-corazón. Llevarás-ventaja-desde-el-principio.*

Eso cantaban las ruedas, hasta que empezó a palpitarme la cabeza con el ritmo. Aquello estaba convirtiéndose en el plan que iba a seguir el resto de mi vida; tenía que convertirse en el ingrediente secreto del poder de uno solo.

Pero llegó un momento en que tenía ya demasiado frío para seguir allí en el pasillo con la ventana abierta, así que fui hasta el final del vagón y me senté en el retrete con la puerta cerrada. Luego me entraron ganas de hacer pis y lo hice y pulsé una manivela que había al lado del inodoro y se abrió en el fondo de él una trampilla que daba directamente a las vías. El ruido de las ruedas subió hacia mí y vi un borrón de grava y un centelleo de traviesas mientras el tren pasaba veloz sobre ellas. Me quedé allí con la mano en la manivela; desde el episodio con el juez había pensado bastante en la mierda. En el colegio cagábamos en latas que se llevaban todas las semanas y se sustituían por otras vacías que olían a desinfectante. Yo me preguntaba muchas veces a dónde llevarían todo aquel material. Al menos ahora sabía lo que hacían los ferrocarriles con el suyo.

Hacía frío hasta en el retrete, así que volví al compartimento. Al abrir la puerta vi que a Hettie le había sucedido una desgracia. El brazo que la había estado sosteniendo toda la noche le había fallado finalmente, y estaba con la parte de arriba de su gigantesco cuerpo en el suelo, mientras que las piernas seguían en la litera. Se le habían levantado las faldas y le tapaban la cabeza. A cada inspiración que hacía se le pegaba la tela a la cara, y a cada espiración se hinchaba como el cuello de un lagarto de cuello alechugado. Las piernas inmensas, de un blanco azulado, y llenas de venas varicosas, brotaban de unos enormes pantalones bombachos de un rosa brillante, cuyos elásticos le llegaban justo por encima de las rodillas. Parecía apoyar casi todo el peso del cuerpo en el cuello y los hombros, y vi que tenía la cara congestionada y que se le formaban burbujitas en las comisuras de los labios. Intenté despertarla zarandeándola con todas mis fuerzas.

—Despierta, Mevrouw Hettie, —supliqué, pero ella gruñía e inspiraba, se quedaba en silencio y expulsaba luego el aire rancio con un silbido y un gruñido leve que movía las burbujas. Me hice cargo enseguida de que no podía seguir con la mitad del cuerpo en la litera y la mitad fuera en aquella posición forzada, pero volver a

colocarla arriba era algo claramente superior a mis fuerzas. Trepé por encima de su cuerpo hasta su litera. Aplicando toda mi fuerza y apoyando las piernas en la pared del compartimento conseguí sacarle las piernas de la litera; aterrizaron en el suelo con un plop estruendoso. Creía que con aquello tendría que despertarse. Su cuerpo inmenso ocupaba ahora toda la extensión de suelo que había entre las literas tan limpiamente como si la hubiesen enlatado en una fábrica de sardinas en lata en Portugal, pero no despertó. Enseguida se le fue de la cara el color rojo, y aunque seguía silbando, no gruñía; lo consideré una buena señal. Pronto dejaron de aparecer burbujas.

Trepé por su barriga y conseguí sacar una manta de su litera. Le bajé las faldas y la tapé con la manta, y, aunque no me fue fácil, conseguí colocarle un cojín debajo de la cabeza. Lanzó un leve suspiro y luego soltó un eructo enorme que estuvo a punto de acabar conmigo. ¡Qué peste, Dios!

La manta no era bastante grande para taparla del todo. Caía como una especie de tienda de campaña azul; le tapaba el pecho y la barriga y le llegaba hasta la parte de arriba de las piernas. La tienda de Hettie la Grande estaba instalada en el mismo centro del compartimento, y aspiraba y expulsaba el aire con un silbido.

Yo me envolví en la otra manta y me senté con la nariz asomada a la ventanilla. No veía que pudiese hacer más que eso. Empezaba a alzarse el sol sobre los lejanos montes Lebombo y las tierras bajas relumbraban como si estuviesen encerradas en una copa de cristal.

De pronto se oyó un traqueteo en la puerta y una sola palabra aguda: «¡Revisor!». Después se abrió la puerta y apareció un hombre flaco de uniforme de sarga azul marino como el de Hoppie. Sólo que aquel hombre parecía muy limpio y le brillaban las botas como espejos. En el borde de la insignia esmaltada elíptica, azul y negra de la gorra decía: «Ferrocarriles Sudafricanos - Suid Afrikaanse Spoorweg». La insignia, a diferencia de la de Hoppie, que tenía escritas en el centro las palabras Jefe de Tren, tenía escrito: Revisor. No creo que sea importante saber lo que dice una insignia, pero cuando eres pequeño y estás solo, tienes que captar rápidamente toda la información posible. El buen camuflaje se basa en eso.

El hombre de la puerta tenía un bigote negro y fino que parecía dibujado con tiza. Su expresión sombría indicaba alguien ya amargado por los agobios de la vida. Miró hacia la tienda de campaña de Hettie la Grande, cuya cabeza quedaba sólo a unos centímetros de sus botas resplandecientes.

—¿Qué es lo que pasa aquí, hombre?, —exigió.

—Mevrou Hettie se cayó de la litera, Meneer, —contesté amedrantado.

—¿Por qué yo? ¿Por qué siempre yo? ¿Por qué siempre Pik Botha? ¿Por qué no otro? ¿Le he hecho yo alguna vez algo a alguien?, —me miró directamente—. ¿Ella te pertenece?—, preguntó en tono acusatorio.

Antes de que pudiese contestarle se llevó el índice y el pulgar a la frente crispada y se corrigió con un parpadeo.

—No, claro que no, eso es Hettie la Grande.

Luego cayó en la cuenta, abrió la boca y exclamó:

—¡Dios santo! ¡Hettie la Grande está en mi tren!

Parecía a punto de echarse a llorar.

—¡Qué voy a hacer!, —gimió.

—No sé, Meneer. Yo me la encontré aquí cuando desperté.

Pik Botha soltó un bufido, movió la cabeza hacia atrás.

—¡Bueno, te diré una cosa, amigo, así no se puede estar!

Bajó la vista con repugnancia hacia la mujer dormida, luego introdujo la mano en el compartimento, apoyándose ligeramente en Hettie la Grande.

—¿Dónde está tu billete? Dámelo, niño.

—Lo tengo aquí, Meneer.

Desenganché rápidamente el imperdible con que Hoppie me había prendido el billete en la camisa limpia que me había puesto para el combate.

—Dámelo, vamos, no puedo trepar por encima de esta vaca para cogerlo.

Me arrastré por la litera y extendiendo el brazo todo lo que pude conseguí llegar hasta su mano.

—Este billete está sin picar, —dijo en tono acusatorio—. Quién sabe ahora dónde has subido al tren. ¡Yo no sé leer el pensamiento, este billete no está picado, hombre!

—Yo no sabía que tenía que darlo para que lo picaran, Meneer, —dije, súbitamente amedrentado.

—¡Es ese verdomde Hoppie Groenewald! Lo hizo a propósito para darme trabajo. No picar los billetes es una infracción. Como se va al ejército cree que puede andar por ahí sin picar los billetes. Pero quién se habrá creído que es. ¿Qué pasaría si todos anduviésemos por ahí sin picar billetes, eh?

—Por favor, Meneer, Hoppie picaba todos los billetes, ¡sólo se olvidó el mío, de verdad, créame!, —supliqué, frenético ante la idea de que Hoppie pudiese tener problemas por culpa mía.

—Es increíble, no me sorprendería descubrir que deja viajar gratis a los sucios cafres y luego hace cosas malas con sus mujeres. No es un hombre casado, ¿sabes? Primero pierdo una libra y diez chelines apostando por aquel pedazo de mono de las minas, y ahora ese tipo que se ha puesto el nombre de un boxeador negro se dedica a andar por ahí sin picar los billetes de la gente.

Hizo una pausa, carraspeó. Luego, estirando los labios de modo que el bigote de tiza se convirtió en una línea recta sobre el bigote de arriba, añadió:

—Lo siento pero no voy a tener más remedio que informar de esto.

—Por favor, Meneer, él odia a los cafres tanto como usted. No le denuncie, por favor.

—Para ti está muy bien. Tú eres amigo suyo, tú dirás lo que sea —hizo una pausa como si lo pensase y luego añadió—: Está bien, soy un hombre justo, pregúntale a cualquiera y lo confirmará. Pero la próxima vez ese Hoppie Groenewald se la va a

cargar o no me llamo Pik Botha.

Sacó luego del bolsillo del chaleco su maquineta y me picó el billete.

—Gracias, Meneer Botha, es usted un hombre muy bueno.

—¡Demasiado bueno para mi propio bien, muchacho! Ayudas a los demás y el único pago que recibes es una patada en la boca. Pero yo soy un cristiano renacido y no me gusta la venganza. «Mía es la venganza, dice el Señor», está en la Biblia pero a veces, te lo aseguro, —y le dio un golpecito a Hettie la Grande con la puntera de su bota relumbrante—, la cruz que el Señor quiere que lleve es muy pesada.

Después de decir esto le dio a Hettie varios golpecitos más con la bota.

—¡Despierta vaca vieja! Este compartimento es propiedad de los Ferrocarriles Sudafricanos y según el reglamento ningún pasajero puede acampar en el suelo de los vagones. ¡Despierta! Estás infringiendo oficialmente el reglamento tumbándote ahí como una vaca muerta.

Recibió por toda respuesta un gruñido, un suspiro, una inspiración, silencio, espiración, silbido, gruñido.

—Vamos, muchacho, te llevaré a desayunar. Tu billete dice que tienes derecho a desayuno.

El desayuno fue otro banquete de tocino y huevos con una tostada, mermelada y café. Era demasiado temprano para los otros pasajeros y nos sirvió un camarero que se llamaba Hennie Venter. Estaba muy contento porque había ganado cinco libras en el combate. Pik Botha, sin acordarse de que me había dicho que había perdido una libra diez, se puso a soltarle una larga conferencia sobre el pecado de las peleas a puñetazos y el pecado aún mayor de las apuestas. Acabó preguntándole si no se avergonzaba y si estaba dispuesto a arrepentirse.

Hennie dejó en la mesa una bandeja de tostadas recién hechas tapadas con una servilleta de lino para que no se enfriasen.

—No, Meneer Botha, jugar sólo es pecado si pierdes porque no apoyaste a los tuyos y apostaste por los del otro bando.

Después alzó la jarra de café plateada y empezó a llenar la taza del revisor.

—¡Mmmm! No es más que un ferroviario de segunda y fíjate qué descaro ya, los jóvenes ahora no saben lo que es el respeto. Trae más café, hombre, ¿no ves que esta jarra está fría?, —gritó Pik Botha.

Luego volvimos al compartimento, y allí seguía Hettie la Grande silbando y roncando. Pik Botha, un poco más calmado por el desayuno, no le pegó con la puntera de la bota reluciente.

—No es una auténtica afrikaner, sabes, su padre era un irlandés al que le gustaba demasiado la botella, beber es un pecado que se hereda. La Biblia dice que los pecados de los padres se transmitirán hasta la tercera y la cuarta generación.

Después de decir esto le dio un golpecito a Hettie y añadió:

—He aquí un ejemplo de la terrible venganza de Dios.

—¡Mierda!, —dijo de pronto Hettie abriendo un ojo y mirándonos—. ¡Maldita

sea! Eres un miserable tragabiblias, un hipócrita, un cabrón, Pik Botha. Seguro que has estado levantándome las faldas para mirar, ¿eh? ¡Ayúdame a levantarme, hipócrita de mierda! ¡Ayúdame, venga!

—¡Yo no he hecho eso! ¿Cómo iba a hacerlo? Tendría que haber subido sobre ti y además tienes una manta encima, —gimió Pik Botha.

—¡Dios! Cómo me duele la cabeza. Necesito beber agua, tengo la boca como el salpicadero de un retrete indio en la estación del mango.

—No debes utilizar el nombre de tu Dios en vano, —farfulló Pik Botha.

Hettie no le hizo caso.

—Tienes que traerme un vaso de agua, Peekay, porque si no me muero.

—Tendré que subir por encima de ti, Mevrouw Hettie. El vaso y el lavabo están al otro lado.

—Pasa por encima de mí, querido. Quítame también la manta, estoy ardiendo.

Pasé por encima de ella, y cuando llegué a la litera vacía le retiré la manta, luego me arrastré hasta el final de la litera y saqué un vaso de una abrazadera metálica cromada que había en la pared, levanté la tapa del lavabo y llené el vaso hasta la mitad. Tuve que sentarme en el pecho de Hettie para dárselo y lo bebió con avidez. Hasta que no bebió tres medios vasos no quedó satisfecha.

—Gracias, querido, —dijo sonriendo—, me has salvado la vida, puedes estar seguro.

—¡El premio del pecado es la muerte!, —escupió Pik Botha.

Hettie giró la cabeza a medias hacia él y dijo:

—Ay Dios mío, pensar que puedo morir en el suelo de un compartimento de segunda de los Ferrocarriles Sudafricanos bajo el mando incompetente de ese mierda llorón, —hizo una breve pausa y luego añadió— que, además, se considera un hombre y luego apuesta contra su colega del ferrocarril en un combate de boxeo.

—¡Estamos en un país libre! ¿Cómo iba a saber yo que aquel pedazo de mono tenía la mandíbula de cristal?, —protestó con su voz quejumbrosa.

—¡Mandíbula de cristal! ¿Qué quieres decir con eso? ¡Una mierda mandíbula de cristal! ¡Hoppie Groenewald le dejó K. O. en un combate justo!, —Hettie se había puesto roja de indignación y subía y bajaba la cabeza en la almohada—. Ay, ay, mi cabeza, tráeme una toalla húmeda, Peekay, creo que me va a explotar.

Volví otra vez hasta el lavabo, cogí la toalla de mano que había allí colgada y la empapé de agua fría.

—Retuércela bien, ¿me oyes?, —gritó Pik Botha—. No puedo soportar las toallas mojadas. Estas toallas son propiedad de los ferrocarriles sudafricanos y son para secarse, no para mojarse.

—Sí, Meneer Botha, —contesté. Agradecí de pronto la tortura de la barra de hierro a que me había sometido el juez, porque pude retorcerla muy bien. Me senté en el pecho de Hettie, doblé la toalla húmeda hasta que tuvo el tamaño justo y se la puse en la frente.



—*Dankie, liefling*, —dijo; volvió a girar la cabeza un poco para mirar a Pik Botha—. ¿Qué, se te ha ocurrido algún plan para levantarme, domkop?

—No me hables de esa manera, por favor, Hettie, soy un revisor de primera clase con diecisiete años de servicio en los ferrocarriles. Todo este tren está bajo mi mando y toda la gente de este tren debe hacer lo que yo diga. ¡Exijo más respeto!, —parecía al borde de las lágrimas—. Primero tendré que entrar en el compartimento, y eso es imposible sin pasar por encima de ti.

—Pues antes quítate las botas.

Pik Botha se acuclilló en el pasillo y empezó a desatarse los cordones de las botas. Vi, desde donde estaba sentado, cómo se las quitaba y las colocaba con cuidado, pegadas a la pared exterior del compartimento, las punteras hacia el pasillo.

Luego estiró una pierna por encima del cuerpo de Hettie intentando llegar a la litera sin tener que pasar por encima de ella. Los dedos del pie se le movían dentro del calcetín negro bien zurcido como el hocico de un cerdo, intentando llegar al borde de la litera. Un hombre más alto y de piernas más largas podría haberlo conseguido, pero el dedo gordo exploratorio de Pik Botha se quedaba demasiado corto.

—Es imposible, Hettie, —dijo quejumbrosamente.

—¡Hazlo de espaldas, imbécil! Entra de espaldas con las piernas primero.

Pik Botha apoyó las palmas de las manos en el suelo del pasillo y se introdujo en el compartimento hacia atrás. Puso un pie encima de uno de los pechos de Hettie, luego apoyó el otro. Fue avanzando centímetro a centímetro sobre el vientre de Hettie hasta que se vio obligado a ponerle las manos en los hombros, con la cabeza a unos centímetros de su cara. Hettie soltó de pronto un eructo enorme. La ráfaga de aire hediondo dejó sin fuerzas los brazos de Pik Botha, que se desplomó sobre la montaña de carne que tenía debajo.

Hettie lanzó un gemido.

—¡Perdona!, —dijo, luego se echó a reír, estremeciéndose como una montaña de gelatina—. ¡Oh Dios mío! ¡Ay Jesús! Ja... ja... ja... ji... ji, válgame Dios, ji, ji... ja... ja... ja... ¿pretendes hacerme el amor... ji, ji, o ayudarme? Ji, ji, ji... ja... ja... ja... ja, ja... ji, ji, sea lo que sea... ji... ji... ¡estás haciéndolo muy mal!

Luego Hettie lanzó dos gruñidos más y dejó caer la cabeza exhausta sobre la almohada.

—Ay, ay, me estoy muriendo, —gimió, y levantó el brazo con que sujetaba a Pik Botha y se limpió las lágrimas. Él, al verse libre, apoyó las manos en los hombros de Hettie y se incorporó. Consiguió luego agarrarse a los bordes salientes de las literas y meter un pie entre las pantorrillas de Hettie y apoyar el otro en el borde de la litera.

Luego, jadeando ferozmente, logró recuperar la posición erecta.

—Dios te castigará por esto. «El que arranca un cabello de la cabeza de uno de mis hijos, es como si me lo hiciese a mí, dice el Señor», —dijo Pik Botha y blandió un dedo hacia Hettie y se apartó de ella jadeando como la vieja perra amarilla que yo me había encontrado la noche anterior.

—Deja tus prédicas para la próxima reunión de la secta apostólica, imbécil de mierda. Vamos, dame la mano, —dijo Hettie, y estiró el brazo, ofreciéndole la mano, pero Pik Botha retrocedió asustado—. ¡Venga, hombre!

—Ni hablar, volverás a tirarme otra vez encima de ti —dijo aterrado.

—Qué más quisieras tú, venga, usa las dos manos, hombre. No puedo estar todo el día así, y ¡como no quieras hacer un agujero en el suelo!

Esto bastó para incitarle a la acción. Cogió a Hettie con las dos manos por la muñeca y ella, con la otra, le cogió a él por el brazo. Empezó a tirar, gesticulando del esfuerzo. Se movió un poco como resultado el hombro libre de Hettie, pero ninguna parte más del cuerpo.

—¡Tira, hombre!, —gritó Hettie, pero enseguida se vio que no servía de nada; luego añadió, con una cierta desesperación—: Echale una mano aquí a Tarzán, Peekay, demuéstrole lo que es capaz de hacer un hombre de verdad.

Como no había espacio en que apoyarse me puse a horcajadas sobre las caderas de Hettie, sin que me llegasen los pies del todo al borde de las literas por los lados. El propósito era aupar a Hettie de la cintura para arriba y cogerla luego por debajo de los brazos desde atrás y levantarla ya del todo. La cogí por las muñecas y aunque no podía abarcarlas, logré agarrar bastante fuerte. Pik Botha tuvo que inclinarse para poder coger a Hettie por el brazo más arriba que yo.

—Ahora emplead toda vuestra fuerza, amigos, contaré hasta tres, y cuando acabe de contar tiráis todo lo que podáis, ¿entendido? ¡Uno, dos, tres!

Tiramos con todas nuestras fuerzas. Después de unos cinco minutos de esfuerzos repetidos no se había alzado ni un centímetro.

—No hay nada que hacer, —gimió Pik Botha. Estábamos empezando a darnos cuenta todos de que se trataba de un problema grave; Hettie se había agotado mucho de los esfuerzos que había hecho para cooperar y jadeaba cubierta de una capa de sudor, la cara roja como un pavo. Pik Botha, que aún seguía con un pie apoyado en el borde de la litera y el otro insertado entre las pantorrillas de Hettie, se secaba las manos sudadas en la culera lustrosa del pantalón de sarga azul. Se había quitado la chaqueta y la había dejado en la litera de arriba. Llevaba un alfiler de plata en ella que decía: «Testigo del Señor». Me pregunté qué significaría.

—Un último intento. Sólo uno más. Esta vez seguro que resulta, —dijo Hettie, pero sin demasiada esperanza en su voz jadeante. Me hizo juntar las manos y luego me cogió por las muñecas, permitiendo así a Pik Botha agarrarla a ella mejor con las suyas. Pik consiguió apoyar también el trasero en el lavabo, lo que le permitía empujar mejor.

—Uno, dos, tres. ¡Arriba!, —ordenó Hettie. Tiramos los dos como locos, Pik Botha gruñendo detrás de mí por el esfuerzo. La forma de cogerme que se le había ocurrido a Hettie no fue una buena idea porque tenía las manos demasiado mojadas de sudor y enseguida me di cuenta de que le resbalaban. Las manos se escurrieron como pipas de calabaza, y salí catapultado violentamente hacia atrás, yendo a pegar

con la cabeza, bastante fuerte, en la entrepierna de Pik Botha. Pik dió un grito escandaloso, y se llevó raudo las dos manos a la zona afectada.

Hettie, lanzó un chillido de alegría pese a la situación en que estaba.

—¡Lo reventaste, chico!, —bramó—. ¡Le quitaste la poca virilidad que le quedaba!

La risa llenó el compartimento, hizo temblar su enorme cuerpo.

—¡Café! ¡Café! ¡El café de primera hora de la mañana!

Era Hennie Venter, el camarero del desayuno, que hacía la ronda matinal. Se paró ante la puerta abierta del compartimento.

—¿Café?, —preguntó, mientras empezaba a bajar la bandeja que llevaba a la altura del hombro. Luego abrió los ojos incrédulo al ver a Hettie la Grande estremeciéndose de risa y a Pik Botha gimiendo y sujetándose los genitales. Consiguió por los pelos posar la bandeja en el suelo del pasillo antes de estallar en carcajadas.

—¡Pik Botha! ¡Cabrón indecente! ¡Es increíble! Podrías cerrar la puerta.

La súbita aparición del camarero pareció animar a Hettie.

—¡Hennie Venter, llegas en el momento justo!, —exclamó. Hennie, que se moría de risa, pareció no oírla.

—¿Una taza de café, Mevrouw?, —preguntó, y volvió a estallar en renovadas carcajadas.

Cesaron por fin las carcajadas y Hennie Venter logró, no sin cierta dificultad, tirar del aún lloriqueante Pik Botha por encima del cuerpo de Hettie y sacarle del compartimento. Se quedó en el pasillo casi doblado en dos, pálido como un espectro. Luego pestañeó, inspiró a través de unos dientes marrones, y se inclinó aún más para coger las botas.

Yo cogí su chaqueta y se la tiré a Hennie Venter que se la puso por los hombros. Luego desapareció pasillo abajo camino del vagón del jefe de tren, las botas en una mano y sujetándose las vías urinarias con la otra.

Hennie Venter era un hombre práctico. Me mandó ponerle a Hettie otra almohada con lo que le quedó la cabeza algo más alta. Logró incluso que bebiera ella sola una taza de café. Luego estudió detenidamente la situación y dijo que no había modo de levantar a Hettie la Grande sin retirar antes las literas de abajo.

—Lo siento, Hettie, —dijo—. Habrá que esperar que lleguemos a Kaapmuiden.

Y se dispuso a servirle otra taza de café.

—¡No, maldita sea, no!, —dijo ella rápidamente—. A menos que quieras abrir un agujero en el suelo.

Hennie Venter se rascó la cabeza mirando intrigado a Hettie.

—¿Y qué demonios haces tú en este tren, en realidad?

Hettie se giró un poco para mirar atrás y arriba, hacia mí, con un mohín de enfado.

—¿Crees que iba a permitir que este pobre niño viajara solo hasta Kaapmuiden?,

—preguntó.

—Además estabas un poco borracha ¿verdad que sí?, —insistió Hennie Venter.

—Borracha como un tritón, borracha como una mofeta, —dijo con una risilla—. ¿Menudo combate, eh, Hennie?

—Desde luego que sí, Hettie, —dijo Hennie satisfecho—. Gané la paga de dos semanas con una apuesta de diez libras. ¡*Magtig!* Menudo boxeador es Hoppie Groenewald, ¡un hombre blanco de verdad!

Hettie alzó la vista hacia mí mansamente.

—Vine a cuidarte, Peekay, sí, —sonrió de pronto—. Bueno, hay que sacar el máximo provecho de una situación mala. Yo siempre digo que si no puedes cambiar las cosas lo mejor que puedes hacer es procurar ir en el elefante que vaya primero y no con la pobre gente que va atrás. Es hora de desayunar y he de confesar que me muero de hambre.

Después volvió a mirar a Hennie Venter y dijo:

—Vamos, a qué esperas, skelm, seis salchichas, seis lonchas de tocino, bien frito, cinco huevos duros para estreñirme y media hogaza de tostadas bien gordas con mucha mantequilla, y basta de café, ya sabes lo que pasa con el café, voy a tener que cruzar las piernas. Para Peekay lo mismo, sólo que la mitad de cada.

—*Nee, nee* Mevrouw Hettie, yo ya he desayunado, —protesté.

—Tonterías, niño, abultas menos que un gorrión. ¿Qué dirá tu mamá si te entrego a ella así? Tenemos que alimentarte bien y eso es lo que haremos.

Hennie Venter se fue a buscar el desayuno. Yo me imaginé a Hettie alimentándome las ocho horas siguientes para que cuando llegase a Barberton fuese tan grande como el juez y hasta mayor. Mi abuelo estaría allí, esperando que bajase del tren un niño flaco, y aparecería yo, tan grande como el juez. ¡Qué sorpresa tan desagradable se llevaría!

—Ya me he comido un plato lleno de cosas, Mevrouw Hettie, —dije de nuevo.

—No importa, comer un poco de más nunca hace daño. Tienes que ser como los bosquimanos del desierto de Kalahari, que comen todo lo que pueden en tiempos de abundancia hasta que se les ensancha el trasero tanto como la panza. Luego, si llegan malos tiempos, viven de la grasa que han acumulado, —soltó una risilla y añadió—: Una persona como yo podría vivir un año entero, o más, incluso, de su propia grasa. Pero tú, mi pobre capullito, dudo que llegases siquiera a Kaapmuiden.

Hennie Venter volvió con una gran bandeja de comida que colocó en equilibrio sobre el estómago de Hettie con mucho cuidado. Luego dijo que iba a servir el desayuno a los otros pasajeros en el vagón-comedor, y nos dejó cerrando la puerta y prometiendo volver.

La bandeja subía y bajaba con la respiración de Hettie. Ella sólo podía ver lo que cogía del plato cuando espiraba, porque cuando inspiraba la bandeja subía y quedaba por encima de su campo visual. Conseguí comer una salchicha más. Hettie no pareció darse ni cuenta y se tragó también mi desayuno. Sin embargo, cuando acabó dijo:

—Nunca llegarás a jugar al *rugby* con los Springboks si comes como un pájaro, Peekay.

—No me importa, Mevrou Hettie, —contesté— seré un peso medio, y para eso no hace falta ser tan grande.

Esto le pareció divertido.

—Igual que ese inútil de Hoppie Groenewald, ¿eh? Bueno, podría ser peor, supongo. Ése no tiene un hueso malo en todo el cuerpo, podría hacer grandes cosas, pero no odia ni siquiera a los cafres, lo que no es natural.

Esto me sorprendió. Hoppie no me había dicho nunca que hubiese que odiar. ¿Se le habría olvidado explicármelo?

—¿Cómo se aprende a odiar, Mevrou Hettie? —Me daba miedo que pudiese ser algo que no estuviese al alcance de un niño de cinco años, de seis en realidad. Quizás Hoppie no me hubiese mencionado lo del odio precisamente por eso, pero ¿acaso no me había dicho que yo era un boxeador nato? Si era un boxeador nato, seguro que podría aprender aquello.

—El instinto asesino, él no tiene instinto asesino. Cuando un boxeador lo tiene te das cuenta enseguida. Es odio de verdad, como el de los bóers a los rooineks. Tiene que ser un odio ciego como ése, ellos o nosotros, él o yo, ni más ni menos. Hoppie Groenewald no ha aprendido a odiar.

—Entonces yo aprenderé también a odiar, —dije con convicción.

Hettie se estremeció de risa.

—Hay tiempo de sobra para eso, Peekay. Mejor que sigas concentrándote aún en el amor, hay ya demasiado odio en esta tierra nuestra. Este país lleva demasiado tiempo hambriento de amor.

Yo no la escuchaba, estaba obsesionado con aquello de que necesitaba aprender a odiar.

—¿No odiaba Hoppie a Perforadora Smit?

—Eso era orgullo, Hoppie lo tiene en abundancia, y valor y hasta inteligencia.

Se dio cuenta de pronto de mi angustia.

—Bueno, escucha, quizá con eso baste, —lanzó luego una leve risilla—: ¡Desde luego supo engañar a aquel pedazo de mono, a aquel Smit!

Recordé cuando le hacía los deberes al juez, ¡era exactamente igual que eso! Yo estaba completamente seguro de que era inteligente. Pero durante las sesiones de tortura no había demostrado ningún orgullo y muy poco valor; aunque tenía que confesar que no estaba nada seguro de lo que significaba orgullo. ¿Sería un defecto insuperable? ¿Tendría sólo inteligencia y nada más?

—¿Cómo se aprende a tener orgullo y valor, Mevrou Hettie?

—Válgame Dios, Peekay, haces preguntas sin parar. Bueno, vamos a ver, —se quedó pensando un poco y luego contestó—: Orgullo es mantener la cabeza alta cuando todo el mundo la baja. Valor es lo que hace que la mantengas alta.

Alzó la vista y me miró y vió confusión en mi rostro.

—No te preocupes, Peekay, lo entenderás de pronto cuando lo necesites.

Yo no estaba nada seguro de eso. El consejo de Hettie me parecía completamente absurdo. Sabía ya que el camuflaje era el único medio, que lo mejor para sobrevivir era bajar la cabeza como los demás. El incidente con la señorita Du Plessis, por ejemplo, ¿no había alzado la cabeza entonces y ella había estado a punto de cortármela? Y el Abuelo Chook, si no le hubiese cagado al juez en la boca, aún estaríamos juntos. No había duda, en cuanto destacabas entre la multitud tenías problemas, seguro.

Quizás hubiese algo más que entender, el mundo de los adultos parecía tan complicado, a mí se me daba bien recordar cosas, así que devoré las palabras de Hettie, quizás algún día tuviesen un sentido.

Mi niñera era la única persona adulta que conocía que contestaba a las preguntas como es debido, en realidad y no era adulta, porque era una niñera. Cuando le preguntabas una cosa te contestaba con un cuento o con una canción, y cuando no tenía respuesta decía: «Eso es una cuestión que se ha de aclarar más adelante». Siempre tenía razón, la respuesta llegaba tarde o temprano venía de algún sitio. Yo estaba convencido de que los adultos blancos tenían siempre que tener una respuesta al momento. Se pasaban la vida sufriendo y preguntando como Pik Botha: «¿Por qué yo?». Mi niñera decía: «La tristeza tiene su estación y pasará». Luego se echaba a reír y me abrazaba y añadía: «Pero la estación de la tristeza no ha llegado aún».

Tenía que seguir humedeciéndole la toalla a Hettie cada poco, y le saqué sus dos Aspros del bolso. Me dijo que buscase porque tenía que tener allí dentro caramelos de menta. Encontré medio paquete y me dijo:

—Dame un par y prueba tú uno, Peekay.

Saqué del paquete dos caramelos de menta blandos, grandes y redondos, se los puse en la mano, me metí un tercero en la boca. Al principio nada. Luego, ¡paf! Aguanté dos buenas chupadas, después escupí el caramelo en la mano, ¡era como tragar fuego! Pero la verdad es que aquellos caramelos le limpiaron muchísimo el aliento.

Hettie y yo seguimos allí, ella en el suelo y yo en la litera. Me hablaba de su vida, que parecía haber sido bastante buena, aunque también un poco triste. Hablaba sobre todo de los hombres.

—Los hombres, Peekay, son la perdición de una mujer buena. Y son casi todos unos miserables, pero tienes que aguantarles. Para una mujer la vida es mucho peor sin un hombre que si tiene uno. De nada vale aparentar que da igual, que eres más fuerte que los hombres, porque aunque fuese cierto, sólo significa soledad. Los hombres son unos cerdos que duermen con mujeres cafres y se emborrachan y te pegan. Pero una buena paliza nunca hace mal y a veces es la única manera que tienen esos bobos de demostrarte que te quieren. Es absurdo, ¿verdad?

Intenté imaginarme a un hombre pegándole a Hettie la Grande.

—Mi abuelo no podría pegarle ni a una pulga, —dije intentando consolarla.

Hettie medía dos metros y sabe Dios lo que pesaba. Ni el juez con todos sus guardias de asalto podría hacerle frente.

—Yo quería a un pequeño peso mosca, —continuó—. Así fue como aprendí las cosas del boxeo, Peekay. Era cuando la gran depresión y no podías encontrar trabajo en ningún sitio. Yo y aquel pequeño peso mosca, íbamos boxeando por todo el Transvaal, y una vez fuimos al Estado Libre de Orange. No había nunca otro peso mosca para boxear con él, a los bóers les gusta ver pelear a los hombres más grandes, así que siempre tenía que combatir con pesos superiores. En general semipesados. Si había suerte un peso medio, pero no era muy frecuente.

»Aquel pequeño peso mosca mío era valiente y le gustaba pelear, pero es imposible superar esa diferencia de peso, y le daban unas palizas terribles, perdía casi siempre. Después yo le curaba y él me hacía explicarle el combate, golpe por golpe. Dónde lo había hecho bien y dónde se había equivocado. Yo le explicaba que iba ganando siempre, cosa que era verdad, que a los puntos iba un kilómetro por delante, y luego el pedazo de mono con el que estaba combatiendo le cazaba con un golpe de suerte y le liquidaba. Y él me miraba y decía: “La próxima vez, ganaré seguro, ya verás, Hettie”.

»Luego comprábamos una botella de coñac barato y salíamos del pueblo en el que estuviéramos y nos sentábamos en la parte de atrás de la camioneta y nos emborrachábamos. Y cuando estaba borracho le tocaba a él repetir la pelea, sólo que lo tenía todo liado en la cabeza y se creía que estaba aún boxeando y que yo era su contrincante, y me atizaba de lo lindo. Y yo siempre le dejaba, porque tenía que ganar alguna vez para satisfacer su orgullo.

»Luego, después de que me había dado la paliza y me había dejado K. O. bebíamos algo más y repetíamos el combate, y entonces lo ganaba él con toda justicia. Luego buscábamos un sitio agradable detrás de unos matorrales y sacábamos las mantas y hacíamos el amor. Has de saber, Peekay, que la mayoría de los hombres no pueden hacerlo cuando están borrachos, pero mi peso mosca sí, él era capaz de aguantar toda la noche. Era muy hombre. Lo pasábamos bien. Oh, sí, ya lo creo que sí.

La historia de Hettie me preocupó muchísimo. Aquello parecía querer decir que los grandes siempre ganaban a los pequeños, salvo cuando era simulado.

—Hoppie era más pequeño que Perforadora, y le ganó limpiamente, —dije, un poco a la defensiva.

—Sí, eso es verdad, Hoppie tiene inteligencia. Mi peso mosca tenía puré de patata en vez de cerebro. Pero me gustaba aquella pulguita y le quise hasta el día en que murió porque un pedazo de mono le pegó demasiado, —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Salía del sexto asalto y se tambaleó y cayó; el público chillaba sin parar, pero él en su vida hizo trampa y yo sabía que había pasado algo terrible. Una hemorragia cerebral, ni más ni menos. Le saqué de allí en brazos y nos sentamos fuera en la yerba al fresco rodeados de idiotas que nos miraban con desprecio. Pero

yo no les hacía ni caso, sólo miraba a mi querido peso mosca. Y se me murió allí en mis brazos.

Empezó a sollozar suavemente.

—No llores, Mevrouw Hettie, no llores, por favor, —cité a mi niñera—: La tristeza tiene su estación y pasará.

Al cabo de un rato dejó de llorar y se secó los ojos con la toalla húmeda.

—Era el mejor. El mejor de los hombres, —lo dijo tan bajo que me di cuenta de que hablaba para ella.

Luego seguimos hablando de una cosa y otra durante buena parte de la calurosa mañana. La charla corrió casi toda a cargo de ella, yo me había convertido en un oyente. En otros tiempos había sido un verdadero charlatán, pero el colegio había cambiado eso. Una persona de mi condición no estaba previsto que hablara mucho, además escuchar es un buen camuflaje. Pronto descubrí que es también un arte. No sólo aprendes a oír lo que la gente dice. Lo más importante es lo que no dice. Si escuchas con bastante atención puedes oír las cosas más asombrosas por detrás de la voz del que habla. Es bastante frecuente que haya una trifulca en marcha por detrás. Tardas años en hacer una buena traducción de esta banda sonora de fondo, y yo, como era un niño pequeño, sólo podía definirla como amistosa o como todo lo contrario. Para el camuflaje suele bastar con eso.

Hettie se quedó adormilada hacia el mediodía. Su respiración era ya mucho más regular. La vegetación ardía bajo el cálido sol al otro lado de la ventanilla del compartimento. La luz del sol aplanaba el paisaje en primer plano y manchaba de calina el horizonte. En esos momentos es cuando están tan activas las cigarras que llenan el espacio plano y ardiente con un sonido tan constante que canta como silencio en el cerebro. Aunque no podía oír las por el cliquiti-clac de las ruedas del vagón sabía que estaban allí fuera, cepillando el calor entre sus verdes alas membranosas, acumulando energía para el largo sueño en que sus crisálidas yacen enterradas en la tierra oscura, a veces varios años, hasta que una conjunción de la luna y de la temperatura adecuada del suelo propicia el momento de emerger y llenar de nuevo el espacio del mediodía.

El compartimento parecía flotar en el calor, alzándose de los raíles plateados y atravesando el tiempo y el espacio. Parecía atravesar horas y días y semanas y años, salir del planeta azul, dejar atrás la luna y el sol, recorrer siglos, milenios, eones. Esquivar planetas, abrirse paso entre las estrellas. Y llegar por fin a un agujero negro del espacio, más allá incluso de lo que la mente puede concebir, más allá de la curva del infinito y del cordón de plata que circunda el cosmos. Estaría oculto allí y seguro, hasta que llegase a ser tan mayor como para convertirme en campeón del mundo de los pesos medios.

—¿Duermes, Peekay?, —abrí los ojos y vi que Hettie me miraba—. Tráeme un vaso de agua, por favor.

Se lamió los labios secos y se quitó la toalla de la frente. Me la dió, le di el vaso



de agua, lo bebió ávidamente. Me lo devolvió y volví a llenarlo.

—Hay pocos como tú, Peekay, —dijo agradecida.

Mojé la toalla, la doblé, se la puse sobre la frente.

—Quizás uno en un millón, —dijo con un suspiro; yo veía que estaba inquieta, seguía lamiéndose los labios—. ¿Qué crees tú que hay de comer?

—Aún no ha venido Meneer Venter, Mevrouw Hettie, —contesté.

—Ag, hombre, no me refería a esa comida. La comida del tren no es para las personas. El desayuno es aceptable, la comida inaceptable y la cena inconcebible. Abre ese cesto, Peekay, y dime lo que hay dentro, —se echó a reír—. Aunque he de decirte que cuando anoche lo llené no estaba demasiado concentrada.

Retiré la delgada varilla de bambú enganchada en el junco y abrí el gran cesto. Dentro había comida para alimentar a un ejército.

—Dime lo que tenemos ahí, querido, —dijo ansiosa Hettie.

—Dos pollos asados, una pierna de cordero casi entera, carne en lata, tres mangos, un montón de patatas frías y de batatas también, dos naranjas y además una lata grande.

—Gracias a Dios que traje la lata, —dijo Hettie con evidente alivio. Ábrela, Peekay, de prisa, hombre, abre esa lata.

Me sorprendió la angustia que había en su voz. Saqué la lata grande y redonda del cesto, e intenté destaparla sujetándola entre las rodillas. La tapa saltó de pronto, haciéndome caer de espaldas en la litera y la lata resbaló por el borde, y cayó sobre la barriga de Hettie la mitad de una gran tarta de chocolate. Hettie levantó un brazo, lo bajó en dos rápidos movimientos, cortó con el borde de la mano la gruesa capa de relleno de chocolate y partió el trozo de pastel en dos grandes pedazos. Había empezado a jadear y tenía los ojos vidriosos. Empezó a llenarse la boca de tarta. Gruñía y remugaba y hasta gemía mientras tragaba el primer pedazo y luego se lanzó ávidamente a por el segundo. Se había embadurnado toda la cara de chocolate. Por fin se metió en la boca los últimos trozos y se chupó los dedos de dos en dos como un niño pequeño. Luego se chupó sonoramente el pulgar varias veces y se pasó la mano por el pecho, moviendo los dedos como una araña gorda para cazar los restos que pudiesen quedar. Alzó la vista hacia mí después y la bajó, avergonzada y asustada, aunque instintivamente me di cuenta al mismo tiempo de que lo que estaba viendo era una enfermedad o una desgracia o incluso las dos cosas.

Cuando terminó estaba cubierta de una capa de sudor, tenía todo el vestido empapado por delante, cubierto de migas y untado de chocolate. Se limpió la cara con la toalla húmeda y luego se quedó quieta jadeando ruidosamente, con los ojos cerrados. Vi que le corrían lágrimas por la cara, y se pasó un buen rato así, sin decir nada.

Cuando recuperó el aliento, alzó los ojos, enrojecidos e hinchados, y me miró.

—Lo siento, Peekay, lo siento mucho, muchísimo, —dijo casi en un susurro.

—No te preocupes, Mevrouw Hettie, fue sólo que tenías hambre. A mí la tarta de

chocolate siempre me hace sentir eso.

—Perdona por habérmela comido toda, Peekay. ¡Ahora serás tú el primero, podrás elegir antes lo que quieras!

Hacía mucho que no podía ser el primero en nada, y me eché a reír.

—Aquí hay suficiente para todo el tren, Mevrouw Hettie. Quiero patatas asadas, después batatas, son mis dos comidas favoritas.

—¿Y un buen trozo de pollo además, eh?

La muerte del Abuelo Chook estaba aún demasiado reciente. La idea de comerme a uno de sus parientes lejanos, aunque aquellos pollos no hubiesen sido una persona pollo propiamente dicho ni siquiera pollos cafres como el Abuelo Chook, era algo que no podía plantearme siquiera. Rechazé la oferta con un gesto y me puse a comer una deliciosa patata dorada.

—Tienes que comer como Dios manda para llegar a ser un peso medio, Peekay. La carne te hará fuerte. ¿Un poco de cordero quizás?, —dijo, tentándome.

Mi abuelo, cuando le presionaba mi madre para que repitiese solía decir: «Las vacas tienen ocho estómagos, pero yo, por desgracia, sólo tengo uno. Una vaca debe seguir masticando, pero yo, querida, ya no puedo más». Comí la patata y le repetí esto a Hettie la Grande. Yo creí que le parecería divertido. Pero en vez de animarse volvió a echarse a llorar.

—Lo siento, Mevrouw Hettie, lo siento muchísimo. No quería hacerte llorar otra vez. Es sólo una bobada que le dice mi abuelo a mi madre, nada más que por tomarle un poco el pelo.

Hettie resopló, se sonó, se secó los ojos. Se le esparció por la nariz un trozo del relleno de chocolate del paño dejándole una mancha.

—No eres tú, *liefling*. Es la vieja Hettie. Es por ella por la que lloro.

Luego sonrió débilmente entre las lágrimas.

—Qué demonios, Peekay, ¿sabes lo que te digo?, —dijo con otro resoplido—. ¡Que es mejor morir comiendo que pasando hambre, dame esa pierna de cordero, mi buen amigo!

Le pasé la pierna de cordero, que estaba ya la mitad pelada hasta el hueso. Apoyando en el pecho el extremo mayor, Hettie empezó a arrancar tranquilamente la carne del hueso mientras yo comía una batata grande y un mango.

Cuando acabó, el hueso había quedado casi limpio. No contenta con eso, me sorprendió aún más pidiéndome que despiezase uno de los pollos y le fuese poniendo los trozos encima de la tripa, y que le pusiese también allí las rodajas de carne en lata. Se lanzó por el pollo como si estuviese muerta de hambre, llegando a masticar incluso algunos de los huesos más blandos. Pronto acabó con él y con la carne en lata y se limpió la grasa y el sudor de la cara con un leve suspiro. Yo deposité en la lata de la tarta los huesos de pollo que habían quedado esparcidos por toda su barriga y los tiré por la ventanilla.

Luego me limpié la cara y las manos de mango y me puse a trabajar, mojando y

retorciendo la única toalla que quedaba. Se la pasé a Hettie y recogí la vieja, la lavé con un poco de jabón, la aclaré y la puse a secar en el antepecho de la ventanilla. Les había visto hacer lo mismo en casa a Dum y Dee, nuestras sirvientas de la cocina, con los manteles después de la cena, así que sabía que estaba haciéndolo bien, sólo que ellas solían colgar los manteles de un pequeño tendedero que había junto a la cocina de leña negra grande, y por eso los manteles secos olían luego un poco a sopa.

Hettie se puso sobre el vestido la toalla nueva, mojada como estaba.

—Es tan agradable y refresca tanto, además el calor del cuerpo la secará enseguida, —dijo, pero me di cuenta que lo que quería era tapar las manchas de chocolate y de grasa. Pensé que habría que lavarle el vestido. Pero luego pensé que tardaría todo el día y que necesitaría un recipiente tan grande como una presa pequeña.

Hubo un repiqueteo súbito, se abrió la puerta del compartimento y apareció Hennie Venter.

—Siento haber tardado tanto, Hettie, pero Pik Botha dice que no puede andar y está quejándose en el vagón del jefe de tren y he tenido que hacer de revisor porque Van Leemin, el jefe de tren, está otra vez borracho. Y además he tenido que servir la comida, —concluyó, en tono de disculpa.

—¿Qué hay de comer?, —preguntó Hettie. A Hennie pareció sorprenderle la pregunta.

—Estofado de carne con puré de patatas y guisantes como siempre.

—¡Puedes quedártelo! El chico y yo preferiríamos morirnos de hambre a comer esa bazofia, —dijo orgullosamente.

—El budín de hoy es de crema de plátano, —dijo tentador Hennie.

—Mmmm, y sabe como lo que sale del trasero de un niño pequeño, —dijo ella burlona.

—Bueno, si no quieres nada me largo, —dijo Hennie y luego miró el cesto abierto y le hizo un guiño—. Lamento que los dos hayáis decidido pasar hambre. ¿Estáis seguros de que no puedo hacer nada por vosotros?

—¡Podrías sacarme de este maldito agujero, hombre!, —dijo Hettie con voz triste.

El camarero chasqueó la lengua comprensivo.

—Pronto, Hettie, en dos horas llegaremos a Kaapmuiden, allí sabrán lo que hay que hacer.

Hoppie me había explicado que en Kaapmuiden tendría que tomar la línea que llevaba a Barberton, un viaje de tres horas más «en una auténtica cafetera», había dicho. Me había contado la historia de una lavandera que iba caminando al lado de la vía con una inmensa montaña de ropa recién lavada y planchada a la cabeza y el tren de Barberton había pasado junto a ella. El maquinista había asomado la cabeza y la había invitado a subir a bordo en el vagón de los cafres. «No gracias, baas, había contestado ella, hoy tengo muchísima prisa». La historia me había hecho gracia

cuando me la había contado Hoppie, pero sabía que no era verdad, porque a ningún maquinista blanco se le pasaría por la cabeza siquiera decirle a una mujer cafre que subiese a su tren.

Era una tarde tranquila y sofocante, y cuando llegamos a Kaapmuiden eran casi las cuatro. El tren entró despacio, tímidamente, en la activa estación, como hacen los trenes cuando llegan a sitios donde hay otros trenes. Kaapmuiden hacía de enlace ferroviario entre Transvaal Norte y Sur y el puerto mozambiqueño de Lourenço Marques, y estaba absolutamente segura de su propia importancia.

La estación era toda bufidos y resoplidos, había más actividad incluso que en Gravelotte, locomotoras haciendo maniobras, vagones de mercancías entrechocando estrepitosos y uniéndose en vías que se cruzaban por todas partes como espaguetis bien estirados. Nuestro tren entró muy despacio en el andén principal y se paró con un rechinar metálico final.

—¿Qué hago ahora, por favor, Mevrouw Hettie?, —pregunté nervioso. Me había puesto los tenis, aunque sabía que tenía que cambiar de tren y que no llegaría a Barberton hasta bien entrada la noche. Los primeros tenis que me quedaban tan enormes habían sido al principio de mi viaje un vulgar signo del final del juez, de sus fuerzas de asalto, del colegio y de Mevrouw: un capítulo grotesco de mi vida. Y este segundo par, que la guapa señora india me había ajustado tan bien a los pies, parecía simbolizar lo desconocido. A veces vivimos en dos días toda una vida. Los dos días transcurridos entre los primeros tenis y los nuevos que ahora llevaba tan cómodos y a mi medida, eran el principio del fin de mi primera infancia, un puente temporal que conformaría mi vida futura.

—Tenemos que esperar aquí, Peekay. Hennie Venter traerá unos cuantos hombres para ayudarme y luego te llevaré al tren de Barberton. Hay tiempo de sobra. Tu tren sale a las seis, —era evidente que Hettie se sentía muy incómoda y su cuerpo enorme había empezado a temblar ahora que estaba a punto de librarse de aquella situación.

Vi por la ventanilla del compartimento cómo desenganchaban nuestro vagón y lo desviaban con mucho estruendo por una vía muerta donde esperaban unos hombres, entre los que estaba Hennie Venter. Cuando paramos asomé la cabeza por la ventanilla abierta.

—Ya casi se ha acabado esto, Hettie, pronto te pondremos de pie otra vez, —dijo alegremente.

Saqué todo nuestro equipaje por la ventanilla, y luego, en vez de pasar otra vez por encima de Hettie, salí también yo por ella, saltando la poca altura que había hasta la vía muerta. Era agradable volver a estar de nuevo al sol. Dos de aquellos hombres subieron por la ventanilla al compartimento y se situaron en una de las literas. Consiguieron aflojar con unas llaves de tuercas los tornillos que sujetaban la litera a la pared del compartimento. Luego pasaron cuerdas por los extremos de la litera, las ataron a la de arriba y sacaron los tornillos, de modo que la litera quedó suspendida en el aire lejos de Hettie. Luego subieron a la litera de arriba y pudieron alzar la otra

lo suficiente para que entraran dos hombres agachados por la puerta y sentasen a Hettie. Luego intentaron ponerla derecha entre los cuatro, pero pesaba demasiado para ellos y parecía que las piernas no podían sostenerla. Se veía claro que estaba muy mal y tenía la cara muy roja. La prueba por la que había pasado había sido excesiva y estaba demasiado agotada o demasiado débil para tenerse en pie. Estaba allí sentada en el suelo del compartimento, congestionada y jadeante, la espalda apoyada en un montón de almohadas. Una muñeca de trapo inmensa, maltrecha y triste.

Aquellos hombres se fueron a buscar una polea. Yo volví al compartimento y me senté al lado de Hettie, en la litera. Hennie Venter estaba fuera mirando al interior del compartimento, con las manos apoyadas en el antepecho de la ventanilla.

Hettie, que respiraba cada vez peor, le dijo a Hennie Venter que fuese hasta el cesto que ahora estaba ya fuera, en el andén, y que sacase las patatas, la fruta y el pollo que quedaba, que los metiese en la lata de la tarta y que metiese la lata en mi maleta. Hennie asintió y abandonó la ventanilla.

—Llegarás bastante tarde a Barberton, *liefling*. Qué pensará tu oupa de mí si no has cenado, —hablaba entrecortadamente, apretándose con una mano el pecho izquierdo.

Yo era demasiado educado para decirle a Hettie que comer pollo ya no era mi fuerte. En vez de eso le di las gracias y luego pregunté:

—¿No vendrás tú en el tren como dijiste, Mevrouw Hettie?

Estuvo un buen rato sin decir nada, como si intentase acumular fuerzas suficientes para hablar sin aquel jadeo.

—Creo que me está llegando ya el último asalto, Peekay. Tengo un dolor terrible, —se le había ido el color de la cara y se le habían puesto los labios azules. Se amasaba con la mano izquierda el pecho izquierdo.

Me lancé a la ventanilla. Hennie Venter había abierto mi maleta y estaba metiendo en ella la lata grande de la tarta.

—¡Meneer Venter! ¡Venga rápido! Mevrouw Hettie se ha puesto mala, —grité.

Me volví para mirar a Hettie. Su voz era poco más de un susurro.

—Cógeme la mano, Peekay, —balbució. Volví arrastrándome por la litera y me cogió una mano en la suya. Pero sin apretar apenas, como si no le quedase fuerza.

—No creo que pueda levantarme para el próximo asalto, *liefling*, —las palabras llegaban emparedadas entre suspiros, muy distintos de la respiración ruidosa de la mañana. Hennie Venter asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Ay Dios mío! Voy a buscar al médico.

Oí rechinar sus botas en la grava cuando echó a correr.

—No te mueras, no te mueras por favor Mevrouw Hettie, —supliqué, muy asustado de pronto.

—Ag, Peekay, mi vida no ha sido gran cosa desde que me dejó mi peso mosca, no es tanto lo que dejas.

Se volvió a mirarme y se le escurrió una lágrima por el rabillo del ojo y le rodó por la mejilla en cámara lenta.

—Serás un gran peso medio, Peekay, lo sé. Tienes orgullo y valor. ¿Recuerdas lo que te dije del orgullo y el valor?

—Orgullo es mantener la cabeza alta cuando todos los demás la bajan. Valor, lo que hace que la mantengas alta, —repetí, me temblaban los labios.

—Serás un gran boxeador, lo sé cuchicheó. —Luego dio un tirón y aumentó durante un instante la presión en mi mano. Después su mano inmensa se abrió y se desplomó en las almohadas. Fue una muerte muy pequeña y discreta, siendo como era una mujer tan grande y tan escandalosa.

Me eché a llorar. No era dolor como en el caso del Abuelo Chook, era tristeza. Ya entonces comprendí instintivamente, que el talante alegre es raro en los humanos, y que yo había estado con una parte de la condición humana en su mejor humor a lo largo de un día y una noche.

Al poco rato oí acercarse a los hombres de la polea. Venían riéndose y charlando como suele hacer la gente cuando se sale un poco de la rutina. Podrían sacar ya a Hettie la Grande.

## OCHO

Cuando el tren entró resoplando en la estación de Barberton era poco más de las diez. El revisor me despertó antes de la llegada. La cabeza me daba vueltas de sueño y del desconcierto por los sucesos del día.

Hennie me había llevado al tren, y en su actitud se mezclaban el interés por mí y la necesidad de volver a la acción, pues era una ruedecilla muy importante en la triste maquinaria del día.

—Come algo, me oyes. Toma esto para comprar un refresco, —dijo dándome una monedita de plata.

—Tengo dinero, Meneer Venter, —dije, pero él insistió en que aceptase la moneda de tres peniques.

—Venga, cógela, cógela, ¡no es más que una moneda!, —me gritó.

No tuvo que quedarse conmigo mucho afortunadamente, pues llegamos por los pelos a coger el tren de Barberton a tiempo. Cuando se puso en marcha, con un enorme resoplido que parecía demasiado potente para aquella locomotora pequeña como una cafetera, Hennie me gritó:

—¡Ya le contaré a Hoppie Groenewald que te portaste como un auténtico bóer, como un hombre blanco de verdad!

Bajé las escaleras del vagón hasta el andén de grava de la estación de Barberton, tirando de mi maleta que pesaba bastante debido a la lata de Hettie la Grande. Su contenido seguía intacto, pues yo estaba demasiado cansado y acongojado para comer. Había mucha gente en el andén, corrían de un lado a otro, volvían la cabeza buscando, se saludaban y se comportaban en general como suele hacerlo la gente cuando llega un tren. Pero mi abuelo no aparecía. Decidí sentarme en la maleta y esperar, estaba demasiado cansado para pensar en otra cosa. Debí de ponerme a llorar sin darme cuenta. Quizá fuese el cansancio más que nada. Me había visto en situaciones peores que aquélla, y esperaba oír en cualquier momento la gran risa de mi niñera seguida de una serie de exclamaciones cariñosas mientras me envolvía en su delantal. A partir de entonces todo volvería a ser como tenía que ser.

Luego vi borrosamente a través de las lágrimas que se acercaba a mí una señora. Se inclinó a mi lado, me estrechó contra su pecho huesudo.

—Ay mi pobre niño querido, —gimió—, ahora todo volverá a ser igual, te lo prometo.

¡Era mi madre, estaba viva! Aunque estaba delgada como siempre, no se había muerto de disentería o de la fiebre del agua negra. Pero creo que ya sabíamos los dos que nada volvería a ser igual.

—¿Dónde está mi niñera?, —pregunté, secándome las lágrimas.

—Ven, cariño, el pastor Mulvery nos espera en su coche para llevarnos a casa con el abuelo. ¡Eres un niño muy grande ya, tienes seis años, eres ya demasiado grande para tener niñera!

Había empezado a crecer dentro de mí una sensación de vacío y oía cacarear lejos los pájaros de la soledad: batían alegres sus alas aceitosas, venían volando a posarse en sus lúgubres nidos de piedra.

Mi madre tosió, cogió la maleta, se incorporó.

—Vamos cariño, el pastor Mulvery nos llevará a casa con el abuelo.

Su comentario de que ya no necesitaba una niñera porque tenía seis años me afectó tanto que fue como un tortazo de los del juez en la boca. Mi niñera, mi amada niñera querida había desaparecido y tenía ya seis años. Estas dos informaciones giraban en mi cabeza igual que ruedan por el polvo dos perros que se destrozan uno a otro en una pelea.

Mi madre me había cogido de la mano y me llevaba hacia un gran Plymouth gris estacionado junto a una farola al lado de un pimentero. Cuando llegábamos ya al coche salió de él un hombre calvo y gordo. Los dientes de arriba le salían de la boca en ángulo y atisbaban debajo del labio como mirando para ver si había o no moros en la costa y podían escaparse. El pastor Mulvery, que parecía darse cuenta de ello, sonrió en un raudito relampagueo como para impedir a sus dientes emprender una huida precipitada. Cogió la maleta que llevaba mi madre.

—Alaba al Señor, hermana, Él ha traído al niño hasta aquí con sus seres queridos, —su voz era igual de suave y atiplada que la de una mujer.

—Sí, alabado sea Su santo nombre, —contestó mi madre. Nunca la había oído hablar así. Comprendí claramente que el campo de concentración tenía que ver con ello. Mis oídos delicadamente afinados captaban todo tipo de disparates por detrás de sus palabras.

El pastor Mulvery me tendió la mano.

—Bienvenido, hijo. El Señor ha oído nuestras oraciones y te ha traído sano y salvo al hogar.

Le estreché la mano; la tenía caliente y algo húmeda.

—Gracias, señor, —dije, con una voz que era poco más que un susurro. Se me hacía raro hablar en inglés. Subí al asiento de atrás del coche al lado de mi madre. Todos los pájaros de la soledad se habían convertido en uno solo grande, en un gran



nido de piedra; sentí la pesadez del huevo de piedra que se incubaba en mi interior.

El Abuelo Chook había muerto, Hoppie tenía que irse a luchar contra Adolf Hitler y quizá no volviese nunca. Hettie la Grande había muerto, y ahora mi amada niñera se había ido; mi madre parecía haber establecido, como Pik Botha, una relación muy extraña con el Señor que inevitablemente crearía problemas. Mi vida era un desastre.

Atravesamos la población que tenía farolas y calles asfaltadas. Era tarde y sólo pasaban zumbando algunos coches por la ancha calle mayor. Cruzamos una plaza llena de árboles viejos muy vistosos. En la calle había tiendas, una detrás de otra, McClymonts, Confecciones de Caballero; J. W. Winter, Farmacia; Café Savoy; Ferretería Barberton. Giramos en una calle y pasamos por delante de un edificio enorme llamado Hotel Impala, que tenía unas escaleras grandes y anchas y en el que parecía haber muchísima gente. El pastor Mulvery aminoró la marcha del Plymouth, y se oyó el rumor de una concertina.

—El diablo está ocupado esta noche, hermana. Recemos por sus almas. Recemos para que vean la gloria de Dios y alcancen la vida eterna, —dijo con su voz de muchacha.

Mi madre suspiró.

—Hay tanto que hacer antes de que Él vuelva a venir y nos lleve a Su gloria, —se volvió a mí—. En la Misión de la Fe Apostólica tenemos una escuela dominical maravillosa, y tú tienes ya edad suficiente para conocer al Señor, para nacer de nuevo, hijo mío. El Señor tiene un sitio especial en Su corazón para Sus hijos queridos.

—¡Aleluya, alabado sea Su santo nombre, nos encontraremos con Él!, —dijo el pastor Mulvery.

—¿No podríamos verle mañana, por favor? Esta noche estoy demasiado cansado, —dije.

Se rieron los dos y me sentí mejor. La risa de mi madre era su risa de siempre, el campo de concentración no se la había robado.

—Vamos derechos a casa, cariño, debes estar completamente agotado, —dijo con mucha suavidad.

Había estado a punto de quitarme el camuflaje, pero ya estaba otra vez en su sitio. Hettie había dicho que Pik era un cristiano renacido y también que pertenecía a la Misión de la Fe Apostólica. Su tono había indicado que las dos cosas dejaban mucho que desear. ¿Cómo había llegado mi madre a aquello? ¿Quién era aquel hombre al que se le escapaban los dientes? ¿Qué nuevo lenguaje era aquél, y quién era exactamente el Señor?

Lo de volver con el abuelo y con mi niñera yo lo había concebido, al principio como un medio de escapar rápidamente de Adolf Hitler, y luego, cuando Hoppie me había convencido de que no tenía que temer su llegada inminente, como la continuación de mi vida anterior en la granja. Vivir en una población pequeña no significaba nada para mí. Vivir con el bobo del abuelo y con mi linda niñera lo

significaba todo. Mi madre había significado una parte agradable pero no esencial de mi vida anterior. Era una mujer nerviosa y frágil, y había sido mi niñera la que se había encargado de los cuidados, la risa, las riñas, las caricias, del papel que en otras culturas corresponde a las madres. Mi madre padecía muchísimo de jaquecas. La mañana que yo tenía que estudiar una lección de lectura e iba a sentarme en el suelo fresco y limpio del porche junto a su mecedora favorita, deseoso de mostrarle mis progresos, ella solía decir: «Hoy no, tengo una jaqueca espantosa».

Yo entonces buscaba a mi niñera y le leía mi libro a ella y luego ella traía un ejemplar de *Oustpan*, una revista que llegaba una todos los meses y me enseñaba fotos en que aparecían mujeres haciendo cosas y yo le leía lo que decía allí de las fotos y se lo traducía al zulú. Se quedaba boquiabierta y gruñía asombrada con lo que le leía. «Oh, oh, oh, creo que es muy difícil ser una mujer blanca», decía, y suspiraba, batiendo palmas.

Empecé a pensar que era por eso por lo que mi madre tenía siempre aquellas jaquecas espantosas, porque era una mujer blanca, y eso, como decía mi niñera, era una cosa muy difícil.

Paramos junto a una casa situada a no más de seis metros de la carretera. Cerraba el jardín delantero un muro de piedra bajo y había unas escaleras que daban a un porche que cubría toda la anchura de la casa. Sólo iluminaba tenuemente la zona una farola lejana, y era imposible distinguir más detalles en la lóbrega oscuridad. Brillaban detrás de cortinas echadas dos cuadrados de una luz naranja filtrada, cada uno en una ventana de una parte distinta de la casa, que aunque no irradiaban claridad auténtica, dotaban a la casa de dos ojos. La puerta de entrada parecía una nariz y las escaleras que daban a ella parecían una boca. Pero no parecía un lugar sombrío a pesar de la oscuridad. Detrás de aquella cara alegre estaría mi flaco y viejo abuelo y él me hablaría de mi niñera...

El pastor Mulvery dijo que no entraría, y alabó al Señor de nuevo por mi llegada feliz al seno del hogar con mis seres queridos y dijo que yo sería una excelente adquisición para la pequeña congregación del Señor de la escuela dominical de la Misión de la Fe Apostólica. Mi madre también alabó Su santo nombre, y para mí estaba cada vez más claro que el Señor era una persona muy importante en aquella zona. Vimos parpadear y desaparecer luego al fondo del camino las luces rojas de los frenos del Plymouth; parecía que estuviésemos en la cima de una elevación del terreno.

—Qué hombre inestimable, —dijo mi madre con un suspiro.

Con la maleta delante sujeta con las dos manos subía detrás de ella por las oscuras escaleras arriba. Sus pisadas resonaron a hueco en el porche de madera y luego rechinó ruidosamente en sus pesados goznes automáticos la sobrepuerta de red. Mi madre la empujó con la puntera de su zapato marrón y abrió la puerta de entrada. Cayó sobre nosotros una luz intensa que se derramó también por las escaleras, contenta de huir de las limitaciones del cuartito cuadrado.

La habitación no era muy distinta al menos del oscuro y pequeño recibidor de la granja. Ocupaban la mayor parte del espacio el mismo sofá voluminoso y con mucho relleno, y las tres butacas de respaldo alto de un brocado desvaído, los brazos barnizados y las patas de bola y garra de madera lacada oscura, y había pañitos bordados en los respaldos, tanto del sofá como de los sillones. En la librería de cristal aún las obras completas de Charles Dickens, encuadernadas en piel, en rojo y oro, y los volúmenes dorados de *La invasión de Crimea*. El viejo reloj de pie estaba en una posición nueva junto a una puerta que daba a otra parte de la casa, y era agradable ver el sólido y buen péndulo de bronce balancearse quedamente en su armario de puerta de cristal. Vi en una pared la cabeza de kudu disecada del abuelo, con los cuernos del gigantesco antílope rozando el techo. Encima y a ambos lados de la librería de cristal había dos óleos estrechos, uno con una rosa escarlata y el otro con una rosa amarilla casi idéntica de tallo largo. Ambos cuadros estaban enmarcados en los mismos marcos planos barnizados de color castaño, y eran obra de mi abuela, que había muerto al dar a luz a mi madre. Estaban pintados sobre planchas de estaño y la pintura había saltado en algunos sectores dejando manchas de color peltre oscuro donde se había borrado el fondo salmón y verde. En la otra pared, colgaba solo un grabado coloreado a mano en un sólido marco de castaño en el que se veían cientos de zulúes muertos y un puñado de soldados galeses de pie sobre ellos con bayonetas caladas. Se erguían orgullosos, mirando al cielo, todos ellos con una bota y una pierna con leguis apoyada en el cuerpo de un salvaje casi desnudo. A mí siempre me había chocado que estuviesen tan limpios y elegantes después de luchar a brazo partido con las hordas zulúes toda la noche, y de haber matado, al parecer, a cincuenta y dos zulúes cada uno, si se contaban los cadáveres y los soldados que había en el cuadro. El pie, grabado en una placa de cobre decía: «La mañana después de la matanza, el honor británico queda restaurado en Rourkes Drift, Diciembre, 1878. Todos fueron valientes».

Cubría el suelo la piel de cebría vieja y gastada que yo conocía de toda la vida, igual que lo demás, y las patas de bola y garra del sofá habían sido colocadas sobre los puntos en que se le había ido cayendo el pelo durante su larga permanencia en el vestíbulo de la casa anterior. Lo único nuevo que había en la habitación, pues hasta los gastados cortinones de terciopelo rojo eran los mismos, era una radio pequeña de baquelita marrón de cantos redondeados, que estaba colocada encima de la librería, donde había estado antes el gramófono.

Quizás hubiese cambiado sólo el exterior de las cosas y permaneciese prácticamente igual el interior, como aquella habitación. Me sentí más animado de pronto, y en ese momento preciso entró en la habitación mi abuelo, alto y derecho como un tronco de gomero. Tenía la pipa encajada en la mancha marrón de tabaco de la comisura del labio inferior y estaba enmarcado en el quicio de la puerta, los pantalones caquis abolsados sujetos como siempre con una cuerda, la camisa sin cuello remangada por debajo del codo. No parecía haber cambiado nada. Dio dos

chupadas a la pipa y el humo se le arremolinó alrededor de la mata revuelta de cabello blanco y rizado y serpenteó por delante de su larga nariz.

—Mi querido muchacho, —dijo, con un brillo húmedo en los ojos, de un azul claro y cristalino, y pestañeó rápidamente sin dejar de mirarme. El humo que envolvía su cabeza se esparció al alzar un poco las manos y extenderlas, las palmas hacia arriba, como para indicar la habitación y la casa y todo el problema en un triste gesto de disculpa.

—La enfermedad de Newcastle, hubo que matar todos los orpingtons, —dijo.

—Mataron al Abuelo Chook, —dije muy bajito.

Mi madre me puso la mano en el hombro y me empujó para que siguiera caminando.

—Así es, querido, mataron a todos los *chucks* del abuelo. Ahora vamos, que ya es hora de que estés acostado.

Yo no había querido decir nada del Abuelo Chook. En realidad mi abuelo no le había conocido. Salió solo. Un asunto de pollos encima de otro asunto de pollos. El abuelo tenía un gran cariño a aquellos orpingtons negros. Hasta mi niñera había dicho que debían ser aves zulúes por lo negras y fuertes que eran, y porque los gallos eran como generales zulúes elegantemente emplumados. Nunca había hecho comentarios, sin embargo, sobre la vistosa apariencia del Abuelo Chook. Aunque mi niñera nunca le había visto en el apogeo de su poderío, sabía, como Inkosi-Inkosikazi, que era distinto, que era una excepción, que era un pollo mágico de mucho poder conjurado por el viejo mono para que velara por mí. Sólo en una ocasión se había atrevido a decir que era muy propio del viejo hechicero elegir un miserable pollo cafre, shangaan además, cuando, según ella, podía haber dignificado la relación con uno de los majestuosos gallos negros del abuelo. Si un pollo había de convertirse en sede del alma de un gran guerrero, ¿por qué no podía ser entonces un modelo ejemplar de pollitud? Se había quedado un rato pensativa y luego había dicho moviendo la cabeza: «¿Quién puede conocer el camino de la serpiente por la roca escarpada?». No sé qué querría decir exactamente con eso.

¿Dónde estaría? ¿Habría muerto? Tenía que preguntárselo al abuelo sin falta al día siguiente. Porque, aunque los adultos no les hablan nunca a los niños pequeños de la muerte, mi abuelo me lo diría, estaba seguro. Se lo preguntaría por la mañana, cuando le devolviese el chelín.

Desperté temprano, como siempre, y salí de puntitas y crucé la casa dormida hasta la cocina. La cocina negra de hierro era más pequeña que la de la granja y cuando me mojé un dedo de saliva y toqué una placa comprobé sorprendido que estaba fría. En la granja nunca se habría dejado apagar el fuego. Las dos criaditas negras de la cocina, Dee y Dum, dormían en esteras allí mismo y tenían que ocuparse de avivar las ascuas si el fuego empezaba a apagarse. Aquella cocina olía vagamente a jabón fénico y a desinfectante y eché de menos el olor cálido de los seres humanos, de los granos de café y el aroma de la vieja olla de sopa enorme que borboteaba y

humeaba al fondo de ella en un ciclo interminable de los nuevos huesos añadidos y de los viejos extraídos. La comida es una preocupación constante en el campo, no una simple pausa para repostar. La gente del campo sabe el sudor que hay detrás de una mazorca, un cántaro de leche, una manteca, el pan caliente que sale del horno y los huevos y el tocino que silban en la sartén del desayuno. La comida se gana con esfuerzo y exige un grado correspondiente de respeto. Aquella cocina estaba vacía, salvo por la presencia de una gran cacerola azul y blanca moteada y esmaltada que parecía nueva y efímera.

La puerta de la cocina daba a un ancho porche trasero que quedaba a ras de suelo, a diferencia del de la entrada y se abría a un jardín muy grande y muy bien cuidado. El aire vigorizante del amanecer estaba empapado de la fragancia de centenares de capullos de rosa y vi bancales de piedra plantados de rosales que iban subiendo hasta muy lejos. Cada uno de ellos terminaba en una escalera de seis peldaños y al final de cada escalera sombreaba el sendero una glorieta de rosales. Había flores blancas, rosas, amarillas, anaranjadas, cada espaldera de un color distinto, que se derramaban en cascadas hasta el suelo en vistosas ondas. El sendero subía por medio del jardín, y era como los túneles que podría haber encontrado Alicia en el País de las Maravillas. Había seis viejos árboles inmensos, que yo no conocía, uno en cada bancal. Era un jardín bien cuidado y me pregunté cómo podía ser del abuelo. Lo único que había parecido estar bien cuidado en la granja habían sido las partes ya que se habían desmoronado definitivamente.

Vi entonces que nuestra casa estaba situada a media ladera de una gran colina. Eso explicaba los escalones de la entrada y los bancales de detrás. Después de una hilera oscura de moreras que había al final del jardín y de un muro de piedra que lo cerraba cruzando por medio el último bancal, se elevaba escarpada la colina de roca virgen y de matorral. No era una colina que pareciese hostil, y las laderas estaban salpicadas de áloe, con un candelabro de brotes fieros como atizadores en cada una de las altas y velludas plantas. En la cima había un montón de pedruscos redondeados, como grosellas en un pastelito.

Subiendo ya por el camino, vi que en cada bancal había setos de rosas plantados entre césped muy bien segado. Pero el último bancal era distinto. Tenía a un lado el cierre del muro de piedra, tan alto que no se podía ver lo que había detrás; al otro había cientos de injertos de cepas de rosal plantadas y tras ellas la hilera de moreras, que hacía de cortavientos.

Salvo aquellos árboles bellos y extraños y lo que pudiese haber al otro lado del muro de piedra, en aquel jardín tan bien cuidado no había más plantas que las rosas. Sólo las cercas de ambos lados daban testimonio del clima subtropical. Membrillos y guayabas, limoneros, naranjos, aguacates, papayos, mangos y granados, se mezclaban allí con el orgullo de la India, la flor del fuego, el hibisco y el chaparrón luminoso de la buganvilla que cubría un gran árbol muerto. Al pie de los árboles crecían hortensias, agapantos y caña roja y rosa. Era como si las plantas y los árboles nativos

hubiesen acudido a contemplar boquiabiertos el elegante jardín de rosas. Allí estaban plantados al borde del jardín como pintorescos aldeanos, dándose codazos y empujándose, demasiado educados para atreverse a más.

Decidí investigar después qué había detrás del muro de piedra y me adentré bajo el dosel de hojas oscuras de morera. Debajo de los árboles el suelo había estado completamente a cubierto del sol y estaba pelado, un poco húmedo y cubierto de frutos caídos. Mis pies pisaban moras húmedas que manchaban la piel entre los dedos de un violeta intenso. No había comido nada desde el almuerzo del día anterior con Hettie la Grande, así que empecé a devorar vorazmente moras deliciosas. Las más gordas y de color más fuerte se desprendían de sus pequeños y frágiles tallos al más leve roce. Pronto tuve las palmas de las manos manchadas de morado, y los labios debían estar igual de meterme en la boca puñados de moras succulentas. Piaban y gorjeaban sobre mí como locos los pájaros hartándose de frutos, agitando con su algarabía las hojas y las ramas pequeñas.

Cuando salí de la hilera de moreras fuera del jardín apareció ante mí la primera planta de áloe, sus espigas de flores anaranjadas con un tinte amarillo quedaban a medio metro de mi cabeza. Frente a mí, subiendo en cuesta hacia el cielo, se alzaba incólume la ladera africana, a mi espalda, bordada en su regazo, sentimental y abigarrada como la estampa de una caja de chocolatinas, se desplegaba la rosaleta.

Empecé a subir sin darme cuenta, sorteando las rocas y los tramos oscuros de matorral y maleza espinosa. Tardé media hora en llegar a la cima; una vez allí me encaramé en lo alto de una inmensa roca redondeada por el tiempo y eché un vistazo alrededor. Detrás de mí se amontonaban cerros y colinas, que ganaban altura a medida que iban cogiendo impulso hasta convertirse en auténticas montañas en la remota lejanía. Lejos, a mi izquierda, cruzaba del pie de las colinas hasta la montaña un transbordador; estaba parado, aún no había empezado el trabajo del día. A mis pies, recogido en la base del cerro, se desplegaba el pueblo. Daba a un valle bello y enorme que abarcaba unos cincuenta kilómetros de una llanura que terminaba en un tajo de un morado intenso en el horizonte pálido, una escarpadura que se elevaba seiscientos metros hacia las praderías de las tierras altas.

Era el lugar más bello que había visto en mi vida. El sol acababa de salir y no calentaba aún bastante para lamer el rocío de la hierba, pero era ya lo suficientemente nítido para lustrar el aire. Podía ver el mundo a mis pies, pero aquel mundo que se extendía a mis pies no podía verme. Había encontrado mi rincón privado; me parecía muchísimo mejor que el viejo mango del patio del colegio. Sobre mi cabeza, volando no más alto que la cometa de un niño pequeño, rondaba un halcón, buscando entre los retazos de los patios traseros de abajo una gallina tan descuidada como para dejar que uno de sus gordos polluelos se alejase tanto que no pudiese volver enseguida a la seguridad del cuerpo protector de su madre. La muerte estaba a punto de descender en un remolino de aire emplumado del cielo azul intenso de la aurora.

Empezaban ya a humear las chimeneas al ir llegando los criados del pueblo de

chozas negro, oculto detrás de las estribaciones de uno de los cerros, para prepararle el desayuno al hombre blanco. Los ki-ki-ri-kí de los gallos, espasmódicos cuando había iniciado la subida, formaban ahora coros y eran más perentorios y urgentes, como si percibiesen que el pueblo empezaba a despertar. Una parte de él quedaba aún a la sombra de las colinas, pero pude ver bien que lo cruzaban calles con hileras de jacarandás. Seguí luego una larga línea de color morado que continuaba más allá de las casas que se apiñaban en el límite del pueblo hasta un cuadrado de oscuros edificios rodeados por un alto muro que quedaba a kilómetro y medio valle adentro. Era un muro como de tres pisos de altura y estaba tachonado por unas ciento cincuenta ventanitas oscuras todas iguales. Los edificios estaban construidos también formando un cuadrado alrededor de un cuadrilátero central de tierra apisonada. En cada esquina del muro exterior había una torreta coronada por una pirámide de chapa ondulada que relucía con el sol matutino. Yo no había visto nunca una prisión, ni me la había imaginado siquiera, pero hay en el hombre una memoria de la raza que conoce estas cosas por instinto. La arquitectura de la adversidad tiene un estilo y una apariencia inconfundibles.

Mi abuelo, que era madrugador, debía de estar ya levantado y no tardaría en salir de casa. No tardé más de veinte minutos en bajar corriendo la ladera, volver al dosel verde de moreras y a la rosaleta. El abuelo estaba ya podando en la enramada del tercer bancal y cortaba una larga rama de rosal de arriba y tiraba de ella y la echaba a un montón que había en el sendero. Alzó la vista cuando yo bajaba ya por el pasadizo de rosales.

—Buenos días, muchacho. ¿Explorando, eh?, —cortó otra sarta de rosas y tiró de ellas sacándolas de la enramada—. La señora Butt es una anciana descuidada, si le dejas que haga lo que quiera y no le recortas sus lindos rizos se desmelenan toda—, dijo alegremente.

Yo no dije nada. Muchas de las cosas que decía el abuelo las decía para él, y no servía de nada preguntarle. Pronto aprendería los nombres de todas las rosas del jardín y me enteraría entonces de que señora Butt era el nombre de aquella cascada concreta de florecitas rosas.

Saqué el forro del bolsillo de los pantalones y solté con cuidado el imperdible grande que sujetaba el doek de Mevrouw. Luego me puse en cuclillas a los pies del anciano y desaté el trapo mugriento poniendo al descubierto su chelín, la moneda de tres peniques que me había dado Hennie en Kaapmuiden y mi billete de diez chelines doblado. Cogí el chelín del abuelo y luego até de nuevo el trapo y volví a prendérmelo en el forro del bolsillo.

—Éste es el cambio, lo que sobró de los tenis, abuelo, —dije levantándome y dándole el chelín resplandeciente.

Él se quedó parado con las tijeras de podar como una espada sobre la cabeza.

—Toma, cógelo, es tu chelín, ¿no?, —repetí.

Se inclinó y cogió la moneda y la dejó caer en el bolsillo del pantalón caqui.

—Buen muchacho, eso dará para mi tabaco de una semana, —por el tono me pareció que estaba muy satisfecho, así que respiré aliviado.

—Abuelo, ¿dónde está mi niñera?, —había vuelto a las rosas y al oír esto se giró lentamente y bajó la vista hacia mí. Luego recorrió los pocos pasos que le separaban de los escalones que llevaban al bancal superior y se sentó en el de más arriba muy despacio.

—Siéntate, muchacho, —dió unas palmadas en el espacio que había a su lado en el escalón. Me acerqué y me senté junto a él. Sacó la pipa del bolsillo, la sacudió despacio en el escalón de más abajo, cayó de la cazoleta la ceniza. Sopló dos veces antes de sacar la petaca del bolsillo y volver a llenarla. A mi abuelo no le gustaba apresurarse, así que esperé con la barbilla apoyada en las manos. Encendió una cerilla en la pernera del pantalón e inició por fin la tarea de encender, chupando hasta que le envolvió la cabeza el humo azul del tabaco. Estuvimos allí sentados un buen rato, mi abuelo mirando al vacío, la pipa emitiendo un ruido gorgoteante cuando aspiraba el humo, y yo mirando el tejado de la casa que había estado pintado en otros tiempos pero que sólo tenía ya sectores de rojo desvaído pegados a la chapa ondulada y herrumbrosa. Se oía subir una camioneta por la cuesta de enfrente de la casa, gruñía la primera por la subida, luego hubo una pausa cuando llegó arriba y cambió de velocidad, aliviada de que hubiese terminado la ascensión.

—La vida es toda principios y finales. Nada se mantiene igual, muchacho, —dijo por fin mi abuelo.

Luego chupó la pipa y pareció examinarse las uñas de los dedos, rotas y sucias de trabajar en el jardín.

—Separarse, perder lo que más amamos, ése es todo el meollo de la vida, consiste en eso más que nada.

Mierda, eso ya lo sé, pensé yo. Luego se me encogió el corazón. ¿Estaba intentando decirme que mi niñera había muerto?

Pero él seguía con su truco de mirar al vacío otra vez y se le había apagado la pipa.

—Era una mujer dulce y amable. África era un lugar demasiado duro para un gorrioncillo tembloroso como ella.

Después de decir esto encendió otra cerilla y la acercó a la pipa. Puf, puf, más humo, puf, puf, gorgoteo, pero no seguía. Aunque no parecía referirse con aquello a mi niñera, que era grande y gorda, mi abuelo solía ser un poco impreciso respecto a la gente y el sentimiento sí parecía bastante apropiado, así que esperé impaciente que siguiese. Retiró la pipa de la boca y señaló la rosaleta que nos rodeaba.

—Construí esto y lo proyecté para ella, las rosas, todas ellas, eran las que crecían en la vicaría de su padre en su pueblo de Yorkshire, y los árboles también, el olmo y el roble, la picea y el nogal.

Volvió a meterse la pipa en la boca, pero se había apagado de nuevo y tuvo que encenderla por tercera vez. Ahora rodeó la cazoleta con las manos y chupó fuerte de



verdad; por un momento su cabeza desapareció del todo entre las nubes de humo azul. Yo ya me había dado cuenta de que mi abuelo podía perder muchísimo tiempo con la pipa cuando no quería darle a mi madre una respuesta o necesitaba tiempo para pensar. Así que esperé, pensando que era mejor no decir nada, aunque todo aquello me pareciese absurdo; mi niñera, que lo analizaba todo conmigo, nunca me había hablado de las rosas del jardín de la granja y yo estaba seguro de que procedía de una aldea de Zululandia, junto al río Tugela. Aunque me había hablado muchas veces de los cultivos y de la canción del viento en el maíz verde, de calabazas madurando al sol tan grandes como las cacerolas de cerveza de un jefe y de los dulces melones de Tsamma que crecían silvestres a las orillas del río, nunca, ni una sola vez me había dicho nada de las rosas.

Tras otro largo intermedio mirando al vacío, mi abuelo continuó.

—Cuando se murió al dar a luz a tu madre, no pude seguir aquí en su jardín de rosas, —bajó la vista hacia mí buscando aprobación—. A veces es mejor alejarse de los recuerdos, poner un recuerdo delante del otro e ir expulsándolos de tu cabeza.

Empecé a comprender que mi niñera no tenía nada que ver con la charla de mi abuelo.

—Su hermano Richard había salido de Inglaterra con la intención de curarse la artritis y decidió quedarse. Un gran muchacho, Richard, y entendía de rosas. No cambió nada en treinta años. Cuando los rosales se hicieron viejos los sustituyó por otros de la misma clase.

Señaló un rosal de la terraza de más abajo. Tenía dos capullos perfectos de tallos largos con los bordes de los delicados pétalos anaranjados coronados de rojo.

—Puedo garantizar que es la única «Crepúsculo Imperial» que queda en África, —dijo con gran satisfacción.

Luego golpeó con la cazoleta de la pipa en el escalón, hasta que cayó de ella la ceniza humeante. Cogió las tijeras de podar del escalón de más abajo, se levantó y se giró y miró en torno suyo.

—Ahora que Dick ha muerto, he vuelto para cuidar su rosaleda. El dolor se ha apagado, pero las rosas, las dulces rosas de Yorkshire, siempre jóvenes, siguen floreciendo eternamente.

No recordaba haberle oído decir nunca tantas palabras seguidas. Aunque no había contestado a mis ansiosas preguntas sobre mi niñera, comprendí que había dicho en voz alta algo que debía llevar mucho tiempo resonando en su cabeza.

—Eres un buen muchacho, ahora vete a jugar.

Y volvió a seguir podando a la vieja señora Butt. Me levanté del escalón donde estaba sentado y eché a andar hacia la casa. Salía humo de la chimenea, ya no podía tardar el desayuno. De pronto cesó el chasquear de las tijeras.

—¡Chico!, —gritó.

Me volví a mirarle. Su vieja cabeza hirsuta tocaba casi el dosel de rosas que cubría la enramada.

—Lo de tu niñera tienes que preguntárselo a tu madre, es algo que tiene relación con esa condenada religión boba en la que se ha metido.

Imaginaos mi alegría cuando entré en la cocina y me encontré a nuestras dos criaditas Dee y Dum. Me vieron entrar y corrieron a abrazarme con un chillido de alegría, me cogieron cada una de una mano y se pusieron a bailar conmigo por la cocina. «Has crecido. Aún tienes el pelo afeitado. Tenemos que lavarte la ropa. Tienes la boca manchada de fruta. Tienes que comer. Ahora que tu niñera se ha ido te cuidaremos nosotras. Sí, sí, seremos tus niñeras, hemos aprendido todas las canciones».

Estaban las dos fuera de sí de gozo. Era muy agradable, mucho, tenerlas de nuevo conmigo. Aunque sólo habían estado en la periferia de mi vida con mi niñera, que las reñía constantemente y las llamaba estúpidas muchachas shangaan de cabeza hueca, pero las quería; me di cuenta de pronto de lo importantes que eran para mi pasado. Eran la continuidad en un mundo que había sido destruido y alterado y que aún seguía cambiando. Ahora que mi madre servía al Señor y ya no se podía confiar en ella, mis únicas constantes eran mi abuelo y aquellas dos muchachas.

—Yo, Dum, —dijo una de ellas en inglés, tocándose en el pecho con una mano, mientras se tapaba la boca con la otra para ocultar la risa.

—Yo, Dee, —dijo en un eco la segunda, el blanco de los ojos reflejaba su alegría e iluminaba su carita negra. Eran gemelas idénticas y me recordaban los nombres que yo les había puesto cuando era mucho más pequeño. La cosa había empezado como Tweedle Dum y Tweedle Dee, y había acabado convirtiéndose simplemente en Dum y Dee. Me reí al ver que se ufanaban de su inglés.

Olía a café recién hecho, y Dee fue a por una gran jarra esmaltada de café que había al fondo de la cocina y Dum trajo una taza y la puso en la mesa al lado de una tostada dura, luego fue a una fresquera que había en el porche a por una jarra de leche. Volvió con ella y Dee echó leche en la taza de café recién hecho, concentrándose las dos en sus tareas, silenciosas por el momento. Dee, después de poner otra vez la jarra en la cocina, echó dos cucharadas de azúcar muy bien medidas en la taza de café humeante, utilizando luego la misma cuchara para revolver. Era una tarea de amor, una muestra de su devoción. Dum me trajo un taburete de *riempie* y lo puso en medio de la cocina. Me senté y Dee puso la taza en el suelo entre mis piernas, de modo que pudiese sentarme en el pequeño asiento de cuero y mojar la tostada dura como una piedra en ella tal como había hecho siempre en la granja. Luego se sentaron las dos en el suelo de cemento enlucido delante de mí, con las piernas debajo de las faldas.

En la granja no llevaban más que una larga pieza de tela fina de algodón enrollada al cuerpo y sujeta en un hombro. También llevaban las muñecas y tobillos llenos de brazaletes y ajorcas de cobre y de bronce que tintineaban cuando caminaban. Aquellos brazaletes habían desaparecido y sobre sus cuerpos esbeltos prepubescentes de doce años llevaban camisas idénticas sin mangas de cretona a rayas azul marino de

colchón, que les llegaban casi hasta los tobillos.

Charlamos en shangaan mientras yo mojaba en el café y comía. Me preguntaron sobre el agua nocturna y les expliqué que la magia de Inkosi-Inkosikazi había sido eficaz y que el problema ya estaba resuelto. Esto les hizo reír y suspirar un rato y luego hablamos de las cosechas y de los hombres que habían llegado en un camión grande y habían encendido una hoguera inmensa y habían matado y quemado todos los pollos negros. El olor de las plumas quemadas y de la carne asada había persistido tres días, pero no habían dejado que nadie comiera la carne. Nunca se había visto un desperdicio igual. Me contaron que el abuelo se había pasado un día y una noche sentado en el porche viendo cómo la hoguera se iba reduciendo a la nada, fumando silencioso su pipa, dejando que la comida que le llevaban y el café que le ponían al lado se enfriaran.

Por fin nos quedamos callados, pues el tema de mi niñera había estado todo el tiempo allí al borde de la conversación, esperando a que lo abordasen de una vez y ellas sabían que no se podía esperar más.

—¿Y dónde está mi niñera?, —pregunté al fin, planteándolo de un modo formal para que no pudieran eludir la pregunta. Bajaron la cabeza las dos y alzaron las manos para taparse la boca.

—¡Aj, aj, aj!, —movieron la cabeza las dos despacio.

—¿Quién os impide contestar?

—No poder decir, —indicó Dee y lanzaron las dos un suspiro triste.

—¿Es la señora?, —pregunté, pero sabía ya la respuesta. Alzaron la vista hacia mí suplicantes, había lágrimas en sus ojos.

—Está mucho cambiada desde que volvió, —dijo Dum.

—Nos ha hecho quitarnos nuestras ajorcas de mujer y estos vestidos nos dan mucho calor, —añadió Dee, quejumbrosamente. Se levantaron las dos del suelo y se fueron junto a la cocina y se quedaron allí dándome la espalda y lloriqueando.

—Ya le preguntaré a ella, —dije, aparentando más valor del que en el fondo poseía—. Decidme al menos una cosa: ¿Mi niñera está viva?

Las dos se volvieron para mirarme, aliviadas de que hubiese algo que pudiesen decir sin desobedecer las instrucciones de mi madre.

—¡Está viva!, —exclamaron a la vez, abriendo mucho los ojos. Me sonrieron, secándose las lágrimas con los nudillos, felices de nuevo por poder darme una buena noticia.

—Prepararemos agua caliente y te lavaremos.

Dum cogió un bidón de petróleo de dieciocho litros vacío que había junto a la cocina, al que le habían cortado la parte de arriba y le habían aplanado los bordes y le habían puesto un asa de alambre para convertirlo en recipiente para el agua caliente.

—Sabes, el agua nos llega por una serpiente de hierro que entra en la casa, —dijo Dee, acercándose al fregadero y abriendo el grifo.

—Soy ya demasiado mayor para que me laven las muchachas bobas, —dije

indignado—. Preparad el agua, me bañaré yo solo.

Mi madre me había dejado meterme en la cama sin hacer más que limpiarme la cara y las manos con un trapo húmedo, y no me había lavado, en realidad, desde aquella ducha con Hoppie en Gravelotte.

Las chicas me enseñaron un cuartito que daba al porche de atrás en el que había una vieja bañera de estaño. Llevaron el bidón de petróleo lleno de agua caliente entre las dos y lo vertieron en ella. Luego se pelearon porque las dos querían abrir el grifo de agua fría que había sobre la tina. Ganó Dum, y Dee abandonó el cuarto de baño haciéndose la enfadada. Volvió poco después con una camisa limpia y un pantalón caqui. Las mandé marcharse a las dos. Se fueron de aquel cuartito de baño oscuro riéndose como locas y dándose empujones.

Fue un señor baño, os lo aseguro. Me quitó mucha tristeza de encima. La noticia de que mi niñera estaba viva me alegró considerablemente y me facilitó mucho la tarea de preguntarle por ella a mi madre.

Mi madre se retiró después del desayuno a su cuarto de costura y vinieron varias personas a verla. Eran mujeres del pueblo y las oí hablar con ella de ropa. Cuando les pregunté a las sirvientas sobre el asunto dijeron:

—La señora hace ahora vestidos para otras señoras, que todo el tiempo vienen a probárselos.

Cuando estábamos en la granja mi madre solía estar ocupada haciendo cosas en su máquina Singer, y hacía siempre mi ropa y la del abuelo. Ahora hacía también, al parecer, la de otras personas.

Aparte del criado que venía a ayudar a mi abuelo en el jardín, no teníamos más sirvientes que Dum y Dee. Ellas lavaban, barrían, fregaban, hacían la colada y preparaban la mayor parte de la comida, aunque era mi madre la que cocinaba y la que llevaba el control general como siempre. Las sirvientas dormían en un cuartito añadido al cobertizo del jardín, detrás del muro de piedra contiguo, que también cerraba el huerto de la cocina y un gallinero vacío, ya que a mi abuelo le resultaba demasiado difícil considerar la idea de tener gallinas otra vez.

A mí no me preocupaba de momento nuestra situación económica, pero más tarde acabaría dándome cuenta de que en aquel pequeño hogar no resultaba nada fácil conseguir lo suficiente para seguir tirando. Mi abuelo vendía rosales tiernos y mi madre trabajaba como costurera todo el día y a veces hasta bien entrada la noche. Entre hacer vestidos y servir al Señor le quedaba muy poco tiempo para más.

Yo anduve remoloneando durante la mañana y después de comer acumulé valor suficiente para atreverme a entrar en el cuarto de costura de mi madre. Tenía una máquina Singer nueva de pedal eléctrico. No era como la vieja, que tenías que hacerlo subir y bajar para que funcionase. En ésta no tenías más que poner el pie en el pedal eléctrico y la máquina cosía sola tan tranquila. Dee me había dado una taza de té para que se la llevara a mi madre y casi no había derramado nada cuando se la entregué.

Mi madre había levantado la vista y había sonreído al verme entrar.

—Precisamente estaba pensando que me moría por una taza de té, y aquí estás tú, —dijo.

Le pasé la taza. Echó en ella el té derramado en el platito y luego bebió un sorbo, cerró los ojos y dijo:

—Gloria, gloria pura, no hay como una buena taza de té.

Parecía de nuevo exactamente igual que era antes de que se marchase. Por un instante pensé que todo aquel lío del pastor Mulvery lo había exagerado yo porque estaba cansado. Me senté en una de las sillas y esperé.

—Has venido para que tengamos una charla, ¿verdad? Debes tener tanto que contarme del colegio y de los simpáticos amiguitos que hiciste allí, —se inclinó y me besó en la cabeza—. Escúchame una cosa. Esta noche, después de cenar, mientras tu abuelo oye la radio, nos sentaremos en la cocina y tendremos una buena charla tú y yo. Podrás contármelo todo. Tengo muchísimas ganas de que me cuentes cosas, de veras. El abuelo me contó que esa gorda de Mevrouw Vorster a la que le vendimos la granja dice que hablas afrikaans como un bóer. A mí me parece que eso está muy bien, querido, aunque gracias a Dios en este pueblo no tendrás necesidad de hablarlo. El doctor Hennie nos escribió contándonos que te había pasado no sé qué en la oreja. ¿La tienes bien ya?

Asentí y continuó:

—Yo ya estoy mejor, muchísimo mejor. El Señor descendió sobre mí y me tocó y quedé curada. Es una experiencia gloriosa acceder a la luz del Señor, —hizo una pausa, bebió un sorbo de té.

—Madre, ¿dónde está mi niñera?, —pregunté, incapaz ya de contenerme. Hubo una larga pausa, mi madre bebió otro sorbo, bajó la vista hacia el regazo.

Por fin levantó la vista, me miró y dijo dulcemente:

—Bueno, querido, tu niñera ha vuelto a Zululandia.

—La mandaste tú allí, madre, —dije, al borde de las lágrimas.

—Recé y el Señor me habló, Él me guió en mi decisión.

Luego depositó la taza y puso un trozo de tela debajo de la aguja, bajó el pedal, empezó a hacer pasar la tela habilidosamente entre los dedos y a coser con el motor eléctrico. Luego, se detuvo, con un hondo suspiro. Alzó el pedal, cortó el hilo, bajó la vista hacia mí.

—Intenté conducirla hasta el Señor pero ella endureció su corazón contra Él, —alzó la vista hacia el techo como si pidiese confirmación—. No puedes imaginarte cuántas noches pasé de rodillas pidiéndole al Señor que me guiara.

Bajó la vista de nuevo hacia mí, echó la cabeza hacia atrás, frunció los labios.

—Tu niñera no quería quitarse las pulseras y las ajorcas que llevaba. Yo recé sin descanso hasta que el Señor me envió la señal que esperaba. Tu abuelo me contó lo de la visita de aquel horroroso hechicero y que había sido por instigación de tu niñera, —de pronto se le crispó la cara de furia—: ¡Aquél malvado viejo asqueroso y

repugnante manipulando la mente de mi hijo de cinco años! ¡De Dios nadie se burla! ¿Cómo iba a dejar que una negra pagana llena de supersticiones educase a mi único hijo?

Volvió a coger la taza y bebió un sorbo remilgadamente.

—Tu niñera estaba poseída por el maligno, —dijo por último, dando el asunto por zanjado.

Contuve el llanto con todas mis fuerzas. Los pájaros de la soledad ponían huevos dentro de mí a razón de trece por docena. Me bajé de la silla tragándome las lágrimas, me planté delante de mi madre, la miré frente a frente.

—¡El Señor es un mierda!, —grité, y salí corriendo del cuarto.

Corrí por los túneles de Alicia en el País de las Maravillas y bajo las moreras hacia la libertad de la colina, la subida obstaculizada por los sollozos. Llegué por fin a la seguridad de la gran peña y una vez allí me permití una buena llantina.

Caía el sol terrible de la tarde y el pueblo se asaba en el calor abajo. ¿Cuándo iba a cesar aquello? ¿Consistía la vida en perder las cosas que más amamos, como había dicho mi abuelo? ¿No podían mantenerse igual las cosas un poco, hasta que yo me hiciese mayor y comprendiese cómo funcionaban? ¿Por qué había que llevar puesto siempre el camuflaje? Sólo había conocido una persona que no necesitaba camuflaje: mi niñera. Ella reía y lloraba y se asombraba y amaba, y nunca decía lo que no era. Le escribiría una carta y le mandaría el billete de diez chelines y ella sabría así que la amaba. El abuelo sabría qué había que hacer para eso.

Allí sentado, en la peña en la cima de mi colina, mientras se iba poniendo el sol, crecí. Así como lo digo. Los pájaros de la soledad dejaron de poner huevos de piedra, alzaron vuelo de sus nidos de piedra y se alejaron batiendo sus alas horribles y los huevos que dejaron atrás se hicieron polvo. Vino un viento aullante y fiero y se llevó aquel polvo y yo quedé vacío por dentro.

Sabía que volverían, pero que, de momento, estaba solo. Que me daba permiso yo mismo para querer a quien quisiese. Las cuerdas que me ataban al pasado estaban rotas. La vacuidad era una soledad de un nuevo tipo, una soledad libre. No de las que te ponen huevos de piedra dentro hasta agobiarte y hasta desesperarte. Sabía que cuando los pájaros de pico de hueso volviesen yo ya tendría el control, dominaría la soledad, no sería su criado.

Supongo que os preguntaréis cómo un niño de seis años podía pensar eso. Sólo puedo deciros que uno al menos lo hizo.

## NUEVE

—Es un crepúsculo magnífico, ¿ja? Éste siempre es el mejor sitio.

Miré detrás de mí y vi un hombre alto y delgado, más alto, mucho más y puede que hasta más delgado que mi abuelo. Llevaba un sombrero de campo maltrecho y viejo y el cabello, níveo, le llegaba a los hombros. Tenía la cara limpiamente afeitada, llena de arrugas y muy atezada y bronceada; los ojos, de un azul intenso, parecían demasiado jóvenes para aquella cara. Vestía un mono caqui sin camisa, y tenía los brazos y el pecho bronceados también. Las perneras del mono, a partir justamente de debajo de la rodilla, las llevaba ceñidas con leguis que se perdían en unos calcetines enrollados sobre la boca de unas sólidas botas de campo. Llevaba a la espalda una gran bolsa de lona de la que sobresalía más de medio metro en el aire, directamente detrás de su cabeza, un cactus, de cuya piel verdeoscura brotaban largas y peligrosas espinas. Tenía en la mano izquierda una cámara de extraño aspecto que parecía colgarle del cuello sujeta a una tira de cuero.

—Perdóname, por favor, te he sacado una foto. En otras circunstancias no habría hecho una cosa así porque es de mala educación. Fue tu expresión. Ja, la expresión es siempre lo más importante. Sin expresión el ser humano no es más que una masa de carne. Me parece que tienes problemas, ¿ja?

Yo al oír su voz me había puesto enseguida de pie y ahora le miraba con cierto embarazo, desde lo alto de la roca, casi dos metros por encima de donde estaba él. Hizo un gesto señalándome a mí y señalando la peña e incluso el cielo que quedaba detrás.

—La llamaré Niño en la roca, —hizo una pausa y ladeó un poco la cabeza—. Yo creo que es un buen nombre. Tengo tu permiso, ¿sí?

Asentí y pareció complacerle. Soltó la cámara que le quedó colgando del cuello y extendió la mano derecha hacia mí. Estaba demasiado lejos para que nuestras manos se encontrasen, pero yo tendí también la mía y movimos una mano en el aire cada uno de nosotros, uno frente a otro. Como si se tratase de una presentación absolutamente normal.

—Von Vollensteen, Profesor Von Vollensteen, —retiró la mano e hizo una rígida

inclinación desde la cintura.

—Peekay, —dijo, retirando la mano al mismo tiempo que él retiraba la suya. Su cordialidad era contagiosa, y no había ningún aire de superioridad que enturbiase su actitud. Y lo más curioso era que no podía oír nada por detrás de lo que me decía.

—¿Peekay? P-e-e-k-a-y, me gusta ese nombre, suena muy bien. Creo que un nombre como ése le iría bien a un músico.

Me miró achicando los ojos, pensando, luego hizo una brusca inspiración como si hubiese tomado una decisión importante.

—Creo que podemos ser amigos, Peekay, —dijo.

—¿Por qué no se le clavan en la espalda las espinas de ese cactus?

La bolsa de lona era demasiado fina para que pudiese protegerle de aquellas terribles espinas de siete centímetros.

—¡Ja! Es una buena pregunta, Peekay. Te daré una oportunidad de dar con la respuesta y si no aciertas pagarás una multa.

—Le ha quitado las espinas de la parte que está en la bolsa.

—Bueno, eso es algo posible, es también una buena respuesta, pero, —movió la cabeza muy despacio—, pero no es la verdad. Lo siento Peekay, has de pagar la multa, y luego debes intentar otra vez dar con la respuesta.

Se dio una palmada en la tripa y luego continuó.

—Vamos a ver... ¡Ja! Ya sé lo que haremos. Tienes que poner las manos así —puso las manos en las caderas—, y luego nos pondremos a la pata coja y diremos: «Haya pasado lo que haya pasado, a partir de hoy no volveré a estar triste». ¡Definidivamende!

Me puse a la pata coja allí en la peña con las manos en las caderas, pero cada vez que empezaba a decir lo que él había dicho se me escapaba la risa y perdía el equilibrio. Pronto estábamos los dos riéndonos a carcajadas, yo en lo alto de la peña, y el profesor Von Vollensteen bailando abajo, dándose palmadas en los muslos, el cactus sujeto a su espalda como el niño verde de una india piel roja. La primera parte podía decirla bien, pero cuando llegaba al «¡Definidivamende!» del final no podía con él y perdía el equilibrio porque me daba risa.

Por último el profesor Von Vollensteen se sentó, harto ya de reírse, sacó un gran pañuelo rojo de hierbas del bolsillo del mono y se secó los ojos.

—Mi inglés no es muy bueno, ¿ja?, —me hizo señas para que bajara y me sentara a su lado—. Ven, se acabaron las multas, es demasiado peligroso. La próxima vez puedo morirme de risa, ven, Peekay, te enseñaré el secreto.

Señaló con el pulgar por encima del hombro indicando el cactus.

—Pero primero, —añadió—, he de presentarte a este verde y espinoso amigo que viaja gratis a mi espalda.

Bajé de la peña y me senté a su lado.

—Peekay, éste es *Euphorbia grandicornis*, es un cactus muy tímido y muy difícil de encontrar en estas regiones.



—Hola, —le dije al cactus, sin saber muy bien qué más decir.

—Bien, ahora que habéis sido presentados puedes ver ya por qué el señor *Euphorbia grandicornis* no me pincha la espalda.

Miré en la bolsa de lona. Dentro había una pequeña pala desmontable y las raíces del cactus estaban envueltas en arpillera y atadas con una tosca cuerda. La parte de la bolsa que se apoyaba en la espalda del profesor Von Vollensteen estaba hecha de un cuero demasiado grueso para que pudieran atravesarlo los largos pinchos.

—No soy tan estúpido, ¿eh?, —dijo con una sonrisa.

—¡Caray! Si me hubiese dado otra oportunidad lo habría adivinado, —dije convenciéndome inmediatamente de ello.

—¡Sí, seguro que sí! Es fácil ser un schmarty pantz cuando ya conoces el truco.

—De veras, señor Profesor Von Vollensteen, creo que podría haber adivinado la respuesta, —protesté, ansioso ya de impresionarle.

—¡De acuerdo! Entonces te daré una oportunidad más. Un profesor no es un señor, pero un señor puede ser un profesor. ¿Podrías contestarme a eso, señor Schmarty Pantz?

Me senté en una piedra intentando desentrañar aquello, con el corazón encogido, porque casi al momento me di cuenta de que me ganaría. Yo había pensado simplemente que su nombre de pila, como Peekay, era un poco raro, nunca había oído que nadie se llamase profesor, pero, claro, también yo era el primer Peekay del que tenía noticia, así que, ¿quién era yo para juzgar?

—Me rindo, Señor, —dije, sintiéndome tonto de remate—, ¿qué es un profesor?

Él se había quitado la bolsa de la espalda y tenía otra vez la cámara en las manos.

—Peekay, eres un genio, amigo mío. Mira lo que acabamos de encontrar debajo de esa roca donde tú estás sentado. ¡El Aloe microsfigma!

Me levanté y me puse a su lado de rodillas a mirar debajo de la roca. En su base, entre la hierba, había una pequeña colonia de diminutos áloes moteados, ninguno mayor que una moneda de dos chelines. Incluso a corta distancia habría sido difícil verlos e imposible para alguien no adiestrado. El viejo retiró la hierba, se echó en el suelo boca abajo y enfocó con la cámara a los diminutos suculentos. El crepúsculo bañaba las plantas de una luz rojiza.

—La luz es perfecta, pero tengo que trabajar deprisa, —dijo.

Le temblaban las manos de emoción manejando la cámara. Por fin accionó el dispositivo y volvió a ponerse despacio de rodillas. Luego sacó del bolsillo del mono una navaja Joseph Rogers, separó con ella cuatro áloes, dejando el doble por lo menos. Me acercó las pequeñas plantas en la mano para que las viera.

—*Wunderbar*, Peekay, pequeños, pero qué perfectos. Un buen presagio para nuestra amistad.

He de confesar que yo no estaba demasiado impresionado, pero aun así me sentía contento de que él se sintiese feliz.

—No me ha dicho qué es un profesor.

Envolvió los pequeños áloes en su pañuelo de hierbas y los metió con mucho cuidado en la bolsa de lona, que volvió a echarse a la espalda.

—Ja, eso me gusta, tienes buena concentración, Peekay. ¿Qué es un profesor? Una buena pregunta.

Se incorporó y contempló el sol moribundo.

—Un profesor es una persona que bebe demasiado *whisky* y que interpretaba a veces bien a Beethoven y a Brahms y a Mozart, e incluso también cuando no era algo serio a Chopin. Una persona que era capaz de inspirar respeto en Viena, Leipzig, Varsovia y Budapest, y también, ja, una vez en Londres, —se le aflojaron los hombros visiblemente—. Un profesor es también una persona que no puede ya inspirar respeto a unas muchachitas que ni siquiera saben manejar el teclado.

Me di cuenta de que su humor alegre de antes había cambiado y que había una conversación extraña en marcha dentro de su cabeza. Pero luego sus ojos recuperaron el brillo con la misma brusquedad.

—Un profesor es un maestro, Peekay, tengo el honor de ser un maestro de música.

Me puso la mano en el hombro. Era la primera vez que me tocaba y el gesto era espontáneo y cordial, como podría tocarte otro niño con el que estás jugando.

—Tú puedes llamarme Doc. Porque, sabes, yo soy también doctor en música, todo es lo mismo. Soy demasiado viejo y tú eres demasiado joven para señor tal o profesor cual. Tú y yo no nos esconderemos detrás de algo tan insignificante. Sólo Peekay y Doc. ¿Te parece un buen plan?

Asentí, pero me sentía demasiado tímido para decir que sí en voz alta. Él pareció notar mi resistencia.

—¿Cómo me llamo, Peekay?, —preguntó despreocupadamente.

—Doc, —contesté con timidez. El otro único adulto con el que había mantenido una relación tan familiar había sido Hoppie y me daba un poco de miedo.

—¡Al cien por cien! Te pongo un once sobre diez por eso. ¡Definidivamende!, —dijo, y nos echamos a reír los dos.

El sol se pone muy deprisa en el *bushveld*, así que bajamos la ladera corriendo para llegar abajo antes que oscureciera, las piedrecitas rodando delante de nosotros. Abajo empezaban a encenderse las primeras luces, empezaban a humear las chimeneas, las cansadas sirvientas preparaban la cena para sus amas blancas antes de lavar los platos e irse a casa, a la zona nativa.

—Así que tú eres el que vive ahora en la rosaleta inglesa, —dijo Doc cuando llegamos a la hilera de moreras oscura—, tengo que enseñarte mi jardín de cactus.

Aunque estaba demasiado oscuro para verle la cara, me di cuenta de que sonreía.

—Volveremos a vernos, mi buen amigo Peekay.

Me tocó levemente y contemplé su figura alta y desgarrada con el *Euphorbia grandicornis* que sobresalía por encima de su cabeza y se balanceaba en la creciente oscuridad.

—¡Buenas noches, Doc!, —dije y luego grité, se me ocurrió de pronto—:  
¡Euphorbia grandicornis y Aloe microfigma!

El viejo se volvió en la oscuridad:

—Magnífico, Peekay. ¡Definidivamende!

Euphorbia grandicornis, le di vueltas en la cabeza al nombre, qué nombre tan elegante para un viejo cactus tonto lleno de pinchos. Por un instante me pregunté qué tal resultaría como nombre para un boxeador, pero lo rechacé casi inmediatamente, Euphorbia grandicornis no era un nombre adecuado para el próximo campeón del mundo del peso medio.

Cuando entré en la cocina, Dum y Dee desviaron la vista y Dee dijo:

—La señora quiere verte, *Inkosikaan*, —me miraba nerviosa; Dum se acercó y extendió la mano y me tocó.

—Hemos puesto comida debajo de tu cama en la cacerola del agua nocturna, —cuchicheó y se abrazaron las dos y gimieron nerviosas por la posibilidad de que pudiesen descubrirlas.

Llamé a la puerta de la sala de costura de mi madre.

—Adelante, —dijo y alzó la vista cuando entré. Luego se inclinó sobre la máquina de coser, accionó el pedal y se estuvo un buen rato cosiendo.

Ella no sabía, claro, que estaba tratando con un veterano del interrogatorio y del castigo, y que como me había hecho adulto de pronto en la colina era invencible. Un auténtico duro.

Por fin paró, se quitó las gafas, se frotó la parte de arriba de la nariz con el pulgar y el índice, lanzó un suspiro hondo.

—Me has ofendido y has ofendido muchísimo al Señor, —dijo por fin—. ¿Es que no sabes que el Señor te ama?

No esperó mi respuesta, añadió sin pausa:

—El Evangelio dice: «Cualquiera que dañe un solo cabello de la cabeza de uno de mis pequeños, me daña a mí también».

Yo le había oído decir lo mismo a Pik Botha, lo que confirmaba más o menos todo lo que pensaba yo sobre el Señor. Pik Botha y mi madre y el pastor Mulvery trabajaban todos para la misma persona.

—Esta tarde, —continuó mi madre—, cuando tuve mi rato de tranquilidad con Él, el Señor me habló. No recibirás una paliza, pero de Él nadie se burla, así que te irás ahora mismo a tu habitación sin cenar.

—Sí madre, —dije y me volví para irme.

—¡Espera un momento! No me has pedido perdón por tu conducta, —su mirada era de pronto penetrante y colérica.

Bajé la cabeza como solía hacer con Mevrouw.

—Perdóname, madre, —dije.

—No es suficiente, entiendes. ¿Te crees que es fácil para mí luchar porque salgamos adelante? Yo no puedo cansarme nunca, claro, yo soy sólo tu madre, la

mula de carga de esta casa. A ti lo único que te importa es esa negra, esa negra zulú asquerosa.

La cólera se le esfumó de pronto y los ojos se le llenaron de lágrimas de tanta pena que sentía hacia sí misma. Cogió el vestido que estaba haciendo, se lo llevó a los ojos, empezaron a temblarle los flacos hombros, luego rompió a llorar.

—No creo que pueda soportar mucho más, primero tu abuelo, luego esas dos de la cocina y ahora tú.

Alzó la vista hacia mí, su bello rostro crispado y deformado por el llanto. Luego, volvió a enterrar la cabeza en el vestido con un gemido brusco y empezó a lloriquear histéricamente. Yo sentí un alivio enorme, aquello me recordaba mucho más a mi antigua madre, era uno de sus ataques, y yo sabía exactamente lo que tenía que hacer.

—Te prepararé una buena taza de té y un Aspro y luego te acostarás y dormirás un rato, —dije, y salí del cuarto.

Dum y Dee se alegraron muchísimo de que no hubiese recibido una paliza y me prepararon rápidamente el té y le dieron vueltas y vueltas en la mesa de la cocina para que se hiciese enseguida. Dee me dio dos Aspros de un frasco grande que se guardaba en un armario que había encima de la fregadera y yo me los metí en el bolsillo, pues tenía miedo a que se mojaran si los ponía en el platito y se derramaba el té sobre ellos.

Cuando entré en el cuarto de costura mi madre estaba sentada a la máquina deshaciendo puntadas. Tenía los ojos enrojecidos de llorar, pero, por lo demás parecía muy tranquila. Puse la taza de té con mucho cuidado en la mesa que había junto a la máquina y saqué del bolsillo los Aspros y se los puse al lado.

—Gracias, —dijo con voz tensa, sin levantar la vista—. Ahora vete directamente a tu habitación, y no puedes salir hasta por la mañana.

Era un castigo leve, yo esperaba cosas mucho peores. Dum y Dee me habían dejado en el orinal tres salchichas frías, dos patatas asadas grandes y un par de mandarinas, todo un festín. No pude hacer más que dormir después del banquete, había sido un día largo y muy bueno. Los pájaros de la soledad habían huido y había conseguido un nuevo amigo llamado Doc y había aprendido varias cosas nuevas. *Euphorbia grandicornis* era un feo cactus verde de largas espinas de aspecto peligroso, *Aloe microsfigma* era un áloe pequeño moteado aficionado a esconderse debajo de las rocas y un profesor era un maestro que enseñaba música. Además, había una rosa que se llamaba Butt, y otra que se llamaba Crepúsculo Imperial.

Al día siguiente le escribiría una carta a mi niñera y le mandaría los diez chelines. Eso le gustaría y sabría que había alguien que la amaba. Me quedé dormido pensando en lo grande que tendría que ser el hoyo que habría que hacer para enterrar a Hettie la Grande, en Hoppie luchando contra Adolf Hitler, que probablemente sería una pelea mucho más fácil que la de Perforadora Smit, y en cómo iba a convertirme yo en campeón del mundo de los pesos medios.

Dos días después estaba yo sentado en el porche de la entrada viendo cómo pasaban por delante de casa camiones del ejército, pues había descubierto que estaban instalando un campamento militar en el valle a unos cuatro kilómetros y medio del pueblo. Los grandes camiones caqui Bedford, Chevrolet y Ford llevaban dos días pasando por allí, las cajas tapadas con toldos de lona embreada. Pero llevaban sobre todo tiendas y madera y otras cosas precisas para construir un campamento militar.

Mi abuelo había dicho, al oír la noticia en la radio, que aquello era típico de los peces gordos del ejército, instalar un campamento en el punto final de un ramal ferroviario, desde donde no podían trasladarse tropas con rapidez suficiente a ninguna parte, y menos aún a Lourenço Marques, donde no se podía confiar que los portugueses mantuviesen la neutralidad ni un momento siquiera.

Volvió a avivarse inmediatamente mi miedo a Adolf Hitler. Descubrí que Lourenço Marques quedaba a sólo unos doce kilómetros de distancia si atravesaban Swazilandia. Me alegré de que mi abuelo hubiese tenido la dirección de mi niñera en Zululandia, de haberle mandado un giro postal con mis diez chelines, haberle transmitido mi amor en una carta y haberle adjuntado una foto de hacía mucho en la que ella me tenía en brazos. Si no encontraba a nadie que le leyese la carta, sabría que era mía, y mi plan de fuga original seguiría incólume.

Estaba muy contento de tener el ejército tan cerca. Era evidente que Lourenço Marques, el puerto más cercano, era el sitio al que Adolf Hitler tenía previsto enviar a todos los rooineks de aquellas regiones para echarlos al mar. Aunque se tratase de un ejército situado al final de un ramal secundario era mejor tener aquello que no contar con nada.

Mi madre añadió que Lourenço Marques probablemente estuviese hirviendo de espías alemanes en aquel preciso momento, y que probablemente esos espías utilizasen claves en Radio Lourenço Marques para transmitir mensajes a los nazis bóers que estaban conspirando para destruir el país desde dentro. Yo pensé en el juez y en el señor Stoffle y en que escuchaban siempre la radio. Cuando mi abuelo dijo que todo eso eran pamplinas, yo no me sentí tan seguro.

Estaba viendo pasar un convoy de ciento cinco camiones del ejército, el mayor hasta entonces, mientras pensaba en estas cosas, así que no me di cuenta que subía Doc por la cuesta casi hasta que estaba ya en la verja.

—Buenos días, Peekay.

Vestía un traje blanco de lino y llevaba un jipijapa, así que casi no le reconocí. Llevaba también una bolsa de cuerda y un bastón de empuñadura de plata y un sobre grande debajo del brazo.

—Buenos días, Doc, —dije, y me levanté enseguida. Se me hacía un poco raro decir su nombre en alto, a pesar de que me lo había repetido mil veces mentalmente.

—¿Puedo entrar, ja?, —bajé rápidamente los escalones para abrirle—. Es una visita oficial, Peekay, he venido a ver a tu madre.

Me sentí absurdamente decepcionado. No sabía que conociese a mi madre. Le

seguí escaleras arriba.

—Nos presentarás tú, por favor, —dijo cuando llegamos al porche.

Absurdamente satisfecho de ser su primer amigo, abrí la puerta de la casa y le pasé al recibidor. En la granja había habido muy pocas visitas, pero el ritual era inconfundible. Primero hacías sentarse a la gente y luego les dabas café y pastel. Le dije a Doc que se sentase y, aunque lo hizo, se quedó plantado primero en el centro de la piel de cebra y echó un vistazo alrededor examinando la habitación detenidamente. Cuando llegó al reloj antiguo hizo una pausa y dijo: «Inglés, Londres, hacia 1625, una pieza muy valiosa». Sacó un Hunter de oro del bolsillo del chaleco, lo abrió y lo examinó brevemente. «Cuatro minutos al mes», dijo, y lo volvió a guardar. Me dejé asombrado el que supiese cuánto atrasaba nuestro reloj, pues había acertado. Pensé que quizá se lo hubiese dicho mi abuelo.

—¿Conoce usted a mi abuelo?, —le pregunté.

—Aún no he tenido ese placer, pero no habrá problema, los dos somos hombres de espinas, yo de cactus, él de rosas. Los ingleses y los alemanes no son tan diferentes. No habrá problema, ya verás, —dijo esto precisamente en el momento en que yo me disponía a salir del recibidor para decirles a Dum y a Dee que trajesen café y pastas.

Me quedé consternado, ¡el profesor Von Vollensteen era alemán! ¿Qué iba a hacer yo? Mi abuelo se había ido a la biblioteca del pueblo a cambiar unos libros, aunque era preferible, en realidad, que no estuviese. No se sabía lo que podría hacer al verse frente a frente con un alemán, aunque a mí no me parecía que tuviese muchas posibilidades, ni siquiera con Doc. Decidí no decirle nada a mi madre, podía darle una rabieta fulminante.

Dum y Dee habían sabido no sé cómo que teníamos visita y estaban preparando ya las cosas del té y medio pastel canario en un plato. Al acercarme al otro lado de la casa para decirle a mi madre que tenía una visita empecé a oír el rumor de la máquina de coser. Llamé antes de abrir la puerta.

—Hay una persona que ha venido a verte, madre, —grité por encima del ruido de la máquina. Paró de coser y alzó la vista y me miró.

—Dile que pase, querido, debe ser la señora Cameron que quiere su falda.

—Es el profesor Von Vollensteen, quiere verte, —dije en voz baja.

—¿Profesor qué?, —preguntó, quitándose las gafas y mirándome fijamente.

—Es un maestro, un maestro de música, —dije nervioso, intentando ocultar mi confusión. Ella se levantó, se atusó el pelo y cogió su bolso. Sacó de él una polvera y se empolvó rápidamente la nariz mirándose en el espejito de la tapa interior.

—Bueno, aquí no puede enseñar música, no tenemos tanto dinero como para eso, —dijo, volviendo a colocar la almohadilla en la polvera y cerrándola. Salí detrás de ella, no muy seguro del recibimiento que le iba a dispensar a Doc.

Pero mi madre estaba educada en el campo y en el campo se trataba a todos los visitantes cortésmente, fuese cual fuese el objetivo de su visita. Doc se levantó del

sofá cuando ella entró y le tendió la mano.

—Señora, —dijo, con una ligera inclinación—. Profesor Karl Von Vollensteen.

Mi madre le dio la mano y él la tomó un instante y se inclinó ante ella juntando los talones.

—Siéntese, por favor, Profesor, ¿tomará usted café con nosotros?, —no le llegaba más allá de la cintura, cuando Doc se sentó sus cabezas quedaron a la misma altura.

—Es usted muy amable, Señora. Hoy tenemos dos cosas.

Después de decir esto buscó en la bolsa de cuerdas que tenía a sus pies y sacó una lata de mermelada en la que había una plantita. Sólo tenía dos hojas que brotaban muy derechas de la lata y que tenían por los bordes un tinte rosado. Parecían exactamente dos orejas de conejo de un verde claro.

—Por favor permítame que le presente a *Kalanchoe thyrsiflora*, sumamente rara en estas regiones, considerada con frecuencia, erróneamente, una planta normal, aunque le aseguro a usted, Señora, que se trata de un verdadero cactus.

Luego le entregó la lata de mermelada a mi madre que comentó que quizá no pudiese recordar el nombre y se echó a reír con risa nerviosa.

—Ja, es un nombre difícil, pero, si usted quiere, puede llamarle simplemente Orejas de Conejo, —dijo caritativamente él, aunque dando a entender por el tono que aplicar un nombre tan vulgar al pequeño cactus sería hacerle de menos.

Entraron Dum y Dee, Dee con una bandeja en que traía las tazas y el pastel y Dum con la cafetera de porcelana que utilizábamos para las visitas. Dee puso la bandeja en el carrito y lo acercó con cuidado a donde estaba mi madre, que la mandó a buscar un cuchillo para el pastel. Dum, la espalda muy derecha y el brazo rígido, dobló las rodillas casi hasta el suelo para poder posar la cafetera en el carrito sin ninguna posibilidad de que se derramara café. Luego fue enviada también a la cocina a por el colador.

—Ya se lo puedes decir cien veces que es inútil, no sé qué tienen en la cabeza, —dijo mi madre, con un suspiro, y luego dejó la planta en el estante de abajo del carrito.

Yo me había quedado al lado de su silla, de pie, y después de dejar la planta en el carrito se volvió y me dijo.

—Puedes irte ya.

Doc levantó la vista.

—Disculpe, Señora, pero me gustaría que Peekay se quedase, si no tiene usted inconveniente.

—¿Quién?, —dijo mi madre.

—Su hijo, Señora, me gustaría mucho que se quedase.

Mi madre se volvió hacia mí.

—¿Pero qué demonios has estado contándole al profesor? ¿Quién es Peekay?

—Es mi nuevo nombre; no te había hablado de ello aún, —dije ruborizándome. Ella se echó a reír, pero me di cuenta de que estaba enfadada.

—Vamos, pero qué tiene de malo tu nombre, querido me miró de un modo muy raro, luego se volvió a Doc. —Por supuesto que puede quedarse, pero lamento decirle que nuestra familia no ha tenido nunca mucho oído para la música y las lecciones serían demasiado caras.

Sin mirar a Dee y a Dum, que habían vuelto a entrar en el recibidor y estaban ya junto a ella, extendió la mano para coger el cuchillo y el colador y las despidió con un impaciente cabeceo.

—Se lo agradezco muchísimo, Señora.

Mi madre cogió la cafetera.

—Sólo, sin azúcar, —dijo Doc, inclinándose hacia adelante en previsión.

Mi madre le sirvió el café.

—¿Un trocito de pastel, Profesor?

Doc alzó la mano en un gesto de rechazo.

—Gracias, —dijo.

Era un hábito que tenía, y al que me habría de resultar difícil acostumbrarme, el decir «gracias», cuando quería decir «no, gracias», y es evidente que mi madre le interpretó mal, porque puso un trozo del pastel canario en un platito y se lo pasó con el café. Él lo aceptó sin protestar.

Luego dejó café y pastel sobre la piel de cebra, entre sus piernas, y cogió el sobre.

—Y ahora tenemos aquí la segunda cosa, —le chispearon los ojos al darle el sobre.

—Vaya, vaya, ¿qué podrá ser?, —dijo mi madre, abriendo aquel enorme sobre.

Sacó de él la foto más grande que yo había visto en toda mi vida y que resultó ser, para mi asombro, de mi propia persona. Era yo mismo sentado en la peña de la cima de la colina.

—¡Caramba!

Mi madre miró la foto y se quedó un momento sin saber qué decir. Se veían claramente todos los detalles, hasta los líquenes de la peña, yo nunca había visto una reproducción tan clara. Haces de luz solar atravesaban una nube bordeada de plata que parecía estar directamente detrás de la peña en la que estaba yo sentado. Mi cuerpo, medio en sombra, parecía estar unido a la peña. Aunque yo no lo supiese entonces, era una foto extraordinaria. Mi madre habló por fin:

—¿Cuándo la hizo? ¡Es tan triste! ¿Por qué le hizo una foto cuando estaba tan triste?

Doc se frotó la barbilla, no era evidentemente el comentario que esperaba y necesitó unos instantes para pensar la respuesta. Ignorando la primera pregunta se inclinó hacia adelante mientras contestaba la segunda.

—Ja, así es. Sólo hay un gran cuadro que nos muestre a un hombre cuando se está riendo, Franz Hals, *Caballero riéndose*, 1624, —señaló luego el viejo reloj—. En esa época hicieron también ese reloj. La risa, señora, la utilizan los seres humanos para ocultar la verdad, al artista sólo le interesa revelarla.



Se echó hacia atrás, claramente satisfecho de su respuesta.

—Vera usted, Profesor, todo eso es demasiado profundo para gente sencilla del campo como nosotros. Él no es más que un niño muy pequeño, ¿sabe? Prefiero que sonría.

—¡Por supuesto! Pero a algunos la tristeza, y el entendimiento, les llegan muy pronto en la vida. Es parte de la inteligencia.

Mi madre se puso muy derecha.

—Parece que sabe usted muchísimo sobre mi hijo, Profesor. No puedo entender cómo, hace sólo tres días que ha vuelto a casa del internado.

Doc juntó las manos en una palmada, alegremente.

—¡El internado! Ja, creo que eso lo explica todo. Para un niño como éste el internado es una cárcel, ¿ja?

Mi madre estaba empezando a mostrar su impaciencia, tamborileaba con los dedos en los brazos del sillón, un indicio seguro de que las cosas no iban bien.

—No tuvimos elección, Profesor. Yo estaba enferma. Uno ha de hacer lo que le permiten hacer las circunstancias, —bajó la vista. Aún no había probado el café.

Doc parecía darse cuenta de pronto de que había ido demasiado lejos.

—Perdóneme, Señora, —se inclinó hacia adelante—. No lo dije con intención de hacerla enfadar. Su hijo es un niño muy dotado. No sé en qué, no sé cómo. Sólo pido que ojalá lo sea para la música. Hoy he venido a pedirle una cosa, por favor, Señora: ¿me deja que le enseñe?

Dijo todo esto delicadamente, con mucha consideración. Me di cuenta de que mi madre se tranquilizaba, la voz de Doc había halagado su ego.

—¡Vaya! He de confesar que parece usted saber más de él que su propia madre. Yo no veo que sea nada distinto de cualquier otro niño de su edad, —dijo malhumorada, aunque me di cuenta de que sólo lo fingía y que en el fondo estaba satisfecha por aquel cumplido; mi madre era una mujer orgullosa y no aceptaba caridad de nadie—. Pero es imposible. Las lecciones de piano no crecen en los árboles, Profesor.

—Ja, bien cierto. Pero tampoco los cactus, creo yo, —los ojos de un azul intenso de Doc indicaban que estaba divirtiéndose—. Durante dos años he buscado el Aloe microfigma, por aquí, por allá, por todas partes. Luego, ¡zas! Me siento en una roca y aparece Aloe Microfigma. El chico es un genio. ¡Definidivamende!

—¿Pero se puede saber de qué está usted hablando, Profesor? ¿Qué han hecho ustedes dos?, —aunque antes se había enfadado ahora era evidente que estaba encantada con él.

—Señora, nos encontramos en la cumbre de la montaña sólo con el rostro de Dios sobre nosotros, la foto fijará ese momento para siempre, —encogió sus flacos hombros—. Fue el destino, el nuevo hombre cactus ha llegado.

Mi madre no sabía muy bien cómo interpretar esto.

—Profesor, yo soy una cristiana renacida, en esta casa sólo se invoca el nombre

de Dios para alabarlo, —dijo, sobre todo para ocultar su desconcierto, pero también por precaución para que Doc no adoptase una actitud excesivamente familiar con el Altísimo.

—Dios y yo no tenemos ningún pleito, Señora, el Todopoderoso concibió la planta del cactus. Si Dios eligiese una planta para representarle, yo creo que elegiría de entre todas ellas el cactus. El cactus posee todas las bendiciones que Él intentó otorgar al hombre, casi siempre en vano. Déjeme que le explique. El cactus es humilde pero no sumiso. Crece donde no es capaz de crecer ninguna otra planta. No se queja si el sol le quema la espalda, ni si el viento lo arranca del acantilado o lo sepulta en la arena seca del desierto, ni si está sediento. Cuando llega la lluvia almacena agua para futuros tiempos difíciles. Florece lo mismo en el buen tiempo que en el malo. Se guarda del peligro, pero no hace daño a ninguna otra planta. Se adapta perfectamente casi a cualquier medio. Tiene paciencia y le gusta la soledad. En Méjico hay un cactus que sólo florece una vez cada cien años y de noche. Eso es santidad de un grado extraordinario, ¿no está usted de acuerdo? El cactus tiene propiedades que le permiten curar las heridas de los hombres, y se extraen de él pociones que pueden hacer que un hombre toque el rostro de Dios o se asome a la boca del infierno. Es la planta de la paciencia y de la soledad, del amor y de la locura, de la belleza y de la fealdad, de la dureza y de la suavidad. ¿No cree usted que de todas las plantas fue al cactus la que Dios hizo a su propia imagen? Cuenta con mi respeto eterno y es mi pasión.

Después de decir esto hizo una pausa y señaló a la plantita verde de la lata de mermelada.

—*Kalanchoe thyrsiflora*, qué tímida damita. Tardé dos años en encontrarla, ahora crece feliz en mi jardín de cactus y sus grandes orejas oyen todas las murmuraciones.

—Todo eso es muy bonito, Profesor, desde luego, pero ¿qué significa?, —dijo mi madre. Me di cuenta de que estaba desconcertada, que no sabía en el fondo si Doc había alabado a Dios o había blasfemado contra él.

—Yo ya no tengo tan buena vista. Si el chico quisiera venir conmigo a recoger especímenes de cactus, yo le enseñaría música, es un buen plan, ja, ¡cactus por Mozart!

A mi madre parecía complacerla, fue como si hubiese penetrado en su cabeza una idea nueva.

—Su abuela era muy creativa, una artista, sabe. Pero no sé si ha habido algún músico en la familia, quizá papá lo sepa.

Señaló los dos cuadros de rosas que había uno a cada lado de la librería.

—Son obra suya, —dijo con modestia—, sólo pintaba rosas.

Doc ni siquiera se volvió a mirar los cuadros.

—Ya los vi al entrar, están muy bien.

La idea de un músico en la familia era evidentemente del gusto de mi madre. Los bóers tienen una facilidad innata para la música y cualquier excusa para una reunión

hace que aparezcan concertinas y guitarras y hasta algún esporádico violín. Era el único rasgo que les redimía, según ella. La idea de un hijo que tocara el piano, y no digamos ya música clásica, era un triunfo social de un género con el que ella jamás había soñado tropezarse. Un pianista clásico en la familia era un nivelador social casi tan bueno como el dinero, incluso en aquel pueblo predominantemente angloparlante.

Yo aún no sabía que la Misión de la Fe Apostólica, que creía en el renacer, el bautismo por inmersión, el don de hablar lenguas y la curación por la fe, ocupaba un nivel de consideración muy bajo en la escala social. Barberton no era un tipo de población en que se fomentase el gritar cuando se rezaba o la súbita combustión religiosa espontánea en el seno de una iglesia carismática. Mi madre se debatía continuamente entre la necesidad de mantenerse fiel al Señor y a su congregación menospreciada y su simultánea aspiración a ingresar en las filas de la «gente bien».

El buen Pisskop al piano prometía ser un instrumento decisivo para asentar la posición social de la familia. Se ratificó el acuerdo cuando ya llegaba la señora Cameron a probarse su vestido. A cambio de andar por los cerros como compañero constante de Doc, recibiría clases gratuitas de piano. Tuve que esforzarme muchísimo para mantener el camuflaje y ocultar la alegría. Aunque no tenía noción alguna de lo musical, el tono y la armonía habían sido desde el principio una parte básica de mi vida con mi niñera.

Pasé la mayor parte de los largos meses de verano con Doc, escalando los cerros de los alrededores de Barberton. Solíamos aventurarnos por los *kloofs* sombríos en que los cerros formaban profundos pliegues al pie de las verdaderas montañas. Estas hondonadas verdes y húmedas de helechos arborescentes y de altos y viejos árboles amarillos, con las ramas cubiertas de líquenes barbudos y de parras de vides silvestres, eran un contraste fresco y sombreado frente a los cerros yermos y cocidos por el sol, cubiertos de áloe, matorral espinoso, rocas y hierbas ásperas.

De vez en cuando veíamos alzarse majestuoso sobre el dosel de ramas un solitario quiebrahacha. Estas reliquias habían escapado a las hachas de los mineros que habían vagado por aquellos cerros buscando oro cincuenta años antes. Las montañas estaban salpicadas de minas que penetraban en la tierra por faldas y laderas, galerías y pozos oscuros entibados con troncos que debían de haber vivido por allí un millar de años antes.

Doc me enseñaba los nombres de las plantas floridas. El azúcar silvestre con sus llamativos brotes blancos. Un lejano borrón de rojo anaranjado brillante significaba normalmente un granado silvestre. Aprendí a diferenciar entre especies de fucsia arborescente, a detenerme y a estrujar las hojas del arbusto del alcanfor y a aspirar su olor grato y perfumado. Identificaba los brotes amarillo claro de la gardenia silvestre y los capullos del aliso de agua. Colgaban de los árboles altos envueltas en bastones de musgo las lianas, que tenían nombres como alegría del viajero, alcaparras de limón, azafrán trepador, cuerda de la leche, raíces de David. Nada escapaba a la curiosidad de Doc, que me enseñó esa lección de incalculable valor de la

identificación. Pronto empezaron a distribuirse en mi mente, en orden esquemático, árboles y hojas, matorrales, parras, lianas y líquenes, al explicarme él la naturaleza de los ecosistemas del matorral y el kloof y de la alta montaña.

—Todo encaja, Peekay. No hay nada que no pueda explicarse. La naturaleza es una reacción en cadena. Una cosa sigue a otra, todo depende de algo más. Lo más pequeño es tan importante como lo más grande. Mira, —decía, y señalaba una pequeña liana enrollada en torno a un arbolito—, ese arbolito es una essia que puede alcanzar hasta treinta metros de altura, pero la liana ganará y el árbol morirá asfixiado mucho antes de poder ver el cielo.

Solía utilizar analogías de la naturaleza.

—Ja, Peekay, en la vida una idea empieza siempre siendo pequeña, es sólo un retoño de idea, pero las lianas vendrán e intentarán ahogar tu idea para que no pueda crecer, y morirá, y tú nunca sabrás que tuviste una gran idea, una idea tan grande que podría haber alcanzado treinta metros de altura, que podría haber atravesado el dosel oscuro de hojas y rozado la cara del cielo.

Me miró y luego continuó:

—Las lianas son gente que tiene miedo a la originalidad, a las ideas nuevas; la mayoría de la gente con la que te tropiezas son lianas, cuando eres una planta joven son muy peligrosas, —sus ojos azules penetrantes miraron a los míos—. Escúchate siempre a ti mismo, Peekay. Es mejor estar equivocado que limitarse a seguir lo convencional. Si te equivocas, no importa, habrás aprendido algo, y crecerás más fuerte. Si aciertas habrás dado otro paso hacia una vida plena.

Luego suspiró y me miró achicando los ojos.

—Los especialistas, ¿qué te dije yo sobre los especialistas, Peekay?

—No se puede seguir siempre la opinión especializada. Si le preguntas a un pollo cómo debería estar relleno siempre te dirá que con saltamontes, gusanos y lombrices, —esto aún seguía pareciéndome divertido, pese a haberlo repetido ya cien veces.

Otras veces Doc me demostraba cómo un pequeño hilillo de agua que bajaba por una pared rocosa iba, poco a poco, agrupando alrededor de su delantal húmedo helechos y luego matorral y más tarde árboles y lianas hasta que el kloof se convertía en una red interdependiente de plantas, insectos, aves y vida animal.

—Siempre deberías ir a la fuente, a la pared rocosa, al principio, cuanto más sabes, mejor puedes controlar tu destino. El hombre es el único animal que puede almacenar conocimiento fuera de su cuerpo, esto lo ha hecho más grande que las criaturas que lo rodean. Todo ha sucedido antes, si sabes qué pasó antes, sabrás qué sucede ahora. Tu cerebro, Peekay, tiene dos funciones: una la del pensamiento original y otra la de biblioteca de referencia; utilízalo para que te indique dónde debes buscar, y entonces tendrás a tu disposición todos los cerebros que han existido.

Doc estaba siempre hablando. Muchas de las cosas que me decía tardaría años en entenderlas, pero de todos modos aquello iba empapándome, iba almacenándolo en mi joven y torpe inteligencia, donde maduraría más tarde y podría aprovecharlo. Él

me enseñó a leer buscando sentido e información, a tomar notas y a aclararlas con viajes a la biblioteca de Barberton, donde la señora Boxall lanzaba un gran suspiro cuando entrábamos los dos.

—¡Aquí están los *messpots*!

Decía que se había pasado horas y horas borrando las notas a lápiz escritas al margen de los libros que nos prestaba. Como insistía en ello, Doc le decía que aquellas notas hacían los libros más valiosos. La señora Boxall arqueaba una ceja:

—¿Escritas en alemán y por un niño pequeño?

Pero no creo que a la señora Boxall le importase en realidad. Los libros sobre pájaros, plantas e insectos, raras veces salían de la biblioteca y casi no los utilizábamos más que nosotros. Además, la mayoría de los libros de la sección de historia natural habían pertenecido a Doc, que adoptaba una actitud de propietario hacia la biblioteca del pueblo. Su pequeña casa de campo había acabado haciéndose demasiado pequeña para tanto libro y había ido dándoselos a la biblioteca que había pasado a ser, en su opinión al menos, una especie de dependencia bibliográfica de su casa. Doc también me enseñaba las raíces latinas para que no me viese obligado a recurrir sólo a la memoria, con lo que empezaron a tener sentido para mí los nombres botánicos de las plantas.

Subíamos a las altas *kranses* y a los riscos en busca de cactus y de suculentos. En la parte de la montaña en que había cicatrices de pizarra gris suelta y matas de áspera hierba parda, me tropecé hacia el final del verano con *Aloe brevifolia*, un pequeño áloe espinoso.

Doc se entusiasmó.

—¡Oro! ¡Oro puro!

Dio un salto en el aire y, al aterrizar, perdió pie sobre la superficie de pizarra y allá se fue de culo ladera abajo, parando justo al borde de un precipicio de setenta metros. Subió otra vez ágilmente, las manos sangrantes por haberse agarrado a la afilada pizarra, una sonrisa tímida en el rostro atezado. Pero el triunfo de aquel raro hallazgo se reflejaba aún en unos ojos relumbrantes.

—¡*Brevifolia* en esta región, tan alto, imposible! Eres un genio, Peekay. ¡Definidivamende!

Era el hallazgo del verano y, para Doc compensaba de sobra todas las horas agotadoras que habíamos pasado por los cerros y por las montañas. Registramos nuestro descubrimiento con la cámara y arrancamos seis plantitas, dejando el doble aferradas precariamente a la ladera inhóspita.

Doc era madrugador como yo y durante todo aquel verano me dio clases de piano al amanecer.

—En un año veremos, pero no es tan importante. Lo básico es amar la música. Primero te enseñaré a amar la música, después aprenderemos a tocar poco a poco.

Yo estaba ansioso de complacer a Doc y trabajaba con ahinco, pero sospechaba que él se había dado cuenta casi desde el principio que yo no iba a resultar un músico

excepcional. Mis progresos, aunque superiores a los de las niñas a las que Doc se veía obligado a enseñar para ganarse la vida indicaban un talento bastante modesto. Fueron suficiente, en los años siguientes, para engañar a mi madre y a todas las matriarcas pechugonas que regían las familias importantes del pueblo. En conciertos, que me apresuro a añadir que no se celebraban en mi honor, yo representaba el elemento culto y me aplaudían deliberada y estruendosamente.

Estas celebraciones, que tenían lugar en primavera y en otoño, llenaban de orgullo a mi madre, aunque representaban también un compromiso con el Señor. Los conciertos eran muy contrarios a sus enseñanzas, y obra del diablo. Eran precisamente de la clase de cosas que, como prestar dinero, el Señor había condenado claramente al castigar a los fariseos y saduceos en el templo de Jerusalén. Justificaba mi participación y su asistencia diciendo, diciéndose sobre todo, que muchos de los grandes músicos clásicos escribían música para la iglesia.

La voluntad del Señor era igual de explícita en cuanto a la bebida y el tabaco, el cinematógrafo, el baile, con la sola excepción del *ballet*. El *ballet* era otra de las actividades favoritas de aquellas damas que olían a lavanda y pertenecían a las familias de la más alta sociedad del pueblo, y mi recital de piano acostumbraba a ir precedido por una función de *ballet*. Las dos cosas juntas constituían el componente cultural del concierto que se celebraba dos veces al año. Chopin, interpretado por su seguro servidor, y *la danza de los cisnes* de Tchaikovsky, por disco de gramófono, bailado por neófitas de seis años con tutús blancos y gorros ridículos hechos de cartón piedra.

Éramos la carne cultural de un bocadillo popular generosamente surtido de números de vodevil de aficionados, solos de canción del género irlandés o versiones a un solo instrumento o con una combinación de concertina, acordeón y guitarra, de canciones populares afrikaans famosas interpretadas normalmente por los guardianes afrikaners de la prisión. Para restablecer el equilibrio racial, solía actuar a continuación un cuarteto masculino Gilbert y Sullivan. El comité organizador del concierto consideraba que una canción de ópera cómica inglesa equivalía aproximadamente a una docena de canciones populares afrikaans por muy agradablemente sincopadas, armonizadas y acompañadas con taconeos y palmadas que pudiesen estar.

El concierto siempre acababa con el coro de la Iglesia Anglicana de Todos los Santos cantando *Los acantilados blancos de Dover*, interpretación a la que se sumaba el público. Para demostrar a la mayoría rooinek dónde residía su fidelidad tácita, los guardianes y sus familias abandonaban el teatro antes de la interpretación multitudinaria de «Los acantilados», para que la mayoría rooinek viera a qué eran fieles ellos, aunque no lo dijeran. Esto solía ir acompañado de algunos abucheos, silbidos y siseos de los miembros menos bien educados del público que se quedaba.

Alemania había ayudado encubiertamente a los bóers durante la guerra bóer. Aparte de las armas y de las municiones que les vendían con ánimo de lucro, les

habían facilitado gratuitamente suministros médicos y alimentos y habían enviado además médicos y personal sanitario a los acosados bóers que, debido a la política británica de tierra quemada, se estaban muriendo más porque la tierra no podía alimentarlos que por la puntería de los Lee-Metfords británicos. Para los bóers, Alemania era una vieja amiga de confianza en un país en que un apretón de manos era un contrato y una amistad declarada un vínculo que persistía después de la tumba. El antisemitismo había existido siempre. En la Iglesia holandesa reformada había existido siempre antisemitismo, los judíos eran los asesinos de Jesús, y lo de que había unas razas que eran superiores a otra jamás se había puesto en duda. En este marco, Adolf Hitler, no sólo hacía lo que tenía que hacer en opinión de muchos bóers sino que, para algunos, lo hacía además magníficamente.

En cuanto se iban los guardianes y otros filonazis, el resto de los asistentes se levantaban, se cogían del brazo y cantaban *Los acantilados blancos de Dover* dos veces por lo menos para confirmar por duplicado su amor a una Inglaterra que se enfrentaba a su hora más sombría. Para cerrar el concierto con un final lacrimoso, los intérpretes, libres ya de los guardianes y otros africaners, se reunían en el escenario, con una rosa de tallo largo cada uno entregada previamente por mí, como prueba de la buena crianza innata de nuestra familia. El público, los ojos empañados, recién llegados de aquel viaje sentimental y sensiblero a un país que la mayoría de nosotros no vería jamás, se mantenía en posición de firmes mientras un setenta y ocho r. p. m. chirriante interpretaba *Dios Salve al Rey*. Luego actores e intérpretes lanzaban las rosas rabilargas al público.

Después mi abuelo, mi madre y yo nos íbamos a casa caminando, tras rehusar educadamente la invitación del alcalde a la fiesta tradicional de posconcierto con todos los miembros del reparto en el Hotel Phoenix. Las fiestas mundanas, de las que ésta era ejemplo típico, donde se fumaba, se bebía y se bailaba, figuraban en lugar destacado en la lista de prohibiciones del Señor.

La edición siguiente del *Goldfields News* informaba del concierto con la fuga de los guardianes en la primera página y en grandes titulares. Las lenguas tenían trabajo para varios días. Personas importantes comentaban que iba a ser necesario que vinieran los militares a limpiar aquel nido de víboras nazis, o si no habría que trasladar la prisión a Nelspruit, una población de africaans situada a unos sesenta kilómetros de distancia, de donde probablemente procedían en primer lugar la mayor parte de los presos.

A mi abuelo, debido a su experiencia en la lucha contra los bóers, le había solicitado su opinión el señor Hankin, el director del *Goldfields News*, pero no publicaron lo que dijo. Lo que dijo fue: «Me pasé la mayor parte de la guerra bóer cagándome en los pantalones como camillero. Lo único que esos tipos hacen mejor que la música es disparar. El concierto no habría valido ni lo que una bota de cartón sin ellos».

El señor Hankin debió pensar que el periódico daba ya suficiente publicidad a la

familia, porque la verdad es que jamás volvió a pedirle a mi abuelo su opinión sobre ningún tema, a pesar de que los guardias de la prisión siguieron haciendo lo mismo en todos los conciertos mientras duró la guerra. La señora Boxall, que era corresponsal de las cuestiones culturales, de todos modos siempre dedicaba la mayor parte de su columna, «Retazos de un Jardín Cultivado por Fiona Boxall», a mi actuación. Cuando salía esa columna dedicada a mí, mi madre se pasaba varios días en un estado de euforia aturdida, me obligaba a llevar un ramo de rosas a la biblioteca dos veces por semana durante un mes.

Doc, decidido a cumplir lo que le había prometido a mi madre, instaló en mí un perdurable amor a la música. Lo que mis torpes manos jamás podrían tocar, mi cabeza era capaz de oírlo con toda claridad. De entre los muchos dones que me hizo quizás el amor a la música fuese el más importante, y continuó dándome clases después incluso de que su vida tranquila y pacífica acabase envuelta en la vorágine, y le robaran a mi niñez el gozo de estar sólo con él por los barrancos y las kranses.



## DIEZ

Me matricularon en la escuela del pueblo al inicio del nuevo curso, a finales de enero. La edad para empezar en el primer grado era de seis años, pero a los pocos días se comprobó que el año que había pasado en el colegio, en una clase de edad mixta, me había puesto muy por delante del resto de los niños. Me pasaron al tercer grado, donde me las arreglaba bien entre chicos dos años mayores que yo. El hacerle los deberes de aritmética al juez, el haber aprendido muy pronto a leer, el tener un dominio amplio del *africaans*, en una clase de chicos de habla inglesa que entraban en contacto sin entusiasmo con el idioma por primera vez, y el que Doc me hubiese obligado desde el principio a escribir notas de campo, eran, todas ellas circunstancias que me proporcionaban una ventaja enormemente injusta. Podrían haberme pasado a un curso más alto pero habría sido demasiado embarazoso.

Pronto me hice famoso, de manera bastante inmerecida, por mi inteligencia. Doc había procurado convencerme de que debía abandonar el camuflaje y dejar de hacerme el tonto. «Ser listo no es pecado. Pero ser listo y no utilizarlo, Peekay, eso sí es un pecado. ¡Definidivamende!». Yo no necesitaba que me alentasen mucho. Mi inteligencia, bajo su dirección, estaba siempre ávida, y las tareas de la escuela me resultaron insustanciales y simplonas. Doc pasó a ser mi auténtico maestro, y la escuela sólo un tiempo perdido entre las ocho y la una en que salía corriendo de ella camino de su casa de campo, oculta en el jardín de cactus.

Su jardín espinoso era una fuente inagotable de placer. Medía medio acre y estaba en la cima más o menos llana de un pequeño cerro que dominaba el pueblo y el valle. Para llegar a ella había que subir diez minutos de cuesta hacia la soledad, por una carreterita de piedras y tierra que no llevaba a ninguna otra parte. Aquel jardín de cactus puede que fuese la mejor colección privada de cactus y suculentos del planeta. Yo, que me convertí en un especialista en cactus, no he visto nunca otro mejor.

La casa de Doc tenía tres habitaciones y una cocina adosada. Las tres habitaciones se llamaban: el cuarto de la música, el cuarto de los libros y el cuarto del *whisky*. Tenía cada una su finalidad específica, música, estudio y beber hasta quedar dormido. Porque Doc tenía una mentalidad metódica para todas las cosas, hasta en lo

de beber.

Durante el primer año que pasamos juntos no le vi borracho ni una sola vez, aunque cuando llegaba al amanecer para mi lección de música tenía muchas veces que despertarle, y después de que le despertara salía tambaleante a toser y a vomitar. Luego volvía y se sentaba junto al Steinway, los ojos azules enrojecidos y embotados, del *whisky* de la noche anterior, aferrando con sus largos dedos el tanque esmaltado de amargo café solo que yo le había hecho en la Primus. Nunca hablaba de la bebida. Lo único que decía a veces cuando yo empezaba a tocar en el gran Steinway era: «Pianísimo, Peekay, los lobos estuvieron aullando en mi cabeza anoche». Yo procuraba hacer una música suave y sedante para los nervios. Quizá sea por eso por lo que al hacerme mayor y más diestro acabase gustándome sobre todo Chopin. Hay mucho menos fortísimo en un *étude* de Chopin que en Wagner o Brahms y puede que las resacas matutinas de Doc me empujasen en parte, aquel primer año, hacia una música más suave.

Era el jardín de cactus el que atestiguaba «su problema con el doctor botella», como decía mi madre de cualquier persona que se llevase alguna vez en su vida a los labios una bebida fuerte. En el jardín de cactus, bordeando ambos lados del sendero a lo largo de unos cien metros, había botellas de Johnnie Walker enterradas con los culos cuadrados relumbrando al sol como serpientes de plata paralelas, culebreaban entre los cactus y los áloes y la verdolaga, con sus tonos rosas y naranjas brillantes. Cada una de aquellas botella era un intento de escapar a una tortura íntima. Doc no se disculpaba nunca por beber. Incluso lo mencionaba raras veces, y cuando lo hacía siempre echaba la culpa tranquila y educadamente a los lobos, a los que yo imaginaba babeando, grandes lenguas rojas colgando, dientes afilados mordiendo los sesos de Doc.

Era un atardecer de un sábado de finales de enero de 1941, poco más de un año después de que Doc y yo nos hubiésemos conocido en la colina de la rosaleta. Habíamos pasado el día por el campo y hacía muy poco que habíamos vuelto a la casa de Doc. Habíamos encontrado un plantel de *Senecio serpens* en lo alto de un kloof seco, creciendo sobre los restos de un antigua excavación. Era un hallazgo magnífico, aunque las «barras de tiza azules», como se les llama vulgarmente, no son demasiado raras, salvo cuando florecen con un color insólito. Habíamos decidido plantarlas en el jardín de cactus y esperar que volviesen a florecer. Ésa era la magia del jardín de cactus, algunas suculentas podían hacerse las tontas; una barra de tiza vulgar puede pasar de Cenicienta a Princesa ante tus propios ojos. Yo fui el primero que vio el camión del ejército con «Policía Militar» escrito en blanco sobre el capó. Estaba estacionado enfrente mismo del camino de botellas de *whisky* que conducía a la casa, oculto entre los cactus altos. Había dos hombres apoyados en el guardabarros delantero fumando, tenían las gorras caquis con una banda roja apoyadas en el capó, que estaba colocado mirando cuesta abajo, hacia el pueblo. Doc estaba explicando las diferencias entre el género *Senecio serpens* y el *Glottiphyllum uncatum*, de color más

claro, e iba golpeando en el suelo con su largo bastón mientras caminaba y se emocionaba cosa que solía ocurrirle cuando tenía el pensamiento absorto en cuestiones botánicas esotéricas.

Los dos hombres nos vieron aproximarnos y tiraron los cigarrillos al suelo. Carraspearon casi simultáneamente y cogieron las gorras y se las pusieron de nuevo con cuidado, como suele hacerse cuando se está a punto de cumplir un deber desagradable. Vestían los dos camisa caqui, pantalón corto, botas marrones, leguis y calcetines caquis, aunque uno de ellos llevaba un relumbrante cinturón de oficial en bandolera, mientras que el otro, un sargento, llevaba uno blanco de tela. El oficial se plantó delante de Doc que se detuvo y le miró sorprendido. Doc le llevaba treinta centímetros de estatura lo menos, así que el oficial se vio obligado a hablar con él mirando hacia arriba. Tenía un bigote fino y negro que parecía dibujado a lápiz, como el de Pik Botha, y aunque no estaba en posición de firme tenía el cuerpo como poseído de una rigidez permanente. Sacó del bolsillo de la camisa un trozo de papel.

—Buenas tardes, Señor. ¿Es usted Karl Von Vollensteen, el profesor Karl Von Vollensteen?, —preguntó en tono pomposo.

—Ja, ése soy yo, —dijo Doc, sorprendido de que alguien pusiese en entredicho algo tan evidente.

El oficial carraspeó y procedió a leer el papel que había sacado del bolsillo.

—De acuerdo con la Ley de Extranjeros de 1939 y por la autoridad que me otorga el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Sudáfrica, queda detenido. Se le acusa a usted de conspiración para atentar contra la seguridad de una nación en guerra, —luego le entregó el papel—. Tendrá usted que venir conmigo, Señor. La policía civil, bajo el mando de la seguridad militar, registrará su domicilio y permanecerá usted detenido en la prisión de Barberton hasta que se le juzgue.

Doc no formuló ninguna protesta, cosa que me sorprendió. Miró al oficial con una expresión triste y le devolvió el papel sin mirarlo siquiera. Luego alzó la cabeza para mirar por encima de él, más allá de donde estaba el sargento junto al camión, siguiendo con la vista el perímetro del jardín de cactus. Se giró despacio, los ojos llenos de dolor, contempló las colinas, aquellas maravillosas colinas salpicadas de áloes, su jardín del Edén durante veinte años en aquel África que amaba intensamente. Por último se volvió a contemplar el pueblo, y al sol que empezaba a ocultarse tras la escarpadura al otro lado del valle.

—La estupidez. Ya empieza otra vez la estupidez, —dijo en voz baja, luego se volvió hacia mí y me dio una palmada en el hombro—. Tienes que plantar el *Senecio serpens* para que reciba el sol de la mañana, les gusta eso.

Se quitó el sombrero y lo puso, distraído, en el techo de la cabina del camión. Sacó el pañuelo rojo del mono y se secó despacio la cara y luego se sonó y se limpió la nariz y se lo guardó otra vez en el bolsillo del mono. Luego cogió el sombrero del techo de la cabina del camión y me lo puso. Alcé la vista hacia él sorprendido, pues no solía hacer juegos infantiles de esa clase. Pero su mirada era triste y la voz

apagada, poco más de un susurro:

—Bueno, Peekay, ahora tú eres el jefe del jardín de cactus.

Me entraron ganas de llorar y creo que Doc también quería llorar, pero no lloramos. Los dos sabíamos que no debíamos mostrar nuestros sentimientos delante de los militares.

Luego Doc se volvió al oficial y dijo:

—Me permitirá usted, por favor, afeitarme y cambiarme de ropa. A la cárcel debe ir uno con sus mejores prendas.

El oficial alzó los ojos al cielo. Por el número de colillas que había en el suelo llevaban ya un rato esperando y era evidente que quería salir de allí de una vez.

—Está bien, Profesor, pero hágalo rápido, —luego se volvió al sargento y gritó con tono de oficial—: ¡Sargento, acompañe al detenido a su casa para que se cambie y se lave!

Bajamos despacio por el camino de botellas de *whisky* y Doc dejó la bolsa de lona en el porche. Le seguí al interior de la casita oscura.

—No enciendas las luces, Peekay, aún se ve un poco y nos iremos en seguida.

Le seguí a la cocina adosada donde colocó un recipiente esmaltado en el suelo de tierra endurecido y echó en él agua de una jarra. Yo cogí la jarra y fui a llenarla al depósito de agua de lluvia que había en la parte de atrás de la casa. La casa de Doc, aislada del pueblo por el pequeño cerro, no tenía agua corriente. Se desnudó en la cocina adosada y utilizando un *loofah* se lavó desde la cabeza a los pies. Le llevé la nueva jarra de agua y él salió de la cocina al jardín, se puso junto a un cactus alto y se echó el agua por la cabeza, dejando que el cactus se beneficiase de las salpicaduras. Luego se frotó de firme con una toalla casi deshilachada. Estaba moreno por todo el cuerpo, pues solíamos tumbarnos en una roca al sol después de bañarnos en los arroyos de montaña. Estaba delgado, pero tenía un cuerpo firme y musculoso y el vello blanco como la nieve del pecho parecía incongruente. Yo había visto desnudo a mi abuelo, y aunque también era delgado no daba la misma impresión de solidez y de firmeza.

El sargento se había cansado ya de esperar en la cocina y había entrado en el cuarto de música y estaba allí tecleando en el Steinway. Doc no parecía oírle, se afeitaba meticulosamente, asentando con mucha parsimonia su tremenda navaja barbera hasta dejarla perfecta. Luego se vistió despacio, se puso el traje blanco de lino y las botas negras. Por último puso una camisa de reserva y sus cosas de afeitarse en una bolsa de azúcar y entró en el cuarto de los libros y cogió uno grande de la estantería más alta de la librería que había construido con ladrillos y tablas.

—Ponlo también en la bolsa, Peekay.

Cogí el gran volumen encuadernado en piel que me daba y miré el lomo. Era viejo y tenía la encuadernación en piel marrón arañada y muy agujereada. El pequeño grabado del lomo resultaba difícil de leer pues el dorado se había gastado casi y sólo quedaba la huella del grabado. Decía: «*Cactaceae. Afrika und Amerika. K. Von*

*Vollensteen*». Abrí el grueso libro y vi que estaba escrito en alemán. Entré en el cuarto del *whisky*, donde Doc había dejado la bolsa de azúcar, y con el borde de la manta del pequeño camastro le limpié las tapas de polvo y lo metí en la bolsa. En el tocador que había junto a la cama había media botella de Johnny Walker y la metí también en la bolsa. Luego me la eché al hombro y volví a la puerta de entrada donde estaba Doc. Éste cogió el jipijapa de un gancho de la pared y el bastón de empuñadura de plata que estaba apoyado detrás de la puerta.

—Ya estamos, Señor, —dijo, volviéndose despacio hacia el sargento que estaba a unos metros, en el cuarto de música.

El sargento se levantó del taburete del piano.

—Es un piano cojonudo éste que tiene aquí, Profesor. Una vez, en el cinematógrafo, vi a una estrella de cine bailar encima de un piano como éste, sólo que aquél era todo blanco. Creo que era Greta Garbo, pero no estoy seguro.

El sargento echó un último vistazo a la casa, y añadió:

—Está bien, vamos, —luego me quitó del hombro la bolsa de azúcar y miró lo que contenía—. Eh, ¿qué es esto? A donde va ahora no puede llevar *whisky*, ¿es usted tonto o qué?

Yo empecé a pedir disculpas, pero él me apartó con la mano y sonrió.

—Si quiere podemos echar un trago ahora, ¿eh *oubaas*?, —le dijo a Doc—. Quién sabe cuándo volverá a tener otra oportunidad.

Y descorchó la botella con un guiño conspiratorio. Se la puso en la boca, bebió un buen trago. Hizo otro guiño al apartar la botella de los labios. Luego se los limpió con el dorso de la mano, frotó la boca de la botella con la palma.

—¡Caramba, amigo, este *whisky* es muy bueno! Es una tontería dejarlo ahí que se estropee, ¿verdad?

Le pasó la botella a Doc, que la rechazó con un gesto.

—Venga, hombre, no sea tonto. Va a tardar mucho en poder volver a echar un trago, es mejor que aproveche.

Después de otro buen trago, volvió a ofrecerle. Había reducido el *whisky* a menos de un cuarto de botella en sólo dos tragos. Doc cogió la botella de Johnny Walker y se la llevó brevemente a los labios sin abrir la boca y se la devolvió. El sargento se encogió de hombros y dijo:

—Allá usted, amigo, mejor para mí, es un *whisky* de primera. Quién sabe, a lo mejor mañana estamos todos muertos.

Bebió otro buen trago y se acercó al piano.

—En esa película el tipo aquel tocaba el piano como en un funeral, luego un borracho le echó *whisky* al piano por encima y el piano se puso de pronto a tocar como loco.

Después vertió el resto del *whisky* sobre las teclas del Steinway. Doc, que había decidido esperar pacientemente pareció perder la paciencia. Alzó el bastón y se lanzó contra el sargento.

—*Schweinhund!* ¡No profane un instrumento de Beethoven, Brahms y Wagner! —, gritó, y le pegó un bastonazo fuerte en la muñeca. El sargento soltó la botella que se hizo añicos en el suelo de cemento. Luego empezó a bailar entre cristales rotos sujetándose la muñeca. Doc pasó una manga de la chaqueta de lino por las teclas para limpiarlas haciendo brotar del piano un *glissando*. Luego se volvió y enfiló hacia la puerta.

—¡Nazi cabrón!, —aulló el sargento.

Yo corrí detrás de Doc y el sargento nos alcanzó en el sendero, fuera ya de la casa.

—¡Ya te enseñaré yo, degenerado!, —intentaba soltar del cinturón unas esposas sin dejar de correr—. ¡Alto! ¡Está usted bajo arresto militar!

Pero Doc seguía bajando por el sendero hacia el camión con la cabeza alta, sin hacerle caso. El sargento le agarró de un brazo y le puso la esposa en la muñeca. Doc apenas pareció darse cuenta, siguió andando, obligando al sargento a seguirle cogido en la otra esposa, como si lo arrastrase y el preso fuese él. El sargento le lanzó una patada que le barrió las piernas haciéndole caer de rodillas en el camino. Luego, humillado y furioso, le lanzó una segunda patada en el momento en que yo me lanzaba chillando a sus piernas. La bota del ejército dirigida a las costillas de Doc me alcanzó en el mentón y me dejó inconsciente.

Desperté en el hospital de Barberton, había un individuo de bata blanca enfocándome a los ojos con una linterna. Me zumbaba la cabeza como si me llegasen voces del otro extremo de un largo túnel.

—Bueno, menos mal, ha recuperado la conciencia, —le oí decir.

—Gracias Dios mío, —le oí decir a mi madre con voz quejumbrosa.

Miré a mi alrededor y vi a mi madre sentada en la cama. Estaba pálida y parecía preocupada, y el cabello le colgaba en mechones sobre los ojos, pues había salido sin el sombrero y aún llevaba la bata corta rosa que se ponía para coser. También estaba allí el abuelo, sentado en una silla, al otro lado de la cama. Intenté hablar, pero me resultó imposible, me dolía la mandíbula muchísimo. Conseguí emitir un doble gruñido sin abrir la boca, pero nada más. Me sabía la boca a sangre y al pasarme la lengua hinchada por el paladar comprobé que me faltaban varios dientes.

—Ahora hijo, —me decía el médico—, quiero que me digas cuántos dedos te pongo delante.

Alzó dos dedos y yo alcé otros dos.

—Otra vez.

Alzó cuatro y yo alcé cuatro también. Repitió varias combinaciones y dijo por fin:

—Bueno, algo es algo, no parece haber conmoción. Tendremos que hacerle una radiografía de la mandíbula, pero creo que lo más probable es que esté rota, —luego se volvió a mi madre y a mi abuelo—. Tiene que dolerle mucho, le intervendremos

enseguida, quizás haya que ponerle alambre en la mandíbula y hay varios dientes rotos que habrá que curar. Cuando salga de la operación estará anestesiado así que no tiene sentido que se queden ustedes.

Se levantaron los dos y mi madre se inclinó y me besó en la frente.

—Nos veremos mañana por la mañana, cariño. ¡Ahora procura ser un niño valiente!

Mi abuelo me dio una palmadita en el hombro.

—Buen muchacho, —dijo.

Les vi salir de un pabellón de urgencias cuya única urgencia parecía ser yo, pues las otras tres camas estaban desocupadas. Me dolía muchísimo la mandíbula y aunque creo que es posible que llorase, lo único que recuerdo es que estaba preocupadísimo por Doc.

Resultó que tenía la mandíbula rota. Me engraparon la superior a la inferior en posición de boca cerrada de modo que no podía hablar. No podía preguntar por él. Los adultos deciden por su cuenta lo que quieren que los niños sepan, y mi madre cuando venía de visita sólo decía:

—Has tenido una experiencia terrible, cariño, no debes pensar en lo que pasó.

Pero no podía pensar en otra cosa. Doc era la persona más importante de mi vida, y el hecho de que estuviese en una celda oscura, quién sabe si muriéndose, me resultaba casi insoportable. Conseguí comunicarme con una ayudante de enfermera que se llamaba Marie, que le había dado por llamarme su pequeño *Skatterbol*, y le dije que quería papel y lápiz. Trajo cuaderno y lápiz y escribí a toda prisa: «¿Qué le ha pasado al profesor Von Vollensteen?». Leyó la nota y abrió mucho los ojos.

—¡Ag no, hombre! La hermana dice que no podemos contarte nada.

Quiso coger el cuaderno y el lápiz pero los metí rápidamente entre las sábanas.

—¡Devuélvemelo! ¡Por favor, me reñirá la hermana!, —moví la cabeza para decir que no y me dolió—. ¡Te lo contaré, de verdad!

Sabía que no lo haría. Con el cuaderno y el lápiz a mi disposición me sentía menos vulnerable. Arranqué una hoja del cuaderno y la saqué de entre las sábanas. La puse en la mesita de noche, me estiré y escribí: «No me llamo Skatterbol, me llamo PEEKAY». No me gustaba que me llamara así, ya que yo no me consideraba una bola lanuda, que es una cosa que se les dice a niños muy pequeños. Arranqué la parte de la hoja en que había escrito y se la di. Lo leyó despacio y luego fue hasta los pies de la cama.

—Aquí no dice eso, —dijo, mirando la tarjeta clínica que había allí—. ¿Es que no sabes cómo te llamas?, —añadió burlona.

«Está equivocado», garrapateé, arrancando una segunda nota y entregándosela.

—¡Pero hombre! Es que no sabes ni como te llamas. Nunca oí un nombre así, Peekay. ¿De dónde has sacado un nombre tan tonto como ése?

En el trozo de papel que quedaba escribí: «Lo elegí yo».

Marie dio un respingo.

—Pues es un nombre horroroso para un héroe que se lanzó a atrapar a un espía alemán cuando intentaba huir.

Volvió a abrir mucho los ojos y acercó a mi cara su rostro pecoso.

—¡Dice en el periódico que a lo mejor hasta te dan una medalla!

Se echó hacia atrás de pronto, pensando asustada que quizá me hubiese dicho demasiado.

—No le digas a la hermana que te lo conté, me oyes, —se llevó un dedo a los labios—. Te prometo que te llamaré Peekay si tú me prometes que te mantendrás *stom*.

Le indiqué que sí, preguntándome cómo pensaría ella que iba a poder decírselo yo a alguien. Empezaron a rodarme lágrimas por las mejillas. No las había querido, brotaban solas por las noticias sobre Doc. Recordaba su voz cuando el oficial le había entregado aquel papelito. «La estupidez. Ya empieza otra vez la estupidez».

—No llores, Peekay. Si lloras la hermana se dará cuenta de que te lo conté, —dijo Marie, preocupada.

Me limpié las lágrimas y luego ella me pasó un paño húmedo por la cara.

—En realidad no me parece un nombre tonto, —dijo suavemente—. ¿Quién te enseñó a escribir tan bien? Yo fui a la escuela hasta los catorce y ni siquiera puedo escribir tan bien como tú.

Después de tres días solo en el pabellón me trasladaron a la galería, donde había ocho camas que estaban todas ocupadas. Me encontraba mucho mejor, salvo por el hecho de que aún no podía hablar. Había entrado por mi propio pie en el pabellón con la hermana y, con la excepción de los viejos, que estaban dormidos, todos los demás habían aplaudido y habían dicho cosas como: «¡Bien hecho, hijo!». Uno de ellos dijo que yo era un verdadero patriota. En cuanto la hermana se fue del pabellón escribí en un trozo de papel con letra tan grande como pude: «¿Qué le pasó al profesor Von Vollensteen?». Salté de la cama y me acerqué con él a la cama más próxima y se lo di al hombre que había en ella. Lo leyó y me lo devolvió.

—¿Te refieres al espía alemán? Lo siento, hijo, no podemos contártelo, —hizo un guiño a los demás—, tenemos órdenes estrictas.

Asintieron todos.

—No te preocupes, eres un muchacho muy valiente, de veras, —los otros parecían estar de acuerdo con él.

Mi madre venía al hospital por las mañanas, cuando podía traerla el pastor Mulvery. Se quedaba conmigo mientras él recorría el hospital para dar testimonio del Señor. Pero primero venía a verme y dejaba asomar aquella sonrisa relampagueante durante un segundo, para que no se le escaparan los dos dientes delanteros y cogía mi mano y la retenía siglos entre las suyas, húmedas y cálidas, hasta que yo empezaba a tener la sensación de que mi mano quería huir de un salto de su blanda presa y correr y esconderse. Él me decía con su voz suave de mujer:

—Todos rezamos para que después de esta terrible prueba aceptes a Jesús en tu



corazón.

Luego se arrodillaba al lado de la cama, sin soltarme la mano, y mi madre se arrodillaba también al otro lado y empezaba a rezar en voz alta. Cuando rezaba se le ponía la voz aún más fina y se emocionaba mucho.

Empezaba con unos cuantos «Aleluyas» al azar y mi madre contestaba con: «¡Alabado sea Su nombre! ¡Alabado sea Su santo nombre!». Luego él decía: «Señor, estamos aquí reunidos bajo la advocación de Vuestro santo nombre para rezar por este pobre niño». «Amén», decía mi madre. «Muéstrale en su terrible aflicción el camino de la salvación». «Oh santo redentor que periclitaste en la cruz para que pudiésemos ser libres». «Aleluya, alabado sea el Señor», contestaba mi madre.

—Hijo, abre tu corazón a Jesús, acéptale en tu vida. Señor, no le condenes a los fuegos terribles del infierno, otórgale vida perdurable con tu gloriosa salvación.

—¡Aleluya, bendito sea Su nombre!

—Lleva a Jesús tu pecado, hijo, ponlo a sus pies para que Él pueda otorgarte Su santa redención. Cristo misericordioso, atiende a nuestras oraciones, abre su tierno corazón, hazle creer en Tu santa gloria. ¡Te pedimos Señor por el alma de este niño, te suplicamos fervorosamente que le saques de las tinieblas a la luz, de la negra oscuridad de la tumba de piedra del Gólgota a la mañana gloriosa de la resurrección de nuestro dulce Jesús!

—¡Sí, Cristo misericordioso! ¡Santo Cristo Jesús!, —decía mi madre desde su lado de la cama. Y así seguía toda la mañana.

Poco después de que hubiese conocido a Doc, estábamos sentados los dos en nuestra roca en la colina, detrás de la rosaleda, y le había preguntado por qué yo era un pecador y qué había hecho para estar condenado al fuego eterno del infierno si no volvía a nacer. Él se quedó largo rato allí sentado mirando al valle y luego dijo:

—Peekay, Dios está demasiado ocupado haciendo que el sol salga y se ponga, y cuidando de que la luna recorra su camino en el cielo para preocuparse por esas sandeces. Pero los hombres quieren que Dios esté ahí condenando a éste y salvando a aquél. Es siempre el hombre el que quiere que haya un cielo y un infierno. Dios está demasiado ocupado enseñando a las abejas a hacer miel y abriendo todas las mañanas las flores nuevas, —hizo una pausa y sonrió—. En Méjico hay un cactus que a veces podrías pensar que Dios se olvida de él, pero no, no es así amigo. Cada cien años, en un plenilunio, en el desierto, se acuerda y abre una sola flor para que florezca. Y si estuvieses allí y vieses esa bella flor de cactus que la luna pinta de plata y que se ríe contemplando las estrellas, eso, Peekay, sería el cielo.

Luego me miró, los ojos, de un azul intenso, penetrantes y agudos.

—Ésta es la fe en Dios que tiene el cactus, —dijo; luego seguimos sentados un rato en silencio, hasta que añadió—: Lo mejor es que te ocupes de las cosas de la vida y te cuides de tus asuntos y entonces quizá Dios, si le gusta cómo haces las cosas, pueda dejarte florecer un día o una noche. Pero no hay que andar fastidiándole y rogándole y contándole pecadillos estúpidos y estropeándole el día. Definidivamente.

Yo aún me asustaba, a veces, un poco por lo de ir al infierno y solía pensar mucho en lo de volver a nacer. Pero mi corazón no quería abrirse y recibir al Señor. Todas las personas que conocía que habían abierto el corazón a Jesús me parecían una gente bastante patética. No eran malos ni buenos, no eran nada. No podía aceptar ser sólo nada cuando me proponía ser el campeón del mundo de los pesos medios. Supongo que mi madre tenía razón cuando decía que si seguía rechazando al Señor y endureciendo mi corazón quizás un día Él me abandonase y me dejase para siempre. Eso es lo que debió de ocurrir exactamente, pues al cabo de un tiempo me resultaba ya muchísimo más fácil y no me preocupaba tanto. Decidí que me gustaba infinitamente más el Dios de Doc que el de mi madre y el del pastor Mulvery y el de Pik Botha y toda la gente de la Misión de la Fe Apostólica que amaba a Jesús. Jesús, que era el hijo amadísimo de Dios, parecía ser el que controlaba allí las cosas. Parecía interesarle mucho salvar almas y había llegado a morir por los pecados de los demás, pero yo no podía evitar la impresión de que quizás hubiese sido un desperdicio. Aun así, ellos parecían estar muy agradecidos porque hablaban muchísimo más de Jesús que de Dios. No cabía duda de que en la Misión de la Fe Apostólica el número uno era Él.

Acabaría enterándome más tarde de que había un tercer elemento implicado, el Espíritu Santo, que hablaba en lenguas de fuego invisible y que le otorgaba a la gente una cosa que se llamaba «don de lenguas». Cuando lo hacía, los favorecidos por el don se levantaban de pronto en las reuniones piadosas y agitaban los brazos y cerraban los ojos, y todos se estremecían. Además nunca tropezaban, era muy raro. Y balbucían cosas, cantaban, usando palabras extrañas. Yo intentaba hacerlo después, pero nunca acababa de salirme bien. Era un don, debía de ser por eso.

Un pastor de la Asamblea de la Iglesia de Dios de América que vino de visita nos contó una vez, durante una semana de resurrección, que tenía pruebas concretas de que una mujer que no había salido jamás de su pueblecito de América se puso a hablar swahili al entrar en ella el Espíritu Santo. Había una misionera de África, que entendía swahili, presente en aquella pequeña iglesia de América y lo había entendido todo. No nos explicó lo que había dicho, pero añadió que había muchísimos casos como ése, y que él había sido testigo presencial de bastantes. Yo había procurado escuchar, con más atención a partir de entonces, pero ninguno de la Misión de la Fe Apostólica habló nunca zulú o shangaan. Pensé que el zulú o el shangaan no debían parecerle suficientemente exóticos al Espíritu Santo. Me pregunté qué podría tener de especial el swahili.

El pastor Mulvery se levantó del lugar donde estaba arrodillado junto a la cama del hospital, me otorgó una sonrisa relampagueante y dijo que Jesús me amaba de todos modos. Luego se fue trotando, con la Biblia y un puñado de opúsculos debajo del brazo, a visitar a todos los demás pacientes; mi madre dijo que era un santo y se quedó conmigo.

Como disponía ya del cuaderno, le escribí una larga nota preguntándole por Doc.

La cogió y preguntó, sin leerla:

—¿Es sobre el profesor?

Apretó los labios cuando asentí y luego estrujó la nota entre sus manos.

—No quiero que vuelvas a mencionar su nombre. Es un hombre malo que te utilizaba para ocultar las cosas terribles que estaba haciendo y luego estuvo a punto de matarte, —aparecieron de pronto lágrimas en sus ojos—. El médico dice que si te hubiese dado en un lado de la cabeza te habría matado. Otros tres puntos y habrías muerto. Has pasado por una experiencia terrible y yo he rezado una y otra vez al Señor para que te haga olvidarlo y no quedés marcado para toda la vida.

Se secó los ojos con el pañuelo y se sonó.

—¡No! ¡No!, —me lancé a decir. Lo que salió fue una especie de chillido doble del fondo de la garganta, que se abrió paso por encima de mi lengua magullada e hinchada y brotó de mi boca engrapada. Empecé a llorar silenciosamente, aunque no quería hacerlo delante de mi madre. Estaban acusando a Doc de lo que me había pasado y yo era el único que sabía la verdad y no podía ayudarle. Además, la culpa había sido mía. Si yo no hubiese metido la botella de Johnny Walker en la bolsa de azúcar no habría pasado nada. Doc, al que yo quería tanto, se había convertido en otra víctima de Pisskop. Esta vez era mucho peor que una crisis nerviosa.

Mi madre había dejado de lloriquear al ver mis lágrimas.

—Ay, mi pobre chiquitín, qué mal lo has pasado. No volveremos a hablar de ello nunca. La señora Boxall, la bibliotecaria, ha pedido permiso para venir a verte, pero el médico y yo hemos decidido que aún no estás en condiciones de recibir visitas.

Luego abrió el bolso y sacó una tarjeta verde doblada.

—Bueno, tengo también una buena noticia para ti. Llegaron tus notas y eres el primero de la clase. Tu abuelo y yo estamos muy orgullosos de ti.

Me miró resplandeciente, se había olvidado ya de las lágrimas.

—Te han puesto dos cursos más adelante, vas a estar con los chicos de diez años. ¡Figúrate! ¡Tienes siete y te ponen con los de diez!

Me entregó la cartilla de notas, la cogí, y sin dejar de llorar, la hice pedazos. Mi madre se quedó callada un buen rato, contemplando los trozos de cartulina verde. Luego suspiró hondo. Sus suspiros eran lo que más me fastidiaba, porque me hacían sentirme muy culpable.

—El Señor te ha bendecido con un buen cerebro. Todos los días rezo para que le abras tu corazón y utilices esa magnífica inteligencia para glorificar Su santo nombre.

Luego recogió los trozos de la cartilla y los guardó en el bolso, mirándome con una especie de sonrisa beoda.

—Seguro que se pueden pegar. Ay, no estás en tu sano juicio en este momento.

Pero su mirada no era risueña al decir esto.

Aquella tarde le escribí una nota a la señora Boxall, la bibliotecaria. Le decía sólo esto: «¡Venga, por favor! Por la tarde», y mi firma.

Le escribí también a Marie preguntándole si podía llevarle una nota a la señora

Boxall, a la Biblioteca Pública de Barberton. Marie había pasado a media semana al turno de noche y llegaba a las seis de la tarde con la cena. La leyó y la escondió rápidamente en el bolsillo del uniforme blanco almidonado de ayudante de enfermera. Cogió la bandeja de mi cena del carrito y vino con ella hacia mi cama.

—Sólo lo haré si no tiene nada que ver con ese espía, —cuchicheó colocándomela.

Le entregué la segunda nota. Me miró recelosa al cogerla.

—Tengo que leerla antes de decirte si lo haré, —la leyó y pareció quedar satisfecha del contenido—. Mañana es mi día libre, se la llevaré entonces. Ahora prométeme que te comerás la calabaza, anoche te la dejaste, y los guisantes.

Se sentó a un lado de la cama y cogió una cucharilla y la llenó de calabaza y me la introdujo por el hueco de un lado boca. Había perdido cuatro dientes de arriba y de abajo en el sitio donde me había alcanzado la bota del sargento, y Marie llamaba a aquello el «agujero de alimentación». Era a la que mejor se le daba el introducirme por el agujero los purés que habían empezado a darme sin que me sangraran las encías.

Pasé el resto del día haciéndole una descripción detallada de lo que había pasado a la señora Boxall. Cuando le enseñaba mis notas botánicas, Doc decía siempre que a un botánico lo que le interesa son los detalles. «Para ser un científico hay que saber observar, decía. Sólo si sabemos ver las cosas con minucioso detalle podemos descubrir sus secretos. El lego puede pasar delante de una planta toda la vida y no fijarse siquiera en el color de las flores, pero el botánico percibe cómo late su corazón y cuál es el tono de cada uno de sus pétalos». Así, pues, lo describí todo tal como había pasado, incluidos los insultos y las palabrotas, y luego escondí las tres cuartillas en la funda de la almohada. La señora Boxall vino al día siguiente mismo por la tarde. Traía en su bolsa de malla un libro nuevo de Guillermo, de Richmal Crompton, otro titulado *Flores de las orillas del Zambeze*, del reverendo William Barton, de la Sociedad Misionera de Londres y tres números del *National Geographic*.

—Eres un niño tan precoz, Peekay, ojalá que se ajusten a ese gusto católico tuyo.

La señora Boxall, como Doc, no me hablaba nunca con aires de superioridad. El resultado era que no siempre la entendía: me pregunté qué podrían tener que ver los católicos con mi gusto.

Saqué mis notas de la almohada y se las di.

—Bueno, veamos, ¿qué tenemos aquí?, —dijo, cogiendo las tres hojas y buscando las gafas en la bolsa.

Se estuvo mucho rato leyendo y luego, sin levantar la vista para mirarme, volvió a leer las tres páginas.

—¡Admirable! Eres un niño admirable. Esto llega justo a tiempo. La semana que viene se reunirá el tribunal militar, y las cosas están muy mal para nuestro profesor, querido mío. Todo este bonito pueblo se ha alzado en armas por su causa. La gente ha empezado a ver soldados alemanes hasta en los orinales, —se echó a reír de su chiste

—. Yo intenté verle en la prisión, pero esos bóers endemoniados dijeron que sólo podía verle gente autorizada. Si una bibliotecaria no es una persona autorizada, ¿quién lo es?, ¿qué te parece a ti?, ¿eh? Pero el idiota del guardián de la puerta no quiso saber nada. He empezado a recoger firmas en la biblioteca para una petición, pero hasta ahora sólo tengo veinte firmas y tres de ellas son de bóers, y todos saben dónde están sus simpatías, ¿no? Ese hombrecito horroroso, George Hankin, ha amenazado con decir cosas absolutamente espantosas de mí en el *Goldfields News* y me ha dicho en privado que, si insisto, no podrá permitir que una filonazi siga escribiendo una columna en su periódico. ¡Adopta una actitud que ni que fuese *The Times* de Londres, ese periodicucho!

Hizo una pausa, buscó una vez más en su bolsa y sacó un ejemplar de *Goldfields News*. La foto que Doc me había sacado, sentado en la peña, ocupaba casi la mitad de la primera página. Sobre ella decía en inmensas letras negras. ¡EL NIÑO AL QUE INTENTÓ MATAR! Justo encima del titular y debajo de la cabecera decía: «Edición Especial del Espía. El pie de la foto rezaba así: Como en el sacrificio bíblico de Isaac por Abraham, el niño inocente espera en la peña». No había duda de que George Hankin, que lo interpretaba todo mal, como siempre, consideraba aquello el momento estelar de su carrera.

La detención de Doc se había producido a tiempo justo para salir en la edición semanal que aparecía el lunes. Allí se habían publicado las primeras noticias de la detención, y aquella edición especial de dos páginas de media semana, con papel de prensa costoso y racionado, era una tentativa del señor Hankin de alcanzar la inmortalidad en su profesión. El que la señora Boxall no hubiese podido visitarme se debía a que el doctor Simpson había suprimido todas las visitas para impedir que viniesen a verme Georgie y sus fotógrafos. La señora Boxall se sorprendió de que yo no hubiese visto el periódico anterior y prometió traérmelo la tarde siguiente, aunque, siendo como era una bibliotecaria experta, tuvo poco problema para reproducir verbalmente la esencia y el tono del gran reportaje del lunes.

En resumen, decía que el oficial Probst y el sargento se habían pasado casi toda la tarde esperando a que llegara Doc. Cuando había aparecido por fin con un niño detrás, estaba sucio y despeinado, y los dos policías militares se dieron cuenta enseguida de que había estado bebiendo. El sargento, cumpliendo órdenes del oficial, le acompañó a su casa para que se aseara. Entonces Doc, aprovechando que el sargento le daba la espalda, le atacó con un grueso bastón de empuñadura metálica e intentó huir a las montañas. Se añadía, que Doc conocía bien las montañas y habría podido esconderse fácilmente, por tiempo indefinido, en cualquiera de los cientos de galerías ocultas que había en ellas, luego podría haber llegado fácilmente a Lourenço Marques, el territorio neutral más próximo. El editorial continuaba diciendo que Doc era un fotógrafo eminente, y que so pretexto de fotografiar cactus debía de haber estado sacando fotos de posibles lugares de aterrizaje del enemigo, y había colocado señales y elegido galerías de minas para almacenar alimentos y armas para espías

enemigos que se infiltrarían en Sudáfrica desde territorio portugués. El artículo indicaba que no se había encontrado ninguna foto de esos lugares, lo que confirmaba que habían llegado ya al enemigo y que ningún espía listo dejaría una prueba que le acusaba tan claramente. Dentro de la costosa cámara sueca Hasselblad que el espía había utilizado aquella misma tarde, había casualmente fotos de una cueva de la montaña, con restos de excavaciones amontonados en la boca misma, lo que la convertía en una posición defensiva ideal. En el cuaderno de notas de Doc se había encontrado una marcación magnética y una localización exacta de la mina abandonada. Había también varias fotos de un suculento, que demostraban lo astuto y cuidadoso que había sido Doc para encubrir sus actividades.

La foto era, claro, el lugar donde habíamos encontrado el *Senecio serpens*. El resto de las fotos que había en la cámara eran del suculento. Doc establecía siempre (y me había enseñado a mí a hacer lo mismo) la posición exacta de un hallazgo, la dirección de los vientos predominantes, con un examen de los matorrales y las plantas mayores de la zona circundante, las condiciones del suelo y los tipos de rocas del entorno.

Para la gente de Barberton, que era muy aficionada a los rumores, resultaba todo muy plausible y pocos se pararon lo suficiente a examinar las pruebas o los quince años de relaciones del pueblo con Doc. Según la señora Boxall el comentario que la gente hacía era: «¡El que ha sido una vez soldado alemán sigue siéndolo siempre!». Y estaban convencidos de que esto encubría una infinidad de pecados.

—Dios mío, Peekay, yo sospecharía antes de mi viejo padre querido que del profesor. No hay en él ni rastro de patriotismo, salvo por África y en relación con los cactus.

Después de decirme esto, la señora Boxall dobló cuidadosamente mis notas y las guardó en la bolsa.

—Oh, querido, casi se me pasa, te traje unos caramelos. ¡Vaya por Dios!, —dijo alarmada—. Se me había olvidado del todo lo de tu mandíbula. ¡Qué tonta que soy! —volvió a guardarse los caramelos en la bolsa y la cerró y se inclinó hacia mí y me tocó en la barbilla—. Levanta la cabeza, amigo mío, tenemos todas las pruebas que necesitamos para sacar a nuestro común amigo de este lío. Mañana volveré con las noticias.

Y se fue, los prácticos zapatos bajos claveteados resonando en el brillante suelo de cemento. La espalda recta como una baqueta y la cabeza alta. Seguí oyendo alejarse el rumor de sus pasos por la larga galería después de perderla de vista.

Me sentía feliz por primera vez en la semana. La señora Boxall no era una persona que se anduviese con bromas, estaba seguro de que sabría arreglar las cosas. Era amiga de Doc y también mía, y Doc me había dicho muchas veces: «Esta mujer no tiene nada de tonta, Peekay».

Pero no la pude ver al día siguiente. Mi madre se había enterado no sé cómo de su visita y había conseguido que el doctor Simpson prohibiese de nuevo todas las

visitas. Yo había empezado a emitir sonidos semiinteligibles a través de la boca engrapada, y Marie me entendía casi perfectamente después de unas cuantas sesiones de prueba. Dijo que tenía un hermano pequeño que era un poco flojo de mollera y que hablaba de un modo muy parecido y que por eso le resultaba fácil entenderme. Era agradable volver a hablar con alguien, y fue Marie quien me explicó lo de la visita de mi madre al doctor Simpson, de la que ella se había enterado en el dispensario. A la mañana siguiente mi madre no me dijo nada de que hubiese visitado al médico y de que volviese a estar incomunicado. Marie me contó también que se iría a casa el martes y que estaba muy triste por eso. Tenía quince años y procedía de una granja del valle. Sólo disponía de un fin de semana al mes para ir a casa. Vivía en la residencia de las enfermeras, mientras las otras ayudantes vivían en el pueblo. No era muy bonita ni muy lista, y tenía granos, a los que ella llamaba sus «manchas terribles», y debido a eso no había hecho amistades. Yo le dije que podía considerarme amigo suyo y que si quería podía venir conmigo a las montañas. Esto pareció inquietarla un poco y dijo que las chicas no debían andar por las montañas, pero que de todos modos le gustaría ir conmigo.

El lunes a última hora entró en el pabellón y me puso encima de la cama un bolsa grande de papel de estraza. Se llevó el dedo a los labios indicándome que no dijese nada.

—La señora Boxall la trajo a la residencia de enfermeras, dice que es lo último sobre lo que tú sabes, —me cuchicheó, emocionada de formar parte de la conspiración, pero también asustada.

Más tarde, cuando estaba dándome de cenar dijo:

—No hice nada malo, ¿verdad? Sólo traje esta bolsa de papel, nada más. Es sólo buena educación hacer favores a las personas, ¿no?

Miré en la bolsa de papel y a primera vista parecía contener sólo plátanos. Pero debajo de los plátanos había un periódico doblado y una carta de la señora Boxall. Después de que apagaron las luces me metí las dos cosas en la chaqueta del pijama y bajé a los lavabos. Allí saqué la carta y empecé a leer. Estaba escrita con la caligrafía impecable de bibliotecaria de la señora Boxall.

*Querido Peekay:*

*Muchas noticias de la zona de guerra. He ido a ver al señor Andrews. Es un abogado que viene a la biblioteca y sólo saca libros de aves. Leyó tus notas y dijo: «Por Júpiter, esto da un cariz completamente distinto a todo». Cree que hay bastantes posibilidades de que consiga hablar con el juez militar cuando llegue de Pretoria el jueves que viene.*

*Coincide conmigo en que tus notas son excelentes. «Demasiado buenas, ¿quién va a creer que un niño de siete años puede explicarse con tanto detalle?».*

*En fin, querido mío, ése es el problema que cree que podemos tener. Está*

*enterado de tu incapacidad para hablar. Pero ha ideado un plan muy ingenioso. Quiere que te sometas a una prueba de inteligencia, una prueba escrita delante del juez, para que el juez pueda decidir por sí mismo. Ha ido también a ver a tu madre, pero tu madre no quiere que intervengas para nada en el caso. Se limitó a decir que rezaría porque saliese todo bien. Es un grave problema, realmente, pero aún no estamos derrotados. Estoy segura de que Dios está de nuestra parte y no de parte de Georges Hankin y de los militares. La justicia británica se impondrá al fin, aunque tengamos que escribir personalmente al señor Winston Churchill.*

*¿Puedes venir a verme cuando salgas del hospital? ¡No bajas la cabeza!*

*Sinceramente tuya,  
Fiona Boxall  
Bibliotecaria*

Me pregunté qué clase de prueba me haría el juez. ¿Y si lo hacía mal y le fallaba a Doc? ¿Y si el Señor le decía a mi madre que no debía darme permiso para ver al juez?

Pero el Señor, con un poco de ayuda del señor Andrews, que era de una de las familias más antiguas y más importantes del pueblo, se mostró partidario de que yo asistiese como testigo. El abogado había comentado que a mi madre le interesaba muchísimo librar a nuestra familia de los Chismorreos del pueblo, que podrían muy bien acusarla de negligencia por haberme permitido vagar por los cerros con un espía alemán.

El martes me dieron de alta en el hospital y a la mañana siguiente apareció la señora Boxall con Charlie, su pequeño Austin 7, para recogerme y bajarme al juzgado, donde iba a reunirse el tribunal militar. El señor Andrews estaba esperándonos allí, y también Marie, cosa que me sorprendió.

—Parece que es la única que puede entenderte, Peekay, así que la hemos traído como intérprete. Fue idea mía y creo que fue una buena idea, aunque esté mal que lo diga yo, —explicó la señora Boxall. Marie vestía un uniforme de enfermera recién almidonado y parecía aún más asustada que yo.

El señor Andrews nos dejó y tuvimos que esperar mucho rato sentados en un banco, en la sala de espera. Por fin volvió y dijo que el juez nos vería en privado en las dependencias de los magistrados y que si iban bien las cosas quizá no fuese necesario que yo declarase como testigo.

Nada de esto tenía mucho sentido para mí, pero lo cierto es que recorrimos un largo pasillo de linóleo que olía a cera de suelos. Una señora pasó a nuestro lado, haciendo traquetear un carrito lleno de tazas de té, y me miró fijamente. Yo aún no me había acostumbrado a que la gente me viese con la mandíbula engrapada. Iba mirando en todas las puertas abiertas con la esperanza de poder ver a Doc. Por fin llegué a una que tenía escrito: «Magistrado», en letras doradas en un cuadrado de



madera barnizada atornillado a la puerta. El señor Andrews llamó suavemente y una voz dijo: «¡Adelante!», y entramos tras él. Dentro había un escritorio, y sentado a él un hombre con un impecable uniforme, corbata y una resplandeciente correa en bandolera. Se levantó cuando entramos y me fijé que llevaba pantalón largo y revólver al cinto. El señor Andrews nos lo presentó como el coronel De Villiers. Había cuatro sillas dispuestas delante del escritorio y nos sentamos todos. En la mesa, encima de una carpeta atada con una cinta morada, estaban mis notas. El coronel De Villiers se puso unas gafas de montura dorada que se le deslizaban abajo cuando alzaba la vista, de modo que nos miraba por encima de ellas mientras hablaba.

—Bueno, bueno, jovencito, aquí el señor Andrews me dice que tú eres lo suficientemente inteligente como para haber escrito estas notas, tocó mis notas con el dedo índice. —¿Cuántos años tienes?

—Siete, Señor, —balbucí desde el fondo de la garganta. El coronel, el señor Andrews y la señora Boxall se volvieron para mirar a Marie. Ésta tenía la boca abierta, pero de ella no salía nada. Parecía tener toda la cara paralizada de terror; se le escurrieron de los ojos dos grandes lágrimas. Lo intentó otra vez, pero seguía sin salir nada. Yo le enseñé siete dedos al coronel que parecía muy serio y que carraspeó.

—Ya veo, siete. Bueno, escribes muy bien para ser un niño de siete años. Yo creo que ha debido ayudarte alguien, ¿eh?

Yo miré a Marie que lloriqueaba en un pañuelo que le había pasado la señora Boxall. Negué con un gesto.

—¡Um!, —gruñó el coronel y miró al señor Andrews. Estas palabras malsonantes supuestamente pronunciadas por el sargento parecen muy impropias del vocabulario de un niño de siete años que, según me dice usted, tiene una formación religiosa. Además, también me sorprende un poco su conocimiento del latín, Senecio serpens y Glottiphylym uncatum parecen palabras un tanto esotéricas para un niño pequeño al que, me imagino que, como a todos los niños pequeños, debe interesarle más utilizar la boca para chupar un pirulí que para pronunciar un nombre latino.

—El profesor, —dijo la señora Boxall—, es un botánico aficionado de grandes conocimientos, y ha enseñado al muchacho a tomar notas detalladas. Además, el chico tiene una memoria casi perfecta.

—Um... demasiado perfecta a mi juicio, Señora, —dijo el coronel, como si hablase para sí. Vi que la señora Boxall se enfurruñaba.

—Lo hizo todo él solo, yo le vi hacerlo en el hospital, —dijo de pronto Marie, la voz temblando de terror.

—Bueno, algo es algo, nuestra pequeña Florence Nightingale ha recuperado la voz, —dijo el coronel—. Quizá podamos seguir ahora con la entrevista...

Luego se volvió a mí y dijo:

—Hijo, quiero que me cuentes otra vez toda la historia, exactamente como sucedió.

Yo repetí la historia, aunque Marie no tenía ninguna posibilidad de pronunciar los

nombres latinos de los dos suculentos, así que me referí como «tizas azules y otro del género suculento que puedo escribir para usted si quiere». El coronel empujó hacia mí un trozo de papel y escribí en él los nombres en latín.

—Extraordinario, creo que le debo una disculpa, señora, —dijo haciendo una inclinación a la señora Boxall.

Cuando llegamos a las palabras malsonantes Marie se negó a decirlas.

—Por favor, Señor, no puedo decir esas palabras, nunca en mi vida he dicho palabras como éstas, —dijo amedrantada pero con una convicción absoluta.

El coronel interrumpía de vez en cuando y me hacía preguntas como: «¿De qué color eran la gorra y el cinturón del sargento?». Eran todas preguntas sobre detalles secundarios, pero no tuve ningún problema para contestarlas.

Cuando acabé le dije a Marie que había hecho un trabajo excelente, y ella se ruborizó mucho y se le notaron aún más los granos de la cara. Luego el coronel se dirigió al señor Andrews.

—La declaración del chico coincide casi exactamente con la del detenido. Ya hemos determinado que ninguno de los dos ha podido comparar notas ni han dispuesto de un tercero que coordinase una defensa. La señora Boxall intentó verle, pero no se le permitió hacerlo. Al detenido sólo le ha visitado e interrogado personal militar, y estoy convencido de que el incidente se produjo tal como ha explicado el chico. Estoy seguro de que el tribunal absolverá al acusado de todos los cargos salvo de uno. Pediré que se retiren las acusaciones de agresión a un menor y tentativa de fuga. Bueno, es evidente que la agresión al sargento Probost se realizó debido a una provocación emotiva grave y es probable que el tribunal lo tenga en cuenta. Los informes, tanto del ejército como de la prisión, afirman que el detenido olía intensamente a *whisky*, pero podemos comprobar fácilmente si la manga de su chaqueta está manchada.

Tiró de la cinta morada de la carpeta y la abrió. Dentro había dos ejemplares doblados del *Goldfields News*, la foto mía en la roca y varias fotos más de Doc y también uno de sus cuadernitos de notas de espiral. El coronel cogió uno de los periódicos.

—La verdad es que los disparates histéricos de este tipo nos dificultan mucho las cosas. Ya son bastante desagradables los juicios de extranjeros sin necesidad de que la población en general convierta al carnicero, al panadero y al músico en enemigos del Estado. La única acusación que pesa sobre el profesor Von Vollensteen es una formalidad técnica, la de no haberse inscrito como extranjero.

Luego se levantó de su asiento, me sonrió un instante y añadió:

—Ojalá pudiese estar aquí para tener una charla contigo, jovencito, cuando tengas mejor la mandíbula. Yo también comienzo a sentir un saludable respeto por las enseñanzas de tu profesor.

Luego les estrechó la mano a la señora Boxall y al señor Andrews, al que no sé qué le dijo en privado. Luego el señor Andrews nos sacó de allí.

Cuando volvimos a la sala de espera estaba allí el señor Hankin, del *Goldfields News*. El señor Andrews habló con él e hizo una seña indicando el despacho del coronel. El señor Hankin se levantó y se dirigió hacia el despacho.

—Creo que la carrera del señor Hankin como cazador de espías está a punto de tener un final bochornoso, —me dijo la señora Boxall, y se echó a reír; luego añadió, triunfal—: ¡Ganamos, Peekay, ganamos!

Pero no habíamos ganado. Aunque Doc fue absuelto de todos los cargos, tal como había dicho el coronel que pasaría, le acusaron de ser un extranjero no inscrito, y el tribunal decidió que debía permanecer detenido en un campo de concentración mientras durase la guerra. El titular del *Goldfields News* decía: ¡NO ESPÍA PERO SÍ UN ALEMÁN! La señora Boxall tardó un año en reanudar su columna, «Retazos de un Jardín Cultivado por Fiona Boxall».

## ONCE

Doc debía permanecer detenido en la prisión de Barberton hasta que se dispusiese lo necesario para su envío a un campo de concentración en las tierras altas. Dos días después de dictarse la sentencia fui a la biblioteca a llevarle un ramo de rosas a la señora Boxall de parte de mi madre. El señor Andrews le había explicado a mi madre que mi declaración había salvado a Doc de una condena grave, que para un hombre de su edad habría podido significar la muerte. La había convencido también de que no teníamos nada de qué avergonzarnos y le había dicho que ojalá hubiese tenido la suerte de que un hombre tan notable como el profesor les enseñase a los dos hijos que tenía, que estaban internos en un colegio de Johannesburgo. Mi madre decidió que la había guiado el Señor en aquel asunto y que se había cumplido claramente su voluntad por intermedio mío. Las rosas de la señora Boxall eran su modo de indicarle que había perdonado la transgresión que la bibliotecaria había cometido al ir a verme al hospital. La señora Boxall pareció emocionarse mucho al verme aparecer por la puerta.

—Me alegra tantísimo que hayas venido, Peekay, tengo una carta para ti.

Le di las rosas.

—Tu madre ha sido muy amable, —dijo. Las dejó en la mesa donde se clasificaban los libros y luego entró en su despachito y salió de él con un pequeño sobre azul y me lo dio. Estaba cerrado y lo abrí despegándolo con cuidado, pese a la resistencia de la cola.

—Date prisa, Peekay, no puedo aguantar la tensión, —dijo la señora Boxall, atisbando por encima de mi hombro.

Saqué del sobre abierto una sola hoja de papel escolar doblada y la abrí. La hoja estaba escrita con la pulcra caligrafía de Doc.

—¡Oh querido, soy una persona tan curiosa! ¿Puedo leerla contigo?

Era la única carta, aparte de la nota de Hoppie, que había recibido en mi vida, y la primera en un sobre cerrado. Habría preferido leerla a solas pero no podía decírselo, claro, así que asentí dando mi conformidad.

*Querido Peekay:*

*En qué lío estamos metidos. Yo aquí en este lugar donde le arrebatan a uno la dignidad, y tú con una mandíbula rota. Pero aún podían estar peor las cosas. Yo podía ser negro y eso duplicaría el problema. Seguro.*

*Estoy en situación de detención abierta, significa que puedo ir a cualquier parte del recinto de la prisión y que no tengo la celda cerrada, y sobre todo significa que puedo recibir visitas. ¿Vendrás a verme?*

*Pídele a la señora Boxall que telefonee a la gente de aquí para arreglar las cosas. Hay también buenas noticias sobre el Steinway. El Kommandant va a permitirme tenerlo en el salón de actos la prisión. Es una buena noticia, ¿ja?*

*Yo no me considero un alemán. ¿Qué es un alemán? Decir que un hombre es un alemán, ¿qué es eso? ¿Te indica si es un hombre bueno? ¿O un hombre malo? No, amigo mío. Decir que un hombre es alemán no te dice nada de él. Un hombre debe pensar lo que es en su interior, lo que es en el exterior, ¿eso qué puede importar?*

*Además, como soy alemán, los guardias me tratan bien. Esto es también estúpido. ¿Has plantado el Senecio serpens?*

*No, claro, me estoy haciendo viejo y sólo pienso en mis intereses particulares. ¿Querrá la señora Boxall coger los libros que hay en mi casa y llevarlos a la biblioteca? De momento me tratan bien y ya es menos duro lo de no tener whisky. Ven pronto, por favor.*

*Tu amigo, Doc.*

—Llamaremos inmediatamente a la prisión, —dijo la señora Boxall invitándome a pasar a su despacho.

El superintendente de la prisión de Barberton, Kommandant Jaapie Van Zyl, le dijo a la señora Boxall que el coronel De Villiers había ordenado que se permitiera al profesor Von Vollensteen comunicarse con el muchacho de acuerdo con las normas habituales de la prisión. Añadió que le habían hablado de mi valor y que él también quería conocerme. Y que si la señora Boxall permitía que yo llevase los libros de Doc a la biblioteca no habría problema por su parte. El profesor era un músico y un erudito, y la prisión de Barberton se sentía honrada con su presencia.

La señora Boxall eligió tres libros de botánica que sabía que figuraban entre los favoritos de Doc, y salí de allí con una nota suya para visitar a Doc en la prisión.

Cuando llegué a las puertas de la prisión, que eran de hierro forjado, vi que estaban cerradas con una cadena inmensa y un candado enorme. Nunca en mi vida había visto un candado tan grande como aquél. Tenía un tamaño de casi el doble del de la mano de un hombre adulto. Me pregunté qué tamaño tendría la llave con que se abriría. La puerta debía de tener unos tres metros y medio de altura, y en la parte superior había tubos soldados cada medio metro o así. Eran de unos noventa

centímetros de longitud, doblados hacia adentro con una inclinación de treinta grados, y entretejidos con ellos se veían alambres de espinos con una separación de unos quince centímetros. Estos mismos tubos trenzados de espino estaban hechos con inmensos bloques de granito azul. Identifiqué automáticamente los componentes básicos de la roca, feldespatos y cuarzo, y además, al proceder del distrito de Barberton, una buena cuantía de mica. Después de un año con Doc identificar casi cualquier cosa que no se moviese se había convertido para mí en algo instintivo y era un especialista en la geología de la zona.

Llegué a la conclusión de que escapar del otro lado de aquel muro era imposible. Encima de las verjas, a un lado, había una campana de iglesia de la que una cuerda colgaba casi hasta el suelo. Un cartel que había en el muro decía: «Llame para que le atiendan». El corazón me latía muchísimo al tirar de la cuerda, y el ruido de la campana resultó ensordecedor al romper el silencio. Casi inmediatamente, con un fusil al hombro, salió de la garita que había a unos seis metros de la verja un guardián y vino hacia mí. Sus botas negras resplandecientes producían un ruido rechinante en el camino de grava blanca. Le entregué la nota a través de los barrotes y la abrió receloso. Estuvo un rato mirándola y luego alzó la vista hacia mí.

—*Praat jy Afrikaans?*—, preguntó.

Le indiqué con la cabeza que sí, que entendía afrikaans. La hinchazón de la lengua se había reducido, y aunque tenía muy poco volumen de voz y el tono era grave, podía hablar con bastante claridad, pese a la boca engrapada. El joven guardián pareció sentirse mejor y comenzó a hablar en afrikaans. Me pidió que le leyese la nota porque sabía poco inglés, ya que era del noroeste de Transvaal donde sólo se habla taal.

—Dice que estoy aquí para visitar al profesor Von Vollensteen y que tengo permiso del Kommandant Van Zyl, —le dije.

—Llamaré por teléfono y preguntaré. Es mejor que esperes aquí, me oyes.

Volvió a la garita y vi que hablaba por teléfono. Era muy joven y parecía nervioso. Por fin colgó el aparato y asomó la cabeza por la puerta.

—*Kom!*, —dijo, haciéndome señas. Pero la puerta estaba cerrada y movió la cabeza irritado al darse cuenta y desapareció. Volvió con una llave muy larga en un llavero enorme. Me quedé sorprendido al ver que las puertas se abrían con mucha suavidad y que se cerraban con un clang al empujarlas.

El joven guardián me dijo que tenía que ir a la oficina del edificio de administración y me indicó dónde quedaba.

—*Totsiens* y gracias por leer la nota, eres un buen *kerel*— dijo.

La zona situada entre la verja y el edificio de administración estaba completamente vacía. Había hierba a ambos lados del camino de grava en una extensión de metro y medio o así, y después el patio se convertía en plaza de armas de barro rojizo endurecido por el sol. La franja de hierba viva que había a los lados del camino contrastaba de un modo espléndido pero incongruente con la tierra cocida

de la plaza de armas, los muros ciegos gris azulados y los edificios. Vi la cabeza de un guardián en la ventana de una torreta construida sobre el muro. Había una extensión de pasillo de unos quince metros a cada lado de la torreta y dos guardianes con fusiles al hombro paseando por ella. Yo parecía ser la única persona que había a nivel de suelo debajo de ellos y me pregunté cómo sabrían, cuando saliese, que no era un preso que intentaba escapar. A lo mejor me daban una bandera blanca para que la llevase como medio de identificación o alguna otra cosa parecida.

Fue una de las caminatas más largas de mi vida. Sentía la opresión del lugar, el silencio terrible. Sin árboles, no había cigarras que estremeciesen el aire y lo vivificasen. No había pájaros que interrumpiesen el silencio. Mis pies descalzos hacían un ruido exagerado al pisar en la grava. Había ventanitas oscuras a tres plantas de altura. Estaban todas divididas por dos rejas de acero verticales. Imaginé cientos de ojos devorando ávidos mi libertad mientras observaban desde la oscuridad de la prisión.

La puerta del edificio de administración estaba abierta, y asomé la cabeza tras una leve vacilación. Dentro había un vestíbulo pequeño con el mismo olor a cera de suelo que los despachos de los magistrados. Tres bancos, colocados como bancos de iglesia ocupaban la mitad del vestíbulo, y había una ventana con rejas en una pared. Miré por las rejas y vi un despacho. Me senté en el primer banco y esperé.

No sé cuánto tiempo estaría allí sentado, pero tenía la sensación de que muchísimo. Veía de vez en cuando a dos hombres de uniforme por la ventana enrejada, pero nunca miraban hacia afuera. Les oía hablar por teléfono. Cuando llevaba allí ya miles de siglos oí una voz de hombre al teléfono. Gritaba en afrikaans y parecía muy enfadado.

—¡No ha llegado, no, domkop! ¿Estás seguro de que le enviaste a este edificio? No podemos tener a un crío paseándose por la prisión. Hace ya casi media hora y no sabemos nada de él. ¡Tendremos que ponernos a buscarle y todo por tu culpa!

Oí que volvían a colgar ruidosamente el aparato.

—Kom!, —oí que le decía la voz a alguien y un instante después se abrió una puerta y salió un hombre grandote seguido de otro que era también grandote pero que parecía más joven. El primero me vio al salir al vestíbulo.

—¡Cristo bendito! ¿Dónde has estado?, —me gritó.

—Aquí, he estado aquí todo el tiempo, Meneer, —balbucí.

—Vaya, ¿y por qué no nos lo dijiste?, —preguntó en un tono algo más suave, quizá porque se había dado cuenta de que yo tenía la mandíbula engrapada.

Indiqué los dos letreros que había en la pared detrás de los bancos.

—En ese letrero dice: «Espere aquí», y en ese otro dice: «Silencio», —contesté atemorizado.

El otro, el más joven, se echó a reír de pronto.

—Creo que el chico se ha apuntado el primer asalto, teniente, —dijo.

—De acuerdo, amigo, admitido, esta vez me has dado sopas con honda, —dijo el

viejo, riendo entre dientes—. Kom, tenemos que registrar tu nombre y los datos.

Me hicieron pasar al despacho y después de anotar mi nombre, mi dirección y mi edad, el mayor hizo una llamada telefónica y explicó que quería hablar con el Kommandant. Luego colgó.

—El Kommandant quiere verte, pero está haciendo una inspección en este momento, tenemos que esperar veinte minutos dijo y luego se volvió al joven. Klipkop, tráele aquí a Peekay una taza de té y una galleta.

Me pregunté cómo podían llamarle a alguien «Klipkop». En afrikaans esa palabra significa cabeza de piedra. Pero me fijé bien en aquel hombre alto y rubio y tenía unos rasgos huesudos que daban la impresión de poder estar tallados en piedra.

Klipkop se levantó y me ofreció la mano.

—Ya que vamos a estar juntos un rato podríamos presentarnos. Oudendaal, Johannes Oudendaal, —dijo protocolariamente a la manera afrikaans, diciendo primero el apellido y luego repitiéndolo unido al nombre de pila—. Éste es el teniente Smit.

E indicó al guardián de más edad, que me tendió la mano sin mirarme. Se la estreché deprisa, ruborizándome. Me pregunté si el capitán Smit estaría emparentado con Perforadora Smit, ¿sería hermano suyo, quizás? Pero no me atreví a preguntar. En realidad Smit es un apellido afrikaans muy corriente. Pensé que ojalá fuese mejor tipo que el minero, si es que era de verdad amigo suyo.

—Ven, te enseñaré donde hacemos el té, —dijo Klipkop. Hay un cafre que lo hace, pero si queremos una taza entre horas nos la hacemos nosotros. No hay ningún problema. Todas las semanas ponemos un chelín para leche, azúcar y galletas, pero el té lo aporta la superioridad. Hay que vigilar al cafre porque si no ese negro cabrón no hace más que sisar. Sí, hombre, sí, este lugar está lleno de ladrones.

Pasamos a una cocinita que había detrás del despacho y echó agua en una cacerola eléctrica y la enchufó.

—Peekay, nunca había oído ese nombre.

—Es sólo un nombre que me puse yo. Pero ahora es mi verdadero nombre, —dije.

—Ja, comprendo, lo mismo me pasa a mí. Me llaman Klipkop porque boxeo y puedo aguantar cualquier golpe en la cabeza. Ahora ya hay veces que me resulta difícil recordar mi verdadero nombre.

Me quedé sobrecogido un instante.

—¿Boxeas?, —pregunté.

—Ag, ja, hombre. En este lugar si quieres salir adelante tienes que saber boxear, pero de todos modos a mí me gusta. Los fines de semana nos vamos por ahí a pelear, es mucho mejor que el *rugby*, sabes, —cogió tres tazas de un armario que había sobre la pequeña fregadera—. El teniente Smit es el preparador, era peso pesado.

Hizo una pausa mientras sacaba una cucharada abundante de té de una lata muy usada y la echaba en la cacerola.



—Pero ya se ha acabado lo fácil, amigo, el mes que viene tengo mi primer combate profesional. Hay buen dinero en el boxeo. Tengo una *nooi* en Sabie y estamos pensando en casarnos.

Vertió el agua de la cacerola eléctrica en la tetera metálica, revolvió con la cuchara y luego la tapó.

—¿Tú boxeas, Peekay?, —la pregunta era protocolaria y no esperaba mi reacción. Me latió fieramente el corazón cuando dije:

—No, pero ¿puedes enseñarme tú, Meneer Oudendaal, por favor?

Me miró sorprendido y debió ver la súplica en mis ojos.

—Primero tiene que curarse esa mandíbula, pero creo de todos modos que eres demasiado pequeño. El teniente Smit enseña también a los chicos de los guardianes, pero creo que el más joven del grupo más pequeño tiene ya diez años.

—Yo es como si tuviese diez, estoy ya en la clase de los de diez. Podría boxear perfectamente con los de diez, y en ocho semanas tendré completamente curada la mandíbula.

—¡Eh, vamos, no tan deprisa! ¡Diez años son diez años! En el impreso que rellenamos tenías sólo siete.

—Si se pelea primero con la cabeza y luego con el corazón, puedes tener diez años, —dije.

—Magtig, no te resignas fácilmente, eh, Peekay, tendrás que decírselo al teniente Smit, el jefe es él, pero si quieres que te diga la verdad, creo que tienes tantas posibilidades como una bola de nieve en el infierno.

—¿Se lo pedirás tú por mí, al menos?, —balbucí. Con la emoción notaba una tensión mayor en la garganta.

—Yo se lo diré, pero ya te he explicado lo que va a decir él.

Retiró la cacerola y sirvió el té en las tres tazas. Añadió leche y tres cucharadas de azúcar, removiéndolo. Luego fue hasta el armario, sacó una lata y la abrió.

—¡Ese jodido cafre! Teníamos casi un cuarto de paquete de galletas María y han desaparecido. Ya va siendo hora de que ese negro cabrón vuelva a una brigada de trabajo. Coge tu taza y trae la leche, Peekay. La próxima vez, si es que vuelves a venir, habrá galletas.

—Por favor, Meneer Oudendaal, ¿no te olvidarás de decírselo al teniente? Tengo que empezar a boxear, sabes, porque tengo que llegar a ser campeón del mundo de los pesos medios.

Lo dije sin pensarlo. Era más un pensamiento expresado en voz alta que una afirmación. Klipkop soltó un silbido.

—Tienes razón, no hay duda, con una ambición como esa has de empezar muy pronto.

Hizo una pausa, con dos tazas humeantes en una mano, la tetera con el azucarero en el lugar asignado a la tapa en la otra.

—Me daré por satisfecho si puedo derrotar al hermano del teniente en Nelspruit el

mes que viene, —se volvió y me miró por encima del hombro—. Puedes llamarme Klipkop si quieres, no me importa.

Volvimos al despacho, el teniente Smit estaba trabajando en unos documentos. Klipkop le dejó en la mesa una de las tazas de té.

—Peekay quiere pedirle una cosa, —dijo, y se volvió hacia mí—. Díselo, anda.

El teniente Smit no levantó la vista de los documentos pero emitió un breve gruñido.

—Por favor, Señor, ¿me enseñará a boxear?, —pregunté, la voz reducida a un gritito.

En vez de mirarme, se llevó la taza a los labios, sopló el vapor de la superficie y bebió un sorbo.

—Eres demasiado pequeño, Peekay. Si vuelves de aquí a tres años, ya veremos.

Hasta sentado era más alto que yo; me miró desde arriba.

—Leimos lo que decía el periódico de ti. Tienes mucho valor, eso es una buena base, pero ni siquiera tienes la talla de un chico bóer de siete años, —me pasó la mano el pelo—. Pronto tendrás diez, espera.

En ese momento entraba en la habitación un africano. Era muy flaco y parecía muy viejo, vestía el áspero pantalón gris de lona hasta la rodilla y la camisa de los presidiarios. Llevaba en la mano la tapa de la tetera.

—He venido a hacer té, baas, pero la cafetera ya no está aquí, —dijo despacio en africaans.

Luego se quedó allí quieto con la cabeza inclinada. Klipkop se acercó a él de dos saltos y lo agarró por la camisa de lona, lo alzó en el aire y le dio un sopapo tremendo. El golpe produjo un ruido liso y sonoro y el rostro del negro pareció aplastarse en cámara lenta al alcanzarle la mano inmensa de Klipkop por un lado de la nariz y por la boca. Luego lo soltó y el negro cayó a sus pies, gimiendo.

—Negro cabrón, robaste las galletas. ¡No robaste una, las robaste todas!, —y le dio una patada en el trasero.

—¡No baas! ¡Yo no robé galleta, baas! Yo negro bueno, —dijo el viejo, y sin soltar la tapa de la tetera abrazó con el brazo libre los tobillos de Klipkop.

El guardián se volvió al teniente Smit.

—Por favor, teniente, ¿no podemos trasladar a este negro cabrón a la cantera? Primero roba el azúcar, ahora las galletas.

Luego miró al gimoteante africano que seguía a sus pies y vio que unas gotas de sangre de la nariz de éste habían caído en la puntera resplandeciente de su bota. Se desprendió de él de una patada, lanzándole contra la pared, en la que impactó con la cabeza con un ruido sordo. La tapa de la tetera cayó al suelo a su lado con un repiqueteo.

—¡Me está manchando de sangre, este mierda de negro asqueroso me está poniendo perdidas de sangre todas las botas!

Y le administró otra patada al conmocionado africano que seguía derrumbado

contra la pared.

—¡Lámelo, cafre, venga, rápido!

Aquel pobre hombre se inclinó sobre la bota y lamió la sangre de la puntera, luego, sin que se lo dijeran, hizo lo mismo con la otra, manteniendo al mismo tiempo la mano debajo de la nariz para que no se cayese más sangre sobre las botas del sargento.

—Ahora límpiame las botas de tu asquerosa saliva negra, cabrón, que no quiero coger la glosopeda.

El teniente Smit, que ni siquiera había levantado la vista, sonrió al oír el chiste. El africano se quitó la camisa de lona y, tratando de contener la sangre con la nariz para que no siguiera cayendo, empezó a limpiar con la camisa las botas de Klipkop.

—Limpia el suelo también, —dijo éste, señalando varias gotas de sangre escarlata que había en el suelo. El negro limpió las gotas de sangre del suelo de linóleo verde.

—¡Ahora levántate y lárgate, cabrón!

El africano se levantó, con bastante dificultad, y Klipkop le lanzó otra patada que le tiró otra vez al suelo. Arrastrándose, a gatas, la camisa apretujada en una mano, el presidiario negro huyó de la habitación.

Klipkop se examinó la mano.

—Tienen unas cabezas que parecen hechas de balas de cañón, —dijo sonriendo—. Voy aprendiendo, eh, viste cómo esta vez no le di con el puño.

Luego se volvió a mí y dijo:

—No lo olvides, cuando le pegues a un cafre no le pegues en la cabeza. Te puedes romper la mano, sabes. Si le pegas en la cara, no hay problema, pero no le pegues nunca en la cabeza, ¿me has oído?

Luego cerró el puño y se lo frotó en la palma de la otra mano.

—Tengo un combate muy importante y no puedo romperme una mano en la cabeza de un cafre asqueroso.

A todo esto, el teniente Smit no había dicho una palabra. Bebió otro sorbo de té.

—No podemos mandarle a la cantera, hombre. Ha tenido fiebres reumáticas, se moriría en una semana. Además es el primer cafre que tenemos que sabe hacer té y café como es debido.

Señaló la taza que tenía delante y añadió:

—No como esta mierda. Te dije que no lo removieras y que calentaras primero el cacharro, —luego se volvió y le miró con una sonrisa casi imperceptible—. La próxima vez pregunta antes de pegar, hombre. Esas galletas me las comí yo, no había desayunado esta mañana y me las comí.

Klipkop se quedó boquiabierto un instante, luego sonrió.

—Bueno, pues entonces le pegué por robar el azúcar, ¿da igual, no?

Sonó el teléfono y el teniente Smit lo cogió y escuchó un momento.

—De acuerdo dijo, —y colgó; luego se volvió hacia mí—. Ha vuelto el Kommandant, hijo, vamos.

Yo cogí los libros de la señora Boxall y seguí al teniente por unas escaleras hasta el segundo piso. Entramos en un despachito exterior donde había una señora escribiendo en una gran máquina negra. En la parte de atrás de la máquina decía, en letras doradas, «Remington Corona».

—Pase, teniente Smit, el Kommandant está esperándoles, —dijo aquella señora sonriéndome.

Entramos en el despacho grande, era de un color marrón oscuro y estaba lleno de animales muertos. Había una cabeza de kudu colgada detrás del escritorio del Kommandant y al lado la cabeza de un antílope negro, cuyos elegantes cuernos curvados tocaban la pared. Completaban la colección de antílopes grandes una cabeza de gemsbok y otra de eland, y había junto a ellas cinco cabezas más, agrupadas, de una variedad más pequeña de animales parecidos: una de duiker gris, otra de klipspringer, otra de steenbok, otra de reebok y otra de springbok. Me giré para mirar la pared que quedaba detrás de mí, que también estaba llena de trofeos: había un gran león de melena negra que parecía mirarme, la boca en posición de lanzar un rugido. Y luego un leopardo y otro animal parecido. Los carnívoros estaban todos a un lado de la puerta y al otro lado estaban sus presas más comunes, una cebra y un ñu negro. Debajo de ellos, sujetos con unas anillas a la pared, había un máuser bóer y un Lee-Metford británico. Justo debajo de estas dos armas de la guerra bóer había una lanza arrojadiza zulú de asta larga. El resto del espacio de pared lo ocupaban pequeñas fotos enmarcadas, la mayoría de cazadores con animales muertos.

En aquel despacho había también dos sillones grandes de cuero y un sofá a juego, grande también, y una piel de cebra y otra de león sobre el resplandeciente suelo de madera. Justo detrás de la cabeza del Kommandant y debajo del kudu y del antílope negro, había dos retratos grandes, uno del rey Jorge y el otro del presidente Paul Kruger, el último presidente de la derrotada república bóer. El retrato del presidente bóer tenía un elegante marco ovalado de nogal. El del rey Jorge parecía una de esas fotos oficiales con un marco dorado barato que se envían a todas las dependencias del estado y que es obligatorio colocar.

El Kommandant Van Zyl se levantó del escritorio, que era en realidad una gran mesa comedor antigua con la superficie cubierta por una plancha de cristal. Lo único que había en la mesa era el cuaderno en el que parecía estar escribiendo, la pluma estilográfica y un cenicero.

—Buenos días, Smit. Siéntese, por favor, —se volvió para mirarme—. Así que éste es el chico ¿eh?

Luego salió de detrás del escritorio y me tendió una mano inmensa.

—Buenos días, Peekay.

Era más alto incluso que el teniente Smit y tenía una barriga más grande aún que la de Harry Crown. Vestía el uniforme gris de tipo militar de los guardias de prisión, como el teniente Klipkop. La única diferencia eran cuatro estrellas y una corona en las hombreras y una tirilla pequeña de terciopelo azul insertada en la parte superior de

las solapas. Le di la mano tímidamente, sin saber muy bien qué decir.

—Siéntate, hijo, —señaló el otro sillón de cuero. Yo me encaramé en aquel asiento enorme. Poniéndome en el borde pude conseguir que los pies me llegaran casi hasta al suelo. El Kommandant Van Zyl se arrellanó en el sofá.

—Así que quieres ver a nuestro profesor.

—Sí, —dije y asentí a la vez con la cabeza.

El Kommandant se retrepó aún más en el sofá, pasando a ocupar su mayor parte.

—La ley dice que debe estar detenido y yo debo cumplir la ley, pero dentro de este lugar la ley soy yo. Aquí dentro él puede ir y venir a su gusto, siempre que no cruce la puerta. También puede recibir visitas a las horas de visita reglamentaria, —alzó la vista hacia mí y sonrió—. En tu caso he decidido hacer una excepción. Tú puedes venir siempre que quieras, menos los domingos—, hizo una pausa y me miró de reojo. —¿Qué te parece eso, eh? Dos viejos *maats* juntos de nuevo.

—Gracias, Meneer Van Zyl, —dije.

—Ag, de nada, hombre, —dijo, y miró al teniente Smit como si sintiese la necesidad de explicar su decisión—. Una amistad entre un hombre y un niño no es una cosa que deba romperse. Este chico no tiene padre. Yo sé lo que es eso. Mi padre murió con los demás vecinos de Carolina en Spion Kop cuando yo tenía la misma edad.

—Sí señor, —dijo el teniente Smit, mirándose las manos que tenía cruzadas sobre las piernas.

—Hágale un pase permanente al chico para que pueda venir cuando quiera menos los domingos, ¿entendido?

—Ja, Kommandant, —luego Smit le miró—. ¿Y del piano del profesor, qué?

El Kommandant se dio una palmada en el muslo.

—Se me había olvidado del todo, gracias, Smit.

Me miró a mí.

—Vamos a dejar que el profesor traiga aquí su piano, hay ya varios músicos entre nosotros. Todo el mundo cree que los bóers no son cultos, pero yo te aseguro que en lo que se refiere a la música damos ciento y raya a cualquiera. Para nosotros es un honor tener un hombre como él en nuestra comunidad penal. ¡Magtig! Un auténtico profesor de música, aquí, en la prisión de Barberton. *Wonderlink!*

—Gracias por dejarme venir a verle, Meneer.

—El chico tiene buenos modales. Eso me gusta, —le dijo al teniente Smit—. De nada. Puedes venir cuando quieras, me has oído.

Vaciló un instante y luego añadió:

—Peekay, necesitamos sólo un pequeño favor. El lunes hacia la una tendremos una linda sorpresita para la gente de la ciudad en la plaza del mercado. He telefoneado ya al alcalde pero no puedo fiarme de que él se lo diga a la gente. Informa tú a la señora Boxall, que me telefoneó para hablarme de ti y que según tengo entendido es también amiga del profesor. Dile que llame a todo el mundo, ¿me

oyes?

Asentí y pareció complacido, luego añadió:

—Dankie, Peekay, creo que vamos a ser muy amigos. Ahora el teniente Smit te va a llevar a ver al profesor. Veo que le traes unos libros, —alargó la mano—. Enséñamelos.

Me levanté de un salto del gran sillón y le entregué los libros. Abrió el primero y lo ojeó un momento.

—Plantas, yo no sé mucho de plantas. Los animales, ésa es mi especialidad. Puedes preguntarme cualquier cosa de animales, dime el que quieras, —alzó las manos como si estuviese mirando por el cañón de un rifle, apretó un gatillo imaginario y emitió un pequeño ruido explosivo—. Seguro que lo he matado.

Bajó el rifle imaginario y me sonrió. Tenía dos dientes de oro.

—Me encantan los animales salvajes, —dijo. Sus manos volvieron a los libros y me los devolvió. Luego se puso a mirar los trofeos de las paredes con una expresión de complacencia benevolente.

El teniente Smit emitió un carraspeo sonoro y el Kommandant se volvió hacia nosotros.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Peekay, —me dio una breve palmada en el hombro—. Si quieres algo no tienes más que venir a verme, ¿me oyes?

Era como cuando había tenido que decidir si ofrecerme o no a hacerle los deberes de aritmética al juez. Todo iba bien, igual que entonces. ¿Por qué arriesgarse? Si el teniente se enfadaba, podía perderlo todo, hasta la posibilidad de convertirme en boxeador cuando cumpliera los diez años.

—Por favor, Meneer Van Zyl. ¿Podría aprender a boxear aquí?

El Kommandant se había levantado ya del sofá, dispuesto a despedirse de mí.

—¿Tú quieres boxear?, —me miró—. Eso es cosa del teniente.

—Ya he dicho que el chico tiene que esperar a los diez años, entonces quizá pueda, —dijo Smit, esforzándose por no parecer demasiado seco.

—Cuando tienes siete años significa mucho esperar hasta los diez. Es casi media vida, —dijo el Kommandant.

—Nos entrenamos a las cinco y media de la mañana, si no vive aquí, ¿cómo va a poder llegar a esa hora?

—Llegaré, se lo prometo. No faltaré nunca, ni una vez siquiera. Por favor, Meneer Smit.

El teniente Smit se estuvo mucho rato mirándose las botas.

—Podemos probar cuando se te cure la mandíbula. Pero tengo que tener una nota de tu madre que diga que está de acuerdo con que te enseñe, —alzó la vista, apelando directamente al Kommandant—. Es demasiado pequeño, Kommandant.

—Crecerá, Smit, si no recuerdo mal tú y tu hermano pequeño empezasteis muy jóvenes. ¿Aún sigue peleando?

—Sí, Señor, su próximo combate es contra Oudendaal.

—Sí, claro, el título de los pesos pesados de las tierras bajas, el sábado que viene, tiene que conseguirme entradas, eh, Teniente.

—Sí, señor, su secretaria ya las tiene.

El Kommandant Van Zyl nos acompañó hasta la puerta.

—Buena suerte, Peekay.

Cuando llegamos al final de las escaleras Smit se paró, se puso en cuclillas y me cogió por la camisa.

No había dicho nada al salir del despacho del Kommandant, pero yo era demasiado bueno escuchando el silencio para no saber que estaba metido en un lío. Cerré los ojos, esperando el golpe en la cabeza que debía seguir inmediatamente.

Llevaba un año sin que me pegaran salvo unas cuantas palizas de mi madre, que no se podían considerar palizas en realidad después de las cosas por las que había pasado. Pero el recuerdo de uno de esos golpes que estremece el cráneo constituía aún una parte importante de mi experiencia. Sorprendido de que el golpe no llegara, abrí los ojos y vi ante mí el rostro del teniente Smit crispado de furia.

—Oye lo que digo, no vuelvas a hacer eso, ¿de acuerdo? Si yo te digo una cosa te la digo en serio, ¡entiendes!

Me zarandé fuerte, esperando que llorara; en vez de llorar le mantuve la mirada.

—¿Pero qué miras? Habrase visto, qué descaró.

—Por favor, Meneer, vi boxear a su hermano en Gravelotte el año pasado. Fue entonces cuando lo decidí.

Cruzó su rostro una expresión de asombro.

—¿Tú estabas allí? *Wragdig*? ¿Tú viste esa pelea?

Asentí.

—Boxeó con Hoppie Groenewald... Kid Louis, —corregí.

El teniente Smit me soltó la camisa.

—Yo estaba allí también, ¡Magtig! Menudo combate fue ése. ¿Tú lo viste? ¿De verdad?, —se incorporó y abrió mucho los ojos de pronto—. ¡El chico que estaba con Hoppie Groenewald! Ahora me acuerdo. Creimos que eras hijo suyo.

Habíamos llegado ya al despacho. Klipkop estaba en el suelo haciendo abdominales y al entrar nosotros perdió el ritmo y se incorporó, bastante torpemente.

—¿Recuerdas el combate de mi hermano en Gravelotte el año pasado contra Groenewald, el peso medio?, —Klipkop asintió.

—Peekay vio aquel combate. Es amigo personal de Groenewald.

El guardián se echó a reír.

—Cinco libras perdí en él. ¿Quién iba a pensar que un medio le ganase a un semipesado?

—Groenewald no es un peso medio corriente y moliente, te lo digo yo. No olvides mis palabras, si vuelve de la guerra llegará a ser campeón de Sudáfrica, puedes apostar lo que quieras, —dijo Smit—. Sería capaz de ganarte a ti con un brazo atado a la espalda, hombre.

Klipkop sonrió.

—Sí, claro. Un cuerno. ¡De eso nada! El sábado voy a hacer con tu hermano lo mismo que hizo él.

—No estés tan seguro de ti mismo, Oudendaal. Perforadora no es ningún pelele, esta vez estará en buena forma. ¡No cuentes los pollos antes de que salgan del huevo!

Luego se volvió bruscamente hacia mí.

—Está bien, he cambiado de opinión, puedes venir. Pero hasta dentro de dos años no harás ningún combate, ¿entendido? Te entrenarás y aprenderás a pegar y la técnica y nada más, ¿de acuerdo?

Asentí, entusiasmado. Se me escapaban las lágrimas. Había dado el primer paso para convertirme en el campeón del mundo de los pesos medios.

—Klipkop, lleva a Peekay a ver al profesor. Yo llamaré por teléfono y puedes reunirte con él en el comedor de los guardias, —se volvió a mí—. Cuando acabes vuelve aquí, te tendré preparado el pase permanente.

Abandonamos el edificio de oficinas y fuimos atravesando otro edificio.

—Éste es el gimnasio de los funcionarios de la prisión, —dijo Klipkop.

Pasamos junto al saco de entrenamiento y por delante del *ring*, que estaba al fondo de un local grande. Había unas pelotas grandes de cuero por el suelo y Klipkop se agachó y cogió una.

—Toma, Peekay, sosténla.

Alargué las dos manos y él me puso la pelota en ellas rápidamente y me vi de pronto sentado en el suelo. Klipkop me miraba y se reía.

—Es una bola gimnástica y pesa seis kilos. Cuando puedas lanzar una de estas bolas por encima de mi cabeza tendrás fuerza suficiente para empezar a boxear.

Me levanté sintiéndome muy ridículo. Luego me agaché otra vez e intenté levantar la bola grande. Lo conseguí, utilizando todas mis fuerzas, pero me sentí feliz cuando la dejé caer de nuevo.

—No está mal, Peekay, —dijo Klipkop con una sonrisa.

Estábamos parados junto al cuadrilátero y, me gustaba el olor de la lona y del sudor. Me pregunté cómo iba a poder esperar dos años para subir allí y enfrentarme a un contrincante de verdad.

Salimos del gimnasio y cruzamos aquel inmenso patio interior que yo había visto desde la cima de la colina en mi primera mañana en Barberton y que era del tamaño aproximado de medio campo de fútbol. A ambos lados de él se alzaban los edificios de la cárcel y había dos viejos presidiarios rastrillando la limpia superficie de grava en diagonal.

—Es viernes, líneas diagonales. Cuando más me gusta es el lunes, que hacen una estrella grande en el centro, —dijo Klipkop.

Entonces no entendí muy bien lo que quería decir, pero pronto me enteraría de que cada día hacían un dibujo distinto con los rastrillos. Así era como sabían los presidiarios qué día de la semana era.



—¿Y dónde están los presos, Klipkop?

Los dos presidiarios viejos que estaban rastrillando eran los dos únicos seres vivos que había visto desde que había salido del edificio de oficinas.

—Ag hombre, están todos fuera en brigadas de trabajo. La mayoría trabajan en las fincas, algunos en las canteras y otros en las serrerías, en Francinos Rusts. La gente que los contrata tiene que pasar a recogerlos a las cuatro de la mañana y han de estar de vuelta a las seis de la tarde. Aquí durante el día sólo ves a los viejos, a los que son ya demasiado viejos para trabajar duro, como ese cabrón que nos hace el té. Están también los asesinos, pero a éstos no se les deja salir de las celdas, ni para comer. Pero no los tenemos mucho tiempo, sabes, no es bueno tener asesinos por aquí, los otros presos cafres se ponen muy nerviosos, —sonrió—. A los guardianes tampoco nos gusta tenerlos aquí, así que los ahorcamos enseguida, comprendes.

—¿Y los presos blancos, trabajan también en las brigadas?

Pareció sorprenderle la pregunta.

—¡Qué cosas dices, las brigadas no son trabajo para un hombre blanco! La mayoría de los blancos están aquí de paso para Pretoria. No tienen que trabajar duro porque están muy poco tiempo aquí. Si se trata de casos graves de verdad, como aquel tipo que mató a su mujer y a tres hijos en Noordkaap, les tenemos aquí encerrados hasta que dicta el juez del distrito la sentencia, entonces les metemos en el tren para Pretoria. Si tienes la suerte de que te mandan con ellos como guardián, te dan un día libre en Pretoria y diez chelines y seis peniques para gastos.

Habíamos cruzado el patio de grava y recorrido una arcada estrecha que daba a la parte de atrás de la prisión. El edificio principal se prolongaba en un cobertizo largo de chapa ondulada con tres chimeneas de las que salía humo.

—Son cocinas. El comedor de los guardianes está al otro lado, —dijo Klipkop.

Doc se entusiasmó al verme y me abrazó y me dio palmadas en la cabeza y se le humedecieron los ojos azules.

—Después de verte podré ya dormir otra vez. A ver esa mandíbula. Tut-tut-tut, ojalá me hubiese dado a mí la patada, entonces tú estarías perfectamente. Sí, muchacho, sí. Peekay, ¿por qué han de ser los que aman la paz los primeros que tengan de padecer la guerra? ¿Qué me dices a eso?

Yo nunca le había visto tan emocionado; le salían las palabras atropelladamente, así que no me daba ninguna oportunidad de intervenir.

—No tengo la mandíbula tan mal. Van a quitarme el alambre dentro de seis semanas, y hasta puede que dentro de cuatro. Pero he aprendido a hablar con la boca cerrada.

Doc se echó a reír.

—Tú y yo, Peekay, aunque nos echen cemento en la boca, encontramos siempre un modo de hablar, —aún seguía dándome palmadas en la cabeza, como para convencerse de que era realmente yo.

Le di los libros de la señora Boxall y los miró un momento y luego los dejó en la

mesa, al lado.

—Es una buena mujer, y no es nada tonta. Tú y ella, Peekay, os merecéis un once sobre diez en cuanto a inteligencia. Definidivamende. También el señor Andrews. No creo que le hubiesen hecho tanto caso a un pobre y viejo profesor de música alemán si no le hubiese apoyado nadie. Era un nuevo brote del sarampión alemán y sólo tú y la señora Boxall no quedasteis infectados, ¿ja?

Rió su patético chistecito.

—Puedo venir a visitarte todas las veces que quiera dije, muy feliz.

Doc me miró melancólicamente.

—Sin la naturaleza ya no será igual, ¿qué te puedo enseñar aquí, amigo mío?

—Muchísimas cosas, cosas de los libros. Y yo podría ir a las montañas y buscar cosas y traerlas y entonces podríamos hablar de ellas.

Me ofrendó una de sus sonrisas.

—Tienes razón, Peekay. Un hombre sólo es libre cuando lo es en su corazón. Seremos amigos como siempre, definidivamende. Y hay otra cosa además. Van a dejarme tener aquí el Steinway. Puedes seguir con tus lecciones. Has de decirle esto a tu madre, creo que se alegrará. El lunes me dejan ir con ellos a buscarlo. Si no lo tratan bien en el traslado puede estropearse. Veré mi jardín de cactus por última vez. ¿Podrías estar tú allí Peekay?

El doctor Simpson había dicho que necesitaba otra semana de recuperación. Mi abuelo me había hecho un guiño y había dicho: «¿Quiénes somos nosotros para discutirlo?».

—Te estaré esperando, he plantado ya el Senecio serpens, exactamente como me dijiste, mirando hacia el este.

Esto pareció complacerle, pero luego cruzó su rostro una sombra de preocupación.

—Peekay, el lunes va a suceder una cosa ridícula. No es decisión mía, pero por favor confía en mí, para eso es para lo que quiero que estés allí. Me parece que el Kommandant Van Zyl quiere quedar muy bien, como un hombre culto y refinado, con cierta gente de la ciudad. Yo soy demasiado viejo para esos juegos tontos. ¿Me ayudarás tú, por favor?

—El Kommandant Van Zyl me dijo que le dijese a la señora Boxall que tenía que ir todo el mundo a la plaza del mercado a la una, pero no dijo para qué.

En ese momento apareció Klipkop por la puerta que daba a la cocina con un platito de patatas asadas.

—Toma, come, —dijo, ofreciéndome; yo le indiqué mi boca engrapada y él se echó a reír y dijo—, lo siento, amigo, se me había olvidado del todo.

Luego le ofreció el plato a Doc que rechazó la invitación con un cabeceo.

—El lunes, Peekay. Si me haces el favor de estar en el jardín de cactus a las doce, te lo explicaré todo entonces. Además, quizá mañana puedas buscarme la sinfonía número cinco de Beethoven, tiene impreso en la portada mi nombre y Berlín 1925.

Dentro he marcado la partitura. Ésa es la que quiero.

Yo ya sabía dónde tenía que buscar, pues la música que tocaba sólo para él estaba guardada debajo del asiento del taburete del piano. Me pareció raro que me pidiese que la buscara. Él sabía perfectamente dónde estaba.

—Has de poner lo que hay encima de la partitura en mi botella de agua, Peekay. La llave de la tapa del taburete la encontrarás debajo del tiesto del porche donde está plantado el Aloe saponarie.

Dijo todo esto en inglés, en un tono completamente normal. Klipkop pareció o que no entendía o que no le interesaba el asunto. Miré a Doc intrigado, pero se llevó un dedo a los labios e indicó con los ojos al guardián.

Sonó de pronto una sirena en alguna parte de la prisión.

—La hora de la comida, Peekay, tenemos que volver a donde el teniente, y el profesor tiene que irse a comer, —dijo Klipkop, metiéndose en la boca la última patata—. Puedes quedarte si quieres y comer con los guardianes.

—Tengo que ir a comer a casa, señor Oudendaal, gracias. ¿Qué hora es, por favor?

—Esa sirena fue la de las doce en punto. Pero llámame Klipkop, ¿eh?

Asentí, estaba acostumbrándome a llamarlos a todos por sus nombres de pila. Tendría que volver a casa corriendo todo el camino, porque mi madre debía estar ya esperando que volviera de la biblioteca. No sabía muy bien cómo se tomaría la noticia de mis posibles idas y venidas a la prisión de Barberton, ni de cómo podía comunicarle la noticia. Esta preocupación más inmediata me hizo olvidar las curiosas instrucciones de Doc.

Al día siguiente, después de la escuela dominical, fui al jardín de cactus. Dum y Dee tenían la tarde de los domingos libre y habían aceptado entusiasmadas venir conmigo a limpiar un poco aquello para cuando volviese Doc al día siguiente. Metieron escobas y plumeros y otras cosas de limpieza en dos cubos metálicos y los llevaron en la cabeza, parloteando muy felices de cómo iban a limpiar la casa de mi amigo como nadie la había limpiado hasta entonces. No es que pudiesen hacer gran cosa en su medio día libre aparte de eso, porque aún no habían aprendido a hablar swazi. Yo por entonces no reparaba en ello, pero debían sentirse aisladas de su propia raza. En la granja habían ocupado una posición destacada. Eran muy importantes, en realidad, comparadas con la gente que trabajaba en los campos, ocupaban claramente un puesto más elevado en la escala social. Pero ahora eran dos muchachitas solitarias que, fuera de nuestra casa, no podían establecer ningún contacto y no conocían a nadie. Nosotros éramos su familia, y estaban tan enclaustradas como monjas en un convento.

En cuanto llegamos al jardín de cactus se pusieron a trabajar, encantadas de poder organizar la tarea a su modo, sin la supervisión de nadie. Yo fui directamente al gran

tiesto de barro del porche donde estaba plantado el Aloe saponaria, llamado también áloe del jabón. Es una planta que tiene manchas de un verde más claro y de color herrumbre en sus hojas gordas.

Me costó trabajo retirar el gran tiesto de barro para coger la llave del taburete del piano. Corrí luego al taburete y lo abrí. La cavidad tenía casi treinta centímetros de profundidad y estaba llena de partituras musicales y música manuscrita. Había también una colección de programas atados con una cinta, aunque entonces no supe lo que eran. El de más arriba tenía escrito el nombre de Doc, y lo demás estaba escrito en alemán. Investigué debajo de los manuscritos y las partituras musicales sin encontrar la quinta de Beethoven. Luego, al levantar otros papeles, quedó al descubierto una botella de *whisky* Johnny Walker. Alcé la botella y directamente debajo estaba la partitura que me había pedido Doc.

El viernes por la tarde, después de comer, había ido a ver a la señora Boxall a la biblioteca a darle el mensaje del Kommandant.

—¿Qué crees tú que están preparando, Peekay?, —me había dicho ella con una expresión preocupante—. ¿Crees que tiene algo que ver con el profesor?

—No lo creo. A las doce van a por el Steinway para llevarlo a la prisión, Doc me pidió que estuviera allí para ayudarlo.

—¡Dios mío! Va a dar un concierto, el profesor va a dar un concierto en la plaza del mercado. ¡Qué emoción, qué emocionante!

Nunca la había visto tan entusiasmada. De pronto lo vi todo claro.

—No creo que a él le haga muy feliz eso. Dijo que el señor Van Zyl estaba intentando quedar como un hombre culto y refinado con la gente del pueblo. Que necesitaría mi ayuda.

La señora Boxall estaba tan emocionada que me dio la impresión de que no me había oído.

—Una vez investigué sobre nuestro profesor, y resulta que es famosísimo, —le brillaban los ojos—. Hay algo oscuro y muy misterioso en todo esto, si quieres que te sea sincera. ¿Por qué un famoso pianista europeo lo dejó todo y se enterró en un pequeño dorp de África donde vive miserablemente dando lecciones a jovencitas?

—Yo creo que lo único que pasa es que le gusta coleccionar cosas como cactus y áloes, y subir a las montañas, —dije, pero no parecía que me escuchase, tenía el codo apoyado en la mesa, la barbilla en la mano y era evidente que estaba ensimismada con sus pensamientos.

—Peekay, ¿te pidió que hicieras alguna cosa? Me refiero cuando dijo que necesitaba que le ayudaras...

—Me pidió que le llevara la Quinta Sinfonía de Beethoven que tiene escrito en la portada su nombre y Berlín.

—¡Hip hip hurra! ¡Qué magnífico programa! Beethoven ¿eh? Menudo espectáculo. La primera vez que oí la Quinta fue cuando era una niña y fuimos a Londres a oír a Arthur Rubinstein, un joven muy brillante, al Albert Hall.

La señora Boxall unió sus manos en una palmada y alzó los ojos hacía el ventilador del techo que giraba constante sobre su cabeza.

—¡Oh qué maravilla! ¡Qué maravilla!

—Dijo también que debía poner lo que había encima de la partitura en su botella de agua.

—¿Qué pudo querer decir?, —dijo ella con aire ausente.

Era evidente que tenía el pensamiento fijo en el concierto de Doc en la plaza del mercado. Su obligación como representante de la cultura en el pueblo era evidente. No era momento de intentar aclarar los acertijos de Doc.

—Peekay, habrás de perdonarme, querido. Creo que hoy vamos a tener que cerrar temprano. Tengo que hacer un montón de llamadas telefónicas. La una en punto, estás seguro de que fue ésa la hora que dijo el señor Van Zyl...

Asentí y me dispuse a marcharme.

—Dale las gracias a tu querida madre por esas rosas tan bonitas que me mandó. La semana que viene le escribiré una nota, —había empezado ya con sus llamadas y cuando cruzaba la puerta de la biblioteca oí que decía—: ¡Bárbara, no te puedes imaginar!

Estaba pues con la partitura de Doc, contemplando la botella de Johnny Walker. Doc sólo bebía en su habitación. ¿Por qué guardaría una botella en su taburete del piano? Si Klipkop no hubiese entrado en el momento en que estaba a punto de explicarlo, habría quedado todo claro. Busqué en el bolsillo la nota de Doc y volví a leerla. Podía haber una clave que se me hubiera pasado por alto... *Y ya es menos duro lo de no tener whisky*. Si hubiese sido algo mayor no habría sido para mí ningún enigma, pero a un niño de siete años no se le dan demasiado bien los enigmas, porque normalmente no sabe nada de los hábitos de los adultos en relación con la bebida.

Aunque no me sentía nada seguro de estar haciendo lo que tenía que hacer, la botella estaba justo encima de la partitura que quería Doc, y era el único objeto del taburete del piano cuyo contenido podía verter en una botella de agua. Tenía muy clara conciencia de que la última vez que me había entrometido con el *whisky* de Doc las consecuencias habían sido terribles. Cogí la botella de agua y la de Johnny Walker y me fui al jardín de cactus e hice allí un agujero en el suelo y enterré en él la botella de agua dejando el cuello al descubierto. He de decir que fue un buen plan y que apenas derramé nada. Después planté la botella de *whisky* boca abajo. Aquélla habría de ser la última botella de Johnny Walker que se plantase en el jardín de cactus de Doc.

Volví a meter la botella de agua en el taburete del piano, puse encima la partitura musical de Doc y luego cerré el taburete y me guardé la llave en el bolsillo.

El lunes a las nueve de la mañana estaba en casa de Doc, esperando. Dee y Dum habían limpiado a fondo y estaba todo immaculado. El Steinway brillaba como un espejo, pues acababan de darle una capa de cera de abeja. Las chicas se habían pasado una hora limpiando el *whisky* de las teclas. Sentadas en los dos taburetes, se

habían reído a más y mejor con la cacofonía que hacían al frotar. No creo que hubiesen pasado una tarde tan divertida como aquélla en toda su vida. Siguieron limpiando la casa de Doc todos los domingos por la tarde durante los cuatro años siguientes. Creo, incluso, que la consideraban su casa de descanso. Yo pasé el tiempo de espera separando suculentos y quitando malas hierbas de una pequeña porción del jardín. Al cabo de un par de horas oí el gemido sordo de un camión y el menos angustiado de un furgón de mudanzas que subían por la cuesta camino de la casa.

El camión negro de plataforma de la prisión era un Diamond T. El furgón de mudanzas, que subía detrás, se quedó un poco más abajo mientras el camión maniobraba para situarse de nuevo enfilando la cuesta. Atrás, en la caja, venían seis presos negros y dos guardias con rifles. Delante iban el conductor y un tercer guardia. Uno de los guardias era el joven que me había abierto la puerta de la prisión el viernes anterior y le saludé. Saltó de la caja del camión y dió la mano.

—Gert Marais, *hoe gaan dit?*

Se la estreché y contesté que bien, y siguiendo la costumbre africaans le pregunté por su salud. En ese momento subía el furgón de mudanzas, y vi que lo conducía Klipkop y que al lado iba el teniente Smit. Se pararon delante del camión y Klipkop saltó de la cabina. Luego fue hasta la parte trasera y la abrió y tuve la agradable sorpresa de ver salir de allí a Doc. Vestía una camisa blanca limpia, corbata azul y el traje blanco de lino. El roto que se había hecho en la pernera, cuando el sargento le había derribado de una patada, estaba remendado, el traje había sido lavado y planchado y las botas resplandecían. Nunca le había visto tan elegante. El teniente Smit y Klipkop me saludaron como a un viejo amigo.

Me di cuenta enseguida de que Doc estaba nervioso y cuando Klipkop y el teniente Smit se dirigieron hacia la casa se volvió a mí con ansiedad.

—Tenemos que hablar, Peekay, hoy tengo que hacer una cosa muy difícil.

Seguimos a los dos guardias a la casa y Doc les indicó el Steinway y el taburete. Estaba demasiado preocupado para darse cuenta de lo limpio que estaba todo, y, aunque me sentí algo decepcionado, no dije nada. De todos modos la limpieza no era tampoco algo en lo que yo reparase demasiado.

Entraron dos de los otros guardias, dejando a Gert y a otro vigilando a los presos. Hablaron con Doc acerca del mejor modo de cargar el Steinway.

Klipkop fue a llamar a los presos y Doc se volvió al teniente Smit y le preguntó si podía ir a ver su jardín, pues no podía soportar la idea de presenciar el traslado de su piano. Smit se echó a reír y añadió que tenía que ir un guardia con él.

—Yo conozco a Gert Marais. ¿Puede venir él, por favor?, —pregunté.

El teniente Smit se encogió de hombros y le hizo una seña a Gert para que fuese con nosotros.

—No quiero que ustedes dos se me escapen a las montañas, ¿entendido?, —dijo bromeando.

Pero pronto me daría cuenta de que el teniente Smit era un hombre meticoloso,

partidario de atenerse a las normas. Gert no sabía hablar inglés, lo que significaba que podríamos hablar sin peligro de que nos entendiera.

Entramos en el jardín, siguiendo las botellas de Johnny Walker en sus meandros entre altos cactus y áloes. Doc se pasó un buen rato sin decir nada, parándose a examinar las plantas y mirando suculentos que crecían pegados a la tierra. Era como si intentase memorizar el jardín, bosquejarlo en una placa en su mente para que el recuerdo le sostuviese en la celda de la prisión. Por fin nos detuvimos, y nos sentamos en un saliente natural de piedra rojiza de espaldas al pueblo que quedaba abajo y contemplando las colinas. Gert se quedó a corta distancia mascando una hoja de yerba, el rifle despreocupadamente echado al hombro. Parecía feliz separado de sus superiores.

Finalmente Doc empezó a hablar.

—Peekay, esos domkopfs quieren que dé un recital hoy en el pueblo. Hace dieciséis años que no doy un concierto, y ahora debo tocar otra vez. No puedo hacer eso, Peekay, pero no tengo más remedio.

Alcé la vista hacia él y me di cuenta de que estaba nerviosísimo.

—No tienes por qué hacerlo Doc, ¡no pueden obligarte!, —dije desafiante, aunque sin demasiada convicción. Mi breve experiencia con todo tipo de autoridades me había demostrado que ganaban siempre, que siempre podían obligarte.

Doc se giró para mirarme.

—Peekay, te quiero más que a mi vida. Si no toco hoy no te dejarán venir a verme, —pude apreciar en su voz la desesperación cuando añadió, bajando el tono—: Creo que eso no podría soportarlo.

Le abracé y me dio unas palmaditas en la cabeza y seguimos allí sentados contemplando las colinas salpicadas de áloes en flor y las montañas azules y moradas que había tras ellas. Por fin Doc volvió a hablar:

—Fue en Berlín en 1925. Yo había estado unos meses enfermo y volvía al circuito de conciertos con una actuación en el Palacio de la Ópera de Berlín. Había decidido interpretar la Patética, —se volvió hacia mí—, la partitura que encontraste en el taburete del piano. La Sinfonía número cinco de Beethoven es una gran música, pero es bondadosa con un buen intérprete. El gran maestro era pianista también, y no es una de esas piezas llenas de trucos habilidosos que te ponen a prueba. Esa noche interpreté al gran maestro bien, mejor que nunca. Hasta el tercer movimiento. De pronto llegó, nadie sabe de dónde, el pánico. Se apoderó de mis dedos, de mi cabeza y de mi corazón. De nada sirvieron treinta años de disciplina. El pánico me devoró y no pude interpretar esa música que había interpretado quizá mil veces en mis prácticas y conciertos. Nada, había desaparecido todo, quedaron sólo las toses del público, luego los cuchicheos, luego los abucheos. Y luego el director del concierto sacándome del escenario.

Doc seguía sentado, la cabeza inclinada, las manos desmadejadas sobre las rodillas.

—Nunca he vuelto a interpretar en público, desde esa vez de Berlín. He probado a tocar esa misma pieza a lo largo de dieciséis años y siempre me pasa lo mismo en el tercer movimiento, se me paraliza la música en los dedos y en la cabeza y en el corazón. Entonces es cuando aúllan los lobos dentro de mi cabeza y lo único que puede hacerlos callarse es el *whisky*. Hoy, dentro de una hora, he de interpretar otra vez esa música, he de enfrentarme al público o perderte a ti, mi buen amigo.

No voy decir que comprendiese entonces la verdadera profundidad del dilema personal de Doc. Era demasiado pequeño, demasiado inexperto para entender su dolor y su humillación. Pero me daba cuenta de que experimentaba un dolor interior y sabía que no podía hacer nada para que dejara de sentirlo.

—Estaré allí contigo, Doc, yo te pasaré las páginas.

Doc sacó su pañuelo y se sonó.

—Eres un buen amigo, Peekay.

Luego soltó una de sus risillas, me revolvió el pelo y examinó una de mis manos. Yo tenía las rodillas y las manos sucias porque había estado arrancando malas hierbas entre los cactus.

—Si vas a ser mi ayudante es mejor que te laves en el depósito, tenemos que estar impecables. Ja, no hay duda, el público lleva esperando dieciséis años, —se levantó y me cogió de la mano—. Vamos, Peekay, ya es hora.

En el viaje hasta el pueblo fuimos los dos sentados en la cabina del furgón con el teniente Smit. Klipkop conducía el camión, y Gert iba sentado en la parte de atrás del furgón. Habían cargado el Stenway en el camión de plataforma y lo habían atado con cuerdas. Además iban alrededor de él cinco presos con órdenes de sujetarlo firme bajo pena de muerte, y otro más sentado con el taburete entre las piernas.

El Diamond T se detuvo a casi un kilómetro de la plaza del mercado y los dos guardias hicieron bajar a los cinco presos del camión. Uno de ellos volvió a montar en el vehículo y el otro siguió hacia la prisión custodiando a los presos. Nosotros seguimos y entramos luego por la parte alta de la calle Crown camino de la plaza del mercado, que quedaba a unos trescientos metros. La calle principal estaba desierta, y tan silenciosa como una tarde de domingo.

—Dios santo, ojalá no le salga el tiro por la culata al Kommandant, —dijo el teniente Smit casi para sí. Habíamos ido detrás del camión y pasamos a situarnos delante de él. Me di cuenta de que todas las tiendas estaban cerradas, hasta la licorería Goodhead y el Café Savoy, que nunca cerraban a la hora de comer. Doblamos la esquina, entramos en la plaza del mercado y me quedé boquiabierto. Estaba ocupada por cientos de personas que habían empezado a vitorearnos nada más vernos. Un guardia nos indicó un espacio que se había mantenido despejado debajo de un árbol grande y muy vistoso. El teniente Smit le dijo a Gert que se quedase en el furgón pero sin enseñar el rifle. Luego se bajó, se puso delante del Diamond T y fue guiándolo hacia una sección cercada con cuerdas del centro de la plaza.

Varios guardias subieron por una escalerilla a la plataforma del camión y



desataron las cuerdas que sujetaban el Steinway. Uno de ellos colocó en su sitio el taburete y otro, que era un electricista de la prisión, instaló un micrófono.

Doc empezó a temblar en cuanto vio la multitud. Yo estaba medio sentado en una de sus rodillas y me di cuenta de que temblaba.

—Peekay, ¿hiciste lo que te dije con la botella de agua?, —preguntó con voz tensa.

—Está en el taburete del piano, Doc.

—Peekay, tienes que cogerla y dármele cuando yo te lo diga. ¿Entendido?

Asentí. Paramos bajo el árbol grande y vistoso y allí estaba esperándonos el Kommandant. Abrió la puerta del furgón y Doc salió, con paso algo inseguro.

El Kommandant Van Zyl lo cogió por el codo y lo sujetó firme.

—Ahora, Profesor, recuerde que es usted alemán, miembro de una raza gloriosa de luchadores. Nosotros que pertenecemos al Servicio de Prisiones de Sudáfrica estamos de su parte, ¿tiene usted que demostrarles a esos rooineks lo que es cultura de verdad, hombre!

Doc miró a su alrededor acongojado para comprobar si yo seguía allí.

—No olvides la botella, Peekay, —dijo. Fuimos hasta el centro de la plaza, Doc apretándome la mano con fuerza y sostenido por el Kommandant.

—Alrededor de nosotros se percibía la emoción del público. Nunca había sucedido nada así en un lunes insulso. Desde que se declarara la guerra. Llegamos a la plataforma del camión y vimos que había unas veinte hileras de sillas situadas detrás de las cuerdas a ambos lados de él. Las sillas debían proceder de tiendas y despachos, pues no había dos que fuesen iguales, pero formaban un auditorio circular en el que estaban los vecinos más distinguidos del pueblo. Vi a la señora Boxall en la primera fila. Llevaba su mejor sombrero y sus mejores guantes, igual que la mayoría de las demás matronas locales consideradas de elevada posición social. Junto a la parte trasera del camión había tres hileras de sillas idénticas en las que estaban sentados los guardias de la prisión con sus esposas, ellos de uniforme y ellas con sus mejores galas. Era evidente que estaban muy orondos y ufanos.

Doc había conseguido dominarse ya un poquito y subió la escalerilla conmigo hasta la plataforma sin ayuda de nadie.

El Kommandant subió también la escalerilla hasta la plataforma con la ayuda de Klipkop. Luego éste se acercó al micrófono.

—Probando uno, dos, tres, cuatro, —atronó su voz desde las cuatro esquinas de la plaza. Satisfecho con esto, bajó de la plataforma y se colocó junto al teniente Smit. El Kommandant avanzó hacia el micrófono.

—*Dames en Heere*, señoras y señores—, empezó diciendo; pero luego siguió hablando en inglés. —Como todos ustedes saben porque lo habrán leído en el periódico, ha habido un lío muy grande en relación con uno de nuestros ciudadanos más distinguidos, el profesor Karl von Vollensteen, un profesor de música de ultramar. El buen profesor, que ha vivido en esta población quince años y ha

enseñado a tocar el piano a muchas de las jovencitas de la localidad, nació en Alemania. Y por esa única razón ha sido detenido.

Varios grupos de personas del público habían empezado a abuchear y alguien gritó: «¡El que ha sido soldado alemán una vez, lo es siempre!», lo que provocó risas y aplausos un tanto espasmódicos. El Kommandant levantó una mano.

—Yo soy bóer, no británico. ¡Nosotros los bóers sabemos muy bien lo que es eso de que te roben tus derechos!

Empezaron a oírse bastantes más abucheos y la misma voz gritó:

—¡Cierra el pico de una vez!

El Kommandant, continuó, como si contestase al provocador:

—No, es verdad y debo decirlo. ¡Vosotros nos quitasteis nuestra libertad y ahora estáis quitándosela al profesor!

Esta vez el abucheo adquirió más potencia y entonces el señor O’Grady Smith, el alcalde, se levantó y le gritó al Kommandant:

—Déjelo de una vez, hombre, o tendremos un incidente.

El Kommandant se volvió furioso al alcalde, prescindiendo del micrófono que tenía delante.

—¡No se atreva usted a decirme lo que tengo que hacer! ¿Se cree usted que porque sea alcalde de este dorp puede andar dando órdenes?

Cesaron los abucheos, pues el señor O’Grady Smith no era más popular que el Kommandant, y era también muy gordo y veinticinco centímetros más bajo por lo menos. Se levantó de su asiento con la ayuda de un par de concejales, subió por la escalerilla y enfiló hacia el micrófono. Puesto de puntitas, porque no llegaba bien, gritó por los altavoces:

—Ya va siendo hora de que saquemos de Barberton esa cárcel y al nido de nazis que la dirigen. Éste es un pueblo leal al rey Jorge y al imperio británico. ¡Viva el rey!

La mayoría de la multitud aplaudía y vitoreaba y silbaba y el señor O’Grady Smith se volvió y alzó la vista hacia el Kommandant con una expresión presuntuosa y satisfecha.

De pronto vi, desde donde estaba, junto a Doc, en la plataforma, que una docena de hombres se abrían paso entre la multitud y venían hacia nosotros.

—Vienen unos hombres, —le dije al teniente Smit, que se había plantado junto a la escalerilla, con Klipkop, para desalentar a cualquiera del pueblo que pretendiese emular al alcalde. Se subieron a la plataforma rápidamente, retiraron la escalerilla y colocaron el micrófono junto al Steinway, de modo que la mitad final de la plataforma quedase despejada. El alcalde y el Kommandant fueron desplazados precipitadamente, sin contemplaciones, hacia la otra parte, donde estábamos sentados Doc y yo.

Había tres metros por lo menos entre el camión y la primera fila de asientos de detrás de las cuerdas. Esto era para permitir que los ciudadanos más distinguidos tuviesen una visión clara de Doc al piano. Los atacantes cruzaron esta faja de tierra

de nadie y empezaron a invadir el extremo final de la plataforma. El teniente Smit y Klipkop ocupaban la posición elevada, lo que equiparaba las cosas considerablemente, y los otros guardias dominaban el espacio que había entre los asientos y el camión. La plataforma y el delantal de alrededor estaban llenos de hombres que se peleaban y de señoras que gritaban intentando huir de la pelea. El Kommandant se aventuró a salir de detrás del Steinway y recibió un puñetazo en la nariz. El gordinflón del señor O'Grady Smith estaba agachado a cuatro patas, medio escondido debajo del piano, intentando hacerse invisible.

Sólo la señora Boxall se mantenía en su sitio y hacía gestos desesperados en nuestra dirección y de pronto me di cuenta de que iban dirigidos a mí.

—¡Salta, Peekay, corre, salta, salta!, —gritaba.

En ese mismo instante Doc me tiró de la manga.

—La botella, Peekay.

Tenía la mano extendida. Le entregué la botella de *whisky*, la destapó, echó un trago, me la devolvió.

—Cuando te haga así con la cabeza, tienes que pasar la página.

Se volvió luego hacia la partitura que tenía delante y pasó rápidamente las páginas hasta llegar al fortísimo, que en la Quinta de Beethoven aparece al final del segundo movimiento. Luego empezó a tocar. Habían derribado el micrófono y la cabeza estaba apoyada sobre la sección vertical del piano. Captaba directamente la música, que empezó a atronar en la plaza.

La gente se tranquilizó casi instantáneamente y la lucha cesó. Se despejó la plataforma y los hombres que estaban alrededor del camión volvieron a fundirse entre el público. El alcalde salió de debajo del Steinway. Los guardias les ayudaron a él y al Kommandant a bajar por la escalerilla, que había sido colocada de nuevo. Hasta las señoras que chillaban se tranquilizaron.

Doc continuó con la pieza, terminó el segundo movimiento y entró en el tercero, y, casi sin pausa, en el cuarto, moviendo la cabeza cada vez que quería que pasase la página. Fue una interpretación impecable que concluyó con un final atronador.

El público probablemente comprendiese muy desde el punto de vista intelectual. Después de todo no era su tipo de música, pero recordarían emotivamente la interpretación de Doc durante el resto de sus días. La señora Boxall lloraba y tenía las manos cruzadas sobre el pecho, y las otras señoras fingían haber sido arrastradas por la emoción.

El teniente Smit les dijo a gritos a varios guardias que empezasen a abrir paso para que saliese el camión. Cogió el micrófono y le gritó a Klipkop que se pusiese al volante y que arrancase, luego se metió también en la cabina cuando el gran Diamond T empezó a moverse. Doc, que tuvo que saludar al público, volvió a su asiento. Empezó a interpretar la sonata del Claro de luna de Beethoven con un floreo del teclado.

Yo nunca lo había visto tan feliz. No paró de tocar hasta que llegamos a la prisión,

ni siquiera cuando cruzamos las puertas. Llegó a los últimos acordes cuando nos deteníamos a la puerta del edificio de oficinas. Luego bebió un buen trago de la botella y abandonó el piano y contempló sus cerros queridos que se alzaban al otro lado de los muros de la prisión.

Yo abrí rápidamente el taburete y metí dentro la botella junto con la partitura de la Patética. Lo cerré y me guardé la llave en el bolsillo.

Doc me acarició la cabeza.

—Se acabaron los lobos. Definitivamente, —dijo muy tranquilo, y contempló otra vez los cerros.

## DOCE

Dee o Dum me despertaban todas las mañanas a las cinco menos cuarto con el café y un trozo de pan. Poco después de las cinco me echaba al hombro la bolsa de cuero de los libros y salía trotando camino de la prisión, que quedaba a unos cuatro kilómetros y medio carretera abajo.

Me dejaban cruzar las puertas sin problema, era tan regular como el lechero e igual de inofensivo. Los guardias, a los que aún les quedaba hora y media para terminar el turno de la noche, me saludaban desde lo alto del muro cuando llegaba. Estaban cansados del aburrido servicio de noche, y después del alba gris yo era el primer indicio tangible de que la larga noche casi había terminado.

Aprendí que el mejor camuflaje de todos es la coherencia. Si haces algo con suficiente frecuencia y al mismo tiempo y de la misma manera, te haces invisible. Una sombra más. Todo reincidente sabe esto. Para tener éxito en la cárcel hay que establecer los planes con mucha antelación. Los hábitos tienen que asentarse poco a poco, día a día, o semana a semana, o mes a mes e incluso año a año. Un avance lento y minucioso hacia el objetivo final. Cuando se consigue asentar por fin una rutina, las autoridades no la perciben ya como lo que es, un engaño; la aceptan como lo que no es: una costumbre autorizada. El preso goza frente al carcelero de la ventaja de la continuidad. Los guardias cambian, ascienden, los trasladan a otros sitios. Pero los viejos presidiarios, esos presos que permanecen encarcelados cumpliendo largas condenas, tienen la ventaja de disponer de tiempo para planear. La verdadera autoridad dentro de la cárcel es el viejo presidiario. El guardia depende sin darse cuenta de los viejos presidiarios para dirigir el sistema carcelario, porque son ellos los que contienen a los presos más jóvenes que no tienen la paciencia necesaria para adaptarse al sistema o que no ven más solución que la violencia para conseguir lo que quieren. Una prisión sin este sistema de autoridad secundario puede ser un lugar peligroso e impredecible.

Yo me convertí en una parte de ese mundo de sombras, arrastrado a él con gran paciencia durante un largo período por un viejo presidiario desdentado al que llamaban Geel Piet. Su nombre, traducido del afrikaans, significa Amarillo Peter. En

realidad, era más que un simple nombre. Geel Piet era un mestizo, o un hombre de color del Cabo, ni blanco ni negro, al que trataban como a un negro, pero que aspiraba en el fondo de su alma a ser un blanco. Geel era el hombre del Limbo de Sudáfrica, despreciado por ambos bandos. Era además un reincidente, un delincuente incorregible que admitía sin problema que no tenía nada que hacer en el exterior. Y era el viejo presidiario que más influencia ejercía en el mundo en sombras de la cárcel.

Mi jornada carcelaria comenzaba a las cinco y media de la mañana en el gimnasio, donde se reunía el equipo de boxeo para calistenia, bajo la dirección del teniente Smit. Éramos veinte en total y esto incluía a cuatro chicos más de entre once y quince años. La categoría se medía por el peso. Klipkop, que había derrotado a Perforadora Smit a los puntos en diez asaltos y había pasado a ser campeón de los pesos pesados de las tierras bajas, ocupaba la más alta y yo el último escalón de todos.

El teniente Smit se colocaba en el cuadrilátero con un silbato en la boca y nosotros íbamos haciendo una serie de ejercicios, que ya conocíamos, a toque de silbato. Se intercalaban planchas y abdominales en cualquier momento que el teniente Smit lo decidía. Cada sesión de planchas y abdominales era de mayor duración que la anterior. El teniente Smit era un decidido partidario de las planchas para fortalecer las piernas y los brazos y de los abdominales para fortalecer los músculos del abdomen. Le gustaba también la lucha libre, y decía que el bóer era más luchador que boxeador, y que la mayoría de los guardias de la prisión eran gente agresiva por naturaleza y estaban mejor equipados para ser luchadores. Decía que la tenacidad y la resolución se imponían a la técnica en el *ring*. Los boxeadores de la prisión de Barberton tenían fama de ser gente muy dura de pelar en toda la región, y hasta fuera de ella, en lugares tan alejados como Petersburgo y Pretoria.

El teniente Smit cumplió su palabra y no me permitió subir al *ring* los dos primeros años. «Cuando seas capaz de lanzar una bola gimnástica por encima de la cabeza de Klipkop, podrás hacerlo», decía. El primero de mis objetivos estaba claro, y durante los quince minutos siguientes a la calistenia, cuando todos los demás boxeadores formaban parejas, yo trabajaba con las bolas hasta que no podía levantar los brazos.

Después de una ducha de cinco minutos, iba al salón de actos de la prisión a dar mi lección de piano con Doc, y a las diez y media los dos íbamos a desayunar al comedor de los guardias.

Doc gozaba de un *status* especial en la prisión. Aunque vivía en una celda, podía moverse libremente por todo el recinto, comía en el comedor de los guardias y no se le obligaba a hacer ningún trabajo especial. «Usted toque el piano y nada más, Profesor había dicho el Kommandant Van Zyl ése es su trabajo, ¿entendido?».

Doc iba a menudo al gimnasio a ver cómo se entrenaba el equipo de boxeo. Sabía que yo tenía grandes deseos de boxear, de enfrentarme a otro en el cuadrilátero.

Aunque me explicó con toda claridad que no entendía por qué sentía yo aquella necesidad, respetaba mi ambición y aplacaba mi impaciencia con analogías musicales. «En música tienes que hacer primero los ejercicios, eso es lo primero siempre. Si haces los ejercicios bien ya tienes los fundamentos. No se puede conseguir un buen músico con fundamentos malos. Yo creo que en esto del boxeo pasa lo mismo. Ja, creo que así es».

Hice pues todas las cosas necesarias para ser boxeador, y practiqué con el saco tanto como con las escalas del piano, hasta familiarizarme con todo el arsenal de golpes posibles. Aquel viejo saco de entrenamiento hubo de soportar unas zurras diarias terribles durante aquellos dos primeros años. Me lo imaginaba encogiéndose al aproximarme, gimiendo incluso a veces. «¡No me des demasiados upercuts mortíferos de esos tuyos hoy, Peekay!». O: «¡Oh no! El cruzado de derecha no. No puedo soportar más cruzados de derecha». Aquel viejo saco de entrenamiento tan grandote aprendió a respetarme, desde luego que sí.

Pero lo que acabó gustándome más fue el *speedball*. Gert, el joven guardia que no hablaba inglés, formaba también parte del equipo de boxeo, y nos habíamos hecho buenos amigos. Había cogido un saco viejo de entrenamiento y lo había adaptado en el taller de la cárcel para que quedase lo suficientemente bajo para que me sirviese a mí.

Aún me acuerdo del primer día que conseguí, después de varias semanas de práctica, una continuidad de ritmo, convirtiéndolo en un borrón delante de mis móviles guantes. Supongo que Fred Astaire o Bojangles debieron sentir lo mismo cuando consiguieron su primera serie completa de claqué.

Al cabo de unas semanas se acercó a verme el teniente Smit. Me latía mucho el corazón mientras me concentraba para conseguir mantenerlo en movimiento, un tat-tat-tat rítmico de cuero sobre cuero en un borrón. «Eres rápido, Peekay. Eso está bien», dijo, y luego se fue. Cuando dos años después conseguí dominar el pasaje más difícil de un preludio de Chopin sentí menos emoción que la que sentí con el elogio del teniente. Habían sido las primeras palabras que me había dirigido directamente en los seis meses que llevaba en su equipo.

El Steinway de Doc estaba instalado en el salón de actos de la prisión, un local bastante grande con suelo de madera flexible que se utilizaba principalmente para bailes populares y otros acontecimientos de las vidas de los funcionarios y de sus familias. Había también un piano vertical francés Mignon, pues el Steinway de Doc no debía usarse más que para tocar música clásica. Y eso por orden expresa del Kommandant Van Zyl, que había dicho que un piano de cualidades tan excepcionales no podía servir para tocar melodías vulgares o para acompañar al banjo o al acordeón. Se respetaron sus deseos, como es natural, y el Steinway se convirtió en un símbolo de algo muy superior, que en opinión de los funcionarios de la prisión y de sus familias, les elevaba y les otorgaba un *status* social especial. Doc y yo, al ser las dos únicas personas que tocábamos el Steinway, éramos parte de ese estatus. Aunque mis

interpretaciones eran elementales y estaban muy lejos de lo competente, se respetaban como música de verdad y se hacía referencia a ellas como mi don. El que el gran profesor de música alemán me diese lecciones era la única prueba precisa para que quedase decretado que yo tenía que ser un genio en ciernes. Doc fue siempre lo suficientemente bondadoso para no desmentir jamás esta opinión. Aunque era la persona más sincera que he conocido en mi vida, no era tonto, se dio cuenta en seguida de que cualquier pequeña ventaja en el sistema carcelario era un capital mental en el banco, pese a que era una vergüenza que su talento como maestro se desperdiciase con una materia prima tan inferior como la mía.

Yo visitaba el jardín de cactus casi todos los días al salir de la escuela, y todos los domingos cuando salía de la iglesia iba allí con Dee y Dum a limpiar la casa de Doc y a trabajar en el jardín. Doc y yo analizábamos el estado del jardín de cactus detalladamente, con un mapa que él había hecho con todas las especies de suculentos y cactus que había en el jardín. Considerando que había varios miles, fue sin duda una tarea intelectual de gran mérito. Al corregir el mapa, lo que me llevó varias semanas, descubrí que sólo había cometido once errores. Yo escogía un pequeño sector del jardín y lo revisaba, informándole posteriormente de su estado. Doc tomaba notas sobre la evolución de brotes y flores y me daba instrucciones de cómo tenía que cuidar o arrancar las plantas. Las plantas que arrancaba las metía en un saco de arpillera y las llevaba a la prisión, donde Doc había empezado a plantar un segundo jardín de cactus. A veces los insectos se comían los brotes de un cactus y yo capturaba un espécimen, lo metía en una caja de cerillas y se lo llevaba para que lo identificara. Pero Doc pensaba que todas las criaturas tenían un puesto en el sistema y que todo se equilibraba al final. Sólo me daba instrucciones para actuar cuando un insecto aparecía en tal número que parecía probable que alterase la ecología del jardín. Comparaba esto a una plaga de langostas que, aun siendo un fenómeno natural, era un acto violento de la naturaleza que había que contener. En estos casos él aportaba los conocimientos técnicos, la señora Boxall o mi abuelo suministraban los materiales y Dee y Dum aportaban el trabajo. Normalmente el enemigo resultaba derrotado. Las chicas consideraban esto como parte de su diversión dominical y se enorgullecían mucho de su trabajo. Les gustaba trabajar la tierra, aunque estoy seguro de que tenía que desconcertarlas el hecho de dedicar tanto esfuerzo a algo tan estúpido como un cactus.

Marie, la ayudante de enfermera del hospital, había sido invitada a casa poco después de mi incidente de la mandíbula y había establecido una firme amistad con mi madre. Le encantaba la costura y se pasaba horas sentada charlando con ella, y haciendo ojales y hombreras y cosas diversas. Parecía inevitable que cayese muy pronto en las garras del Señor.

Como era una chica del campo, entendía a Dee y a Dum, y me sorprendió mucho que no se dedicase a darles órdenes. Les enseñó a cocinar cosas nuevas, entre ellas bollos de calabaza y pan de maíz, y ambas cosas se convirtieron pronto en mis



comidas favoritas. La llevé a ver la casa de Doc un domingo por la tarde; las dos chicas negras estuvieron calladas durante la mayor parte del camino. Cuando llegamos a la casa, Marie se puso a decirles lo que tenían que hacer. Y empezaron las dos a poner caras largas y a enfurruñarse más y más a medida que avanzaba la tarde. Por fin, yo me di cuenta del error que había cometido, y Marie, para gran júbilo de Dee y Dum, no volvió a ser invitada. Yo creo que a las dos les gustaba mucho Marie, pero hay ciertas cosas entre mujeres en las que hay que obrar con gran prudencia. La casa de Doc no era ya de Doc, pertenecía en realidad a Dum y Dee, y las órdenes imperiosas de Marie eran las de una intrusa, y hasta las de una invitada que había olvidado la buena educación.

Marie me traía batatas de su granja y huevos frescos, e incluso a veces una pata de cerdo, mantequilla, y un kilo de bacon curado en casa. Siempre traía un manojo grande de hojas de tabaco curado para mi abuelo. Mi abuelo fumaba una mezcla rhodesiana llamada African Drum, y odiaba aquel tabaco áspero, tosco y sin mezcla de la granja de Marie, pero era demasiado educado para decírselo. Lo colgaba de los varales del techo del cobertizo del jardín. De vez en cuando echaba un par de hojas grandes en un bidón de doscientos litros lleno de agua de lluvia que había a la salida del cobertizo. Ese agua, mezclada con tabaco, se utilizaba para combatir a los áfidos de las rosas. Pero hacía falta muy poco tabaco para eso, y el suministro que colgaba del techo crecía de manera alarmante. Con el tiempo habría de convertirse en uno de los factores más importantes de mi ascensión dentro del sistema penitenciario.

Geel Piet, el mestizo, fue durante el primer año una parte de la práctica matinal de piano, pues estaba siempre allí presente en el salón, arrodillado, limpiando el suelo. Al cabo de un rato se hacía completamente invisible, una sombra al fondo que nos saludaba a Doc y a mí diciendo: «*Goeie More, Baas en Klien Baas*». A esto seguía una sonrisa desdentada y luego una risilla, como si el día fuese perfecto y no se le ocurriese ningún otro lugar en que pudiese estar mejor. Doc, que no era racista, y yo, que había tenido relaciones con criados toda mi vida, le devolvíamos el saludo. Estaba prohibido hablar con los presos no europeos, y nuestras respuestas despreocupadas debieron de ser un gran estímulo para el viejo.

Geel Piet era pequeño y tenía un aspecto bastante patético. El ojo izquierdo le colgaba un poco más bajo que el derecho y tenía caído el párpado inferior, con lo que se le veía más de aquel ojo de lo normal. Por otra parte, ambos estaban siempre inyectados en sangre y un poco lacrimosos. Tenía además la nariz completamente aplastada y la cara, de un amarillo intenso, llena de cicatrices. Tenía arrancada una parte del labio inferior, con lo que le quedaba un borde morado de tejido cicatrizal que caía en una arruga que parecía un rictus de decepción permanente. Medía uno cincuenta y cinco más o menos, y tenía las piernas torcidas. Era algo más que simplemente patizambo, ya que había sufrido varias roturas que habían sido curadas, sin duda, de forma descuidada. Si hubiese podido estirarlas bien quizás hubiese podido ser diez o doce centímetros más alto. Había ido haciéndose, en el proceso de

supervivencia, con una apariencia exterior con la que había acabado resultándole prácticamente imposible mantenerse mucho tiempo fuera del sistema carcelario. Había agotado sus posibilidades en el mundo exterior, si es que había tenido alguna a lo largo de su vida. Nacido en el distrito seis, el tristemente célebre barrio de color de Ciudad de El Cabo, se había pasado cuarenta de sus cincuenta y cinco años entrando y saliendo de la cárcel. Se ufanaba de conocer el funcionamiento a nivel íntimo de todas las principales cárceles de Sudáfrica, y era el gran maestro del arte del camuflaje. Si un guardia le pegaba por cualquier motivo, Geel Piet no acumulaba ninguna hostilidad, ningún odio. Hacía mucho que había superado ambas cosas, y consideraba que era él quien tenía la culpa de la paliza, que se debía a algún descuido o a algún error suyo. Carecía de sentido moral, de sentido del bien y del mal. Sólo tenía una razón para vivir: sobrevivir al sistema y derrotarlo. Conseguir sacarle más de lo que le otorgaba. Hacía mucho que había comprendido que la libertad era una ilusión, al menos para él. Había acumulado años de condenas, no estaba seguro del todo o no le preocupaba ya cuántos, y se había hecho lo suficientemente realista para saber que era imposible que sobreviviese al sistema a su edad y con su deficiente salud.

Después de tantos años de cárcel era un intérprete consumado, y tan maestro en su profesión como Doc en la suya. Puede que aún más, porque Geel Piet era, como alcahuete, un verdadero genio.

Era él quien controlaba el mercado negro de la cárcel, un mercado negro de tabaco, azúcar, sal y dagga (cannabis). Controlaba, en último término, el correo que entraba y salía de la cárcel, y con ello el dinero que llegaba. Poseía también unos conocimientos enciclopédicos de boxeo y tenía un raro don para apreciar errores de estilo y fallos en la manera de pelear. Mi deseo de llegar a ser boxeador era patente, pero lo que le hizo percibir que yo era una víctima fácil fue ese sexto sentido que poseen los que tienen que sobrevivir a base de ingenio y olfatear bien el aire antes de emprender cualquier acción y de jugárselo todo basándose en una observación casual o en una suposición perspicaz.

Tardó justo un año en congraciarse conmigo hasta el punto de que comenzara a servirme sin darme ni cuenta. Nuestra relación se fundamentaba completamente en pequeñas conversaciones arañadas a duras penas a lo largo de la semana, hasta que se llegó a crear una confianza que condujo al final a la conspiración que me haría regalarle una hoja de tabaco.

Yo había estado trabajando en un seto de *Euphorbia pseudocactus*, una planta parecida al cactus que crece muy pegada al suelo y es muy espinosa. Tiene la costumbre de extenderse rápidamente si las condiciones le son favorables, y había empezado a ocupar territorio del jardín de cactus que en realidad no le pertenecía. Yo, debido a las espinas, había puesto el esqueje que debía llevarle a Doc en un cubo de estaño que había llevado del cobertizo del jardín de cactus a mi casa. Sin darme apenas cuenta, había forrado el fondo del cubo con una hoja grande de tabaco que

estaba tapada por el cactus espinoso destinado al jardín que estaba haciendo Doc en la cárcel. No entiendo muy bien por qué lo hice: puede que Geel Piet, con su paciencia y sus fragmentos de diálogo aparentemente inconexo, me indujese a ello. El tabaco es, después de todo, el artículo más esencial del sistema penitenciario. Al estar en plena guerra la escasez habitual detrás de los muros de la cárcel se había agravado, y se pagaba por él más que nunca. A mí no me registraban nunca cuando entraba, aunque aquel día concreto, como llevaba un cubo en vez de un saco, un guardia sintió una leve curiosidad y quiso saber qué iba en él y se acercó a mirar. No me inquietó lo más mínimo que lo hiciese, porque se me había olvidado del todo la hoja de tabaco.

—Qué raro que le gusten tanto todas esas plantas tan feas, ¿verdad?, —dijo el guardia, pues el jardín de cactus quedaba justo a la salida del comedor de los guardias y daba motivo para muchos chistes, la mayoría de ellos sobre el hecho de que los cactus eran justamente el tipo de planta más apropiada para una prisión. «Si los presos se revelan tendremos que escondernos todos en el jardín del profesor, esos malditos cafres no tendrían valor suficiente para intentar sacarnos de allí».

Yo había llevado el cubo hasta el salón después de entrenarme con el equipo de boxeo, y como siempre, Geel Piet, que cada vez resultaba más útil y que durante el año siguiente asumiría el papel de criado personal de Doc, llevó el cubo con los esquejes al jardín. Luego volvió con él, con su cara deforme aureolada de sonrisas.

—Yo te ayudaré a ser un gran boxeador, —se limitó a decir, y así fue como empezó todo.

Aquella tarde, cuando volví a casa procedente de la escuela le mencioné el tema del tabaco a mi abuelo. Yo no pensaba en realidad en el aspecto moral del asunto. Llevaba un año entrando y saliendo de la prisión todos los días de la semana y había acabado entendiendo el sistema. Allí la moral quedaba en suspenso. Había una guerra entre dos bandos y yo me daba cuenta, pese a mis ocho años, que las posibilidades se inclinaban de un modo patente en favor de uno de los dos. Los guardias eran una prolongación de los chicos del internado: una fuerza brutal enfrentada a otra indefensa que estaba pagando por delitos supuestos o no. La idea de que se cometieran más delitos pequeños en una atmósfera semejante y de que se castigasen de un modo brutal y con frecuencia absurdo, resultaba extraña y absolutamente irreal. Doc y yo no formábamos parte de ninguno de los dos bandos. Formábamos un público que a veces decidía incorporarse al drama. Aunque no podíamos cambiar el argumento, podíamos aliviar a los actores de su tedio.

Mi abuelo desconfiaba bastante de la rectitud moral dogmática, prefería juzgar cada cuestión en el momento; era tan capaz de permitir que Inkosi-Inkosikazi le curase los cálculos biliares como de otorgar a los bóers el mérito de ser buenos músicos y de tener buena puntería. Estábamos sentados en uno de los escalones de la escalera de un bancal. Después de rellenar y apretar y encender la pipa y de mirar a lo lejos por encima del tejado descolorido y manchado de herrumbre, y después de asegurarse de que nunca me registraban, decidió que los presos debían tener tabaco.

—Esos pobres negros están peor que Inglaterra en el siglo XVII. La mayoría están allí además por delitos que no merecen más que una regañina.

Se equivocaba. Barberton era una prisión de alta seguridad, y la mayoría de los presos, salvo los políticos, habían cometido delitos merecedores de castigo penal en cualquier sociedad. El auténtico crimen era la organización de la vida de los presos, y no era nada excepcional que muriese uno de una paliza por una infracción relativamente insignificante de las normas penitenciarias. Los guardias analizaban y discutían estos hechos entre ellos en voz baja, casi en secreto, pero con un goce interior.

Yo creo que en mi abuelo influía en parte el hecho de que pensaba que empezaría a disminuir así la reserva creciente de hojas de tabaco que iban llegando de la granja de Marie y que, además, de una forma modesta, colaboraría también en la lucha contra un tipo de injusticia que le parecía odiosa. Me dio instrucciones minuciosas sobre el uso del agua con hojas de tabaco para controlar a los insectos, y me escribió una nota para Doc en la que explicaba cómo se hacía. El plan era que Doc tuviese un bidón propio junto al jardín de cactus y que le echase dos hojas de tabaco muy de cuando en cuando. Si se descubría que había entrado tabaco en la prisión, Doc, que no fumaba, podría explicar muy fácilmente su destino.

Doc había pedido que le dejaran seguir en la prisión de Barberton y que no le trasladaran a un campo de internamiento en las tierras altas. La posibilidad de que le apartasen de sus amadas montañas, de su jardín de cactus y de su piano le resultaba insoportable, y estoy seguro de que también nuestra amistad influía mucho en que se resistiese a abandonar Barberton. El Kommandant Van Zyl, que había pasado a considerar a Doc como propiedad personal de la prisión y como una espina constante clavada en el costado de aquel pueblo angloparlante, se sintió más que feliz colaborando. Yo creo que al final las autoridades militares debieron renunciar a seguir intentando sacarle del sistema penitenciario civil, y Doc se pasó gracias a eso el resto de la guerra bajo la benévola supervisión del Kommandant.

También él fue cómplice en lo que acabó convirtiéndose en un sistema de contrabando sumamente perfecto. Como estaba siempre en la prisión, se hallaba presente cuando regresaban las brigadas de trabajo de noche y cuando se iban al amanecer. Eso le obligaba a ser testigo de un aspecto de África que no conocía. Doc era un hombre que prefería no tomar partido con ningún bando en cuestiones que no fuesen puramente intelectuales. En vez de afrontar el dilema del enfrentamiento entre blancos y negros y del prejuicio enraizado de la superioridad blanca, había preferido eludirlo del todo no teniendo criados y no estableciendo ninguna relación de dependencia con el África Negra. Pero era también un hombre justo y compasivo, y le ofendía profundamente la brutalidad irracional de los guardias. Ambos carecíamos de conocimientos sobre el aspecto más ruin del ser humano, aunque quizás yo tuviese más experiencia en esto de la que tenía Doc. Veíamos la brutalidad que nos rodeaba no como algo frente a lo que hubiese que tomar partido desde un punto de vista

emocional, o como un asunto del bien frente al mal, sino como la naturaleza del mal mismo, en que lo bueno y lo malo no participaban. Nos veíamos obligados, en realidad intelectualmente, a tomar partido por los presos. Los hombres sometidos a un tratamiento brutal sólo piensan en la supervivencia. Geel Piet era tan implacable como sus opresores y muchísimo más astuto por necesidad. El poder que le proporcionaron el tabaco y las otras cosas que entraron más tarde en la prisión fue enorme, y lo utilizó para garantizar su supervivencia y para alcanzar sus propios objetivos tan implacable y despreocupadamente como los guardias utilizaban su superioridad.

Resultó que hablaba inglés aceptablemente, pero había elegido el afrikaans para establecer su relación conmigo, porque así Doc no podría comprender lo que decía y no se daría cuenta del alcance de su campaña, larga y cuidadosamente planeada. Después de conquistarme a mí, su conquista siguiente sería Doc. Con él se convirtió en el criado perfecto, un hombre humilde que se esforzaba por anticiparse a todas las necesidades de Doc sin entrometerse nunca en el mundo que él y yo compartíamos como expatriados de un entorno social pacífico.

Geel Piet se esforzó con éxito en conseguir entrar en el gimnasio mientras el equipo se entrenaba. Al principio fue una sombra familiar, casi inadvertida, que limpiaba el suelo o las ventanas. Luego, gradualmente, en el plazo de un año, se convirtió en el encargado de la colada, cogía los pantalones y los suspensorios y las botas de boxeo y las llevaba al cuarto de las duchas y volvía a traerlas al día siguiente recién lavadas. Cuando yo conseguí por fin lanzar una bola gimnástica por encima de la cabeza de Klipkop, Geel Piet se había convertido ya en una autoridad boxística. El teniente le encomendó la tarea de supervisar los progresos de los muchachos del equipo, sustituyéndole sólo de vez en cuando, cuando consideraba necesario afirmar su superioridad contradiciendo deliberadamente las instrucciones que pudiese habernos dado él.

Bajo la dirección de Geel Piet, el nivel de los boxeadores más jóvenes mejoró apreciablemente, pues, pese a sus antecedentes, el viejo presidiario era un verdadero creador de boxeadores. En las temporadas que no había estado en la cárcel había trabajado en gimnasios, y durante algún período de su oscuro pasado había sido campeón del peso ligero de los mestizos de la provincia de El Cabo. Tenía un modo de enseñar a los pequeños que hacía que hasta los niños bóers le respetaran, aunque al principio había sido solamente el miedo que sentían hacia el teniente Smit lo que les había impedido rehusar a ser entrenados por un condenado cafre amarillo.

Desde el primer día que el teniente Smit decidió que yo podía empezar a boxear estuve bajo la dirección de Geel Piet, y él me trató como a un trozo de barro sin moldear. Se concentró desde el primer momento en la defensa.

—Si el otro no es capaz de pegarte, no podrá hacerte daño, —me dijo—. El boxeador que corre riesgos acaba recibiendo y acaba acusándolo. Boxea, no pelees, lo de pelear es para los pesos pesados y los domkops.

Aquello no era precisamente lo que yo llevaba dos años esperando aprender, pero Doc me convenció de que Geel Piet tenía razón, y su razonamiento era irrefutable, hasta para un niño de ocho años.

Tardaron varias semanas en dejarme subir al cuadrilátero con un muchacho del equipo que tenía once años. Le habían puesto de mote Snotnose, Snotnose Bronkhorst, porque siempre tenía una bomba de mocos amenazando en uno u otro de los agujeros de la nariz. Era un muchacho grandote y un poco abusón, pero sólo llevaba unas semanas en el equipo y no tenía ningún conocimiento técnico. Me había apartado de un empujón del saco de entrenamiento y yo había tropezado con una alfombrilla de goma y me había caído. Me levanté enseguida y le hice frente, y entonces el teniente Smit, que al parecer no se había dado cuenta del incidente, dijo que quería vernos a los dos en el *ring*. A mí me dio un vuelco el corazón.

Subimos al *ring* y fue una repetición de Hoppie y Perforadora Smit, si no en habilidad técnica al menos en tamaño. Pero pronto comprobé satisfecho que había asimilado muchas cosas en aquellos dos años y aún más en los seis meses que había estado entrenándome Geel Piet. Mocos me persiguió por todo el *ring*, lanzando golpes terribles, cualquiera de los cuales me habría hecho saltar por encima de las cuerdas si me hubiese alcanzado. Durante tres minutos logré esquivar todos sus golpes, pero no intenté lanzarle ni uno solo. Al cabo de esos tres minutos el teniente Smit sopló el silbato dando por finalizada la sesión de entrenamiento.

Entonces me di cuenta por primera vez de que la mayor parte del equipo se había agrupado alrededor del *ring*, y cuando sonó el silbato todos aplaudieron. Fue uno de los grandes momentos de mi vida.

Peekay había culminado sus dos años de aprendizaje. A partir de aquel momento tenía abierto el camino para el campeonato del mundo de los pesos medios.

Me volví para dirigirme a mi rincón antes de bajar del *ring*, y me di cuenta de que pasaba algo y me agaché en el momento justo en que silbaba en el aire un puño inmenso donde un segundo antes había estado mi cabeza. Sin pensarlo siquiera lancé la derecha en un *upercut*, utilizando todo el peso del cuerpo en el golpe. Alcanzó a Mocos Bronkhorst en el centro del plexo solar y sentí como el guante se hundía profundamente en los músculos relajados de su estómago, expulsando el aire de su caja torácica. Se tambaleó un instante y luego se derrumbó en la lona cogiéndose el estómago, completamente sin aliento. Los vítores y las risas de los que estaban alrededor del *ring* me desconcertaron. Miré por encima de las cabezas de los miembros del equipo y vi a Geel Piet, al que ninguno de los otros veía, bailando al fondo, la boca desdentada y su extraño labio abiertos en una expresión de alegría desbocada.

Prescindiendo de toda precaución, gritó:

—¡Tenemos uno, tenemos un boxeador!

Aquella intrusión del mestizo en la hilaridad general provocó un silencio súbito alrededor del cuadrilátero.

El teniente Smit avanzó despacio hacia él. Su puño golpeó con una explosión súbita el rostro del hombrecillo que se desplomó en el suelo, la nariz aplastada manando sangre.

—Cuando quiera una opinión de un cafre de mierda sobre quién es aquí un boxeador, ya se la pediré, ¿está claro?

Luego se volvió otra vez al equipo y dijo, frotándose despreocupadamente los nudillos de la mano derecha:

—Pero ese amarillo cabrón tiene razón. Ahora a las duchas, rápido. Bronkhorst, eres un domkop, —añadió para Mocososo, que se levantaba tambaleante.

Yo aún seguía en el *ring*, un poco desconcertado por aquel incidente del que había sido la causa. Vi cómo Geel Piet se arrastraba por el suelo hacia la puerta. Cuando llegó a ella consiguió ponerse en pie vacilante y me miró. Luego sonrió, y sin levantar las manos hizo una señal furtiva de victoria, un movimiento tan leve que habría pasado inadvertido para un observador casual. Por otra parte comprobé desconcertado, que la expresión que había en su maltrecho rostro era de felicidad.

Aquella mañana, cuando iba camino de la escuela Mocososo Bronkhorst salió de detrás de un árbol y me dio una buena paliza, aunque conseguí alcanzarle con un cruzado de derecha que le lanzó la cabeza hacia atrás, y también con un sólido *uppercut* en los huevos que le hizo soltarme, con lo que pude escapar corriendo.

Mi experiencia me indicaba que los Mocososo de este mundo eran muy numerosos, y se me ocurrió que quizá no fuese mala idea aprender lucha callejera además de boxeo. Estaba convencido de que Geel Piet me enseñaría también a jugar sucio.

Pero me equivocaba. Quizás yo fuese el primer material humano cuya conversión en un boxeador era responsabilidad suya, pero lo más probable es que se tratase sólo de orgullo; era un purista y conocía la degeneración que convierte a un boxeador en un luchador y a un luchador en matón callejero.

—Pequeño jefe, si te enseñara las cosas que sabe un luchador callejero, perderías velocidad y perderías prudencia, y cuando pierdes prudencia pierdes habilidad, —su rostro se escindió en una sonrisa grotesca. Lleva tiempo ganar como boxeador, pero así te mantendrás limpio.

Para mí fue una desilusión, ser un tipo duro era una de las ambiciones que me había marcado. ¡Desde luego ser limpio no figuraba en mi lista de prioridades! ¿Cómo podía ser un tipo duro si tenía que andar saltando de un sitio para otro igual que una mosca?

—Por favor, Geel Piet, —supliqué—. Enséñame sólo un truco que sea de veras sucio.

Después de andar rogándole unos cuantos días aceptó al fin.

—Si te enseño uno tienes que prometerme que no me pedirás que te enseñe más, ¿entendido?

—Tiene que ser uno eficaz, el peor de todos, ¿me prometes eso tú también?

—Está bien, te enseñaré el saludo del marinero. Es el mejor truco sucio que hay.

Pero tienes que saber hacerlo para que salga bien. Un boxeador puede conocer este truco y seguir siendo un boxeador.

—¿Me prometes que es el peor de todos?

—Ja, amigo, te lo aseguro. Es un golpe tan sucio que la policía lo utiliza siempre para poder decir luego en el libro de cargos que no te han puesto en ningún momento las manos encima. Tiene otro nombre además de el saludo del marinero, se llama también el beso de Liverpool.

Colocó la palma de la mano a unos siete centímetros de la frente y la golpeó con una sacudida breve y rapidísima de la cabeza.

—Tienes que hacer esto contra la cabeza de la otra persona, así.

Me atrajo hacia él y con un movimiento lento me indicó cómo era el golpe. Pese a hacerlo en cámara lenta, casi me arranca la cabeza y se me llenaron los ojos de lágrimas. Era el golpe con la cabeza al que había recurrido Perforadora Smit para hacer caer a la lona a Hoppie, y entonces comprendí por qué Hoppie había caído tan bruscamente.

—Házmelo ahora tú a mí, —dijo Geel Piet dándose un golpe en la frente con la palma de la mano. Lo hice y recibí un segundo golpe fuerte en la cabeza. Empezaba a tener mis recelos respecto a la lucha callejera. Desde luego no era como luchar con un saco de entrenamiento.

Pero a lo largo de las semanas siguientes perfeccioné el beso de Liverpool. Cogía el saco y le daba un golpe rápido como si fuese la cabeza de un contrincante. Geel Piet me permitía practicarlo con él de vez en cuando y sonreía cuando me salía bien.

—En cuanto lo dominas, no lo olvidas nunca. Pero sólo tienes que utilizarlo rápido y como una sorpresa. Si lo haces bien dejas dormido al adversario sólo con un pequeño golpe, sin problemas.

En la escuela tenía una desventaja. Iba dos cursos por encima de mi grupo de edad y, debido a eso, me resultaba difícil hacer amigos. Los chicos de mi edad me consideraban un bicho raro y, en realidad, con mis antecedentes de escolarización previa y con la experiencia de la cárcel, tenía más horas de vuelo que ninguno de ellos. Aunque Doc y el incidente de la mandíbula me habían convertido en una especie de celebridad, me mantenía bastante aislado, ya que era un chico tímido y además el más pequeño de la clase. Adquirí una reputación de superioridad sin tener que ganármela, y debido a ello me dejaban bastante solo. No era agresivo, y cuando me desafiaron un muchacho que se llamaba John Hopkins y un compañero suyo, Geoffrey Sruby, que pasaban por ser los dos chicos más fuertes de la clase, procuré eludir la pelea, sobre todo porque era tan arrogante que creía que, dada mi condición de futuro campeón del mundo de los pesos medios, era impropio de mí convertirme en un luchador callejero. El juez, e incluso el jurado, habían sido tipos mucho más duros de pelar que aquellos dos muchachos, hasta tal punto que en realidad nunca se me pasó por la cabeza tenerles miedo. Los chicos angloparlantes de la escuela no tenían ni idea de que yo boxease ni de que fuese a la cárcel, pues el pequeño



contingente de chicos africanos de la escuela raras veces se mezclaban con los ingleses y casi nunca hablaban con ellos, salvo que fuese para desafiarles a pelear. Aquellos dos muchachos de diez años estuvieron varios días acosándome, y al final le planteé el asunto a Geel Piet, que comprendió inmediatamente mi dilema.

—Pequeño jefe, siempre es así. Esto es lo que debes hacer tú. Debes hacerles creer que estás asustado. Diles, ni hablar, hombre. Diles que no quieres luchar. Déjales que se atrevan más, que se sientan más seguros. Déjales incluso que te zarandeen y te den empujones. Pero procura siempre que esto pase cuando esté mirando todo el mundo. Luego, al cabo de unos días, te pedirán que pelees con ellos y te dirán una hora y un lugar. Procura parecer asustado cuando aceptes. ¿Entendido?, —me cogió por los hombros y me miró a los ojos—. Se pierden más combates por menospreciar al adversario que por cualquier otra razón. Y no olvides nunca, pequeño baas, que la sorpresa lo es todo.

Sucedió exactamente como él había dicho. Me acosaban constantemente durante el recreo. Luego me dieron unos cuantos empujones delante de todos. Yo decía que no quería pelear. Por último me citaron detrás del cine después de la escuela y me dijeron que podría elegir allí con cuál de los dos quería pelear. Cuando llegué al pequeño patio que había detrás del cine del pueblo, que era donde se celebraban las peleas oficiales de la escuela, aquello estaba lleno, había lo menos cincuenta chicos alrededor de John Hopkins y Geoffrey Scruby. Eran todos angloparlantes con la excepción de Mocosó Bronkhorst, que no sé cómo se había enterado del acontecimiento. Ante mi sorpresa, se puso a mi lado y dijo en africanos:

—Estoy aquí para ser tu segundo, éstos son todos rooineks, no se puede saber lo que harán.

Le miré sorprendido.

—Yo soy también un rooinek.

—Sí, ya lo sé hombre, pero tú eres un rooinek bóer, y eso es distinto.

Decidí pelear con Hopkins, que se mostró encantado pues era el más alto de mis dos torturadores y no esperaba que le escogiese.

Los chicos formaron un círculo y Mocosó, que no sabía mucho inglés, se limitó a decir:

—¡Vale! ¡Haced silencio! ¡A pelear!

Hopkins me lanzó un golpe terrible y erró por kilómetros y yo le conecté uno bastante fuerte en las costillas. Pareció sorprenderse y movió la cabeza y se lanzó de nuevo a pegarme en la cara. Me agaché y le pegué con fuerza en la nariz. Paró en seco y se llevó la mano a la cara. Le golpeé con la izquierda y luego con la derecha en el plexo solar y vi con asombro que se echaba a llorar.

—¡Se acabó!, —Mocosó me alzó la mano mientras Hopkins, lloriqueando y completamente humillado, retrocedía y se metía entre el público.

Señalé a Geoffrey Scruby.

—Ahora te toca a ti, Scruby, —dije, y sentí un chorro de adrenalina al ver su

miedo.

—Lo siento, Peekay, perdona, —dijo en voz baja. El triunfo era mío. Exactamente como había dicho Geel Piet. De pronto el público me quería. Y a mí me gustó mucho aquella sensación. Luego Mocososo se plantó delante de mí.

—¿Alguno de vosotros, rooineks de mierda, quiere pelear con él?, —preguntó.

Hubo un completo silencio y nadie se movió, ni siquiera los chicos más altos.

—¡Sois todos unos miedicas, me oís!, —gruñó, luego se volvió despacio y me miró con una sonrisa. Yo le sonreí también.

Parecía un aliado insólito, pero se había puesto de mi parte.

—Está bien, entonces pelearé yo, —dijo.

Hubo un murmullo de recelo entre el público. Era evidente que la idea les asustaba, y he de decir que también a mí me sorprendió bastante.

—No es justo. Eres mucho más grande que él, —dijo Geoffrey Scruby.

—Y más viejo, —gritó otro.

—Cállate tú, o pelearé contigo, —Mocososo avanzó hacia Scruby y le golpeó en el pecho con el dedo índice. Luego se volvió y se enfrentó a mí.

Habían pasado cuatro meses desde nuestro primer enfrentamiento en el *ring* y Mocososo había aprendido bastante de boxeo en ese período. Procuré mantenerme fuera de su alcance, bailando alrededor de él y esquivando los golpes, pero me alcanzó un par de veces y me hizo mucho daño. Yo conseguía conectar más golpes que él, y los dirigía cuidadosamente a puntos clave, pero sabía que era sólo cuestión de tiempo. *Primero con la cabeza, luego con el corazón, primero con la cabeza, luego con el corazón*, las palabras de Hoppie tamborileaban en mi cerebro mientras procuraba mantenerme en pie. Mocososo había intentado acercarse más a mí en una o dos ocasiones, pero pronto se dio cuenta de que esto igualaba las cosas. A corta distancia yo era muy superior. Así que mantenía la distancia y seleccionaba los golpes, sabiendo que acabaría alcanzándome con uno bueno tarde o temprano. Lo único que podía hacer yo era procurar esquivarle. Los otros chicos, que estaban de mi parte, gritaban como locos intentando animarme. Pero creo que todos sabían que el bóer era demasiado duro de roer y que el desenlace era inevitable.

—Acércate más, bóer cabrón, tienes miedo o qué, —dije para pincharle. Mocososo se paró en seco, abrió mucho los ojos y se lanzó contra mí con un rugido de indignación. Me eché a un lado en el último segundo y erró el golpe. Cuando se volvió para lanzarse de nuevo sobre mí bajó la cabeza y la puso al nivel de la mía. Estaba de espaldas a la pared del cine y yo de espaldas al público. Me lancé hacia él y le cogí por la camisa utilizando las dos manos y le asesté el beso de Liverpool perfectamente coordinado. Fue un golpe tan perfecto que no sentí nada. Cayó instantáneamente de culo, completamente mareado. Se quedó sentado en el suelo sin poder entender qué había pasado. El público tampoco lo había visto. Estaban a mi espalda y al adelantar las manos para cogerle por la camisa debieron pensar que se trataba de un ataque con ambos puños. Más tarde, cuando se explicaba la pelea, se

contaba siempre así: «Entonces Peekay dijo: “Acércate más, bóer cabrón”, y con dos golpes terribles en la mandíbula dejó a Mocosó Bronkhorst fuera de combate».

Vi asombrado que Mocosó se echaba a llorar. Luego se levantó vacilante, se abrió paso entre el público y se alejó siguiendo la pared del cine. Se detuvo luego a mitad de la calleja y gritó en afrikaans:

—¡Ya me pagarás esto, rooinek cabrón!

Los chicos ingleses se reían mientras él se alejaba, pero yo no me reí. No se puede dejar en ridículo a un bóer y esperar que lo olvide. Sin embargo, para mi sorpresa, hasta Mocosó llegó a creer que le había pegado un puñetazo.

Mi estatus en la escuela mejoró inmensamente después de la pelea con Hopkins y con Mocosó Bronkhorst. Aunque sólo había sesenta alumnos afrikaans, hijos e hijas de mineros de Noordkaap, de campesinos, de trabajadores de laserrerías de Francinos Rusts y de guardias de la prisión, solían ser más altos y fuertes que los chicos ingleses, y mucho más agresivos. La mayoría de los chicos ingleses habían sufrido por culpa de un bóer en un momento u otro. Yo era el único que había conseguido plantarles cara y ganar. Un solo barco victorioso en un océano de derrota.

De vez en cuando algún chico bóer, aproximadamente de mi talla, cruzaba las líneas para desafiarme y después de clase la parte de atrás del cine se llenaba de chicos. Los bóers a un lado y los ingleses a otro con mi adversario y yo emparedados entre ellos. Los chicos de la cárcel formaban un grupo aparte y, aunque se mostraban indecisos, parecían alegrarse cuando yo ganaba. Geel Piet era un buen preparador y como nunca me enfrentaba a un chico de la cárcel, ganaba siempre gracias a mi mejor técnica pugilística. Después, un chico bóer desafiaba a uno de los chicos ingleses que fuese más o menos de su tamaño y normalmente conseguía zurrarle, lo que restauraba el *status quo* racial.

Los hijos de los guardas de la prisión explicaban que no era ningún deshonor perder conmigo, ya que venía a ser una especie de bóer honorífico que hablaba el taal y era como si fuese uno de ellos. Eso era lo primero. Hasta Mocosó me dejaba en paz, salvo cuando nos enfrentábamos en el gimnasio; entonces procuraba por todos los medios pegarme fuerte y hacerme daño.

Esta posición de semineutralidad proporcionaba muchas ventajas. En épocas de guerra siempre tiene que haber un intermediario, alguien en quien ambas partes estén dispuestas a confiar. Todos me consideraban un talento, y así acabé haciendo de negociador entre los bóers y los ingleses, solventando a menudo diferencias, organizando equipos para el *rugby* o el *klei-lat*, para las partidas de canicas y el *Bok-Bok*, un juego sumamente violento basado en la fuerza y en la resistencia en el que los bóers solían ganar, pese a contar con menos para escoger.

Yo había pasado a ser el caudillo indiscutible de unos cuarenta chicos de mi edad, situación que he de confesar me resultaba agradable. Ser alguien después de no haber sido nadie tanto tiempo era una experiencia embriagadora, pero a veces era también un poco cargante. Había que mediar en los enfrentamientos, parar los pies a los

abusones y meter en cintura a los pequeños cuando se portaban mal. Y luego surgió la crisis del tabaco.

La cosecha de tabaco de la granja de Marie se malogró. Por ese motivo se inició un período de tres meses en el que la cabaña donde se curaba el tabaco se quedó vacía. Marie no hacía más que pedir perdón por ello, como si fuese culpa suya: cuanto más le decía mi abuelo que no se preocupara, que a él le daba lo mismo, más culpable parecía sentirse. Por entonces Geel Piet se había convertido en el proveedor indiscutible de la cárcel. Habíamos añadido al tabaco azúcar, sal, y un sistema de correspondencia que comunicaba la cárcel con toda Sudáfrica. Llegaban giros postales de contactos exteriores. Los presos pedían azúcar, sal y tabaco y Geel Piet añadía un treinta por ciento a los artículos y cobraba tres peniques por un cigarrillo. El tabaco era con mucho el mayor lujo, porque estaba racionado a causa de la guerra. Resultaba, naturalmente, inaccesible para el comprador ocasional y para un niño de ocho años era absolutamente imposible comprarlo en cualquier circunstancia. Lo poco que yo llevaba en forma de hojas se liaba cuidadosamente en cigarrillos finos. Un solo cigarrillo en una semana de duro trabajo era un lujo inconcebible para el preso medio. Yo llegué a hacerme cargo en cierto modo de hasta qué punto una cosa pequeña como un cigarrillo, una cucharada de azúcar o una cucharadita de sal podían significar la diferencia entre la desesperación y la esperanza. Un preso con un cigarrillo guardado en una vaina de cartucho usado dentro del ano se consideraba rico. Estas vainas de cartucho se consideraban muy valiosas; eran, en realidad, en combinación con el ano, el único espacio privado de almacenaje que tenía el preso. Los chicos los cogíamos en el campo de tiro del campamento del ejército y eran el único artículo que Geel Piet daba gratis; eran esenciales para su negocio como la despensa del preso.

Las cartas se estaban convirtiendo en una cosa importante en la prisión y Doc escribía la mayor parte de ellas al dictado de Geel Piet. El hombrecillo era capaz de repetir de una sentada el contenido de cartas enteras, junto con las direcciones de una docena de presos negros o más. Doc las escribía de noche. Luego escribía una hoja de teoría musical para mis deberes y colocaba las cartas detrás. Una somera investigación las habría puesto al descubierto enseguida, pero Doc no era un hombre astuto por naturaleza, y creo que en el fondo consideraba que mi libro de música, como el Steinway, era algo que estaba por encima de toda sospecha.

Las cartas eran todas iguales poco más o menos, los hombres que no están habituados a escribir tienden, sea cual sea el idioma, a reducir sus palabras a simples formalidades, como contar a sus familias que están perfectamente y preguntar por la salud y el bienestar de la esposa y los hijos. Todas esas pequeñas cosas humanas importantes que nos hacen a todos exactamente iguales en último término. Las había que incluían una petición de dinero, pero casi todos sabían que esto era imposible y eran demasiado orgullosos para imponer semejante carga a su familia. No era insólito que una familia no supiese que un marido había sido detenido o dónde estaba

detenido. Había desaparecido de pronto, muchas veces lo mandaban a una cárcel alejada del lugar donde le habían detenido. Localizarle sin la ayuda de la policía era casi imposible y por eso las cartas aportaban un vínculo vital para el bienestar espiritual de los presos.

La señora Boxall actuaba como cartera, y en honor suyo he de decir que había sabido idear un plan muy astuto. Las cartas llegaban a la biblioteca después de la escuela. Utilizábamos el gran sello cuadrado con el que se sellaban las tapas interiores de los libros y que decía: BIBLIOTECA MUNICIPAL DE BARBERTON, calle De Villiers, Barberton. Estampábamos con él un sobre en blanco, añadíamos un sello y lo incluíamos en la carta original con instrucciones para que el destinatario lo utilizase en su respuesta. Escribíamos también el nombre del remitente en el interior del sobre de respuesta. Esto se hacía porque recibíamos con frecuencia cartas que empezaban: *Querido Esposo*, y no incluían más identificación. Por último la señora Boxall o yo escribíamos la dirección en el sobre de envío y lo echábamos al correo.

Ella me explicó la razón de estas complejas precauciones.

—El mundo está lleno de chismosos. Si hay demasiadas cartas con caligrafía primitiva dirigidas a la biblioteca, el cartero empezará a olerse algo raro. Yo llevo años enviando notificaciones de retraso en la devolución de libros a socios de la biblioteca que viven en el campo, en las que se incluyen sobres de retorno con el sello de la biblioteca, así que no sospechará nada.

Y no sospechó. El sistema funcionaba perfectamente. Yo llevaba a la prisión las cartas que llegaban y las guardábamos en el taburete del piano de Doc, del que sólo él y yo teníamos llave, aunque estoy seguro de que Geel Piet podría haber abierto la cerradura en el momento que quisiese.

El dinero que los presos recibían del exterior llegaba generalmente en forma de un giro postal de dos chelines. Como toda la correspondencia la abría la señora Boxall, hacía ella misma efectivos los giros y metía el dinero en los sobres y escribía el nombre del receptor. Yo cerraba el sobre utilizando un tarro grande de cola de la biblioteca y una tirilla de papel de arroz para tapar la línea donde el sobre había sido cuidadosamente abierto utilizando el abrecartas de la señora Boxall. Este abrecartas tenía un mango con franjas rojas y blancas como el poste de una barbería, y en uno de los lados de la hoja tenía escrito: «¿Has escrito a tu amado?». Y en el otro: «Recuerdos de Brighton 1924». Yo me preguntaba a veces quién habría podido ser el amado de la señora Boxall, pero creo que ya sabía que no había sido nadie.

Quedó establecido así un sistema regular de correspondencia entre la cárcel y el exterior y viceversa, en el que la señora Boxall pagaba con gusto los sellos y el papel de cartas. A veces se sentaba y se ponía a leerme una carta dirigida a uno de los presos por su esposa, escrita por alguien que sabía escribir en inglés, y se le saltaban las lágrimas mientras me la leía. La mayoría de ellas no tenían más de tres o cuatro líneas, escritas en general con una letra irregular, inmensa e infantil.

*Mi esposo Mafuni Tokasi,*

*¿Cómo estás? Los niños están bien. No tenemos más dinero que éste. El baas dice que tenemos que irnos de este lugar. No hay trabajo ni comida. El más pequeño tiene ya dos años. Es igual que tú. No tenemos otro sitio a donde ir.*

*Tu esposa Buyani*

Un giro postal de dos chelines en la carta significaba que la familia entera podía haberse quedado sin comer dos días o más. La señora Boxall se secaba las lágrimas y explicaba que tenía la conciencia completamente limpia, y que aunque la detuvieran sabía que lo que estaba haciendo era correcto. Acosaba a sus amistades y a la gente que venía a la biblioteca pidiéndoles ropa y se la enviaba a las familias necesitadas, y a veces llegaba incluso a mandar un giro postal de su bolsillo a la familia de un preso. Decía de ellos que eran: «Inocentes, la carne del sandwich horrible que forman una sociedad insensible y un estado vengativo». La clave que utilizaba para designar a estas familias pasó a ser la palabra «sandwich». «Necesitamos más ropas para los sandwiches», decía, o: «Aquí hay un pobre sandwich para el que tendremos que encontrar media corona». Tenía en la biblioteca un bidón de doscientos litros con una ranura de unos quince centímetros de ancho que recorría casi todo el diámetro de la tapa y que era como una inmensa hucha. A un lado había escrito: «Ropas usadas para el Fondo Sandwich». La gente traía muchas cosas y nadie preguntó nunca qué era el Fondo Sandwich.

—Piensan que deberían saberlo, así que no se atreven a preguntar, —decía la señora Boxall.

Un día me explicó que la palabra sandwich venía del conde de Sandwich, que como era un jugador empedernido y estaba siempre jugando no tenía tiempo para comer. Para resolver el problema su mayordomo le preparaba dos trozos de pan con algo dentro. Éstos habían sido los primeros sandwiches.

—Si alguien preguntase le diríamos que es el famoso Fondo del Conde Sandwich para los pobres. Esto les tapaná la boca, ¿no crees, Peekay?

La cuestión es que alguien debió acabar preguntando porque el Fondo del Conde Sandwich se convirtió en el fondo de ayuda al esfuerzo bélico más distinguido de Barberton. Llegó a ser aún más importante que hacer calcetines para los prisioneros de guerra. En la fiesta que se celebraba por Pascua y por Navidad en Coronation Park, la señora Boxall y yo teníamos un puesto de sandwiches en el que se vendían pastas y otras golosinas donadas por las principales familias de la ciudad. Mi madre enviaba bollos de calabaza que hacían Dee y Dum, a las que se permitió también trabajar en el puesto. Mamá les hizo dos gorros y dos delantales idénticos, y trabajaban desde el amanecer hasta el oscurecer sirviendo pastas en las mesas de caballete y cortando pan y untándolo de mantequilla y haciendo sandwiches.

Como yo estaba en el equipo de boxeo y me consideraban uno de los chicos de la cárcel, las mujeres de los guardas se pasaron varios días cocinando para el puesto de sandwiches y se pusieron muy ufanas al ver que sus pastas y bollos eran los primeros que se acababan. Las mujeres bóers eran, en general, mejores reposteras que las señoras de la alta sociedad del pueblo. El puesto del Fondo del Conde de Sandwich, aunque un poco pretencioso, aportó suficiente para subvencionar todo el sistema postal y para mandar dinero y ropa a muchas familias pobres.

Cuando llegó la crisis del tabaco la resolvimos a través del Fondo del Conde Sandwich. La señora Boxall escribió una nota al profesor de nuestra escuela pidiendo que los niños llevaran colillas de casa. Consiguió incluso las colillas del comedor de los sargentos del campamento del ejército. Todos creían que el tabaco reciclado se enviaba a los prisioneros de guerra, ya que la señora Boxall se refería a ellos simplemente como los prisioneros. Algunos chicos llevaron paquetes medio llenos de cigarrillos intactos procedentes de la valiosa ración de sus padres, un sacrificio para colaborar en el esfuerzo bélico. Yo llevé media cajetilla y se la di a Geel Piet, que pensó que le habían llegado todas sus navidades juntas. Las bolsas de colillas se llevaban a la casa de Doc, donde Dee y Dum con las narices tapadas se pasaban la tarde del domingo desmenuzando el suministro semanal con un paño. Geel Piet nunca había fumado nada tan bueno. Cuando llegó la nueva cosecha de la granja de Marie y se vio obligado a volver a la hoja de tabaco normal, lo hizo a regañadientes.

Lo que yo no sabía era que los presos habían ido relacionando poco a poco unas cosas con otras y me habían atribuido a mí el mérito de todo. Me quedé enormemente sorprendido un día que pasaba junto a una brigada de presos que estaban trabajando en un gran seto de flores de los jardines del ayuntamiento y oí que el director del coro, que estaba controlando el ritmo para que los picos se alzaran todos al unísono y cayesen a la vez, cambiaba de canción al acercarme yo.

—¿Sabéis quién viene hacia nosotros ahora?, —cantó.

—Dinos, dinos, —respondió a coro el resto de la brigada de trabajo.

—Ése al que llaman el Ángel Renacuajo, —cantó el director.

—Le saludamos, le saludamos, —respondió el coro.

Miré a mi alrededor para ver a quién se referían, pero no había nadie visible. El guardia, que me reconoció, no sabía, claro, la lengua zulú.

—¿Cómo van las cosas, hombre?, —me dijo.

—Muy bien, gracias, —contesté.

El guardia, que estaba aburrido, quería evidentemente que me parara un rato a charlar.

—Ese luchador poderoso y amigo del hombre amarillo, —continuó el director.

—El Ángel Renacuajo, el Ángel Renacuajo, —contestó el coro, y todos alzaron los picos en el primer Ángel Renacuajo y los bajaron en el segundo. Comprendí estupefacto que estaban hablando de mí.

—Me han dicho que el teniente te va a dejar combatir en el grupo de los pequeños

en el campeonato de las tierras bajas en Nelspruit este fin de semana.

—Ja, seré el más pequeño, pero él cree que lo haré bien.

—Le damos gracias por el tabaco, por el azúcar y por la sal y por las cartas y por las cosas que envía lejos para los nuestros.

—De corazón, de corazón, —dijo el coro.

—Nueve años son pocos, hombre, y un chico bóer a los once puede ser muy grande.

Me encogí de hombros.

—Yo cumpliré los diez dentro de diez semanas, —intentaba ocultar mi nerviosismo por lo que estaba pasando a nuestro alrededor.

—Ja, hombre, y lo más probable es que el chico con el que boxees cumpla los doce dentro de dos semanas, —dijo lúgubrementemente el guardia.

—Tengo que irme, si no llegaré tarde a la biblioteca, —sólo quería huir de la canción de la brigada carcelaria.

—Te irá bien, hombre, te he visto hacer guantes y eres muy rápido, —me miró detenidamente y sonrió—. Eres un tipo raro, Peekay. Pero por qué te ruborizas así de pronto, tú estás loco.

—Él es el agua dulce que bebemos y las nubes oscuras que llegan por fin a acabar la sequía, —cantaba el director del coro.

—El Ángel Renacuajo, —se alzaron los picos.

Luego bajaron en un unísono perfecto:

—El Ángel Renacuajo. Le saludamos, le saludamos.

Eché a correr hacia la biblioteca empapado en sudor y muerto de vergüenza.

Le pregunté a Geel Piet sobre aquel asunto a la mañana siguiente, y él confesó que ése era mi nombre.

—Es gran alabanza, pequeño baas. Tú eres para ellos un verdadero ángel.

Doc estaba escuchando, Geel Piet y yo habíamos pasado a hablar en inglés cuando estaba él.

—Ja, y para ti lo somos todos, —Geel Piet se echó a reír—. Creo que eres ya un hombre rico, ¿ja?

Geel Piet no intentó siquiera desmentirlo.

—Las cárceles siempre son así, baas grande. Si me descubriesen me matarían, tiene que haber una razón para arriesgar la vida. El treinta por ciento no es exagerado. En Pretoria y en Johannesburgo cobran el cincuenta, en Robben Island y el Pollsmoor el sesenta.

—A mí me parece que eres un bribón, Geel Piet, pero dejemos el asunto.

Doc había llegado a darse cuenta, igual que la señora Boxall de lo importantes que eran las cartas y de hasta qué punto aquella pequeña cantidad de contrabando hacía soportable la vida a unos hombres con los que no se mostraba ninguna piedad y cuya dieta de harina de maíz y un guiso acuoso que contenía básicamente col y zanahorias, con algún raro fragmento de cartílago flotando por la superficie, era sólo



lo suficiente para mantenerlos en pie, aunque no lo bastante para el trabajo brutalmente duro de las granjas o las serrerías o las canteras de granito. Doc había acabado aceptando también el papel que jugaba Geel Piet en el sistema de distribución, sabiendo que sin él se produciría un caos.

—Todos tenemos dentro amor, también necesidad de cuidar de otro individuo que es su hermano. Todos tenemos dentro un salvaje, pero también sentimos ternura y compasión.

Doc suspiró y sacó el pañuelo y se limpió la cara como si intentara quitarse de la piel la atmósfera de la prisión.

—Los hombres, cuando les tratan brutalmente en sitios como éste, siempre buscan pequeños indicios. El más leve indicio de que alguien se preocupa por él es como un fuego en un monte oscuro. Cuando un hombre sabe que alguien se preocupa por él mantiene limpio y encendido un pequeño espacio, un rincón del alma quizás.

Aunque la comida que se asignaba a cada preso era insuficiente para que un hombre pudiese seguir haciendo el duro trabajo físico que los presos hacían, los que contrataban una brigada tenían que dar de comer a sus miembros al mediodía. Era esta comida la que mantenía vivos a los presos, pues las normas exigían que fuese un guiso de verdura y carne que contuviese doscientos treinta gramos de carne por preso y cuatrocientos de gachas de maíz. Yo a veces oía hablar a los guardas de un chanchullo que hacían y que consistía en que el contratista reducía las raciones a la mitad, le pagaba al guarda diez chelines y él se ahorraba diez. Esto sólo funcionaba cuando se contrataban las brigadas por períodos breves, porque si no los presos enseguida estaban demasiado débiles para trabajar. Era un grave riesgo. El teniente Smit cambiaba los guardias para que tuviesen una brigada distinta cada semana y no pudiesen hacer ningún chanchullo. Las autoridades de la prisión se basaban en esta comida sustanciosa al día proporcionada en el exterior para poder reducir las raciones dentro. Aunque he de decir que esta historia me la contó Geel Piet y no tiene por qué ser toda la verdad. Si descubrían que un guardia hacía chanchullos con la comida de los presidiarios no sólo le expulsaban, sino que le incorporaban al ejército. Ninguno de los del equipo de boxeo intentó nunca hacer chanchullos, eran todos hombres del teniente Smit y se les consideraba especiales, más aún que a los buenos músicos, por lo que raras veces tenían que salir con las brigadas y hacían más que nada servicios en el turno de guardia.

Los zulúes, aunque sólo eran una tercera parte de los presos, gozaban del *status* más alto dentro de la cárcel. Las canciones de trabajo se componían mayoritariamente en zulú, y era siempre un zulú el que marcaba el compás y establecía el ritmo de trabajo. El zulú es un idioma poético, y aunque muchas canciones son tradicionales, la tarea de crear nuevas composiciones espontáneas para relatar un hecho reciente o para transmitir información corría casi siempre a cargo de un preso zulú cuyas dotes poéticas se respetasen.

Hasta entre los viejos presidiarios se recurría a este método para transmitir

información. Cuando un guardia hablaba un idioma africano, raras veces era zulú, solía ser shona, shangaan o swazi e incluso éstos sólo los hablaban guardias que procedían del campo. La gente de los pueblos y de las ciudades no aprendía más idioma africano indígena que el afrikaans, y a veces un idioma creado para usarlo en las minas, llamado fanagalo, que es una mezcla de varias lenguas africanas y de afrikaans e inglés.

Le pregunté a Geel Piet por qué se añadía a la palabra Ángel la palabra Renacuajo. Al principio parecía no saberlo, o al menos lo fingía, pero yo sabía lo suficiente de los nombres zulúes para saber que nada es accidental, y que se escogen con mucho cuidado para que constituyan una buena descripción del *status* de su titular o de alguna característica que corresponda inconfundiblemente a él.

Klipkop, por ejemplo, no sabía que su mote era «Verga de Burro», esto se debía a su costumbre de utilizar una porra larga de goma a la que recurría con la menor excusa. La mayoría de los guardias utilizaban los puños con los presos. La razón de que lo hiciesen era muy sencilla; el castigo administrado con el puño era persuasión extraoficial o, como decían los guardias, amistosa, mientras que la porra se utilizaba cuando había que hacer informes. Klipkop era la excepción, como campeón de los pesos pesados de las tierras bajas, tenía que tener cuidado con las manos, así que prefería usar la verga de burro para castigar las infracciones sin importancia. Como era también él mismo el encargado de recibir las quejas, el hecho no tenía ninguna trascendencia.

—Un hombre como yo no puede arriesgarse a romperse el dedo meñique o algo en la cabeza de un negro cabrón asqueroso, explicaba justificándose, ya que, fuera de la prisión incluso, un hombre utilizaba con un cafre los puños, reservando el sjambok para fechorías graves.

Recuerdo que bajábamos un día por un largo y tortuoso pasillo del interior del edificio de oficinas de la cárcel, donde siempre podías ver media docena de viejos presidiarios arrodillados, las rodillas envueltas en unos trapos que se utilizaban para sacar el brillo, trabajando en un suelo ya immaculado. Mucho antes de que les viésemos siquiera oí cantar a uno de ellos:

—Trabajad firme y bajad la cabeza, Verga de Burro llega.

Y luego se oyó el coro:

—Verga de Burro, Verga de Burro.

Al pasar nosotros los presos iban dejando de trabajar brevemente de uno en uno a nuestro paso y juntaban las manos en un gesto humilde, sonreían y decían:

—Buenos días baas, buenos días pequeño baas.

Sabiendo que había alguna razón para que se añadiese el renacuajo al ángel insistí en interrogar a Geel Piet al respecto.

—La razón es ésta, pequeño baas. Al profesor se le llama *Amasele*, la Rana, porque toca el piano de noche cuando la prisión está en silencio. Para los zulúes la rana es la que hace siempre más ruido de noche, mucho más que el grillo o el buho.

Así que es muy sencillo, comprendes. Tú eres el hijo de la rana, lo que te convierte en un renacuajo.

Era un perfecto ejemplo de lógica zulú.

## TRECE

Geel Piet no sólo se estaba haciendo rico (parecía incluso que estaba empezando a echar barriga), sino que se había hecho también indispensable para el equipo de boxeo. Se ocupaba de limpiar el gimnasio, de lavar la ropa e incluso de que se hiciesen en el taller de la prisión las camisetas de boxeo azules y amarillas y los pantalones blancos. Pero lo más importante era que poseía unos conocimientos de boxeo enciclopédicos y que era un preparador exigente y con grandes recursos. Había convertido a los chicos del equipo en boxeadores hábiles que sabían coordinar su agresividad natural con verdadera técnica. Los Blues de Barberton llevaban dos años sin perder un combate, desde el grupo de menores de quince al de menos de doce.

Mi primer combate auténtico fue una cuestión de pura suerte. Los campeonatos de Nelspruit eran a principios de agosto, sólo unos días antes de que cumpliese diez años y había intentado convencer a todos los que habían querido escucharme que diez años eran casi once y que mentir en un año no era nada del otro jueves. Pero el teniente Smit no era persona que cambiase de criterio y nadie, salvo yo, estaba dispuesto a interceder en mi favor. De hecho los dos miembros del equipo de menores de doce años, Mocosó Bronkhorst y Fannie Kruger, tenían ya casi doce y eran, por tanto, dos años mayores que yo, y además, al ser bóers, eran mucho más altos.

Geel Piet decía ver en mí una inteligencia y una velocidad que compensaban sobradamente la poca talla. Era un fanático del juego de piernas.

—Tienes que aprender a boxear con los pies, pequeño baas. Un buen boxeador es como un bailarín, debe ser agradable mirarle aunque se le mire sólo a los pies.

Me enseñó cómo tenía que colocarme para descargar todo el peso del cuerpo en cada golpe y, a pesar de mi talla y mi velocidad, mis golpes eran capaces de ganarse el respeto de un adversario de más envergadura.

—Si no respetan tu pegada seguirán acosándote hasta dejarte fuera de combate, hombre. Un boxeador tiene que hacerse respetar.

Yo estaba deseando enfrentarme a un adversario desconocido en un combate de verdad. No había perdido un solo día en aquellos dos años de entrenamientos, y había trabajado con todo mi corazón y con toda mi alma para el momento en que pudiese

subir a un cuadrilátero, con público de verdad mirándome y con un contrincante cuyos golpes no pudiese prever, a diferencia de lo que me sucedía con los compañeros con los que hacía guantes.

El lunes de la semana del campeonato, Mocosó no apareció en el gimnasio. Después de la sesión el teniente Smit llamó a Geel Piet y hablaron acaloradamente mucho rato, mirando varias veces en mi dirección. Por último Geel Piet se acercó a mí. Se esforzaba por no sonreír.

—Ag hombre, hoy soy una persona feliz, pequeño baas. ¿Quieres saber por qué?

—¿Van a dejarte salir de la cárcel?, —dije.

Se echó a reír.

—No, nunca más. Yo soy feliz aquí, tengo mi propio equipo de boxeadores, tengo un buen negocio en marcha. Moriré feliz en este lugar.

—¿Qué es entonces?

Se inclinó de modo que su rostro quedó a sólo unos centímetros del mío. Le olía mal el aliento.

—¡Conseguiste tu primer combate, hombre! Pequeño baas, Bronkhorst está malo con la enfermedad amarilla, tú ocupas su sitio.

Yo no podía creer lo que oía. Mocosó tenía ictericia, de la que había habido varios casos en la escuela. Iba a abrazar a Geel Piet pero él se apartó rápidamente.

—No, no, pequeño baas. El teniente vendrá y me pegará, —sonrió—. Hoy este negro cabrón se siente demasiado feliz para que le aplasten la nariz. Es mejor que te des prisa, hombre, y vayas a darle las gracias al teniente. Hazlo rápido porque si no puede cambiar de opinión, ¿entendido?

Fui corriendo a donde estaba el teniente Smit hablando con Klipkop y me puse al lado de ellos y esperé. No me hicieron caso durante mucho rato; luego el teniente dijo con aspereza:

—¿Qué pasa, Peekay?

—Gracias por el combate, teniente Smit, —tartamudeé—. Haré todo lo que pueda.

Él se acarició los nudillos.

—No bastará, te van a machacar la cabeza, pero eso te irá bien. Nadie debe ganar su primera pelea.

Luego se volvió y se alejó de mí. Geel Piet me dijo que llevase las botas a la mañana siguiente para que pudieran limpiármelas bien para el combate. Luego me midió el pecho y la cintura con un trozo de cuerda. Cuando volví a casa después de la escuela les dije a Dee y a Dum que debían colocarme las botas junto a la bolsa de la escuela para que no me las olvidase, porque Geel Piet tenía que limpiarlas. Dum se levantó silenciosamente de donde estaba sentada, en el suelo, a mis pies, yo estaba tomando una taza de café. Volvió al cabo de un rato con las botas. Las había limpiado y estaban impecables.

—Ese hombre amarillo, ¿quién se ha creído que es?, —dijo—. ¿Es que cree que

nosotras dejamos que nuestro baas ande por ahí con cosas sucias?

Era evidente que tanto ella como Dee se habían ofendido. Procuré explicarles que Geel Piet era el que hacía todas las cosas de los boxeadores, y que como yo pertenecía ya al equipo tendría que hacer lo mismo con las mías.

—Él no te lavará la ropa ni te limpiará las botas, —dijo Dee.

—Es un trabajo de mujer y de la ropa de la gente de nuestro kraal nos encargamos nosotras, —añadió Dum.

Yo no estaba del todo seguro de cómo iba a tomarse mi madre la noticia de que me habían incluido en el equipo de boxeo. El boxeo nunca se mencionaba, y para ella mis viajes a la prisión de primera hora de la mañana eran para recibir lecciones de piano. Últimamente había estado muy ocupada pues una tienda de Johannesburgo le había encargado tres trajes de fiesta, y la máquina Singer traqueteaba hasta últimas horas de la noche. Llamé y entré en el cuarto de costura. Todo parecía estar ocupado por un traje de noche de tafetán color ciruela que estaba casi terminado. Mi madre se levantó y se lo puso encima, y tenía exactamente el mismo aspecto con que siempre me había imaginado a Cenicienta cuando se iba al baile. El cuello descendía en un profundo escote en uve y tenía unas mangas abultadas. La falda se ensanchaba a partir de la estrecha cintura y el tafetán captaba la luz al moverse y crujía de un modo elegantísimo y muy atractivo.

—Qué extravagancia, no puedo entender dónde encontraron la tela para hacer esto en plena guerra, —luego dio una patada a la falda, y ésta se apartó dejando al descubierto una segunda capa de tul azul pavo real.

—Estás guapísima, —dije, no pretendía halagarla.

Se echó a reír, cogió una percha forrada de tela y colgó el vestido de una barra que sobresalía de la pared. El vestido, aunque estuviese separado de su cuerpo, tenía vida propia, inundaba de un encanto especial el pequeño cuarto de costura.

—Ése es el problema con las cosas del demonio, suelen ser tan tentadoras y tan bonitas, —dijo suspirando.

A mí se me había olvidado de pronto que los bailes figuraban en lugar preferente en la lista de prohibiciones del Señor. Me dio un vuelco el corazón. Si el Señor no aceptaba el baile, ¿qué pensaría de un combate de boxeo? Me consolé inmediatamente pensando que, por lo que yo sabía, Dios era un hombre, y tenía que gustarle el boxeo muchísimo más que el baile.

—Has venido por lo del boxeo, ¿verdad?, —dijo mi madre, sentándose otra vez a la máquina.

—Sí, madre, —no conseguí evitar que se reflejara la sorpresa en el tono de voz.

—Sí, bueno, el teniente Smit, que es un hombre encantador, vino a verme esta mañana, aunque no estoy segura del todo de que me guste lo que vino a decirme. He hablado con tu abuelo del asunto y lo convertí en el tema de mi ratito a solas con el Señor de después de comer. Debo decirte que el Señor no me dio ninguna orientación clara sobre el asunto, aunque tu abuelo parece pensar que no puede hacerte ningún

mal.

Luego echó la cabeza hacia atrás en un gesto súbito de irritación.

—Ay, cuánto me gustaría que te aplicases más al piano. Es evidente que el Señor desea que lo hagas, porque de lo contrario no te habría permitido aprender en circunstancias tan difíciles. El teniente Smit parece creer que tienes un talento natural para el boxeo, que es más de lo que el profesor ha dicho sobre tus dotes musicales.

—Doc ha dicho que Chopin me sale estupendamente, —dije, imitándole aunque muy levemente.

Mi madre estaba cosiendo un broche a lo que parecía una banda ancha para el vestido de tafetán, y alzó la vista hacia mí.

Me gustaría que no le llamasen por ese nombre tonto. En este pueblo hay muy poca gente distinguida, bien lo sabe Dios, y, después de todo, él es un verdadero profesor de música, y merece un respeto. El que sea alemán es sólo una desgracia. Supongo que si Hitler ganase la guerra hablaríamos todos alemán con un acento raro. Tendrás que dormir el viernes por la tarde si vas a estar levantado hasta tan tarde la noche del sábado.

Di un salto de alegría.

—Gracias, gracias, gracias, —exclamé, y le di un abrazo y un beso.

—No estoy tan segura de que el Señor lo apruebe, —dijo, pero me di cuenta de que estaba contenta de que la besase—. Ahora vete.

El viernes por la mañana, después de hacer calistenia, el teniente Smit nos reunió a todos alrededor del *ring*.

—Antes que nada quiero decir unas cuantas cosas, —dijo.

Se volvió luego hacia los cinco chicos que estaban a un lado, junto a Geel Piet.

—Las reglas para los de menos de quince años dicen que si te derriban, se acabó. No sirve de nada levantarse, se acabó y *klaar*. Así que no dejéis que os derriben, eh, —señaló a Klipkop que estaba a su derecha—. El sargento Oudendaal es un semiprofesional y no puede combatir, así que lo hará Gert en la categoría de pesos pesados, y sus segundos seremos el sargento Oudendaal y yo. Haced lo que os han dicho, entendido, y nada de trampas. No os paséis de listos. Todos conocéis las reglas. El que consiga darle al adversario más golpes limpios gana. Eso es lo que os ha enseñado aquí Geel Piet. Los de las otras categorías debéis combatir como lo hacéis siempre, si tenéis que cambiar de táctica, ya os lo diré yo.

Cuando se iba a girar para dejar el *ring* vio algo que había a sus pies. Se agachó y lo cogió: era una camiseta azul pequeña, que tenía escritas delante en amarillo dos letras, BB, es decir Barberton Blues. Luego le dio la vuelta y nos mostró lo que decía en la espalda en letras recortadas: PEEKAY.

—Bienvenido, Peekay, —dijo, y aplaudieron todos—. Bienvenido a los Barberton Blues.

Sentí en la cabeza una algarabía, sentí una opresión en la garganta, me esforcé por contener las lágrimas. El teniente Smit se agachó de nuevo y nos mostró un pantalón

corto azul con una franja amarilla a un lado. Lo unió a la camiseta me lanzó ambas cosas. Se separaron en el aire y conseguí coger la camiseta con la mano izquierda y el pantalón con la derecha antes de que cayeran al suelo.

—El chico es rápido y sabe usar bien las dos manos. Lástima que no pese seis kilos más, —dijo, bajándose del *ring*.

Le enseñé a Doc la camiseta y el pantalón y pareció alegrarse por mí. Le expliqué lo de los tres asaltos.

—¿Crees que podrás aguantar tres asaltos con el señor Chopin?, —me preguntó.

Asentí, decidido a demostrarle que su valiosa música no ocupaba un puesto secundario, aunque sospecho que sabía que yo pensaba más en poder aguantar de pie al día siguiente y que no me derribaran que en el *étude* que estaba intentando dominar. Entonces vi, por el rabillo del ojo, que entraba Geel Piet. Sabía muy bien que si hubiese querido habría pasado inadvertido, pero había elegido el ángulo preciso para entrar de modo que se le viese pero no molestase. Era insólito que entrase en el salón en aquel momento. Yo siempre ponía el correo del día en el asiento del piano, y él lo recogía después, cuando entraba a limpiar el Steinway. Los tres habíamos decidido que no debían vernos nunca juntos cerca del buzón de correos. Miré hacia donde estaba fingiendo limpiar una ventana, con un cubo a los pies. Por fin Doc reparó en su presencia y levantó una mano para indicarme que parara.

—No debes venir cuando practicamos, ésa es la norma, —le reprendió; el maltrecho hombrecillo recogió rápidamente el cubo y se acercó; Doc parecía irritado—. ¿Qué pasa?

—Por favor, baas, es muy importante, baas, —dijo, y posó el cubo y sacó un paquete envuelto en un trozo de tela—. La gente ha juntado dinero y en la zapatería hemos hecho un regalo para el pequeño baas.

Desenvolvió el paquete: y contenía un par de botas de boxeo. Me quedé boquiabierto. Eran maravillosas, la piel negra tenía un brillo suave y las suelas el negro azulado de la piel nueva.

—Es de parte de todos, un regalo para el Onoshobishobi Ingelosi, de todos nosotros para que tengas un gran combate mañana, pequeño baas.

Salté del taburete del piano; no podía contener la alegría.

—Por eso te pedí las botas, pequeño jefe, —explicó con una gran sonrisa desdentada—. Para saber el número.

Me quité enseguida las botas de la escuela y me puse las de boxeo. La piel era blanda y flexible, me quedaban muy bien, pesaban menos que una pluma.

—Es el regalo más bonito que me han hecho en toda mi vida, de verdad, Geel.

—Son de parte de todos, es su forma de darte las gracias.

De pronto se puso de rodillas y empezó a limpiar el suelo junto a mis pies con el trapo en el que había traído envueltas las botas de boxeo. Algún instinto que nunca descansaba le había hecho presentir el peligro. Transcurrieron aún cinco segundos por



lo menos antes de que apareciera en la entrada del salón el guardia. Era un sargento nuevo al que sólo habíamos visto una vez en el comedor. Se llamaba Borman y le habían trasladado de la prisión central de Pretoria a las tierras bajas porque su mujer padecía asma.

Se quedó allí plantado, una mano apoyada en el marco de la puerta.

—Profesor, el Kommandant quiere verle, preséntese en administración después del desayuno, ¿entendido?, —se volvió para irse, luego se fijó en Geel Piet y gritó—: ¡Kom hier, cafre!

El hombrecillo se levantó rápidamente y cruzó el salón a la carrera.

—Ja baas, voy baas, —gritó.

—¿Qué haces tú aquí?, —preguntó el guardia.

Doc se inclinó y cogió una de mis botas de la escuela.

—Es que el chico se manchó de kak las botas y él vino a limpiarlas. Pareció examinar la suela de una. —Ja, así es—, dijo Doc, mostrándole una bota al guardia e indicándole luego en el suelo el lugar donde Geel Piet había estado limpiando. —Manchó también el suelo al entrar.

El sargento Borman sonrió.

—La próxima vez haga que ese negro cabrón lo limpie con la lengua, está acostumbrado a comer mierda, —se volvió a Geel Piet—. Es así, ¿verdad, cafre? Coméis mierda unos de otros, ¿eh?

Geel Piet tenía la cabeza baja, estaba en posición de firme, aunque sus piernas, flacas y curvadas y llenas de marcas y de bultos de tejido cicatrizal negro, de heridas y arañazos del pasado, no llegaban a juntarse en las rodillas.

—No, baas, —dijo muy bajo. No había miedo en su voz, sólo una especie de resignación. Parecía saber lo que vendría después.

El guardia extendió el brazo y le agarró por la camisa.

—Cuando yo diga algo tú dices que sí, ¿entendido? Ahora dime, ¿tú comes mierda, cafre?

—Sí, baas, —contestó Geel Piet.

—¡Alto! ¡Dilo alto, cabrón, come mierda!

—¡Sí baas!

—¿Sí baas qué?

—¡Sí baas, comemos mierda unos de otros!

El sargento de Pretoria se volvió a nosotros.

—Ahí tiene usted, Profesor. Ya le dije que comen mierda unos de otros. La próxima vez se la hace lamer, es el tratamiento que se merece.

Luego dio la vuelta y se fue.

Geel Piet se acercó, sus pies descalzos no hacían prácticamente ningún ruido sobre el suelo de madera.

—Gracias, baas grande, —dijo con una sonrisa—. Él tiene razón, sí, en la cárcel todos comemos mierda.

Luego se volvió hacia mí mientras recogía el cubo.

—Los pies, —dijo—, pequeño baas, boxea con los pies, da golpes limpios para que cuenten. No te trabes, porque si no un boxeador más corpulento que tú puede derribarte. Buena suerte pequeño baas, la gente está contigo.

—Gracias, Geel Piet. Dile a la gente que se lo agradezco.

—Ag, hombre, no es nada, la gente te quiere, estás luchando por ellos, —y después de decir esto desapareció.

Doc carraspeó para romper el silencio.

—Crees que ya podemos interpretar a Chopin.

Le di un gran abrazo.

—Supiste pensar deprisa, Doc.

Se rió.

—No está mal para un pianista en decadencia, ¿ja?, —de pronto frunció el ceño—. Me pregunto qué querrá el Kommandant.

Teníamos que salir hacia Nelspruit, que quedaba a unos sesenta kilómetros, a las ocho de la mañana siguiente. Aunque yo había intentado no descansar el viernes por la tarde, me habían obligado a acostarme a las seis. Desperté como siempre poco antes de amanecer y me quedé en la cama, intentando imaginar cómo sería el día que me esperaba. ¿Y si me derrotaban en el primer combate? ¿Cómo ocultaría mi desesperación? Como participaban siete equipos del este de Transvaal tenía que ganar dos veces para llegar a la final. No había boxeado seis asaltos en mi vida, y aunque los aguantase tendría que hacer otros tres, en la final. ¿Y si perdía la concentración y el otro chico me derribaba? ¡Perdería aunque fuese ganando, perdería por haber besado la lona!

No podía soportar más estas dudas, así que me levanté rápidamente de la cama y me vestí y me lancé corriendo a cruzar el jardín. En poco más de diez minutos estaba en la cima del cerro, sentado en nuestra peña.

Estaba empezando ya la primavera y el viento del amanecer era frío, y yo temblaba incluso un poco mientras iba viendo cómo la luz se derramaba por el valle y se fundía con el pueblo a oscuras que quedaba abajo, y borraba la oscuridad hasta que los tejados y las calles y los árboles quedaban limpios. Aún no habían florecido los jacarandás, pero ya salpicaban el pueblo manchas de rojo brillante de vistosos árboles que florecían en primavera. Intenté imaginar cómo habría enfocado el Abuelo Chook la situación. Él habría salvado los obstáculos, como siempre. Aunque el Abuelo Chook era ya un mentor menos importante, seguía siendo una especie de punto de referencia en mi vida para saber cómo debía de comportarme en una situación apurada. Pensé también en Hoppie. Si él pudiese estar allí para verme. «Primero con la cabeza, y luego con el corazón». Tenía la sensación de estar oyendo aún su voz alegre y reconfortante.

Al cabo de un rato me sentía mucho más tranquilo. Volví caminando cuesta abajo mientras el sol empezaba a elevarse en el cielo. Algunos de los áloes, sobre todo el

Aloe ferox, que era más alto, tenían ya brotes tiernos. Observé cómo un rayo de sol iluminaba a un pequeño y vistoso tropirodinco que revoloteaba alrededor de una masa de anaranjados brotes de áloe. Su largo pico ganchudo, fino como una aguja, penetraba en las flores buscando néctar y movía las alas diminutas tan rápido que le mantenían suspendido en un punto, tan rápido que no hacían ni un borrón en el aire. Imaginé de pronto que yo era tan rápido con los puños como él con las alas y luego que mi adversario le explicaba el combate a otra persona. «Aún estaba pensando en lanzarle un rechazazo cuando el campeón del mundo de los pesos medios me conectó trescientos golpes en la mandíbula». Hasta a mí me parecía inverosímil.

Cuando volví a casa, Dee y Dum habían preparado el desayuno, gachas de trigo cafre, huevos fritos y tocino de hebra. En la mesa de la cocina estaba mi cartera de la escuela. Después de aquel día que habían estado haciendo sandwiches para el Fondo del Conde Sandwich en la fiesta benéfica de Pascua, se consideraban autoridades mundiales en ellos, y mi almuerzo escolar era siempre una sorpresa. Una de las combinaciones más frecuentes era mermelada con zanahoria rallada, y también crema de maní con aguacate. Por lo que no pasé ya fue por la papaya con cebolla. Otra variedad que formaba parte de su repertorio culinario era el sandwich de mermelada de aguaespino con Marmite.

Me pregunté qué habrían previsto para darme fuerzas y sostenerme, a ser posible durante nueve asaltos, pero me reprimí, preferí no mirar. Pero ellas no pudieron contenerse, abrieron la cartera y me enseñaron seis bollos de calabaza muy bien envueltos en papel impermeable.

—¡Te los hicimos anoche, tu comida favorita!, —dijo Dum y me di cuenta de que las dos estaban muy satisfechas de sí mismas.

Lo metí todo en mi bolsa de la escuela, incluidas las maravillosas botas de boxeo a las que Dee les había sacado aún más brillo, a pesar de que estaban impecables. A las siete y media me había despedido ya de mi abuelo y de mi madre y estaba sentado en el muro de la entrada, esperando a que pasase la camioneta azul de la prisión que debía recogerme. Podría haber ido hasta allí, pero Gert me había dicho: «No te preocupes, sólo perderemos cinco minutos, nos queda casi de camino, ¡reserva fuerzas para el *ring!*!». Gert no era como los otros guardias. La verdad es que todos los chicos pensaban que era bueno como el pan. Le gustaba ayudar a la gente, y una vez me dijo que él sólo pegaba a los cafres si se portaban realmente mal. «A los cafres también les duele, quizá no como a un hombre blanco, porque son más bien como monos, pero también les duele cuando les pegas».

Después del desayuno, cuando había ido a decirle adiós a mi abuelo, le había planteado el hecho de que pudiesen derribarme, y que entonces perdería el combate. Se produjeron los soplidos y encendidos habituales de la pipa. Por fin me contesto, contemplando una niebla de humo azul.

—Creo que lo mejor que podrías hacer es lo que hice yo en la guerra bóer.

—¿Y qué hiciste?, —pregunté anhelante.

—Mira muchacho, lo que hice fue escaquearme lo más que pude.

Ése era el problema con mi abuelo, cuando más necesitabas un consejo y se lo pedías, el que te daba nunca valía gran cosa.

Vi que llegaba ya la camioneta azul de la prisión, subiendo la cuesta con Gert al volante. Junto a él había alguien sentado leyendo el periódico, no pude ver quién era. Gert se paró junto a la entrada.

—Sube atrás con los otros chicos, Peekay, —dijo alegremente.

Subí a la caja de la camioneta, ayudado por uno de los chicos. Fue muy emocionante cuando Gert cambió la marcha y arrancamos. El que mandaba el grupo, un chico de catorce años que se llamaba Bokkie de Beer, me dijo que no se permitía a nadie estar de pie. Los otros chicos se reían, se tapaban la cara con las manos, me miraban.

—¿De qué os reís?, —grité por encima del ruido del viento y del estruendo del motor. Bokkie de Beer señaló a la ventana trasera de la cabina. Seguí la dirección que me indicaba y allí, enmarcado en la ventanilla, bajo el inconfundible jipijapa, vi el cogote de Doc. No podía creer lo que veía y todos los críos rompieron a reír a carcajadas al ver mi asombro. No me cabía en la cabeza que pudiera tener tanta suerte.

Era la primera vez que salía del pueblo desde mi llegada en tren, tres años antes. Era una mañana de primavera muy despejada, aún era muy temprano, e íbamos cruzando el valle hacia una hilera de cerros lejanos. La acacia de copa plana y el espino africano habían empezado ya a echar unas hojas de un verde eléctrico. En un mes serían una masa de borlas pequeñas que convertirían el valle en un mar de rosa y amarillo.

A partir de Barberton la carretera estaba alquitranada a lo largo de todo el trayecto, y a las nueve y media llegamos a Nelspruit. Notaba la piel tensa alrededor de los ojos y en las mejillas por el viento, y fue un alivio poder bajar de la caja de la camioneta cuando nos detuvimos en un aparcamiento detrás del ayuntamiento. Corrí a la cabina, del lado de Doc, para abrirle la puerta. Le brillaban los ojos azules y creo que estaba casi tan emocionado como yo.

—Estamos juntos fuera, otra vez, es bueno. Ja, definitivamente.

—¿Cómo te escapaste?, —pregunté torpemente.

Se echó a reír.

—Con el permiso del Kommandant. Para eso quería verme ayer después del desayuno.

Vio que yo fruncía el ceño. Los dos sabíamos cómo funcionaba el sistema presidiario, en el que nada se da a menos que se obtenga algo a cambio. Se encogió de hombros y explicó:

—No es mucho lo que quiere. Sólo que interprete algo de Chopin cuando venga el brigadier de Pretoria el mes que viene.

Yo sabía lo que era para Doc interpretar en público. Se negaba a actuar en los

conciertos del pueblo y hacía mucho que era un músico retirado. Aunque había superado el miedo con su triunfo en el recital de Beethoven de la plaza del mercado, era un perfeccionista, y le dolía muchísimo no alcanzar el nivel que él mismo se exigía. Yo le había contado que la señora Boxall había dicho que no había nadie en Barberton que no le considerase el mejor pianista que había oído en su vida, y él había contestado: «Debes darle las gracias a *madame* Boxall por su amabilidad, pero estoy demasiado viejo y demasiado débil para imponerme a mí mismo un Beethoven o un Mozart mal interpretado».

—¡Deberías haber dicho que no!, —dije.

—Bah, no tiene importancia, Peekay. Si le hubiese dicho que no, no podría verte en tu debut. Así podré decir un día: «Cuando el campeón del mundo de los pesos medios hizo su debut yo estaba allí. ¡Definidivamende!».

—De todos modos no deberías haberlo hecho.

—Beethoven no, Mozart no, Brahms no, pero Chopin, Chopin aún puedo interpretarlo con la suficiente maestría como para no acabar destrozado. Interpretaré Chopin para ese Señor Brigadier. Eso no es tan difícil, ja.

Entramos en el ayuntamiento por la puerta de atrás y seguimos por un pasillo hasta que llegamos a una habitación en la que en un trozo de papel pegado a la puerta rezaba: «Barberton Blues». La habitación olía a polvo y a sudor, aunque nadie se había cambiado aún. El teniente Smit estaba apoyado en la pared del fondo y a su lado vi a Klipkop.

—Aquí es donde os cambiaréis hoy, pero no en este momento, ¿eh?, —la habitación se llenó de risas—. Esta mañana son los combates preliminares para los chicos, y esta tarde para las categorías de peso. Esta noche, a partir de las seis, serán las finales. Que nadie salga del ayuntamiento; si cojo a alguien bebiendo una cerveza, os lo advierto ahora, habrá problemas. Venimos aquí a ganar, ¡y eso es lo que haremos! Bien, ¿cuál es nuestro lema?

—Uno para todos y todos para uno, —gritamos todos.

Doc me puso una mano en el hombro y me sentí muy orgulloso.

—Ojalá estuviese Geel Piet con nosotros, —cuchicheé.

La habitación se vació y Klipkop nos gritó a los pequeños que nos quedásemos. Doc, que estaba al cargo de primeros auxilios, fue a buscar las toallas y el botiquín al aparcamiento pero prometió volver enseguida.

—Hoy, yo seré Geel Piet, —dijo Klipkop con una sonrisa.

—¿Significa eso que podemos pegarle y usted no puede protestar?, —dijo descaradamente Bokkie de Beer, y todos nos echamos a reír.

—Yo cuidaré de vosotros, —dijo Klipkop, sonriendo—, y el teniente y yo seremos vuestros segundos. Ahora podéis cambiaros todos, vendré a por vosotros dentro de quince minutos. Que nadie se vaya a ninguna parte, ¿entendido?

Busqué un rincón y saqué las botas de mi bolsa de los libros y me las puse lo primero. Todos se amontonaron a mi alrededor.

—¿De dónde las has sacado?, —exclamó Bokkie de Beer. Yo estaba demasiado nervioso para inventar una explicación.

—Me, me las hizo mi abuelo, —tartamudeé.

—Pues vaya suerte que tienes, un abuelo zapatero, —dijo Fannie Kruger.

—Bueno, en realidad no es zapatero, es más bien una especie de jardinero.

—Pues si que es listo, caray, —dijo Bokkie de Beer con envidia y los otros chicos parecían pensar lo mismo que él.

Doblé los calcetines grises de la escuela hasta formar un aro justo por encima de las botas. Luego me puse mi bonita camiseta azul y el pantalón corto azul con la banda amarilla a un lado. Geel Piet me había tomado a la perfección la medida de la cintura, pero la longitud de las perneras respondía sólo a sus buenos deseos. Me llegaban bastante más abajo de las rodillas. Cuando me incorporé los otros cuatro chicos rompieron a reír. Maatie Snyman y Nels Stekhoven hasta se tiraban por el suelo de risa. Supongo que debía de tener una pinta muy rara con mis piernas de gorrión saliendo de aquellas perneras, pero me sentía orgulloso a pesar de las risas. Fannie Kruger y yo éramos los primeros del equipo que teníamos que boxear, pues estábamos en la categoría de menores de doce, que eran los más pequeños. Esperamos a Klipkop y cuando llegó le seguimos hasta el ayuntamiento. Había chicos de otras poblaciones importantes de Transvaal Este en grupos, con adultos, y también ellos se habían cambiado y estaban preparados. Eché una ojeada preguntándome con cuáles de ellos tendría que combatir.

Doc entró en el local y se acercó a mí. Nos sentamos en dos sillas, un poco aparte pero no tan lejos de los otros que no pudiesen llamarnos fácilmente. Doc me cogió de la mano, y creo que estaba más nervioso que yo. Había sacado el pañuelo y estaba secándose la frente.

—Yo creo que los exámenes en el conservatorio de Leipzig cuando yo tenía tu edad no eran tan difíciles como esto, ja, definitivamente.

—Todo irá bien, Doc, bailaré y todo lo demás, haré exactamente lo que dice Geel Piet. Según el teniente Smit soy muy rápido, ya verás como no consiguen darme, seguro.

—Está muy bien que digas eso, Peekay. Pero ¿qué pasará cuando llegue un bóer grandote y logre conectar?

Sonreí, para animarle un poco. Repetí el comentario de Hoppie.

—Ag, hombre, cuanto más alto sea, de más alto caerá, —me sentí bastante ridículo al decirlo, y me di cuenta entonces de por qué Hoppie me lo había dicho. También él debía haberse sentido muy ridículo.

Doc gruñó y enterró la cabeza en su pañuelo rojo.

—Peekay, quiero que tengas muchísimo cuidado. En ese *ring* no hay buena gente, —en ese momento me llamó Klipkop y Doc me apretó la mano—. Debes utilizar los pies para escapar, Peekay. Sólo puedo oír Wagner dentro de mi cabeza, no puedo oír Mozart, sólo Wagner.

Klipkop y el teniente Smit estaban con un individuo alto y calvo, bastante barrigudo, que vestía pantalones largos blancos y una camiseta blanca. Cerca de ellos había dos adultos y un chico. El chico era bastante más grande que yo, aunque no tanto como Mocosó. Llevaba una camiseta roja con la palabra Sabie escrita en blanco. Era el nombre del pueblo donde Klipkop tenía su nooi, con la que se había prometido recientemente.

El individuo grande de la camiseta me miró y luego miró al teniente Smit.

—Es muy pequeño. ¿De verdad quieres que boxee?

El teniente asintió.

—Le irá bien.

El hombre alto miró al chico de Sabie y luego volvió a mirarme a mí, dudoso. Después se volvió al teniente Smit.

—Su adversario es veinte centímetros más alto y probablemente tenga doce centímetros más de alcance, no sé.

—Si creyese que podía hacerle daño lo retiraría.

—Bueno, espero que sepas lo que haces, —dijo el hombre alto, moviendo la cabeza. Los dos hombres de Sabie sonreían y pude oír perfectamente lo que estaban diciendo dentro de sus cabezas. Estaban contentos porque su chico iba a tener un enemigo fácil en su primer combate.

Klipkop se volvió a mí.

—Éste es Meneer de Klerk, Peekay. Es el árbitro y también el juez. Llegó de Pretoria anoche mismo.

—Buenos días, Meneer, —dije dándole la mano. El árbitro extendió la suya y me la estrechó ligeramente.

—Tienes muy buena educación, —hijo.

Entonces vi que, a su espalda, uno de aquellos hombres empujaba al chico de Sabie para que hiciese lo que había hecho yo. Meneer de Klerk se volvió e indicó un gran recipiente de madera que había en el suelo debajo del cuadrilátero. Dentro había lo menos cincuenta pares de guantes de boxeo.

—Quiero guantes de diez onzas. No quiero que algún chico se haga daño. Escoged y luego enseñádmelos, entendido.

—Nosotros ya tenemos guantes, —dijo el teniente Smit.

—Entonces traedlos, dejadme verlos.

—Nosotros también, —dijo uno de los hombres de Sabie. Y alzó un par de guantes.

Meneer de Klerk examinó los guantes que le presentaron y los declaró válidos.

—De acuerdo, ponéoslos. Empezaremos dentro de cinco minutos, —se volvió a un hombre que estaba sentado a una mesa directamente al lado del *ring*—. Cinco minutos, ¿entendido?

Aquel hombre asintió y consultó un reloj de bolsillo grande que tenía allí encima de la mesa, delante de él. Tenía también una campanilla, y evidentemente era el

cronometrador. Klipkop y el teniente Smit empezaron los dos a ponerme los guantes. Yo me sentía muy importante, pues hasta entonces ninguno de ellos había supervisado en realidad nunca ningún aspecto de mis entrenamientos.

—No lo olvides, Peekay, el boxeo es cuestión de porcentaje. Tú cerciórate de que le pegas limpio y más veces que él a ti. No te trabes, si te trabas él puede hacerte perder el equilibrio. Aléjate de los rincones, aléjate de las cuerdas.

El hombre de la mesa tocó la campana y subimos al *ring*. Klipkop me ayudó a pasar entre las cuerdas y luego subieron también el teniente y él. Había un taburete en el rincón y el teniente me mandó sentarme en él. Me sentía un poco estúpido, porque el chico de Sabie estaba de pie, lanzando golpes al aire, y yo sentado allí como un niño pequeño en el orinal.

—¡Vamos! Poneos en el centro, —dijo Meneer de Klerk y subió también al *ring*—. ¿Cómo os llamáis?

—Du Toit, Meneer.

—Peekay, Meneer.

—Quiero un combate limpio, ¿entendido? Nada de trabarse. Cuando yo diga que os separéis, os separáis. No quiero golpes por debajo de la cintura, ni en la parte de atrás de la cabeza. Cuando uno caiga el combate habrá terminado. ¿Has entendido, Peekay? ¿Du Toit?

—Ja, Meneer, —dijimos los dos.

—Bueno, pues cuando oigáis la campanilla venís al centro del *ring*, rozáis guantes y a pelear. Buena suerte.

Volví a mi rincón y me senté, siguiendo instrucciones del teniente Smit. Como era el primer combate del día, todos los equipos estaban reunidos alrededor del cuadrilátero, y había incluso gente del pueblo mirando. Era mi primer público en el boxeo y el corazón me latía fuerte. Du Toit estaba de pie en su rincón y miraba también al público. Creo que ninguno de los dos quería mirar al otro a los ojos. Él parecía muy grande, visto desde mi taburete, pero había esperado demasiado aquel momento para sentir miedo.

Sonó la campanilla.

—Boxéale, Peekay, —me oyes dijo Klipkop cuando salté del taburete.

Tocamos guantes en medio del *ring*, y cuando se apartó avancé y le alcancé con la izquierda y con la derecha en la mandíbula. Abrió mucho los ojos sorprendido. Me di cuenta de que los golpes no le habían hecho daño, pero aquel ataque tan rápido le había cogido por sorpresa y parecía desconcertado.

Era un buen boxeador y no perdió el control, se puso a girar alrededor de mí. Lanzó un directo de izquierda que me pasó por encima de mi hombro, junto a la oreja. Yo aproveché la zona que había dejado al descubierto y lancé un *uppercut* rápido que le alcanzó con fuerza en las costillas. Oí que lanzaba un gemido, lo que me confirmó que le había dado fuerte. Luego me conectó un derechazo en el hombro que me hizo girar en redondo. Anticipé su izquierda y cuando la lanzó me agaché y le



conecté otro golpe bueno al cuerpo, en el mismo punto exacto de antes. Me echó los brazos encima y nos trabamos, cosa que yo no tenía que permitir en teoría. Le pegué con furia en las costillas con ambas manos, pero estábamos demasiado cerca para que los golpes tuviesen eficacia y me di cuenta de que podía tenerme así cogido todo lo que quisiese.

—¡Separaos!, —oí decir al árbitro, y en cuanto Du Toit aflojó los brazos me separé rápido. Le dejé perseguirme el resto del asalto. Yo era un boxeador mucho más rápido y tenía mucho mejor juego de piernas. Hacia el final del asalto me di cuenta de que podía saber qué golpe iba a lanzar por la posición de sus pies. Justo cuando sonaba la campana le lancé yo un golpe corto de derecha y le alcancé limpiamente en la punta de la barbilla.

No había oído nada en todo el asalto, y entonces me di cuenta de que el público estaba haciendo mucho ruido y que gritaban mi nombre para animarme. Al final del asalto se oyeron muchísimos aplausos y uno o dos silbidos.

—Lo has hecho bien, Peekay, —dijo Klipkop.

El teniente Smit me limpiaba la cara con una toalla.

—Está fallando con el cruzado de derecha, pero no por mucho, vigila, eh, si consigues medir la distancia puede hacerte daño. Mantén la barbilla metida en el hombro, así si te alcanza la mayor parte del golpe la llevará el hombro.

Sonó la campana del segundo asalto y dejé que Du Toit me persiguiera alrededor del *ring*. Creo que debieron de decirle que procurara arrinconarme, porque era evidente que procuraba empujarme hacia un rincón, pero en el último momento yo amagaba a la izquierda y luego salía por la derecha y el cruzado de derecha suyo me pasaba a kilómetros. Pero llegó un momento en que lo había hecho ya demasiadas veces y me cazó con un *uppercut* de izquierda en la barriga, y si no hubiese sido por las cuerdas que había detrás de mí podía haberme ido al suelo. Se dio cuenta de que me había hecho daño y en su afán de capitalizar el golpe empezó a telegrafiar los puñetazos, intentando alcanzarme con el definitivo. Sólo pude esquivar hasta que conseguí utilizar los pies para escurrir el bulto.

Hacia la segunda mitad del asalto comprobé sorprendido que mi contrincante parecía estar empezando a cansarse. Me había lanzado muchísimos golpes y la mayoría se habían estrellado en mis guantes, aunque había conseguido conectarme uno bueno en el cuerpo que me había hecho bastante daño. Pasé al ataque rápidamente. Hacia el final del asalto el público había empezado ya a reírse, porque yo parecía capaz de alcanzarle con mis golpes casi donde quería. Empezaba a asomarle a la cara la desesperación. No creo que le hiciese mucho daño, pero estaba agotándole y desconcertándole, exactamente lo que me había dicho Geel Piet que debía hacer. Sonó la campana y me fui a mi rincón convencido de que había ganado aquel asalto.

—No tienes que volver a pegarle para ganar, —dijo el teniente Smit—. Basta con que te mantengas fuera de su alcance, entendido. Tú sólo tienes que contraatacar, no

tienes que atacar. Vas a ganar sin problema, amigo, a menos que te cace con un golpe de suerte.

—Haz lo que dice el teniente, Peekay. No te metas en líos, —añadió Klipkop con una sonrisa.

Sonó la campana del último asalto y salimos al centro del *ring*, tocamos guantes. Debían haberle dado instrucciones de atizarme fuerte porque no hacía más que lanzarse sobre mí con golpes terribles. Yo conectaba un directo de izquierda o un gancho de derecha al esquivarle, pero procuraba no arriesgarme a un golpe fuerte. El público se reía porque le hacía fallar continuamente y empecé a sentirme muy bien. Le había superado boxeando y no había conseguido pegarme, y sonaría la campana de un momento a otro y el triunfo sería mío. Entonces me llegó un cruzado de derecha y no pude apartarme. Me dió en el hombro y en la cara y tuve la sensación de haber chocado con un poste de telégrafos. Sentí que me caía y me cogí a las cuerdas de atrás para sostenerme. Llegó el golpe siguiente, pero conseguí apartar la cabeza, luego Du Toit lanzó otro de derecha y sólo me rozó la cara. Pero me respondían muy bien las piernas y tenía la cabeza despejada. Esquivé un directo de derecha y salí del apuro bailando en el momento justo en que sonaba la campana.

—¡Final!

Doc estaba al lado del *ring* dando saltos.

—Once sobre diez. ¡Definidivamende!, —me gritó. Fue el momento más feliz de mi vida.

Cuando ya me dirigía hacia mi rincón, Meneer de Klerk nos llamó a los dos otra vez al centro del *ring*. Nos dimos la mano y yo le di la gracias a Du Toit por la pelea, pero creo que él sabía que había perdido porque tenía lágrimas en los ojos y no contestó.

—Estás bien educado, Peekay, te han enseñado bien, —volvió a decir Meneer de Klerk. Luego nos cogió a los dos de la mano y dijo—: ¡Ganador por tres asaltos a ninguno Caballero Peekay!

Me alzó la mano y el público aplaudió y se rió también de mi nuevo nombre. Los Barberton Blues gritaban y silbaban.

—Éste estuvo bien, —dijo el teniente Smit—. Pero no hay que confiarse. Tuviste suerte, amigo, te tocó un zoquete. Si yo te digo que te mantengas a distancia te tienes que mantener a distancia, ¿me has oído? Ese cruzado de derecha estuvo a punto de tumbarte, ¿entiendes? Dos como ése al principio del primer asalto y tenemos que tirar la toalla, ¿me oyes?

Asentí y procuré parecer arrepentido. Cuando Klipkop me quitó los guantes de las manos me sentí ligero, como si estuviese a punto de empezar a flotar en el aire. Era una sensación maravillosa. Era el poder de uno, lo que puede uno solo, que se agitaba dentro de mí. Nada de lo que pudiese decir el teniente Smit podía enturbiar mi espíritu. Salté del *ring* sintiéndome treinta centímetros más alto.

Doc me dio un gran abrazo y luego me cogió de la mano y bailamos una pequeña

jiga que me hizo sentirme un poco tonto, pero él estaba entusiasmado.

—¡Peekay, estoy muy orgulloso hoy! ¡Definidivamende!

Luego dejó de bailar y sacó el pañuelo rojo y se sonó. Luego alzó la vista, los ojos azules lacrimosos.

—Qué buen bailarín, ja. Definidivamende, —nunca le había oído soltar tantos definidivamende.

Fonnie Kruger ganó su combate contra un chico de Boxburg y lo mismo Maatie Snyman en la categoría de menores de trece, Nels Stekhoven en la de menos de catorce y Bokkie de Beer en la de menos de quince. Los Barberton Blues estábamos muy orgullosos, os lo aseguro, habíamos pasado a las semifinales todos los miembros del equipo. Fonnie Kruger y yo estábamos los dos en la categoría de menos de doce, si pasábamos las semis estaríamos juntos en la final. Pero pronto se vieron frustradas nuestras esperanzas. Había un chico de Lydenburg que se llamaba Kroon y que era el muchacho de once años más grande que he visto en mi vida. Medía por lo menos treinta centímetros más que yo y era el doble de ancho. No era buen boxeador, pero liquidó a un chico de Nelspruit en el primer asalto dejándolo sentado en la lona al cabo de poco más o menos de un minuto. Le bautizamos inmediatamente como Kroon el Asesino. Nos daba miedo hasta mirarle, y Bookie dijo que se alegraba de pelear en la categoría de menores de quince y no en la de menos de doce.

A Fonnie Krugen le tocó Kroon el Asesino en las semifinales y consiguió aguantar un asalto, pero acabó sentado en la lona a los pocos segundos de empezar el segundo. Creo que se alegró de que acabase el combate, Kroon el Asesino le había cerrado ya el ojo derecho. «Es como boxear con un gorila», dijo cuando bajó del *ring*.

Justo antes del almuerzo subí al *ring* de nuevo para combatir con un chico de Kaapmuiden. Era un tipo cuadrado, fuerte, muy ancho de hombros, pero no mucho más alto que yo. Era la primera vez que me enfrentaba a otro boxeador cuya barbilla no quedase por encima de mi cabeza. Era un buen boxeador, y sólo la velocidad me salvó de recibir el pleno impacto de sus golpes. Pegaba duro y directo, pero yo conseguía desplazarme cuando llegaba el golpe y perdía mucha fuerza. Sin embargo consiguió colocarme bastantes y anotar muchos puntos. Antes de empezar el último asalto el teniente Smit me limpió la cara.

—No estás haciendo las cosas lo suficientemente bien para asegurar este combate. Vigila su directo de izquierda, baja siempre la derecha después de lanzar la izquierda. Éntrole por bajo cuando te lance el golpe y trabájale el cuerpo con los dos puños. Quiero que te anotes tantos suficientes.

Tocamos guantes para el último asalto y el teniente Smit tenía toda la razón. El chico, que se llamaba Geldenhuis, lanzaba la izquierda y luego, curiosamente, bajaba la derecha. Yo esquivaba y conseguía luego colocarle cinco o seis buenos golpes en el cuerpo antes de que me empujase. Cuando sonó la campana del final el público coreó: «¡Caballero Peekay! ¡Caballero Peekay!». Eran todos africaners, y era evidente que la palabra inglesa les divertía. Le di las gracias a Geldenhuis, quien

también me las dio. Luego Meneer de Klerk proclamó por segunda vez en el día: «Ganador en dos de los tres asaltos, ¡Caballero Peekay!». El público reía y aplaudía y los Barberton Blues se volvían locos.

Doc casi no podía contenerse.

—Ni siquiera un arañazo, ni un ojo morado siquiera. Perfecto, deberías interpretar tan bien a Chopin, ¿ja?, —se echó a reír y me pasó una toalla—. El teniente Smit dice que tienes que ducharte y cambiarte otra vez de ropa. Esta noche a las seis peleamos de nuevo.

De pronto se puso serio.

—Peekay, en las finales hay un bóer muy grande, tienes que bailar muy bien, ese muchacho tiene demasiado Wagner. Tienes que boxear como si fuese un concierto de piano de Mozart, rápido y ligero y con una coordinación perfecta, ¿ja?

Doc descubrió una pequeña antecámara al salir del pasillo, en la que había un sofá de cuero. Me hizo echarme allí después de comer. Yo estaba deseando ver los combates de preliminares de adultos y me sometí de mala gana. Me echó por encima una manta de la prisión, a pesar del calor, y, para mi sorpresa, me quedé dormido. Cuando vino a buscarme eran las cinco y me sentía algo rígido y dolorido. Me hizo darme una ducha caliente antes de ponerme de nuevo la ropa de boxeo. Cuando volvimos al ayuntamiento eran casi las seis y habían terminado los combates preliminares. Bokkie de Beer dijo que pasaban a las finales cinco de los Barberton Blues, entre ellos Gert, que había tenido una pelea fácil y otra difícil, pero que estaba perfectamente. Esto significaba que en las finales habría nueve de los catorce Barberton Blues. Me acerqué a Gert a felicitarle y parecía contento.

—Ag, Peekay, no fue demasiado difícil, creo que tuve suerte. Pero en la final me toca, como a ti, un bóer como una montaña de grande, un superpesado. Ganó los dos combates por K. O. en el primero.

—Tú tienes velocidad, la velocidad es lo más importante, —dije, citando a Geel Piet.

—No si me mete en un rincón, —dijo solemne Gert.

—¡Entonces apártate de los rincones!, —dije con petulancia. Pero el consejo iba dirigido tanto a mí como a él.

—Tú peleas pronto, he apostado dinero por ti, Peekay. Puedes ganar, te lo aseguro, —pero pude oír lo que hablaba dentro de la cabeza y estaba preocupado por mí, muy preocupado.

Fonnie Kruger se acercó y dijo que el teniente Smit quería hablar conmigo.

El teniente Smit y Klipkop hablaban acaloradamente con Meneer de Klerk y parecieron no darse cuenta de mi llegada. Me quedé al lado y esperé.

—El bóer pesa doce, puede que quince kilos más que el vuestro. No me gusta, no me gusta nada, —decía el árbitro moviendo la cabeza.

—Ya le viste en los otros dos combates. Apenas le tocaron. Nuestro chico es un buen boxeador.

—Es más que eso. Es el mejor que he visto desde hace mucho tiempo. Pero es un enano comparado con Kroon. Kroon acabó con sus dos contrincantes en el primero. Ese chico es malo. Trabajo todos los días con boxeadores jóvenes, y este chico no es un deportista, os lo digo yo, —luego abrió las manos en un gesto conciliatorio—. Hay tiempo de sobra, sólo tiene diez años. Dejadle crecer un poco, esperad al año que viene. Tiene madera de campeón y sería una lástima estropearle con un combate desigual.

Vi que asomaba al rostro del teniente Smit una sombra de duda. Las voces que sonaban dentro de su cabeza eran contradictorias y confusas. A mí el corazón me hacía bum, bum, bum y no podía tragar, tenía un bulto inmenso y doloroso en la garganta. Luego el teniente bajó la cabeza y miró de reojo al árbitro calvo.

—Te prometo una cosa, Meneer de Klerk. Si mi chico corre el menor peligro de que le hagan daño tiramos la toalla. No conoces a Peekay. Ese chico ha trabajado tres años para este combate. No ha faltado a una sola sesión de entrenamiento en los tres años. Se ha pasado dos años sólo con el saco y el punch. No puedo negarle la oportunidad.

—Le daré un asalto, Smit, si corre el menor peligro en el primero le daré el combate a Kroon por K. O. técnico, ¿de acuerdo?

El teniente Smit asintió.

—Ja, está bien, hombre, el árbitro eres tú.

Luego se giró y me vio y yo le sonreí como para que creyera que acababa de llegar. Me habían dado el visto bueno. Tenía que combatir con Kroon. No había más diferencia entre Kroon y yo que la que había habido entre Perforadora Smit y Hoppie. Podía hacerle frente, sabía que podía hacerlo.

—¡Tenemos que ponerte los guantes ahora mismo, Peekay!, —dijo el teniente Smit, y cogió el guante que le pasaba Klipkop y me lo puso en la mano izquierda.

Subí al cuadrilátero y me senté en el taburetito y Kroon el Asesino se sentó también en el suyo. Al sentarse no parecía que estuviese en el orinal. Me miraba directamente. ¡Mierda, qué grande era! Sonreía y pude oír lo que hablaba consigo mismo: «Voy a acabar con ese cabroncete en el primer asalto». «Primero tendrás que cazarme, cabrón», dije para mí. Pero tenía la sensación de que su inmensidad crecía y empezaba a ocupar el *ring*.

El ayuntamiento estaba ocupado al cincuenta por ciento por la gente de los pueblos que había llegado para las finales. Yo había tenido más público cuando había interpretado a Chopin en el concierto de Barberton, pero el público del boxeo es distinto, es como mucho más elemental o algo parecido. Me acordé de las palabras de Doc: «Tienes que boxear como si fuese un concierto de piano de Mozart». Podía oír en la cabeza cómo Doc interpretaba un concierto de Mozart, sin ningún arpeggio, rápido y directo, con una coordinación perfecta. Tenía sentido pelear así con Kroon el Asesino.

«Olvídate de su cara, Peekay. Tú límitate a pegarle en el cuerpo. Golpes rápidos

con los dos puños. Golpes que puntúen. Mantente fuera de su alcance y no le dejes que te coja contra las cuerdas, ni siquiera una vez. Hazle boxear en el centro del *ring*, hazle trabajar, hazle que te persiga continuamente. ¿Me oyes?».

Les escuchaba atentamente, pero sabía que la verdadera solución venía de Geel Piet, que tenía que boxear con los pies. No tenía ni idea de qué tipo de boxeador era Kroon el Asesino. Su primer adversario le había durado menos de un minuto, y Fonnie había aguantado unos cuantos segundos del segundo asalto, pero se había pasado todo el primero escapando y retrocediendo.

Kroon me miraba desde donde estaba sentado con una sonrisa malévola. Empecé a sentirme muy pequeño y algo desconcertado. Volví a tener la sensación de estar junto al juez, el cuadrilátero se convirtió en la habitación del colegio y el público en el jurado. Cerré los ojos y conté desde diez hasta uno. Estaba sobre una peña bajo una luna llena, con el estruendo de las cataratas en los oídos. El río y la garganta y el llano africano se extendían a mis pies bajo la luz de plata. Yo era un joven guerrero zulú que había matado su primer león y sentía la piel del león alrededor de las caderas, la cola del león enrollada a la cintura. Hice una profunda inspiración y salté la primera de las cataratas hacia un pozo lleno de estruendo y humo. Salí a la superficie y la corriente me arrastró hasta el borde de la segunda catarata. Salté de nuevo y volví a aflorar y a arrastrarme hasta el borde del tercer pozo y caí otra vez y salí a la superficie al final de las cataratas donde el agua bailaba con la luz plateada y las piedras de paso brillaban húmedas a la luz de la luna. Crucé las diez piedras hasta la otra orilla y abrí los ojos y miré directamente a Kroon. Kroon el Asesino vio algo en mi mirada que le hizo apartar la vista y no mirarme más.

El árbitro nos llamó y nos cogió por la muñeca y nos alzó las manos. Me presentó primero a mí.

—A mi izquierda, señoras y señores, Caballero Peekay de los Barberton Blues.

El público me dedicó un gran aplauso, aunque mezclado con risas, pues comparaban mi tamaño con el de Kroon el Asesino que estaba al lado.

—A mi derecha Martinus Kroon, de Lydenburg.

El público había elegido ya un favorito y, con la excepción del equipo de Lydenburg, el aplauso fue sólo cortés. Volví y me senté en el taburete. Era el primer combate de las finales y la expectación inflamaba el entusiasmo del público pese a ser el combate de los más pequeños de la noche.

Sonó la campana del primer asalto y salté del taburete, mientras Kroon el Asesino se levantaba despacio, desdeñosamente casi. Avanzamos hacia el centro del *ring* y me lanzó un golpe de izquierda a la cara que le quedaba por debajo del hombro. Me di cuenta de que llegaba kilómetros antes de que lo lanzase, y lo esquivé y me pasó junto a la oreja. Siguió con un derechazo y yo lo esquivé agachándome. Empezaba la pelea casi igual que la había empezado Du Toit y yo respondí del mismo modo con uno de izquierda y uno de derecha debajo del corazón. Conseguí imprimir bastante fuerza a los dos golpes, pero ni siquiera pareció darse cuenta. Salí bailando

rápidamente y él lanzó un torpe upercut de izquierda que me pasó a quince centímetros de la barbilla. El público pestañeó ante la ferocidad del golpe, aunque era pura exhibición sin ninguna eficacia.

Procuré mantenerme en el centro del *ring*, alrededor de Kroon que seguía lanzando golpes sin alcanzarme. Lanzó otro de derecha que me rozó el pelo, pero aplicó demasiada fuerza y perdió el equilibrio. Entré rápido y le golpeé en el mismo sitio, debajo del corazón, con una combinación izquierda derecha que repetí. Cuatro buenos golpes en corto con bastante potencia. Pero había sido demasiado codicioso y los dos últimos golpes le permitieron trabarme con sus brazos inmensos y alzarme del suelo limpiamente y lanzarme luego al aire. Iba girando por el *ring*, las piernas trabajando como pistones para no perder el equilibrio. Fui a dar en las cuerdas y cogí la del centro con las dos manos para sostenerme. Había bajado la guardia y me llegó el directo de derecha. Debería haber sido un upercut, yo estaba contra las cuerdas y no habría podido eludir un golpe que me viniese de abajo a arriba. Para aplicar toda la fuerza posible, Kroon había echado hacia atrás el hombro justo una fracción de más. Me concedió así una décima de segundo para desviar la cabeza hacia la derecha. El golpe me alcanzó en la oreja en vez de liquidarme, y sentí como si me hubiesen pasado por todo aquel lado de la cabeza un hierro candente. Pero había aguantado cosas peores del juez, y amagué a la izquierda y salí de las cuerdas por debajo de su brazo derecho. Se volvió rápidamente pero yo ya tenía los pies en posición y le lancé un cruzado de derecha perfectamente coordinado que llevaba detrás todo el peso del cuerpo. Le alcanzó en la punta de la barbilla y vi cómo se le disparaba la cabeza hacia atrás. Me di cuenta de que le había hecho daño. Era el mejor golpe que había conseguido hasta entonces. Gert dijo después que si hubiese tenido una talla más similar a la de Kroon le habría dejado K. O. durante una semana.

Kroon sacudió la cabeza desconcertado. Le había hecho daño y estaba furioso y venía por mí. Me aparté, recibiendo un directo de izquierda en el hombro al hacerlo, y conseguí conectarle dos buenos golpes más en el punto de debajo del corazón cuando me telegrafió otro cruzado de derecha. El punto de debajo del corazón se había convertido en una mancha roja. Sonó la campana señalando el final del primer asalto y cuando volví a mi rincón vi que Meneer de Klerk sonreía.

Doc estaba de pie fuera del cuadrilátero en mi rincón cuando el teniente Smit y Klipkop subieron a atenderme. Tenía el pañuelo cogido con ambas manos y lo retorció una y otra vez y le caían las lágrimas por las mejillas.

—Lo has hecho bien, —dijo Klipkop con una sonrisa inmensa. El teniente Smit no dijo nada al principio, pero me aplicó vaselina en la oreja, donde me había rozado Kroon con su gran golpe. Me tapó la oreja buena con la mano.

—¿Me oyes, Peekay?, —dijo desde el lado donde Kroon me había pegado.

—Sí, teniente, le oigo bien, —contesté.

—Si todo lo que sacas de esta pelea es una oreja hinchada tendremos mucha suerte, —se volvió a Klipkop—. Dale medio vaso de agua más. Enjuágate la boca

sólo, no tragues.

Luego me miró directamente a mí.

—Ahora escúchame bien, Peekay. Este gorila parece que sólo tiene cuatro golpes. Directo de derecha, directo de izquierda, cruzado de derecha y upercut de izquierda. Es un pegador y nunca ha necesitado más que esos golpes, todos son buenos y los lanza bien, menos el upercut de izquierda, que es algo torpe; además aplica demasiada potencia al cruzado de derecha, por lo que te das cuenta en seguida de que llega. Está bien lo que haces de contraatacar cuando lo lanza por abajo y pegarle debajo del corazón. Es un golpe muy bueno. Él es muy fuerte, pero si consigues conectarle suficientes golpes de éstos al final contarán y en el tercero le tendrás cansado. Tú no pares de moverte, no pares, ¿me oyes? Hazle trabajar, no está tan bien preparado como tú, hazle trabajar y sigue castigándole en ese punto de debajo del corazón. ¿De acuerdo?

Yo nunca había oído hablar al teniente Smit tan deprisa, y escuchando lo que no decía pude darme cuenta de que ahora creía que yo tenía una posibilidad.

—No ataques más, contraataca, ¿entendido? Sólo contraataca.

Asentí y sonó la campanilla del segundo asalto.

Kroon salió como una exhalación de su rincón y me di cuenta por su mirada que quería acabar el combate. En la primera mitad me dediqué a esquivar y eludirle y retroceder y hacerle moverse. Debió lanzarme cincuenta golpes y no me alcanzó ni uno. El público empezaba a reírse a medida que fallaban sus golpes y Kroon empezaba a sentirse frustrado. Hacia la segunda mitad del asalto aminoró el ritmo un poco y su cruzado de derecha no llegaba ya tan deprisa. Respiraba con dificultad y comprobé sorprendido que podía oler su sudor. El sudor de un chico no huele hasta que no tiene más o menos la talla de Bokkie de Beer, pero podía captar el sudor de Kroon el Asesino perfectamente, con toda claridad. Me acerqué un poco más y empecé a utilizar el contragolpe de nuevo cuando me lanzaba el cruzado de derecha, conectando una y otra vez en el mismo punto, debajo del corazón. Me parecía increíble su falta de imaginación. El cruzado de derecha llegaba regular como un reloj y yo me agachaba y le colocaba dos golpes y a veces cuatro debajo del corazón. Respiraba entrecortadamente y cuando le alcanzaba con la izquierda y la derecha seguidas gruñía, por lo que me di cuenta de que mis golpes al corazón empezaban a hacerle daño. Yo estaba también bastante cansado cuando sonó la campanilla del final del segundo asalto. El público se puso de pie y aplaudió. Cuando regresé a mi rincón miré hacia Doc. Tenía el pañuelo en la boca y estaba mordiéndolo.

—Va a intentar acabar contigo en este asalto. Has ganado los dos anteriores, le llevas muchos puntos. Va a intentar liquidarte.

El tono de voz del teniente Smit no era tranquilo como solía ser, respiraba entrecortadamente.

—Mantente lejos, me oyes. Me da igual que no le conectes un solo golpe, tú escapa, y que no te alcance, ¿me entiendes? Elúdelo, tienes el combate ganado.



¡Magtig! ¡Qué bien boxeas!, —le brillaban los ojos mientras me decía esto.

Sonó la campana del último asalto y nos juntamos en el centro del *ring* y tocamos guantes. Kroon el Asesino aún respiraba con dificultad, entrecortadamente. Cuando nos separamos dijo:

—Voy a matarte, rooinek maldito.

Geel Piet decía siempre que había que contestar, para que supieran que no tenías miedo.

—¡Ven e inténtalo, bóer cabrón!, —le contesté.

Se lanzó hacia mí y me hice a un lado pero me alcanzó de pasada con el brazo y me hizo perder el equilibrio. No fue un golpe, fue con el interior del brazo, pero me dejó sentado en la lona. Me parecía increíble lo que había pasado. Si te derribaban perdías el combate. ¡Había perdido el combate! ¡Había abierto la boca para hablar, había perdido la concentración y había perdido el combate! No podía creer que fuese yo quien había perdido el combate. Sentía un estruendo en los oídos y una desesperación terrible en el corazón. «¡No es válido, seguid boxeando!», oí gritar a Meneer de Klerk como en un sueño. Me levanté ya pero tenía la sensación de estar debajo del agua. La idea de la derrota me había embotado los sentidos. Kroon se lanzó hacia mí y aquel upercut de izquierda torpe suyo no me alcanzó en el mentón por muy poco. Kroon debería haber utilizado el cruzado de derecha, ya que yo no podía desplazarme hacia arriba para levantarme y hacia un lado a la vez. Un cruzado de derecha me habría alcanzado en el mentón y me habría dejado fuera de combate. Pero me bastó con echar la cabeza hacia atrás y el upercut pasó silbando a suficiente distancia del mentón. Me enderecé por fin y me alejé de él lo suficiente y empecé a dar vueltas alrededor de él. Aquel cabrón estúpido era completamente incapaz de boxear. No iba a tener otra oportunidad de cazarme.

Podía esquivar todos sus golpes con gran facilidad; empecé a darme cuenta de que le pasaba algo. Respiraba como en ráfagas, entrecortadamente. Sus golpes habían perdido fuerza. Avancé y lancé con toda la potencia que pude un ataque a dos puños debajo del corazón y entonces se le cayeron las manos a los costados. Noté sus guantes alrededor de mi cintura, pero apenas tenía fuerza y se apoyaba pesadamente sobre mí. El pulgar de uno de los guantes debió de engancharse en la banda elástica de mis pantalones porque se me cayeron limpiamente de las caderas y acabaron en los tobillos. Yo no sabía qué hacer. No podía retroceder por miedo a caer, además sus brazos y su peso me impedían moverme. Así que me quedé allí plantado y empecé a castigarle de nuevo sin parar mientras él me trababa, el culo al aire mirando hacia el público. Hasta que me dio un último empujón desesperado y tropecé con los pantalones que tenía enganchados en los tobillos y caí. Intenté subirme los pantalones con los guantes de boxeo pero sin éxito. El público se moría de risa y Kroon estaba quieto a mi lado, las manos en las rodillas, la cabeza colgando. Jadeaba y gemía e intentaba aspirar aire.

—¡No vale!, —gritó Meneer de Klerk—. ¡Vuelve a tu rincón, Kroon!

Luego me cogió por la muñeca y me puso de pie y me subió los pantalones. Yo había procurado taparme la culebra con los guantes. En aquellos tiempos nadie llevaba calzoncillos, y yo estaba enseñando el culo a todo el mundo despreocupadamente. Pero no me importaba nada, lo único que me importaba era Kroon que estaba conmigo en el *ring*. Habría boxeado con él sin ninguna ropa encima en caso necesario. Meneer de Klerk me limpió los guantes con sus pantalones.

—Sigue boxeando, —dijo.

Me volví para mirar al rincón de Kroon. Estaba de pie, de espaldas a mí, y aún seguía respirando con dificultad. De pronto se alzó una toalla de su cabeza y cayó ante mis pies. No podía creer lo que veía, en el rincón de Kroon tiraban la toalla, el combate había terminado. Meneer de Klerk se acercó rápidamente a mí y con una sonrisa inmensa me levantó la mano.

—¡Ganador por K. O. técnico, Caballero Peekay!, —proclamó.

La multitud se puso en pie por segunda vez gritando y gritando y, el teniente Smit y Klipkop saltaron al *ring*. Klipkop me alzó por encima de sus hombros y me sostuvo allí en el aire y dio una vuelta al *ring* conmigo llevándome así. Estaban todos locos.

Meneer de Klerk, que se había acercado al rincón de Kroon, volvió al centro del *ring* y levantó la mano pidiendo silencio. El cronometrador hizo sonar la campana hasta que el público se tranquilizó. Klipkop me dejó por fin en la lona.

—El equipo de Lydenburg quiere comunicar que Martinus Kroon se retiró debido a un ataque de asma.

Una parte del público empezó a abuchear y hubo una carcajada general.

—¡Más bien un ataque de rooinek!, —gritó alguien.

El árbitro calvo alzó la mano una vez más.

—Sólo quiero que sepan que según mis cuentas el combate se lo había adjudicado ya Caballero Peekay por dos asaltos a ninguno, y que iba ganando por puntos en el tercero. Se mantiene el K. O. técnico. Permítanme que les diga una cosa. Este muchacho será un gran boxeador. No olviden nunca dónde le vieron pelear por primera vez. El público silbó y pateó y vitoreó de nuevo y el teniente Smit me levantó la mano y luego dejamos el *ring*. Doc lloraba y tuve que sentarme y cogerle de la mano un rato y luego nos fuimos juntos a las duchas. Pero compartimos primero los dos últimos bollos de calabaza.

—Yo creo que Geel Piet y los demás estarán muy contentos esta noche, —dijo Doc pasándome una toalla—. ¿Quieres que vaya a buscarte un refresco? ¿De qué color lo quieres?

—Pero si no tenemos dinero, —dije.

—¡Eso es lo que tú crees, amigo mío! Doc buscó en el bolsillo de su traje blanco de lino y sacó dos medias coronas.

—¡Cinco chelines! ¿De dónde sacaste eso?, —le pregunté asombrado.

Sonrió astutamente.

—Aposté con un buen hombre de Lydenburg.

—¡Una apuesta! ¿Apostaste por mí? ¿Y si hubiese perdido? ¡Si hubiese perdido no podrías haberle pagado!

Doc volvió a meterse las monedas en el bolsillo de la chaqueta con un tintineo y luego se rascó la nariz con el dedo índice.

—No podías perder, estabas interpretando a Mozart.

Pedí un batido de crema americana. Era la bebida a la que me había invitado Hoppie en el café de Gravelotte después de que cambiáramos los tenis en la tienda de Patles, y seguía siendo mi favorita. Era también lo más que podía hacer para compartir mi victoria con Hoppie. Si Geel Piet y Hoppie hubiesen podido estar allí todo habría sido perfecto. No es que no fuese perfecto. Pero lo habría sido aún más.

## CATORCE

Cuando llegamos al último combate de la velada, los Barberton Blues habían ganado cinco de las ocho finales, y sólo quedaban los pesos pesados. Era, naturalmente, el acontecimiento que más esperaba el público, y no quedaron decepcionados. Gert tenía que combatir con un individuo gigantesco que se llamaba Potgieter, un ferroviario de Kaapmuiden que medía uno noventa y nueve y pesaba ciento treinta y cinco kilos. Gert no era ningún peso ligero y pesaba ochenta y ocho kilos con uno ochenta y tres de estatura.

Potgieter era mejor boxeador de lo que parecía en principio y en el primer asalto estuvo dos veces a punto de acabar con Gert, pero Gert ganó el asalto porque consiguió colocarle golpes más limpios. En los pesos pesados una caída no significaba el final del combate, y en el segundo asalto Potgieter, que iba perdiendo a los puntos, consiguió conectarle un upercut debajo del corazón que hizo doblarse a Gert como un colchón plegado antes de besar la lona. Sonó la campana cuando el árbitro contaba cinco, pero de todos modos parecía que el combate estaba decidido.

Pero nos sorprendió a todos porque aguantó hasta el último asalto y empezó a colocarle golpes a Potgieter casi a placer. El gigantón sabía que iba perdiendo por puntos así que bajó la guardia, seguro de que podía aguantar todos los golpes que Gert le conectase. Gert le castigó duro y el gigante tenía toda la cara llena de sangre y un ojo completamente cerrado. Pero no se le borró la sonrisa en todo el combate, la sonrisa grotesca y amenazadora de una boca a la que le faltaban los dientes de delante. Los directos de izquierda y de derecha de Gert trabajaban como pistones en un rostro que avanzaba implacable. Potgieter fue acogotando así a Gert, hasta que logró atraparlo en un rincón. Cuando le alcanzó el upercut en la punta del mentón, fue como si se desarrollase toda la escena en cámara lenta. El guardia estaba liquidado antes de que sus piernas hubiesen empezado a doblarse y creímos que le había matado. El árbitro le contó hasta diez y Klipkop y el teniente Smit lo levantaron inconsciente de la zona y lo llevaron al rincón. Gert había peleado con demasiado corazón y sin suficiente cabeza, como siempre. Él no conocía a Mozart.

No salimos de Nelspruit hasta las diez pasadas. Los chicos íbamos amontonados

en la caja de la camioneta y compartíamos dos ásperas mantas de la prisión. Unas estrellas nítidas y frías salpicaban la noche color índigo. Habíamos consumido la energía que nos quedaba en alabarnos pródigamente unos a otros y en alabar a los gloriosos Barberton Blues, y nos habíamos quedado después silenciosos y adormilados. Conducía Klipkop, pues Gert no estaba en condiciones de hacerlo y había vuelto a casa en el Chevrolet 39 con el teniente Smit.

Bokkie, Fannie, Snels y Maatie se quedaron dormidos enseguida. Las sacudidas los despertaban un instante, durante unos segundos abrían los ojos soñolientos, pero pronto unos pesados párpados los cerraban de nuevo. Yo estaba también muy cansado, pero no podía dormir. Los tres combates seguían repitiéndose dentro de mi cabeza. Los recorría hacia atrás como si fuesen escenas de una película que pudiese corregir en mi imaginación, cortando aquí, añadiendo allá, rehaciendo los combates, viéndolos en mi pensamiento como deberían haber sido.

Aunque yo no lo sabía entonces, esta capacidad de recordar detalladamente el desarrollo de una pelea me haría muchísimo más peligroso al enfrentarme por segunda vez a un adversario. En los años futuros aprendería también a combatir como un zurdo, para poder cambiar a medio combate si necesitaba hacerlo, como si fuese algo absolutamente natural en mí.

Cuando me dejaron en la puerta de casa era casi media noche. Estaba todo a oscuras. Rodeé la casa para entrar por atrás porque la puerta de la cocina nunca estaba cerrada. En la mesa de la cocina ardía un cabo de vela, y en el suelo, envueltas cada una en una manta, estaban Dum y Dee. Intenté pasar de puntillas por encima de ellas, pero las dos se incorporaron automáticamente como momias egipcias que volviesen de pronto a la vida, el blanco de los ojos muy visible por el susto.

Se alegraron muchísimo de mi regreso y encendieron la luz para examinarme. Cuando vieron la oreja hinchada rompieron a llorar y me costó cierto trabajo calmarlas. Cuando les dije que había ganado, mostraron sólo una alegría cortés. Discutieron y cacarearon como un par de viejas abafazis alrededor de la olla, y declararon que se levantarían al amanecer a buscar hierbas para hacer cataplasmas con las que curar las horribles magulladuras que sin duda debía tener ocultas por todo el cuerpo. Dum me hizo sentarme y me lavó la cara, las manos y los pies con agua de una cacerola que se dejaba siempre al fuego, pese a mis protestas, pues estaba tan cansado que casi no podía mantenerme en pie. Dee me secó con una áspera toalla y luego me dejaron irme a la cama al fin.

A la mañana siguiente, en la escuela dominical, el pastor Mulvery se fijó en mi oreja gorda y me otorgó una sonrisa veloz y relampagueante, enseñando aquellos dientes que intentaban huir.

—¿Has estado otra vez escuchando al diablo, Peekay?, —me dijo, y se rió muchísimo por aquel chiste tan inteligente; seguro que se lo contó luego al Señor. Insistía siempre en que había que decírselo todo al Señor. Yo seguía sin salvarme y sin nacer otra vez, pese a que oficialmente se me consideraba, me consideraban todas

las señoras de la iglesia, objetivo especial de todas las oraciones de mi madre. Supongo que si hubiesen sabido lo que estaba pasando en la prisión habrían montado toda una campaña de actos religiosos para intentar llevarme hasta el Señor. Un día pregunté en la escuela dominical si en el Cielo los negros eran iguales que los blancos. La profesora de la escuela dominical, una señora de pechos grandes y nariz afilada que se llamaba señora Kostler, y que parecía una paloma gorda, se paró a media respuesta y envió a uno de los otros chicos a buscar al pastor Mulvery.

—No exactamente, pero tampoco es exactamente lo contrario, —dijo el pastor Mulvery, y luego buscó en la Biblia de la señora Kostler y leyó. «Hay muchas mansiones en la casa de mi padre, yo prepararé un lugar para ti».

Luego dejó la Biblia a un lado y dijo:

—Muchas mansiones es el modo que tiene el Señor de decir que ama a toda la humanidad, pero que admite que hay diferencias, como blancos y negros. Así, pues, tiene un lugar para los ángeles negros y otro lugar para los ángeles blancos, —dijo relamidamente. Me di cuenta de que estaba satisfecho de su respuesta.

Entonces una chica llamada Zoe Prinsloo preguntó:

—¿Significa eso que no tendremos que tener sucios cafres en nuestra mansión?

—Bueno, bueno, Zoe, —exclamó la señora Kostler—, en el Cielo nadie está sucio, comprendes, ¡ni siquiera los cafres!

—¿Seguirán trabajando para nosotros?, —pregunté yo.

La señora Kostler miró al pastor Mulvery pidiéndole respuestas.

—Por supuesto que no, en el Cielo no trabaja nadie, —dijo con cierta impaciencia.

—Si en el Cielo nadie está sucio y nadie trabaja y negros y blancos son iguales, ¿por qué no pueden vivir en el mismo sitio que nosotros?

El pastor Mulvery lanzó un hondo suspiro.

—Porque son negros y no estaría bien, por eso. El Señor sabe más de esas cosas que nosotros, hombre. No deberíamos dudar de su sabiduría. Cuando vuelvas a nacer comprenderás su sabiduría infinita y no harás preguntas tan tontas.

Yo sabía que la señora Kostler informaría de todo aquello en la próxima reunión de señoras devotas y yo tendría que soportar otra sesión con mi madre. No era fácil ser un pecador.

Mi madre me mandaba a mi cuarto, y luego venía y se sentaba en mi cama y suspiraba muchísimo. Luego decía:

—Estoy muy decepcionada contigo, hijo mío. La señora Kostler dice que estuviste poniendo en duda la palabra del Señor. ¿Por qué te burlas así de Él? No creas que eres demasiado joven para su ira. «No te burles de mí», dice el Señor. Rezo por tu alma todos los días, pero tú endureces el corazón y llegará tu hora y el Señor no te otorgará su misericordia y su perdón eterno y te condenarás.

Luego suspiraba varias veces más. Los suspiros eran lo que más me afectaba. No podía soportar la idea de estar haciéndole tanto daño. Pero por otra parte no podía

evitarlo. En mi caso, el hacer preguntas era una cosa natural. Doc las exigía, había adiestrado mi pensamiento para buscar la verdad. Enfrentarme a lo que carecía de lógica u ofendía al sentido común era en mí tan natural como subirme a los árboles. Era un detective que buscaba la verdad, y después de haber dado con la pista de las contradicciones bíblicas me resultaba imposible dejar pasar un sinsentido o aceptar algo sin ponerlo en duda.

Yo pedía perdón y prometía pedirle disculpas a la señora Kostler o a cualquier otro miembro de la Misión al que hubiese podido ofender. Pero nunca bastaba con esto. Mi madre exigía una orgía confesional. Quería que renunciase a mis pecados o que me retractase de mis ideas y me pusiese de rodillas y pidiese perdón al Señor. Yo no podía hacer eso y su desilusión conmigo se agudizaba debido a ello.

Así que me castigaba a quedarme en mi habitación sin cenar.

Para esas ocasiones yo tenía un trozo de *biltong* debajo del colchón. Marie solía traernos estos trozos duros de cecina de venado de su granja, y los únicos que podíamos comerla éramos Dee y Dum y yo, que éramos los únicos que no teníamos dentadura postiza. Yo me sentaba en la cama a leer e iba cortando con mi navaja Joseph Rogers deliciosas lonchas de carne de venado secada al sol. La navaja en realidad, no era mía, era de Doc, pero se la guardaba hasta que él saliese de la cárcel.

Marie se había rendido al ejército del Señor, y en cierta manera compensaba, mi obstinación. Para los fieles de la Misión de la Fe Apostólica el conseguir cristianos renacidos era como para los pieles rojas cazar cabelleras. De vez en cuando había un gran acontecimiento, un fornicador o un borracho notorio o incluso un fumador de cigarrillos de tres paquetes al día que se arrodillaba tembloroso ante el Señor. Luego, el pecador arrepentido daba testimonio ante la congregación. Os aseguro que algunos de estos antiguos pecadores que se lavaban en la sangre del cordero se dejaban arrastrar de verdad cuando la congregación empezaba a reaccionar. Empezaban las aleluyas y los alabado sea el Señor y surgían arrebatos espontáneos de cánticos y aplausos y gritos de alegría, y el converso tenía una sesión de llanto y gimoteo y se lo pasaba magníficamente explicando sus malas acciones. Siempre que el testimonio resultaba jugoso de verdad se hacía el silencio en la congregación, y todos sorbían hasta la última gota de pecado por delegación. He de confesar que resultaba muy impresionante ver salvarse a un borracho arrepentido. Un día se cambiaba de acera para no tropezarse con él, y al siguiente, después de haber vuelto a nacer, se le llamaba hermano, se le estrechaba la mano cordialmente y todo el mundo le quería. Supongo que eso dice mucho en favor del Señor.

Claro que había veces que lo de nacer de nuevo no duraba y aquella persona tan amada se decía que había reincidido. La reincidencia era lo peor que podía ocurrir en la Misión de la Fe Apostólica. Significaba que todo aquel amor tan espontáneo había sido un puro desperdicio y que había ganado el demonio. De cualquier modo, esto se consideraba un tropiezo temporal. Para los fieles de la Misión las cosas de la carne no eran comparables a la promesa de la vida eterna, por tentadoras que pudiesen ser.

Cuando volvías a nacer y luego te convertías en reincidente ponías en entredicho esta premisa y amenazabas todo el glorioso supuesto de paga ahora y disfruta después. Los cristianos renacidos trabajaban todos muy duro por sus mansiones segregadas del cielo.

Yo creo que identificaba instintivamente a triunfadores y fracasados y me parecía que los miembros de la Misión pertenecían más al bando de los fracasados en vida. Se trataba de una situación que a ellos parecía gustarles. «Bienaventurados los pobres porque ellos verán el reino de Dios». Un borracho convertido o un pecador que admitía haber cometido adulterio era un fracasado tan evidente que pertenecía a la Misión de modo natural. Por tanto las reincidencias no se aceptaban fácilmente, y se trabajaba muchísimo para hacer volver al Señor al hijo descarriado. Era mucho lo que estaba en juego. A cambio de llevar a un alma realmente perdida al Señor ganabas una cuantía notable de espacio inmobiliario en el Cielo, según el pastor Mulvery. Una misión de dos pisos por lo menos, bien separada de la calle, con árboles y césped, hasta la que una brisa leve llevaba un glissando de arpas. Que era una situación muy preferible al crepitar del infierno y los terribles gemidos de los condenados para siempre.

A los borrachos lo suficientemente inteligentes para convertirse en renacidos y luego reincidir, la Misión les servía como una especie de clínica de secado donde podían encontrar de vez en cuando amor y apoyo, ropa limpia y la posibilidad de volver a empezar. Testimonios de reincidencia realmente jugosos llenaban la iglesia y hacían que todo el mundo lo pasase magníficamente con el Señor y que el pastor Mulvery recaudase mucho más en la colecta. Los fieles dedicaban mucho más trabajo y mucho más entusiasmo a convertir a un pecador redomado que a alguien como Marie, que acudía a ellos dócil como un cordero sin ninguna tacha espiritual, que apenas se merecía un aleluya espontáneo y que no justificaba, naturalmente, un buen llanto público para mayor gloria del Señor.

El momento espiritual de gloria de Marie llegó más tarde, cuando dio testimonio ante la congregación y contó cómo había conseguido guiar hasta el Señor a un viejo bóer de ochenta y nueve años que estaba ya en su lecho de muerte. Explicó que el anciano tenía miedo a morir, y que después de guiarle hasta Cristo había cerrado los ojos y se había ido a encontrarse con su creador con un leve suspiro.

A mí me pareció que aquello era una solución casi perfecta. El viejo se había pasado toda la vida como un pecador, y luego, en el último momento, una chica con la cara llena de granos y con el corazón lleno de amor y compasión lo arrebatava de las fauces del infierno. Me pregunté por un momento si esto le daría derecho a una mansión celestial completa o quizá sólo al cobertizo que habría al fondo del jardín de Marie. En cualquier caso, Marie consiguió provocar una reacción tremenda entre los fieles. Lo de salvar almas perdidas al borde ya del horno fiero figuraba en un lugar muy destacado en la lista de conversiones importantes, y transformó inmediatamente su estatus previo de chica dulce en el de un soldado del ejército del Señor hábil y



capaz.

Dum y Dee se mantenían al margen, lo mismo que yo, aunque para ellas todo aquello era un poco confuso y nunca se llegó a conocer realmente su verdadero estatus. Mi madre les había semiordenado que renacieran y naturalmente ellas se habían sometido. Les había dado una Biblia en shangaan, pero había quedado a mi cargo enseñarlas a leerla, y nos habíamos concentrado más en el Antiguo Testamento, cuyas historias de guerreros, sequías y hambres eran mucho más de su gusto. Su historia favorita era la de Rut en el trigal buscando trigo con que alimentar a su familia después de pasar por allí los cosechadores. Para ellas el que llegase un hombre blanco y perdonase los pecados de todos y luego le clavasen en un poste por haberse tomado la molestia, resultaba una historia demasiado increíble. Dum decía que los blancos nunca perdonan los pecados, que te castigan siempre por ellos, sobre todo si eres negro. Aceptar los pecados del negro y hacerse responsable de ellos e incluso dejarse crucificar por ellos era algo que lo único que demostraba era que aquel individuo tenía que estar loco. Dee me dijo además que si él había muerto ya por los pecados de los negros, ¿por qué los blancos andaban siempre castigando a los negros? Yo me sentí muy dispuesto a aceptar que tenía una cierta razón; además lo de los milagros les parecía muy sospechoso, lo mismo que a mí. Así que nos quedamos tranquilamente con el Antiguo Testamento, en el que había hechiceros como Elias y grandes caudillos como Moisés y generales feroces e independientes como Josué. Un libro como aquél tenía sentido, y exponía todos los problemas y terrores de los que hablaban sus propias leyendas.

Mi madre incluyó a Dee y a Dum, junto con Marie, en su lista personal de «renacer». Había otros, pues los miércoles por la tarde dejaba de coser y se iba al hospital con una Biblia y una bolsa llena de folletos. Estos folletos tenían títulos como *Pecador salvado de un infierno seguro*, *El hombre que le habló a Dios del pecado* y *Salvación: promesa preciada de Dios*. El que hacía verdaderos estragos en el hospital según ella era uno que se titulaba: *El infierno es un guiño mortal*. Mi madre había ocupado el puesto del pastor Mulvery después de que me dieran de alta a mí, y de vez en cuando encontraba pecadores dignos agazapados entre las sábanas almidonadas. Solían estar tensos por la angustia de los puntos recientes de la histerectomía o de una operación de vesícula y maduros para el proceso de ablandamiento. Mi madre empezaba preguntándoles por la operación. Era una especialista en operaciones, puede que fuese incluso la campeona del mundo en eso. Parecía haber pasado por todas las operaciones importantes por las que puede pasar una mujer, y unas cuantas más de propina sólo para completar su experiencia. Ante la menor queja médica podía detallar todas las fases de una operación, desde los primeros indicios de dolor hasta la depresión postoperatoria. Este don mío de recordar todos los detalles de una pelea debe venir sin duda de ella, pues era capaz de hacer lo mismo con las operaciones, incluso de las partes que estaban bajo los efectos de la anestesia.

Tras determinar cuánto tiempo era probable que el pecador estuviese en el hospital y en consecuencia cautivo como oyente, se iniciaba la paliza auditiva espiritual. Luego el trabajo de mantenimiento corría a cargo de Marie, que procuraba que el pecador estuviese orientado hacia Cristo hasta la visita del miércoles siguiente. Las dos compartían las almas que salvaban, y solían dar testimonio juntas en la reunión de la mañana del domingo momento en que disfrutaban muchísimo arrulladas por la calidez del amor espiritual que recibían de la congregación. Eran como dos guardias de asalto del Señor. El pastor Mulvery solía referirse a ellas como «las hermanas de la redención», y añadía que el Señor les había otorgado un don especial.

Marie seguía aún muy preocupada por sus granos. Un día mi madre dijo que ya era suficiente, que si el Señor se preocupaba por cada gorrión que fallecía, tenía que cuidarse igualmente de los granos de Marie. Las dos se arrodillaron y exhortaron al Señor para que expulsase al demonio de los granos. Y lo hizo, para mi absoluta sorpresa. Al cabo de un año la cara de Marie estaba tan lisa como el trasero de un bebé, sin rastro de granos, y debajo de ellos resultó ser muy bonita. Fue aquélla una gran sesión de testimonio, Marie lloró, descomponiendo aquella belleza recién descubierta, y mi madre explicó detalladamente la espectacular historia de la maravillosa curación de los granos que había realizado el Señor. El pastor Mulvery hizo luego un pequeño resumen diciendo que el Señor no sólo recompensa en el Cielo, donde se realiza la gran retribución, sino también en la Tierra, y que la desaparición de los granos de Marie lo demostraba. El Señor había recompensado personalmente la fe de mi madre y la gran obra que había realizado con Marie.

Yo le había explicado a Doc la campaña concertada de rezos para eliminar los granos de Marie, y él me había dicho que le aconsejase comer mucha ensalada, no probar la grasa y consumir sólo carne magra, dos veces por semana. Marie probó la dieta, descubrió que le gustaba más que la comida indigesta del hospital, y se atuvo a ella bastante asiduamente. Cuando le expliqué a Doc lo de la curación por la oración, él me dijo que algunas cosas eran demasiado misteriosas para que resultase posible explicarlas con palabras. Yo pensé en ello un poco más y acabé estableciendo la relación entre la dieta y la curación, y me pregunté por qué no habría mencionado Doc la posibilidad de que la causa de la curación fuese el cambio de dieta.

—Peekay, —me dijo él—, en este mundo hay muy pocas cosas que estén compuestas sólo de lógica. Es ilógico que un hombre sea demasiado lógico. Hay cosas que debemos dejarlas cómo están. El misterio es más importante que ninguna posible explicación.

Luego hizo una breve pausa, tamborileó con los dedos en el borde del teclado y añadió:

—El que busca la verdad debe hacerlo con humanidad. La lógica implacable es indicio de una mente estrecha. La verdad sólo puede aumentar la cuantía de lo que conoces, mientras que un misterio inofensivo que se deja inexplorado suele reforzar el sentido de la vida. Cuando una verdad no es muy importante, es mejor dejarla

como misterio.

Fue una respuesta que me dejó confuso varios años, pues Doc rendía culto a la verdad y siempre la había exigido entre nosotros a cualquier precio.

Geel Piet no tenía esperanzas de que yo llegase hasta la final en Nelspruit. Lo más que se había atrevido a soñar había sido un puesto en las semifinales. El lunes por la mañana, en la sesión de entrenamiento, no cabía en sí de gozo.

—La gente está muy contenta. De veras, desde que nos enteramos de la noticia no se ha hablado de otra cosa. Los zulúes dicen que tú debes ser un jefe zulú disfrazado de hombre blanco, pues sólo un zulú puede combatir con tanto valor, —se echó a reír y luego continuó—: Cuando nos enteramos de la noticia, todos los que tenían un *stompie* se lo fumaron y los guardias no pudieron conseguir que la gente dejase de cantar en toda la noche.

De hecho, uno de los guardias nos explicó a Doc y a mí el lunes por la mañana, en el desayuno, que había habido un ambiente muy raro en la prisión la noche del sábado, y que habían avisado a todos los hombres que no estaban de servicio para que se estuvieran alerta. Dijo que hacia las siete, antes de que ninguno de los guardias supiese los resultados, uno de los viejos presidiarios le dijo que yo había ganado. No se lo habían dicho oficialmente hasta después de media noche, cuando el guardia que estaba de servicio en la entrada comunicó la noticia, pocos minutos después de que el teniente Smit llegase a la prisión.

—Wragdig, hombre. Los cafres son raros en eso. A veces saben cosas sin el teléfono ni nada. Eso ya lo he visto antes, en Pollsmoor, cuando van a ahorcar a un preso político. La decisión ni siquiera se toma en la cárcel, pero ellos lo saben antes de que le lleguen las instrucciones al Kommandant. Un viejo presidiario me explicó una vez que envían su energía conjunta para saberlo. No sé cómo funciona eso, pero lo cierto es que ellos lo saben perfectamente.

Doc encontró una excusa en mi lección de piano del lunes para que Geel Piet pudiese venir al salón, y allí le repetí las tres peleas golpe por golpe. Casi se muere de risa cuando le conté lo de que se me habían caído los pantalones. Añadí que le diría a mi madre que me los cortase y que me apretase el elástico de la cintura. Fue Geel Piet quien se dio cuenta de por qué había tenido aquel ataque de asma Kroon el Asesino.

—No está acostumbrado a boxear tres asaltos. Probablemente no tuviese que hacerlo nunca hasta entonces, porque consiguió terminar por K. O. con sus dos contrincantes anteriores. Luego llegaste tú y tuvo que perseguirte por todo el *ring* y le pegaste constantemente debajo del corazón. ¿Qué pasó? Pues que cada vez le resultaba más difícil respirar, y esa tensión provocó el ataque de asma. Yo tenía una tía en Ciudad de El Cabo que no podía subir ni siquiera unos escalones sin que le diese un ataque de asma. De verdad, hombre. Encontraste su punto débil y ahí le atacaste, —sonrió—. Tuviste mucha suerte de que él no dominase el gancho de izquierda. Cuando entraste por debajo del cruzado de derecha podía haberte hecho mucho daño con un buen gancho de izquierda.

Aquella mañana el teniente Smit nos había hecho un breve discurso a todos.

—Estoy orgulloso de todos vosotros, ¿me oís? Ni un sólo boxeador nos ha dejado mal, ni siquiera los que perdisteis. Boxeasteis bien, —se volvió a Klipkop—. Espera que Potgieter se haga profesional, amigo, tendrás muchos problemas, te lo aseguro.

—Ya lo veremos masculló Klipkop.

—Gert, tú lo hiciste bien. Le pegaste unas diez veces por cada una que él te pegó a ti. Pero ciento treinta cinco kilos no son ochenta y tantos. Ese pedazo de gorila debería estar en la selva, —nos reímos todos; luego dijo—: Dejo al más pequeño para el último. La final de los menores de doce fue el mejor combate de boxeo que he visto en mi vida.

Fonnie Kruger me dio un codazo, y yo no sabía qué hacer para no ponerme colorado.

—Hablo en serio, amigos, si queréis una lección de boxeo observad a Peekay, —hizo una pausa y miró directamente a Geel Piet que estaba quieto detrás de nosotros, a unos veinte pasos—. Geel Piet, no eres más que un cafre amarillo, pero tengo que admitir que eres un buen preparador.

Nos giramos todos y vimos a Geel Piet con la cara tapada con ambas manos y saltando de un pie a otro como si estuviese pisando brasas encendidas.

—Pero no te pongas descarado por eso, ¿me has oído?, —dijo el teniente. Pero el tono de voz era alegre.

Geel Piet apartó las manos de la cara como borrando la expresión que ocultaban.

—No, baas, gracias, baas. Este cafre amarillo está muy contento, baas.

Luego el fotógrafo de la prisión entró en el gimnasio y el teniente Smit nos dijo que íbamos a hacernos una foto pero que no tendríamos que poner las huellas dactilares. Todos nos echamos a reír y el fotógrafo nos alineó y nos colocó hasta que le pareció que ya estábamos bien. Hubo una explosión de luz cuando tomó la foto, y luego dijo que quería hacer otra por si acaso. El teniente Smit miró a su alrededor en el momento en que entraba Doc en el salón.

—Venga profesor, póngase aquí, —le dijo, y luego, ante la sorpresa general, le hizo señas a Geel Piet; después dijo bruscamente—: Tú también, cafre.

Klipkop se apartó del grupo que había formado el fotógrafo.

—¡Ni hablar amigo, yo no quiero sacarme una foto con un jodido cafre!

El teniente Smit se llevó la mano a la boca y silbó un par de notas suaves por el centro del puño cerrado.

—Muy bien, sargento Oudendaal, —dijo tranquilamente—. ¿Alguien más quiere retirarse?

Geel Piet se apartó de donde estaba, al borde del grupo.

—Soy demasiado feo para una foto, baas, —dijo sonriendo.

—Vuelve aquí, cafre, —ordenó el teniente Smit.

Geel Piet volvió al borde del grupo y entonces los demás boxeadores adultos se apartaron de él a excepción de Gert. Luego se retiró Bokkie de Beer, y le siguieron

los otros chicos. Me di cuenta de que estaban verdaderamente asustados. Cuando el teniente Smit volvió a colocarse para la foto sólo quedábamos Doc, Gert, Geel Piet y yo.

—¡Vale, ya está, adelante!, —ordenó.

El fotógrafo captó el momento preciso en que yo entendí con absoluta claridad que el racismo es una fuerza primaria del mal destinada a destruir a hombres buenos.

Nos dieron a todos una foto grande de los Barberton Blues de veinticinco por veinte y luego el fotógrafo nos dio a Doc, a Gert y a mí una copia de la segunda foto. El teniente no quiso la suya, y yo le pedí al fotógrafo que me la diese y se la di a Geel Piet. Él la guardó en el taburete del piano, y la miraba todos los días cuando recogía el correo de los presos.

Unas semanas después de eso al teniente Smit le ascendieron a capitán, y algunas personas empezaron incluso a hablar de él como el próximo Kommandant. Una mañana, después de la sesión de entrenamiento, me llamó aparte y me preguntó si estaba dispuesto a entregarle la segunda foto y a conseguir que Doc le entregase también la suya. Yo no tenía más opción que obedecer, y Gert hizo lo mismo. El teniente Smit las rompió, pero se olvidó de la otra copia. Le pidió el negativo al fotógrafo de la prisión y lo destruyó también. Hay que tener mucho cuidado si se quiere subir en este mundo, y la segunda foto había sido algo aberrante y que no se correspondía con su comportamiento habitual. No quería arriesgarse a tener que lamentarlo luego.

Por otra parte, mi educación estaba en manos bastante seguras, pues contaba con Doc y con la señora Boxall. La señora Boxall consultaba con Doc mediante notas, y entre los dos decidían sobre mis lecturas serias. Ella era la especialista en literatura inglesa, y él en ciencias, música y latín. La biblioteca de Barberton, además de contar con la colección de botánica de Doc, había recibido dos colecciones privadas sorprendentemente buenas, y la señora Boxall decía que estaba llena de golosinas intelectuales para una inteligencia en pleno desarrollo. Tanto Doc como la señora Boxall eran maestros vocacionales y entusiastas, y nunca perdían la paciencia cuando mi joven inteligencia no era capaz de seguirlos. Doc ideaba pruebas y exámenes y la señora Boxall me los planteaba y los hacía en la biblioteca. Tenía que pasar una prueba el martes y otra el viernes, todas las semanas y acabé disfrutando mucho del tiempo que pasaba con la señora Boxall, que con frecuencia discrepaba violentamente de algunas conclusiones a que llegaba Doc. Yo era el encargado de transportar las notas de la discusión, y algunas de aquellas polémicas intelectuales se prolongaban varias semanas. Nunca me excluían y aprendí a hacerme cargo de la importancia de un debate y de poseer un punto de vista que poder defender.

Llevábamos ya un tiempo jugando los tres al ajedrez. Doc y la señora Boxall tenían un tablero cada uno, y Gert había hecho uno más, torneando las fichas en el taller de la prisión y rematando el tablero a mano. No era tan bueno como el de marfil que tenía Doc, que decía, sin embargo, que estaba muy bien hecho y que era original.

Colocábamos los dos tableros, uno con mi partida y el otro con la de la señora Boxall. Todas las mañanas yo le daba a Doc la jugada de la señora Boxall y él la ejecutaba en el tablero y respondía con la suya, que yo le llevaba a ella. Al final de la lección, dejábamos diez minutos para jugar. Al principio bastaba eso para que Doc me ganase, pero con el paso de los meses y los años, una sola partida muchas veces duraba una semana.

No conseguí derrotar a Doc en los cuatro años que esto duró y la señora Boxall sólo lo consiguió una vez. Se pasó tres semanas estudiando las jugadas con las que el ruso Lenchinakov había conseguido derrotar al estadounidense Arnold Green en 1931. Y aun así, fue cosa de suerte que pudiese ganar. Doc se dio cuenta en la octava jugada de que la señora Boxall no estaba jugando del modo habitual.

—Pregúntale a *madame* Boxall quién está jugando por ella esta partida, —me dijo. Pero ya era demasiado tarde, había caído en una trampa muy audaz al principio del juego porque no había sospechado siquiera que ella fuese capaz de una jugada así.

Cuando le llevé a la señora Boxall la noticia de que Doc le daba la partida se levantó de un salto de la mesa y se frotó las manos contentísima, con una gran sonrisa.

—Dios santo, —exclamó—, qué agradable es derrotar a ese viejo teutón presuntuoso. ¡Dile que no ha sido ninguna trampa, que en el amor y en la guerra vale todo! En mí emergían dos yo, un niño que pronto cumpliría ya los once años y se subía a los árboles, usaba tirachinas, andaba en un patinete y dirigía un animoso equipo de klei-lat y de otros juegos contra los chicos afrikaner, y un muchacho un tanto precoz que solía hundir en la desesperación a los profesores, que no sabían cómo abordar mis respuestas ni asimilar el hecho de que yo estuviese ya bastante por delante de todo lo que debían enseñar. Se limitaban a otorgarme el primer puesto de la clase todos los cursos y luego se centraban en la tarea de enseñar a los otros muchachos.

Cuando tenía diez años llegó a la escuela una nueva maestra, la señorita Bornstein. Daba clases a los mayores, los preparaba para el salto emocional al instituto de segunda enseñanza y, aunque yo estaba aún dos cursos por debajo de ellos, me citó en su aula después de las clases un viernes por la tarde.

—Hola, Peekay, adelante, —dijo cuando llamé a la puerta. Estaba sentada a su mesa leyendo un libro.

—Buenas tardes, señorita, —dije entrando, un poco amedrentado. Ella alzó la vista y sonrió, y a mí empezó a darme vueltas la cabeza como si Mocosito me hubiese atizado un directo de derecha entre los ojos. La señorita Bornstein era la persona más guapa que había visto en mi vida. Tenía el pelo largo y negro, y los ojos verdes más grandes que hayan podido verse en este mundo, y una boca enorme que brillaba de carmín rojo. Tenía la piel ligeramente bronceada y perfecta. Se supone que a los diez años uno no puede sentir todavía una atracción sexual, pero todos los nervios de mi cuerpo clamaban por estar más unidos a aquella mujer tan bella. Era deslumbrante, y

cuando sonreía se le veían unos dientes perfectos de un blanco immaculado. No era tan alta y tan esbelta como la señora del cigarrillo *C to C*, que había visto pintada en la esfera del reloj de la estación de ferrocarril de Tzaneen, pero por lo demás podría haber sido su versión viviente.

—Me han dicho que eres muy listo, Peekay.

—No señorita, —dije sin falsa modestia. Pese al hecho de que se me aceptaba como el niño más inteligente de la escuela, tanto Doc como la señora Boxall habían procurado quitarme de la cabeza semejante idea. «Lo de que una persona es lista es una falsa presunción, había explicado Doc. Es como ser un patinador nato, te concentras tanto en hacer trucos para impresionar que no ves dónde está el hielo blando y antes de que puedas darte cuenta, ¡paf! Estás hundido en agua helada y congelado como un arenque muerto. La inteligencia es un don más difícil, por eso tienes que trabajar, tienes que ejercitarla, ponerla en entredicho, y quizás hacia el final de tu vida logres dominarla. La listeza es la sombra, mientras que la inteligencia es la esencia».

La señorita Bornstein me puso un vocabulario de latín y luego me preguntó verbos latinos. Eran cosas bastante fáciles, pero como en Sudáfrica sólo se enseñaba latín en el instituto, pareció quedarse muy impresionada. Luego me mandó sentarme y me pasó el libro que ella estaba leyendo.

—Haz tantos como puedas de éstos en diez minutos, —me dijo.

El libro tenía treinta páginas y estaba lleno de dibujitos y frases a las que les faltaban palabras y de preguntas con truco en las que tenías que elegir la respuesta entre varias posibilidades que te indicaban. Para mí era algo archisabido. Aquél era el territorio personal de Doc, que tenía muchos libros sobre lógica y sobre pensamientos fuera de escuadra, como decía él. El libro de la señorita Bornstein era para principiantes, así que terminé todo aquello en menos de cinco minutos.

Tuve que esperar a que ella revisara las respuestas. Después de la primera página alzó la vista y mordisqueó el extremo del lápiz y luego lo golpeó contra sus bellos dientes blancos. Las uñas rojas, largas y brillantes lo sujetaban tan levemente que rebotaba haciendo este sonido: Tat-tat-tat-tat. Luego me señaló con él y dijo:

—Pues a mí no me parece que seas nada tonto, Peekay.

Pasó a la última página y la revisó, supongo que porque el libro debía ir de lo fácil a lo difícil. Volvió a levantar la vista.

—No, no me parece que tengas un pelo de tonto.

Después de eso me hizo leer de un libro en voz alta y hacer una prueba escrita y luego abrió su cartera, sacó un tablero de ajedrez y colocó las fichas.

—Sales tú, —dijo. Yo utilicé una de las aperturas favoritas de Doc y ella silbó entre dientes mientras la estudiaba. Al cabo de una hora le concedí la partida. Doc decía que era lo que había que hacer cuando te encaminabas a una situación de tablas. Eso hacía que el contrincante estuviese menos sobre aviso y en consecuencia te daba una ventaja para la partida siguiente. «Pero sólo tienes que hacer esto en una partida

amistosa me advirtió. El ajedrez es guerra y en la guerra nada se puede predecir salvo la muerte».

La señorita Bornstein alzó la vista hacia mí, cruzó su rostro un expresión de enfado.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca más!, —dijo—. ¡Cuándo juego al ajedrez soy tu contrincante y no debes tratarme con condescendencia como a una mujer boba!

Yo me puse coloradísimo.

—Lo siento, señorita, —dije, acongojado y preguntándome qué significaría aquella palabra.

—Señorita Bornstein, por favor, Peekay. «Señorita» es lo que diría cualquier otro chico que no supiese nada más. Samantha Bornstein. Puedes llamarme Sam en privado, si quieres. Creo que tú y yo vamos a vernos con mucha frecuencia.

La idea de llamar a aquella hermosa criatura por su nombre de pila me resultaba inconcebible. Y considerando además que se trataba de un nombre de muchacho, un nombre corriente de muchacho como Sam, me parecía ya del todo imposible.

La señorita Bornstein me dio las gracias por haber ido a verla y dijo que el lunes debía presentarme en su clase.

—No veo muy bien qué vamos a poder hacer contigo, pero al menos serás un contrincante digno al ajedrez, —dijo, con un tono de voz que me hizo sentir una opresión en el pecho.

El lunes por la mañana le expliqué a Doc toda la entrevista y al final me hizo dos preguntas.

—Dime, Peekay, ¿estás muy enamorado?

Yo le dije que no sabía mucho del amor, pero que era como si te hubiesen atizado un golpe bueno de veras en la cara.

—Es posible que estés muy enamorado, Peekay. De las mujeres no sé tanto, pero esto sí lo sé: creo que no es muy aconsejable contárselo a *madame* Boxall. Pensaré en el asunto. Quizá Geel Piet pueda ayudar también, ¿no crees?

Dejamos así las cosas de momento.

—La otra pregunta es ésta: dime, por favor, ¿*Madame* Bornstein juega al ajedrez mejor que *madame* Boxall?

Le expliqué a Doc que la señorita Bornstein era una buena jugadora de ajedrez y que si yo no hubiese utilizado una de las aperturas más astutas que él me había enseñado, es muy probable que me hubiese ganado.

—Es mucho más lista que la señora Boxall concluí.

—¡Vaya! ¿Lista? Eso está bien, —remugó y abrió el libro por la lección de música.

Cuando acabamos la práctica me entregó una nota garrapateada precipitadamente, y me dijo:

—Por favor, entrégale esta nota a tu *madame* Bornstein con un saludo de mi parte y tráeme mañana la respuesta, si no te importa.



Yo era lo bastante discreto como para no atreverme a abrir la nota.

—Por favor, Doc, no le digas que estoy enamorado de ella, —supliqué.

Doc me miró de reojo.

—Yo nunca haría eso, Peekay. Definitivamente. Estar enamorado es una cosa muy íntima.

Con el ascenso a capitán del teniente Smit, el sargento Borman pasó a ser el nuevo teniente. No fue un ascenso popular, aunque tampoco fue inesperado. Borman llevaba dándole coba al Kommandant desde que había llegado a la prisión. Había procurado que se supiese que el asma de su esposa había interrumpido una carrera prometedora en la central de Pretoria, donde para sobrevivir como guardia tenías que ser más duro y más listo que los violadores empedernidos, los casos de lesiones corporales graves, asesinos, ladrones y estafadores. En semejantes condiciones, insinuaba él, un sargento era prácticamente equivalente a un teniente de una prisión pequeña como la de Barberton. Procuraba demostrar que era más duro e implacable que ninguno de los otros guardias en todas las oportunidades que se le presentaban.

Bastaba una mirada al pasar para que entrara en acción.

—¿A quién miras tú, cafre? Te pones insolente, ¿eh?

—No baas, no inkosi, yo no insolente, yo no miraba.

—No me digas que no eres un insolente. ¡Sé lo que estás pensando, cafre! Todo muy bonito por fuera y por dentro eres un demonio negro, ¿me oyes?

—No, inkosi. Dentro mismo que fuera.

—Sí, claro. A mí no me engañas, cafre. Ven aquí. ¡Ven!, —el preso se acercaba rápidamente a Borman y se quedaba ante él en posición deficiente de firmes, la cabeza baja—. Mírame a los ojos, cafre.

—No baas, yo no mirarte.

—Mírame, negro cabrón. Cuando yo te digo que mires, mira ¿entendido?

El preso alzaba unos ojos llenos de terror y los enfrentaba a los del sargento.

—Ja, es cierto, amigo, dentro hay mierda, —decía.

Y le pegaba al africano un buen puñetazo en la tripa, haciéndole doblarse.

—¡No te encojas, negro cabrón, tenemos que echar fuera esa mierda! ¡Hay que echarla fuera!, —y le pegaba sin parar en el mismo sitio—. ¡Vomita la mierda y limpiate por dentro!

La mayoría de los africanos de las tierras bajas tienen el estómago débil por padecer bilharziosis. Un caracol pequeño que hay en las aguas de los ríos penetra en el organismo por el canal del pene y acaba atacando el hígado y los riñones. Tres o cuatro puñetazos fuertes en la tripa provocan generalmente vómitos y un dolor intenso. Borman miraba el vómito que había en el suelo y en las manos del preso, con las que éste intentaba impedir físicamente que se derramara el contenido de su estómago.

—¡Ag sis! ¡Has visto lo que has hecho! ¿Por qué has manchado el suelo que estaba limpio?, —la verga de burro caía con fuerza sobre el cuello del preso—. Pues

porque no eres más que un pedazo de animal, por eso.

Y seguía pegándole hasta que el preso se desplomaba.

Armar un escándalo injustificado era una infracción grave en la cárcel y daba derecho al guardia a utilizar la verga de burro con respaldo reglamentario. Borman se enorgullecía mucho de ser capaz de legitimar un interrogatorio a los tres o cuatro minutos de empezar a importunar a un preso. El equivalente inglés al nombre que le daban los presos era: «Cabeza de Mierda». Cuando él se acercaba oías siempre cantar: «Apartaos, apartaos, aquí llega Cabeza de Mierda. Aquí llega aquél cuya madre tiró al hijo, guardó la placenta y le llamó Cabeza de Mierda».

El teniente Borman era demasiado viejo para pertenecer al equipo de boxeo, pero solía hablar muy pomposamente de lo buen boxeador que había sido. Gert decía que un hombre que se dedica a hablar tanto de lo valiente que es, lo más probable es que sea un cobarde. Pero aunque no les gustaba, los guardias lo respetaban como profesional. Hablaba fanagalo bastante, bien y como la mayoría de los presos aprendían a hablar esta lengua franca africana, utilizaba la táctica africana de conturbar el alma con imágenes verbales. No era insólito que un preso quedase reducido por obra suya a un estado de terror abyecto sin necesidad de aplicarle tortura física. El Kommandant se dio cuenta muy pronto que si había algún problema en la prisión lo mejor que podía hacer era decirle al sargento Borman que lo resolviera. Fue precisamente por esta facilidad que tenía para aterrorizar a los presos, tanto física como mentalmente, por lo que al ascender el teniente Smit el Kommandant lo eligió para ocupar su puesto.

Al teniente Borman le fastidiaba mucho la libertad que había conseguido Geel Piet en el gimnasio con el capitán Smit. «Si dejas que un presidiario te coja el dedo meñique, antes de que te des cuenta te habrá comido la mano entera y todo el brazo hasta el hombro», decía. Geel Piet procuraba apartarse de su camino. Cuando entraba en el gimnasio Borman, él, salvo que estuviese en el *ring* entrenando a uno de los chicos, se escabullía silenciosamente. La mirada del teniente Borman le seguía. «Me cogerá. Un día me cogerá, seguro. Lo único que puedo decir es que espero salir vivo al otro lado», me confesaba el maltrecho y pequeño mulato.

El capitán Smit se daba cuenta de que Geel Piet abandonaba el gimnasio cuando entraba Borman, pero no decía nada. A Borman Doc y yo tampoco le impresionábamos demasiado. La alianza heterodoxa entre Doc, Geel Piet y yo la consideraba una importante anomalía del sistema. Como era un profesional, pronto se dio cuenta de que aquella infracción de la disciplina normal de la cárcel podía desembocar en otras cosas. Mientras fue sargento, su influencia no pesó mucho en el Kommandant. Pero como teniente su poder aumentó bastante.

Si no hubiese sido porque el Kommandant quería tener a Doc favorablemente dispuesto para la visita bianual del inspector de prisiones, es casi seguro que el teniente Borman habría logrado salirse con la suya y que se hubiese reducido notablemente nuestra libertad dentro de la prisión.

El Kommandant era un hombre que veía las cosas en términos simples. Doc con su Steinway era el elemento cultural de la visita del inspector. Un braai y un tickie-draai, la diversión; un combate de boxeo y una competición de tiro, lo físico; todo ello hacía parecer al Kommandant un hombre de cultura y al mismo tiempo un amante de la disciplina y de la diversión. No estaba dispuesto a permitir que el teniente Borman desbaratase su meticuloso plan. Sin embargo, nosotros veíamos con toda claridad que Borman era paciente e implacable, y que estaba decidido a encontrar algo que pudiese conducir a nuestra destrucción.

La guerra en Europa se aproximaba rápidamente a su fin. Los aliados ya habían cruzado el Rin y avanzaban hacia Berlín. Doc estaba loco de entusiasmo. Después de cuatro años de prisión tenía una necesidad profunda de las suaves y verdes colinas, de las montañas batidas por el viento, de los fragosos kloofs. Hablamos de ir caminando hasta un puerto de montaña que había en la frontera de Swazilandia y se le llenaron los ojos de lágrimas. Era como si se atreviese a pensar por primera vez en la libertad, ahora que casi habían terminado ya los años de prisión. Miraba por encima de los muros hacia las colinas verdes que había tras ellos y le temblaba la voz: «Los años de odio ya casi han terminado. Pronto será de nuevo tiempo de amor, tiempo de subir con el sol a la espalda hasta llegar arriba y tocar casi el cielo».

Durante el tiempo que había estado en la prisión Doc había escrito su segundo libro sobre los cactus de África del Sur. Lo había escrito en inglés y había ido corrigiéndoselo página a página la señora Boxall, y al final había acabado confesando que los cactus eran bastante más interesantes y gratos de lo que ella se había imaginado. Doc hablaba ahora de hacer placas fotográficas, y la señora Boxall fue a ver a Jimmy Winter a la botica y consiguió que le reservara un carrete al mes de la valiosa película racionada, hasta reunir las tres docenas que esperarían a Doc cuando le liberasen. Jimmy Winter era también pintor y le encantaba pintar vistas de las colinas cuando no estaba al cargo de la botica. Antes de la detención de Doc, se encontraba a veces con él cuando estaba en algún lugar solitario de la cumbre de un monte, pintando.

Después de que los aliados cruzaran el Rin dimos pocas lecciones de música. Dedicábamos la mayor parte del tiempo a hacer planes para cuando él recuperase la libertad. Me hacía describirle el jardín de cactus y el ritmo de crecimiento de cada planta y hablaba muy contento del espacio que necesitaría para plantar las cosas que estarían esperándonos en las montañas. Y de las fotos que necesitábamos para su libro.

A la señorita Bornstein le pasaba lo mismo que a mí, que nunca podía ganar a Doc al ajedrez. Así que le presentó a su padre, el señor Isaac Bornstein, al que llamaban el Viejo Señor Bornstein. El Viejo Señor Bornstein resultó ser un rival digno de Doc y los dos se enzarzaron en un terrible enfrentamiento. Doc cacareaba y movía la cabeza cuando leía la última jugada del Viejo Señor Bornstein. «Muy alemán, pero muy listo, sí, esta jugada es buena». Se acercaba al tablero que estaba

colocado encima del piano vertical, ejecutaba la jugada del viejo señor Bornstein y luego hacía la suya. «... ¡Pero no tan listo como yo, ilustre señor Isaac!».

La señora Boxall había aceptado de mil amores a la señorita Bornstein (lo que había sorprendido muchísimo a Doc) y estaban trabajando las dos afanosamente para el Fondo Sandwich, que estaba enviando giros semanales a las familias de los presos además de paquetes de comida. Hablaban de cuando terminase la guerra y tuviesen que abandonar aquellas actividades ilegales; hasta que llegaron a la conclusión de que el final de la guerra no significaba el final de la necesidad humana y decidieron que ya encontrarían alguna excusa para continuar.

Doc, Geel Piet y yo habíamos analizado el asunto de mi amor por la señorita Bornstein, y he de decir que ninguno de ellos me ayudó gran cosa. Los tres sabíamos muy poco de mujeres. Geel Piet no había tenido madre, o al menos no era capaz de recordar que la hubiese tenido. Su tía, aquella del asma que no podía subir las escaleras, lo había añadido a sus nueve hijos y luego, cuando se puso enferma y no pudo ya ayudarlo, había ingresado en un orfanato del que lo habían echado a la calle a los diez años.

Doc había sido un soltero impenitente, aunque desde luego un soltero muy poco promiscuo. Hablaba con horror de las *frauleins* pechugonas que querían verlo después de los conciertos e iban al conservatorio a invitarlo a cenar o a tomar el té por la tarde. A veces, cuando eran muy insistentes y ya no podía rechazarlas por educación iba, y se encontraba a la anfitriona como única invitada, con un *décoletage* muy revelador. Esos momentos de terror lo habían asustado apartándolo de las mujeres, al parecer para siempre.

Geel Piet se apresuró a indicar que su experiencia adulta con las mujeres era completamente inadecuada y no tenía nada que ver con mi problema. Por último los dos decidieron que lo único que se podía hacer era enviar regularmente ramos de flores del jardín de mi abuelo. El resto se haría solo.

Yo no sabía muy bien qué era el resto. «Yo creo que quizá sea mejor limitarse a dejar que las rosas sean las que hablen», aconsejó Doc, y Geel Piet añadió que él había oído, no se acordaba dónde, que si se le enviaban muchas rosas a una dama se alcanzaba siempre el objetivo previsto. Durante un tiempo me pregunté cuál sería el objetivo hasta que Bokkie de Beer me lo explicó. No conseguí imaginarme siquiera alcanzando aquel objetivo con la señorita Bornstein.

El señor Bornstein propuso ir en coche hasta la prisión a visitar a Doc, pero éste rechazó la propuesta, ni siquiera permitía que fuese a verle la señora Boxall. Era un hombre orgulloso, y sólo quería conocer a sus iguales en situación de paridad. La prisión le situaba en una desventaja clara y le convertía en objeto de compasión. No podía soportar esa idea. Pero ahora que la guerra se aproximaba a su fin hablaba con frecuencia de visitar a *herr* Isaac, que era como llamaba al señor Bornstein, y de las grandes partidas de ajedrez que les esperaban a ambos.

El señor Isaac Bornstein había llegado de Alemania en 1936. Había conseguido

escapar del Holocausto y se había venido a vivir con su familia. El padre de la señorita Bornstein había venido a Sudáfrica de joven, en 1918. Los Bornstein eran los únicos judíos de Barberton, donde él estaba asociado con el señor Andrews, los dos tenían el único despacho de abogados del pueblo. La señorita Bornstein estaba dando clases en la universidad de Johannesburgo, pero había vuelto a casa porque su madre se estaba muriendo de cáncer.

Todo esto me lo contó la señora Boxall, que resulta que conocía a la señorita Bornstein «desde que era un angelito», y cuando descubrió que yo estaba enamorado de ella no le importó nada en absoluto. «Será una buena esposa, y si está dispuesta a esperar hasta que tú seas campeón del mundo, los dos haréis una pareja magnífica». La señora Boxall sabía que nada, ni siquiera el matrimonio con la señorita Bornstein, podía interponerse en mi camino hacia el campeonato del mundo de los pesos medios. Entretanto, inicié la andanada de rosas, que mi abuelo elegía cada viernes.

Comprobé sorprendido que mi abuelo parecía mucho más informado sobre el asunto aquel de estar enamorado que Doc y Geel Piet. Me sometió a un minucioso interrogatorio para ver qué clase de amor era. El suyo había sido de la más alta calidad, le había llevado a plantar todo un jardín con rosas e incluso árboles importados de Inglaterra. Cuando le dije que yo no estaba dispuesto a dejar de ser campeón del mundo de los pesos medios por la señorita Bornstein, dictaminó, en medio de un reiterado encender y golpear la pipa y mirar al vacío por encima del tejado herrumbroso, que la cualidad de mi amor era digna sin duda de una docena de rosas de tallo largo semanales, pero no se merecía ni mucho menos una rosaleda. Acepté el veredicto, aunque sabía que era imposible amar a alguien más de lo que yo amaba a la señorita Bornstein. El Kommandant había aceptado hacía ya mucho tiempo que Hitler no iba a ganar la guerra, y había ingresado, junto con la mayoría de los guardias, en la sección de Nelspruit de la Oxwagon Guard, un grupo neonazi que luchaba por la recuperación de la independencia del pueblo afrikaner. La Oxwagon Guard era muy similar al Ku Klus Klan, sólo que incluía a los ingleses con los judíos y los cafres como corruptores de la afrikaneeridad pura. La guerra les había ayudado a convertirse en una poderosa sociedad secreta que un día llegaría a controlar Sudáfrica desde la sombra y sería una fuerza decisiva para convertir el país en una república. Todo esto me lo contó Mocosó, que lo sabía porque su padre pertenecía al grupo. Los fines de semana iban a un campo de instrucción, donde se sentaban alrededor de una gran hoguera y cantaban y hacían planes para acabar con el gobierno Smuts. Me dijo también que el Kommandant era sólo un *Veltkomet*, y que el teniente Borman era el jefe de la sección de Barberton. Durante el día el Kommandant podía hacerle lo que quisiese al teniente Borman, pero de noche, fuera de la prisión, el guardia de Pretoria era el jefe. Su esposa no tenía asma ni nada parecido, al teniente Borman le habían enviado «ellos» desde Pretoria para poner en marcha la Oxwagon Guard en Barberton. Bokkie de Beer dijo que todo esto era verdad y que lo juraba por un montón de biblias. Había oído a su padre y a su madre

hablar de ello en su casa, en la cocina, cuando creían que él estaba dormido.

Yo podía entender que los bóers odiasen a los ingleses y a los cafres. Después de todo estaban aquellos veintiséis mil niños y mujeres por los que aún no se había pagado. Y los bóers odiaban a los cafres como algo natural. Dingane, el rey de los zulúes, había asesinado a Piet Retiev y a todos sus hombres después de haber dado palabra de que no lo haría, así que tenían que pagar también por esto, pero ¿qué motivo había para que odiasen a los judíos? Yo no había oído que hubiese pasado nada terrible entre los judíos y los bóers, y tampoco parecían tener noticia de nada terrible ninguna de las personas a las que les pregunté. No había conocido en mi vida más que a dos personas judías, de la segunda estaba enamorado y la otra era Harry Crown. Había decidido incluso ser judío cuando fuese mayor. Hasta llegué a pensar durante un tiempo que a lo mejor de pequeño me había dejado un judío errante abandonado a la puerta de casa y mi madre me había recogido y había decidido no decirlo. Estaba seguro de que esto explicaba mi serpiente sin cabeza y el que no tuviera padre. Pero cuando le pregunté a mi madre pareció sorprenderse mucho con aquella idea y me explicó que al Señor no le complacían nada los judíos. Que habían sido esparcidos por los cuatro puntos cardinales porque no le habían reconocido cuando había venido, y le habían clavado en la cruz. Insistió con firmeza en que no me habían encontrado a la puerta de casa, y dijo que mi circuncisión era una simple cuestión de higiene.

Yo había leído sobre la circuncisión en la Biblia. Cuando el rey Herodes se enteraba de que había nacido Jesús enviaba a sus soldados para matar a todos los niños que estuviesen circuncidados. Cuando pregunté en la escuela dominical qué significaba estar circuncidado, la señora Kostler arrugó el ceño y contestó que no era algo que yo tuviese que saber a mi edad.

—Pero está en la Biblia, así que no puede ser algo sucio, ¿verdad?, —alegué. Así que como siempre me envió al pastor Mulvery que dijo también que tenía que esperar para saberlo. Al final me lo explicó Geel Piet, que me dijo además, en las duchas, que yo en realidad estaba circuncidado. Fue entonces cuando empecé a elaborar mi teoría judía. Si no fuese porque mi madre era cristiana renacida y no podía decir mentiras, no estoy nada seguro de que hubiese llegado a creerme aquella explicación higiénica suya, bastante patética. Quizá le pidiese un permiso especial al Señor para contar una mentira y no herir así mis sentimientos.

Mocoso no pudo explicarme por qué la Oxwagon Guard odiaba a los judíos, pero Bokkie de Beer dijo que era porque habían matado a Jesús. En fin, lo único que se me ocurrió pensar fue que los bóers tenían una memoria muy poderosa, muy potente, y que era una novedad para mí el que los bóers anduvieran ya por el mundo en la época de Jesús. Pero luego mi madre me explicó que el Señor permitía también que se naciese de nuevo en otras iglesias, salvo en la católica, que era el instrumento del diablo. Dijo que había cristianos renacidos hasta en la Iglesia Holandesa Reformada. Esto lo explicó todo inmediatamente. Los bóers no habían hecho más que unirse al

resto de la cristiandad en la condena general de los judíos, añadiendo un odio extraído directamente de la Biblia al ya existente hacia los ingleses y los cafres. Así tenían que tener seguro al Señor de su parte. Era un truco muy hábil, desde luego. Pero yo por mi parte no iba a dejarme engañar por él. No cabía duda alguna de que la Oxwagon Guard era la amenaza siguiente después de que Adolf Hitler hubiese quedado liquidado, o casi. Todos los días la radio daba noticias de la derrota inminente de Alemania.

El Kommandant le prometió a Doc que le dejaría en libertad el día que se proclamase la paz en Europa, estuviesen o no en orden sus documentos. Estábamos ya en los primeros días del verano, y Doc y yo habíamos hablado de que estaríamos fuera de la prisión cuando las campanillas de fuego, los exquisitos y pequeños lirios anaranjados, no mayores que una moneda de dos chelines, salpicados de motitas de puro oro, florecieran por todas las colinas y montañas después de los incendios. Doc se deprimió mucho cuando las campanillas de fuego llegaron y se fueron sin que llegase el día de la victoria en Europa.

Habíamos preparado ya un nuevo recipiente para las hojas de tabaco, el azúcar y la sal y, por supuesto, el valioso correo. Ahora lo poníamos todo en una regadera hecha con un bidón de petróleo de dieciocho litros que en principio estaba destinado al jardín de cactus de Doc. Esta regadera de fabricación propia había sido modificada habilidosamente por Geel Piet. Se le había añadido un fondo falso que dejaba un espacio provisto de una tapa de manera que pareciese el verdadero fondo. Si estaba llena de agua, la regadera parecía perfectamente normal, y hasta funcionaba si se consideraba preciso fingir que se regaban las plantas. Estaba siempre en el jardín de cactus de Doc, y cuando yo iba a desayunar cruzaba el jardín y depositaba la correspondencia y todo cuanto llevara, en el fondo falso de la lata. Era bastante natural que yo fuese al comedor de los guardias pasando por el jardín de cactus de Doc, pues solía llevar plantas nuevas para plantarlas allí. Los guardias casi nunca pasaban por el jardín, utilizaban habitualmente el pasaje interior del edificio para llegar al comedor. Llevábamos utilizando este método varios meses porque la idea era convertirlo en una rutina antes de que se fuese Doc, y con él el taburete del piano. El Kommandant comprendía la necesidad que tenía Doc de su jardín de cactus, y decidió que se conservaría como un recuerdo de su estancia en la prisión, y que permitiría además que se encargase de cuidarlo Geel Piet. Como yo seguiría en el equipo de boxeo, el nuevo sistema estaba magníficamente planificado para que funcionase sin Doc.

Lo de escribir las cartas resultó una tarea más difícil. Geel Piet escribía con gran dificultad y a un nivel muy elemental. Sin Doc para escribir al dictado, los presos no podrían transmitir mensajes a sus familias y contactos. Esto se resolvió cuando Geel Piet y yo recurrimos al capitán Smit para pedirle que me permitiese darle clase a Geel media hora después del boxeo para mejorar su lectura y escritura. Aunque el capitán Smit se mostró reacio al principio, acabó dando su consentimiento.

Se había creado una extraña relación entre el capitán y hombrecillo de color. Sólo hablaban entre ellos del tema del boxeo y de vez en cuando el capitán rechazaba despectivo un consejo de Geel Piet a uno de los boxeadores, pero te dabas cuenta de que respetaba el criterio de Geel, y que aquello era sólo para demostrar quién era el jefe del equipo. En los meses que siguieron a mi victoria contra Kroon el Asesino continué subiendo al *ring* para enfrentarme a adversarios más grandes, más fuertes y mayores que yo, y sin embargo no perdí ni una sola pelea. El capitán Smit veía plasmada en mí la pericia consumada de Geel Piet como preparador, y le admiraba en secreto por ello.

Yo lo sabía porque Bokkie de Beer contó que el capitán Smit le había dicho a su papá que yo sería un día el campeón de Sudáfrica, «... porque ha tenido la preparación adecuada desde el principio».

Con el pretexto de aprender a leer y a escribir, Geel Piet se quedaba mirando un libro escolar y me iba dictando las cartas de los presos. Su facilidad para recordar nombres y direcciones era verdaderamente notable. Decía que le resultaba fácil. Era capaz de recordar los nombres y puntuaciones de los caballos de todas las carreras que se habían celebrado en Johannesburgo desde 1918.

Mucho antes del día de la victoria en Europa teníamos ya en marcha el nuevo sistema, y aunque no era tan práctico y tan seguro como el taburete del piano, funcionaba bastante bien. Geel Piet tenía demasiada experiencia como presidiario para no mantener todas las precauciones, y nunca me dejaba descuidarme o menospreciar los riesgos que corríamos. Por ejemplo, si llovía yo no llevaba nada a la prisión, pues el que utilizase una ruta exterior a pesar de la lluvia para llegar al comedor de los guardias en vez de utilizar el pasaje interior era absurdo y sospechoso para un guardia atento como Borman. Las entregas no debían hacerse ni a diario ni los mismos días. Geel Piet era lo suficientemente listo para saber que los niños no son coherentes, y por eso creó esta pauta irregular para mis entregas, previendo incluso que algunos días que no lloviese yo utilizara el pasaje interior también para ir al comedor de los guardias. Aunque el sistema era un poco liso y no tan práctico como el viejo, fue pura casualidad que Doc tuviese la perspicacia suficiente para iniciarlo algún tiempo antes de que quedara en libertad.

Una mañana, poco después de que le ascendieran a teniente, Borman entró en el salón mientras estábamos practicando. Eso era algo que no se hacía. El Kommandant había dado órdenes de que no se nos molestase durante nuestra sesión matinal, como quien dice éramos dos genios trabajando. El teniente Borman caminó hacia nosotros, haciendo un ruido hueco con las botas en el suelo de madera. Yo seguí tocando hasta que cesaron las pisadas al pararse justo detrás de mí.

—Buenos días, teniente Borman, —dijimos los dos a la vez.

—Buenos días —dijo Borman con un aire de superioridad e indiferencia.

Llevaba una caña parecida a la que llevaba Mevrouw y golpeó con ella en la pata del taburete del piano.



—Levántate, hombre, —me dijo.

Me levanté y él se arrodilló, y con el pulgar y el índice extendidos midió la anchura del asiento.

—Un poco hondo, ¿eh? ¿No vivirá algo dentro de este asiento?, —se puso a cuatro patas y metió la cabeza por debajo del taburete—. ¿No tendrá un fondo secreto?

Golpeó con los nudillos el fondo del taburete del piano que emitió un ruido hueco.

—Muy in-te-re-san-te. Muy ingenioso.

Doc se levantó de su taburete, introdujo la llave en el mío y levantó la tapa. El teniente Borman empezó a levantarse. Cuando iba a medio camino pudo ver que el asiento estaba lleno de partituras musicales. Se quedó en cuclillas y nos miró fijamente a Doc y a mí durante lo que pareció muchísimo tiempo.

—Os parece divertido, ¿eh? ¿Pensáis que es una broma muy graciosa?

—No, —dijo Doc con un tono de voz sorprendentemente tranquilo—. Creo que debería usted preguntar antes de mirar. Ahí dentro sólo vive Klavier Meister Chopin.

Luego abrió la tapa de su propio taburete y añadió:

—Y aquí viven *Herr* Beethoven, Brahms, Mozart, Wagner y Bach y quizás estén de visita también algunos más, quizás Haydn, Liszt y Tchaikovsky, pero no Strauss, eso sí que no, Strauss no. Strauss, igual que usted, mi querido teniente, no es bienvenido cuando estoy dando clase.

El teniente Borman se irguió en toda su estatura. Era un hombre alto, con un michelín de barriga que empezaba a derramársele por encima del cinturón, y estaba acostumbrado a mirar a la gente desde arriba, pero el uno noventa y siete de Doc le situó doce centímetros por debajo cuando se miraron. El teniente fue el primero en bajar la vista ante los ojos increíblemente firmes y azules de Doc. Posó la caña encima del Steinway y se estiró los pantalones.

—¿Crees que no sé que están pasando cosas? Crees que soy imbécil o qué. Tengo tiempo, mucho tiempo, me oyes.

Luego cogió otra vez la caña y golpeó con ella rápido y fuerte la tapa abierta de mi taburete del piano, un golpe que volvió a colocarla en su sitio. El ruido de la caña contra el asiento de cuero resonó en el salón. El teniente se volvió despacio para mirar de nuevo a Doc, le apuntó con la caña tocándole levemente con la punta en el esternón como si fuese un florete.

—La próxima vez que intentes insolentarte verás lo que te espera. Me oyes, kraut cabrón. ¡Ya me tenéis harto vosotros dos!

Luego dio la vuelta y salió de allí como una exhalación; las pesadas botas militares retumbaron en el vacío del salón.

—¡Demonios!..., —lancé un suspiro, cerrando la tapa del taburete del piano de Doc y me senté en el mío, abrumado. Doc se sentó también, retiró el Nocturno número cinco en fa mayor sostenida de Chopin del Steinway y empezó a abanicarse

con él. Se quedó un rato en silencio, ensimismado en apariencia en sus pensamientos, y luego dijo suavemente:

—Las montañas y las colinas están ya próximas.

## QUINCE

Estuvimos razonablemente tranquilos durante el mes que siguió al incidente del taburete del piano, pues iba a llegar el inspector de prisiones y el teniente Borman tenía que consagrarse a la tarea de procurar que el lugar estuviese impecable, con pintura fresca en todas las partes visibles. Se encalaron hasta las piedras que bordeaban el jardín de cactus, lo que irritó mucho a Doc. Él estaba dispuesto a aceptar botellas de *whisky* delimitando los senderos, pero lo de pintar piedras reales le parecía una ofensa a la naturaleza. Se trajo grava nueva para el patio interior, y también varias cargas de mica y piritas de hierro muy desmenuzadas con las que en el centro del patio se formó una gran «B». Con el color más oscuro y el brillo de la mezcla de mica y de piritas la letra brillaba y parecía casi blanca sobre la grava. Era la «B» de Barberton, claro. La idea se le había ocurrido al teniente, que se pasó muchas horas supervisando el barrido y el rastrillado de los presidiarios, hasta que todo quedó perfecto. La verdad es que quedó muy bien, eso hay que concedérselo. Gert dijo que el Kommandant estaba muy satisfecho, y que eso había hecho subir muchos puntos a Borman en su consideración. Los pasillos de la prisión olían a cera de suelos, y las celdas a desinfectante. Los antepechos se pintaron de azul prisión, y fueses donde fueses olía a pintura fresca. Pero se había hecho con tiempo suficiente para que el olor hubiese desaparecido cuando llegase el brigadier. A los presidiarios les entregaron uniformes nuevos de lona para que los llevaran sólo durante la visita. Se había hecho esto porque, como habían sido los presos quienes habían limpiado y pintado, y sus viejos uniformes gastados y remendados estaban manchados de pintura, si seguían con ellos puestos se descubriría el juego. El Kommandant quería que el brigadier pensase que todo aquello era normal y que habría encontrado la prisión así en cualquier otro momento en que hubiese aparecido. Después de la inspección, los presidiarios tendrían que devolver sus uniformes y ponerse sus viejas ropas remendadas y raídas hasta que se les cayesen por fin a pedazos. El capitán Smit había organizado la exhibición de boxeo habitual, y el Kommandant se pasaba casi toda la mañana practicando con su pistola en el campo de tiro que había detrás del comedor de los guardias, como hacía siempre antes de cada inspección.

El Kommandant estaba preocupado por el día de la victoria en Europa, que se acercaba rápidamente. Si la victoria llegaba antes de la visita del brigadier, desaparecería la parte verdaderamente cultural del programa, al quedar Doc en libertad. El Kommandant había intentado arrancarle la promesa de que si sucedía eso volvería a la prisión y tocaría para el inspector. Pero Doc no se había pasado cuatro años en la prisión en vano, había aprendido las normas de la vida presidiaria, en la que no se da nada sino es a cambio de algo. El *Goldfields News* había publicado ya una foto del Kommandant seguida de un artículo suyo en el que decía que Doc estaba en la cárcel porque era alemán, y que en el momento en que Alemania se rindiese sería puesto en libertad. El Kommandant no podía faltar a su palabra sin quedar mal. Y esto él no podía permitírselo. El precio de Doc por regresar a la prisión si era preciso provocó protestas entre los guardias, pero para el Kommandant ningún precio era demasiado alto tratándose de una visita importante. Doc pidió permiso para dar un concierto para todos los presos.

Los presos no salían a trabajar los domingos, era el día del Señor. Los encerraban en sus celdas y los dejaban salir de cincuenta en cincuenta para hacer ejercicio en un patio especial. Un recinto de paredes altas de ladrillo y cemento del tamaño aproximado de dos canchas de tenis. Hacían ejercicio por tribus, y se le asignaba a cada grupo tribal un tiempo de noventa minutos. Primero salían los zulúes, les seguían los swazis, luego los ndebeles, los sothos y los tsongas. Los bóers se habían dado cuenta hacía mucho de la hostilidad que había entre las tribus, y las mantenían separadas en la cárcel para que no desaparecieran las tensiones tradicionales que había entre ellas. Se pensaba que disminuían así las posibilidades de un levantamiento general o de una huelga.

Doc me explicó que iba todos los domingos a la torre de guardia que dominaba el patio de ejercicios para escucharles. Cada tribu utilizaba gran parte de los noventa minutos que les asignaba para cantar a coro, y Doc supo muy pronto qué canto tribal le gustaba más a cada tribu. Había hecho una transcripción musical de cada uno de ellos, y luego había compuesto un concierto de piano en el que estaban representados todos en términos melódicos. Doc decía que no había oído jamás una armonía tan majestuosa. La mayoría de los cantos eran muy bellos y, aunque no entendiese la letra, podía apreciar en ellos la nostalgia que sentían los que cantaban por sus hogares, su gente, el calor de sus fuegos y los mugidos del ganado al oscurecer. Suspiraba y decía que su concierto nunca podría captar la belleza de las voces originales. Le llamó *Concierto de la Gran Patria del Sur*. Era esto lo que quería interpretar para todos los presos, como tributo a ellos antes de abandonar la prisión.

La idea era que Doc interpretase primero todo el concierto, cada uno de cuyos movimientos estaba compuesto por una de las canciones de una tribu concreta o más. Luego, en la segunda parte, la tribu a la que correspondiese aquel movimiento cantaría la canción acompañada por Doc al Steinway. Así todas las tribus representadas en la prisión participarían en el concierto.

Después de que el Kommandant diese el visto bueno, hubo mucho que hacer. No se podía ensayar, claro, pero se comunicó a cada una de las tribus, a través de Geel Piet, cuál era la canción elegida y el tiempo exacto que deberían tardar en cantarla. De noche Doc interpretaba las diversas canciones fortísimo, con todas las ventanas del salón abiertas para que llegase el sonido a los edificios de las celdas. Los guardias decían que se podía oír andar a las cucarachas de tan silenciosos que estaban los presos escuchando la música.

Como él estaría al piano, Doc decidió que debía dirigir yo. Esto se haría del modo más simple posible, indicando al coro las partes de piano y el pianísimo, y también el fortísimo. En unas cuantas semanas llegué a dominar perfectamente las instrucciones de Doc y ensayamos el concierto durante la práctica matutina hasta que supe lo que significaba cada movimiento de cabeza. Geel Piet había transmitido también instrucciones básicas a los presos, así que éstos sabían también, en teoría, lo que significaban mis señales con las manos. Si Doc se hubiese propuesto que yo asumiese el papel de director ante un público blanco no habría podido hacerlo, pero la supremacía de la raza blanca en África del Sur es de un género tal que yo apenas le daba importancia al hecho de tener que plantarme delante de trescientos cincuenta presos negros y dirigirlos.

Geel Piet me informó del entusiasmo creciente que se respiraba entre los presos. Los guardias estuvieron muy tranquilos durante varias semanas porque sólo tenían que amenazar a un preso con no dejarle asistir al concierto para conseguir que obedeciese cualquier orden. En cuanto se difundió la noticia de que el Ángel Renacuajo dirigiría a la gente en la indaba de canciones, se atribuyó inmediatamente un sentido místico al concierto y se consideró que yo había elegido aquel momento para presentarme a todos. Los presos aprovechaban las horas de trabajo para practicar, y los granjeros y la gente de las serrerías que contrataba brigadas decían que cantaban desde que salía el sol hasta que se ponía. Hasta las temibles canteras resonaban con las canciones tribales de las brigadas de trabajo. El *Concierto de la Gran Patria del Sur* iba adquiriendo forma, como un rompecabezas musical en el que todas las piezas se unirían en la gran noche en virtud del hechizo mágico del Ángel Renacuajo.

El teniente Borman había hecho todo lo posible para impedir que se celebrase el concierto. Pero el capitán Smit parecía haber decidido que era una buena idea, puede que por el simple hecho de que el teniente Borman se oponía a ella. Nunca se habían caído simpáticos y se decía que el capitán, que no pertenecía a la Oxwagon Guard, se había opuesto encarnizadamente al ascenso de Borman a teniente.

El concierto iba a celebrarse en la plaza de armas, y en la carpintería se había construido un estrado especial para que el Steinway quedase por encima del nivel de los presos. Se había propuesto que cada tribu formase un semicírculo alrededor del estrado con treinta centímetros de separación entre cada una. Habría dos guardias con *sjamboks* en este pasillo para controlar cualquier anomalía. Habría un turno doble

provisto de munición extra de servicio a lo largo del muro, y durante el concierto se dirigirían los focos hacia los presos.

El concierto estaba anunciado para el miércoles siete de mayo de 1945 y todos los guardias estaban en estado de alerta. Los presos no salían nunca de noche, y corrían rumores de que iban a producirse enfrentamientos tribales y venganzas en la oscuridad, y se hablaba también de un intento de fuga de los zulúes. A medida que se aproximaba la noche del acontecimiento, iba aumentando la tensión entre los guardias, espoleados por el teniente Borman.

El teniente Borman había decidido llevar una canana en bandolera y un revólver en una funda abierta a la cadera, y no perdía oportunidad de decirle a todo el que estuviese dispuesto a escucharle que se estaba fraguando algo muy grave, tan grave que los guardias no podrían controlarlo. «Dale a un preso negro el dedo meñique, y cuando quieras darte cuenta te habrá comido todo el brazo hasta el hombro, te lo aseguro, hombre». Lo decía tantas veces que se convirtió ya en un chiste, y algunos de los guardias comenzaron a llamarle Meñique Borman a sus espaldas. Intentó incluso abortar el concierto en el último momento diciendo que el que se reuniesen más de cincuenta presos en el mismo lugar iba contra las normas penitenciarias. Pero el capitán Smit le había pedido que mostrase esas normas, y él no había podido encontrarlas, y se había limitado a decir que las conocía de Pretoria.

Fue difícil conseguir que mi madre me dejase quedarme en la prisión hasta tarde para el concierto. Pero después de consultar al Señor y de recibir una nota de la señorita Bornstein, en la que le aseguraba que mi actividad escolar no se vería afectada por el hecho de acostarme tarde una noche durante la semana, me dio su permiso.

Doc me preguntó cómo me vestiría para hacer de director. La elección era limitada: camisas y pantalones caquis y unas botas negras con calcetines escolares grises corrientes eran todas las prendas de mi guardarropa. Entonces Geel Piet propuso que me vistiese con mi uniforme de boxeador, que me pusiese las botas que la gente me había hecho. A Doc esto le pareció una idea estupenda, y he de decir que también a mí me gustó mucho. Doc llegó a la conclusión de que llevar guantes de boxeo me resultaría embarazoso, porque dificultaría la tarea de dirigir. A Geel Piet esto pareció decepcionarle, y volvió con la propuesta de que llevase los guantes puestos, y luego, inmediatamente antes de que empezase el concierto propiamente dicho, me los quitase. Parecía muy partidario de la idea y me aseguró que no habría ninguna presunción en ello.

Así pues, todos los mitos que Geel Piet había ido difundiendo cuidadosamente entre los presos sobre el Ángel Renacuajo se armonizarían la noche del concierto con mi aparición como director, uniendo a todas las tribus en la gran indaba de canciones.

Geel Piet habría sido un gran promotor en cualquier otra sociedad. Sabía tejer la urdimbre para establecer una pauta compleja que magnetizase la imaginación de la gente. El Ángel Renacuajo aparecería ante todos vestido como un gran luchador que

les dirigiría en sus cantos tribales, superando todas las barreras de raza y de tribu. ¿Acaso no era ya un matador de gigantes? ¿No era acaso el espíritu del gran jefe que unía a los zulúes con los swazis y los ndebeles y los tsongas y los sothos para que todos se sentaran en una sola esterilla en una gran indaba de canciones? ¿No era él acaso el que tocaba el lápiz y salían las cartas para las familias de la gente y volvían con noticias de los seres queridos, el que hacía que los niños estuviesen calientes en invierno y las esposas tuviesen ropas y alimentos para los hijos hambrientos? ¿Acaso no era él quién traía azúcar y tabaco y sal a la prisión, haciendo que desapareciesen cuando entraba y que reapareciesen cuando no había ya ningún peligro? ¿Cómo iba a haber podido si no hacer aquello cuatro años sin que los bóers le descubrieran?

Los presos consideraban el maravilloso Concierto de la Gran Patria del Sur, de Doc obra y trabajo mío, igual que el Fondo del Conde Sandwich, de la señora Boxall. El hábil espíritu empresarial de Geel Piet había considerado más oportuno presentar las cosas así.

Llegó por fin la noche del concierto de Doc. En cuanto crucé la puerta de entrada me di cuenta de que en la prisión había un ambiente distinto. El aire carecía del sentimiento de desesperación que siempre flotaba en él. La charla triste que oía en mi mente cuando entraba en el recinto había cesado. Los pensamientos de la gente eran tranquilos. Sentí un estremecimiento de emoción. Aquella noche iba a ser especial.

Había salido una luna llena sobre la oscura sombra de las colinas que había detrás de los muros de la prisión y la plaza de armas estaba inundada de luz lunar. El Steinway de Doc se alzaba muy claramente, perfilado en el estrado con la tapa ya levantada. La escena poseía un silencio propio, era como contemplar un cuadro de Dalí. Me quedé parado un momento, pues aquel concierto parecía algo excepcional, incluso para alguien de mi edad, cuya comprensión de la logística y de las leyes de la probabilidad humana eran bastante limitadas.

Cuando estaba contemplando el Steinway perfilado a la luz de la luna, se encendieron los focos, súbitos y brillantes, y fue como la explosión de una pistola de soldar. Cuando acostumbré los ojos a aquella luz áspera y fuerte vi ya que alrededor del estrado, en un semicírculo sobre el suelo duro, había líneas pintadas que indicaban la zona correspondiente a cada tribu. Del edificio principal salieron una docena de guardias provistos de sjamboks que se dirigieron hacia el piano; las botas hacían un ruido rechinante en el sendero de grava.

Crucé la plaza de armas, entré por una puerta lateral y me dirigí al salón donde estaba esperándome Doc. Estaba sentado ante el Minion vertical, acariciando las teclas con aire ausente. Alzó la vista cuando entré.

—Geel Piet se retrasa, ya debería estar aquí, —dijo, con voz tensa. Doc había llegado a depender mucho de Geel Piet, y le consideraba un elemento básico de toda la operación. Sin él trabajando con los presos un concierto preñado ya de un potencial de desastre imprevisible no tendría ninguna posibilidad de éxito.

—Vendrá enseguida, ya verás, —dije para animarlo—. Iré a por los guantes para

ahorrar tiempo.

Salí rápidamente del salón y bajé por el pasillo camino del gimnasio. Me crucé con un viejo presidiario que llevaba una cacerola de café de nueve litros, y al que seguía otro con una bandeja en la que había tazas y una lata de azúcar moreno. Les llevaban café a los guardias que estaban de servicio en la plaza de armas.

—¿Has visto a Geel Piet?, —le pregunté a uno. Le hablé en shangaan porque vi por las cicatrices que tenía en las mejillas que era de la tribu tsonga.

—No baas, no le hemos visto, —dijo humildemente.

Al alejarme oí que le decía al otro presidiario que iba detrás de él:

—Ves como el Ángel Renacuajo habla las lenguas de todas las tribus. Él es el caudillo elegido del pueblo.

Cuando por fin llegué, encendí las luces del gimnasio y de la ducha. Las luces que había encima del *ring* estaban en la pared opuesta y el *ring* estaba a oscuras, pero había luz suficiente para que pudiese ver la caja donde estaban los guantes y elegí rápidamente unos que me gustaban. Fui a las duchas, me desvestí y me puse la camiseta, los pantalones, los calcetines y las botas, luego até los cordones de los guantes y me los eché al cuello para que me los pusiese Doc.

Cuando volví Doc aún seguía solo en el salón. Su inquietud se reflejaba claramente en su expresión ensimismada mientras me ponía los guantes.

—Es demasiado tarde, no podemos seguir esperando. Tenemos que empezar. Le diré a Geel Piet que estoy muy enfadado por esto.

La puerta que yo había utilizado para entrar en el edificio no podía abrirse desde dentro, así que dejamos el salón y bajamos por el largo pasillo que daba al edificio principal de oficinas, por el que podíamos llegar a la plaza de armas. Cruzamos el pequeño vestíbulo en el que yo había estado esperando, cuatro años antes, la primera vez que había ido a la prisión. Las luces estaban apagadas en aquel despacho que había sido entonces el del teniente Smit y que ocupaba ahora el teniente Borman. Dejé ir delante a Doc y me acerqué a la ventanilla y atisé un momento en la oficina en penumbra. Pude ver a la media luz dónde se sentaba Klipkop y al lado el otro escritorio más grande, que era del teniente Borman. Mi mirada vagó por la oficina y se detuvo en una fina raya de luz que salía por debajo de la puerta del cuarto de interrogatorios. La puerta debía estar entornada porque oí el ruido inconfundible de un golpe y un gemido agudo y súbito como de un hombre que acaba de recibir un puñetazo en el plexo solar. No era insólito pero parecía impropio en aquella noche de plenilunio en que iba a interpretarse el Concierto de la Gran Patria del Sur.

Cuando llegamos los presos estaban ya sentados en las secciones que tenían asignadas, y los guardias paseaban por los pasillos fustigándose con sus sjamboks en las piernas, muy serios. Los presos evitaban mirarles, era casi como si no estuviesen allí. Tenían prohibido hablar, pero vimos al pasar que la gente sonreía y se extendió un murmullo sordo entre los presos que estaban sentados cuando Doc y yo subimos al estrado.



El Kommandant llegó poco después que nosotros y subió al estrado para hablar a los presos. Estaba previsto que el teniente Borman hiciese la traducción al fanagal, pero al parecer no había llegado. El Kommandant estaba claramente irritado por esto, y al cabo de unos minutos, durante los cuales no hizo más que mirar el reloj una y otra vez, empezó a hablar en afrikaans.

—Escuchadme, atención, —dijo, y yo traduje rápidamente al zulú. Me miró sorprendido.

—¿Tú puedes traducir, Peekay?, —asentí—. Está bien, entonces hablaré y pararé después de cada frase para que tú puedas traducir.

Al Kommandant le fastidiaba tener que hablarles a los presos y lo hacía demasiado fuerte y en un tono muy áspero.

—Este concierto es un regalo que os hace el profesor, que no es un asqueroso delincuente como todos vosotros ¿me oís? No sé por qué una persona importante como él quiere hacer un concierto para cafres, y no sólo cafres, sino criminales además. Pero eso es lo que quiere y lo tendréis porque yo soy un hombre de palabra. Sólo quiero que sepáis que esto no volverá a pasar y que no quiero ningún problema, entendido, escucháis el piano y cantáis y luego os volveremos a llevar a vuestras celdas.

Se volvió a mí, resoplando nervioso.

—Ya está. Diles lo que he dicho.

Yo dije que el Kommandant les daba la bienvenida y que el profesor les daba la bienvenida por acudir a su gran indaba de canciones. Añadí que el profesor tenía la esperanza de que las tribus cantasen a cuál mejor para que se sintieran todos orgullosos. Les dije también que tenían que estar atentos a mis manos y me quité los guantes de boxeo para indicar los movimientos que haría con ellas. Cuando acabé de hablar vi, en el mar de rostros que tenía delante, una sonrisa general de entusiasmo a punto de estallar; luego empezaron a aplaudir espontáneamente.

—Lo has hecho muy bien, Peekay, —dijo el Kommandant, complacido ante aquella reacción espontánea a su discurso.

Doc interpretó completo el *Concierto de la Gran Patria del Sur* y los presos escucharon en silencio con cabeceos de aprobación al oír las melodías de sus propios cantos tribales. Al final aplaudieron todos furiosamente.

Luego me levanté y les mostré cómo indicaría a cada tribu que podía iniciar su actuación y cómo les haría parar difuminando las voces o terminando simplemente una canción o un pasaje con un golpe hacia abajo de las manos, un gesto de cortar. Les pedí que levantasen la mano si entendían y se alzó un mar de manos.

Doc interpretó el preludio, que era una mezcla musical de todas las melodías, y luego yo introduje a los cantores sothas. Sus voces se fundieron en la noche como si antes de romper a cantar hiciesen vibrar el aire de principios del verano con una armonía honda. Era la canción masculina más bella que yo había oído en mi vida. Parecían comprender instintivamente lo que se quería de ellos, y seguían cada gesto

como si lo previeran. Les siguieron los ndebeles, que interpretaron una melodía más estridente y cuyas voces se alzaron graves y sinceras, repitiendo el hilo de la canción que iba llevando una sola voz masculina aguda, persiguiendo a aquella voz única, cazándola a veces incluso para cobijarla y nutirla con hermosa armonía y luego dejarla volver a escapar para que llevase de nuevo adelante el canto. Siguieron los swazis, con una canción tan bella como todas las otras. Luego los shangaans. Cada tribu sonaba distinto, aunque parecía apoyarse en el canto de la tribu anterior, separado del suyo por un estribillo común que era profundamente africano, y que parecía en cierto modo una mezcla de todos los cantos. Los zulúes se encargaron de la última parte, que se elevó en poder y majestad cuando entonaron el canto de triunfo del gran Shaka, utilizando las palmas de las manos para golpear en el suelo, como había hecho con sus pies el poderoso indi zulú, hasta que la plaza de armas pareció temblar. Las otras tribus enseguida cogieron el ritmo y empezaron a golpear también en el suelo para aumentar el efecto. El concierto duró media hora, la última parte de la cual fue el estribillo, familiar ya por entonces a todos y que todas las tribus tararearon en un final glorioso. La obra de un compositor nunca había tenido un debut más extraño ni espléndido. El concierto sería interpretado años después por orquestas filarmónicas y sinfónicas de todo el mundo, con acompañamiento de algunos de los coros de mayor prestigio. Pero nunca sonaría mejor que bajo la luna africana en el patio de la cárcel, cuando trescientos cincuenta reclusos negros se fundieron en el orgullo que sentían por sus tierras tribales y en su amor a ellas. Doc se levantó del Steinway y se volvió hacia la masa de rostros negros. Lloraba sin la menor vergüenza y hurgaba en el bolsillo buscando un pañuelo, y muchos africanos lloraban con él. Luego, sin previo aviso, brotó un clamor de aprobación de la gente que habría sido imposible parar. Doc me contaría después que había sido el momento más grande de su vida, pero lo que ellos decían era: «¡Onoshobishobi Ingelosi! ¡Onoshobishobi Ingelosi!». ¡Ángel Renacuajo! ¡Ángel Renacuajo!, cantaban una y otra vez.

El Kommandant pareció inquietarse y algunos de los guardias empezaron a pegar con los sjamboks en el suelo. ¡Onoshobishobi Ingelosi! ¡Onoshobishobi Ingelosi! Doc se había levantado de su asiento para hacer una reverencia, y yo entonces empecé a mover las manos para indicar que debía cesar el canto. Casi al instante se hizo el silencio. Doc alzó la vista sorprendido sin saber muy bien lo que había pasado.

—El gran hechicero músico y yo, —dije—, damos las gracias a la gente por cantar. Todos vosotros habéis honrado esta noche a vuestras tribus y nos habéis hecho un gran honor también al gran hechicero musical y a mí.

Para hacer un discurso así en inglés me habría faltado madurez, pero la lengua africana posee una gracia natural y se adapta muy fácilmente a las palabras de este tipo.

—Ahora debéis callaros en nombre de vuestras mujeres y vuestros hijos, pues los bóers están nerviosos, —mi voz era un rumor débil y aflautado en la noche.

De pronto se esparció por el cielo una lluvia de estrellas sobre el pueblo y luego otra y otra, estrellas aisladas rojas y verdes que estallaban en lo alto, torrentes que bailaban en los cielos. Los presos miraban sobrecogidos, algunos tapándose incluso la cabeza para protegerse de aquella magia. Un guardia se acercó corriendo al Kommandant, le cuchicheó algo al oído y el Kommandant se volvió hacia Doc y luego extendió la mano.

—Es libre de irse, Profesor. Se ha acabado la guerra en Europa, los alemanes se han rendido, —señaló hacia el pueblo—. Mire los fuegos artificiales. Esos malditos roineks ya están celebrándolo.

Un torrente final de estrellas estalló contra el cielo oscuro y los negros gritaron aterrados; nunca habían visto una cosa así.

¿No era aquello la señal definitiva? Hasta los cielos hablaban en favor del Ángel Renacuajo, hablaban para que todos lo vieran. El mito del Ángel Renacuajo se había completado. Ahora sólo podía crecer y adquirir forma como tienden a hacer las leyendas. Nada que yo hiciese podía cambiar las cosas. Había cruzado la línea y me hallaba donde sólo están los grandes hechiceros, puede que aún más allá, pues ni siquiera a los más grandes los conocían todas las tribus y los honraban todas las gentes. Me había convertido en un mito.

Cada tribu fue levantándose cuando se le ordenó que lo hiciera, hasta que salieron todos en silencio de la plaza de armas, que se quedó vacía, salvo por los guardias que controlaban los muros y el Kommandant.

—Magtig! No había visto una cosa así jamás, —dijo el Kommandant moviendo la cabeza; se volvió a Doc—: Su música fue maravillosa, amigo mío, lo más maravilloso que he oído en mi vida. Creo que nunca volveremos a oír cantar así. Peekay, algún día tú serás un gran Kommandant. Nunca he visto dominar a los negros como lo tú has hecho. Es como si fueses un brujo o algo parecido.

De pronto se oyó una sola voz en la noche que parecía venir del gimnasio: «¡Onoshobishi Ingelosi!». En cuanto la oí empezaron a parlotear en mi cabeza las voces tristes. Habían vuelto los problemas a aquel lugar.

Doc estaba abrumado por la noticia de la rendición alemana y por la emoción del concierto, y se estuvo un buen rato sentado en el taburete del piano gimoteando en su pañuelo. El Kommandant nos dio las buenas noches. Habían apagado ya los focos, así que la luna, que estaba ya alta, reinaba de nuevo en la noche. Entonces me acordé de Geel Piet. Me volví hacia Doc que alzaba la vista hacia mí al mismo tiempo. Estábamos pensando lo mismo.

—Geel Piet no vino. No consigo entenderlo. Él no se lo habría perdido, —dijo Doc. Me di cuenta de que se sentía culpable por no haber pensado antes en su ausencia.

Hubo un rechinar de pisadas en la grava y pronto salió de la oscuridad Gert.

—El capitán Smit dice que es tarde y mañana hay escuela, tengo que llevarte ya a casa, Peekay.

Esto me sorprendió, porque yo había pensado que volvería a casa andando como siempre.

—Iré a cambiarme y a quitarme los guantes, —dije, y dejé a Doc sentado en el taburete del piano mirándose las manos.

—Fue un concierto maravilloso, Profesor, —oí que decía Gert en su inglés vacilante, mientras yo me adentraba corriendo en la oscuridad camino del gimnasio. Entré por la puerta lateral y encendí la luz, pasé junto al potro y las bolas gimnásticas, le di al saco de entrenamiento un directo de izquierda y un gancho de derecha. La caja grande de madera en la que guardábamos los guantes estaba al lado mismo del *ring*. Después del concierto había atado los cordones de los guantes y me los había echado al cuello como antes. En realidad pensaba que esto me hacía parecer más un boxeador. Me los quité de encima y los lancé hacia la caja a mitad de camino. Fue casi un buen tiro porque un guante aterrizó dentro de la caja de madera y el otro quedó colgando del borde. Me acerqué para meterlo dentro y de pronto comprendí, con una seguridad en la que siempre he sabido confiar, que pasaba algo terrible. Corrí a la pared de enfrente y encendí la luz del cuadrilátero. Me cegó durante una décima de segundo el súbito resplandor de la luz. Luego vi un cuerpo tendido en el centro del *ring*.

Geel Piet estaba allí tumbado boca abajo, como si se hubiese caído. Los brazos estirados a los lados. La cabeza descansaba en un charco de sangre de la hemorragia de la nariz y de la boca. Sin pensarlo siquiera salté al *ring* chillando, aunque yo no oía que saliese de mí ningún sonido. Caí de rodillas a su lado y empecé a zarandearle, luego me levanté y le cogí de un brazo e intenté levantarlo. Le gritaba: «¡Levántate, por favor, levántate! ¡Si te levantas vivirías otra vez!». Pero el cuerpo del hombrecito amarillo quedó colgando inerte al extremo del brazo y la cabeza golpeó en el charco de sangre que le salpicó toda la cara en una explosión de color. El pájaro de la soledad graznó dentro de mí: «¡Está muerto... está muerto! ¡Nunca volverá a estar vivo!». Yo seguía tirando de él e intentando hacerle revivir.

—¡Por favor Geel Piet, levántate! ¡Levántate por favor, si fueras capaz de levantarte volverías a vivir! ¡De verdad! ¡Te lo prometo! ¡Por favor!

Tiré de él para sacarle del *ring* y fue dejando un rastro de sangre en la lona. Luego vi que tenía en la otra mano la foto del capitán Smit, Doc, Gert, él y yo. La parte de la foto donde aparecía la cabeza del capitán Smit estaba manchada de sangre. Solté la mano y cayó sobre el cuerpo y rompí a llorar y no podía parar. Luego noté que el capitán Smit me levantaba y me apartaba del cadáver de Geel Piet y me sostenía en brazos como a un niño pequeño y me arrullaba mientras yo sollozaba sin control en su pecho.

—Vamos, no llores, campeón, no llores, —cuchicheaba mientras me arrullaba sin cesar—. Sssh. Te vengaré, eso te lo prometo. No llores, campeón, no llores, hermanito.

Los festejos en honor del inspector de prisiones se celebraban el sábado siguiente por la noche. Doc intentó librarse del compromiso; la muerte de Geel Piet le había afectado mucho, y le acongojaba la idea de volver a la prisión, aunque fuese sólo para el concierto. El Kommandant no veía las cosas del mismo modo, Geel Piet era sólo un cafre más. «¡Ni hablar! ¡Lo prometido es deuda! ¡Yo le dejé hacer su concierto cafre y ahora quiero mi concierto del brigadier! Yo soy un hombre justo y cumplo mi palabra. Le dejé salir de la cárcel a la mañana siguiente de la rendición. La palabra de un hombre es sagrada».

El regreso de Doc a su casa había resultado muy emocionante. Dum y Dee habían fregado y limpiado, y la casa nunca había estado tan ordenada. Gert dejó a Doc al pie del cerro, porque el camino que llevaba a la casa se había deteriorado en los cuatro años que él llevaba ausente, y no era aconsejable subir en coche hasta arriba. Gert comentó que por aquel camino no podría subir la camioneta con el Steinway. Al día siguiente mismo Klipkop envió una brigada de presos a reparar el camino. Trabajaron en él afanosamente para que estuviese listo al día siguiente del concierto y se pudiese trasladar el piano enseguida.

Doc había comentado, en el viaje hacia su casa, que lo primero que haría sería arreglar el jardín de cactus. Gert se lo dijo al capitán Smit, que dio órdenes al encargado de las brigadas que construyesen los nuevos bancales que Doc necesitaba después que acabasen de arreglar el camino.

La señora Boxall había hecho un pedido a H. C. Duncan, la principal tienda de ultramarinos del pueblo, y había conseguido que el cazarratas municipal subiese hasta la casa de Doc a revisar el retrete exterior para ver si alguna serpiente o algún otro animal se había instalado allí en los últimos cuatro años. El cazarratas había echado un cubo de píldoras de cloro por el agujero y las primeras semanas cuando entrabas tenías que taparte la nariz a causa de los humos acres. Cuando Dee y Dum desempaquetaron la caja de H. C. Duncan, descubrieron que la señora Boxall había incluido un paquete que contenía uno de aquellos rollos de papel higiénico blandos y suaves de verdad. Dios sabe dónde lo encontraría, porque desde que había empezado la guerra sólo podía conseguirse del otro, del áspero y duro. Dee y Dum se pasaron el rollo de papel por las mejillas y alabaron su suavidad, maravillándose de que un papel como aquél pudiese utilizarse para un propósito tan bobo. He de decir que tenían un poco de razón, Doc se la habría dado, desde luego, porque él no utilizaba nunca más que el *Goldfields News*.

La señora Boxall me dio también una botella de Johnnie Walker para Doc, dijo que el señor Goodhead, de la Licorería Barberton, había sido amabilísimo con ella y se la había proporcionado como cosa especial. Yo, después de mi incidente de la mandíbula y de todos los comentarios que había oído sobre el demonio de la bebida en la Misión de la Fe Apostólica, no estaba nada seguro de que la señora Boxall estuviese haciendo lo correcto. Llevé el *whisky* a casa de Doc convencido de que en cualquier momento el Señor podría enviar un rayo desde el cielo para destruir la

botella que llevaba en la mano y posiblemente a mí con ella. Si había sido capaz de separar las aguas del Mar Rojo, tenía que resultarle facilísimo acertarle a una botella de Johnnie Walker con un rayo lanzado desde el cielo.

La señora Boxall había estado enviando al chico de la biblioteca a casa de Doc con el cesto de la bici lleno de libros suyos desde varias semanas antes de que le pusiesen en libertad. Ella no consideraba estos libros de propiedad pública, sino simplemente «en préstamo indefinido». Cuando Doc volvió a su casa a la mañana siguiente del concierto la encontró exactamente igual que la había dejado cuatro años antes, a falta sólo del Steinway. Él mismo me contó semanas después que se había sentado en el porche y se había puesto a llorar pensando lo buenos que habían sido con él todos sus amigos.

El primer día de libertad de Doc fui a su casa después de la escuela, y lo encontré en su jardín de cactus cortando un tronco muerto de un plantel de «medio hombres»; su nombre verdadero es *Pachypodium namaquanum* y alcanzan una altura de unos doce metros y parecen largas trompas de elefante espinosas que brotan de la tierra.

Hice café y nos sentamos en el porche un rato. Ninguno de los dos había mencionado a Geel Piet, pues no queríamos compartir nuestro dolor individual. Al cabo de un rato Doc abordó el tema indirectamente, diciendo:

—Se acabaron las cartas para la gente. Se acabó todo.

Luego hablamos un rato del jardín y Doc señaló un seto desbordado de *áloe kranz* que él había utilizado en principio como protección contra el viento y que había empezado a invadir el jardín.

—Nos está invadiendo el *Aloe arborescens*. Atacaré pronto, sí, dentro de una semana.

Me di cuenta de que le encantaba la idea de volver a hacer planes. De tener libertad para decidir las divisiones de los días y de las semanas por adelantado.

De pronto se levantó del taburete para llenarse otra vez el tanque de café y gimió. Alcé la vista alarmado y vi que intentaba ocultar el dolor con una sonrisa.

—Ja, soy un domkop, Peekay. Esta mañana subí hasta nuestra peña y a pesar de ser una subida tan corta me ha dejado muy agarrotado. Son cuatro años y tengo los músculos blandos y los pulmones se cansan enseguida. Hará falta un mes quizá, puede que más, para que podamos volver a las montañas.

Caminó torpemente hacia la cocina, donde yo había dejado la cafetera, y por primera vez me di cuenta de que se había convertido en un anciano.

Se pasó la mayor parte del jueves y todo el viernes en el jardín de cactus, contento de estar solo. Planeaba hacer un viaje hasta la biblioteca para visitar a la señora Boxall el sábado por la mañana, el día después de que empezaran las vacaciones de junio y el día del concierto del Kommandant. Me había dicho que le preguntase a la señora Boxall si había algún inconveniente para que la visitase aquel día. La señora Boxall se puso muy nerviosa cuando le dije que Doc iría a verla. También le conté a mi abuelo lo de la visita de Doc a la biblioteca, y el sábado por la mañana temprano

cortó dos docenas de rosas rojas y rosadas de tallo largo para que Doc se las regalase a la señora Boxall.

—No puede ir y darle un ramo de flores de cactus. ¿No te parece?, —dijo con cierta suficiencia. Mi abuelo era hombre de rosas y no veía ninguna virtud en un jardín de cactus.

Llegamos a la biblioteca cuando el reloj de la torre del juzgado daba las nueve. La biblioteca estaba cerrada y el ayudante estaba sentado fuera en el escalón.

—La señorita vendrá en seguida, —dijo. Doc empezó a pasear por el camino que había delante de la entrada, parándose de vez en cuando para meter los dedos en la parte interior del cuello duro y carraspear. Luego vi bajar por la carretera hacia nosotros a Charlie, el pequeño Austin 7 azul marino de la señora Boxall. Hacía un ruido tremendo y era evidente que estaba muy maltrecho, pero Doc no pareció oír que se aproximaba.

—¡Aquí llega!, —grité, y le pasé el ramo de flores. Él dio un salto muy aparatoso y cogió las flores con las dos manos. Charlie se detuvo a la entrada de la biblioteca, se le apagó el motor con un traqueteo. La señora Boxall asomó la cabeza por la ventanilla y me gritó:

—¡Ven aquí Peekay, échame una mano, sé buen chico!, —dijo alegremente.

Vacilé un momento, inquieto por Doc.

—¡Ven, Peekay, ábreme la puerta! Tú no eres un bóer.

Acudí rápidamente a abrir la puerta del Austin.

—Ahora que se ha terminado la guerra podemos volver todos a tener buenos modales, —dijo la señora Boxall saliendo de Charlie.

Me di cuenta de que agradecía la oportunidad de reñirme porque eso ocupaba los primeros instantes de su reencuentro con Doc. Alzó la vista hacia él y le dedicó su mejor sonrisa. Doc le dió las flores.

—Y aquí está el hombre que tiene los mejores modales de todos, —dijo, enterrando la nariz en los capullos rojos y rosas y aspirando profundamente—. No hay nada tan encantador como las rosas, ¿no cree?

Las meció en sus brazos como la Reina y le tendió la mano a Doc.

—Las rosas dicen tanto sin necesidad de añadir nada más.

Doc juntó inmediatamente los talones en un taconazo, dejándose casi K. O. en el proceso, luego hizo una rígida reverencia, y cogiendo la mano de la señora Boxall la alzó por encima de la cabeza de ésta y la besó muy delicadamente.

—*Madame* Boxall, —dijo.

—Ay, cómo le he echado de menos, Profesor. Es tan agradable tenerlo de vuelta.

Por un momento creí que iba a echarse a llorar, pero en vez de hacerlo enterró de nuevo la cabeza en las rosas y luego la alzó otra vez alegremente.

—Una taza de té para Peekay y para mí. Y para usted, Profesor, tengo un poco de café de Kenia recién molido. Trae mi cesta, está dentro de Charlie, —le dió otra vez las rosas a Doc y buscó en el bolso las llaves de la biblioteca—. He hecho una tarta

de Madeira riquísima, está en la lata dentro de la cesta, no te olvides de traerla, Peekay.

En cuanto estuvimos dentro fue otra vez como en los viejos tiempos. Los cuatro años y pico se esfumaron y Doc y la señora Boxall volvieron a ser los de siempre. Doc hablaba con cierta prevención de la perspectiva de tener que volver a la prisión aquella noche a cumplir su compromiso de tocar para el brigadier, y la señora Boxall se ofreció a llevarnos en coche. Doc le preguntó entonces, y a mí me sorprendió mucho que lo hiciera, si quería asistir al concierto, y a ella pareció entusiasmarle la idea. Telefoneamos al capitán Smit, quien dijo que la señora Boxall sería bienvenida, que todas las personas que fuesen amigas de Doc eran amigas suyas.

Luego hablamos por primera vez de Geel Piet. La señora Boxall no había llegado a conocerlo, pero era casi tan real para ella como lo había sido para Doc y para mí. Doc lamentó que tuviese que desaparecer el Fondo del Conde Sandwich y para nuestra sorpresa la señora Boxall no quiso aceptar esto.

—Es sólo una interrupción temporal. No podemos permitir que Geel Piet piense que somos una pandilla de miedicas. Tengo un plan, —nos miró fijamente—. Aún no estoy en condiciones de revelárselo a nadie, ni siquiera a ustedes dos. Pero puedo decirles esto. Había pensado coger el tren para Pretoria pero ahora, Dios mío, parece que Pretoria ha venido a nosotros.

Luego se puso muy seria, así que no insistimos más.

—Es una idea mía, y si el plan fracasa la única que quedará como una tonta seré yo, —proclamó.

La noche de la muerte de Geel Piet, el capitán Smit me había llevado gimiendo e hipando a la Plymouth azul de la prisión donde Gert esperaba al volante para llevarme a casa. Me había dicho que necesitaba un descanso en los entrenamientos, que no volviese a la prisión hasta la exhibición pugilística que se haría el sábado por la noche para el brigadier. Eran unas vacaciones agradables pero, como futuro campeón del mundo de los pesos medios, me preocupaba no seguir entrenando. Aún no había caído en la cuenta de que volvería a un equipo de boxeo en el que ya no estaba Geel Piet, y que en adelante sería sólo el boxeador más joven al cuidado, amable pero distraído, del capitán Smit.

El sábado por la noche la señora Boxall nos recogió al pie de la cuesta que llevaba a la casa de Doc. Aunque el trayecto desde allí hasta la casa había sido magníficamente reparado, no se consideraba a Charlie capaz de recorrerlo, dado su estado de salud. Llegamos a la prisión antes de las siete y nos dirigimos al salón. El recital de piano de Doc debía ser el primer acontecimiento de la velada. Era la parte cultural. Se consideraba más oportuno pasar por ella mientras el público aún estuviese sereno y controlado. Después, la gente iría al gimnasio para la exhibición de boxeo, y luego volvería al salón para el baile de tickie-draai y las braaivlies. El aire olía a humo de los fuegos de las braaivlies que habían encendido en la plaza de armas, a la salida del salón. Alguien estaba ya tocando el acordeón en la oscuridad, el



torso móvil perfilado por las sombras de una de las hogueras. La señora Boxall, Doc y yo elegimos tres asientos en la primera fila para que Doc pudiera llegar fácilmente al Steinway. Yo no había visto a Gert desde que me llevara a casa cuatro días antes y él se acercó a mí como si quisiese decirme algo. Me excusé y nos fuimos a un rincón a charlar. Me explicó, de nuevo, lo mucho que sentía lo de Geel Piet y que sin él las cosas ya no eran igual en el equipo de boxeo.

—No lo entiendo, muchacho, no era más que un cafre, pero le echo muchísimo de menos, —confesó. Me contó también que la inspección del brigadier había sido un éxito sensacional y que el teniente Borman había subido muchísimo en la estimación del Kommandant hasta el final de aquella tarde.

—¿Qué pasó esta tarde?, —pregunté, encantado ante la posibilidad de que el teniente Borman pudiese haber caído en desgracia.

—El brigadier se levantó y nos dijo a todos que no había visto nunca una prisión en mejores condiciones, pero que también en Pretoria se habían enterado del concierto cafre, —hizo una pausa y enarcó las cejas—. Sabíamos quién se lo había contado, claro, y creimos que estábamos metidos en un lío terrible.

Hizo una pausa, movió la cabeza y luego continuó:

—Pero nada de eso, el brigadier dijo que era un ejemplo de política penitenciaria, y que Barberton abría un camino, y luego felicitó al Kommandant. No sólo los terrenos y los edificios de la prisión estaban inmaculados sino que la disciplina era magnífica, y además se estaba iniciando también una reforma penitenciaria que era un ejemplo para el resto del país. Deberías haberle visto la cara a Pinkie Borman, amigo, estaba furioso. Yo casi me meé en los pantalones. Le miraban todos riéndose de él, hasta el Kommandant.

Entonces vino Mocosó y dijo que Doc me llamaba. Gert me dijo que me vería más tarde en el gimnasio.

Doc había decidido interpretar el Nocturno número cinco de Chopin, la misma pieza que yo llevaba semanas intentando dominar infructuosamente. Conocía la música lo suficiente como para pasarle las páginas, y por eso me llamaba. Había quedado en tocar dos piezas en el concierto. Cuando le pregunté cuál era la segunda me dijo que sería una sorpresa, y que después del Nocturno de Chopin yo debía volver a mi asiento junto a la señora Boxall. El salón estaba casi lleno, y los guardias y sus esposas e invitados del pueblo habían ocupado ya todos sus asientos cuando el Kommandant avanzó hacia el fondo del salón y se plantó al lado del Steinway.

—Damas y Heere, —empezó—, es para mí un gran placer darles la bienvenida a todos a este concierto en honor de nuestro buen amigo el brigadier Joubert, inspector de prisiones de Transvaal. El brigadier ha dicho esta tarde cosas halagüeñas sobre la prisión de Barberton, y yo quiero decirles a todos mis hombres que estoy orgulloso de ellos. Ahora nos toca a nosotros decir cosas agradables sobre el brigadier, que es un buen kerel y también un buen tirador de revólver como pudimos ver algunos de nosotros esta tarde en el pabellón de tiro. Le damos las gracias por su visita—, y el

Kommandant sonrió por ser tan blando con nosotros.

El público se echó a reír y él continuó:

—No, hablo en serio, son hombres como el brigadier Joubert los que hacen que el Servicio de Prisiones Sudafricano sea un sitio donde los hombres buenos pueden mantener la cabeza alta.

Hizo una pausa y pareció examinar el gran anillo de oro de sello que llevaba, luego alzó la vista otra vez y continuó:

—El brigadier ha sido tan amable que ha calificado el concierto que dimos la semana pasada para los presos negros de un buen ejemplo de reforma penitenciaria. Sólo fue una pequeña idea que se me ocurrió a mí y que funcionó bien. Pero el brigadier es un hombre de *grandes* ideas que funcionan, un hombre grande que nos da inspiración y fuerza para continuar.

Me di cuenta de que el brazo de la señora Boxall temblaba junto al mío, y me volví a mirarla y vi que estaba haciendo esfuerzos para contener la risa.

—Porque el brigadier es miembro de la Iglesia, es un hombre temeroso de Dios y es un hombre dedicado al Servicio Penitenciario.

El público inició un aplauso espontáneo y el Kommandant lo dejó prolongarse unos instantes y luego alzó la mano.

—También es un hombre culto, lo que me lleva a nuestra primera parte del programa de esta noche.

Luego carraspeó y miró al público.

—Todos ustedes saben que le hemos tenido en esta prisión como nuestro huésped, —sonaron una o dos risillas entre el público y el Kommandant continuó—: Lo digo en serio, amigos, este hombre que es un genio ha sido nuestro huésped honorífico durante los últimos cuatro años. Ésta es la última vez que le oiremos tocar para nosotros. La semana pasada nos ayudó en el concierto de los presos y esta noche va a ofrecernos uno personal para nosotros solos en honor del brigadier Joubert. Les pido pues que den la bienvenida al profesor Von Vollensteen.

Doc se levantó, e hizo una pequeña reverencia al público y a mí una seña y, sin que cesaran los aplausos, nos dirigimos hacia el Steinway.

Doc empezó inmediatamente, el Kommandant aún iba camino de su asiento cuando las primeras notas del Nocturno de Chopin llenaron el salón. La música era al principio maravillosamente relajada, engañosamente sencilla y directa, y luego, a medida que continuaba el recital, la línea de la melodía fue haciéndose más ornamental.

Doc hizo una notable exhibición de técnica de teclado cuando entró en juego la delicada escritura afiligranada de la mano derecha. En la sección media la música fue haciéndose progresivamente mucho más compleja, rápida y apremiante, hasta llegar a un largo *crescendo* y un apogeo frenético en el que Doc pudo sacudir la cabeza mucho y golpear con furia las teclas, cosa que sabía que le gustaría al público. El nocturno concluyó con un elegante descenso en etapas, hasta un acorde final

susurrante y casi apagado.

Doc había elegido bien. El Nocturno número cinco de Chopin es una pieza musical que no resulta difícil de entender y que es muy bella. El público se puso de pie, aplaudió y pareció muy satisfecho. Doc se levantó e hizo una reverencia y me indicó con un gesto que debía volver a sentarme con la señora Boxall. Luego sacó varias partituras del interior del taburete del piano y las colocó cuidadosamente, se volvió al público, carraspeó.

—Señoras y señores. Esta noche me gustaría dedicar la próxima composición musical, que sólo he interpretado una vez hasta el momento, a un amigo, un buen amigo. Le he puesto su nombre a esta música y es para él. ¡Voy a interpretar: *Réquiem por Geel Piet!*

Y se sentó sin decir más al Steinway y empezó a tocar el *Concierto de la Gran Patria del Sur*, al que había rebautizado. Las melodías de los cantos tribales parecían llenar todo el salón, la canción debele siguiendo a la sotho con su ritmo más estridente, la mano izquierda de Doc ocupándose de la parte aguda del solo y la derecha persiguiéndola como habían hecho los propios cantores. Siguió la melodía swazi y luego la shangaan, separadas las dos por el estribillo obsesivo en el que había algo de cada una, y que sin embargo servía para pasar de una a otra. Llegó por último el canto de triunfo del gran Shaka, y el Steinway pareció reproducir el drama del majestuoso indi zulú, los coros atronando camino del combate. El réquiem se cerró con una compilación en tono apagado y muy bello de los cantos de las tribus. La música pareció crecer cuando a nuestro alrededor completaron el réquiem las tribus con los cantos de voces que venían de las celdas. Geel Piet, que no había tenido ninguna tribu, cuya sangre era la mezcla de todas las gentes de Sudáfrica (la tribu blanca, los bosquimanos, los hotentotes, los malayos de El Cabo y la sangre tribal negra de la propia África), fue celebrado en la muerte por todas las tribus. Él era el hombre nuevo de Sudáfrica, el resultado de trescientos años de tortura, traición, racismo y matanza, en nombre de un color u otro. Cuando acabó la interpretación hubo un silencio muy especial. El nuestro se incorporó al de los que escuchaban fuera del salón. Todos habíamos sido parte del lamento de África. *Réquiem por Geel Piet* era un lamento por todos nosotros, las lágrimas derramadas por la propia Sudáfrica.

El brigadier Joubert, el inspector de prisiones, se levantó de su asiento, a pesar de que no habían cesado los aplausos, y se dirigió hacia el fondo del salón. Alzó las manos pidiendo silencio y el salón recuperó de nuevo la tranquilidad. Sacó un pañuelo caqui del bolsillo del pantalón y se secó despacio los ojos y empezó a hablar con mucha emoción.

—Esta noche, señoras y señores, hemos oído una obra de verdadero genio. Fuese quien fuese ese Geel Piet al que se honra con esta música, sabemos por su nombre que era un afrikaneer. Era también el espíritu de África y todos como afrikaneers deberíamos honrar su memoria, —dobló cuidadosamente el pañuelo y volvió a guardarlo en el bolsillo de la guerrera—. Lo único que puedo decir es que debió de

ser un gran hombre para que el profesor escribiese una composición musical sólo para él. Ahora les pido a todos que se levanten y junten sus manos una vez más por el profesor.

Vi que el capitán Smit sonreía radiante y aplaudía como loco. Hasta el Kommandant parecía haber decidido ignorar la ironía. Aplaudía con todas sus fuerzas. Creo que ya debía ver una insignia de coronel en las solapas de su uniforme en un futuro muy cercano.

Doc permaneció de pie con la cabeza inclinada durante todo el discurso del brigadier, y me di cuenta de que había sacado el pañuelo y estaba sollozando. Sabía que estaba llorando por Geel Piet. Pero sabía también que a Geel Piet aquel momento le habría parecido muy curioso.

«Ag, hombre, habría dicho, ¿por qué ha de esperar siempre un hombre a estar muerto para que le suceda algo así?».

Luego, los guardias, sus esposas y los invitados entraron en el gimnasio a presenciar la exhibición de boxeo. Estaban retirando las sillas del salón para prepararlo para la música bóer y el tickie-draai que eran, con las braaivlies, el punto culminante de la velada.

El capitán Smit había ideado un sistema muy ingenioso para la exhibición pugilística. Los boxeadores estaban todos sentados en hilera mirando hacia el *ring*, y él estaba en el cuadrilátero con un silbato al cuello haciendo de árbitro. En cuanto el público llenó el gimnasio sopló el silbato y yo subí al *ring* con Mocosó. Chocamos guantes y el capitán Smit utilizó de nuevo el silbato y Mocosó y yo empezamos a boxear. El plan era que después de cada asalto, uno de los boxeadores se retirara y le sustituyera otro. Salí yo el primero por ser el más pequeño y luego Fonníe Kruger, que boxeó el asalto siguiente con Mocosó. Luego Maatie Snyman sustituyó a Mocosó y boxeó con Fonníe, y luego Fonníe abandonó el cuadrilátero y subió Nels Stekhoven y así hasta llegar a los pesos pesados, en los que Klipkop boxeó con Gert y luego, en plan de broma, subí yo y boxeé el último asalto con Klipkop. Fue un buen modo de entretener al público, pues todos los boxeadores acababan enfrentándose con un contrincante más ligero y otro más pesado y todos boxeamos lo mejor que pudimos para ofrecer un buen espectáculo. Todo funcionó bien y el capitán Smit no pronunció una sola palabra, se limitó a utilizar el silbato para indicar el comienzo y el final de los asaltos. Cuando yo subí al *ring* con Klipkop, el público vitoreó como loco y alguien dijo: «¡Liquídale, Peekay!». Y hubo una carcajada general. Yo bailé alrededor de Klipkop y le puse en apuros con un golpe en el plexo solar. Él intentó también arrancarme la cabeza con inmensos upercuts, fallando siempre por un kilómetro. El público disfrutó muchísimo y por fin el capitán Smit utilizó el silbato, me alzó la mano y hubo muchos vítores. Después, cuando ya se iba el público, me acerqué a Doc y a la señora Boxall para decirles que tenía que cambiarme y que les vería en los braaivlies. La señora Boxall dijo que ella quería hablar con el inspector, y que le agradecería mucho a Doc que la acompañase para prestarle apoyo moral; ya me

verían más tarde. Cuando me giré para irme la señora Boxall volvió a llamarme.

—Peekay, he de decir que nunca me ha gustado demasiado que boxearas. Pero parece que no se te da nada mal y creo que serás algún día campeón del mundo de los pesos medios. ¡Lo has hecho muy bien, es todo lo que puedo decir!

—Es un campeón ya, ¡definidivamende!, —añadió Doc.

Estábamos todos en las duchas cambiándonos cuando entró Klipkop.

—El capitán Smit quiere que volváis todos al gimnasio cuando acabéis, daos prisa, tenéis que estar allí todos dentro de diez minutos. Cuando entréis en el gimnasio estarán las luces apagadas, sólo estarán encendidas las de encima del *ring*.

Se había ido cambiando precipitadamente mientras hablaba. Se abotonó la camisa; después se sentó, se puso los calcetines y los zapatos.

—Sentaos en la oscuridad y estaos muy callados. No cerca de la puerta sino en la parte más alejada del *ring*, ¿entendido?

Dijimos todos que sí y se fue a toda prisa.

Poco después de que nos sentáramos en el gimnasio a oscuras se abrió una de las puertas dobles, derramando un haz de luz del pasillo dentro del gimnasio. Envueltos en la luz llegaban el capitán Smit, Klipkop y, entre los dos, el teniente Borman. La puerta volvió a cerrarse y sólo pudimos ver confusamente a los tres hombres caminando hacia el *ring*; ellos no podían vernos a nosotros. Luego aparecieron de pronto en el círculo de luz que iluminaba el *ring*.

—Sube, Borman. Aquí al *ring*, —dijo el capitán Smit.

—Pero por qué hombre, ¿qué pasa?, —oí que decía el teniente Borman.

—Tú sube, te lo diremos ahora mismo. Se aclarará todo en un momento, —dijo el capitán Smit.

Borman subió al *ring* y el capitán Smit y Klipkop le siguieron. De los postes de cada uno de los rincones de los boxeadores colgaban dos guantes y en uno de los rincones neutrales había lo que parecía una lona enrollada. El teniente Borman vestía de civil, como el capitán Smit, camisa de cuello abierto y pantalones largos. El capitán se apoyó en las cuerdas y se quitó los zapatos, dejándose los calcetines puestos.

—Quítese los zapatos, por favor, teniente, —dijo Klipkop educadamente.

—Pero bueno, ¿qué es lo que pasa aquí?, —dijo Borman, con un leve tono de recelo—. Yo no voy a boxear. No quiero pelear con nadie. ¿Qué pasa?

—Quítese los zapatos, por favor, Teniente, —repitió Klipkop.

El capitán Smit recogió los zapatos y los puso con mucho cuidado al lado del poste.

—Yo no tengo ningún pleito con usted, Smit. Nunca le he hecho nada a usted personalmente. ¿Por qué quiere pelear conmigo?

—¿Va a quitarse los zapatos o prefiere que se los quite yo, teniente?, —preguntó Klipkop tranquilamente.

—No me ponga las manos encima, me oye, —gritó Borman—. ¡Soy su superior,

Oudendaal! Si no me guarda usted el respeto debido, daré parte, ¿entiende? —por el sonido de su voz parecía que estaba acumulando valor, movía un dedo en el aire mientras gritaba. Klipkop suspiró, movió la cabeza despacio y empezó a avanzar hacia él. Borman se sacó rápidamente un zapato y lo dejó caer en la lona, luego se quitó el otro y los colocó los dos en el rincón neutral, al lado de la lona enrollada.

El capitán Smit no había dicho una palabra desde que había pisado el *ring*. Me di cuenta de que esto estaba empezando a poner nervioso a Borman. Klipkop cogió los guantes del poste que estaba más cerca del teniente y se acercó a éste.

—Deme la mano, por favor, Señor, —dijo en un tono muy tranquilo.

El teniente Borman cruzó los brazos inmediatamente, metiéndose las manos en las axilas.

—¡Ni hablar! ¡Nada de eso! Usted no puede hacerme boxear, amigo mío, que Smit me cuente primero qué he hecho.

El capitán Smit había cogido los guantes de su rincón, puso uno entre las piernas, introdujo la mano en el otro.

—¡Dígamelo de una vez, me oye!, —gritó Borman.

El capitán Smit alzó la vista del guante y miró directamente a Borman. Se lo quitó despacio y lo dejó caer sin apartar la vista, después abrió las rodillas para que el segundo guante cayera también sobre la lona. Luego se dirigió hacia el rincón neutral y cogió aquel objeto que había allí. Pudimos ver entonces que se trataba efectivamente de un rollo de lona. Sosteniendo un extremo del rollo con la barbilla lo desenrolló. Me dio un vuelco enorme el corazón. La lona que el capitán Smit sostenía desplegada estaba cubierta de sangre seca. Borman retrocedió horrorizado, pero luego se recuperó, con la misma rapidez.

—¿Pero qué es esto? Es la primera vez en mi vida que lo veo.

El capitán Smit no dijo nada, empezó a enrollar otra vez la lona. Antes, al subir al *ring* yo había tenido mucho miedo de poder ver señales de la sangre de Geel Piet, pero habían quitado la lona vieja y habían puesto otra nueva. Al ver al capitán Smit desplegando una parte de la vieja lona manchada de sangre volví a sentir la conmoción que había experimentado, y empecé a llorar sin darme cuenta. De pronto, una mano grande y áspera me tapó la boca y el brazo de Gert me rodeó el hombro, apretándome contra él.

El capitán Smit volvió a colocar la lona en el rincón y recuperó los guantes. Klipkop tiró de los brazos de Borman, los separó y le puso los guantes. Esta vez el teniente no hizo ninguna tentativa de impedirselo. Klipkop le ató los guantes.

—¡No sé de qué me habla, me oye! Juro que estaba en casa la noche que murió el cafre. Puedo demostrarlo. Tuve que irme a casa porque mi mujer tenía un ataque de asma. Todo el mundo vio que no estaba en el concierto cafre. Eso es porque estaba en casa. Me llamaron por teléfono. Mi mujer tenía un ataque grave y tuve que irme a casa. Usted está loco, me oye, está loco, yo no lo hice. ¡Yo no maté a ese cafre!

Klipkop acabó de atarle los guantes al Capitán y avanzó hacia el centro del *ring*.

—No quiero cabezazos ni patadas, peleen como hombres, —dijo Klipkop y se bajó del *ring* dejando a Smit y a Borman para que boxearan.

Smit cruzó el *ring* caminando hacia el teniente, pero éste alzó el guante con la mano abierta.

—Mire. Admito que telefoneé a Pretoria para decirles lo del concierto cafre. Eso lo admito, muy bien, en eso tienen razón. Yo pensé que hacía lo que tenía que hacer, que cumplía con mi deber. Eso no puede usted reprochármelo. Hice lo que me pareció justo.

El capitán Smit apartó el guante abierto a un lado con la izquierda y conectó un buen derechazo en el michelín de tripa que se derramaba por encima del cinturón de Borman. El teniente se dobló, cogiéndose el estómago con ambas manos, sin poder respirar. Smit se quedó quieto junto a él, esperando. Borman le lanzó de pronto un puñetazo, sin el menor aviso, en los genitales. El capitán retrocedió tambaleante, cogiéndose los genitales y cayó de rodillas. Borman se abalanzó sobre él como un relámpago y le pegó en la mandíbula lanzándole a la lona.

—¡Boetie cafre, amigo de los negros, a mí no me jodes tú, me oyes!

Luego le dio una patada en las costillas en el momento justo que Klipkop, que había vuelto a subir al *ring*, llegaba a su lado y le rodeaba con los brazos, inmovilizándole. Pero a Borman se le había calentado la sangre, era un hombre corpulento, y se lo quitó de encima justo cuando el capitán Smit intentaba levantarse. Le colocó otro buen golpe en la cara y volvió a derribarle. Klipkop intentó sujetar de nuevo al teniente.

—¡Sí, yo maté a ese cabrón, lo oye usted!, —gritó Borman—. Yo maté a aquel negro amarillo. No quería decirme quién le había dado las cartas, quién traía las cartas. ¡Le cogí con las manos en la masa, con dos cartas! Dos jodidas cartas tenía en el bolsillo. No me lo decía, le rompí todos los huesos de la cara, le metí la maldita verga de burro por el culo hasta que cagó las tripas, pero no quiso decírmelo. ¡Aquel cabrón de negro no quería hablar!

Borman empezó a sollozar, había burbujas de espuma en las comisuras de sus labios. El capitán Smit había conseguido ponerse de pie y estaba ahora frente a él. Borman no intentaba ya librarse del abrazo de oso en que Klipkop le tenía inmovilizado. Smit alzó los guantes y le indicó que se acercase a pelear. Klipkop abrió los brazos y Borman se lanzó al ataque, tropezando con un directo de izquierda que le paró en seco. Cargó de nuevo y el capitán volvió a pararle, repitiendo el directo de izquierda en la cara. Era evidente que Borman no había sido nunca boxeador. Le manaba un hilillo de sangre de la nariz y alzó el brazo para limpiarse. Luego miró horrorizado la mancha de sangre del brazo.

—¡Mierda, estoy sangrando!, —gritó—. ¡Dios mío, estoy sangrando!

Entonces el capitán avanzó hacia él, le hundió el guante en la cara. El golpe pareció aplastarle la nariz. Borman se derrumbó en la lona.

—¡No me pegue, por favor, no me pegue!, —chillaba, tapándose la cara con los

guantes.

El capitán Smit indicó a Klipkop que volviese a ponerle de pie. Klipkop le cogió por debajo de los brazos, pero no quería levantarse. La sangre de la nariz le había manchado la camisa blanca y tenía los ojos muy abiertos por el dolor. Klipkop le soltó y Borman se desplomó en la lona. Luego, se acercó a gatas al capitán Smit, le abrazó por las piernas.

—Por favor no me pegue, Capitán. No lo comprendo, ¿por qué me hace usted esto? No era más que un cafre, un amarillo sucio y asqueroso. ¿Por qué le pega usted a un hombre blanco por culpa de un cafre?

El capitán se libró del abrazo de Borman a patadas.

—Ni siquiera sabes pelear, cabrón de mierda. ¡Ni siquiera eres capaz de ponerte de pie y luchar como un hombre!

Era la primera vez que hablaba desde que había subido al *ring*. Se volvió y tendió las manos hacia Klipkop que le desató los guantes y se los quitó. Luego fue hasta al rincón neutral, cogió el rollo de lona y lo desenrolló al lado de Borman, que seguía sollozando. Klipkop lo cogió por las piernas y el capitán por las muñecas, lo levantaron entre los dos y lo echaron en la lona manchada de sangre y se la enrollaron al cuerpo.

—La sangre de este cafre te perseguirá hasta que mueras, —dijo el capitán Smit.

Después recogió sus zapatos, y luego él y Klipkop bajaron del *ring*. Klipkop se acercó a la pared. Pulsó el interruptor y hundió el gimnasio en la oscuridad.

Y en la oscuridad llegó de las puertas giratorias un grito súbito: «*Abantu bingelela!* ¡Onoshobishobi Ingelosi!». ¡La gente saluda al Ángel Renacuajo! La puerta se abrió levemente y en el haz de luz que lanzó vimos a un negro que salía rápidamente del gimnasio. Todos se dieron cuenta. La maldición estaba hecha. El teniente Borman estaba condenado.

Cuando salí fuera, el baile de tickie-draai estaba ya en plena marcha, alguien aporreaba el Minion con música bóer acompañado por el hombre del acordeón y un tocador de banjo. Fuera, en la plaza de armas, los guardias y sus esposas hacían círculo alrededor de las hogueras que eran ya puras brasas, en las que asaban salchichas caseras llamadas boerewors. El silbido de la grasa de las salchichas hacía llamear las ascuas en la oscuridad.

Doc y la señora Boxall no estaban por ninguna parte. Me quedé mirando al individuo que estaba destrozando el Minion, pensando que era una suerte que no utilizase el Steinway de Doc, y de pronto sentí una palmada en el hombro.

—Howzit?, —era Gert—. ¿Cómo vas a volver a casa?—, preguntó. —Quizá me dejen el Plymouth y pueda llevaros a todos.

Le expliqué que nos había traído la señora Boxall en su viejo cacharro, que hacía un ruido horroroso y que dudaba que le quedase mucha vida.

—¿Tú sabes dónde están ella y el profesor, eh?, —sin esperar respuesta mía, dijo—: Les vi que entraban al edificio de oficinas con el brigadier y el Kommandant.



Gert era sorprendente en esto; siempre parecía saber lo que pasaba. Luego añadió:

—Puede que al profesor le den una medalla o algo, —se echó a reír—. Dios mío, ojalá el brigadier no se entere nunca de que Geel Piet era sólo un presidiario tronado.

Luego me dio un leve golpe en el hombro y añadió:

—Perdóname, hombre, por taparte la boca ahí dentro.

Yo bajé la cabeza, el recuerdo de la lona manchada de sangre aún estaba demasiado claro en mi mente para correr el riesgo de mirarle.

—Hiciste bien, —dije con voz apagada.

—Adiós, Peekay, será mejor que vaya al baile a levantar un poco de polvo, —dijo él.

Por fin salieron Doc y la señora Boxall. Corrí hacia ellos y me di cuenta de que la Señora Boxall estaba emocionada.

—Dios santo, Peekay, no paran de suceder milagros. ¡Creo que lo hemos conseguido!, —exclamó.

—¿El qué?, —pregunté.

—Nos han dado permiso para poner en marcha un servicio postal. ¿No es una gran noticia? El brigadier dice que cada preso podrá enviar y recibir una carta al mes. Es la primera vez que sucede esto en Sudáfrica y se hará durante seis meses a prueba.

Me cogió de una mano y Doc de la otra y bailamos en círculo al ritmo de la música de tickie-draai que llegaba del salón.

—Vamos a necesitarte, porque tú hablas tres idiomas africanos además de inglés y afrikaans. Los domingos por la mañana, después de la iglesia, vendrás dos horas aquí y los presos te dictarán las cartas. Es una auténtica victoria de las fuerzas del bien. El brigadier se quedó muy impresionado cuando le dije que se haría con el patrocinio del Fondo del Conde Sandwich, —se paró, jadeante del baile y luego se echó a reír—. El Kommandant le dijo al brigadier que el Fondo del Conde de Sandwich era una organización muy respetada que tenía contactos en todo el mundo y que todas las mujeres de los guardias hacían tartas y pasteles para ella en Navidad y en Pascua.

Todos nos echamos a reír. Finalmente Doc dijo:

—*Madame* Boxall, es usted definitivamente la mejor. Por esto le doy once sobre diez.

Ella hizo una pequeña reverencia.

—¡Pues muchas gracias, buen caballero!, —dijo y le ofrendó a Doc una de sus sonrisas especiales extras.

Estuvimos por allí un rato más, sólo por no parecer groseros, y por último nos dirigimos hacia el coche. Cuando nos acercábamos oímos un rumor de gruñidos apagados y luego vimos que salían un par de botas de debajo de Charlie. Gert se incorporó tímidamente y se limpió las manos manchadas de grasa en las perneras de los pantalones cortos caquis. Le hizo una torpe reverencia a la señora Boxall.

—¿Mevrou habla afrikaans?, —me preguntó.

Le indiqué que no con un gesto.

—Yo traduciré si no te importa, —añadí.

—Pues dile que ahora tiene más potencia, que antes sólo le funcionaba un cilindro, —hablaba deprisa, entrecortadamente, debido a su timidez—, pero de todos modos sigue teniendo un problema en el diferencial.

Se volvió a la señora Boxall y añadió:

—Si puede usted traerlo aquí mañana, por ejemplo cuando salga de la iglesia, yo les diré que me dejen el Plymouth y la llevaré a casa y le arreglaré el coche.

Entonces le presenté a la señora Boxall y le traduje lo que había dicho. La señora Boxall se lo agradeció mucho y le llamó «dulce y amable muchacho», cosa que no traduje porque creo que lo entendió, ya que pareció sentirse aún más azorado.

—Oh, Dios mío, no tengo ni idea de lo que es el diferencial. ¿Será grave o no?

—Yo creo que es bastante grave, —contesté, sin consultar a Gert.

Gert, estirándose los calcetines, que ya tenía estirados, tartamudeó: «Buenas noches, Señora», en inglés, y luego se adentró rápidamente en la oscuridad.

Salimos de allí a toda marcha, y la señora Boxall no tuvo ningún problema para subir la cuesta. Ahora que Charlie disponía de ambos cilindros la diferencia era asombrosa. Dejamos a Doc al pie de su colina. Yo creo que el nuevo Charlie, con sus dos cilindros, podría haber subido hasta la casa sin problemas, pero Doc nunca había invitado a la señora Boxall a su casa, y ella me dijo, mientras íbamos camino de la mía: «Éste no era el momento adecuado»... No sé muy bien qué quería decir exactamente.

## DIECISÉIS

La señora Boxall prometió hablar con mi madre del nuevo acuerdo sobre las cartas de los presos. Tendría que ir allí los domingos por la mañana, y tenía algunas dudas sobre si me lo permitirían o no. Los domingos eran un día difícil para mí, un día lleno de tabúes, que empezaba con la escuela dominical y la iglesia por la mañana y acababa con el servicio vespertino, que consistía en un breve mensaje del pastor Mulvery, y luego «un tiempo precioso» en que la congregación daba testimonio del Señor. A mí los domingos no se me permitía hacer nada más que la obra del Señor, pero como no era un cristiano renacido el trabajo que pudiese hacer para el Señor, como leerles la Biblia en shangaan a Dee y Dum, no me proporcionaba ladrillo alguno para mi mansión en el Cielo. La tarea más elevada que se podía hacer por el Señor era leer la Biblia. Yo tenía que leer tres páginas del Nuevo Testamento todos los días y diez el domingo, y hacía mi lectura dominical obligatoria durante el Mensaje del Señor del pastor Mulvery. Es lógico pensar que si se llama a algo mensaje del Señor, ese algo ha de ser un mensaje como es debido, como el que se podría comunicar a una persona. Pero los mensajes del padre Mulvery divagaban constantemente mezclando fragmentos de las escrituras y con frecuencia conducían a conclusiones disparatadas e insólitas, que tendían a demostrar que el pastor Mulvery tenía razón y que todos los exégetas e intérpretes bíblicos desde San Pablo estaban equivocados.

Su objetivo principal era la Iglesia católica. Se esforzaba muchísimo en demostrar que los católicos habían pervertido la palabra de Dios. Decía que los eruditos latinos que habían traducido la versión de St. James al inglés, a partir de una versión original católica, no habían sabido interpretar fielmente la traducción griega original del original hebreo. Como el pastor Mulvery no sabía latín ni griego, y menos aún hebreo y nunca daba ejemplos de las palabras de Dios tergiversadas en latín o griego para que yo pudiese al menos preguntarle a Doc su significado preciso, lograba exponer unos argumentos la mar de impresionantes contra la perfidia de la Iglesia católica. Os aseguro que no os habría gustado nada ser católicos en uno de aquellos servicios

vespertinos dominicales en que el pastor Mulvery comunicaba sus mensajes.

Como la lectura dominical de la Biblia el domingo no se apuntaba en mi cuenta de ladrillos celestiales, se esperaba de mí que buscara otro tipo de buenas obras. Mi madre me interrogaba minuciosamente al respecto todos los domingos por la noche. A veces yo tenía que buscar y rebuscar en el tonel cosas que alegar, como rezar por ejemplo por Hitler. Cosa que no había hecho, claro está. Pero sonaba bien y era lo suficientemente insólito como para despistar a mi madre.

Lo de rezar por Hitler provocó, por cierto, una verdadera crisis en el debate de aquella noche. Marie, que cenaba siempre en casa los domingos, dijo que lo de rezar por Hitler en mi caso no valía, pues era en realidad un pecador que rezaba por otro. Mi madre se enzarzó en una discusión con ella sobre si era válido o no que un pecador rezase por otro pecador. El abuelo dijo que creía que ya era hora de que él se excusara y se levantara de la mesa y se fuera a su cuarto a rezar para que hubiese menos disputas como aquélla. Mi madre dijo entonces, que no le diría que su comentario era grosero y ofensivo porque era domingo.

Así que el ir dos horas a la prisión todos los domingos a escribir al dictado no era sólo cuestión de que la señora Boxall se lo pidiese a mi madre. Tendría que haber un gran trajín de idas y venidas al Señor, y lo que yo temía era que sería difícil convencerle de que escribir lo que me dictaba una pandilla de delincuentes era el mejor uso posible de mi festividad.

Mis temores resultaron justificados, y el plan tuvo de que aplazarse un mes, que mi madre y el Señor se pasaron luchando a brazo partido con la letra pequeña. Un caso tan importante como éste se abordaba buscando un precedente en la Biblia. Mientras tanto conseguí apuntarme un buen tanto cuando le indiqué que San Pablo había escrito sus epístolas desde la cárcel de Roma. Éstas eran precisamente las cosas que necesitaba mi madre cuando se iba a charlar con el Señor, porque yo quería que Él diera una respuesta rápida. Mi abuelo me dijo después que mi argumento de San Pablo era un golpe genial. Pero resultó que el Señor no se dio por satisfecho con eso ni mucho menos, porque Pablo era un cristiano renacido, convertido personalmente en el camino de Damasco, y le había encarcelado un régimen romano injusto. Los presos de la cárcel de Barberton eran delincuentes castigados por un régimen justo. Lo verdaderamente importante era que Pablo estaba haciendo la obra del Señor, mientras que yo podía ayudar al diablo escribiéndoles cartas a delincuentes empedernidos que no podían proponerse nada bueno, esparciendo una red de falsedades y de intrigas por toda Sudáfrica.

*Para mi esposa, Umbela:*

*Te saludo en mi vergüenza. ¿Quién pone alimento en la boca a nuestros hijos? Este lugar es duro, pero iré un día contigo de nuevo. El trabajo es duro pero yo soy fuerte. Viviré para verte de nuevo.*

Yo no podía explicarle a mi madre lo inocentes que eran en realidad las cartas, porque ella no sabía lo de las cartas anteriores, ni lo del tabaco, el azúcar y la sal. Así que la semana siguiente leí el Nuevo Testamento de cabo a rabo. Tenía que haber algo allí que pudiese ayudarme. El pastor Mulvery siempre andaba cogiendo frases y fragmentos inconexos de las escrituras y agrupándolos para justificar lo que fuera; yo podía hacer lo mismo, sin duda.

Se lo planteé a Doc, pero por una vez no me resultó de gran ayuda. Dijo que según los grandes doctores luteranos alemanes, los escritos de San Pablo desde la prisión, databan probablemente del año 63 d. C. aproximadamente. Era interesante saberlo, pero no me servía de gran cosa.

Doc tenía una mentalidad demasiado racional para las cosas de este tipo, así que fui a exponerle el problema a mi abuelo que, después del eficaz movimiento de apertura de San Pablo, parecía deseoso de que el debate se dirigiese del modo correcto. Estábamos sentados en los escalones de uno de los bancales del jardín, mi abuelo vació la pipa y la llenó otra vez, la encendió, mirando ensimismado a través del humo azul de tabaco el azul pálido de más allá del tejado herrumbroso. Al cabo de un buen rato dijo:

—Lo único que yo sé de la Biblia es que allí donde se mete siempre hay líos. La única vez en mi vida que he oído que fuera de utilidad fue cuando un camillero que estuvo conmigo en la batalla de Dundee me explicó que una vez que le dispararon una bala de máuser al corazón y la Biblia le salvó la vida porque la llevaba en el bolsillo de la guerrera. Me contó que desde entonces llevaba una en todos los combates y que se sentía muy seguro, porque llevaba a Dios en el bolsillo del pecho. Estábamos buscando a un sargento y a tres soldados que habían resultado heridos en un reconocimiento y que según decían estaban refugiados en una *donga* seca. En realidad yo creo que mi compañero se sentía muy seguro porque según los cálculos de la artillería británica los mausers de los bóers eran precisos a ochocientos metros y estábamos a mil trescientos metros lo menos de sus líneas. Nadie se molestó desgraciadamente en explicarles a los bóers las limitaciones de su flamante rifle alemán y la bala de máuser le alcanzó en el entrecejo, —dio una chupada a la pipa y luego continuó—: Lo cual te demuestra que puedes tener seguro que las informaciones del ejército británico nunca son exactas, que los bóers tienen una puntería mortífera, que la Biblia es buena para las cosas del corazón pero no para las de la cabeza, y por último que Dios no está en el bolsillo de nadie.

Al parecer se quedó muy satisfecho de esta concisa enumeración, pero a mí no me ayudó gran cosa, la verdad.

Sin embargo, un domingo por la noche, tres semanas después de que la señora Boxall le hubiese planteado el asunto a mi madre, mi abuelo decidió intervenir en el debate de la cena. Lo inició mi madre diciendo que el Señor estaba «muy atribulado»

por todo aquel asunto, que «era una carga pesada para ella». Le gustaba utilizar palabras de este tipo en sus debates, sabía que dejaban a Marie patidifusa.

Una prima de Marie había perdido a su marido en un accidente de tiro, dejándola con un niño pequeño. Mi madre había consolado a Marie diciendo que le pediría al Señor que «restañe las heridas de su corazón y vierta en él el bálsamo de su consuelo, que él sea el esposo de la viuda y el padre del huérfano». Marie lloriqueó un poco y dijo que eran las palabras más maravillosas que había oído en su vida.

Mi abuelo carraspeó y dijo:

—¿No hubo un par de tipos que fueron crucificados uno a cada lado de Jesús, y que eran unos bribones redomados, si no recuerdo mal?

—El Evangelio dice que eran ladrones que fueron crucificados con el Señor, pero no veo que eso tenga nada que ver con el asunto, —contestó mi madre con una irritación apenas disfrazada—. No recuerdo que en la Biblia diga que escribiesen a su casa desde la cárcel.

Yo sabía que las opiniones de mi abuelo sobre cuestiones bíblicas no gozaban de mucha consideración por proceder de un pecador que se había negado obstinadamente a aceptar a Cristo en su vida.

—Creo recordar que Cristo perdonó a uno, que le prometió un puesto en el cielo allí mismo, ¿o estoy equivocado?

—¡Cielo santo! El Señor no promete a la gente «puestos» en el cielo, —dijo con aspereza mi madre—. «En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso», eso fue lo que dijo el Señor.

—Pues a mí me parece, por el comentario, que a Cristo no le importa nada que entren en el reino de Dios delincuentes condenados, —proclamó.

—¡Por supuesto que no, ahí está el asunto! Jesús vino a salvar a los pecadores más desdichados que hay entre nosotros, Él se compadece de todos, su amor es eterno y su comprensión infinita. Si buscas su perdón te salvas. No eres ya un criminal o un ladrón, eres uno de los valiosos redimidos del Señor. El ladrón que estaba en la cruz a su lado se salvó porque confesó sus pecados y le lavó la sangre del cordero.

—Aleluya, alabado sea Su santo nombre, —recitó Marie automáticamente.

—Y los presos de aquí de Barberton. ¿No podrían salvarse también como él?

—Tú sabes tan bien como yo que podrían, —dijo mi madre remilgadamente.

—¿Cómo?

—Aceptando a Cristo en sus vidas, renunciando al mal y..., —mi madre se paró y miró fijamente al abuelo—. Tú sabes muy bien cómo.

—Oh sí, claro. ¿Vas a trabajar tú para que sea posible eso?

—Pues no. Los anglicanos y la Iglesia holandesa reformada han conseguido el ministerio de la prisión y no hacen absolutamente nada. Es una iniquidad. Nosotros hemos rezado muchísimo por esto, rezamos para que el Señor hiciese posible que los misioneros de la Asamblea de Dios consiguieran la concesión de la cárcel para extender su santa palabra y llevar el Evangelio a esos pobres pecadores desdichados.

—¿No se te ha ocurrido pensar que el Señor puede haber respondido a vuestras oraciones?, —preguntó mi abuelo.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Bueno, si el chico tiene acceso directo a los presos, ¿no podría distribuir entre ellos folletos y cosas de ese tipo?

Fue un golpe maestro. A cambio del permiso para ir a escribir al dictado el domingo a la cárcel, se me pidió que llevase folletos evangélicos en sotho y zulú de los misioneros de la Asamblea de Dios y que diese uno a cada preso después de que me hubiese dictado una carta. Mi madre y Marie se habían apuntado un triunfo decisivo más. Primero el hospital y ahora la cárcel; estaban haciéndose famosas como un par de valerosas combatientes del ejército del Señor. Y más aún, mi tiempo del domingo en la prisión contaba como trabajo de primera clase para el Señor.

Yo no sé exactamente cómo pasó, pero lo hice la primera vez y luego ya pasé a hacerlo siempre. Uno de los presos había dicho que echaba muchísimo de menos el tabaco, y a la semana siguiente corté un trozo de hoja de tabaco del tamaño exacto de los folletos y lo metí dentro de uno. Cuando quise darme cuenta Dee y Dum metían ya cuadrados de hoja de tabaco bien cortados en todos los folletos y yo me los llevaba, en las cuatro lenguas africanas, y los ponía en el cajón de la mesa en la que escribía, dejando una pila de folletos en sotho «inocentes» encima de la mesa. Después de que el preso me dictaba la carta yo le entregaba un folleto de los del cajón. Esto era idea de Doc y en dos ocasiones que el guardia que estaba presente en las sesiones de dictado, cogió distraído un folleto, lo miró por encima y luego volvió a ponerlo en la mesa. Lo de escribir cartas se hizo de pronto muy popular. Y los que no tenían a quién escribir me pedían que escribiese al rey Jorge. Cuando les preguntaba qué querían decirle al rey de Inglaterra era casi siempre lo mismo.

*Querido rey Jorge:*

*La gente está contenta porque tú eres nuestro gran rey. Mando saludos al gran guerrero del otro lado del mar.*

*Daniel Mfutu*

Al cabo de un tiempo, una carta al rey Jorge no era más que un eufemismo para conseguir un folleto. Con un folleto y con su contenido se hacían dos cigarrillos, y eso era un lujo inaudito. El Ángel Renacuajo no sólo se las había arreglado para seguir suministrando tabaco a los presos sino que además la gente ya no tenía que pagarlo y llegaba con el papel para liarlo. En las prisiones sudafricanas, los cigarrillos acabarían llamándose, «reyes jorge», hasta una generación posterior, y algunos viejos presidiarios aún utilizan hoy esa expresión. Y siguió creciendo, naturalmente, la mística en torno al Ángel Renacuajo; nada parecía imposible para él. Además, el

experimento de las cartas, y esto para el Kommandant era importantísimo, se convirtió en un éxito inmenso, y antes de que acabase aquel verano había sido ascendido a teniente coronel y había recibido además una felicitación de Pretoria por su aportación a la reforma penitenciaria. Los misioneros de la Asamblea de Dios seguían suministrando folletos y hasta los habían hecho traducir al swazi y al shangaan. Cuando le conté a Doc que los reyes jorge venían ahora en swazi y en shangaan sonrió y dijo: «Los instrumentos de que Dios se vale son misteriosos, Peekay. Yo creo que la gente, como no sabe leer, lo que hace es mandar señales de humo a Dios».

No mucho después de la muerte de Geel Piet, el teniente Borman empezó a quejarse de almorranas.

—Ahora estoy en administración y estoy demasiado tiempo sentado, —le contaba a todo el que quisiese escucharle—. No puedo comer carne, me duele demasiado al pasar. Hasta cago sangre con la mierda.

Era verdad que parecía estar adelgazando, y el capitán Smit le aconsejó que fuera a ver a un médico.

—Son sólo almorranas, mi padre era maquinista de tren, le pasaba lo mismo.

Su mujer le hizo un cojín especial que él llevaba al trabajo, y a veces andaba con él a cuestas por si tenía que sentarse en algún sitio inesperadamente.

—Es la justicia de Dios, Geel Piet no fue el único con el que usó la verga de burro, —me contó Gert; luego rió entre dientes y añadió—: ¡Ojalá ese cabrón no pueda sentarse en seis meses!

Nadie decía nada pero podías vérselo a la gente en la mirada, todos los que habíamos estado en el gimnasio aquella noche sabíamos que pesaba sobre él una maldición.

Geel Piet me había explicado una vez que los presos podían pensar con tanta intensidad que agrupándose colectivamente podían hacer que pasasen cosas. Como cuando supieron que yo había vencido a Kroon el Asesino horas antes de que llegase alguien con la noticia final de mi triunfo. Lo mismo que siempre sabían cuándo iban a ahorcar a alguien minutos después de que el juez hubiese firmado la orden, a veces a cientos de kilómetros de donde estaba la prisión en que iba a producirse la ejecución.

—Sí, es cierto, pequeño jefe, he sido testigo de ello muchas veces, —me había dicho Geel Piet—. A veces si hay odio suficiente, este pensamiento puede matar. La gente puede hacer morir a una persona con el pensamiento. Esa muerte es siempre larga y dura, porque el pensamiento ejerce su influencia a lo largo de mucho tiempo. Es el odio; cuando se derrama no hay quien lo pare, el tipo morirá porque no hay ningún *mooty* al que pueda recurrir para parar esa cosa del odio.

Todo el que nace en el África rural es supersticioso, y los guardias, que eran del campo la mayoría, lo eran en especial. Todos veíamos que Borman empezaba a encoger. Seguía conservando la barriga, pero por el resto del cuerpo empezó como a



perder la carne. Daba la sensación de que envejecía a ojos vistas, y cuanto más adelgazaba más se ensañaba con los presos.

Luego murió misteriosamente otro interno, y tras una breve investigación se acusó de ello a Borman y se le suspendió de servicio hasta que terminase la investigación. Poco después le sobrevino una grave hemorragia rectal y le ingresaron precipitadamente en el hospital de Barberton donde el cirujano, intentando parar la hemorragia provocada por una ruptura de la pared del intestino, le llenó todo el recto de torundas gigantes de algodón, un procedimiento que provoca uno de los dolores más terribles que es posible experimentar. Un examen formulario del médico reveló la presencia de hongos. Al cabo de unas semanas de abandonar la prisión, Doc estaba ya lo bastante repuesto para ir a las montañas, y volvíamos a salir camino de ellas con las primeras luces del día todos los sábados por la mañana. Desayunábamos huevos hervidos y pan recién hecho antes y bebíamos café con leche y azúcar de un termo en lo alto de algún risco o al lado de un arroyo. A veces íbamos a las cataratas de Lamati, unas cataratas pequeñas que quedaban en la montaña a unos dieciséis kilómetros, y esperábamos a que el sol matutino blanquease el agua donde se precipitaba en un pozo profundo en el que se conservaba gélida durante todo el año. Doc era como un niño pequeño, parecía desprenderse de los años cuando corríamos ladera arriba o bajábamos a los profundos kloofs tropicales, donde los helechos arborícolas gigantes y el dosel de las hojas amarillas del bosque convertían en penumbra la brillante claridad del día y donde el suelo estaba húmedo y olía a podrido y a nueva vida al mismo tiempo. Doc tomaba fotos afanosamente para su nuevo libro y a veces nos pasábamos todo el día buscando un solo espécimen perfecto. Era agradable volver a trabajar con Doc. Era un maestro exigente que, cuando encontrábamos un ejemplar de su gusto exigía conocer tipos de suelo y pizarras, rocas, y las otras variedades botánicas que hubiese en un radio de quince metros, la dirección del viento, las horas de luz solar que recibía el cactus o áloe que estaba fotografiando. A veces hablábamos en latín todo el día, y Doc fue familiarizándome así poco a poco con Ovidio, Cicerón, la conquista de las Galias de César y Virgilio. La señora Boxall completaba esto con los poetas ingleses. Sus favoritos eran Wordsworth, Masfield y Keats, y consideraba a Byron, Tennyson y Walter de la Mare, si no sus favoritos, si imprescindibles para la formación básica de un caballero. Le pregunté a Doc por los poetas alemanes, y contestó que en su opinión, Goethe era el único que podía considerarse digno, pero que a él personalmente le parecía aburridísimo, y que los alemanes ponían toda su poesía en la música. Me dijo que debía estudiar a los ingleses por su poesía y a los alemanes por su música.

Era un tipo de educación irregular y anárquica, a la que se añadía la aportación de la señorita Bornstein, que había estado preparándome afanosamente para una beca en un elegante colegio particular de Johannesburgo. Un centro de enseñanza que quedaba muy por encima de los ingresos de mi madre como costurera. Yo aún no

tenía doce años, que era la edad mínima para entrar en una escuela secundaria, y había estado languideciendo tres años en el sexto curso, en los que la señorita Bornstein me había estado enseñado por su cuenta «todas esas cosas que nunca hay tiempo para aprender en la escuela».

Un mes antes de que cumplierse los doce años me presenté al examen para la beca del Colegio Príncipe de Gales, y al final del trimestre, hube de pasar por el apuro de que el señor Davis, el director de la escuela de Barberton, comunicase que yo había sacado las notas más altas que había dado aquel colegio en los exámenes de la beca. Que empezaría como interno a principios del primer trimestre de 1946. Doc, la señora Boxall y la señorita Bornstein me habían preparado bien, aunque a veces algo erráticamente. En el Colegio Príncipe de Gales descubriría que mis conocimientos excedían en algunas cosas los de los cursos superiores e incluso los de los profesores, mientras que en otras estaba al mismo nivel que los chicos más inteligentes del curso. Pero por encima de todo me habían enseñado a leer por placer y para comprender, pues tanto Doc como la señora Boxall me exigían que ejercitase en todo lo que hiciese mis facultades críticas. Tenía doce años, pero hacía ya casi cuatro que sabía pensar. Al estimular en mí la independencia de criterio, me habían dado el mayor don que un adulto puede dar a un niño, además de amor.

Y así fue cómo concluyó el último verano de mi infancia. Me presenté también para los exámenes superiores del Real Colegio de Música, y aprobé, aunque no con notas espectaculares. Yo creo que esto era todo lo que Doc esperaba de mí, sabía que no tenía ningún talento especial para la música, y que lo que había conseguido lo había conseguido sólo por el amor que le tenía. Él, por su parte, había cumplido el compromiso contraído con mi madre, para la que el hecho de que aprobase el examen era una confirmación de mi talento. Mi madre creía que me había convertido en el sucesor lógico del joven Arthur Rubinstein, y una de las mayores decepciones de su vida fue que yo decidiese tocar en la banda de *jazz* en el colegio. El *jazz* era la música del diablo, y otro indicio para ella de que yo había endurecido mi corazón frente el Señor.

Geel Piet, antes de morir, había estado enseñándome una combinación de ocho golpes. Trabajé firmemente todo el verano en esta combinación y en los campeonatos que se celebraron en Boxburg retuve el título de menores de doce años, aunque esta vez sin esfuerzo, eliminando incluso a un chico mayor en el segundo asalto por K. O. técnico. Kroon el Asesino no había participado en el campeonato, y aunque lo hubiese hecho, habría estado en la categoría superior.

Todos, hasta Doc, parecían satisfechos de que hubiese obtenido una beca para el Colegio Príncipe de Gales de Johannesburgo, aunque yo creo que Doc procuraba con todas sus fuerzas acumular valor para la ruptura de nuestra asociación. La señora Boxall, escribiendo para el *Goldfields News* se excedió realmente en su columna «Retazos de un jardín cultivado», hablando del intelectual en sazón del pueblo y su *mejor flor*, que resultaba ser yo. La noticia de que había aprobado en los exámenes

del Real Colegio de Música me convirtió en un músico *en flor*. En la sección afrikaans del periódico apareció mi nombre como ganador del campeonato de boxeo de Transvaal, éste en la categoría de menores de doce años. «¡Nuestra copa rebosa!». Proclamó mi madre, pero si yo hubiese aceptado al Señor en mi corazón su alegría habría sido cien veces mayor de lo que lo era. Vi, de todos modos, que estaba satisfecha, sobre todo cuando empezó a recibir invitaciones para ir a tomar el té de las familias más importantes del pueblo, y su negocio de costura prosperó tanto que sólo tenía tiempo ya para aceptar las propuestas más sustanciosas.

Yo me guardé sólo para mí la prevención que me causaba la idea de volver a un internado. Seguiría siendo, al parecer, el más pequeño del colegio, aunque este aspecto no me preocupaba en realidad. Si en el Príncipe de Gales tenían un juez, lo único que podía decir era que sería mejor para él que supiese boxeo. En realidad, la única pregunta que hice sobre el colegio se refería a boxeo. Me llegó la respuesta de que se practicaba en el colegio y que se encargaba de la preparación de los boxeadores el señor Darby White, excampeón del ejército británico de los semipesados.

La crisis final de aquel último verano de mi infancia llegó con la lista de ropa del colegio. A mi madre empezaron a rodarle las lágrimas por las mejillas cuando la leyó. Estaba allí Marie, era su tarde libre del hospital, así que debía ser un miércoles. Mi madre leyó la lista en voz alta.

—Seis camisas blancas de cuello almidonado independiente, manga larga. Tres pares de pantalones de franela grises largos (ver muestra adjunta). Seis pares de calcetines grises largos. Una chaqueta de punto escolar (ver muestra adjunta), colores de la escuela o escudo y corbatín de la escuela, pueden obtenerse en John Orrs, calle Eloff 129, Johannesburgo, un jersey gris de cuello en V, manga larga. Zapatos del uniforme del colegio, marrones. Zapatos para los domingos, negros. Traje de domingo de sarga azul, pantalones largos... No tenemos dinero para esto, no lo tenemos, no hay nada que hacer, —repetía una y otra vez mi madre.

—Ag hombre, jong, ¿dónde está tu fe?, —dijo Marie indignada; no le impresionaban nada las lágrimas de mi madre—. El Señor lo proporcionará todo, ya lo verás. Rezaremos ahora mismo, pongámonos de rodillas y comuniquemos a nuestro Señor Jesucristo la petición de Peekay. ¡Venga, ahora mismo!

Mi abuelo se levantó de la mesa y se excusó pero yo me vi obligado a arrodillarme con Marie y con mi madre. Marie debió pensar que como yo era un pagano mis oraciones no tendrían demasiada influencia, porque le quitó la lista a mi madre y me la dio.

—Nosotros vamos a rezar en voz alta al Señor, siempre es mejor rezar en voz alta si necesitas algo mucho. Cuando yo te lo diga lees la lista, ¿vale?

Asentí, agradeciendo no tener que rezar en voz alta.

—Cristo bendito, esta vez tenemos un auténtico problema, —empezó Marie.

—Alabado sea el Señor, alabado sea Su santo nombre, —dijo mi madre.

—Ya sabes lo listo que es Peekay y que ha ganado una cosa para ir a un colegio elegante de Johannesburgo sin tener que pagar nada.

—Santo salvador, escucha a tus humildes siervas, —dijo mi madre intentando elevar un poco el tono del asunto.

—En fin, tenemos muchísimos problemas, hombre, quiero decir Señor, —continuó Marie—, hoy ha llegado la lista de ropa y nos ha destrozado el corazón.

—¡Cristo bendito! ¡Sangre del cordero!

—El armario está vacío, no hay ninguna de las prendas de ropa del colegio colgada en él. Peekay te dirá ahora mismo lo que necesitamos, Señor, así que por favor, escucha bien, y tú habla alto, Peekay, para que el Señor pueda oír, ¿entendido? Él va a decírtelo ahora, Señor, —añadió Marie dándome la entrada.

He de confesar que nunca había estado tan cerca del Señor y estaba muy nervioso.

—Ejem.... Seis camisas blancas con cuellos almidonados independientes, manga larga, —leí—. Tres pantalones de franela gris (ver muestra adjunta).

—Enséñale la muestra, hombre, —cuchicheó Marie con vehemencia.

Yo no sabía muy bien qué hacer, así que alcé la muestra de franela gris hacia el techo. Unos instantes después, cuando calculé que el Señor la había examinado suficientemente, continué.

—Seis pares de calcetines escolares grises de lana, largos.

—¡Sólo tres pares, hombre! ¿Y los tres pares que ya tienes aquí para la escuela?, —dijo Marie en un aparte.

—Uy, —dije—. Perdón, sólo tres pares.

Mi madre había dejado de interrumpir los comentarios de Marie y la miré. Al principio creí que estaba llorando, tenía toda la cara crispada y se tapaba la boca con la mano, luego me di cuenta de que estaba intentando desesperadamente no reírse. A mí empezó a escapárseme la risa.

Marie me reprendió sin abrir los ojos.

—¡Ya está bien, Peekay! ¡Dios te va a castigar! Ya es bastante esfuerzo pedirle por ti, que no eres ni siquiera cristiano renacido. Pero si encima te ríes entonces ya no tenemos ninguna posibilidad, —su tono de voz se hizo conciliatorio—. Perdón, Señor, él no quería hacerlo, no volverá a pasar. Sigue, empieza a leer otra vez, el Señor no tiene todo el día, sabes.

Seguí leyendo la lista y le enseñé también al Señor la muestra de tela verde de la chaqueta. Cuando llegué a lo de las insignias de la escuela que podían obtenerse en John Orrs, calle Eloff 129, Johannesburgo, Marie susurró de nuevo:

—No tienes que darle la dirección al Señor. Él sabe dónde está.

Por último llegué al traje azul de sarga.

—Es su traje del domingo para ir a la iglesia, Señor —dijo, para recordarle al Señor que yo aún seguía en su poder todos los domingos.

Mi madre añadió unos cuantos alabado sea el Señor y alabado sea Su nombre más, y así concluyó la petición de mi guardarropa: el resto quedaba ya en manos del

Santo Redentor.

A Marie la fe le brillaba en los ojos y me di cuenta de que estaba muy satisfecha de cómo se había afirmado. A ella no le cabía ninguna duda de que el Señor proveería. Mi madre parecía también considerablemente animada y le dijo a Dum que preparase té. He de confesar que yo, como no era cristiano, no compartía su confianza. A mí me parecía que en aquella lista había un montón de prendas de vestir y que lo único que yo tenía de todo aquello era tres pares de calcetines grises, dos pantalones de gimnasia y las botas. Estas últimas prendas habían aparecido en una lista independiente titulada: «Deporte y Recreo», que incluía dos jerseys de *rugby*, insignias del equipo y del colegio, calcetines de *rugby*, botas de *rugby*, pantalones y camisas blancas de *cricket* para el curso primero y segundo, pantalones largos de *cricket* del tercer curso en adelante. La sección optativa de esta lista incluía botas de *cricket* y un jersey blanco de *cricket* con los colores del colegio. Parecía un vestuario asombroso para un solo individuo.

Le mencioné a Doc la crisis de la ropa. No es que él pudiese ayudar. Doc vivía justo con lo suficiente como para poder comprarse un libro de vez en cuando y alguna película para su cámara Hasselblad. Pero se lo comentó a la señora Boxall, y ésta se lo comentó a la señorita Bornstein, y las dos mujeres decidieron actuar.

La señorita Bornstein me llamó al final de la clase y me pidió que hiciese una copia de la lista de ropa. La hice y se la entregué. La leyó un momento.

—¿Y estas muestras, puedes traerme la gris y la verde, Peekay? Aunque sólo cortes un poquito es absolutamente necesario que las tenga.

Le prometí hacerme con las muestras, satisfecho de que la cuestión de mis prendas del colegio no quedase ya únicamente en manos del Señor.

—No tenemos demasiado dinero —dije, dándome cuenta por primera vez en mi vida que el dinero era importante. Yo sabía que éramos pobres, pero no había parecido importar demasiado. Yo había tenido un penique de vez en cuando para comprar bolas negras. Unas bolas grandes, negras y extraordinariamente duras que las chupabas e iban desprendiendo una capa tras otra de colores distintos y que duraban en la boca dos horas lo menos. Mis amigos eran generosos con sus golosinas, de manera que nunca me había sentido realmente pobre o con necesidad de dinero. Siempre me las había arreglado de un modo u otro para ahorrar cuatro chelines para Navidad, y el bueno del señor McClymont, el dueño de la pañería, me daba por ellos cuatro pañuelos de señora y uno de hombre, además de un pañuelo de hierbas para Doc. Los pañuelos de señora eran para mi madre, para la señora Boxall y para Dee y Dum, mientras que el de hombre era para mi abuelo. Cuando se los daba parecían sorprenderse siempre, pero no creo que les sorprendiera. La única alternativa a un pañuelo era una pastilla de jabón Knights Castile, y yo, la verdad, no podía atribuirle un valor a algo que se gastaba después de unos cuantos baños. Cuando Dee y Dum iban los domingos a limpiar la cabaña de Doc, se ponían en la cabeza sus pañuelos a la manera africana, y no conseguían entender cómo la gente blanca era capaz de

sonarse los mocos con aquel trozo de tela tan bonito. El domingo que pasaban en la cabaña de Doc era su gran excursión, y les gustaba estar guapas. Cuando llegaban allí se quitaban los pañuelos, claro, pero nunca jamás los usaban para sonarse. Creo que les gustaban sus pañuelos más que a nadie, aunque sé que a Doc le gustaba el pañuelo de hierbas que siempre era uno rojo.

—Hay muchas maneras de desollar un gato, —dijo la señorita Bornstein—. Este pueblo no va a permitir que su *enfant terrible* vaya al internado como un golfillo harapiento.

La tela para los pantalones, la chaqueta y el traje azul de sarga la consiguieron entre la señorita Bornstein y la señora Boxall, aunque supongo que el bueno del señor McClymont debió echar también una mano. Luego la señorita Bornstein salió con su sorpresa. El viejo señor Bornstein, que se había convertido en un contrincante formidable de Doc al ajedrez, había sido sastre en Alemania. Él cortaría la tela y haría todo el trabajo manual si mi madre hacía el de máquina. El traje era fácil de hacer porque «un traje es un traje, claro», pero necesitábamos una chaqueta para cerciorarnos que la mía tuviese el mismo corte y la misma hechura que las que se vendían en John Orrs, calle Eloff 129, Johannesburgo. La señorita Bornstein dijo que los niños tienden a meterse contigo si eres distinto, y que era importante conseguir que todo fuese correcto. La señora Andrews había enviado a dos de sus hijos al Colegio Príncipe de Gales, y aún tenía una chaqueta del colegio y se la dio a la señora Boxall. El viejo señor Bornstein la descosió para ver cómo estaba hecha y criticó muchísimo la deficiente confección de la prenda. Luego hizo un patrón de mi talla, y en cuanto al escudo del colegio, que era tres plumas de avestruz saliendo de una corona, como estaba casi nuevo, lo cortó con cuidado siguiendo los bordes y lo cosió en la mía, tan bien que habría sido necesario mirarlo con un cristal de aumento para ver dónde había cosido. La señora Boxall encargó a Johannesburgo dos corbatas del colegio a rayas rojas, blancas y verdes, que fueron su regalo especial. Las camisas salieron todas de un par de sábanas de popelín que la señorita Bornstein dijo que su madre no había usado nunca. El viejo señor Bornstein sabía hacer cuellos, así que los cuellos duros que donó el bueno del señor McClymont ajustaron perfectamente. Marie y su madre me hicieron tres pares de calcetines para Navidad. Sólo faltaban los calcetines marrones y negros, y en la fiesta que se celebraba en Navidad para todos los guardias, el capitán Smit me entregó, en nombre de todos, un paquete grande que era un obsequio del equipo de boxeo. Dentro había unos zapatos nuevos marrones y otros negros y unas flamantes botas de boxeo.

—¡Magtig! Peekay, todos estamos orgullosos de que vayas a ese colegio rooinek elegante de Johannesburgo, pero que no se te suban los humos a la cabeza, no nos mires por encima del hombro cuando vuelvas.

Todos se rieron y aplaudieron y vitorearon y a mí me dio mucha pena porque tenía que separarme de gente a la que quería. Hasta el bueno de Mocososo se había convertido con los años en un buen amigo e iba a echarles de menos a todos

muchísimo. El Kommandant se levantó y rememoró el día que me había conocido, y dijo que yo había demostrado que ingleses y afrikaners eran un mismo pueblo, sudafricanos. Que quizás en mi generación se olvidaría el resentimiento. Dijo que yo tenía madera de caudillo y que hasta los presos me respetaban porque les escribía las cartas. Hubo unos cuantos aplausos más y yo (me temblaban las piernas) les di las gracias a todos. No puedo recordar lo que dije pero prometí que nunca les olvidaría y nunca les he olvidado.

Sólo hay un incidente más que merezca la pena reseñar de aquel largo y último verano de mi infancia. Mi madre y Marie habían dado ya testimonio ante la congregación de la respuesta milagrosa del Señor a sus oraciones. Lo único que faltaba de la lista era el jersey gris de manga larga y de cuello en V, pero como era verano en Johannesburgo mi madre estaba segura de que el Señor proveería a tiempo para el invierno. Y así fue. En menos de quince días diversas señoras cristianas amables y bondadosas pusieron en sus manos cuatro jerseys tejidos por ellas.

Esa misma noche mi madre y Marie dieron testimonio también de que el Señor había bendecido una vez más su obra en el hospital. Habían trabajado varias semanas por la salvación de un pobre hombre que se estaba muriendo de cáncer de recto, un hombre que estaba aún en la flor de la vida, y sobre el que había caído aquella terrible enfermedad. Explicaron cómo habían dado testimonio por él y le habían visto luchar con el diablo, y habían llorado por él y suplicado por él para que aceptase en su corazón a nuestro señor Jesucristo, y finalmente, tras una enorme hemorragia rectal y cuando se le acababa ya la vida, el teniente Borman había entregado su alma al Señor y había ido a reunirse con Su salvador en el paraíso.

El teniente Borman murió sabiendo lo que se siente cuando te meten una verga de burro por el culo hasta que se te derramaban las tripas.

## DIECISIETE

Hasta que fui por segunda vez al colegio no aprendí que la supervivencia es cuestión de hacer trabajar al sistema activamente para ti en vez de intentar únicamente sobrevivir en él.

Desde el primer día de colegio mi compañero fue Hymie Levy. Hymie era judío, claro, lo que constituía un hecho muy raro en el Colegio Príncipe de Gales.

Yo estaba esforzándome por sacar mi pesada maleta del tren en la estación ferroviaria central de Johannesburgo cuando se me acercó.

—¡Eh, para! Si quieres hacer músculo sigue un curso Charles Atlas, —hizo una seña al maletero negro para que cogiese mi maleta—. ¿Howzit? Soy el judío simbólico. ¿Tú quién eres?

—Gracias, yo me llamo Peekay, —dije tendiéndole la mano.

Me la estrechó sin fijarse casi.

—Hymie... Hymie Levy, ¿cuál es tu nombre de pila, Peekay?

—Me llamo sólo así, Peekay, nada más, —contesté.

Hymie se detuvo.

—Sólo un nombre, no estarás riéndote de mí, ¿verdad?

—No, así es, sólo uno.

Hymie parecía ir pensando mientras seguíamos caminando juntos por el andén.

—Eso me gusta, sin complicaciones. A mí me ha venido encima toda la catástrofe, Hymie, Solomon, Levy, no puede haber cosa más cosher que eso, reyes y sacerdotes, un buen seguro para un chico cuyos padres escaparon al Holocausto fingiéndose católicos.

Yo no tenía ni idea de qué me hablaba, pero parecía buen muchacho. Todos los judíos con que me había tropezado eran buena gente. Harry Crown y el viejo señor Bornstein, y por supuesto la señorita Bornstein. Parecía una agradable coincidencia que el primer chico que conociese en el Colegio Príncipe de Gales fuese judío. Estaba previsto que nos encontráramos con el sargento del colegio en la estación, y me alegré de tener a mi lado a alguien que mostrase una seguridad tan evidente. En cuanto al sargento, le oímos antes de llegar a verle.



—¡Los nuevos alumnos del Príncipe de Gales aquí! ¡A paso ligero!

—Dios mío, Peekay, ¡mira eso!, —dijo Hymie señalando a un hombre grandote que llevaba una guerrera escarlata. Nos pusimos más derechos sin poder evitarlo y Hymie se pasó un peine por su cabello oscuro y embrillantado peinado al estilo Pompadour de entonces y rematado atrás como un «rabo de pato».

Al acercarnos más vimos ya a otros cuatro chicos que se habían puesto en fila delante del hombre grande que se mantenía firme con el bastón de paseo sujeto debajo del brazo. La mitad superior de su rostro quedaba oculta bajo la visera negra relumbrante de una gorra de guardia nacional con una banda roja. Lo único que sobresalía de debajo de la visera era un gran bigote encerado. En la manga derecha de la guerrera militar llevaba tres tiras doradas de sargento sobre las que había una corona de metal. Los pantalones eran de sarga negra con una tira roja a los lados de cada pernera, que conducían directamente a unas botas negras relumbrantes que parecían estar enraizadas en el andén. Completaban su uniforme una camisa blanca con cuello de celuloide y una corbata negra.

Hymie le dio una propina al maletero que añadió nuestras maletas a un montón que se había formado ya en el andén, y nos unimos a los otros cuatro muchachos poniéndonos más o menos firmes delante del sargento.

Yo estaba cansado y, aparte de lavarme los dientes y remojar me un poco la cara para quitarme la carbonilla del viaje en tren, no me había aseado desde la mañana del día anterior. El tren de Barberton había salido a las cuatro en punto de aquella tarde, su único vagón escolar arrastrado por la cafetera hasta Kaapmuiden, donde se había unido al tren escolar que viajaría toda la noche hasta Pretoria y Johannesburgo. Iban también al colegio a Pretoria varios chicos y chicas más de Barberton, y un muchacho llevaba la chaqueta azul marino del colegio St. Johns, y otro las franjas blancas y negras del Jeppe Hight, que eran los dos colegios de Johannesburgo. Yo era el único que iba al Príncipe de Gales y he de confesar que me sentía incómodo y fuera de lugar con pantalones largos, cuello almidonado, chaqueta, corbata y un extraño sombrero de paja llamado canotier.

Fue una gran despedida, mucho mejor de lo que hubiese podido esperar nadie. Por supuesto estaban allí mi madre, el abuelo, Marie y Dee y Dum, y además Doc y la señora Boxall y la señorita Bornstein y el viejo señor Bornstein y todos los chicos del equipo de boxeo, que aplaudieron y silbaron y abuchearon cuando me vieron de uniforme. Mocosos y Bokkie fingieron caerse al suelo de tanta risa que les daba, sobre todo por el canotier de paja. Al final Gert tuvo que decirles que se comportasen, pero me di cuenta de que también él pensaba que tenía una pinta muy rara con mis elegantes ropas de colegio rooinek. Pero la sorpresa mayor llegó cuando apareció un camión de la cárcel y salió de él la banda de la prisión. Se plantaron en mitad del andén y empezaron a tocar allí.

—Fue idea del Kommandant, Peekay, —dijo el capitán Smit—. Quería darte una gran despedida. Está muy orgulloso de ti, sabes.

Hizo una breve pausa y luego añadió:

—Y yo también, ya sabes que tengo invertido dinero en el asunto, tienes que llegar a ser campeón del mundo de los pesos medios. No dejes que ese colegio roinek te cambie, ¿me oyes?

Luego me dio un golpe juguetón en el hombro y añadió:

—Tú eres un auténtico bóer, pequeño boetie, todos tenemos puestas muchas esperanzas en ti.

Por fin sonó el silbato para indicar ya que debíamos subir al tren, y yo me despedí de todos y subí a mi vagón. Dee y Dum y Marie estaban llorando las tres y mi madre lo habría hecho también si no hubiese pensado que debía dar ejemplo a Marie. Doc había enterrado la nariz en su pañuelo rojo y lloraba sin parar. Cuando sonó por fin el último pitido y la banda de música inició «Ahora es el momento de que nosotros te digamos adiós», casi todo el mundo se echó a llorar, y yo sentí también un nudo en la garganta.

Me acordé de la última vez que había subido a un tren para dejar atrás una parte de mi vida, recordé cómo me había caído con mis playeros de payaso rellenos de papel de periódico y cómo Hoppie Groenewald me había ayudado a levantarme y a subir las escaleras, explicándome que también él andaba siempre cayéndose de aquellos chismes bobos. «No te preocupes, pequeño boetie, Hoppie Groenewald cuidará de ti.»

Y allí estaba ahora, con un cuello almidonado, chaqueta a la medida, pantalones largos y unos zapatos relumbrantes. Gert me había enseñado a limpiar las botas al estilo carcelario hasta que podías verte la cara en ellas. El chuf-chuf-chuf de la cafetera ahogó la música de la banda y luego, muy pronto, fueron haciéndose todos pequeños hasta que apenas si podía ver ya más que a Dee y a Dum que aún seguían moviendo las manos y diciéndome adiós. Alcé la vista hacía las montañas, y en concreto me detuve en la colina que había detrás de la rosaleta, donde había conocido a Doc el día que había ido a llorar la pérdida de mi niñera. Estaba otra vez solo en un compartimento ferroviario e iba camino de una nueva aventura.

Después de que el tren saliera de Kaapmuiden me quedé largo rato tumbado en la litera superior de mi compartimento, despierto, oyendo decir a las ruedas: «primero-con-la-cabeza-y-luego-con-el-corazón, primero-con-la-cabeza-y-luego-con-el-corazón».

Era como si Hoppie viajara conmigo en aquella segunda jornada ferroviaria en la que iba camino de la virilidad.

La noche iba pasando veloz por la ventanilla, y sólo interrumpía la luz negra esporádicamente una cabecita de alfiler cuando pasábamos atronando frente un fuego de una aldea africana.

De vez en cuando el tren silbaba a algo en la oscuridad y yo sabía que aquel sonido se transmitiría por la llanura kilómetros y kilómetros.

«Primero-con-la-cabeza-y-luego-con-el-corazón. Primero-con-la-cabeza-y-luego-

con-el-corazón.» Finalmente me dormí con aquel traqueteo febril.

Y ahora estábamos todos frente a aquel viejo e inmenso militar que parecía un cartel de reclutamiento de la Gran Guerra. Con el bastón de paseo aún sostenido debajo del brazo, sacó del bolsillo superior de la izquierda de la guerrera un bloc de notas de los de espiral y lo abrió. Echó luego la cabeza hacia atrás y, mirando por la nariz abajo, fue examinándonos uno a uno. Me pregunté por qué no alzaría la visera de la gorra para poder ver bien.

—Vaya, vaya, bien, me llamo Bolter, señor Bolter para la señora Bolter, si hubiese señora Bolter, cosa que no ocurre, ¡gracias a Dios! Sargento para vosotros, hijos. ¡Contestad según vaya diciendo vuestros nombres!

Nos comunicó esta información a gritos, como si estuviese dirigiéndose a todo el andén. Me di cuenta de que los cinco muchachos que me rodeaban estaban tan asustados como yo. El sargento miró en el cuaderno que tenía en la mano.

—¡De la Cour!

Un chico pálido de cabello rubio y rizado alzó la mano en el aire.

—¡La mano no, hombre! ¡Sólo se levanta la mano cuando quieres ir a hacer pis!  
¡Presente mi sargento!

—Presente, mi sargento, —dijo con voz apagada De la Cour.

—Ponle más vida, hombre. ¡Ponle más nervio al asunto!, —echó otro breve vistazo a su cuaderno de notas—: ¡Atherton!

—¡Presente, caballero!, —gritó el chico que estaba a mi lado, tan fuerte que todos dimos un salto.

—¡No me llames caballero!

—Presente, mi sargento, —dijo—, el chico rubio de ojos azul claro esta vez no tan alto.

—¿Atherton? ¿Tú tienes un hermano en el colegio, del cuarenta y tres?

—Es primo mío, caballero.

—¡Mi sargento! Cuando quiera ser un caballero ya te lo diré. Es evidente, Atherton, que en tu familia toda la inteligencia se ha ido para tu primo.

—Sí, mi sargento, —dijo Atherton, colorado como una remolacha.

—El mejor *fly-half* de la historia del colegio, recibió los colores en cuarto curso, esperemos que siga usted sus pasos, señor Atherton, si lo hace le perdonaré esta impertinencia. Ahora manténgase atento, amigo mío.

Consultó su bloc de notas una vez más.

—¿Peekay?

—¡Presente, mi sargento!

—¿Peekay? Sin nombre de pila, sólo Peekay. ¿Qué clase de nombre es ése, puede usted explicármelo?

—Me han llamado así prácticamente siempre, —mi sargento.

—Bueno, lo siento pero me parece que no servirá, no es un nombre cristiano, amigo mío. Un caballero siempre tiene dos nombres como mínimo. Eso si además no

es noble. Tú no eres duque ni conde, ¿verdad?

—No, mi sargento. Es sólo mi nombre. La señorita Bornstein escribió al colegio y lo explicó.

El sargento lanzó un hondo suspiro y se inclinó un poco hacia mí con una sonrisa falsa.

—¿Ah sí? ¿Eso hizo? Vaya. Entonces no hay problema, eh. En fin, si la señorita Bornstein lo explicó, nosotros no podemos inmiscuirnos en una cuestión tan intrascendente como que el nombre y el apellido cristianos de un caballero sean uno y el mismo, ¿verdad?

—Yo tampoco soy un caballero, mi sargento, —dije, y me temblaba un poco la voz. Sabía que estaba metido en un lío pero pensé que sería mejor aclarar de una vez cualquier malentendido. Los otros chicos se reían, con la excepción de Hymie, que me dio un leve codazo.

Los bigotes del sargento parecieron erizarse visiblemente cuando se irguió de nuevo en toda su estatura.

—Yo soy aquí el único al que le está permitido no ser un caballero, amigo mío, —proclamó, como si el tema quedase zanjado con eso y no hubiese más discusión posible.

—¡Ryder!, —un chico de cabello oscuro y ojos azules penetrantes dio un salto y se puso más o menos firme.

—¡Presente, mi sargento! Es Cunningham-Ryder, mi sargento, con un guión.

El sargento le miró y lanzó un suspiro significativo.

—Y dígame usted, señor Cunningham-Ryder con un guión, ¿tenemos un nombre cristiano que vaya con ese nombrecito de dos cañones?

—Sí, mi sargento. George Andrew Sebastian, sargento.

—Bueno, bueno, eso está mejor, ¿no es verdad, amigos? Cunningham-Ryder tiene tres nombres de pila y dos apellidos y aquí Peekay no tiene ninguno. ¿Qué os parece esto?

El alivio que había sentido pensando que no volvería ya a referirse a mí fue breve. El maldito volvía otra vez a la carga.

Levy me dio otro codazo.

—A lo mejor Cunningham-Ryder puede darle uno de sus nombres de pila a Peekay, ¿no sargento?, —dijo.

Nos volvimos todos a mirarle, asombrados de su audacia.

—¿Cómo te llamas tú, amiguito?, —preguntó suavemente el sargento Bolter sin que la suavidad ocultase en absoluto el tono de amenaza terrible de voz.

—Levy, mi sargento. Hymie Levy, y no soy ni caballero ni cristiano, soy judío. Mi papá tuvo que recurrir a muchas influencias para conseguir que me admitieran.

Su expresión era de sinceridad ingenua y miraba directamente a los ojos al sargento.

Apenas podíamos contener la risa, pero Bolter nos sorprendió a todos porque no

explotó. Volvió a su cuaderno de notas y dijo:

—Levy, aquí en el Colegio Príncipe de Gales todo el mundo es cristiano y caballero y eso les incluye a usted y al señor Peekay. —Luego alzó la vista—: ¡Johnson!

Todos miramos a un chico bajo, pecoso y pelirrojo que estaba al lado de Levy con la boca un poco abierta.

—¡Johnson!, —repitió el sargento, alzando la voz varios decibelios. El chico de la boca abierta tenía que ser Johnson, era el único del grupo al que aún no habían nombrado, pero seguía callado, una mirada de terror fija en el sargento. En una especie de movimiento espasmódico de parada-arranque alzó la mano.

—¿Quiere usted hacer pipí, amigo?, —me di cuenta de que el sargento empezaba a impacientarse con todos nosotros.

—No, caballero, —dijo Johnson torpemente.

—¡No me llame caballero, señor meón!, —gritó el sargento Bolter y varias personas que pasaban por el andén se pararon para mirarle. Y así fue cómo adquirió su apodo Johnson.

Levy a mí me había impresionado enormemente. No había conocido nunca a una persona judía de mi edad o a alguien que no pudiese hacerse cristiano aunque quisiese. Me di cuenta inmediatamente de que me gustaba. Al final Hymie Levy habría de convertirse en mi amigo más íntimo, mientras que Paul Atherton, Pipí Johnson y Cunningham-Ryder, formarían el grupo en el que yo me integraría básicamente.

El autocar del Colegio, que conducía el sargento, nos llevó a través de calles llenas de rascacielos hasta un lugar llamado Hillbrow, donde seguimos a un tranvía por zonas residenciales cada vez más silenciosas y tranquilas. Dejamos el tranvía en su parada final y seguimos, entrando en una zona residencial muy frondosa llamada Houghton, donde las casas, emplazadas entre césped perfectamente cuidado y jardines deslumbrantes, eran las viviendas mayores que yo había visto en mi vida. El techo del autocar rozaba en los frescos y umbrosos robles que se alineaban en aquellas calles silenciosas. De vez en cuando veíamos una niñera empujando un coche de niño de grandes ruedas que tenían hasta muelles. Todas las niñeras llevaban unos vestidos negros idénticos con un delantal blanco almidonado y todos los coches de niño parecían proceder de la misma fábrica. Yo no sabía mucho de símbolos, mi vida había tendido a ser una mezcla de gentes de manera que el estatus social significaba muy poco para mí. Percibía sin embargo que me adentraba en un mundo de una nueva especie con normas distintas.

Entramos por una inmensa verja en la que había una corona y tres plumas de avestruz en hierro forjado, y bajamos por un camino de coches bordeado a ambos lados por gigantescos robles ingleses. Pasamos, camino de Wellington House, uno de los tres edificios de internos del colegio Príncipe de Gales, por delante de un campo de *cricket* verde esmeralda, con una manguera giratoria que iba lanzando un chorro

de agua en un largo círculo por todo el campo. Al fondo, limpiamente enmarcado por una valla blanca, había un pequeño pabellón blanco, y tras él se alzaba otra hilera de robles gigantescos y detrás varios postes de *rugby*, y más allá aún se alzaba por encima de los árboles la torre de reloj neogótica del edificio principal de la escuela. Parecía el lugar ideal para un colegio elegante, aunque yo no estaba nada seguro de que fuese el sitio perfecto para el futuro campeón del mundo de los pesos medios.

Hymie Levy se había sentado a mi lado en el autocar y había empezado a explicar su teoría de la supervivencia. Decidió que los dos éramos bichos raros, él un judío y yo con un solo nombre. A los bichos raros, aseveró, siempre los señalaban los plebeyos, de entre los cuales los peores eran los protestantes sudafricanos anglosajones de clase media, que constituían indudablemente el resto del alumnado del colegio. Yo no estaba seguro del todo de si el pertenecer a la Misión de la Fe Apostólica me clasificaba como protestante pero tuve que darle la razón en mis antecedentes, pues probablemente fuesen distintos de los de los otros chicos del autobús. En mi anterior experiencia de internado había aprendido ya que ser diferente no compensa. Esta vez estaba decidido a incorporarme al medio, sin hacer concesiones. Había pocas cosas que me diesen miedo y estaba bastante seguro de que podía competir intelectualmente. Era hora de quitarse el camuflaje. Toda mi vida había dejado que los demás se ocupasen de mí, y aunque quería a la gente que me había alimentado y formado intelectualmente, sentía con cierta emoción que era ya hora de arreglármelas solo. En el sector intelectual de mi vida todo el mundo parecía estar de acuerdo en que lo que necesitaba era educarme en un colegio particular selecto, mientras que los de la parte física, principalmente el equipo de boxeo, dudaban bastante de la educación que pudiese recibir en un colegio rooinek y elitista. Había estado desgajado por estas dos tendencias, sin llegar a decidir claramente quién era yo en verdad, cambiando mi camuflaje según conviniese. Había aceptado educarme en un internado elitista y seguía alimentando al mismo tiempo mi ambición de convertirme en el campeón del mundo de los pesos medios. No hacía falta tener demasiado cerebro para darse cuenta de que los campeones de boxeo no surgen en un sistema consagrado a educar caballeros cristianos de clase media alta.

Yo daba menos importancia a mi inteligencia que a mi pericia como boxeador. Si el Colegio Príncipe de Gales pretendía quitarme de la cabeza mi ambición de ser el campeón del mundo de los pesos medios, el alimento espiritual que pudiera proporcionarme como compensación no sería incentivo suficiente para que yo siguiese ahí. Pero no estaba dispuesto a permitir que sucediese eso. Se había acabado el camuflaje de Peekay, sería sencillamente el mejor. No había discutido esto con Doc ni con la señorita Bornstein. Estaba de nuevo solo y tenía que pensar por mi cuenta, así que cuando Hymie empezó a hablar de derrotar al sistema me di cuenta inmediatamente de lo que quería decir.

Me pasó un pirulí de menta y empezó a hablar de nuevo.

—Bueno, mi teoría es que para derrotar a cualquier sistema tienes que conocerlo

íntimamente. La rebelión es absurda y ser claramente distinto sólo provoca la persecución, el único medio de controlar un sistema es desde dentro, como han hecho siempre los judíos.

—Pues no parece que eso les sirviese con Hitler, —dije. Yo no sabía gran cosa sobre los judíos de la Alemania nazi pero la señorita Bornstein me había contado algo y había añadido que el viejo señor Bornstein se sentía culpable por haber escapado al Holocausto.

—Bueno, eso era distinto. El partido nazi de Hitler les planteó a los judíos de Alemania un problema insoluble. No se puede minar un sistema desde dentro si ya te excluyen de él por principio, ¿verdad?

La argumentación de Hymie no era correcta. Más tarde llegaría a darme cuenta de que estaba tan obsesionado con el Holocausto que a veces se le obnubilaba el juicio, por lo demás excelente. Yo no podía entender del todo por qué tenía esta obsesión, ya que sus padres habían huido de Varsovia antes de que encerrasen a los judíos en el gueto o incluso de que fuesen injustamente perseguidos. Hymie no había conocido nunca en realidad el prejuicio racial, y sin embargo tenía un fuerte sentido de marginación y a mí me parecía a veces que también de culpa.

Doc me había enseñado bien, y yo no estaba dispuesto a dejar que Hymie saliese impune con una argumentación tan chapucera como aquélla.

—Los sistemas tienden a ser todos excluyentes, todos pretenden mantener fuera a alguien o a algo, al no permitir a los judíos acceder al partido nazi, Hitler actuaba de una forma típica. Ningún sistema permite que le minen o le ofendan, y en consecuencia está siempre en guardia para excluir a los que podrían destruirlo. Si como tú dices invadir desde dentro es una táctica judía habitual eso habría sido posible hasta con el partido nazi. Tenemos que llegar a la conclusión de que los judíos no consiguieron derrotar a Hitler, no consiguieron derrotar al sistema y en consecuencia pagaron un precio terrible. No fue una excepción ni mucho menos.

Hymie sonrió.

—¡Vaya! Sabes pensar, no estoy acostumbrado a que un goy sepa hacer eso. Venga, esa mano.

Acepté el cumplido y le estreché la mano, aunque no estaba muy seguro de lo que quería decir.

—¿Qué es un goy?

—Un cristiano, un gentil. Bueno, ¿podemos ser amigos, quiero decir amigos de verdad, Peekay?

—Pues claro, —dije, sin sentirlo en realidad.

—Mira, tú eres distinto, ahora lo sé. Y yo desde luego soy distinto, lo he sido siempre, pero el ser judío en un colegio como éste me hace aún más distinto. Estoy seguro de que nos necesitaremos mutuamente.

—¿Para qué? ¿Quieres decir para derrotar al sistema?

—No, no, para utilizarlo. Tengo la impresión de que formaremos un equipo

terrible.

Yo no estaba seguro del todo de que él estuviese en lo cierto. Aún tenía un problema. Aunque contaba con todo el instrumental físico e intelectual preciso para triunfar dentro del sistema, me faltaba una cosa: dinero. La única forma que tenía de triunfar sin dinero era siendo un solitario. La amistad con aquella tribu concreta de caballeros cristianos exigía recursos. Tenías que pagar el ingreso. El único medio alternativo era dar coba e intentar congraciarse con ellos, pero yo no estaba dispuesto a volver a hacer eso. Pisskop aún seguía siendo la sombra oscura de Peekay. Aún estaba vivo en mi mente. Pasase lo que pasase, nunca volvería a inclinarme ante el vencedor.

A esto se añadía el hecho de que yo era en el fondo un solitario. A parte de Doc y del Abuelo Chook cuando era pequeño, nunca me había hallado en situación de tener un compañero y nunca había tenido en realidad un amigo íntimo de mi propia edad. Tener un amigo íntimo en aquel ambiente extraño resultaba agradable, pero me hacía sentirme vulnerable también.

—¿Es cierto eso de que sólo tienes un nombre?, —me preguntó de pronto Hymie.

—Bueno, más o menos, sabes... siempre he usado un nombre solo. Yo sólo soy un nombre.

—No te dejarán salirte con la tuya, el sistema no puede aceptar cosas de ese tipo.

—Pues tendrá que hacerlo, —contesté, en un tono que me hacía parecer mucho más valeroso de lo que era en realidad.

De pronto sentí grandes deseos de preguntarle a Doc qué me aconsejaba en aquellas circunstancias, aunque en realidad ya sabía la respuesta, se habría limitado a decirme que un individuo tiene derecho a cualquier nombre que quiera ponerse. Si le ponen a uno un nombre que no ha elegido él, ¿cómo va a poder ser libre durante el resto de su vida? «Tenemos que ser los que somos, ¡definidivamente!» Concluiría después de que hubiésemos analizado cuidadosa y detalladamente el asunto. Doc no era un hombre que aceptase compromisos en temas importantes, como el de determinar quién es de verdad una persona en su propia mente.

—Apuesto a que eres bueno en los deportes. Yo soy una calamidad, —dijo Hymie.

—Soy bueno.

—¿Cuál es tu mejor deporte?, —preguntó Hymie burlón—, ¿el *rugby*?

—No, yo boxeo.

Hymie se echó hacia atrás en su asiento bruscamente, estupefacto.

—¿Qué?

—¡Soy boxeador!

—Sí, eso me pareció que decías, pero por Dios hombre, eso es neanderthal puro.

—Podrías salir muy mal parado por decirle eso a un boxeador con malas pulgas, —dije sonriendo.

Hymie retrocedió con un terror burlón.



—Cuidado amigo, en un tribunal de justicia las manos de un boxeador se consideran armas mortales, —de pronto había vuelto a ponerse serio—. Te diré una cosa, yo soy un jugador y tú un boxeador, ésa es otra razón más para que tú y yo tengamos que mantenernos unidos, Peekay.

—¿A qué juegas tú? Pregunté.

Hymie suspiró.

—Yo soy judío. La gente da por supuesto que los judíos tienen que ser buenos con el dinero, ¿qué hacen pues los judíos? Les complacen. Mi viejo es asquerosamente rico, y me dará todo el dinero que necesite, pero ahí está el problema, ¿entiendes? Yo tengo que ganar mi propio dinero, es una cosa intelectual, no un problema de codicia. En realidad yo no soy un jugador, los jugadores son tontos. Ganar dinero no es más que un medio de mantenerme mentalmente en forma. ¿Puedes comprender eso?

—No.

—¿Tú eres rico, Peekay? Tus padres, me refiero...

—No, qué va, conseguí una beca para venir aquí, mi mamá es costurera.

—Ya, está claro, por eso no lo entiendes. El dinero es para mí lo que para ti el boxeo, es mi manera de desquitarme con el mundo. Para un judío rico, el dinero es un arma, si no sé ganarlo por mi cuenta me sentiré indefenso.

Aquello me dejó fascinado. No era que la filosofía de Hymie fuese la antítesis de todo lo que me hubiesen enseñado, aunque sabía que el Señor era contrario al dinero y estaba claramente a favor de los pobres, era sólo que, bueno, Doc y la señora Boxall, e incluso la señorita Bornstein, nunca habían mencionado el dinero o su importancia en el esquema general de las cosas. Me había visto obligado a pensar en el dinero por primera vez cuando había llegado la lista de la ropa del colegio, y había comprendido que no tener dinero en un internado destinado a los hijos de los ricos iba a condicionar mucho mi carrera en él.

—¿A ti se te da bien ganar dinero?, —le pregunté a Hymie.

—Tan bien como a ti boxear.

—Pues ya tienes un socio, Hymie. El dinero es un asunto sobre el que tengo que aprender.

Hymie sonrió.

—De acuerdo, Peekay. Me da la sensación de que eres un boxeador terriblemente bueno.

Yo era un muchacho de carácter bastante tranquilo, y no tuve ningún problema en integrarme como alumno nuevo, estaba en el fondo del montón pero tuve la suerte de que me eligieran ayudante del jefe de pabellón, Fred Cooper, que era además el segundo prefecto de todo el colegio, y el capitán del Primero XV de *rugby*. Esto me otorgó inmediatamente cierto estatus especial entre los otros chicos, a todos los

cuales se les asignaba, lo mismo que a mí, a un prefecto de pabellón o de colegio.

Esto significaba que teníamos que trabajar de firme y que estábamos constantemente al servicio de los prefectos de los pabellones y del colegio, desde que sonaba el timbre a las seis de la mañana hasta que se apagaban las luces a las nueve y media. Ninguna tarea se consideraba demasiado servil, y el prefecto no tenía más que dar un grito desde su estudio y todos los ayudantes que pudiesen oírle tenían que acudir corriendo. El último novato que llegaba era quien tenía que hacer la tarea que fuese. Además de esto, cada ayudante tenía una lista de obligaciones que tenía que cumplir, que eran servicios a su prefecto personal. Le hacía la cama, le limpiaba los zapatos, las botas de cadete y las de *rugby*, le lavaba la ropa de *rugby*, en verano le limpiaba las botas de *cricket*, y si era un oficial del cuerpo de cadetes le limpiaba las cartucheras y las insignias, le tendía la ropa, limpiaba su estudio, le hacía recados y hacía viajes a la confitería por orden suya.

La primera zurra que recibí fue por rebañar la finísima capa de nata de la parte superior de un bollo que le llevaba a Fred Cooper. Bueno, la verdad es que la cosa empezó porque rebañé un poquito y luego al intentar alisar la parte rebañada, rebañé un poco más. Cuando llegué al estudio de Fred Cooper, se veía claramente que el bollo había sido manipulado.

—¡Este cabroncete asqueroso! ¡Qué has hecho con mi bollo de crema!, —gritó Cooper.

—Es que me resbaló la mano y tuve que lamerlo un poco, Señor, —expliqué, porque no quería decir una mentira descarada.

—¡Mierda! ¿Lamiste mi bollo, Peekay?

—No, Señor, fue sólo con la mano.

—Cierra la puerta, chico. Tenemos un método excelente para educar a los que tienen las manos resbaladizas.

Cogió la vara que tenía colgada detrás de la puerta.

—¿Cuántas veces te resbaló la mano?, —preguntó.

—No muchas, Señor, —dije amedrentado.

—No muchas es una vez o dos veces o tres veces, hombre, dime.

—¿Una vez?, —dije esperanzado.

—Está bien, agáchate.

Me incliné sujetando las rodillas y sacando el trasero. ¡Zas!

—Eso es por la mano resbaladiza.

¡Zas!

—Eso es por la lengua resbaladiza. —¡Zas!— Y eso es por tu mala memoria.

Volvió a colocar la vara detrás de la puerta y señaló el bollo de nata de la mesa.

—¡Cómelo! Y vete y tráeme otro y págalo tú.

Me quedé mirando el bollo de crema con su parte superior marrón brillante y su centro lleno de crema. Era mi primera crisis grave.

—Yo... yo no tengo dinero, Señor.

Cooper volvió a su libro.

—Utiliza esos dedos resbaladizos que tienes para buscarlo, —dijo, despidiéndome.

Abandoné el estudio con aquel bollo de nata en la mano. Los miércoles después de comer, y todos los sábados por la mañana se sacaba dinero para gastar, pero como a mí no me habían dado ninguno para el trimestre, el que fuese martes significaba dos cosas: ninguno de los otros ayudantes tendría dinero a aquellas alturas de la semana y aunque pudiera conseguir que me prestaran algo no tenía ninguna posibilidad de devolverlo.

Me dolía muchísimo el trasero, pero apenas me daba cuenta de angustiado que estaba. Hymie Levy estaba esperando al fondo del pasillo que conducía a los estudios de sexto curso.

—¡Dios santo, Peekay, lo oí desde aquí, ese cabrón debió romperte el culo!

—Estoy en un aprieto, —le dije—. Tengo que comprarle a Cooper otro bollo de nata y no tengo dinero.

Hymie se encogió de hombros.

—Tranquilízate hombre, ya te lo daré yo luego, —señaló el bollo que llevaba en la mano—. ¿Qué es eso, es un bollo de nata?

Le expliqué lo que había pasado.

—Lo siento, pero sólo puedo aceptar un préstamo si me dejas que haga algo para pagarte, —añadí.

—No seas bobo, Peekay. Págame pasado mañana cuando den el dinero.

Era la primera vez que tenía que admitir que no tenía nada de dinero.

—¿Quieres decir nada? ¿Ni un centavo?, —Hymie estaba claramente atónito; metió la mano en el bolsillo de los pantalones grises de franela y sacó una moneda de dos chelines—. Toma, aquí tienes. Puedes devolvérmela cuando dejes el colegio.

—Tonterías, Hymie, eso será dentro de cinco años.

Hymie sonrió.

—Ten en cuenta que soy un judío, y dicen que los judíos nunca olvidamos.

—Eres también un pelma, Levy, guárdate tus dos chelines, además yo sólo necesito tres peniques. ¡Se acabó! Iré y me pondré en manos de Cooper.

—¿Y que te rompa el culo otra vez? Trae acá ese bollo, dámelo, sostén esto.

Levantó cuidadosamente la parte superior del bollo y me la entregó. Luego esparció la nata del centro de la parte de abajo del bollo hacia los bordes, apilando la nata bien allí. Luego me pidió la parte de arriba y volvió a colocarla sobre la inferior, apretando ligeramente con el índice y el pulgar para juntar bien las dos partes. Al hacer esto la nata salió por los lados dándole un aspecto la mar de normal. Me lo entregó perfectamente restaurado, con una sonrisa de satisfacción.

—Vaya, gracias, Hymie. Te lo debo, hombre, —dije, lleno de alegría.

—No me lo agradezcas, Peekay. Hicieron falta dos mil años de persecución por cabrones como Cooper para hacerme astuto, en realidad tengo que agradecersele a él.

Era la primera vez que derrotábamos al sistema, aunque en realidad había sido Hymie quien lo había hecho. Después de darle a Cooper su bollo nuevo, nos fuimos detrás de los meaderos y nos reímos como locos. Luego Hymie sacó su juego de ajedrez en miniatura y estuvimos jugando toda la hora siguiente. Estábamos bastante igualados; su agudeza quedaba compensada por los años que yo llevaba memorizando todas las partidas de Doc y por el hecho de que tenía un razonable dominio de las artimañas del juego. Figuramos en el primer equipo de ajedrez del colegio desde el principio, aunque esto no significaba gran cosa, ya que los caballeros cristianos no se lanzaban precisamente a derribar las puertas para entrar en el club de ajedrez.

El boxeo planteaba un problema. No era un deporte importante en el colegio, y en consecuencia no era obligatorio. Sólo lo practicaban unos veinte muchachos de los seiscientos que había en el colegio. Darby White, el profesor de gimnasia y excampeón de los semipesados del ejército británico, había convertido a seis de esos veinte en un equipo de boxeo bastante bueno, aunque pronto me enteré de que sólo boxeábamos con los colegios afrikaans, porque los otros colegios ingleses no tenían equipos de boxeo. Ningún otro boxeador de la escuela fuese cual fuese su peso, había sido entrenado tan bien como lo había sido yo, y ninguno poseía una pericia comparable a la mía. El sargento también era muy aficionado al boxeo y colaboraba con Darby White en la preparación del equipo. Aunque se decía que era un equipo bastante entusiasta, estaba muy bajo de moral cuando yo llegué. El colegio sólo había ganado seis combates individuales en cinco años y ninguno en los dos últimos, para no hablar de una victoria en un campeonato. La cinta roja, blanca y verde, que eran los colores de la escuela, atada al mango de una enorme cuchara de madera que colgaba de una de las vigas del gimnasio, empezaba a quedarse descolorida, de tanto tiempo como llevaba aquella cuchara en residencia permanente en el Colegio Príncipe de Gales.

Darby White alzaba la vista a veces y la miraba con cierta melancolía y decía:

—No aspiro a ganar nunca el trofeo de los colegios, pero cuánto me gustaría perder de vista esa maldita cuchara de madera aunque sólo fuese por un año.

Le expliqué esto a Hymie y se interesó inmediatamente. Hymie no tenía ningún interés por los deportes, pero un desafío intelectual era algo que le resultaba irresistible.

—¿Qué tal son los otros chavales del equipo?, —me preguntó.

Me vi obligado a confesar que eran bastante mediocres. Los muchachos del equipo de la cárcel podrían haberles ganado con un brazo atado a la espalda.

—¿Qué tal entrenador es Darby White?

Darby White no era Geel Piet, pero sabía de boxeo y desde luego era tan bueno como podía ser el capitán Smit.

—Creo que ha perdido el entusiasmo, pero parece que sabe de qué va la cosa, —

contesté.

—Necesitáis un representante y yo sé quién es el hombre adecuado, —dijo Hymie.

Ésa era la parte más curiosa de Hymie, nunca presumía pero estaba absolutamente seguro de su superioridad. Eso le fastidiaba a mucha gente, pero Hymie se había preparado para una vida en la que tiros y flechas fuesen frecuentes, y no parecía importarle un bledo si caía bien o no. «La persecución es el principal motivo de que exista el judío. Si no hubiese, pronto seríamos tan intelectualmente inferiores como todos los otros», decía.

Le pregunté cómo pensaba convertir un equipo de boxeo escolar que quizá fuese el peor del mundo en uno que ganase. Me miró y por una vez su sonrisa ligeramente cínica abandonó las comisuras de sus labios.

—Sólo nos hace falta un ganador para empezar. Un tipo del que puedas estar seguro que gane. Lo demás es fácil, lo demás es sólo buena dirección. Si se puede conseguir que la gente tenga esperanzas, se puede conseguir que ganen, —me puso una mano en cada hombro—. ¿Cuántos combates has ganado en el *ring*, Peekay?

—Treinta y cuatro, —contesté.

—¿Cuántos has perdido?

—Bueno... ninguno, —dije, con cierto embarazo.

—Tú lo harás muy bien. No hay nada que le guste más a un jugador que una seguridad.

—Pero aquí en las tierras altas el nivel es mucho más alto que en las bajas, que es donde yo he boxeado siempre; tarde o temprano a todo boxeador le derrotan.

—Claro, claro, pero hemos de hacer todo lo posible por retrasar ese momento. Peekay, huelo dinero en ese equipo de boxeo.

—¿Quieres decir pasando a ser parte integrante del sistema, yo boxeando y tú dirigiendo, y luego haciéndolo trabajar para nosotros?

—Me gusta la gente inteligente, —dijo Hymie.

Cuando Darby White y el sargento me vieron boxear, me di cuenta de que quedaban enormemente impresionados.

—¿Dónde aprendiste a boxear, hijo?, —preguntó Darby White.

—En la prisión, Señor, —contesté, sin pensar.

Fue una respuesta que luego Darby White no se cansaba nunca de repetir. Se convirtió en su anécdota boxística favorita, lo que para mí era bastante embarazoso, y en cuanto le daban la menor oportunidad se la contaba a los entrenadores de los otros colegios.

El sargento era el segundo de a bordo del equipo y actuaba como segundo de Darby White, o sólo cuando Darby arbitraba el combate. En sus tiempos, cuando era un joven miembro de los Coldstream Guards había sido un boxeador aficionado bastante bueno. Más tarde había trabajado como segundo con el famoso preparador inglés Dutch Holland, del gimnasio Thomas à Becket, del sur de Londres. Dutch

Holland era el mejor para cortes y heridas de toda Inglaterra, y el sargento decía que había aprendido el arte de restañar la sangre de los ojos con él precisamente. Una herida en un ojo podía normalmente parar la pelea cuando boxeábamos en el colegio, lo que no siempre era justo, pues el mejor podía perder por K. O. técnico aunque fuese ganando por puntos. El sargento podía hacer milagros con un esparadrapo, un poco de algodón, adrenalina y vaselina, de hecho, su gran habilidad para curar las heridas era una de las armas que Hymie habría de usar en su campaña para sacar al equipo de boxeo del último puesto del campeonato escolar.

Hymie se había hecho elegir representante del equipo de boxeo mediante el simple recurso de presentarse voluntario para el puesto. Ningún chico de primero había desempeñado la tarea anteriormente. Los representantes de los diversos deportes importantes, *cricket*, *rugby*, natación, tiro y, por supuesto, boxeo se elegían invariablemente entre los chicos de quinto curso que, aunque no fuesen deportistas, tenían fama de ser unos cerebros, por lo que estos puestos habían pasado a llamarse «puestos de empollones», y el chico de quinto curso al que se le honraba con un puesto de empollón se convertía invariablemente en prefecto del colegio al año siguiente.

Sin embargo, el «puesto de empollón» del boxeo se había convertido en un chiste, y no se le consideraba, por tanto, digno de un cerebro. Se consideraba algo muy poco elegante presentarse como candidato para él, y Darby White había rechazado en los últimos cuatro años a los escasos solicitantes basándose en que no tenían fama de inteligentes y eran en consecuencia simples oportunistas. Al exponer su candidatura para el «puesto de empollón» de boxeo, Hymie le dijo a Darby White que, como figuraba en el equipo de ajedrez de los mayores del colegio, estaba incluido en la sección de inteligentes y además, eligiendo a alguien de primer curso Darby podía contar con cinco años de continuidad, con todas las ventajas de una planificación a largo plazo.

Los argumentos de Hymie eran convincentes. El más eficaz de todos fue que las cosas no podían ya ir peor de lo que iban, así que Darby podría darle una oportunidad sin ningún problema. Lo único que hizo Darby White fue menearse furiosamente las pelotas dentro de los pantalones blancos de dril unos dos minutos antes de decir que sí. Darby era absolutamente incapaz de tomar una decisión fuese la que fuese sin meterse las manos en el pantalón y darles un repaso a las pelotas, aumentando la duración a medida que aumentase la complejidad de la decisión.

Mi primer combate fue como peso pluma, aunque era, con cuarenta kilos, un peso pluma muy ligero y tuve que enfrentarme a un chico que pesaba casi cuatro kilos más que yo. El combate se celebró en el gimnasio del colegio un mes después del comienzo del curso. Los combates en casa no atraían apenas la atención de la gente del colegio. El boxeo no era algo que estuviese integrado en el espíritu de la institución, era un hecho reconocido que siempre perdíamos y sólo estaban presentes los miembros del equipo y los internos de primero, reclutados como espectadores,

para ver la zurra triple que le iban a dar al equipo del Príncipe de Gales. Estos combates de resultados unilaterales se calificaban en privado como «ataques a dos puños de los espaldas peludas». Se decía por ejemplo: «Otro ataque a dos puños de siete a cero de los espaldas peludas». La hostilidad entre sudafricanos afrikaans y anglófonos seguía invariable, sintiéndose aún los ingleses tremendamente superiores. El hecho de que sólo boxeasen los colegios afrikaans era un motivo más para menospreciar el boxeo como algo un tanto *déclassé* e indigno de las más refinadas tradiciones del colegio. Darby White, con su camiseta y sus pantalones blancos de dril, con la barriga derramándose por encima de la corbata vieja con que se ataba los pantalones, y el sargento, con su uniforme charro de portero de hotel y su ridícula vara de paseo, eran una especie de dúo de ópera cómica para el resto de los distinguidos miembros del cuerpo docente. Nunca se decía nada, pero era bien sabido que los que trabajaban con el cuerpo no eran igual que los que trabajaban con la mente.

Aunque sólo asistieron a aquel combate unos cuantos muchachos del Príncipe de Gales, el gimnasio estaba lleno de chicos del colegio rival, un instituto de enseñanza media afrikaans que se llamaba Helpmekaar, que traducido significa: «Ayudaos unos a otros». Helpmekaar gozaba de una inmensa reputación en todos los deportes salvo el *cricket* y se decía que su equipo de boxeo era el mejor de África del Sur y había ganado el año anterior los campeonatos escolares del país.

El chico con el que yo peleaba, con cuarenta y cuatro kilos de peso, estaba a sólo medio kilo de la categoría de gallo. A mí no me importó, porque estaba acostumbrado a boxear con tipos más corpulentos y más grandes que yo, y me había enfrentado a muchachos que parecían más duros de pelar que él en ocasiones anteriores. Pero Hymie estaba preocupado, era la primera vez que nos metíamos en un negocio juntos y en el pesaje parecía nervioso.

—Cuatro kilos es mucho, este Geldenhuis dicen que es cojonudo.

—Vamos, Hymie, es un chico nuevo lo mismo que nosotros, ¿cómo iban a saberlo? ¿Cómo van las apuestas?

—Magníficamente, ése es el problema, he estado aceptando apuestas en los lavabos de los chicos de Helpmekaar toda la noche, y estás diez a uno frente cuatro a uno a favor de Geldenhuis y se pegan por apostar por su hombre.

—Eso está muy bien, ¿les dijiste a los internos de primero que apostasen por mí?

—Sí, están todos muy entusiasmados, pero sus apuestas no se acercan siquiera a cubrirnos si gana Geldenhuis. Dios santo, Peekay, yo debo estar loco. Lo que me fastidia es no tener todos los datos. No sabemos nada de Geldenhuis, ni de ti en realidad, estamos apostando a ciegas, es una estupidez.

—Tenemos que empezar de alguna manera. Empecemos teniéndonos confianza mutua.

—No te enfades, Peekay, pero la próxima vez primero los hechos y luego la confianza.

Quizá fuese esto la cosa más importante que me dijo Hymie. Hymie era el ejemplo supremo del lema de Hoppie: primero con la cabeza y luego con el corazón. Iba a ser la base de nuestras operaciones mercantiles en adelante.

Geldenhuis era muy corpulento y ancho de hombros y me di cuenta de que tendría que tener cuidado con su derecha, que lanzaba directa desde el hombro haciendo sombra mientras esperaba a que empezase el combate.

Geel Piet me había advertido de que algunos boxeadores hacían sombra y lanzaban golpes antes de una pelea para engañar a su contrincante haciéndole creer que eran diestros o zurdos cuando en realidad eran lo contrario. La idea es sorprender al adversario en los primeros segundos y desconcertarlo. Yo estudié bien a aquel chico grandote y decidí que no había engaño en sus golpes mientras hacía sombra, tenía demasiada confianza en sí mismo para molestarse en recurrir a trucos. Era zurdo y me di cuenta de que bajaba demasiado la derecha, dejando al descubierto la mandíbula. Su postura ligeramente más abierta indicaba que se consideraba un pegador. En cuyo caso se lanzaría con rapidez y potencia sobre mí esperando liquidarme enseguida con un buen golpe.

Yo, por mi parte, siempre me limitaba a sentarme «en el orinal», como llamaba Geel Piet a lo de sentarse tranquilo en el pequeño taburete de tres patas del rincón, aguardando a que empezase el combate. «No les digas nada, eh», decía Geel Piet, «tú quédate sentado y observa, fíjate bien. Hazme caso, puedes aprender muchas cosas sobre un boxeador, antes incluso de que te lance un golpe, si le observas con cuidado».

Sonó la campanilla del primer asalto y después de tocar guantes el chico del Helpmekaar vino rápidamente a por mí. Me miraba hosco, y me di cuenta de que pensaba liquidar aquel combate enseguida. Vi venir desde un kilómetro antes el primer directo de izquierda y permití que me pasase a sólo un milímetro de la cara. Un fallo por muy poco con la mano principal suele darle a un boxeador confianza suficiente para intentar de nuevo inmediatamente un golpe similar, lanzado aún con más fuerza que el primero, lo que le desequilibra un poco indefectiblemente. El segundo directo de izquierda llegó según lo previsto y cuando me pasó silbando junto al oído bajó la derecha hasta el nivel del pecho dejando la cara completamente al descubierto. Entré, giré ligeramente el cuerpo para aumentar la potencia al máximo, y le coloqué un gancho de izquierda justo en el mentón. Estaba ya desequilibrado, avanzando hacia mi puño, y cayó en la lona con fuerza, de espaldas. El golpe, además de llevar toda mi potencia, era también un golpe perfectamente coordinado, y se oyó un grito procedente del público de Helpmekaar, así como vítores descontrolados de nuestros internos de primero.

El chico se incorporó en la lona en cuanto el árbitro empezó a contar. Habría sido imposible noquearle, pero era evidente que estaba tocado. Los chicos jóvenes son demasiado orgullosos para mantenerse en el suelo durante la cuenta eliminatoria de ocho y se puso de pie de un salto mirándome furioso. Después de la sorpresa, yo



esperaba que se moviese un rato a mi alrededor, esperando la oportunidad de utilizar su fuerza superior para alcanzarme con unos cuantos golpes sólidos en la cara. «Primero tendrás que cazarme, bóer cabrón», pensé. El árbitro siguió con la cuenta obligatoria de ocho y luego le limpió los guantes y nos dijo que siguiéramos boxeando.

La diferencia de peso era tan evidente que enseguida me di cuenta, mirándole a los ojos, que había considerado el golpe pura chiripa y que no tenía intención de boxear con precaución. Se lanzó directamente otra vez a cazarme. Seguía manteniendo la derecha demasiado baja, me telegrafió, además, el golpe que iba a lanzar mirándome a la punta de la barbilla. Dios santo, va a intentarlo otra vez con la izquierda. Como diría Geel Piet: «Hay algunos pegadores en los que puedes leer mejor que en un libro abierto, pero ag, amigo, la historia no tiene ninguna imaginación».

El directo de izquierda llegó con fuerza y erró, rozándome sólo la oreja. Lancé la derecha cruzando su izquierda y le alcancé de lado en la mandíbula, errando el blanco por muy poco. Seguí con un gancho de izquierda en el plexo solar y cayó como un fardo, la culera de los pantalones pareció rebotar cuando golpeó la lona. Me maldije, no se tienen muchas oportunidades para un cruzado de derecha realmente bueno en un combate y no me había colocado bien. Sin embargo fue un buen golpe, y la izquierda se había hundido justo debajo de las costillas donde duele de veras.

Geldenhuis era fuerte y valiente y se levantó en un segundo. Esperó la cuenta obligatoria y el árbitro le advirtió, mientras le limpiaba los guantes, que una caída más significaba el fin del combate. Me di cuenta de que tendría que tener suerte para conseguir alcanzarle por tercera vez y decidí que era hora de boxear, de cansarle lanzándole golpe tras golpe, esperando la oportunidad de entrar por debajo de su izquierda y conectarle una buena serie de golpes debajo del corazón. De ese modo, si no estaba excepcionalmente en forma, le agotaría y podría colocarle otro buen golpe en el tercero y último asalto. Sonó la campana del final del asalto y volví a mi rincón, donde Darby y el sargento sonreían de oreja a oreja.

En el segundo asalto me limité a boxear. Era un individuo impetuoso y esperé a que se impacientara manteniéndole a distancia con golpes constantes a la cara. Hacia el final del asalto debió de darse cuenta de que el combate se le estaba yendo de las manos, y pareció tomar la firme decisión de tumbarme, aunque eso significase aguantar un par de golpes míos. Vino a por mí moviendo las dos manos. Creo que esperaba que yo retrocediese para poder arrinconarme. Pero me mantuve firme y le coloqué un directo de izquierda que le lanzó contra las cuerdas. Seguí con la combinación de ocho golpes de Geel Piet, dos buenos a la cara, uno de los cuales le abrió un corte encima del ojo, el siguiente en la nariz, uno más en el corte y el resto limpiamente conectados debajo del corazón. Vi sorprendido que al sonar la campana señalando el final del segundo asalto, los chicos de Helpmekaar me aplaudían.

Geldenhuis no salió para el tercer asalto. El árbitro había examinado el corte que

tenía sobre el ojo y había dado por finalizado el combate. Yo había ganado por K. O. técnico, la primera victoria del Colegio Príncipe de Gales en dos años.

No pareció importar que perdiésemos los otros siete combates, aunque todos duraron los tres asaltos. El equipo de boxeo, generalmente en posición de inferioridad, hacía años que no peleaba con tanto coraje y tanta decisión. El sargento daba vueltas por allí abriendo una boca llena de piezas de oro relumbrantes y diciendo con un susurro que se oía a metros de distancia:

—Absolutamente increíble, eso les enseñará a esos malditos bóers quién manda aquí.

Era como si hubiésemos ganado el campeonato.

El preparador de Helpmekaar vino y me dio una palmada en la espalda.

—¿Quién te enseñó a boxear, hijo?, —dijo en inglés.

—Aprendí en Barberton, Meneer, —contesté en afrikaans.

Me miró de pronto presuntuosamente.

—¡Magtig! Ya sabía yo que eras demasiado bueno para ser inglés. Nunca había visto a un chico de tu edad hacer una combinación de ocho golpes. Bueno, la verdad es que nunca he visto a ningún chico hacer una combinación de ocho golpes. ¿Quién te enseñó a boxear?

—Meneer Geel Piet, —contesté.

—Vaya, ojalá le tuviésemos en Helpmekaar. Eso es cuanto puedo decir, muchacho.

—La verdad es que no creo que le quisiesen, —contesté, pero pareció no oírme.

—Tú eres un afrikaner, ¿qué estás haciendo en un colegio como éste?, —sin esperar mi respuesta continuó—: Escucha, podríamos hacer un arreglo para que vinieras a Helpmekaar, podríamos conseguir una beca de internado.

—Yo soy inglés. Un rooinek, —dijo muy tranquilo. Por primera vez en mi vida me sentía enormemente orgulloso de algo. Quizá fuese un error sentirse orgulloso, pero había esperado mucho tiempo para reconciliarme con el hecho de que era rooinek.

El entrenador de Helpmekaar me miró durante lo que me pareció mucho rato.

—Pues no boxeas como un inglés. No desertes de los tuyos, hijo. Los ingleses no hablan afrikaans como lo hablas tú. ¿Sabes?, soy profesor de lengua además de preparador.

—Yo soy inglés, —contesté en inglés—, de veras, Señor.

—Bueno, inglés, dudo que haya un chico de tu peso en todo Sudáfrica que pueda derrotarte, es decir, si en este colegio rooinek no te estropean.

Se giró bruscamente y se dirigió hacia donde estaba Darby White repasándose las bolas y muy satisfecho de sí mismo. Me di cuenta de que los dos me miraban y Darby White lucía una sonrisa de propietario.

Sentí una mano en el hombro y al volverme vi al chico grande con el que había boxeado. Llevaba una gran tira de esparadrapo color rosa sobre la ceja izquierda.

—¿Howzit?, —me tendió la mano—. Jannie Geldenhuis. Sin rencor, ¿de acuerdo? Ganaste clara y limpiamente, amigo—, dijo en inglés, con fuerte acento afrikaans.

—Gracias por el combate, —contesté en afrikaans estrechándole la mano.

Sonrió y pareció complacido de que le hubiese contestado en afrikaans.

—Ag, hombre, no creo que te acertase ni una sola vez, nunca me había pasado eso antes. Es una buena lección para mí, parecías tan insignificante, creí que tenía en las manos un combate fácil.

Yo le sonreí.

—Tú eres tan grande que creí que iba a recibir una paliza.

Gert me había dicho siempre que había que ser magnánimo en la victoria y Jannie Geldenhuis parecía un buen tipo.

—Ja, ése fue el problema, amigo, lo mismo pensé yo, —sonrió de nuevo—. Bueno, volveremos a vernos en el campo de *rugby*, ¿de qué juegas tú?

—De medio de melé. Por cierto, me llamo Peekay.

—Ja, ya lo sé. Yo también, también juego de medio de melé. *Alies van die beste*, Peekay.

Se volvió para irse y luego se giró otra vez y se frotó la punta del mentón, diciendo:

—¡Cielo santo, me diste un golpe magnífico al principio del primer asalto!, —luego fue a reunirse con sus compañeros de colegio.

—Ja, adiós, Jannie, —dije, satisfecho de que aquello hubiese acabado bien.

Hymie se acercó en cuanto Geldenhuis se fue.

—¿Howzit? ¿Qué quería el espalda peluda, un autógrafo?

—Nada. Dijo sólo que sin rencor, que ya nos veríamos en el campo de *rugby*.

Hymie sonrió.

—¡Yo sí que puedo decir que no hay rencor, somos ricos!, —frunció de pronto el ceño—. Pero tenemos que seguir odiando a esos cabrones.

—¡Mierda, Hymie, no ahora que todo ha terminado!, —dije sonriendo.

—¡Para ti puede haber sido sólo un combate de boxeo!, —Hymie señaló la cuchara de madera que colgaba de la viga encima de nuestras cabezas—. ¡Para mí es el principio de un camino que nos llevará a librarnos de eso! Sólo podemos recorrerlo aprendiendo a odiar.

Suspiré.

—Hymie, tienes que aprender que entre los bóers hay gente buena y gente mala, como en todas partes. No puedes juzgarlos a todos igual.

—¡El único bóer bueno es el bóer muerto!, —replicó Hymie.

—El único cafre bueno es el cafre muerto, de ahí es de donde viene eso, —dije, echándole en cara su falta de originalidad.

—Sí, ellos también, —añadió patéticamente.

—¡Por dios, Hymie, eres judío! ¿Cómo puedes decir una cosa así?

Se echó a reír.

—Yo soy un judío muy complicado, —dijo—. Peekay, si tenemos que ganar a esos bóers, tenemos que aprender a odiarles. ¿Es que no entiendes siquiera la cuestión básica?

—¡Tonterías!

—Sí, lo son. Tienes razón, es una tontería, —me miró y sonrió de nuevo—. Pero, por amor de Dios, no se lo digas a los demás, hemos conseguido que piensen que pueden ganar, que el enemigo no es invencible.

Hymie era el único del equipo de boxeo que no me había felicitado y me pregunté por qué. Habría de aprender con el tiempo que Hymie era la persona más persuasiva del mundo, que sabía infundir bravura y ánimos a un boxeador desanimado, calmar su ego maltrecho y conseguir que recuperara su amor propio. Hymie les acariciaba con palabras dulces y les masajeaba suavemente con ellas como si fuesen un bálsamo mágico. Pero sólo las utilizaba de este modo con un objetivo predeterminado y sólo con gente a la que consideraba por debajo de su nivel. Lo único que yo obtenía de él era una leve palmada en la espalda. Me consideraba su igual y me permitía compartir su inteligencia superior, que estaba normalmente dos o tres niveles por encima de las de todos los demás.

—¿Bueno, qué me dices?

—¿Qué quieres que te diga?, —preguntó Hymie.

—¿Cuánto? ¿Cuánto ganamos?

Sonrió.

—Suficiente para que le compres a Cooper varios cientos de bollos de nata si tienes que volver a hacerlo. Creo que conseguiremos sacar cinco libras cada uno.

—¡Dios santo, Hymie, eso es maravilloso!

—Es sólo el principio, Peekay. Esta vez jugamos y ganamos. La próxima vez que boxees dispondremos de información. Vamos a enterarnos de todo lo que se pueda saber de tu contrincante. Cada vez que se rasque el culo analizaremos por qué. Lo de ganar dinero es algo que no debe dejarse nunca al azar.

Después de mi victoria en solitario contra Helpmekaar, Atherton, Cunning-Ryder y Pis Johnson se incorporaron inmediatamente al equipo de boxeo, junto con doce de los otros chicos nuevos. Pronto se vio que Pis Johnson estaba muy descoordinado físicamente y que nunca llegaría a ser un buen boxeador, pero Atherton y Cunning-Ryder eran atletas natos y en seguida encajaron en el equipo. Hymie llamó a los chicos nuevos «los gorilas de la cuchara de madera», nos hizo prestar juramento a todos como miembros de una compleja hermandad, y él se eligió presidente vitalicio y a mí capitán.

Hymie sabía el valor que tenía un poco de mística, y exigió que el ingreso en los gorilas de la cuchara de madera incluyese el intercambio de la sangre de todos salvo de la suya. Nos hizo prestar juramento para entrar en la hermandad, y luego me ordenó a mí que le tomase juramento a él como presidente vitalicio. Había redactado

personalmente el protocolo de la ceremonia, y cuando le tocó el turno me entregó un trozo de papel para que lo leyera. El papel decía así: «*Hymie Solomon Levy, ¿aceptas solemnemente luchar con toda tu inteligencia y tu habilidad y tu energía para restaurar la antigua gloria pugilística del Colegio Príncipe de Gales?*». Esto nos sorprendió un poco a todos porque no teníamos ni idea de que hubiese una antigua gloria que nosotros pudiésemos restaurar.

—Sí, acepto, —dijo Hymie.

«*¿Aceptas actuar desinteresadamente sin pensar en la gloria o el provecho personal como presidente vitalicio de los gorilas de la cuchara de madera?*». Me pregunté cómo podía arreglárselas para compaginar esto con nuestros acuerdos mercantiles.

—Declaro solemnemente hacerlo así, —dijo Hymie con un impresionante floreo de construcción gramatical.

«*En consideración a todo esto y en el año de 1946, reinando Su Graciosa Majestad el rey Jorge V, yo, Peekay, capitán de los gorilas de la cuchara de madera, proclamo a Hymie Solomon Levy, presidente vitalicio*».

Hymie me había confesado, en uno de sus escasos momentos de introspección, que al ponerle ese nombre, sus padres se habían ganado la enemistad de todo el gueto polaco. «¿Por qué no podrían haberme puesto un nombre goy, como Derek o Brian o Arthur o algo así?». Fue la única vez que le oí poner en entredicho su judeidad.

Más tarde, cuando volvíamos caminando a Wellington, le pregunté sobre aquella referencia a la restauración de nuestra antigua gloria de la ceremonia de su juramento, y le mencioné también la cláusula de que no debía haber ninguna ganancia personal que había incluido en su juramento como presidente vitalicio.

Se detuvo y se giró para mirarme. Con un suspiro exagerado, como si dudase en serio de mi sagacidad, dijo:

—Por amor de Dios, Peekay, ¿es que tú no lees historia? No importa la cantidad de mierda que pueda arrastrar un país, cuando se convierte en historia pasa a ser tradición gloriosa. Lo mismo sucede con una institución. No puedes decir que el colegio ha perdido con su equipo de boxeo generación tras generación, la historia no permite una verdad de este tipo. Por supuesto que tenemos una tradición gloriosa, porque si no la teníamos ya la tenemos y los gorilas de la cuchara de madera vamos a restaurar al Príncipe de Gales en su antigua gloria, independientemente de lo que haya podido pasar en la vida real.

«¡Vaya!», habría dicho Doc. «Ninguna dudowski al respectoski». ¡Hymie Levy era definitivamente el mejor!

—En cuanto a lo del provecho personal, nuestro objetivo primario es devolver al colegio su antigua gloria pugilística, y no vamos a dejar de hacer eso porque podamos ganar una libra por ello, eso es lo que quiero decir con lo de que no tenemos un objetivo crematístico. No estamos creando una situación mercantil, sólo estamos explotándola. Si no lo hiciésemos equivaldría a pura negligencia, una negligencia casi

criminal, según mi opinión.

Al principio del combate contra Helpmekaar había sucedido una cosa extraña. Inmediatamente antes de empezar el combate, el sargento se había acercado a Darby White y le había dicho que había una docena de negros, todos muy bien vestidos y muy limpios, que estaban a la entrada del gimnasio y que pedían permiso para entrar a ver. Darby, después de darles un buen rato a las bolas, seguía reacio a concedérselo. Si les cogían en la calle sin una nota de sus patronos sería una violación de las leyes del pase, que establecían un toque de queda a las nueve para todos los africanos. No quería que hubiese una redada de la policía.

Sin embargo, todos los negros le enseñaron notas de sus respectivos patronos, así que al final les permitió quedarse junto a la puerta de pie con el Viejo Jimbo, el limpiabotas del Pabellón del Colegio, que en veinte años no se había perdido un combate de los que se celebraban en el colegio. El preparador de Helpmekaar fue a protestar, y Darby nos sorprendió a todos contestándole que Viejo Jimbo y los demás negros eran criados del colegio y podían quedarse.

El primer combate fue el mío, y después de conseguir derrotar a Jannie Geldenhuis y de que se calmó la emoción un poco, miré hacia la puerta. Los únicos africanos que había ya allí eran el Viejo Jimbo y un hombre muy alto, y al verme mirar hacia allí, el negro alto alzó una mano con el puño cerrado. Luego gritó: «¡Onoshobishi Ingelosi!», y se fue.

—¿Qué demonios era eso?, —dijo el sargento, alzando la vista del esparadrapo que estaba cortando en mis guantes—. Parecía una especie de grito de guerra. Esos cabrones desagradecidos se han ido todos después del primer combate.

Fue la primera aparición de la gente.

Al principio mi club de seguidores negros, como acabaría llamándose, sólo lo formaban una docena o así, pero cuando el local lo permitía se convertían en varios centenares, y más tarde en muchísimos más. La leyenda del Ángel Renacuajo se extendía.

Al cabo de unas semanas se hizo evidente que los criados de la escuela tenían ya noticia de mi identidad, de un modo misterioso, a través de esa misma extraña osmosis africana que hace que las noticias atraviesen los muros de las cárceles, pasen las montañas y entren en las poblaciones hasta convertirse en parte del aire mismo. Y como consecuencia de ello comenzó a producirse un cambio sutil. Los mejores trozos de carne iban siempre para la mesa de los pequeños, y cuando se repetía las raciones llegaban siempre primero al lugar donde me sentaba yo. Descubrí luego que alguien se ocupaba de realizar mis tareas. Iba al armario de Fred Cooper a sacar su ropa de *rugby* para lavarla o las botas de *cricket* para limpiarlas y me encontraba con que ya lo habían hecho. Su cartuchera y sus insignias brillaban siempre como un espejo, y hasta los cordones de sus botas de *rugby* estaban lavados. Sólo quedaban a mi cargo las tareas de la mañana, como hacer la cama de Cooper, pues a primera hora de la mañana no había criados en los dormitorios. Mis cosas estaban siempre impecables, y

volvían a mi armario limpias y lavadas cuando regresábamos a Wellington del edificio principal todos los días para el almuerzo. En cierta ocasión me rompieron mi jersey de fútbol, y yo hice un zurcido chapucero para intentar arreglarlo. El problema me preocupaba mucho. Estaba completamente seguro de que mi madre no tenía para comprarme otro. Cuando volví a Wellington a comer me encontré con que estaba perfectamente zurcido a máquina, lavado, planchado y como nuevo.

Con frecuencia yo hablaba con los criados del colegio en sus propias lenguas, pero ellos jamás admitían nada. Habían oído la leyenda, conocían el mito y no habían hecho más que reaccionar sin necesitar instrucciones de nadie. De hecho, yo sabía que no había ningún grupo interesado que cuidase de mí, ninguna asociación de expresidarios. Los africanos no operan así, cada uno actúa simplemente en función de lo que siente, reacciona según sus sentimientos. La leyenda de Onoshobishobi Ingelosi era suficiente por sí sola, crecía independientemente de mi presencia y no por lo que yo pudiese hacer de un modo consciente. De hecho, a pesar de mis deseos, yo nada podía hacer para impedirlo. Mi actividad pugilística era la prueba necesaria de mi estatus como guerrero y el que sólo combatiese contra los odiados bóers, otra prueba más.

Como suele suceder con las leyendas, cada incidente tiene dos interpretaciones posibles, la plausible y la que se adapta para que se ajuste a la elaboración del mito. El hombre es un romántico en el fondo de su corazón, y siempre dejará a un lado la razón gris y tediosa por la emoción del enigma. Como había dicho Doc, el misterio, no la lógica, es lo que nos da esperanza y permite que sigamos creyendo en una fuerza mayor que nuestra propia insignificancia.

Los internos atribuían mi posición privilegiada a mi actitud casi fraternal respecto a los criados del colegio, que explicaba perfectamente su afán de ayudarme. Yo era, y estaba empezando a comprenderlo, un caudillo natural, y los caudillos, según he descubierto, nunca necesitan explicar. En realidad cuanto menos expliquen mayor atractivo tienen como dirigentes. Yo nunca había dado a nadie (con la excepción de Doc) explicaciones sobre mí mismo y esto mis seguidores lo consideraban una prueba de fortaleza. En realidad, esa renuencia a compartir mis sentimientos procedía del miedo, que había sentido de pequeño, a ser el único rooinek en la tierra extranjera de la afrikaneridad. Había sobrevivido pasando lo más inadvertido posible, previendo el próximo movimiento hostil del enemigo y sabiendo, si las cosas se ponían feas, estar a la altura de las circunstancias, fingiendo no sentirme ofendido ni humillado. Había aprendido muy pronto que el silencio es mejor que la adulación, que el silencio engendra sentimiento de culpa en las otras personas. Que es divertido perseguir a un cerdo porque chilla, pero que no es nada divertido pegarle a un animal que no grita. Había construido hacía ya mucho las murallas que rodeaban mi ego, y sólo alguien muy persistente y obstinado podría llegar a ser capaz de escalarlas.

## DIECIOCHO

Yo era el muchacho más pequeño de primer curso, pero, entre unas cosas y otras, se hacía evidente que tenía un futuro brillante en el Colegio Príncipe de Gales. Mi triunfo en el *ring* me había convertido en un héroe entre los internos de primero que, entusiasmados por los beneficios financieros que habían obtenido apostando por mí, se habían convertido en admiradores devotos, y exageraban el combate al repetirlo continuamente a todos los externos que aceptaban oírlos. Los dos combates siguientes habían sido fuera del colegio y los había ganado también, y los internos habían compartido de nuevo el botín. Aunque no teníamos suficiente información sobre estos dos contrincantes, eran adversarios relativamente fáciles, y como Geldenhuis los había derrotado a los dos, nos arriesgamos y les ofrecimos a los apostadores afrikaans condiciones atractivas para que respaldasen a sus púgiles, con el resultado que obtuvimos en ambos combates ganancias pequeñas pero sustanciosas.

Las versiones que se dieron luego de estos dos combates, sobre todo las de Hymie, los convirtieron en hazañas de gladiador, que hacían que el primer combate contra Jannie Geldenhuis pareciese un chiste. En el siguiente combate en casa sólo había localidades de pie en el gimnasio del colegio, y los africanos que aparecieron, unos cincuenta, se vieron obligados a seguirlo desde detrás de las grandes ventanas saledizas.

Para gozo del público del colegio, gané lo que resultó un combate fácil. El otro chico era muy agresivo, estaba dispuesto a soportar todo el castigo que fuese preciso para asestarme un golpe. Se decía que había ganado sus tres primeros combates dentro de la distancia. Pero avanzó hacia mí sin cubrirse tres veces en el primer asalto y le dejé sentado en la lona las tres. Derribarle tres veces era todo lo que necesitaba para ganar. El colegio quedó aún más justificado porque nuestro peso semipesado, Dannie Polkinhorne, ganó por puntos en un combate de tres asaltos embarullado pero emocionante.

Hymie y yo habíamos empezado a llevar un registro de todos los posibles contrincantes del colegio, de todas las categorías de peso. Me sentaba con él durante



el combate e iba explicándole las características del adversario de nuestro boxeador. Explicaba qué juego de piernas tenía, su estilo, los defectos y cualidades en el *ring*, su personalidad. Le decía qué boxeadores dominaban el espacio en que boxeaban como si fuesen propietarios del *ring*, y los que parecían boxear en espacio prestado. Diferenciábamos a los pegadores feroces de los boxeadores de veras. Apuntábamos los que tenían las cejas y la parte de los ojos débil y era fácil hacerles sangrar. Hymie contabilizaba todos los golpes del combate, cuántos y de qué tipo eran. Las notas acababan con mi resumen de toda la pelea y del boxeador, consignando los golpes que más le gustaban y cuántos lanzaba en una pelea. Los boxeadores tenían que pesarse antes de subir al *ring* y Hymie anotaba el peso y lo comparaba con lo que pesaban al combate siguiente. Anotábamos todos estos datos en un gran libro contable encuadernado en piel, que tenía grabado en la tapa en letras de oro: *Bazar de la Alfombra Levy, Calle Church 126, Pretoria*. «*Alfombra digna de un príncipe*». En este libro, escrito con la caligrafía clara y ya adulta de Hymie, íbamos completando el perfil de cada boxeador cada vez que combatía contra el Colegio Príncipe de Gales. En un período de tiempo bastante breve, Hymie empezó a comprender las peculiaridades del boxeo. Mientras yo podía recordar los detalles más nimios de prácticamente cada boxeador, Hymie adquirió muy pronto la habilidad de prever con misteriosa precisión cómo boxearía un púgil la próxima vez que subiese al *ring*. Tenía un instinto infalible para adivinar la debilidad de un boxeador y gracias a ello podíamos preparar a nuestros propios púgiles para que aprovecharan la ventaja. También nos permitía calcular las apuestas de un combate con bastante rigor. El negocio iba magníficamente, pues aunque los boxeadores del Príncipe de Gales aún continuaban perdiendo en general, dadas las condiciones que ofrecíamos, podíamos controlar bastante bien las pérdidas y al cabo de un breve período normalmente podíamos confiar en una o dos victorias para ganar dinero en serio.

Después de transcurrido el primer año, en que habíamos boxeado con todos los colegios dos veces sin que a mí me hubiesen derrotado ni una sola ocasión, la gente no quería apostar contra mí. Los chicos afrikaans no eran tontos y tuvimos que ofrecer apuestas más y más atractivas por mi contrincante hasta el punto de correr riesgos innecesarios, y eso empezaba a agobiarme y a crearme una cierta tensión. En un combate contra Geldenhuis, hacia el final del segundo curso, en el que las apuestas iban veinte a uno por Geldenhuis, sólo gané a los puntos y por muy poco.

Los afrikaners habían espabilado. Disminuían los beneficios. Nuestros boxeadores empezaban a ganar y no se podían ya compensar las apuestas contra mí arriesgando más por algunos de los otros púgiles. Hymie decidió que era hora de abandonar el negocio de las apuestas.

—Hay que dejarlo ya, Peekay. Los negocios tienen dos reglas importantes, saber cuándo hay que entrar y cuándo hay que salir. Y de esas dos normas la más importante es la de saber cuándo hay que salir. Tenemos que freír un pez mayor.

Yo llevaba dos años gozando de ingresos regulares para mis gastos y no me

agradaba verme otra vez sin blanca.

—¿Qué pez es ese que vamos a freír?

—Que me ahorquen si lo sé, —dijo Hymie—, pero algo saldrá. Los negocios no son sólo cuestión de oportunidad y de dinero. Con capital, surgirá una oportunidad seguro.

En los últimos dos años habíamos ido metiendo dinero en el banco y teníamos ya una cantidad considerable. El cincuenta por ciento de las ganancias iba a engrosar el capital que nos proporcionaba un interés en la sucursal de Yeoville del Barclays Bank.

Entonces se me ocurrió una idea.

—Hymie, tenemos cincuenta libras en el banco. Y nos están pagando un 2,5 por ciento de nuestro dinero, que no es mucho, es una libra diez al año, está bien, pero no es nada del otro mundo.

Hymie se echó a reír.

—Hace algún tiempo, no demasiado...

Le corté.

—Sí, ya lo sé, una libra diez era muchísimo, más de lo que había tenido en toda mi vida. Pero mira, el dinero de gastos lo reparten el miércoles y el sábado y el martes y el viernes nadie tiene un chavo, —estábamos sentados en un banco debajo de los robles que bordeaban el campo de *cricket* y Hymie se levantó alarmado. Vi que estaba nervioso y se inclinó sobre mí apoyándose en el respaldo del banco con un brazo a cada lado de mí.

—¡Tú estás loco, Peekay! ¿Es que no te das cuenta? ¡Yo soy aquí el judío oficial! ¿Qué coño crees tú que dirán los caballeros cristianos? ¡Un prestamista! ¿Yo? Cielo santo, Peekay, todo el objetivo de que me eduque en este colegio goy es poder borrar de mi judeidad esa clase de estigma. Estoy aquí para dedicarme a la política y a la exquisitez. ¡He tenido setecientos años de adiestramiento como usurero!

—Es lo que hacen los bancos, ¿no?, —contesté—. Si quieres un préstamo de un banco tienes que ir allí con la gorra en la mano y ellos no tienen siquiera que ganárselo, la gente simplemente se lo da por un piojoso interés del dos y medio por ciento, y ellos luego van y lo prestan al siete por ciento, que es un beneficio de casi un trescientos por ciento. Eso no es usura.

—¡Tú no lo entiendes, Peekay, cuando los bancos lo hacen es negocio, cuando lo hace un judío es explotación!

—Comprendo, ¿entonces un judío no puede tener un banco?

—Por supuesto que puede. Rothschild, uno de los bancos más famosos del mundo, es propiedad de una familia judía, los Rothschild son una de las familias más respetadas de Francia e Inglaterra.

—Sí, lo sé, —dije—, empezaron en Francfort, en Alemania, hacia finales del siglo XVIII como prestamistas.

—Qué demonios, Peekay, yo no necesito hacer eso, hay otros medios de ganarse

una libra, ya verás, —era evidente que estaba alterado—. De momento podemos ir cogiendo un préstamo del capital para nuestros gastos.

—Tú no necesitas hacer eso, pero yo sí, no quiero gastar del capital, puedo ganar dinero por mi cuenta. Perdóname si te he ofendido, Hymie. Pero he subido al *ring* veinticinco veces en los dos últimos años para sostener nuestro negocio de apuestas, ahora te toca a ti.

Hymie soltó el respaldo del banco, se enderezó y se cogió las manos a la espalda como si se dispusiese a darme una lección.

—¿Sabes por qué vine en realidad al Colegio Príncipe de Gales, Peekay?, — luego, sin esperar respuesta, continuó. —Te lo voy a contar. Cuando el Príncipe de Gales, quiero decir el futuro rey, vino a Pretoria, hubo una recepción en su honor de la Cruz Roja. Mi viejo aportó la alfombra roja para la ocasión. El acuerdo era alfombra gratis por una invitación. Se puso en la cola y el Príncipe le estrechó la mano. Nunca lo superó. Fue como si hubiese tocado el rostro del Altísimo. Lo había conseguido. Había llegado a la cúspide social. Por fin era un caballero, un caballero con mucho acento polaco, pero un caballero pese a todo. Volvió a comprar su propia alfombra a la Cruz Roja por una suma inmensa y la colocó en el gabinete de casa. No creo que hubiese un solo día de mi vida en que no se mencionase una vez por lo menos esa maldita alfombra: «¡El príncipe, con sus propios pies, caminó sobre esta alfombra, hijo!»—. Hymie hizo una mueca remedándole. —Luego leyó en el periódico que había un Colegio Príncipe de Gales en Johannesburgo y que el Príncipe iba a colocar una corona de flores en el monumento a los caídos del colegio y decidió que si tenía un hijo lo educaría como el perfecto caballero inglés... perdón, el perfecto caballero inglés judío. Este colegio y Oxford después, me convertirán en el primer judío «respetable» de la familia desde que Moisés berreaba entre los juncos. Te diré una cosa, Peekay, si hubiese tenido que alfombrar todas las clases, todos los internados y el colegio entero para conseguir meterme aquí, lo habría considerado un buen negocio.

—¿Lo que quieres decir es que convirtiéndonos en prestamistas lo jodemos todo? Hymie sonrió.

—¡Sí señor! De eso se trata.

Bueno, entonces diremos que es un banco. Mira, Hymie, reúne todas las condiciones que hemos establecido para un negocio. Hay una necesidad manifiesta de nuestros servicios. El factor riesgo es pequeño y fácil de controlar. Nuestros acreedores difícilmente pueden defraudarnos, ¿no? No tenemos que recurrir al capital y los beneficios son regulables y razonables. Como diría Doc, «ninguna dudowski al respectoski», es perfecto y es honrado... bueno, más o menos.

—¿Qué harás si te digo que no?, —dijo Hymie.

—Me será muy difícil aceptarlo. Ahora déjame que te cuente una historia. El tipo que me enseñó a boxear era un mulato de El Cabo, y según todos los criterios un mal cabrón. Se había pasado más tiempo en la cárcel que fuera de ella. Era un reincidente

del peor género. En fin, según todos los criterios, la escoria de la sociedad. Mentía, engañaba y robaba. También le habían pegado más veces de las que tú y yo hemos desayunado caliente. Era el fracasado absoluto. Así le veía el mundo, así le juzgaba.

—Estás hablando de Geel Piet, ¿no?, —dijo Hymie.

—Ja, bueno, pues Geel Piet fue prácticamente el mejor amigo que he tenido en mi vida. Murió por mí. Un guardia, un tal Borman, le metió por el culo un bastón de sesenta centímetros y murió de una hemorragia. Podría haberse salvado confesando que era yo quien introducía en la cárcel la correspondencia de los presos. Pero no lo hizo, yo nunca le vi como lo que se suponía que era. Y le considero uno de los mejores seres humanos que pueda llegar a conocer en mi vida. Dios Santo, Hymie, ¡lo que cuenta no es lo que un hombre hace, sino lo que es!

Le llamamos el Banco de los Internos, pero pasó a conocerse simplemente como el banco, y tuvo un éxito inmediato. El interés era del diez por ciento semanal, y los préstamos no se ampliaban nunca más de quince días. Lo que era tiempo suficiente para que un chico escribiese a casa pidiendo dinero si se veía en un apuro financiero. En los cuatro años que estuvimos en el colegio no hubo ni una sola deuda que no se pagase. Lo curioso del caso fue que no sólo los internos consideraron el banco una institución valiosa, sino también los externos. Además, pese a que en el historial de Hymie nunca figurase, el banco fue la base de algunas de sus aventuras financieras futuras más espectaculares. Podría decir *nuestros* éxitos espectaculares, pero Hymie era el auténtico mago, y yo seguía siendo el aprendiz de brujo. El banco constituyó, además, mi fuente de dinero para gastos y un gran motivo de orgullo personal para mí. Había resuelto el problema personal más grave que me planteaba mi carrera escolar y, sin trabas de problemas monetarios, tenía ya libertad para seguir adelante.

Cuando llegamos al tercer curso, los boxeadores más jóvenes empezaban a ganar con regularidad y Atherton y Cunningham-Ryder habían ganado cada uno de ellos seis de sus últimos siete combates, Atherton como peso ligero y Cunningham-Ryder como semimedio. Los gorilas de la cuchara de madera de Hymie se estaban haciendo famosos y ganándose el respeto de los colegios afrikaners. El Colegio Príncipe de Gales no era ya el hazmerreír de todos, y últimamente los ingleses solían ganar la guerra bóer. Ése fue el año que perdimos por fin la cuchara de madera y se retiró la cinta de color blanco sucio y rojo verdoso desvaído y se sustituyó por los colores de otro colegio. Hymie había logrado su primer objetivo, que según les explicó a los gorilas de la cuchara de madera, era sólo: «Un granito en el gran culo peludo de lo que ambiciono para los caballeros cristianos boxeadores».

En los tres años que costó perder la cuchara de madera, yo me gané una reputación exagerada como boxeador entre los colegios afrikaners del Witwatersrand. Empecé a engordar, y a los catorce años estaba ya combatiendo como peso gallo. Todos mis combates atraían a la gente, en el colegio y fuera de él. Un combate a

ciento cincuenta kilómetros del colegio en autobús o en tren atraía al mismo número de africanos que uno en casa, donde los combates habían pasado a celebrarse fuera del gimnasio, en la sala de actos de la escuela. Allí se permitía que los africanos se sentaran al fondo, separados de los blancos por un amplio pasillo. En verano a la gente le gustaba boxear al aire libre, normalmente instalando el *ring* en el campo de *rugby*. Entonces se permitía asistir a los negros, incluso en los colegios afrikaans más racistas, donde permanecían bien separados de los espectadores blancos. Fue en uno de estos colegios afrikaans de fuera de la ciudad donde oí por primera vez la palabra *apartheid* para describir el lugar donde permitían sentarse a los espectadores negros, y muchas veces desde entonces me he preguntado si sería testigo del primer uso de una palabra que llegaría a hacerse universal como expresión de despotismo.

Estos combates de boxeo que se celebraban al aire libre solían comenzar a las seis, poco antes de que el sol empezara a ponerse, y se acababan a las ocho, en que aún había luz suficiente en las tierras altas para que no hubiese que poner focos en el *ring*. Fue en otro de estos combates al aire libre donde inventamos el deslumbramiento. El boxeador del Príncipe de Gales aprovechaba el *ring* de modo que pudiese poner a su adversario de cara al sol poniente, lo que le cegaba durante unos instantes. La idea era hacer girar al adversario y luego lanzarle un golpe justo cuando quedase directamente enfrente del sol vespertino. Si el boxeador era suficientemente hábil en el juego de piernas, este simple truco podía funcionar media docena de veces durante un combate, proporcionando con frecuencia los puntos suplementarios que necesitaba para obtener el triunfo. Los caballeros cristianos no sentían ningún remordimiento por hacer esto con sus adversarios, después de todo era la guerra bóer y no se daba ni se esperaba cuartel alguno. Hymie sacó la idea de una película que había visto sobre la batalla de Inglaterra en la que los aviones ingleses salían del sol para lanzarse sobre la desprevenida aviación alemana.

La gente veía los combates en silencio hasta que me tocaba a mí pelear, y entonces invariablemente se iniciaba un tarareo suave, casi imperceptible, que iba aumentando de volumen y, a la manera africana, mantenía siempre una armonía perfecta. Luego alguien iniciaba un canto que podía ser más o menos así:

—Él es el jefe que viene a nuestro tiempo de sueño, el que lanza los conjuros, el que trae la sabiduría.

—¡Onoshobishobi Ingelosi!, —contestaba a coro la gente.

—Él sabe bailar en el rocío sin dejar huella, capturar al viento hasta que aúlla porque quiere ser libre.

—¡Onoshobishobi Ingelosi!

—¡Sus golpes son como trueno de verano y su rayo abate al enemigo!

—¡Onoshobishobi Ingelosi!

—Tiene la astucia de la luna menguante y la sabiduría de la luna llena, ¿pues no es él acaso el señor de la oscuridad y de la luz, del día y de la noche?

—¡Onoshobishobi Ingelosi! ¡Onoshobishobi Ingelosi!

—¡Ganará por la gente, por toda la gente! La de todas las tribus, toda es su gente.

—¡Ganará, ganará, ganará por la gente! ¡Onoshobishobi Ingelosi!  
¡Onoshobishobi Ingelosi! ¡Onoshobishobi Ingelosi!

En cuanto empezaba el combate no se oía ni un murmullo de los espectadores negros y después de mi victoria el negro alto que había estado presente en mi primer combate en el colegio alzaba la mano con el puño cerrado. «¡Onoshobishobi Ingelosi!», gritaba, y los negros se iban en silencio. Más tarde acabaría sabiendo que aquel silencio absoluto que guardaban durante el combate era para que no pudiesen acusarles de abuchear al contrario y favorecerme a mí e incurrir así en la cólera de los partidarios de mi contrincante y prohibiéndoles por esa razón asistir a mis combates. En realidad aquel silencio absoluto de los africanos resultaba extraño y contribuía a poner nerviosos a mis adversarios.

Hymie se dio cuenta enseguida del potencial del público negro y para dejarles entrar a los combates de boxeo en el colegio les puso como condición que cantasen. Esto no se consideró ningún trabajo, pues a la mayoría de los africanos les encanta cantar, y pronto nació una tradición. Hymie convenció también a Darby White para que mi combate se celebrase entre los primeros. Esto significaba que el público negro podría quedarse hasta el final y luego llegar a tiempo a su casa antes del toque de queda de las nueve.

Aquel verano padres y público aficionado empezaron a asistir a las peleas vespertinas, y los colegios afrikaans se vieron obligados a hacer lo mismo que nosotros para atraer a espectadores blancos. Los combates se convirtieron en acontecimientos populares, con el canto de los africanos como gran acompañamiento, que desembocaba en lo que pronto se consideraría el número principal del espectáculo, el canto que precedía a mi combate.

Es muy significativo de la enorme dicotomía entre blancos y negros el que durante los primeros tres años ningún espectador blanco se molestase en pedir una traducción de lo que se decía en los cantos. La gente parecía intrigada por el hecho de que un chico blanco hubiese conseguido un inmenso grupo de seguidores negros, pero atribuían esto simplemente a mi habilidad como boxeador. La presunción del blanco no conoce límites en África. La historia completa nunca llegaría a saberse, pero en determinado momento se tradujeron las palabras Onoshobishobi Ingelosi por Ángel Renacuajo.

Ángel Renacuajo se convirtió rápidamente en mi nombre pugilístico entre los blancos y también, cosa inevitable pero me fastidiaba muchísimo, entre los chicos de las escuelas afrikaans. Empezó a haber muchos blancos contrarios a mí que parecían empeñados en verme acabar mal. El nombre, que todo el mundo creía que significaba angelito, intrigaba un poco y a esto se añadía el que me apoyase un inmenso club de seguidores negros y que aún no hubiese perdido un combate. Esto último no era una cosa tan extraordinaria. Había chicos de otros colegios afrikaans que tampoco habían sido derrotados nunca. El boxeo es así, es frecuente que un boxeador de talento

excepcional dispute ciento cincuenta combates en su carrera sin una derrota, siempre que se mantenga dentro de su categoría de peso. Sin embargo, había familias afrikaans que, atraídas por mi fama precoz y por el creciente club de seguidores negros, recorrían kilómetros para verme boxear con la esperanza de que apareciese un chico de su propio grupo que le diese una buena zurra a aquel maldito boxeador cafre boetie. Debería añadir también, para ser justo, que había otros que estaban de mi parte, afrikaans adultos a quienes les gustaba verme boxear y a quienes importaba un bledo que fuese inglés.

Pero la gente lo interpretaba sólo de una manera, como siempre. Yo estaba luchando por ellos contra los bóers, y ellos se multiplicaban en número y los cantos se hacían más complejos y bellos, atraían a más y más espectadores blancos que querían escuchar el canto del Ángel Renacuajo. El inmenso y creciente interés que existía por el boxeo juvenil hizo que chicos de otros colegios se convirtiesen en estrellas por derecho propio, y el boxeo escolar del verano empezó a situarse en Transvaal al mismo nivel que el *rugby* escolar en invierno como deporte para público adulto.

Hymie se dedicaba, como representante del equipo, a mantener su máquina pugilística en buena forma, preparándonos para la gran ocasión.

Yo recibía todas las semanas una carta de Doc, de la señora Boxall y de la señorita Bornstein. Aunque escribía a mi casa con bastante regularidad, creo que mi madre debía estar demasiado ocupada cosiendo para poder escribirme con la misma frecuencia. Al final de las cartas de Doc aparecían a veces dos huellas dactilares de tinta debajo de las cuales Doc escribía con su letra pequeña y clara: *De Dee y Dum, que preguntan quién te lava la ropa y quién te hace el pan del desayuno*. Dee y Dum seguían subiendo a casa de Doc para la limpieza semanal y él había llegado a cogerles mucho cariño. Las cartas de Doc hablaban de las montañas y los cerros y de sus amados cactus, y aunque yo había continuado dando clases de piano con el profesor de música del colegio, nunca me mencionaba la música en sus cartas. Creo que sabía que yo estaba destinado a otras cosas. La señora Boxall me contaba todos los cotilleos del pueblo, y me explicó que las Asambleas de Dios habían enviado a dos misioneros jóvenes que dominaban cuatro lenguas africanas entre los dos para que se encargaran de las cartas de la prisión. Ella aún seguía controlando el asunto, decidida a impedir que Dios pusiese trabas a la hermosa actividad de escribir una carta a tus seres queridos. En una de sus cartas había añadido que la gente echaba muchísimo de menos al rey Jorge y el escribir cartas había decaído un poco después de irme yo.

El Fondo del Conde Sandwich había empezado a ampliarse y la señora Boxall fue elegida presidenta de siete grupos distintos que habían iniciado trabajos de rehabilitación penitenciaria entre los presos negros de Sudáfrica. Varios de estos miembros primitivos del Fondo del Conde Sandwich se convertirían en dirigentes del Movimiento Negro Sash, un movimiento de mujeres africanas que se creó a finales

de los años cuarenta para protestar contra el *apartheid* y contra las injusticias que se cometían con los negros. Sigue siendo una de las pocas voces de libertad que surgen en esta tierra triste; una voz enmudecida que se enfrenta a un régimen que teme oír los gritos justos y angustiados de la gente.

La señorita Bornstein estaba decidida a cultivar mi inteligencia e insistía en saber con todo detalle qué libros estábamos leyendo exactamente, qué hacíamos en matemáticas y, en realidad, en todo. Yo le había hablado de Hymie en mis cartas y ella le incluía en las suyas, que consistían primordialmente en páginas y más páginas de preguntas y temas de discusión. Incluía siempre, por último, en su carta semanal una jugada de ajedrez para cada uno de nosotros del viejo señor Bornstein, al que no conseguiríamos derrotar ni una sola vez en los seis años que estuvimos en el colegio.

Hymie soltaba un bufido cuando llegaba la carta semanal rebosante de temas. Se llevaba las manos a la cara y movía la cabeza de un modo exagerado.

—¡Oy veh!, —decía, imitando a su abuela—. El único motivo de que decidiese venir a esta institución para caballeros cristianos fue librarme de las mujeres judías, ¡y aquí me tienes ahora dando clases por correspondencia con una!

Pero la señorita Bornstein tenía una habilidad especial, incluso a distancia, para estimular el orgullo de uno y los intereses que fomentaban sus cartas nos situaron a Hymie y a mí muy por delante de todos los demás alumnos destacados del colegio.

Hymie fue el primero que utilizó lo que habría de convertirse en una expresión famosa en la institución. Estábamos en la clase de historia de Mango Cobbett, y Mango, un necio con muchos aires de superioridad y muy presuntuoso, estaba hablando de la guerra de Crimea y de la carga de la Brigada Ligera. Mango tenía este apodo porque tenía la cabeza ovalada con una mata de pelo rubio y fino adherida al cráneo y una perilla rubia y afilada, y todo el conjunto recordaba una pepita de mango bien chupada. Aunque nacido en Sudáfrica, era un anglófilo convencido, y hablaba con gran ingenuidad del valor de Lord Cardigan en la carga de la Brigada Ligera. Hymie intervino desde el fondo de la clase, donde nos sentábamos los dos.

—Según la señorita Bornstein, demostró una lamentable falta de control frente a los franceses, y demostró también muy poco sentido común y muy poco sentido de la responsabilidad hacia sus hombres, Señor.

Hubo un pasmoso silencio, Mango se quedó con la boca entreabierta y apenas podía creer lo que le decían sus oídos.

—Según la señorita Bornstein, Lord Raglan era además un completo ignorante, incluso un viejo imbécil e inepto, —añadió Hymie.

Mango Cobbett recuperó por fin la voz.

—¿Según quién, Levy?

—Según la señorita Bornstein, de la famosa escuela judía por correspondencia, Señor, —aporté yo. Se organizó un griterío de toda la clase.

—¡Silencio! ¡Cállense todos inmediatamente!, —gritó Mango Cobbett. La clase fue reduciendo rápidamente el griterío a murmullo y el murmullo a silencio. Tanto



Hymie como yo teníamos fama de inteligentes, y Mango no se atrevía a castigarnos con un par de horas de detención sin demostrar antes sus conocimientos históricos superiores.

—Yo no sabía que los judíos hubiesen participado en la guerra de Crimea. Su señorita Bornstein debe ser una especialista en historia de una cierta fama, quizás una fuente histórica mejor que *La invasión de Crimea* de A. W. Kinglake, —cogió uno de los libros que tenía en la mesa y lo alzó, bizqueando levemente mientras leía el lomo —: William Blackwood e hijos, Edimburgo y Londres, 1864. Yo diría que esta descripción de la carga de la caballería se hizo con una información bastante directa, ¿no le parece a usted?

*La invasión de Crimea* de Kinglake era uno de los libros que tenía mi abuelo en casa con las obras completas de Charles Dickens, y yo había leído los dos volúmenes de la crónica de Kinglake a los ocho años. Según la señorita Bornstein, la crónica de Kinglake era bastante notable, pero ella había leído también las versiones rusa y francesa de los hechos, y después de leerlas consideraba que la versión oficial británica era muy patriota y tendía a echar la culpa a los franceses y a los turcos (pese a admitir que Lord Raglan, el comandante en jefe británico, aunque competente, era un tanto inexperto) y afirmaba que Lord Cardigan era un hombre de gran sagacidad y con dotes de mando. La señorita Bornstein, Hymie y yo, habíamos tenido un animado intercambio epistolar sobre aquellos mismos volúmenes que estaba citando Mango.

—Según la señorita Bornstein, el ministro de la Guerra le encargó a A. W. Kinglake escribir sobre el asunto, lo que ya no era un buen principio. El libro ha sido reeditado varias veces, y la versión de 1846, ligeramente retocada, fue la cuarta. Aparecieron más después de la Primera guerra bóer y de que la República de Transvaal recuperase la independencia, que Inglaterra le había arrebatado al anexionársela desvergonzadamente cuando allí se descubrió oro por casualidad. El objetivo era recordar a los británicos su reciente pasado glorioso para que no les pesase demasiado la paliza que les habían dado un puñado de campesinos decididos que tenían buena puntería y que no se ponían en formación para combatir. Según la señorita Bornstein, el libro se extiende demasiado en la gloria y se queda algo corto en lo que se refiere a los datos auténticos. La obra volvió a editarse dos años antes de estallar la Segunda guerra bóer. Esta nueva edición salía, claro está, en el momento más oportuno y preparó al pueblo británico para otra violación territorial y otro acto de pillaje en nombre de la reina y del imperio.

Hymie había citado literalmente un pasaje de una de las cartas de la señorita Bornstein, la literalidad era absoluta, no sólo en las palabras sino hasta en las comas.

El rostro habitualmente pálido y mortecino de Mango Cobbett adquirió un tono rojo oscuro.

—¿Acaso está usted poniendo en duda la integridad de uno de los mejores historiadores que han producido las Islas Británicas, señor Levy?

—No, yo no soy, Señor, —dijo Hymie—. Es la señorita Bornstein.

La clase estalló de nuevo en risas espontáneas.

—¡Silencio! ¡Cállense!, —gritaba Mango—. ¡Ya está bien!

La clase se tranquilizó y Mango Cobbett, rojo, comenzó a pasear arriba y abajo.

—La batalla de Alma, la primera de Crimea, en la que los británicos lanzaron un ataque frontal contra las fuerzas del general ruso Menshikov, nueve mil rusos muertos y dos mil ingleses. Ésos son los hechos, caballeros.

Entonces intervine yo.

—Según la señorita Bornstein, Lord Raglan perdió el control de la batalla de Raglan casi desde el mismo momento en que empezó el combate. Dio orden de lanzar el ataque frontal y luego perdió el control mientras los franceses escalaban los acantilados cerca de la desembocadura del río y desbordaban a Menshikov por los flancos con muy pocas bajas.

—¡Nueve mil rusos, dos mil británicos!, —dijo enfáticamente Mango.

—¡Dos mil muertos en tres horas!, —repetí yo—. Los franceses perdieron menos de doscientos hombres.

—Los rusos eran campesinos sin ninguna instrucción militar y combatían en columnas densas. Menshikov tenía huevos revueltos por cerebro, —dijo Hymie, con gran alborozo de la clase.

Mango Cobbett seguía insistiendo.

—La batalla de Inkerman ¡los rusos once mil muertos, los británicos dos mil seiscientos cuarenta!, —hizo énfasis en la palabra cuarenta para subrayar su conocimiento preciso del número de bajas.

—Según la señorita Bornstein, Lord Raglan no influyó nada en el curso del combate. A la batalla de Inkerman se la llamó la «batalla de los soldados» porque las unidades se incorporaron al combate a fragmentos, y los soldados tuvieron que arreglárselas solos, —contestó Hymie.

—Además los rusos estaban al mando del mismo general «huevos rusos», —añadí yo con aire de suficiencia haciendo reír a la clase una vez más.

—Ya está bien, Peekay, —dijo Mango, nada contento de tener que discutir en dos frentes—. Tenemos una batalla más. La de Redan.

—¡Ah, la de Redan! Según la señorita Bornstein...

—¡Silencio, Levy!, —exigió Mango—. Las bajas rusas no se conocen, pero se cree que fueron el doble de las británicas.

—Los británicos perdieron cinco mil hombres en Redan, y Lord Raglan perdió de nuevo el control de la batalla, —dije yo, decidido a no permitirle encubrir las bajas británicas.

—Lord Raglan estaba muy enfermo y murió del cólera diez días después de la batalla de Redan, no puede culpársele del todo del gran número de bajas, —replicó Mango.

—Se ha olvidado usted de la Carga de la Brigada Ligera, Señor, —dijo Hymie

con una sonrisa.

—Ah sí, la Brigada Ligera de lord Carrigan, un error, debido a un malentendido y a una orden mal dada.

—¡Y dirigidos por los pies de cerdo que Lord Carrigan tenía por cerebro, setecientos jinetes se lanzaron al ataque en el valle de la muerte y murieron cuatrocientos!

—No me gusta su actitud, Levy, Lord Carrigan pertenecía a la aristocracia británica y no es tema para chistes de colegial. Y ya que hemos abordado el tema, Peekay, Menshikov era un general ruso respetable y está también por encima de su ingenio pueril. Pasen ustedes dos a verme cuando acaben las clases, preséntense a la entrada de la sala de profesores. Su actitud en esta lección de historia ha sido censurable, como mínimo.

Sonó el timbre del descanso y Mango Cobbett recuperó el color de la cara. Cuando salíamos ya de clase lanzó una última pulla.

—Permítanme que les diga además que Inglaterra no conquistó la mitad del mundo conocido, incluido este país, por colocarse generales estúpidos al mando de sus tropas en el campo de batalla.

—Según la señorita Bornstein..., —empezamos a decir los dos, pero terminó Hymie—, eso no es cierto.

Había nacido la expresión. A partir de ese momento, cualquier chico del colegio que no estuviese de acuerdo con una afirmación del profesor indicaría su discrepancia precediéndola de «Según la señorita Bornstein...». El hecho exasperó tanto al cuerpo docente que acabó planteándose el asunto al director, St. John Burnham MA, que había estudiado en Oxford y que se ufanaba de ser un pedagogo liberal. Para tortura de los profesores, y en especial del señor Hemming, profesor de inglés, el director declaró que la expresión era: «Una paráfrasis legítima para indicar una opinión discrepante», con lo que la expresión «según la señorita Bornstein» quedó incorporada oficialmente al vocabulario del colegio.

Llegamos a la entrada de la sala de profesores a las tres, armados con dos cartas de la señorita Bornstein sobre el tema de Crimea. Pero Mango se negó a continuar la discusión y se limitó a asignarnos dos horas de castigo y a ordenarnos a hacer un ensayo de dos mil palabras sobre la guerra de Crimea. Añadió que una impertinencia más significaría una visita al director.

Hymie comentó fastidiado:

—Ya te dije yo que la historia era puro cuento. Ahí tienes otra generación de aprendices de caballeros cristianos que creerán que la Carga de la Brigada Ligera fue uno de los momentos más gloriosos de la historia inglesa.

—Pero es que lo fue, —dije yo.

—¿Fue qué?, —dijo Hymie, que parecía no estar seguro de haber oído correctamente.

—Fue uno de los momentos más gloriosos de Inglaterra. Lo importante no es si

ganas o pierdes, sino cómo juegas el partido.

—¡Tonterías! Si los judíos hubiésemos jugado así estaríamos extintos desde hace mil quinientos años.

—Es que para entenderlo tienes que ser un caballero cristiano, —dije tomándole el pelo.

—Hazme un favor, Peekay, no te limites a leer historia, siéntela, procura imaginarte que eres un tipo normal sobre un caballo medio muerto de hambre, que tu regimiento está diezmado por el cólera, que tienes una lanza en la mano y contemplas los cañones de la artillería rusa que defienden la montaña de Vorontsov en Balaclava. ¿Sabes por qué los ingleses consiguieron conquistar la mitad del globo? ¡Por lo estúpidos que eran! Un lord medio imbécil con un uniforme de general se situaba así en una posición y derrochaba hombres, a él le daba igual, no eran más que campesinos y chusma urbana, carne de cañón. Él seguía enviándolos a la muerte y ellos, Dios santo, seguían yendo, hasta que al final ganaban. ¿Llamas a eso valor? Yo a eso le llamo asesinato y estupidez. Los generales asesinaban a sus hombres y ellos eran demasiado estúpidos para oponerse.

—Y demasiado valientes, no era sólo estupidez.

Hymie ignoró mi intervención.

—La historia lo hace todo muy bonito. Se olvida del vómito y de la mierda, de la sangre y de los caballos con las tripas reventadas, de los gritos de los soldados cuando se cagan por los pantalones y se ahogan en su propia sangre. La Carga de la Brigada Ligera es célebre porque fue el sacrificio de hombres más evidentemente estúpido, más espectacularmente estúpido, más estupendamente estúpido de que se tenía noticia hasta que los inteligentes generales ingleses la superaron por fin a base de pura matanza a sangre fría en las trincheras de Flandes y en los acantilados de Gallipoli.

Hymie cambió súbitamente de rumbo.

—Hitler asesinó a seis millones de judíos. Tuvo que reunidos y llevarlos en tren a los campos de exterminio y el mundo lloró por la inhumanidad del hombre para con el hombre, pero por debajo de todo esto hay un sentimiento de que los judíos deberían haber luchado, deberían haberse resistido, deberían haber muerto defendiendo a los suyos, deberían haber muerto como hombres. Todas las mujeres y niños y los zapateros y sastres y tenderos que creían que eran alemanes y polacos y húngaros, que creían apasionadamente en la lógica y en el orden, en Kant y en Spinoza, y en ocuparse de sus asuntos y no meterse en lo demás y sobre todo en no ofrecerse nunca voluntariamente para hacer el imbécil deberían haberse convertido en una maquinaria de combate orgullosa de morir.

»Como no desplegaron una bandera, la historia todavía puede considerarles cobardes—, Hymie resopló y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Nunca le había visto tan alterado y tan furioso.

—Cuando un general británico que pretendía conseguir otra medalla para

ponérsela en el pecho, enviaba hombres al combate en el siglo dieciocho y en el diecinueve y luego en la Gran guerra, los ingleses se ofrecían voluntarios para ir. Se ponían realmente ellos mismos a su servicio, y a cambio de esa confianza que le otorgaban él era tan despreocupado con sus vidas como los asesinos de judíos de Auschwitz, Dachau, Treblinka, Belsen y los demás campos de exterminio con las vidas de los de mi raza. Pero cuando terminó todo, el mundo, o al menos el mundo de habla inglesa, vitoreó frenéticamente a sus caballeros cristianos. Se había acumulado más tradición, había más banderas de regimientos para colgar en la abadía de Westminster y en St. Paul. Más mentiras.

Resopló de nuevo y me cogió del hombro.

—Sabes una cosa, Peekay... La historia apesta, y son cabrones como Mango Cobbett los que fomentan la putrefacción creyendo en toda la mierda que se escribe. Mira lo que te digo, de aquí a treinta años los alemanes dirán que fueron sólo un puñado de miembros de las SS los responsables del Holocausto, sin que los buenos burgueses que estaban en sus casas y hacían calcetines para los prisioneros de guerra judíos supieran nada.

Hay que decir en honor de Mango Cobbett que los ensayos que nos hizo escribir a Hymie y a mí sobre la Guerra de Crimea compartieron ese año el premio de historia. Las pruebas que aportaba la señorita Bornstein eran demasiado concluyentes. La señorita Bornstein, con sus cartas semanales, algunas de ellas de veinte páginas, tenía la venturosa habilidad de fomentar una vía de pensamiento que nos estimulaba a los dos. Corríamos a la biblioteca de la escuela para investigar. Cuando estábamos en tercer curso éramos ya investigadores bastante avezados, y nos dieron permiso para ir los miércoles por la tarde a la biblioteca pública de Johannesburgo.

Tercero fue un año excelente para nosotros. Fue el año en que el equipo de boxeo perdió la cuchara de madera y también el año en que publicamos, con la ayuda de una mecanógrafa y de la máquina Gestetner del bazar de alfombras del padre de Hymie: *Notas de la escuela por correspondencia de la señorita Bornstein. Resultados plenamente garantizados o se le devuelve su dinero. Peekay & H. S. Levy. 5/—*. Eran dos libros, uno para primer curso y otro para segundo.

Hymie y yo habíamos discutido muchísimo por el precio. Cinco chelines era un abuso, considerando que un texto de ciencias costaba sólo dos chelines.

—Si cobrásemos lo que parece valer ganaríamos con mucha suerte seis peniques, —confesaba él—. Para hacer buen negocio la gente tiene que creer que es algo de valor, y el mejor medio de llevarla a esa idea es orientar su pensamiento.

—¿Quieres decir poniéndole un precio abusivo?

—Escúchame un momento, Peekay, eso no es del todo justo. El cliente considera que ha pagado lo que vale una cosa cuando piensa que ha elegido bien. ¿Estás o no de acuerdo?

No tuve más remedio que decir que sí.

—Pues entonces, ¿qué les prometemos con *Notas de la escuela por*

*correspondencia de la señorita Bornstein*, para los cursos primero y segundo?

—La promesa está en la cubierta, pero esa promesa es válida tanto si les cobramos seis peniques como si les cobramos diez libras.

—Eso no es verdad. Un precio de diez libras significa dos cosas como mínimo: que la información que se facilita es importante y no está difundida, y que si uno se atiene a ella el éxito está garantizado. La segunda promesa es de carácter práctico, toda la información que necesitan está entre las dos tapas, no tendrán ya que consultar una docena de libros, los autores ya les han hecho todo el trabajo intelectual práctico. Si les cobrásemos seis peniques no valorarían el libro, y no les sería útil.

—¿No deberíamos adornar los libros un poquito? A dos libras ejemplar probablemente podríamos editarlo con tapa dura, así el público lo consideraría de más valor.

Hymie me miró con asombro.

—Peekay, ¿estás loco? ¿Quieres acabar con el negocio en un año? ¿Qué quieres decir?

Hymie cogió un ejemplar de nuestro texto, lo sujetó bien por una esquina y lo zarandeó violentamente. Se soltaron los lomos y las páginas se desparramaron.

—¡Ahí tienes, fíjate! Son una porquería, esto no servirá para nada.

—No digas bobadas, son perfectos, durarán sólo un año. Si los editásemos como es debido, los que aprobasen a final de curso se los venderían a los del año siguiente. ¿Qué sería de nuestro negocio?

Hymie tenía razón, no hubo ni un solo alumno en los dos cursos que no comprase un ejemplar a pesar del precio, y no hubo ninguno que pidiese que le devolvieran el dinero. Eramos una buena combinación comercial con la ventaja supletoria de ser muy populares. Mi pericia en el *ring* y, en menor grado, en el campo de *rugby*, me proporcionaban muchos seguidores entre mis compañeros. Acudir al banco cuando estabas sin dinero se convirtió en norma también para los externos, y no sólo para los internos, así que cada vez que emprendíamos otra aventura mercantil la reacción del público solía ser muy buena. A esta reserva de buena voluntad la llamábamos nosotros nuestra «Imagen», una palabra que descubrí yo en un libro estadounidense sobre práctica comercial y que no había obtenido aún por entonces el prestigio que hoy tiene.

He de decir que si bien Mango Cobbett era una especie de bufón y un presuntuoso terrible, el director, St. John Burnham, había procurado cubrir el cuerpo docente del colegio con profesores de ideología liberal. Más que producir lo que llamaba «el producto del colegio particular», él quería fomentar que surgiesen individualidades. Su ideal era el hombre renacentista. Un muchacho que disfrutase aprendiendo por el puro placer de aprender, el aficionado genial en los dones del cuerpo y en los del espíritu. Un hombre completo, superior por su curiosidad y por alimentar y aprovechar meticulosamente sus dotes propias. Un hombre modesto y sin pretensiones porque no tenía ninguna necesidad de ocultar a los demás sus actos ni

sus ideas, ni tampoco de buscar su aprobación.

El director era un inglés que se acercaba al final de lo que suele denominarse una carrera distinguida. Para los padres simbolizaba todos los valores del colegio privado inglés, pues procedía de Winchester, donde había sido director de un pabellón escolar. Para el cuerpo de consejeros ejemplificaba un sistema de privilegio por el que sentían gran estima y procuraban emularle con la mayor fidelidad posible.

En sus veinte años de director del Colegio Príncipe de Gales nunca había llegado a congraciarse del todo con el colegial sudafricano rico. Los chicos compartían de modo curioso con sus colegas de los colegios privados ingleses la creencia en su superioridad social, aunque la base de su superioridad fuese distinta.

En primer lugar, como todos los sudafricanos blancos, ingleses y afrikaans, se creían superiores como blancos por decreto divino. Se sumaba a esto su inglesidad vicaria y su convencimiento absoluto de que tenían derecho al privilegio y la riqueza. Quizá no fuesen en realidad tan distintos de sus primos ingleses.

Sus alumnos acudían a él con la mentalidad ya deformada, eran fanáticos con una desconfianza y una aversión hacia el afrikaner intactas. Creían tácitamente que ellos eran los intelectual y culturalmente superiores de las dos tribus blancas de Sudáfrica. A esto se añadía su convencimiento explícito de ser de una especie superior a los negros. Esta corrupción del espíritu había empezado ya en la cuna y la empresa de borrar el racismo estaba condenada al fracaso. El director se veía obligado a aceptar inteligencias predominantemente superficiales y a llenarlas con la información suficiente para que superasen los exámenes. Las posibilidades de que surgiera un renacentista en aquel desierto intelectual eran, por desgracia, muy pocas.

Sin embargo, el director había mantenido vivo su sueño durante veinte años. Aunque la mayoría de los alumnos del colegio eran productos equivalentes al de cualquiera de los colegios privados de Sudáfrica, es decir, estaban preparados para una sociedad en la que el dinero y la posición social eran importantes, cada año se reservaba para él a seis de ellos. Eran la materia prima de sus renacentistas, un puñado de chicos inteligentes a los que se llamaba Gente de St. John. Se les elegía en tercero para instrucción especial bajo la dirección de Burnham, partidario de menospreciar a la mayoría por una valiosa minoría. La Gente de St. John eran las rosas entre la maraña de matorrales, y la considerable fama que tenía la institución como vivero de los futuros dirigentes del país se debía a esa media docena de jóvenes inteligencias cuidadosamente nutridas a los que se hacía florecer en el invernadero de St. John.

No bastaba la inteligencia sola para que un muchacho ingresase en el grupo, pese al papel tan importante que tenía en la instrucción futura. «Es el espíritu del chico, su capacidad natural para mantener el estatus entre sus iguales sin dejar de ser a la vez fiel a sí mismo en sus ideas, sus opiniones y sus actos», así lo explicaba el director en la inauguración del curso todos los años.

Cuando se celebraba la elección de la gente de St. John, que era inmediatamente

antes de las vacaciones de Pascua, siempre se hacían muchos pronósticos en tercer curso, y, en realidad, en todo el colegio.

Siguiendo mi vieja costumbre, yo me había preparado para una decepción, y el no figurar entre los seis elegidos habría herido mi orgullo enormemente, pero estaba seguro de que sobreviviría. Las apuestas favorables a mi elección eran muy altas. Pero yo no compartía esta confianza general, no por razones de falsa modestia, sino por el hecho de que boxeaba. Aunque el equipo de boxeo había proporcionado un nuevo estatus al colegio, era un deporte de poca importancia comparado con el *cricket* y el *rugby*. Varios profesores lo consideraban impropio de un colegio de nuestro rango, y de no ser por Darby y por el sargento probablemente habrían acabado disolviéndolo. Yo había mantenido mi prestigio como uno de los cerebros del colegio, pero siempre había dejado muy claro que la primera de mis ambiciones inmediatas era el boxeo. Estaba seguro de que esto influiría en mi contra. En la última entrevista con el director, éste había anotado que el boxeo parecía ser en mi caso lo primero, muy por delante de la pericia musical y como joven intelectual prometedor.

—¿Y qué me dices del boxeo? ¿Es una obsesión para ti, Peekay? ¿A dónde te propones llegar con él? He de decir que parece un pasatiempo futuro poco propio de un caballero, aunque digan que Lord Byron llegó a ser un boxeador de grandes dotes.

Cuando le contesté que pretendía llegar a ser campeón del mundo de los pesos medios, arqueó las cejas sorprendido y me miró por encima de sus gafas de montura metálica. «Mmmm», eso fue todo lo que dijo como respuesta.

Hymie figuraba también entre los quince candidatos a los que el director había elegido para entrevistar. Aunque se le consideraba muy inteligente, se creía también que era demasiado presuntuoso, y por ello casi todos lo consideraban una apuesta muy arriesgada. Cuando le pregunté por su entrevista con el director, pareció mostrar cierta resistencia a hablar de ello, así que no quise insistir más.

La selección se hacía tradicionalmente por un orden de méritos, y esto le proporcionó a Hymie una oportunidad comercial que habría de ser uno de nuestros mayores éxitos. Yo, aunque hice una parte del trabajo práctico y compartí los considerables beneficios, no participé en la elaboración del plan. Le llamamos «Múltiple extraordinaria de cien de Levy». El que apostaba podía hacerlo de dos modos, pagando un chelín podías elegir tres candidatos de la lista de quince finalistas, sin tener en cuenta el orden. Los ganadores, pues habría sin duda más de uno, se repartirían un fondo de treinta libras. Pero si hacías dos apuestas o más podías participar en el múltiple extraordinario de cien de Levy, con el que ganabas un premio de cien libras y para el que bastaba acertar dos nombres, los del primero y el segundo de la lista.

Era una estrategia muy inteligente, todos los chicos creían estar seguros de tres candidatos por lo menos, y por ello tenían una magnífica oportunidad de participar en el bote de treinta libras. La mayoría de los apostadores no eran capaces de resistir la tentación de duplicar sus apuestas para tener una oportunidad de conseguir dinero



gordo, cien libras si había un solo ganador y veinte garantizadas si había más. Muchos chicos, externos sobre todo, apostaron diez chelines y una libra para tener el máximo número posible de combinaciones ganadoras. Cien libras eran una fortuna hasta en aquella reserva para niños ricos. No hubo ni un solo alumno en el colegio que no hubiese hecho dos apuestas como mínimo. Instalamos nuestra oficina en el meadero del edificio principal una hora antes de que empezasen las clases y en el descanso de mediodía, todos los días de la semana previa a la selección final. La cola que se formaba salía de los lavabos y ocupaba buena parte del patio, y cualquiera que mirase debía preguntarse si se habría producido un brote de colitis en aquel colegio.

Hymie cogía el dinero y yo hacía de escribano, el tipo que anota las apuestas. El último día, antes de la reunión general de la mañana del día siguiente en que se comunicaba quienes serían los elegidos, había mucha tensión. La emoción había ayudado un poco a aplacar mis temores por los dos. Hymie se consideraba un candidato dudoso, según confesión propia. «Mierda, Peekay, soy demasiado pistolero y no suficientemente poeta como para complacer al director». En el fondo yo estaba de acuerdo en que su fama de comerciante poco escrupuloso y mi preferencia por el boxeo influían mucho en contra nuestra. En el caso de Hymie las apuestas reflejaban esto. Su nombre no aparecía ni una sola vez en la combinación uno barra dos, mientras que el mío aparecía frecuentemente.

A la mañana siguiente, en la asamblea general, en la que estaba al lado de Hymie, me latía el corazón con fuerza. El himno elegido para antes de la plática de la mañana fue «Oh Dios nuestro auxilio en el pasado», uno de mis favoritos, pero aquel día me pareció que duraba veinte minutos lo menos. La plática que siguió fue una exposición prolija sobre humildad en el honor y fortaleza en los momentos de decepción. El director lo había elegido cuidadosamente para la ocasión. Siguió luego con una serie de notas sobre cuestiones cotidianas y triviales del colegio, entre las que se incluía la advertencia de que debíamos mantenernos alejados de la piscina que estaban vaciando para repararla de pintura en el descanso de Pascua, y un aparte en el que explicó que cada vez había más muchachos inscribiéndose para obtener el certificado de salvación del novato.

Por último, el director carraspeó para pasar a la cuestión importante del día. Estaba en el estrado con un ropón negro con forro morado, se había quitado el birrete y la luz se reflejaba en su cabello de un blanco níveo. En aquella época en que la norma nacional era corto atrás y por los lados, al director le llegaba el cabello casi por los hombros. Llevaba unas gafas de montura metálica encaramadas en el extremo de una nariz larga e imponente. Era, sin duda alguna, el director con aspecto más directorial que había visto en mi vida, más que si le hubiesen extraído directamente de un cuento de Billy Bunter.

Todos guardaban un silencio profundo, y aparte de los quince candidatos no había ningún chico presente que no se jugase dinero en lo que se iba a anunciar en unos minutos. El director carraspeó y empezó.

—El consejo del colegio me otorga todos los años un privilegio personal muy especial. Se me permite elegir en tercer curso a la media docena de chicos que se convertirán en la gente de St. John.

Hizo una pausa para alzar la vista hacia las vidrieras del fondo de la sala de actos como pidiendo orientación divina.

—Debéis saber que no abordo esta tarea alegremente. En realidad es tanto motivo de tristeza como de alegría, y aunque haya seis elegidos, a nueve de los que han llegado hasta el final hay que pedirles que se hagan a un lado. Son éstos nueve hombres buenos y honrados los que más dificultan mi tarea. Después de todo, ¿quién puede decir que acierte? Estoy seguro de que cualquier otro que tuviese que elegir en mi lugar elegiría a seis muchachos igualmente inteligentes y dotados, pero distintos de los que he elegido yo. Este año todos los candidatos eran jóvenes excepcionales. Todos merecen que se les incluya, pero, desgraciadamente, hay sólo seis plazas. Les felicito a todos ustedes y una palabra de solaz para aquellos de ustedes que no se convertirán en gente de St. John.

Hizo una pausa y desvió nuestra atención hacia el cuadro de honor de 1926, grabado en pan de oro en un panel en el centro del salón de actos, a la izquierda.

—El nombre que figura en primer lugar en ese cuadro de honor de 1926 corresponde al del actual alto comisario sudafricano en Londres, un intelectual y un diplomático brillante y el individuo más joven que ha ocupado ese cargo hasta el presente. No me sorprendería nada que llegase a ser algún día nuestro primer ministro.

Hizo otra pausa para conseguir que las palabras siguientes tuviesen el efecto mágico.

—Y este joven inteligente no fue elegido en su época para figurar entre la gente de St. John.

Nos miró por encima de las gafas y su mirada pareció recorrer todas las filas.

—Me proponía leerles a ustedes en esta ocasión el gran poema «If», de Ruyard Kipling, pero me recordaron que forma parte de su currículum de inglés de este curso, y en consecuencia todos lo conocen perfectamente, así que les ahorraré la repetición. Permítanme que concluya diciendo que, según mi experiencia, los mejores premios de la vida se otorgan más a los que perseveran pese a obstáculos y decepciones que a los excepcionalmente dotados, quienes, con la confianza que les otorgan sus dotes, suelen emprender con menos decisión las tareas que llevan al éxito.

Hizo una pausa y sacó una hoja de papel.

—Los muchachos siguientes de tercero han sido elegidos como gente de St. John para el resto de su estancia en el Colegio Príncipe de Gales. Les felicito a todos ustedes.

Bajó la vista hacia el papel que tenía en la mano y comenzó a leer:

—Levy H. S., Lyell H. R., Quigoley B. J., Minaar J. R. ...

Yo le había dado un codazo a Hymie al oír su nombre, pero empezaba a notar que me ardía la cara y notaba un nudo enorme en la garganta. Tenía la seguridad de que iba a asfixiarme...

—Eliastam P. J. —el director se interrumpió para carraspear de nuevo; luego hizo una pausa y nos miró.

El tiempo colgaba como tela de araña en el aire y el papel que tenía en su mano parecía perfilarse como una lápida blanca flotando en el espacio.

—Y Peekay —dijo finalmente.

Sentí que se me doblaban las piernas y necesité toda mi fuerza de voluntad para no ponerme a llorar allí mismo. Lo había conseguido. Era el sexto miembro de la gente de St. John.

Atherton, Cunningham-Ryder, Pis Johnson, Hymie y yo, celebramos el acontecimiento con bollos y pasteles y pepsi-cola toda aquella tarde hasta que Atherton, Cunningham-Ryder y Pis Johnson tuvieron que irse porque pasaban lista a las cuatro. La gente de St. John no tenía por qué estar presente, y mientras ellos se iban maldiciéndonos en broma, nosotros aparentábamos una irritación correspondiente aunque en el fondo nos sentíamos privilegiados.

Nueve apostadores habían ganado la primera apuesta repartiéndose entre ellos las treinta libras. No había habido ganadores en la segunda apuesta. Hymie había sido, por su parte, la baza imprevisible, y aunque algunos de los apostadores le hubiesen elegido para incluirle en la primera apuesta, a ninguno se le había ocurrido considerarle primero o segundo en la Múltiple Extraordinaria de Cien de Levy. Como mi nombre había sido el que más había aparecido en el primer puesto o en el segundo, la mayoría de las apuestas ni siquiera se aproximaban al resultado. Obtuvimos ciento sesenta libras de beneficios.

Después de que los demás se fueron porque pasaban lista me volví hacia Hymie.

—Bueno, listo, ¿cómo lo hiciste?, —dije, lamiendo delicadamente el exceso de nata que sobresalía por un lado del último bollo.

—¿Cómo hice qué?, —dijo Hymie tranquilamente, llevándose una pepsi a la boca para ocultar la sonrisa.

—¡Ya sabes de lo que estoy hablando! Sabías desde el principio que tus posibilidades de que te eligiesen con el número uno eran nulas. Ni siquiera yo habría apostado por ti. Al salir elegido en ese puesto teníamos que ganar forzosamente mucho dinero. ¿Cómo lo hiciste?

Se quitó la pepsi de la boca y la puso en el suelo a su lado.

—En parte fue suerte, pero fue sobre todo mi buen juicio habitual, —dijo con su despreocupación acostumbrada.

—¡Dios santo, eres un cabrón tan humilde, Levy! Está bien, dime lo del buen juicio primero.

—Bueno, supongo que deberíamos habernos dado por satisfechos con un beneficio de sesenta libras, con una posibilidad razonable de ganar el dinero gordo

además. Pero había además un factor de suerte en el asunto. Yo tenía que dar como fuera con un medio de que, sin hacer ninguna trampa, disminuyesen las posibilidades de ganar del apostador y aumentasen las nuestras.

—Eres un cabrón codicioso, Levy.

—No, codicioso no, es que no me gusta jugar, pero sí ganar y para ganar tienes que conseguir que las posibilidades de que pierdas sean prácticamente nulas. Piensa en los caballos, por ejemplo. Hay unos quince caballos en una carrera, y a lo largo del último año analicé los resultados de todas las carreras que se disputaron en el hipódromo de Turfontein. En todo ese tiempo los favoritos primero y segundo ganaron en secuencia correcta ciento cuatro veces en ochocientas treinta y dos carreras, lo que significa que el corredor de apuestas tiene ocho posibilidades de ganar y una de perder. Eso está bien, pero no lo suficientemente bien.

—Sí, claro, pero nosotros teníamos sesenta libras asignadas como beneficio de todas maneras. No es un mal salario por una semana de trabajo.

—Lo sé, pero no había emoción intelectual en el asunto. Mi ingenio no intervenía para nada.

—Hymie, no puedes tenerlo todo. Quieres algo completamente seguro y experimentar al mismo tiempo una emoción intelectual al ganar.

—Ya te lo he explicado anteriormente. Para un judío no es cuestión de ganar dinero por el dinero en sí, es cuestión de supervivencia intelectual.

—Está bien, acepto eso; pero venga, dime hombre, ¿cómo lo amañaste?

—¡Amañarlo! —estalló Hymie—. ¡Estás llamándome tramposo!

Su estallido era totalmente inesperado y me sorprendió.

—Por Dios, Hymie, ya entiendes lo que quiero decir, —dije rápidamente, procurando ocultar mi desconcierto.

Hymie suspiró.

—Al final siempre es igual, el gentil cree que el sucio judío está engañándole, ¿es eso verdad?

—¡No digas tonterías, eso no es lo que yo quería decir, lo lamento de veras! Ya sabes lo que siento por ti.

Hymie sostuvo mi mirada largo rato.

—Sí, lo sé, —dijo, sonriendo—, pero de todos modos gracias por decirlo.

—Bueno, sigamos, —dije, muy aliviado y deseando dejar atrás el incidente y continuar la conversación.

—Parece realmente una cosa preparada, ¿verdad?, —continuó Hymie—. Pero yo lo único que hice fue manipular un poquito la naturaleza humana.

—Tendrás que explicar eso.

—Bueno, cuando me hablaste de tu entrevista con el director, de las preguntas que te había hecho sobre tu afición al boxeo...

—No entiendo, ¿qué tenía eso que ver con la apuesta múltiple de cien?

—Bueno, tú ya conoces mi teoría sobre el ganador. Busca un ganador y alrededor

de él podrás construirlo todo. Pues bien, tú siempre has sido mi único ganador y al existir grandes posibilidades de que te eligiesen para la gente de St. John en el número uno, la múltiple extraordinaria de cien de Levy habría resultado demasiado arriesgada. El apostador sólo tendría que adivinar un nombre más para ganar.

—Pero ya te dije que debido al problema del boxeo podría no haber ingresado siquiera en el grupo.

—¡No había ninguna posibilidad, amigo! No hubo nunca la menor posibilidad de que no fueses elegido, pero yo estaba dispuesto a apostar que él director no sería capaz de resistir la tentación de darte su primera clase particular.

—¿Mi primera clase particular?

—Dios mío, Peekay, cuidado que eres duro de mollera a veces, el profesor es un pensador liberal declarado, que desconfía muchísimo de la personalidad obsesiva. En eso consiste básicamente todo ese asunto del hombre del renacimiento, moderación en todas las cosas, incluida la moderación. Mostró su desaprobación dándote el sexto puesto.

—Dios mío, Hymie, ¿te tomaste la molestia de pensar todo eso?

—Pensar nunca es una molestia, deberías intentarlo de vez en cuando —sonrió de pronto. Además, yo podría haberme equivocado, el director podría haberse limitado a bajarte un puesto y estarías allí, en uno de los dos primeros, tenía que eliminar el peligro del todo. Tenía que conseguir que me eligiesen a mí, no sólo que me eligiesen sino además que me eligiesen en el primer puesto. Mira, aunque tú estuvieses en el puesto número dos, bastaría con que yo, como marginado absoluto, como no candidato, estuviese en el uno, para que nadie acertase el orden correcto. Nadie en su sano juicio combinaría una probabilidad de cien a uno con algo seguro cuando ambos puestos contaban para ganar.

—Me has convencido. ¿Cómo demonios lo conseguiste?

—Bueno, yo había calculado cómo iba a reaccionar el director contigo, y cuando conoces a un hombre conoces el proceso de sus pensamientos. Lo contrario de una personalidad obsesiva, la tuya en relación con el boxeo en este caso, es una personalidad bien adaptada. El epítome de una personalidad bien adaptada es la modestia, la voluntad de sacrificar la propia ambición por el bien superior del conjunto. ¿Qué fue lo que dijo Cristo? «Qué mayor amor puede mostrar un hombre que dar su vida por un amigo», —soltó una risilla—: Así que cuando el director descubrió que el sacrificio personal, junto con la delicadeza de espíritu, era una parte fundamental de mi carácter, comprendí que tenía en el saco el número dos.

—Y cómo le demostraste eso concretamente, quiero decir, que esos dos rasgos psicológicos en tu caso no son precisamente evidentes —añadí con un deje sarcástico.

Hymie se volvió hacia mí, con una cierta turbación.

—No creo que te vaya a gustar demasiado lo que voy a contarte. Estábamos hablando de la importancia de la amistad, y yo saqué a colación mi amistad contigo, entonces el director me preguntó por tu obsesión por el boxeo, —hizo una pausa—:

¿Estás seguro de que quieres que siga?

—Creo saber adonde vas, pero ya no puedo pararlo; sigue.

—Bueno, le hablé de tu infancia, de tu internado anterior, de la prisión, aunque te aseguro que no le hablé de lo del Ángel Renacuajo, sólo de Geel Piet y del boxeo, sólo parte de lo que tú me contaste.

—Por Dios, Hymie, eso era confidencial.

—Sí, lo sé, quiero decir, sabía que lo era, pero en realidad tú nunca me habías dicho que no se lo dijera a nadie. Demonios, Peekay, no tienes nada de que avergonzarte.

—Yo no me he avergonzado nunca de nada de mi vida, salvo cuando me hicieron sentirme de aquella manera la primera vez que fui al internado. Es que... bueno, es sólo que no quiero que ningún caballero cristiano se compadezca de mí porque mi mamá no tiene diez libras a su nombre.

Hymie se levantó de un saltó y me cogió por las solapas de la chaqueta.

—Eres un imbécil rematado. Ellos darían cualquier cosa por ser como tú. Haber hecho las cosas que has hecho, llevar la vida que has llevado, créeme, ser rico en un hogar judío no es nada divertido. Todo es excesivo. Demasiado amor, demasiado dinero, demasiada comida, demasiados cuidados, demasiado recordarte que eres distinto, que eres judío. ¡Estoy harto y aburrido de eso desde que tengo cinco años! Aburrido de la monotonía de haber nacido en un hogar judío rico y burgués. Si quieres te regalo mis doce dormitorios y mis seis baños, te cambiaría los cinco coches y los tres choferes de mi viejo por quince días con Doc.

De pronto me di cuenta de que yo estaba dándole mucha más importancia a la indiscreción que él había cometido en relación con mi pasado de la que le había dado a mi acusación de tramposo.

—De acuerdo, estamos en paz, eres un asqueroso zalamero, —dije, sonriendo—. Ahora, sigue con la historia. Explícame por ejemplo cómo conseguiste arreglártelas para que al explicarle eso te diese a ti el primer puesto.

—Bueno, pues le dije que era judío, cosa que supongo ya sabía, pero no hacía ningún daño el recordárselo, que mi padre era enormemente rico, que había disfrutado y seguiría disfrutando de todos los privilegios posibles, y que me mandarían a Oxford, donde estudiaría derecho, y bueno, bla, bla, bla, que ante mí se abría un futuro brillante.

—¿Y?

—Ésta es la peor parte. Le dije que si me elegía para la gente de St. John y no te elegía a ti, quería cederte mi puesto si él no tenía inconveniente.

Me miró quejumbroso, esperando mi cólera.

Yo no dije nada. Tuve el convencimiento repentino de que Hymie, después de conocer los resultados de mi entrevista con el director, había empezado a preocuparse pensando que mi obsesión por el boxeo me eliminaría como candidato. Que había pensado que debía intervenir, que tenía que arriesgarse a sacrificar sus posibilidades

para asegurar mi elección. Y al hacer esto se había percatado con inteligencia de lo que pensaba el director y había capitalizado con habilidad la situación.

—Lo habrías hecho de todos modos, ¿no? Habrías estado dispuesto a prescindir de tus posibilidades aunque no hubiese habido un plan de apuestas.

—¡No demonios! ¡Ni hablar!, —dijo alarmado—. Dios santo, Peekay, estamos en un mundo de lobos, ¿qué sería de los judíos si de pronto empezasen a sacrificarse por los malditos cristianos!

—Gracias, Hymie.

—No insultes a mi inteligencia, Peekay. Si pretendes decir que no hice todo esto por motivos mercenarios me enfado contigo. ¿Es que no crees que soy capaz de concebir un plan tan bueno como ha resultado éste?

—Todo lo contrario, lo preparaste todo de modo que pasase lo que pasase pudieses influir en el resultado.

Se ruborizó, cosa que nunca le había visto hacer.

—No tiene ningún sentido dejar las cosas al azar, es demasiado arriesgado, —dijo con una sonrisa desaprobatoria.

—Demonios, de cualquier modo el número uno siempre te correspondió a ti.

—Tienes razón, —dijo—. Oye, ¿por qué no cogemos diez libras cada uno para las vacaciones?

Me entregó un billete de diez libras.

—El resto lo meteré en el banco, tengo grandes planes para el próximo curso, pero ya hablaremos después de vacaciones.

## DIECINUEVE

Ir a casa al final de cada curso era como mudar de piel. Lo más agradable de una población pequeña es su carácter inalterable. Exceptuando a Doc, a la señora Boxall, a la señorita Bornstein, al viejo señor Bornstein, a los chicos de la prisión y por supuesto a mi madre, el abuelo, Marie, y sobre todo Dum y Dee, la gente levantaba la vista cuando entraba en un comercio y me decía tranquilamente: «¿Vaya, otra vez de vacaciones, Peekay? ¿Cómo va la vida en la gran ciudad? ¿Tocas en el concierto de Pascua? ¿En qué puedo servirte?». Decían esto casi sin respirar, no porque estuviesen aburridos y se viesan obligados a mostrarse amables, sino básicamente porque en los pueblos pequeños el tiempo posee una uniformidad, que el ir y venir de la gente no altera. Me gustaba la idea de que nada cambiase nunca en Barberton, me daba una sensación de pertenencia. Barberton, una vez terminada la guerra y después de que el campamento militar dejase de constituir una parte de la economía de la población, volvió a arrellanarse en su viejo sillón de cuero favorito y se volvió a dormir. Hasta los guardias de la prisión parecían adaptarse con mayor facilidad al pueblo, y en los dos últimos conciertos se habían quedado a oír el «Dios salve al rey», aunque según la señora Boxall siguieron oponiéndose a su manera al no ponerse firmes. Como siempre esto enfureció al señor Hunting, del *Goldfields News*, pero sólo se mereció ya un párrafo, no un titular o todo un editorial como en los viejos tiempos.

La señora Boxall triunfaba en la prisión. El Kommandant, que había ascendido a coronel gracias al concierto de Doc, decidió que le gustaba la reforma penitenciaria, y le había permitido organizar una escuela matutina dominical para los presos. Ella había conseguido que se aceptara recompensar los progresos escolares con Reyes Jorge. Los misioneros pentecostales, que habían aceptado encargarse de la enseñanza a cambio de un sermón de quince minutos el domingo, se opusieron violentamente a la distribución de tabaco entre los alumnos más sobresalientes. Su dios no consumía bebidas alcohólicas ni fumaba tabaco. Pero tuvieron que admitir que Dios obraba de modo misterioso al producirse un visible aumento del esfuerzo intelectual tras la introducción de Reyes Jorge como incentivo. Ante la recompensa de un cigarrillo, el preso aprovechaba para estudiar todos los escasos momentos de



que disponía. Gracias a eso muchos negros salieron de la prisión sabiendo leer, escribir y hacer operaciones de aritmética sencillas. El señor Bornstein, padre de la señorita Bornstein, había convertido el Fondo del Conde Sandwich, en la Fundación Sandwich, y una señora anciana le había dejado ya un legado de dos mil libras. Las sesiones de escritura de cartas aún seguían existiendo, y durante las vacaciones yo sustituía a los misioneros y la hoja de tabaco del padre de Marie volvía a aparecer entre las hojas de los folletos religiosos que se entregaban con cada carta. Y, naturalmente, las cartas al rey Jorge, que por supuesto nunca echábamos, volvieron a hacerse muy populares en todos los períodos de vacaciones. El Ángel Renacuajo había vuelto al pueblo, y Gert juraba y perjuraba que en estos períodos apenas había problemas en la prisión.

Gert, con el estímulo de la señora Boxall, se había lanzado a hablar inglés, y lo hablaba ya bastante bien. Había hecho mucha amistad con Doc y con la señora Boxall y procuraba que las reparaciones que hubiese que hacer en casa de Doc o en la casa de la señora Boxall se hiciesen bien y que el motor de Charlie siguiese funcionando. Siempre que yo volvía me decía lo mismo: «Te lo aseguro, hombre, ese cacharro viejo está para tirarlo, un día voy a tener que subir a un sitio alto con él y tirarlo por un precipicio con una oración. ¡Aunque no será capaz de subir hasta allí!». Pero bajo los cuidados atentos y delicados de Gert, Charlie seguía funcionando.

Klipkop había sido trasladado a Pretoria, y Gert recibió la enorme sorpresa de que le eligieron para ocupar el puesto de ayudante del capitán Smit. Obtenía, pues, los galones de cabo. Era el peso pesado de la prisión, y en los siguientes campeonatos combatiría por el título que estaba vacante. El gigante Potgieter, que había seguido derrotando a Gert en la final en los dos campeonatos siguientes a aquella primera derrota de Nelspruit, se había hecho profesional.

Los campeonatos de las tierras bajas se habían ampliado y habían pasado a llamarse campeonatos de Transvaal Oriental, con lo que se incluían las poblaciones grandes, y eso les había puesto la cosa más difícil a los Barberton Blues. Como se celebraban siempre durante las vacaciones de Navidad, era importante que figurara yo en el equipo.

La práctica regular del boxeo por las competiciones contra los colegios afrikaans durante el curso me había convertido en un boxeador mucho mejor, aunque yo personalmente añoraba la magia de Geel Piet, con la que pensaba mejor en el *ring*. Mientras Darby White y el sargento, lo mismo que el capitán Smit, eran honrados carpinteros, Geel Piet había sido un artista, y yo echaba de menos la misteriosa habilidad con que sabía explotar mi personalidad en el *ring*.

Tenía la sensación de que no estaba creciendo como boxeador. Yehudi Menuhin dijo una vez que tocar el violín es como cantar con las extremidades; Geel Piet había tenido la habilidad necesaria para hacer que el boxeo pareciese lo mismo, cada golpe era el resultado de una coordinación perfecta, de una continuidad, una inteligencia y una emoción controladas. Sabía que si quería convertirme en el campeón del mundo

de los pesos medios tendría que encontrar pronto un preparador que mirase más allá del boxeo escolar.

Las vacaciones estaban muy llenas de actividades. Tenía que ir a la prisión a las cinco y media de la mañana a boxear, y el capitán Smit me hacía disputar tres asaltos con dos muchachos del equipo. En general con Mocosos y Jaapie, que eran los dos más pesados que yo, pero eran los dos únicos boxeadores realmente que podían boxear lo suficientemente bien para estimularme. Los dos querían cazarme; eran pegadores en la tradición de Smit, y eran muy duros de pelar. Necesitaba toda mi destreza en el *ring* para salir indemne. A mitad del segundo asalto, el capitán Smit tocaba el silbato y uno de ellos se bajaba del *ring* y otro subía. Esto significaba que sólo boxeaban un asalto y medio cada uno, y debido a eso salían dispuestos claramente a recibir unos cuantos golpes con tal de conseguir pegarme alguna vez. El capitán Smit estaba convencido de que era la única manera de aumentar mi velocidad y de mantenerme en forma.

Después de una hora y media en el gimnasio de la prisión me iba a casa de Doc, donde Dee o Dum, que se turnaban, tenían preparado ya el desayuno. A la hora que llegaba, las siete, el café estaba listo y había una hogaza de pan recién hecha esperándome en la mesa, con huevos y tocino. Doc aún seguía siendo, después de todo, un alemán, y esperaba que yo llegase justo a tiempo para los huevos y el tocino. A las chicas les encantaban las vacaciones y me mimaban demasiado, preparándome cosas al horno y preocupándose de menudencias y cocinando siempre como locas. Doc decía que engordaba varios kilos cuando estaba yo en casa.

Doc y yo nos sentábamos fuera en el porche para desayunar y planeábamos la excursión del fin de semana. Repetíamos casi siempre una ruta ya conocida. Sacaba su cuaderno de notas y hablábamos de la última vez que habíamos hecho el recorrido planeado, que podía haber sido cinco años atrás. Hablábamos de cada espécimen que habíamos recogido, y a veces incluso nos levantábamos de la mesa para ir a ver cómo le iba a algún suculento que habíamos recogido y del que nos habíamos olvidado hacía tiempo.

Doc aún seguía vinculado al Steinway y a sus alumnas los días de diario, así que nuestros largos paseos tenían que limitarse al fin de semana. Aunque, pensándolo bien, estoy seguro de que no podría haber sido de otro modo, pues la planificación y la discusión basándonos en sus notas eran tan importantes para él como las excursiones en sí mismas. A las nueve me daba una lección de piano, rezongando por los malos hábitos que había adquirido en las clases del señor Mollip, el profesor de música del Príncipe de Gales.

»¿Estás seguro de que ese señor Muddleup enseña piano?, decía, moviendo la cabeza. “Yo creo que debe enseñar banjo”. Se pasaba el resto de las vacaciones intentando hacerme recuperar un poco mis habilidades musicales.

La primera vez que le toqué *blues* de San Luís yo esperaba que le sorprendiese muchísimo, lo hice en realidad como una broma, pero se limitó a asentir

tranquilamente.

—Ja, eso es bueno, —me volví a mirarle sorprendido—. Pero para tocar música negra la música tiene que salir del alma, no de la cabeza, Peekay.

Me mandó levantarme del taburete del piano y se sentó en mi sitio, e interpretó la pieza de manera tan inolvidable como la interpretación que Hymie hacía del setenta y ocho de Erroll Garner.

—Demonios, Doc, ¿dónde carajo aprendiste tú eso?, —era la primera vez que decía una palabra malsonante en su presencia pero no pareció darse cuenta.

—Muy bien, muy bien, señor sabelotodo, ¿quién es un individuo llamado W. C. Handy?

—Suena como la escobilla de un retrete —dije petulante.

—El señor W. C. Handy fue el autor de esta música, ¿y tú quieres tocarla sin corazón e incluso sin saber nada del compositor? ¿Harías esto con Beethoven o Bach? No, yo creo que no. Pero claro, el señor sabelotodo piensa que interpretar la música del negro es una cosa fácil.

—Perdona, Doc, era sólo una broma, sólo quería desconcertarte un poco.

—Pues para eso utiliza música mala, pero no interpretes mal la buena, —dijo suavemente.

El desconcertado fui yo, y Doc me volvió a enseñar que hay que investigar y que pensar antes de juzgar.

—¿Dónde aprendiste a tocar así, Doc?

Doc se echó a reír.

—Hace mucho, ya, cuando escribí mi primer libro sobre cactus de Norteamérica, estuve en Nueva Orleans. No tenía nada de dinero así que tocaba quince minutos de música clásica todas las noches en un prostíbulo elegante, el Golden Slipper. Ja, así se llamaba aquel lugar. Después de tocar yo todas las noches venía una banda de *jazz* y pronto empezamos a hablar y el profesor alemán les parecía muy raro, pero mi música no, la gente rica que iba a aquel lugar no entendía al señor Beethoven, ni a Chopin ni a Brahms. Pero los negros sí los entendían. Les enseñé un poco de esto y un poco de aquello, y ellos me enseñaron a mí un poco de aquello y un poco de esto, —tecleó unos compases de *blues*—, y más tarde también al señor Erroll Garner.

—¿Conociste a Erroll Garner?, —le grité—. ¿A Erroll Garner?

—Ja, creo que sólo hay uno.

—Por favor, Doc, enséñame a tocar *jazz* al piano.

Se echó a reír y dando su versión del acento estadounidense contestó:

—Ni hablar de eso, Peekay.

—¡Por favor, Doc!

Me hizo un gesto negativo.

—No puedo enseñarte lo que no puedo sentir, Peekay, tienes que entender esto. Un hombre no puede tocar el corazón de la música del negro si no puede sentirla a través de los dedos.

Doc acababa de explicarme por qué yo no llegaría a ser gran cosa musicalmente. Lo que Geel Piet sabía que yo tenía como boxeador, Doc sabía que me faltaba como músico.

A las once dejaba a Doc y a las once y cuarto llegaba a casa de la señorita Bornstein. El señor Bornstein, que era abogado y estaba asociado con el señor Andrews, como ya expliqué, tenía una casa grande y blanca de dos pisos de estilo holandés de El Cabo. A un lado de ella se precipitaba una inmensa buganvilla en una cascada de flores violeta, su masa de brotes bellos y escuetos brillaban sobre la pared de un blanco tan brillante que hacía daño mirarla bajo un sol casi de mediodía. La impresión siguiente que recibía la vista era la de las extensiones de césped que olían a hierba segada y no parecían perder nunca su aspecto verde y húmedo, ni siquiera al final del verano, cuando todos los demás céspedes parecían paja y se agostaban por el calor. Había otras cosas en el jardín, árboles y maleza tropical y una mata de caña de un rojo intenso. Y, cómo no, toda la basura habitual como rosas y cosas de ese estilo. Pero lo único que recuerdo al parecer es la espectacular cascada de la buganvilla de un morado intenso sobre el blanco cegador de la casa, los céspedes verdes, perfectamente cuidados y el chit-chit-chit de la manguera escupiendo tacaños chorros de agua en alguna parte del jardín.

Yo pasaba la primera media hora o así, si es que podía aguantar tanto tiempo, jugando una partida de ajedrez con el viejo señor Bornstein. Siempre me daba jaque mate con las mismas palabras: «No tienes por qué avergonzarte. Puede que mañana, si Dios nos mantiene con vida, ganes tú». Dios seguía manteniéndonos vivos a los dos, pero yo nunca ganaba.

Un criado de chaqueta blanca almidonada me traía luego un vaso de leche y dos galletas de chocolate, que eran mis favoritas. Después empezaba la lección, trabajábamos hasta las dos, hora en que el mismo criado traía una jarra de zumo de naranja y una bandeja de emparedados de salchichón y tomate, que eran también mis favoritos. La señorita Bornstein había decidido que yo tenía que obtener una beca Rhodes e ir a Oxford, y el trabajo que hacíamos era muchísimo más de lo que yo necesitaba saber para aprobar. Con su estímulo, sobre todo en latín y en griego, a través de la carta semanal y durante las vacaciones, y con las clases especiales para la gente de St. John, yo estaba recibiendo probablemente la mejor formación que podía asimilar cualquier muchacho de mi edad.

Después del zumo de naranja y de los emparedados quedaba libre. A veces pasaba la tarde con la señora Boxall o ayudaba al abuelo en el jardín o jugaba un poco al billar en el Hotel Impala con John Hopkins y Geoffrey Scruby y otros chicos más, que como yo, estudiaban en internados. Ellos bebían un par de cervezas y fumaban un poco, y todos nos hacíamos un poco los duros en general, pero yo como tenía que entrenarme no fumaba ni bebía.

Empezaba a darme cuenta de cómo la inteligencia separa a los hombres. Como terreno en común teníamos los temas del *rugby* y el *cricket* y de las chicas. Todos los

días destruíamos la reputación de las que habían ido a clase con nosotros en la escuela primaria y que ahora supuestamente se dedicaban a hacer el amor como serpientes de cascabel. Nunca concretábamos con quién, en teoría siempre era alguien mayor que nosotros, como Paul Everingham y Bob Goodhead, que hacían sexto curso en el instituto Jeppe y jugaban al *rugby* y al *cricket* en el equipo.

La pubertad se había apoderado de nosotros con fuerza y urgencia, nos perseguían continuamente fantasías sexuales. Pero fuera de lo sexual, mi mente era distinta. Supongo que siempre lo había sido, pero entonces la dicotomía empezaba a hacerse patente. Yo no me sentía superior, no había nada por lo que pudiera ser superior, pero mi pensamiento parecía dirigirse hacia panoramas intelectuales distintos. Me atrevo a decir que si no hubiese sido boxeador y jugador de *rugby* y se me respetase muchísimo por lo primero, el resto de los compañeros de Barberton me habrían menospreciado como empollón y solitario.

Doc, la señora Boxall, la señorita Bornstein y el viejo señor Bornstein eran una fuente de estímulo, pero la mente adulta había perdido gran parte de su locura, de su carácter estrambótico, y yo echaba de menos los torneos verbales con Hymie en nuestra relación cotidiana en el colegio. De hecho, cuando volvía al colegio después de las vacaciones, tardaba un par de días en recuperar la agudeza verbal y el sentido de la oportunidad.

—¡Dios santo, Peekay, tienes el cerebro podrido de tantas discusiones profundas y significativas sobre el tiempo y los cultivos y si las langostas volverán a venir este año o no volverán!, —decía Hymie tomándome el pelo.

Atherton, Pis y Cunningham-Ryder, compartían también un entendimiento que nos hacía enzarzarnos enseguida en una disputa verbal interesante sobre una cuestión abstracta por el simple placer de discutir.

Hymie sostenía que cualquier cosa, por muy intrascendente que fuese, podía elevarse al nivel del debate intelectual, siempre que los interesados fueran lo suficientemente inteligentes. Nos contó el cuento del zapatero remendón de un shetl de Rusia que estaba untando de miel una rebanada de pan y se le cayó la rebanada al suelo. Comprobó sorprendido que el pan había caído con el lado untado hacia arriba. «¿Cómo es posible?» dijo, y cogió la rebanada de pan y fue corriendo a consultar al rabino y a los ancianos de la aldea. «Somos judíos y estamos en Rusia, ¿cómo es posible que untase esta rebanada de pan con miel y cayese al suelo con la miel hacia arriba? ¿Desde cuándo un judío tiene tanta suerte?». El rabino y los ancianos estudiaron el asunto durante varios días, consultando frecuentemente la Torá. Por fin llamaron al zapatero a la sinagoga. El rabino pronunció el veredicto: «La respuesta, hijo mío, es muy clara. Te equivocaste de lado al untar la rebanada».

Graznamos y gemimos todos después de oír el cuento pero Hymie, como siempre, había logrado su propósito, el buen debate verbal valía la pena por sí solo, y hablar por amor a la conversación es lo que nos hace humanos.

Doc y yo habíamos planeado aquellas vacaciones de Pascua una excursión de dos días a una catarata de la que teníamos referencia y que quedaba unos dieciocho kilómetros más allá del puerto de Saddleback. No era una catarata importante, pero caía a través de una zona de bosque tropical a la que habíamos llegado demasiado tarde para poder explorarla adecuadamente en nuestra única visita anterior. Los riscos que se alzaban por encima del bosque parecían interesantes, y Doc estaba convencido de que encontraríamos suculentos y especies diversas de áloes enanos en las hendiduras rocosas y en los salientes. Cuando Doc había propuesto la excursión yo me había preocupado, pues tendríamos que recorrer más de treinta kilómetros por las montañas y Doc tenía ya más de ochenta años. Cuántos más exactamente nadie lo sabía, y aunque estaba flaco como un palo de regaliz y era más duro que una cabra montesa se trataba una excursión muy pesada y en las notas que él había hecho en nuestra excursión anterior, casi ocho años atrás, había indicado que la caminata había sido agotadora.

Había rechazado mis protestas con su típica lógica.

—Peekay, si no es ahora, ya nunca podré. Nuestro trabajo aquí está inconcluso, la topografía, ves, he hecho un dibujo aquí, en mis notas, sugiere la existencia de piedra caliza en esos riscos, si es así es una cosa rara, casi imposible, una anomalía geológica, ¿comprendes?

Doc sabía que estimulaba así mi afán de aventura, y con la perspectiva de encontrar algo que no tenía que estar allí acabé desechando mis temores y acepté su propuesta.

Doc había conseguido aplazar sus clases del viernes, y salimos al amanecer con las mantas enrolladas y cacharros y comida suficiente para dos días, así como una lámpara a prueba de viento. La linterna Eveready de ocho pilas de Doc, cuerda, un martillo pequeño y una docena de púas de metal de fabricación propia enganchadas en los extremos para asegurar la cuerda en caso necesario. Se las había hecho Gert a Doc en el taller de la prisión poco antes de que éste la abandonase, y habían sido de un valor incalculable para subir por paredes rocosas ahora que Doc no era una cabra montesa tan joven como pretendía.

Cuando salió el sol por encima de la escarpadura y llenó el valle de Kaap, habíamos subido ya las estribaciones y estábamos en las montañas propiamente dichas. A los áloes y espinos les habían sucedido las hierbas de las laderas y de los montecillos, que se convertían en hendiduras rocosas donde el viento podía ser frío hasta en un día muy caluroso. Con frecuencia veíamos águilas volando a gran altura sobre nosotros, vagando en apariencia sin objetivo, arrastradas por corrientes de aire. Después de parar para comer queso y galletas de nata y tomar una taza de té negro dulce, cruzamos el puerto de Saddleback a primera hora de la tarde e iniciamos la bajada por la otra vertiente. Al final de la tarde habíamos llegado a una extraña formación de picachos que se elevaban por encima del kloof profundo de bosque tropical que Doc tenía anotado en su diario.

Acampamos junto a un arroyo de montaña que nacía en la catarata, que como un velo de novia caía sobre nosotros desde el borde lejano de los picachos. Yo había elegido nuestro lugar de acampada en la linde del bosque tropical, donde una roca saliente nos protegía del viento. En las montañas puede hacer muchísimo frío de noche, y nos pusimos a recoger leña abundante antes de que oscureciera. Encima de nosotros, muy arriba, oímos al principio y luego vimos, un grupo de babuinos que subían por la extraña pared rocosa y corrían a lo largo de los salientes blancos erosionados que brotaban de ella. Sus ladridos insistentes resonaban abajo en el kloof donde habíamos plantado el campamento.

Doc enfiló los prismáticos hacia el picacho que teníamos encima.

—Ahora está ya demasiado oscuro, pero creo que mañana encontraremos allá arriba algo, estoy seguro.

En las montañas oscurece muy rápido, y menos de una hora después de que llegáramos allí ya se había puesto el sol, sumiendo en la sombra el hondo kloof. Aunque había aún un poco de luz encendí el fuego para la cena, las ramas secas restallaron y crepitaron con muchísimo humo que nos libraría de los mosquitos que siempre parecen brotar de la nada a los pocos instantes de que se ponga el sol. Empecé a preparar la cena mientras Doc se lavaba en el arroyo. Trocé una cebolla y dos tomates en un cazo y luego añadí una lata de carne, y lo revolví todo con el cuchillo de caza y lo dejé dispuesto para cuando el fuego se asentase y pudiese hacerse despacio. Había metido dos batatas grandes debajo de las astillas para que más tarde pudiésemos sacarlas de entre las ascuas como postre. En el bosque tropical fue en el primer sitio en que oscureció, los claros perfiles de los gigantesco helechos arborescentes se difuminaron y luego se disolvieron en la oscuridad, mientras en lo alto de un gran árbol de madera amarilla un par de louries verdes lanzaban un último grito poniendo fin al día. Luego el valle que había al lado del bosque donde habíamos acampado se oscureció preparándose para la noche y apagó la luz, difuminando rocas y matorrales y árboles. Por último, sobre los riscos altos, corrió una sábana oscura sobre nosotros el cielo y la picoteó de estrellas. El ruido lejano del agua que caía por la catarata parecía potenciar el silencio. Doc hablaba quedamente en la noche.

—Nadie ha escrito una gran sinfonía, ni un concierto siquiera sobre África, ¿por qué?

No parecía esperar una respuesta y dejé que siguiese.

—La música de África es demasiado salvaje, demasiado libre, está demasiado familiarizada con la muerte para entregarse a lo romántico. África es una etapa demasiado tosca para el leve rechinar del violín, demasiado majestuosa para el piano, para África sólo son adecuados los tambores. El tambor capta su ritmo, pero no atrapa su música. Los tímpanos son el telón de fondo, la música de África está en las voces de la gente, ellos son sus instrumentos más sutiles, más bellos, infinitamente más nobles que el raspar, golpear y soplar de metal y viento y tela y cuerdas y teclado.

—¿Y el réquiem por Geel Piet?, —pregunté.

Doc se echó a reír.

—Durante veinte años he intentado componer cinco, o incluso diez minutos de música, de buena música, para la Gran Patria del Sur, y luego, después de veinte años de fracaso la encuentro en las brigadas de presidiarios, en el ritmo de un pico y el sudor de espaldas negras y el restallar malévolo del látigo y el golpe casi mudo de la verga de burro. La música vocal no es el lamento de la desesperación, sino la expresión de la seguridad de que África vivirá y de que su espíritu sobrevivirá a la brutalidad. La música de África está en el alma y sus instrumentos están en las voces de sus gentes. Qué domkop, Peekay. Todo el tiempo estuvo allí esperando definitivamente bajo mi nariz alemana. El Réquiem por Geel Piet no es música mía, es la música de un pueblo, el collar es mío sólo porque ensarté las cuentas.

Le entregué un plato humeante de carne, luego saqué rodando con un palito las dos batatas de las ascuas y las dejé enfriar un poco. Comimos en silencio. Doc nunca se tomaba en broma la comida y antes de tragar masticaba muchísimo. Añadí un par de troncos para avivar de nuevo el fuego, y luego bajé hasta el arroyo a lavar los platos y a llenar el cazo.

Luego hice café y eché una cucharada de leche condensada en el recipiente, tal como le gustaba a Doc, le puse al lado la taza humeante y le partí por la mitad su batata. De su vientre gordo y succulento se elevó un humo tenue, y también a ella le añadí leche condensada como un adorno especial. Los mosquitos a los que había mantenido a raya el humo al principio, volvían a atacar. Me eché por brazos y piernas esencia de toronjil y luego le pasé el frasco a Doc. El aceite olía bastante mal, pero era mucho mejor aquello que esperar a que los mosquitos te dejasen medio muerto con sus picaduras. Llevábamos andando desde las cuatro y cuarto de la mañana y estábamos exhaustos, sin fuerzas siquiera para lavar las tazas, me enrollé en la manta. Después de comprobar que Doc estaba bien separado de la hoguera, me enrosqué debajo del saliente de la roca para que no se me emparara la manta de rocío por la mañana y me dormí. Desperté al amanecer y, sin quitarme la manta del cuerpo, reavivé el fuego. El valle estaba envuelto en niebla y el bosque tropical que comenzaba a menos de veinte metros de nuestro campamento era invisible. Al cabo de unos minutos el sol alcanzó el valle y se desvaneció la niebla, pero hasta entonces siguió haciendo frío. Tenía las manos heladas cuando llené el cazo en el arroyo para hacer café. Doc seguía roncando, acurrucado en su manta, y le dejé dormir hasta que hubiese hecho el café y le hubiese echado una cucharada generosa de leche condensada. Luego hice lo mismo en el mío y la taza humeante pronto me calentó las manos. No desperté a Doc. Sabía que el olor del café recién hecho lo haría por mí. Creo que a Doc le gustaba el café más aún que su jardín de cactus y casi tanto como Beethoven y J. S. Bach. Muy pronto empezó a mover las narices y se incorporó en la manta con un gruñido y abrió los ojos. De arriba, de detrás de la niebla, llegaban los ladridos de los babuinos; el sol debía haber llegado ya hasta ellos y empezaban a



ponerse en marcha. Doc cogió la taza que le di con las dos manos, luego miró hacia arriba, hacia los picachos invisibles que estaban detrás de la niebla y dijo:

—Hoy será distinto, Peekay.

En el valle nebuloso resonaba el eco del ladrido de los babuinos.

—Ja, seguro, definitivamente. Hoy encontraremos algo.

Luego bebió despacio un sorbo de café y preguntó:

—¿Has dormido bien, Peekay?

Puse al fuego dos salchichas y un par de lonchas de tocino y luego corté las salchichas a lo largo y las puse encima de dos rebanadas de pan, puse encima el tocino y sobre él dos gruesas rebanadas de pan más. Le entregué a Doc uno de los toscos emparedados y me comí yo el otro, llevándomelo a la boca con las dos manos.

Mientras tomábamos una segunda taza de café, el sol empezó a abrirse paso a través de la niebla, y en lo que parecieron sólo unos minutos se llenó todo el valle de claridad. Cerca del suelo del bosque tropical persistían unos cuantos sectores de niebla, pero también desaparecerían pronto. Arriba, los picachos de extraño aspecto parecían menos impresionantes a la clara luz de la mañana, y los examiné para ver cómo podríamos abordar la escalada.

Los sonidos son siempre exagerados en un paisaje cubierto de niebla. Al desaparecer ésta, se asentó la mañana, con todos sus componentes tranquilizadores, el parloteo de los pájaros, el rumor del agua corriente, el chicharreo anhelante de un saltamontes, y, en fin, el ajeteo general ruidoso del día en la montaña que revivía ya plenamente. Me acerqué a una pequeña agrupación de matorral, y cuando estaba en cuclillas con los pantalones en los tobillos brotaron de la vegetación, a mi lado mismo, dos perdices gordas. Me levanté, los pantalones aún por los tobillos, y mirando a lo largo del cañón de una escopeta imaginaria disparé sobre ellas, primero con el cañón izquierdo y luego girando cuidadosamente para enfilar a la segunda perdiz, con el derecho. Luego vi, riéndome, cómo desaparecían por una pequeña elevación.

Después de lavarme limpié el campamento y guardé nuestras cosas debajo de un saliente rocoso, salpicando las mantas con esencia de toronjil. Si se acercaba algo, sobre todo un escorpión buscando un sitio caliente donde meterse, el extraño olor del toronjil le alejaría.

Doc se echó la cuerda al cuello y se colgó del cinturón su linterna Eveready de ocho baterías. Yo llevaba una pequeña mochila de escalador con una botella de agua, un trasplantador para cavar asideros para los pies, el martillo, las escarpas metálicas, una lámpara de petróleo y los prismáticos de Doc. La escalada no parecía demasiado difícil, los contrafuertes de roca conducían hasta largas crestas erosionadas que brotaban en la pared rocosa, como si ésta se compusiese de roca dura y roca blanda. Habían sido estas estriaciones rocosas blancas y en apariencia blandas las que en principio habían atraído la atención de Doc. Tenía la seguridad de que estaban compuestas de piedra caliza o de algún tipo de dolomita. La linterna y la lámpara de

petróleo eran un regalo. Doc, que seguía siendo un romántico, tenía la esperanza de que encontrásemos una cueva en la pared rocosa, una posibilidad que a mí me resultaba, como es natural, enormemente atractiva.

Estuvimos una hora escalando, sin demasiadas dificultades. Doc era un montañero competente a pesar de su edad, no corría ningún riesgo, y si bien yo podría haber llegado a la primera cresta de roca erosionada, que quedaba a unos treinta metros del llano, en la mitad del tiempo que tardamos, nuestra escalada fue segura y teníamos cuidadosamente trazada en la cabeza la ruta de descenso. Bajar por una pared rocosa puede ser muchas veces más difícil que subir por ella. La primera cresta de roca erosionada demostró que la teoría de Doc era correcta. El material era dolomita, gastada y alisada por decenas de miles de años de viento y lluvia que habían formado repisas amplias con salientes que se proyectaban en la pared rocosa. Seguíamos por los salientes hasta encontrar un medio para seguir por la pared rocosa y continuar con la ascensión. Tardamos otra hora en subir otros treinta metros hasta otro saliente. Ese saliente estaba más expuesto al viento y penetraba más en la roca, y por el olor supimos que era donde habían pasado la noche los babuinos. Subimos otros quince metros y llegamos a un tercer saliente que penetraba aún más en la pared rocosa. Siguiendo por el borde fuimos descubriendo que penetraba más y más en la roca hasta que de pronto desaparecía. Habíamos llegado a un callejón sin salida. Parecía no haber ningún medio de volver a la pared rocosa para seguir escalando. Llevábamos por entonces casi tres horas de escalada, y el sol, que batía contra la pared rocosa, era abrasador. La camisa caqui de Doc estaba empapada de sudor, y le propuse que nos sentásemos a beber algo y a descansar. El saliente en el que estábamos sentados quedaba, según mis cálculos, a unos treinta metros de la cima de la cresta, pero parecía imposible continuar. Abajo veíamos el dosel del bosque tropical, en el que había un viejo árbol de madera amarilla cuyas ramas se alzaban hacia el cielo quince metros por encima y quedaban a no más de treinta metros por debajo de donde estábamos sentados. Doc dijo que aquel árbol podía muy bien tener mil años. La pared rocosa formaba un arco amplio, y a nuestra derecha, a unos treinta metros por debajo de nosotros, brotaba la catarata de la pared rocosa, y parecía más una rociada fina y nebulosa que un chorro propiamente dicho, pero era suficiente para alimentar el arroyo junto al que habíamos acampado.

Doc sacó su cuaderno de la mochila y buscó un tosco boceto que había hecho del picacho la tarde anterior, desde el campamento.

—Ja, estamos sentados ahora en el saliente más profundo, encima hay roca más dura y no hay estriaciones tan profundas.

Suspiró, claramente desconcertado. A Doc no le gustaba equivocarse en sus comentarios, que sólo se permitía exponer después de una consideración muy detenida.

—Bueno, Peekay, encontramos dolomita y hay también agua, pero no hay ninguna cueva, esto es muy extraño, ya ves que la catarata sale directamente de la

pared rocosa, el arroyo debe nacer en el interior de ella, muy dentro. Tiene que haber cuevas. Sí, no cabe duda, definitivamente.

Volví a la pared del extremo del saliente y atisé por el borde con la esperanza de encontrar un reborde pequeño que nos permitiese seguir la escalada. A aproximadamente un metro más abajo de donde estaba yo vi un pequeño saliente de roca, de no más de quince centímetros de ancho y una longitud de dos o tres metros, que luego giraba de modo que yo no podía ver desde donde estaba si seguía. Me asomé por el borde, proyectando los pies hasta que llegaron al estrecho saliente rocoso. Fui avanzando, con el vientre pegado a la pared rocosa. No había avanzado ni un metro siquiera cuando apareció ante mí un agujero de unos sesenta centímetros de ancho por noventa de alto. Examiné el interior del túnel hasta unos tres metros antes de que se sumergiese en la oscuridad. Era evidente que se trataba de la entrada de una cueva, y no sólo de un túnel que se hubiese formado en la roca. De una hendidura que había a la derecha de la abertura brotaba un matorral que no dejaba verla desde abajo. De pronto salió volando de la abertura un murciélago, pasó ante mí y oí el chillido inconfundible de otros más en las profundidades de la pared rocosa. Estaba seguro de que había encontrado una cueva.

—¡La encontré! ¡Hemos encontrado nuestra cueva!, —grité y mi voz, enormemente ampliada, resonó abajo, en el valle. No sería nada difícil acceder a aquel agujero, pero los agujeros tienen por costumbre contener sorpresas infinitamente peores que unos cuantos centenares de murciélagos inofensivos. Así que regresé a donde Doc estaba esperando. Doc, que me ayudó a volver al saliente, estaba demasiado nervioso.

—Vaya, tengo yo razón, Peekay, —dijo triunfal. Le expliqué que si podíamos colocar un pasamanos de cuerda podría seguirme hasta la cueva.

Estuvimos un rato estudiando un medio de hacerlo, luego clavamos un par de escarpas al suelo del saliente, hicimos pasar un extremo de la cuerda por ellas, tirando los dos bien para asegurarnos que estuviesen bien sujetas en la roca. Luego atamos la cuerda a mi cintura y cogí tres clavos de alpinista, el martillo y la linterna de Doc y los coloqué en la parte de atrás del cinturón donde pudiese recuperarlos cómodamente. Doc fue dándome cuerda mientras yo me deslizaba de espaldas, por el estrecho reborde de roca que había debajo del saliente. Si me hubiese caído no creo que Doc hubiese sido capaz de izar me de nuevo, pero confiaba bastante en mis piernas y no me preocupaba la altura. En menos de treinta segundos estaba frente a la entrada de la cueva. Penetré a través del agujero con relativa facilidad y empecé a subir arrastrándome por el estrecho túnel que continuaba con una ligera pendiente hacia arriba durante unos seis metros y luego se ensanchaba. Me desaté la cuerda de la cintura y desenganché del cinturón la larga linterna plateada. La luz del día había desaparecido al llegar al final del túnel, así que encendí la potente Eveready y descubrí que desembocaba en una cueva que parecía tener unos cuatro metros y medio de longitud por lo mismo de anchura, y que era lo suficientemente alta para

que pudiese ponerme de pie.

La cueva olía intensamente a babuino y a murciélagos. Al enfocar la linterna hacia las paredes vi centenares de murciélagos colgando del techo y de las paredes. Regresé por el estrecho pasadizo hasta la pared rocosa, saqué la cabeza y le dije a gritos a Doc que había encontrado una cueva grande. Mi voz resonó en el valle como habían resonado la noche anterior y luego aquella mañana los ladridos de los babuinos.

—No es demasiado difícil, Doc, clavaré un par de escarpas en la pared del túnel y ataré la cuerda y podrás usarla como un pasamanos para llegar aquí.

Me puse a hacerlo, tensando bien la cuerda para que formase un pasamanos firme desde el saliente hasta la entrada del túnel. Doc era un escalador veterano e intrépido, y se echó hacia atrás en el saliente rocoso y cogido a la cuerda bordeó con rapidez la pared hasta la entrada del túnel. Tiré de él desde el interior, y pronto estaba echado boca abajo mirando hacia el túnel oscuro.

—Wunderbar, Peekay, una cueva. ¿Es muy grande? Es grande, ¿verdad?, — jadeaba.

—Tendrás que arrastrarte, hay una ligera pendiente hacia arriba. Sigue la luz de la linterna, son sólo unos seis metros.

La cueva no era lo suficientemente alta para que Doc pudiese ponerse de pie, así que se quedó acuclillado sosteniendo la linterna mientras yo encendía la lámpara que él había traído en la mochila que llevaba a la espalda.

Coloqué la lámpara en medio de la cueva donde lanzaba una luz tenue pero suficiente y Doc empezó a examinar las paredes con la linterna.

El suelo estaba cubierto de excrementos de murciélago.

—Debería oler aún peor, —Doc sacó una caja de cerillas y encendió una en los pantalones; llameó, iluminando un instante su rostro—. ¡Hay una corriente de aire! Aquí dentro hay una corriente, entra aire por algún otro sitio.

Doc tenía razón, la llama de la cerilla temblaba y acabó apagándose. Doc enfocó la linterna hacia el rincón izquierdo de la cueva donde sobresalían unos afilados contrafuertes rocosos. La luz de la linterna jugueteó sobre la roca, y cuando Doc desvió el foco hacia la parte superior del contrafuerte la luz desapareció en el vacío. Allí había una abertura de la que llegaba el rumor inconfundible de agua goteando. Bordeamos los dos la roca y descubrimos la abertura a poco más de un metro por encima del nivel del suelo. Llegaba hasta el techo. Doc la iluminó para que yo pudiese pasar y me dio la lámpara y luego la linterna. Después me siguió. En cuanto él tocó el suelo yo desvié el potente haz de la linterna hacia el vacío negro.

—¡Dios santo!, —la linterna iluminó una inmensa cámara en la que crecían del techo al suelo estalactitas y estalagmitas. El techo de la cueva debía tener doce metros de altura por lo menos, y de él descendían formaciones calcáreas de un blanco níveo, algunas de las cuales llegaban al suelo; parecía una ilustración de un cuento de hadas. Por el suelo de la cueva había además charcos de agua infinitamente quieta que

reflejaban las formas grotescas, creando un mundo encantado que parecía tallado en cristal.

Volví a darle la linterna a Doc y cogí la lámpara y seguimos avanzando para explorar más aquello. Doc se paraba cada poco y enfocaba con su linterna una u otra de las hermosas columnas de cristal.

—¡Definidivamende, definidivamende, wunderbar!, —repetía. Era sin duda el fenómeno natural más asombroso que había visto en mi vida, y seguí a Doc en la exploración de la inmensa cámara. Localizamos varias hendiduras en las paredes, ninguna de las cuales era lo suficientemente ancha para que pudiésemos pasar por ella. Localizamos la fuente de agua en un punto situado en lo alto del techo del que caía un goteo constante. Doc indicó que aquel goteo era demasiado rápido para la formación de estalactitas. El movimiento gradual del agua filtrándose a través de la roca arrastra una carga de carbonato cálcico, cuando por fin traspasa el techo de la cueva y llega al aire, deja su carga de carbonato cálcico y se forma así una parte infinitamente pequeña de una estalactita. Cada gota añade su aportación minúscula. Doc me indicó una estalactita enorme que había a nuestra derecha.

—Puede que tenga trescientos mil años, quizá más.

Su voz reflejaba sobrecogimiento. En la pared del fondo, a unos dieciocho metros en el interior de la cueva, sobresalía un reborde rocoso a unos cuatro metros y medio del suelo. Colgaban sobre él inmensas espigas de estalactitas y masas de cristales resplandecientes, mientras que directamente debajo del reborde habían crecido estalagmitas como patas grotescas de una mesa gigante. A un lado de la plataforma se había formado un contrafuerte de estalagmita cristalina y era como una escalera que llevase a ella, con lo que la impresión general era la de imponente losa sostenida por fustes de cristal con inmensas espigas de luz cristalizada colgando encima.

—¡Mira, Doc, es como el altar de Merlín en la cueva de cristal!

Doc estaba asombrado.

—Ja, Merlín seguro que se fue a un sitio como éste —apuntó al trono—. Tiéndete en este altar al cabo de ciento cincuenta mil años tu cuerpo será parte de la cueva. Una parte de la cueva de cristal de África. Te imaginas, Peekay.

Yo sonreí.

—Pero tienes que aplazarlo una temporada, Doc, por favor, aún te necesito aquí.

Nunca se me había ocurrido pensar que pudiese morir, pensaba a veces en que se haría viejo y no podría hacer ya las cosas que hacíamos antes; pero nunca me planteaba la posibilidad de que desapareciese, de que no estuviese allí, de que no formase parte de mi vida. Yo comprendía lo que era la muerte, y que podía aparecer en cualquier momento. Era un accidente brutal como la muerte del Abuelo Chook o la de Geel Piet o la del peso mosca de Hettie la Grande. Hasta la muerte de Hettie la Grande podía explicarse por el hecho de que era monstruosamente grande y caía así en la categoría de muerte inesperada. Doc no entraba en ninguno de los esquemas que pudiese tener yo asignados en mi mente para la muerte. Doc era calma y razón y

orden, y el tipo de muerte que yo conocía no tenía nada que ver con las expectativas de nuestra relación.

Doc había subido delante hasta los espeleotemas cristalinos que formaban los escalones que llevaban hasta la plataforma. Al pisarlos sus botas hacían un ruido rechinante sobre los duros depósitos de calcio, y pronto llegó hasta la plataforma. De pronto, sin aviso, se acuclilló y luego se estiró de cuerpo entero, de manera que le perdí de vista.

—¡Oh, vamos, Doc! Eso no tiene gracia, —dije, un poco asustado de pronto. Su linterna estaba enfocada hacia arriba, iluminando las estalactitas que caían del techo sobre él de modo que parecían relámpagos cristalinos congelados. Era el cuadro más majestuoso y sobrecogedor que había visto en mi vida.

La voz de Doc volvió a mí, con un tono sereno.

—Es hermoso, Peekay. No debemos de hablarle nunca a nadie de la cueva de cristal de África.

—Vamos, Doc, me estás dando escalofríos, —contesté, sin atender apenas a lo que me había dicho.

Se incorporó y la luz de la linterna me dio directamente en los ojos, deslumbrándome.

—Debes prometerlo, Peekay. Es muy importante. ¿Me lo prometes, por favor?

Desvió la linterna de mi cara y en el desconcierto de la ceguera temporal que había creado parecía exactamente Merlín, de pie entre inmensas espigas de cristal sobre la plataforma, a tres metros por encima de mí.

—Bájate, Doc, por favor. Te lo prometo, pero por favor baja.

—Ja, ya voy. Recuerda que lo has prometido, Peekay.

Bajó de la plataforma con cuidado y yo corrí a darle la mano. Respiraba laboriosamente, y al ayudarlo a bajar percibí que le dominaba la emoción.

Volvimos a la cueva de los murciélagos y Doc iluminó de nuevo la cámara con la Eveready.

—Peekay, hemos encontrado un lugar de África que ningún hombre ha visto jamás. La cueva mágica más pura, la cueva de cristal de África.

—Vamos, Doc, larguémonos de aquí, ¿qué hora es?

Sacó del bolsillo del pantalón su reloj de cazador e iluminó su esfera con la linterna.

—Media en punto diez, —dijo. Doc siempre decía la hora de tan extraña manera.

—Tenemos que irnos. Si regresamos al campamento a mediodía, cuando lleguemos a casa será ya de noche.

Por suerte la mayor parte del camino de vuelta era cuesta abajo y sabíamos que ganaríamos un par de horas en la bajada. Calculé que hasta las ocho de aquella noche no llegaríamos a casa. Caminar por las laderas a oscuras no sería nada divertido y Doc estaría exhausto. La angustia de la bajada había apagado la emoción en mí. Doc me cogió por el brazo, aún temblaba.

—Recuérdalo, Peekay, ésta es nuestra cueva, la cueva de cristal nos pertenece sólo a ti y a mí.

—De acuerdo, Doc, lo prometo. Ya lo prometí. Ahora salgamos de aquí de una vez.

No era nada propio de Doc el de ser tan insistente; sabía de sobra, además, que podía confiar en mí. La cueva le había causado una impresión tremenda, y me di cuenta de que querría que volviésemos, aunque dudaba de que fuese capaz de aguantar durante mucho tiempo más una escalada tan dura como aquella. Yo había cortado la cuerda que habíamos introducido en la cueva pero había dejado el pasamanos intacto para que lo utilizase él al salir. Cuando estábamos ya en el saliente empecé a retirar las dos escarpas, pues ya habíamos perdido dos que habíamos dejado clavadas en la pared del túnel.

—No, déjalas, Peekay, —dijo de pronto Doc—. No hay tiempo.

Era impropio de Doc, siempre era muy cuidadoso con el equipo. Lo recogíamos todo antes de abandonar un campamento o un lugar en que hubiésemos estado recogiendo especímenes. Era la primera vez que hacía aquello y me di cuenta por ello de la gran emoción que le había producido la cueva de cristal. El viejo veterano estaba decidido a volver.

Llegamos a los cerros que dominaban el pueblo, justo cuando empezaba a salir por la escarpadura una luna gigante, que inundó de luz plateada el valle de Kaap. Era luna llena de nuevo y ése era siempre un período difícil para mí. Había habido luna llena cuando había muerto el Abuelo Chook, y si bien el recuerdo de aquel extraño y buen gallo se había apagado, cuando había luna llena todos los recuerdos llegaban galopando cruzando la noche plateada para entristecerme. También había habido luna llena cuando había muerto Geel Piet.

Tenía razón, aquélla sería la última gran excursión con Doc, que estaba al borde del colapso cuando por fin llegamos a su casa. Le eché en su cama y le quité las botas. Tenía dos grandes ampollas, una debajo de cada dedo gordo, así que con una aguja enhebrada y algodón hice una presilla en cada ampolla y luego las até, dejándolas toda la noche para que se absorbiera el líquido. Era una técnica que me había enseñado Doc años antes, y sabía que por la mañana las ampollas estarían aplanadas y no habría ningún dolor. Le lavé la cara y le puse vaselina en un corte que tenía debajo de un ojo y le eché por encima una manta del ejército. Era un veterano con mucho aguante y estaba completamente seguro de que se encontraría perfectamente por la mañana.

—Nuestra. La cueva de cristal. África. Tú, yo, Peekay, —murmuró y luego pareció hundirse en el sueño. Esperé hasta que su respiración se hizo profunda y regular y luego me fui a casa. En el camino la luna era tan clara que podían verse las flores moradas de los jacarandás. A mí me entristecía el hecho de no poder volver a estar con él nunca más en las altas montañas. Cada vez que regresase a casa del colegio Doc me parecería un poco más frágil. Habíamos encontrado la cueva de

cristal de África, pero ¿la vería sólo una vez? Quizá volviese, quizá no. Cuando compartes cosas, como habíamos hecho Doc y yo, parece un poco impropio partir por la mitad el secreto volviendo solo. Pensé en la cuerda pudriéndose, y en que quizá cien años después encontrasen los agujeros de los que haría mucho ya que se habrían desprendido las escarpas oxidadas y examinasen las manchas de herrumbre en la dolomita. Buscarían y hallarían fragmentos diminutos de metal que luego analizarían, elaborando posteriormente todo tipo de teorías que no tendrían nada que ver con un profesor de música alemán de uno noventa y siete de estatura y el futuro campeón del mundo de los pesos medios.



## VEINTE

El segundo trimestre del tercer curso empezó con una nueva orientación de la vida escolar. Las tres clases particulares semanales del director eran algo completamente distinto a las otras clases del colegio. Hablábamos durante una hora, y después había un mínimo de tres horas de lectura y de preparación para la clase siguiente. El director tenía un amplio dominio del temario, y descubría enseguida cuáles eran las aptitudes especiales de cada uno. Luego estimulaba concienzudamente estas aptitudes y equilibraba a la vez el menú mental abordando con rigor temas que, aunque menos interesantes, consideraba esenciales para completar nuestra formación. La gente de St. John raras veces se reunía como grupo, y, una vez elegidos, no se les volvía a mencionar en las actividades del colegio. Jamás se pretendía que uno de nosotros pareciese especial o singularmente importante, aunque había una lucha encarnizada entre los seis en las clases normales, en que cada uno de nosotros competía apasionadamente por obtener los máximos honores. Todo esto, unido al boxeo y al equipo de *rugby*, me dejaban muy poco tiempo para mí.

Por otra parte, Hymie me había revelado su gran plan. Por entonces estaba ya tan íntimamente vinculado a mí como boxeador, además de como amigo, que actuaba con toda naturalidad como si fuese mi representante. En dos años y poco más Hymie había adquirido una experiencia notable en el boxeo y también él se daba cuenta de que habíamos llegado al límite de lo que tanto Darby White como el sargento podían enseñarnos, y que necesitábamos dar un paso más en mi preparación pugilística.

—¿Quién es el mejor preparador profesional de boxeo de África del Sur?, —me había preguntado una tarde poco después de que volviésemos al colegio.

—Ya conoces la respuesta: Solly Goldman.

—Bueno, pues has de saber que fui a verlo durante las vacaciones. Iremos a visitarlo cuando vuelva de un viaje a Inglaterra de aquí a seis semanas. Si le gusta lo que vea, te aceptará.

—¡Dios santo, Hymie, eso es maravilloso! ¿Cómo conseguiste que aceptara? Solly Goldman sólo prepara a profesionales.

Por una vez Hymie no tenía lista una respuesta frívola. Bajó la vista y se miró las

manos mientras contestaba.

—Vamos a pagarle. Tenemos dinero suficiente en el banco para pagarle durante un año, luego ya se nos ocurrirá otra cosa, —después de decir esto me miró—. Bueno, ya sé lo que vas a decir, pero por lo que a mí se refiere mi dinero es tuyo, tú harías lo mismo por mí.

—Nada de eso, Hymie. Gracias pero no. Hay dos motivos, el primero ya lo conoces, no acepto limosnas bajo ninguna circunstancia, a pesar de la amistad. El segundo motivo es más práctico, ese dinero es nuestro capital mercantil, ¡la primera norma de un negocio es no gastar el capital, tú lo sabes muy bien!

—Mira, todavía sigue en marcha el banco, yo puedo pedirle prestado a mi viejo para mantener en marcha lo de los préstamos. No tienes que aceptar una limosna. Puedes reponer tu parte del capital de los préstamos con los beneficios y puedes retirar un salario como dinero para gastos, ¿comprendes?, funcionará muy bien.

—Hymie, no hay nada en el mundo que desee más que tener como preparador a Solly Goldman, pero no puedo aceptar. Me pasó una cosa cuando tenía cinco años y me prometí a mí mismo que nunca más volvería a perder la independencia. Prometí que no aceptaría nunca más una situación en la que no tuviese el control de mi vida.

Hymie pareció ofenderse y no pude reprochárselo, en cierto modo yo estaba rechazando su amistad y su confianza. Pero las heridas que me habían causado el juez y las tropas de asalto nazis habían dejado sedimentos en mi psique, que constantemente me recordaban que ahora era libre.

—De acuerdo, Peekay, lo haremos a tu manera, hombre, —dijo, y luego sonrió—. ¿Si se me ocurre un plan y tu parte produce dinero suficiente para pagar a Goldman, aceptarás?

Sonreí, aliviado de que hubiese aceptado mis objeciones.

—¡Eso es ya un negocio, es distinto! Pero sólo si yo hago mi papel y todo el asunto es kosher.

—Esa mano, socio, —dijo Hymie con una sonrisa—. ¡Esto va a ser una obra maestra intelectual!

Atherton, Cunningham-Ryder y yo formábamos una buena combinación en el campo de *rugby* desde primero. Yo era un medio de melé nato y Atherton, siguiendo los pasos de su primo famoso, se fue convirtiendo en un buen medio, mientras que Cunningham-Ryder era un centro con mucho estilo. Hugh Lyell y Jean Minaar, que pertenecían los dos a la gente de St. John, formaban también parte del equipo. Aunque yo aún tenía técnicamente menos de catorce años, decidí jugar en el equipo de menos de quince para no deshacer el conjunto que formábamos. Pis Johnson, que parecía más grande a cada nuevo curso, era un delantero de primera línea y el interés de Hymie sólo se debía, naturalmente, al hecho de que estaban en el equipo la mayoría de los gorilas de la cuchara de madera. El equipo de menos de quince de un

colegio es como el parvulario del primer equipo de quince, y en consecuencia los encargados del *rugby* observan cuidadosamente a los jugadores y consideraban este equipo en concreto como muy prometedor.

Como siempre Hymie analizaba los equipos contra los que jugábamos y, de modo similar a lo que sucedía con sus notas de boxeo, antes de salir al campo a enfrentarnos con ellos teníamos una idea bastante buena de su plan de juego y de su capacidad.

Hacía además lo mismo que había hecho desde su puesto en el equipo de boxeo: procurar que pensáramos y que actuáramos como ganadores. «Los triunfadores se fabrican su suerte, pero son además afortunados», decía.

En la categoría de menos de trece años y menos de catorce, siempre que habíamos jugado contra Helpmekaar, el colegio afrikaans donde yo había disputado mi primer combate y había derrotado a Jannie Geldenhuis, los delanteros rivales, que eran mucho más altos que nosotros, nos habían hecho picadillo, y los defensas, más fuertes y más altos también, habían desbaratado todos nuestros ataques. Geldenhuis, que jugaba frente a mí como medio de melé, había saboreado bien su venganza en las cuatro ocasiones. En el último partido de menores de catorce nos habían ganado por muy poco, y cuando abandonábamos el campo me había dado una palmada innecesariamente paternalista en la espalda.

—En el *ring* es una cosa y en el campo de *rugby* otra. El *rugby* es más importante que el boxeo, hombre.

Nos habíamos enfrentado cinco veces en el *ring* y aunque era siempre un adversario difícil, le había ganado las cinco; tenía derecho a intentar resarcirse. Nos enfrentábamos dos veces cada curso y en nuestro marcador personal yo ganaba cinco combates de boxeo y Helpmekaar se anotaba cuatro triunfos al *rugby*. Hymie se mostró especialmente interesado en modificar estos resultados del *rugby* cuando entramos en el equipo de menores de quince. Aunque los de Helpmekaar seguían siendo más altos que nosotros, las cosas se habían igualado algo más en la estatura. Hymie estaba convencido de que podíamos ganarles.

—Mira las estadísticas, Peekay, en el equipo de menores de trece nos ganaron veinte a cero primero y luego quince a cero. Los resultados del año pasado fueron veinte a cero y diez a tres, y nos anotamos diez tiros libres y un drop. Estadísticamente, tenemos que ganarles este año.

Yo tenía mis dudas, los del Helpmekaar, con cuatro triunfos en su haber en los dos años anteriores, tenían motivos para sentirse seguros.

—¡Hymie, son bóers, preferirían morir antes que perder con un colegio inglés, no es sólo una cuestión de estadísticas!

—Ja, lo sé, por eso es por lo que tendremos que arreglarlo.

Un miércoles por la tarde, dos semanas antes del partido, cuando teníamos que estar estudiando en la biblioteca de Johannesburgo, Hymie me llamó aparte.

—Tienes que venir conmigo esta tarde a Helpmekaar a ver a Jannie Geldenhuis,

no hagas ninguna pregunta, sólo di sí..., es importante.

Me habló de su plan cuando íbamos sentados en el segundo piso del autobús de Parktown.

—Hay casi doscientos chavales en Helpmekaar, y seiscientos en nuestro colegio. Si podemos conseguir que la mayoría de ellos apuesten por Helpmekaar y contra nuestro equipo de menores de quince podríamos forrarnos, tendríamos dinero para pagarle a Solly Goldman.

—¡Dios santo, Hymie, volvemos a arriesgarnos apostando! Estás loco, esto no es como aquellos primeros combates de boxeo en que aceptábamos unas cuantas apuestas en el retrete antes del combate. Entonces había un factor sorpresa. Los apostadores de los otros colegios no sabían que teníamos un boxeador que sabía boxear. ¡Ahora es exactamente lo contrario, saben qué nivel tenemos, y además nunca hemos conseguido ganarles! Todo esto es contrario a nuestra filosofía mercantil.

—¿Sabes cuál es tu problema, Peekay? Que te preocupas demasiado.

—Teniéndote a ti de amigo, no debe sorprenderle a nadie. ¿Supongo que tendrás un plan?

Abrió mucho las manos.

—¿Cómo no iba a tenerlo? Por supuesto. Como siempre. Pero tengo que hacer ciertas operaciones cuando llegemos allí, así que, por favor, perdóname si no te lo explico con detalle. Sin embargo, te prometo que respetaré escrupulosamente nuestra filosofía mercantil.

—¡Escucha, Hymie! Una cosa es acertar un docena de apuestas en el cagadero, otra es liar a todo un colegio de condenados afrikaans. Tú no conoces a esos malditos cabrones como los conozco yo, esos tipos no hacen chanchullos, los afrikaans son muy religiosos, sabes.

—Mi querido Peekay. La codicia trasciende a la religión. ¿No se jugaron los soldados romanos las vestiduras de Cristo en el Gólgota? Además, cuando esos tíos del Helpmekaar vean las condiciones que ofrezco, sus manecitas bóers se lanzarán sobre sus huchas con un cuchillo de cocina a toda prisa.

—Hymie, espero que todo este asunto sea kosher. ¡Si es un chanchullo y lo descubren, somos carne muerta!

Hymie nos había enseñado a todos la palabra judía «kosher» y se había convertido en el término genérico para todas las cosas legítimas. Vi que sonreía.

—Me he estrujado los sesos y en realidad estoy bastante avergonzado de mí mismo, pues a pesar de mi considerable inteligencia no hay otro medio de asegurar el resultado que comprarles, lo que es claramente imposible. Tenemos simplemente que ganarles. Créeme, es tan «kosher» como la sopa de pollo de mi abuela.

Se volvió hacia mí y me ofrendó su sonrisa más irresistible. Luego continuó:

—Peekay, sé que tienes una reputación considerable con esos bóers, y no voy a destruir eso ni mucho menos. Tú eres el único caballero cristiano rooinek al que respeto, —hizo una pausa—. ¡Sólo tienes que meterte en la cabeza que podemos

derrotar a esos cabrones!

—Supongo que no querrías decir que les comprarías el partido si pudieses encontrar un medio.

—No, claro que no, estaba bromeando. La parte más bonita de un plan es el asunto cerebral. A engañar puede aprender cualquiera.

Coronamos la cuesta y llegamos a las puertas del Helpmekaar en el momento en que los alumnos salían del colegio. Envolvió nuestras dos chaquetas verdes un mar de chaquetas marrones adornadas con galones amarillos. Volaban comentarios a izquierda, derecha y centro y la situación resultaba claramente incómoda.

—¿Ahora qué?, —le cuchicheé a Hymie.

—Tenemos que esperar aquí, ya verás contestó.

En ese momento atravesó el mar de chaquetas marrones una voz.

—¿Peekay, howzit? —Era Jannie Geldenhuis—. Perdonad, pero tengo prisa, tengo que ver a un profesor. Venid conmigo.

Extendió la mano a la manera bóer y se la estrechamos sucesivamente y luego cruzamos la entrada del colegio y le seguimos.

—Magtig, creí que iban a lincharnos, —le dije a Jannie en afrikaans.

—Ni hablar, hombre, aquí todos te conocen, eres una especie de héroe.

Habíamos llegado a los lavabos del colegio, donde había un par de chicos más o menos de nuestra edad fumando tranquilamente. Jannie les pidió con mucha corrección que se fueran, y golpearon el suelo con la puntera del zapato y luego decidieron obedecer y apagaron los cigarrillos quitándoles la brasa y guardando la colilla en el bolsillo de la chaqueta para su posterior aprovechamiento.

Hymie dijo que aceptaría apuestas de tres a uno con el Príncipe de Gales como ganador.

—¡Tú estás loco, hombre!, —exclamó Geldenhuis—. ¡Si os hemos ganado ya cuatro veces y vosotros no nos habéis ganado ninguna!

—Ésa es la apuesta, —dijo tranquilamente Hymie.

—Pero eso es terrible para los apostadores, —dijo Geldenhuis—. ¿Y nosotros qué? Nosotros... ¡Os quedaréis sin blanca! El quince por ciento de nada no es nada, y a mí me romperán el culo a patadas mil doscientos apostadores furiosos del Helpmekaar.

Comprendí que Geldenhuis no era simplemente un niño bonito. ¡Hymie se había vuelto loco! El favorito tenía que ser el Helpmekaar. Tres a uno contra él era un suicidio.

—De acuerdo, Geldenhuis, Peekay y yo te daremos una garantía escrita de que cubriremos las deudas si pierde el Príncipe de Gales.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel doblado y me lo entregó. Lo abrí y vi que era una garantía de pago del banco en caso de que ganase el Helpmekaar. Al final había espacio para dos firmas. Hymie ya había firmado.

—Fírmalo y dáselo, —dijo tranquilamente Hymie. Hice un cálculo mental

aproximado. Suponiendo que dos tercios de los que apostase, lo hiciesen en contra nuestra, a una media de dos chelines apuesta, podíamos perder unas trescientas setenta libras. Si vendíamos el Banco a un sindicato y nuestros derechos por las *Famosas notas de la escuela por correspondencia de la señorita Bornstein* y juntábamos todos nuestros ahorros tendríamos sólo lo justo para cubrir aquello.

Lancé un suspiro de alivio. Si hubiese sido una cantidad superior al total de nuestro patrimonio, habría tenido que desautorizar a Hymie delante de Geldenhuis, con el consiguiente apuro para ambos. Le pedí a Hymie la Parker 51, apoyé la garantía en la pared del lavabo y la firmé. Pero os aseguro que no me sentía nada feliz; Hymie Solomon Levy iba a pasarlo muy mal cuando volviésemos a quedarnos solos.

Geldenhuis cogió la garantía que le entregué, la leyó y sacó una carterita de cuero del bolsillo. Cuando la abrió para guardar la garantía vi que no tenía en ella ni un chavo.

—De acuerdo, Geldenhuis, veinte por ciento de las ganancias o cincuenta libras ahora, lo que tú quieras, —dijo Hymie.

Jannie Geldenhuis, como yo antes de que Hymie hubiese entrado en mi vida, probablemente no hubiese visto nunca un billete de diez libras y mucho menos aún de cincuenta. Ocho libras a la semana era el salario medio de los trabajadores blancos, Helpmekaar no era un colegio particular y probablemente sus padres se viesan en apuros para llegar a fin de mes.

Hymie había juzgado bien a su hombre.

—Aceptaré las cincuenta libras ahora, —dijo Geldenhuis.

Jannie Geldenhuis debía de creer que nosotros no podíamos ganar, Hymie estaba ofreciéndole cincuenta libras seguras frente a la posibilidad setenta y cinco.

Hymie sacó la cartera y la abrió.

—¡Un momento!, —dijo de pronto Geldenhuis.

Y volvió a sacar su cartera y extrajo de ella la garantía y se la pasó a Hymie.

—Yo quiero poner una condición mía, sin ella no habrá trato, ¿entendido?

Le miramos los dos sorprendidos.

—¿Cuál es la condición, Jannie?, —pregunté.

—Bueno, en primer lugar, que acepto la parte de Helpmekaar de la apuesta sólo porque estás tú en esto, Peekay, —esgrimió un dedo en la dirección de Hymie—. Yo no hago tratos con un judío.

—¡Eh, un momento!, —me enfurecí de pronto—. ¡Hymie y yo estamos juntos en esto, si no entra Hymie no hay trato!—, me volví a Hymie. —Vamos, larguémonos de aquí.

Hymie alzó una mano en un gesto conciliador.

—Espera un momento, tómatelo con calma. Somos socios, si aquí Jannie quiere tratar contigo de acuerdo, no hay problema.

Se había desplazado de modo que pudiese hacerme un guiño sin que le viese

Geldenhuis, luego se giró otra vez para que Geldenhuis pudiese verle y sacó cinco billetes de diez libras de la cartera.

—Toma, Peekay, —dijo—, págale tú aquí al amigo.

Antes de que yo pudiese coger el dinero, Geldenhuis dijo:

—Ésa no es la condición, —jugueteaba en las comisuras de sus labios un principio de sonrisa.

Yo estaba aún enfadado.

—¿Pues cuál es la condición, Geldenhuis?

—¡Combate conmigo!

Debió ver la sorpresa en mi cara.

—¿Quieres decir aquí? ¿Ahora?

—Acabo de pasar a peso pluma, tú aún eres peso gallo, quiero una última oportunidad de revancha.

—¿Y si él dice que no?, —preguntó Hymie.

Geldenhuis dijo entonces, sin apartar la vista de mí:

—¡En ese caso no hay trato! ¡Te puedes meter tu billete de cincuenta libras por tu culo judío! ¿Qué me dices, Peekay? ¿Boxearás tres asaltos conmigo aquí en el gimnasio?

—Dios santo, y pensar que me caías bien, Geldenhuis. ¡Estás loco! Pero si no he traído nada.

—Ya pensé en eso, puedo prestártelo todo, —dijo.

Luego hizo una pausa y se encogió de hombros.

—No tengo nada contra ti, hombre. Pero eres un rooinek y yo soy un bóer, hasta que no te gane no me sentiré a gusto, —se limitó a decir.

—¡Pues me parece que vas a tardar en sentirte a gusto, amigo! ¿Dónde me cambio?

—¿Quién va a arbitrar? —preguntó Hymie. Jannie Geldenhuis señaló hacia el campus de la universidad de Witwatersrand, que quedaba a sólo unos doscientos metros del colegio.

—Nos agenciamos un tipo de Wits por si decías que sí.

Volvió a guardarse la garantía en la cartera y yo me volví para seguirle y salir ya de los lavabos, pero Hymie se quedó parado.

—¡Un momento, Geldenhuis!

Nos volvimos y vimos que Hymie blandía en la mano los cinco billetes de diez libras con apenas un asomo de sonrisa jugueteando en la cara.

—¡Te apuesto cincuenta libras a que Peekay te pega una zurra!

Geldenhuis se detuvo, los brazos inmovilizados como si estuviese en posición de firme, tenso de cólera. Hymie había sido más listo y se había vengado al mismo tiempo.

—¡De acuerdo, judío!, —escupió Geldenhuis.

Luego nos llevó al edificio de las duchas y señaló una bolsa de papel marrón que

había en un banco.

—Está todo ahí, te veré en el gimnasio.

Luego se giró y se fue, a cambiarse en otra parte sin duda.

—Cielos, qué sorpresa tan agradable, —dijo Hymie.

Los guantes estaban bastante bien y las botas eran bastante flexibles. Salimos de las duchas y bajamos por un pasillo largo camino del gimnasio. Entré yo delante de Hymie. De pronto el local resonó con aplausos y silbidos, estaba lleno a rebosar de chicos del Helpmekaar.

—¡Mierda!, —exclamé, volviéndome a Hymie.

Hymie contempló los rostros sonrientes que nos miraban.

—Tú tranquilo, haz como si no te sorprendiera, no podemos darle esa ventaja psicológica.

Hymie pensaba como siempre con los pies asentados en tierra. Subimos al *ring* y me puse los guantes. Geldenhuis estaba ya en su rincón lanzando golpes al aire. Yo me quedé sentado en el orinal y esperé, como siempre.

El árbitro, un tipo de veintitantos años, nos llamó al centro del *ring*.

—¡Bien, daos la mano! Cuando yo os diga que os separéis tenéis que separaros. Cuando alguien caiga habrá una cuenta obligatoria de ocho, no empezaré a contar hasta que el otro esté en un rincón neutral. A los tres avisos de falta se acabó el combate.

Ninguno de los dos le escuchábamos.

—Esta vez te voy a dar, rooinek, —dijo Jannie Geldenhuis entre dientes.

—¡Este combate te lo dedico con recuerdos del judío, bóer cabrón!, —repliqué yo.

—¿Preparado el cronometrador? ¡Que salgan los ayudantes del *ring*!

Sonó la campanilla y avanzamos bailando el uno hacia el otro. Me di cuenta enseguida de que Geldenhuis quería ir al grano, tenía que vengar cinco derrotas y su mirada era implacable. Como estaba peleando en campo enemigo frente a un público hostil, de ningún modo quería darle esa satisfacción. Era un pegador agresivo por naturaleza y yo no estaba dispuesto a darle la oportunidad de colocarme unos cuantos golpes buenos al principio, así que me pasé la primera mitad del primer asalto retrasado utilizando el *ring* y alejándome de las cuerdas. Más tarde Hymie me contó que los chicos del Helpmekaar gritaban como locos, pero era como si estuviese combatiendo en un vacío, mi concentración era absoluta. Geldenhuis me lanzó muchos golpes, pero la mayoría de ellos aterrizaron en mis brazos y en los guantes, aunque se anotó dos. Un magnífico upercut cuando me cazó brevemente en las cuerdas y un rechazazo bajo el corazón. Los dos me hicieron mucho daño. Fue pura suerte que no hubiese comido nada. Había estado en una clase particular de St. John que se había prolongado una media hora suplementaria más y me había perdido el almuerzo. Estaba seguro de que Geldenhuis no había comido nada desde la mañana.

Yo le coloqué un golpe magnífico en la mandíbula que le paró en seco. Había



venido hacia mí con un golpe de izquierda descuidado y crucé la derecha y le pegué con fuerza en la mandíbula. El muy mamón repitió el error en el mismo asalto, más tarde, volvió otra vez con un golpe de izquierda chapucero. Esta vez entré por bajo y le aticé con todas mis fuerzas debajo del corazón. Vi que se le saltaban los ojos y retrocedía tambaleante hacia las cuerdas donde le alcancé con una combinación derecha-izquierda en el estómago, esperando que abriese la guardia para poder rematar con un upercut a la mandíbula. Pero, previendo el upercut, defendió la cabeza, dejando al descubierto el estómago. Lancé la combinación de ocho golpes de Geel Piet y se agarró a las cuerdas justo cuando sonó la campana. El primer asalto era mío.

Hymie se había dado cuenta, igual que yo, de que Geldenhuis había contraído un hábito extraño, con objeto de prepararse para un gancho de izquierda, mantenía alto el codo derecho, descubriendo la caja torácica, y yo le había castigado mucho en la zona derecha debajo del corazón. La combinación de ocho golpes era exactamente lo que necesitaba para ablandarle para el resto del combate. Como decía Geel Piet: «Si les pegas bastante entre el corazón y el cinturón, pronto se les doblan las piernas».

Tuve una sorpresa en el segundo asalto, él seguía siendo el atacante. Nunca le había visto boxear tan bien, lanzaba unos golpes secos con los que conseguía alcanzarme con una frecuencia desconcertante. A medio asalto pasé a boxear como zurdo, esto le desconcertó lo suficiente para que yo pudiese superar el resto del asalto sin más castigo. Aunque le había castigado bastante el cuerpo estaba seguro de que el asalto lo había ganado él. Cuando un pegador encuentra la distancia y es capaz de poner en las cuerdas a su adversario, puede hacer mucho daño y quedar muy bien.

Me fastidiaba perder el segundo asalto, eso da al adversario una ventaja psicológica, pues en el último sale con la moral alta. Además, le da al árbitro la oportunidad de declarar el combate nulo si el último asalto no es convincente. Jannie había engordado y el peso suplementario había aumentado su fuerza y parecía haber encajado muy bien el castigo.

Jannie sabía que tenía que hacer un tercer asalto bueno y yo que tenía que hacerlo magnífico. Él tenía ventaja como pegador; el agresor que avanza implacable complace al público, y un público favorable es probable que olvide que el ganador es el que coloca más golpes limpios. Yo tenía la esperanza de que el árbitro fuese lo suficientemente bueno como para decidir con objetividad, pero con un público casero como aquél una decisión por poco en mi favor podría desembocar en un linchamiento.

Jannie comenzó el último asalto dando vueltas a mi alrededor, boxeando bien. Yo había dejado de boxear como un zurdo y él no era rival frente a mí como boxeador, siempre que estuviese en el centro del *ring* y lejos de las cuerdas. Le mantenía a raya con bastante facilidad. Él seguía presionando, intentando el gancho de izquierda a la cara, el golpe que había decidido que me liquidaría. Podría haberle rechazado con un directo de derecha y alejarme después y anotarme un punto, pero pensé que tenía

rapidez suficiente para esquivar con la cabeza su terrible gancho de izquierda. Cada vez que lo lanzaba alzaba el codo derecho y dejaba un blanco magnífico para que yo le colocase un potente upercut de izquierda debajo del corazón. Para un boxeador de porcentaje como yo esto era dinero en el banco. Geldenhuis lanzó otro fuerte gancho de izquierda que me alcanzó de resbalón en un lado de la cara. No tuve siquiera que mirar, el codo derecho estaría levantado en el aire, lancé un gancho de izquierda con todas mis fuerzas. Se le apagaron de golpe los ojos, Geel Piet tenía razón como siempre, se le había ido la cabeza.

Me eché sobre el pie adelantado y me lancé al ataque. Aquella embestida impetuosa cogió a Geldenhuis completamente desprevenido y empezó a abrir huecos en su defensa por todas partes. La idea que tenía de mí como boxeador que trabajaba principalmente sobre el pie de atrás estaba tan completamente grabada en su mente que no podía reaccionar al púgil que ahora le atacaba, pegándole en apariencia a placer. Bajó la defensa e intentó demasiado pronto trabarme y le alcancé en la punta del mentón con un derechazo cruzado que le hizo desplomarse en las cuerdas, dejando al descubierto el diafragma al alzar bruscamente los guantes. Entré con otra de las combinaciones de ocho golpes de Geel Piet, todos ellos golpes limpios y potentes aunque lanzados a corta distancia. Consiguió por fin trabarme y el árbitro nos separó. Le había dejado agotado y treinta segundos después falló un derechazo y luego un izquierdazo y yo le coloqué el mejor golpe de toda mi vida, un upercut de derecha en el que se concentraba toda mi pegada y que le alcanzó exactamente debajo del mentón.

Fue el primer K. O. completo que logré en mi vida. Jannie Geldenhuis cayó como un saco y se quedó tumbado en la lona. Me retiré rápidamente al rincón neutral; aunque no se movía yo estaba seguro de que esperaba a que el árbitro llegase a ocho para incorporarse. El árbitro empezó a contar; cuando llegó a siete Geldenhuis consiguió incorporarse apoyado en un codo, pero eso fue todo, cuando el árbitro contó diez volvió a desplomarse en la lona.

El árbitro se acercó a mí y me alzó la mano. El público estaba claramente sobrecogido. Después de su sorpresa inicial y mientras Jannie conseguía ponerse de pie, se levantaron todos y me dedicaron unos aplausos realmente atronadores. Hymie saltó al *ring* y volvió a alzarme el brazo, cosa innecesaria. Jannie Geldenhuis abandonó el cuadrilátero auxiliado por sus segundos sin acercarse a mí.

—Dios santo, Hymie, —dije sonriendo—. Qué precedente para conseguir que los apostadores se jueguen el dinero en un partido de *rugby*.

—Si lo hubiese preparado yo mismo no habría sido mejor, —dijo.

Bajamos del *ring* y los muchachos del Helpmekaar nos abrieron paso y nos dirigimos hacia la puerta.

—Júrame una cosa, Hymie.

—Sí, cómo no, ¿de qué se trata?

—¿Me juras que no preparaste todo esto?

—¡Estás loco! ¿Viste ese cabrón antisemita?

—Conseguiste vengarte, seguro que nadie ha ganado jamás cincuenta libras tan deprisa. —Habíamos llegado a la intimidad de las duchas y Hymie empezó a reír. Pronto estábamos dándonos golpes mutuos en la espalda y aullando de risa.

Cuando regresábamos al autobús me volví a Hymie.

—No contestaste a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Estaba todo preparado?

Hymie bajó la vista hacia las manos.

—No exactamente. Pero cuando juntas los elementos adecuados tienes derecho a esperar un desenlace predecible.

—¡Debería romperte los dientes, Hymie Solomon Levy! ¡Debería hacerlo ahora mismo!

Les propusimos aquella oferta tan atractiva a los apostadores del Príncipe de Gales y, como habíamos supuesto, los caballeros cristianos apostaron en masa por el Helpmekaar. El espíritu de solidaridad era una cosa y el dinero otra completamente distinta. Sólo los internos del pabellón Wellington, Darby y el sargento y el propio equipo de menores de quince años apostaron por el colegio. Establecer las apuestas tal como Hymie lo había hecho produjo el efecto de estimular enormemente a los miembros del equipo. Estaba actuando el síndrome David y Goliath, Hymie era un psicólogo perfecto, el día del partido estábamos completamente convencidos de que podíamos ganar. Se esperaba que tuviese unos efectos completamente distintos en el Helpmekaar, pues aunque los apostadores afrikaans apostaran fuerte por su equipo, éste se sentiría un poco incómodo. ¿Por qué considerábamos nosotros al Príncipe de Gales favorito, cuando en realidad había sido derrotado en los cuatro encuentros anteriores?

En su equipo, como en el nuestro, había varios boxeadores, y éstos habían visto cómo habíamos mejorado claramente en el *ring*, hasta el punto de que habíamos ganado la última vez que nos habíamos enfrentado con ellos. Si podíamos conseguirlo en boxeo... Hymie y yo teníamos fama de no tener un pelo de tontos.

Albergábamos la esperanza de que el veneno de Hymie surtiese efecto. A pesar de ser sólo un partido de menores de quince años, atrajo más público que ningún otro de la temporada. Estaban allí todos los apostadores de los dos colegios, y Hymie aún seguía aceptando apuestas cuando los dos equipos estaban ya alineados en el campo. Había conseguido incluso que el gaitero de la escuela interpretase «Escocia valerosa» en medio del campo antes de comenzar el partido. Estuvo muy bien.

El árbitro tocó el silbato y Atherton sacó un tiro corto que aterrizó en medio de sus delanteros. Pis Johnson, por un milagro, llegó el primero y derribó al delantero del Helpmekaar que había cogido el balón. Se formó una melé abierta, pero el balón no salía, y el árbitro tocó el pito para una melé cerrada.

Teníamos una pequeña ventaja y, a pesar de un gran avance del Helpmekaar, la

pelota me llegó limpiamente. Estábamos a medio camino entre la línea media y su veinticinco, y Atherton estaba casi en la línea media justo detrás de mí. Yo sabía que pretendía lanzar un drop que hasta a mí me parecía un poco ambicioso. Le pasé el balón hacia atrás cuando los que le cubrían se despegaron de él y al parecer con tiempo de sobra, y él metió el balón a través de los postes logrando cuatro puntos. Era el mejor drop que le había visto hacer y estableció la tónica del partido.

Poco después nos apuntamos un ensayo, y justo antes del descanso ellos consiguieron anotarse un golpe franco. En el descanso estábamos nueve a tres, pero sus delanteros, mucho más potentes, se cobraban sus víctimas, y estábamos agotados.

En el segundo tiempo empezaron a presionar y consiguieron anotarse tantos, desbordando a nuestros delanteros. Íbamos nueve a ocho cuando faltaban diez minutos para el final y nuestros delanteros no se tenían prácticamente en pie, el que marcasen era sólo cuestión de tiempo. Nosotros hacíamos lo que podíamos placando continuamente. Hymie tenía al gaitero junto al campo tocando, pero nosotros estábamos demasiado cansados y apenas le oíamos. Geldenhuis no había dejado ni un instante de acosarme, y estaba deseando cazarme. En dos ocasiones, durante estos últimos minutos del partido en que estaban situados en nuestra línea yo había hecho un amago de pasar desde la melé y su excesiva ansia de cazarme le había hecho incurrir en fuera de juego y nos había proporcionado un tiro libre. Estos dos tiros de alivio quizá fuesen lo que nos salvó.

Cuando faltaban dos minutos nos juntamos para una melé en nuestra línea de cinco metros. La ventaja era nuestra, pero estaban empujándonos con fuerza hacia la línea. No sé cómo conseguimos pasar el balón. Yo amagué un pase a nuestro zaguero y Geldenhuis vaciló por una fracción de segundo dándome tiempo suficiente para avanzar por el otro lado. Superé a su extremo y pasé el balón a Atherton que avanzaba conmigo. Él consiguió driblar a su medio y lanzó el balón cruzando el campo hacia los postes del ángulo extremo. Lyell, nuestro alero derecho, llegó al balón antes que el zaguero suyo y consiguió anotarse el corner. Los del Príncipe de Gales se pusieron locos de alegría, a pesar de perder todos el dinero que habían apostado. Atherton no consiguió coronar el ensayo con una transformación, pero habíamos ganado por doce a ocho.

Después de contabilizar todas las apuestas y de pagar a los escasos fieles que habían apostado contra Helpmekaar, nos quedaban cuatrocientas ochenta y siete libras, quince chelines y seis peniques. Habían apostado casi todos los mil ochocientos alumnos de los dos colegios. Era la ganancia más sustanciosa de todos los tiempos y con lo que me correspondía de ella podría pagarle a Solly Goldman durante los tres años y medio siguientes.

Hymie separó un billete de cinco libras para hacer una fiesta en el vestuario del equipo y envió una caja de Pepsi y cuatro docenas de bollos de nata a Geldenhuis y al equipo de Helpmekaar. Abrió uno de ellos y colocó dentro un billete de diez libras y volvió a ponerlo coronando la pila.

—Eso le enseñará a ese espalda peluda a hacer negocios con un judío, —dijo riéndose.

El gimnasio que tenía Solly Goldman en la calle Sauer era como cualquier gimnasio normal. Olía a sudor, a tiza, a linimento y a esperanza. Solly llevaba su gimnasio ciego a los colores, tal como se llevan en el mundo entero. Su única concesión al *apartheid* era un vestuario para no europeos. Lo demás dependía de tu pericia como boxeador. La policía de Johannesburgo hacía la vista gorda al programa personal de integración racial de Solly. El jefe de policía, Kruger, era aficionado al boxeo, y para los aficionados al boxeo un negro en el *ring* no es negro. Había demasiados buenos boxeadores negros en el mundo, y un hombre que te atizaba con un par de guantes de doce onzas en la cara no era un cafre asqueroso, era un boxeador, al menos mientras durase el combate.

Aunque había bastantes aficionados que utilizaban el gimnasio, a ninguno de ellos le preparaba Solly, que trabajaba sólo con profesionales. El boxeo se estaba convirtiendo en un deporte importante en las poblaciones africanas que rodeaban Johannesburgo, y Solly tenía un equipo fijo de púgiles negros a los que preparaba a cambio de un porcentaje de la bolsa. No se permitía que a boxeadores blancos y negros pelearan entre ellos en público disputando el mismo título, pero se entrenaban juntos y a veces el *sparring* perdía el control cuando un tipo blanco o uno negro, pero sucedía sobretudo con los blancos, decidía probar suerte. Solly les dejaba durante un par de asaltos, sobre todo cuando parecía que el blanco estaba recibiendo una paliza.

La primera vez que aparecimos Hymie y yo, Solly me puso a boxear con un joven peso gallo profesional que hacía muy poco que había dejado las filas de los aficionados. Al cabo de dos asaltos decidió parar la sesión de entrenamiento.

—¿Quién te enseñó a boxear, Peekay?

Le hablé de Geel Piet sin darle los detalles exactos.

—La próxima vez que le veas, hijo mío, felicítale de mi parte.

—Está muerto, Solly.

Solly ladeó la cabeza calva.

—Bueno, no murió en vano, hijo, te ha dado una base casi perfecta, utilizas el *ring* como un mago.

—Gracias, —dije, sin saber muy bien qué más podía decir. Solly Goldman era el mejor y aquellos elogios tan exagerados me desconcertaron.

—Dame las gracias más adelante, hijo mío, hay mucho trabajo que hacer. Necesitas un poco más de potencia en esa izquierda, y la derecha no es nada del otro mundo. Como todos los aficionados piensas en los puntos, mantienes las manos demasiado altas, eres bastante rápido para bajarlas un poco y conseguir más potencia de pegada. Te haremos engordar y criar más músculo en la parte superior del cuerpo. Sería también muy interesante que dominases bien la combinación izquierda-derecha.

Antes de que acabe contigo, hijo mío, serás el único boxeador aficionado de África del Sur capaz de hacer una combinación de trece golpes. Ése es el número máximo, ése es el hombre orquesta que empieza con un órgano bucal y acaba con el gran bombo.

A mí me asombró que Solly Goldman, un judío de los barrios bajos de Londres, pudiese captar tantas cosas de mi forma de boxear con sólo verme durante dos asaltos. Pero cumplió su palabra. En las vacaciones de Navidad yo era un boxeador muchísimo mejor y con mucha más potencia en ambos puños. Aquel diciembre participamos como siempre en los campeonatos del Transvaal oriental y el capitán Smit no podía creer la diferencia. Los campeonatos se celebraban en Barberton y parecía que todo el pueblo acudía a verme boxear. Mi madre se quedó en casa pero mi abuelo tenía un asiento de primera fila con Doc, la señora Boxall, la señorita Bornstein y el viejo señor Bornstein. La señorita Bornstein me contó después que el viejo señor Bornstein pestañeaba cada vez que yo lanzaba el golpe, mientras que Doc, por entonces todo un veterano, fingía tomárselo todo muy tranquilamente.

Me otorgaron el trofeo de mejor boxeador del torneo y después mi abuelo y yo volvimos andando a casa, mientras la señora Boxall llevaba a Doc en coche a su casa. Llegamos a la verja de entrada y mi abuelo me dio una palmada en el hombro.

—No me había sentido tan orgulloso en toda mi vida, hijo, —exclamó, y luego, para ocultar su nerviosismo, buscó en la chaqueta blanca de lino la pipa.

Yo llevaba en casa una semana. El tren de Johannesburgo había llegado a Nelspruit a las nueve de la mañana del sábado anterior. Normalmente seguía luego hasta Kaapmuiden y esperaba hasta media tarde para coger la cafetera de Barberton que llegaría arrastrándose al pueblo hacia las ocho de la tarde. Pero tuve una agradable sorpresa: Gert estaba esperándome en Nelspruit.

—¡Ag, hombre, tuvimos que pararnos para dar parte de un borracho blanco que atacó a una brigada de presidiarios con el mango de un pico, así que el capitán Smit dijo que cogiera el coche y de paso recogiera a Peekay! —Tendió la mano—. ¿Qué tal, hombre?

Mientras íbamos camino de Barberton me contó que a Doc le había sorprendido una tormenta en la montaña y había contraído neumonía, y se había pasado una semana en el hospital.

—Se hace viejo, Peekay. Me parece que va a descansar en paz muy pronto.

Esto me dejó sobrecogido.

—Es un veterano muy fuerte, se repondrá, te lo aseguro, —dije, más para consolarme a mí que como respuesta.

—Ja, es fuerte sí, pero el viejo debe tener ochenta y cinco, puede que más, no puede vivir eternamente, hombre.

—Bueno, aún sigue subiendo a las montañas, eso al menos es algo.

—Desde que estuvo enfermo no, habla de ello, habla de cuando tú vuelvas, pero no sé, hombre, yo creo que está acabado del todo. Le dije que le mandaría una

brigada cuando quisiese para trabajar en el jardín de cactus, pero él dice que aún puede arreglárselas, pero no sé, sabes.

Yo no dije nada. Se me hizo un nudo enorme en la garganta y se me borró la carretera. La idea de que Doc no estuviese allí cuando yo volviese a casa del colegio era tan dolorosa que ni siquiera quería considerarla.

—Esas dos abafazis de tu casa lo cuidan como si fuese un jefe. Se pasan todo el tiempo que tienen libre en su casa, y le llevan comida todos los días, y ahora hasta lo afeitan.

Doc era la persona más independiente que yo había conocido en toda mi vida, y comprendí inmediatamente que Gert no inventaba nada. Si Dee y Dum tenían que afeitarse, debían de haber empezado a temblarle mucho las manos.

Yo les había llevado a Dee y a Dum una máquina Singer manual y con ella habían convertido su costura en un pequeño negocio regular, hacían prendas de algodón para muchos de los criados de la zona. Mi madre y Marie les habían enseñado a cortar y hacer ojales y dobladillos a mano y se habían convertido en grandes costureras. Yo me había enterado por casualidad de que las dos estaban utilizando sus pequeñas ganancias con la costura para ayudar a Doc, que no podía ya dar sus lecciones de música. Al enterarme de esto decidí enviarles dinero para ello siempre que pudiese. El banco era una fuente de ingresos regular, y en general podía enviarles una libra a la semana con los negocios que Hymie y yo teníamos en marcha, y entre las chicas y yo, Doc no tenía problemas.

Dándome cuenta de que mi madre supondría que llegaba en la cafetera, le pedí a Gert que me dejase al pie del camino de la casa de Doc. Escondí la maleta entre unos matorrales y subí a verle. Estaba sentado a la sombra en el stoep, en su silla *reimpie* favorita, y creí que estaba dormido. Pero alzó la vista, y me vio aproximarme y se levantó con cierta torpeza, una mano en la rabadilla. Con su estatura de uno noventa y siete casi tocaba las vigas del porche y me pareció que se tambaleaba un poco al extender los brazos hacia mí. Fui corriendo hacia él y me posó las manos en los hombros y luego no pude ya contenerme y lo abracé con fuerza.

—Por favor, Doc, no te mueras, por favor, —gemí.

Él y yo raras veces mostrábamos emoción, nuestro amor mutuo era tan fuerte que ardía como una llama dentro de nosotros. Pero me sentí de pronto desbordado, la conversación que había tenido con Gert en el viaje se mezclaba con la emoción que me producía verle allí con los brazos extendidos hacia mí, frágil como una voluta de humo, era demasiado...

Desplazó la mano y me dio una palmada en la espalda.

—¡Definidivamende! No hay tiempo para morir, Peekay, las montañas aún están verdes y nos aguardan, aún no ha llegado la hora de la cueva de cristal de África.

Me aparté de él y se sentó en su silla. Sollozando aún, me limpié los ojos con el dorso de la mano.

—Has estado enfermo, Doc. Gert me lo dijo.

—Sólo fue un mal catarro, Peekay, no fue nada.

—¡Fue neumonía!

Sí, es cierto, pero hay neumonías graves y neumonías leves, ésta fue una *pickinny*, una neumonía muy pequeña, puedes estar seguro—, volvió a levantarse de la silla. —Ven que haré café, Peekay.

—Ya me dirá Marie si fue grave.

Doc alzó las manos.

—¡Marie! ¡Vaya personaje! «Profesor debe usted entregar su vida a Jesús, no hay mucho tiempo, debe elegir entre la condena eterna al fuego del Infierno y el amor de Cristo». Creo que aún me quedaré un poquito de tiempo más aquí, Señorita, le dije a esa Marie. Creo que se quedó muy decepcionada. Ja, eso creo, sí, —añadió, riendo entre dientes mientras me servía una taza de café solo fuerte, sosteniendo la cafetera con las dos manos para parar el temblor.

Nos sentamos en el porche y fuimos bebiendo sorbos de café de las tazas. Sólo había llenado la suya hasta la mitad para que no se le derramara. Utilizaba todas las tretas para ocultar su fragilidad. Hablamos muy poco, vi que Doc estaba contento de mi regreso y tuve la sensación de que eso podría darle fuerza. Hablamos de la cueva de cristal de África, que Doc consideraba ya nuestro mayor descubrimiento.

—Es bueno que estemos otra vez juntos, Peekay. En Navidad cumpliré ochenta y siete años.

—Doc, tienes que vivir hasta que yo sea campeón del mundo de los pesos medios, ¡tendrás que aguantar hasta que tengas por lo menos noventa y cuatro o noventa y cinco!

Se echó a reír al ver la angustia que había en mi voz y se levantó despacio de su asiento.

—Ven, te mostraré a *Pachypodium namaquanum*. Está haciéndose tan grande que quizá también tengamos aquí a un campeón del mundo.

Entramos los dos en el jardín de cactus. Doc, aún alto y derecho como el propio *Pachypodium namaquanum*, parecía haber recuperado cierta agilidad de movimientos.

—La semana que viene iremos a las montañas, Peekay, hace ya demasiado tiempo que no salimos de excursión.

Lo hicimos, bordeando más que nada las estribaciones y siguiendo senderos fáciles, pero Doc pareció recuperar fuerzas, y cuando regresé al colegio a mediados de enero estaba muchísimo mejor.



## VEINTIUNO

Mil novecientos cuarenta y ocho fue un gran año en la historia de África del Sur. La princesa Isabel hizo una gira por el país y todos nos alineamos en la carretera y agitamos banderas y echamos un vistazo a nuestra futura reina mientras pasaba en un Rolls-Royce largo, negro y abierto.

Fue también el año en que África del Sur consiguió pan blanco, un acontecimiento que emocionó a mucha más gente que el echarle un vistazo a la futura reina de Inglaterra.

La historia contará que el triunfo electoral del Partido Nacionalista, que aún ostenta el poder en África del Sur cuarenta años después, fue el punto de transición a partir del cual los afrikaners volvieron a convertirse en la fuerza dominante del país. La historia está obligada a tratar este acontecimiento con gran solemnidad, mostrando cómo la lucha entre las dos tribus blancas de África alcanzó su apogeo. En realidad la transición se produjo no por un choque ideológico entre blancos y blancos, sino porque los nacionalistas prometieron traer de nuevo pan blanco en sustitución del pan integral, más sano que se había introducido durante la guerra. Una minoría blanca ya sobrealimentada decidió votar con el estómago. Una semana después que resultasen elegidos, los nacionalistas cumplieron su promesa y los sudafricanos blancos sintieron una gran satisfacción al saber que por una vez tenían un nuevo gobierno que cumplía lo que había prometido. Entre tanto, a los sudafricanos negros les esperaba doblar la espalda a golpes de sjambok y la invención de un nuevo deporte en el que ellos se caían voluntariamente de cabeza de la tercera planta de las comisarías de policía hasta la acera de la calle de abajo. Era curioso que los blancos, famosos por sus proezas deportivas, nunca destacaran en la práctica de este deporte y no hubiese un solo caso de un sudafricano blanco que llegase a dominarlo. Nadie consiguió jamás un trofeo deportivo en este nuevo deporte nacional, aunque lo practicaran con gran valor muchísimas cabezas excelentes.

Hymie dijo que la elección de los nacionalistas era uno de los momentos más tristes de la historia de cualquier país.

Mil novecientos cuarenta y ocho fue el año en que África del Sur perdió toda

esperanza de incorporarse a la fraternidad humana. Sin embargo, los negros mantuvieron a raya la cólera y la vergüenza. No fue hasta mil novecientos cincuenta y dos, cuatro años después, que el jefe lutuli del congreso africano y su colega, el doctor Monty Naicker, del congreso indio, guiaron a los negros y a la gente de color en la primera campaña de protesta en la que las palabras «¡Mayibuye Afrika!» se convirtieron en el grito de los que pedían una cuota similar de justicia y dignidad para ellos y sus familias.

Los colegios particulares tienen la costumbre de seguir con sus actividades con independencia y menosprecio del cambio político social. Si no hubiese sido por un incidente pugilístico que fue causa de que los sábados se crease una escuela nocturna para africanos, el Colegio Príncipe de Gales sin duda habría seguido cómodamente envuelto en su capullo de privilegio y supremacía blanca.

El incidente se produjo durante las vacaciones de diez días de Pascua en mil novecientos cuarenta y nueve. Los padres de Hymie decidieron pasar la Pascua judía con unos parientes de Durban. Hymie se quedó en casa y me invitó a pasar con él las breves vacaciones. Yo le escribí a la señora Boxall, que me contestó que Doc estaba bien, así que acepté. El cocinero y el resto del servicio cuidarían de nosotros y uno de los chóferes nos llevaría en coche de Pretoria a Johannesburgo todos los días (eran sesenta kilómetros) para la sesión de entrenamiento en el gimnasio de Solly Goldman.

Pese a las protestas de Solly nosotros insistimos en un pago suplementario por las vacaciones. El instinto empresarial de Hymie se extendía a todos los campos. Iba al Barclays Bank de Yeoville el sábado por la mañana y pedía un billete de cinco libras nuevecito. Lo colocaba sin doblarlo junto a la entrada de la semana en un gran libro mayor encuadernado en piel. El domingo por la mañana, después del entrenamiento, entrábamos en la destartada oficina de Solly y Hymie abría el libro mayor donde había escrito con su caligrafía limpia y precisa: *Pagadas a S. Goldman cinco libras por servicios prestados*. Luego hacía firmar a Solly en el libro y sacaba el billete de cinco libras de la página. Entonces se daban la mano solemnemente como un par de viejecitos, tras lo cual Solly se vengaba metiendo el prístino billete de cinco libras despreocupadamente en el bolsillo de atrás de sus sucios pantalones grises de franela.

Solly vestía impecablemente, pero en el gimnasio llevaba siempre una camiseta y los mismos pantalones viejos de franela gris, sujetos a la cintura con una corbata marrón a rayas deshilachada.

—¿Por qué te tomas tantas molestias si él se lo mete sin ningún cuidado en el bolsillo de atrás?, —le pregunté una vez a Hymie.

—Él se lo meterá descuidadamente en el bolsillo de atrás, sí, pero todas las semanas mi estúpido ritual y su menosprecio le recuerda que debe tomarnos en serio. Cada vez que se mete el billete en el bolsillo de atrás de ese modo sé que nos tomará en serio.

El tercer día de las vacaciones de Pascua Solly preguntó si podría vernos a Hymie

y a mí en su despacho. Indicó las dos viejas sillas de caña, apartó un montón de papeles y se sentó en una esquina de un escritorio cubierto de papel uniformemente distribuido en una capa de unos quince centímetros de altura. Además de carteles de boxeo, cartas sin abrir y un revoltillo general de documentos, había una copa de plata de unos veinticinco centímetros de altura, verde de cardenillo, un teléfono y un gran secante de mesa para rematar el desbarajuste. El teléfono estaba encima del secante, lleno de redondeles de café y de cientos de nombres y números. Si alguien hubiese reemplazado alguna vez la capa superior del secante el gimnasio de Solly se habría quedado paralizado.

—Tenéis una oferta de un combate para Peekay en Sophiatown el próximo sábado por la noche. Yo no soy nadie para decidir, claro, pero no puede hacerle ningún daño al chico.

—¡Sophiatown! ¿Quieres decir la población negra?

—Sí, admito que es un poco raro, es un joven peso gallo negro que acaba de convertirse en profesional.

—¿Pero estás loco, Solly? Peekay es un aficionado, ¿no puede combatir con un profesional!

—El chico negro no es de aquí, no está registrado aún en el Transvaal. Aquí teóricamente es un aficionado. Además, si se disputa el combate en una población nativa, ¿quién demonios lo va a saber?

—No deberías plantear una cosa así, Solly.

Solly ignoró el comentario de Hymie y apeló directamente a mí:

—Este combate te haría mucho bien, sería una magnífica preparación para los campeonatos de los colegios sudafricanos y para todos los demás.

—Por Dios, Solly, estás chiflado, —continuó Hymie—. Encuentras un peso gallo profesional, probablemente de veintitantos años, y quieres enfrentarle a Peekay, que sólo tiene quince.

—Ahí está el asunto precisamente. No sería un combate desigual, el chico negro sólo tiene dieciséis años. Ha disputado tres combates profesionales. ¿Crees que iba a prepararle un combate desigual a Peekay? No ofendas mi inteligencia.

—Bueno, alto, esperad un momento los dos, —me volví a Solly—. En este asunto hay algo más, ¿no? Primero peleamos con un negro en una población negra, que ya en principio es una cosa que no está permitida, luego un aficionado combatiendo con un profesional...

—Un profesional no inscrito, —interrumpió Solly.

—No has contestado a mi pregunta, Solly, —repetí.

—No es lo que estás pensando, Peekay, no hay dinero en el asunto, no habría bolsa en el combate.

—¿Y las apuestas? —preguntó Hymie.

—¡Tampoco habría apuestas, demonios! —Solly cruzó las manos sobre el escritorio y se quedó mirando fijamente el sucio secante.

—Estamos esperando, Solly, —dijo Hymie.

—Es Nguni, él quiere el combate... el señor Nguni.

—¿Y quién es el señor Nguni?, —pregunté.

—Es promotor de boxeo y es negro. Controla el boxeo en las poblaciones negras.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? —pregunté.

Solly alzó la vista hacia mí.

—Él cree que si pudiese enfrentarte a ti con ese tal Mandoma sería un combate tremendo, es eso sólo.

—Si me explicaras claramente la verdadera razón por la que tú quieres este combate podríamos discutirlo. ¿De qué se trata, Solly?, —pregunté de nuevo.

Solly alzó las manos.

—Está bien, es cosa de negocios. El señor Nguni es quien trae a los negros, yo los preparo, y los dos tenemos participación en el asunto. Un quince por ciento de los cincuenta púgiles negros del circuito de poblaciones negras es una buena suma. Yo, sinceramente, no sé por qué él quiere este combate, admito que no tiene mucho sentido.

Hymie habló como si pensase en voz alta.

—Ese negro está apretándote las clavijas y ahora tú nos las aprietas a nosotros. La verdad es que no consigo entenderlo. Pero aunque él se encargue de las apuestas y tú digas que no, eso no es razón suficiente. Si lo cazan podría perder su licencia de promotor de boxeo.

—Hymie tiene razón, Solly, tiene que haber una razón mejor. O Nguni es tonto o está corriendo un riesgo enorme por una razón que no conocemos. De cualquier modo, no querríamos enredarnos. Por cierto, ¿este Mandoma es zulú? Yo tuve una niñera que se llamaba Mandoma.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea, hasta que empiezan a darme dinero son sólo monos negros que llevan guantes de boxeo, —dijo Solly despreocupadamente.

El chófer de Hymie estaba esperando en el Buick que estaba aparcado en un solar vacío a una manzana de distancia. Mientras íbamos hacia el coche, Hymie no hacía más que mover la cabeza.

—No lo entiendo, ese Nguni tiene que estar loco para organizar una pelea entre un profesional negro y un aficionado blanco en una población negra, los polis le cazarían antes de contar hasta diez. Quiero decir, ¿qué sentido tiene? Un colegial de quince años y un peso gallo negro de dieciséis no es ningún número extraordinario, ni siquiera en una población negra.

—No has adivinado de qué se trata, ¿verdad?, —dije tranquilamente.

—No, aún no, pero lo descubriré.

—No te molestes, es una cosa que tiene que ver con la gente.

Hymie se giró y me cogió:

—Tienes razón, Peekay. ¡El Ángel Renacuajo!

Cuando entramos en el solar vacío vimos el Buick relumbrando como un gran

escarabajo negro entre los bidones cortados de ciento ochenta litros, llenos hasta la mitad de alquitrán sólido, montones de ladrillos y los escombros acumulados que suelen amontonarse en los solares vacíos de las ciudades. El chófer estaba hablando con un africano alto y bien vestido y avanzó hacia nosotros cuando vio que nos acercábamos.

—Bueno, vamos a saber en unos treinta segundos de qué va este asunto. Mira quién está aquí, Hymie, —el negro se irguió ligeramente cuando nos acercamos—. Era el africano alto que siempre dirigía a la gente en el canto del Ángel Renacuajo.

—Este hombre quiere hablar con usted, baas, —me dijo el chófer.

—Te veo, —le dije en zulú al africano, que era mucho más alto que yo.

—Te veo, Inkosi, —contestó y estrechó mi mano extendida levemente, casi sin tocarla. La cortesía obligaba a que hablásemos de otras cosas antes de abordar el motivo de que quisiese hablar conmigo. Ése es el sistema zulú.

—El tiempo ha sido caluroso y no han venido las lluvias, en el lugar del que yo procedo los cultivos estarán sedientos.

—También sucede así en el lugar del que procedo yo. Los vaqueros tendrán que llevar el ganado lejos del kraal para encontrar pastos y el río se secará y sólo quedarán unas cuantas charcas de agua.

—¿Qué dice?, —cuchicheó Hymie.

—Nada todavía, aún estamos hablando del tiempo.

—¿Tu kraal está lejos de aquí?

—A muchos kilómetros, muchos, Inkosi. Mi kraal está cerca de Ulundi, en Zululandia.

Las casas reales de tres de los cuatro reyes zulúes, Dingane, Mpande y Cetshwayo, estaban situadas cerca de Ulundi, y era muy probable que aquel hombre alto que estaba junto a mí fuese un aristócrata zulú.

—Las mujeres y los hijos están muy lejos, hay mucho camino hasta allí, no es bueno estar separado de ellos.

—Es la costumbre, Inkosi, por la libra del blanco el negro debe abandonar a su familia. Son tiempos difíciles y yo tengo poco ganado y poca tierra.

Había llegado el momento de presentarme.

—Yo soy Peekay, —dije suavemente, extendiendo la mano por segunda vez.

—Ya lo sé, Inkosi. Yo soy Nguni.

Nos dimos la mano por segunda vez, primero del modo convencional y luego deslizándola sobre el pulgar correspondiente para asirlo en un tipo de saludo que es el apretón de manos africano tradicional.

—Te veo, Nguni.

—Te veo, Peekay.

El llamarme por mi nombre era una audacia por parte de Nguni, pero no me importó. Tenía la sensación de que me conocía desde hacía mucho tiempo en realidad.

—¿Es por el asunto de boxear en Sophiatown?

—Así es, —confirmó suavemente Nguni.

—¿Podemos hablar en inglés para que mi amigo pueda participar en la conversación?

Nguni se echó a reír, desplegando una brillante sonrisa.

—Mi inglés no es demasiado bueno, —dijo en inglés.

El inglés de Nguni resultó ser muy bueno, y Hymie pareció tranquilizarse al poder participar en la conversación.

—Es sobre el asunto de Sophiatown, —le dije.

—Espera, le preguntaré yo...

—Hymie, éste es el señor Nguni, —me volví hacia Nguni—. Éste es mi mejor amigo, Hymie Levy.

—¿Qué tal?, —le dijo Nguni, inclinando la cabeza un poco instintivamente, en vez de darle la mano.

—¡Howzit!, —dijo Hymie, que aún no se hacía a la idea de relacionarse con un negro en un plano de igualdad—. ¿Por qué le preguntó al señor Goldman si podía preparar usted un combate con Peekay?

Nguni pareció sorprenderse.

—Siempre es así en boxeo, ¿no? Se pregunta al preparador...

—Yo soy el representante, es a mí al que me tiene usted que preguntar.

Nguni echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Lo sabíamos, pero también si el preparador dice esto no puede ser, no creo que usted hiciese caso.

—¿Qué le ofreció usted para conseguir que aceptase?

—No es necesario, él tiene negocios de boxeo lo mismo que yo.

—¿Cuántos boxeadores tiene usted, señor Nguni?

—Todos, —contestó tranquilamente Nguni.

—¿No está engañándome, los controla usted a todos?

Nguni se volvió a mí y dijo en zulú:

—Tu amigo no tiene ningún respeto, Inkosi.

—Me disculpo en su nombre, Nguni. Actúa sólo como un blanco de la ciudad, —me volví a Hymie—. Discúlpate.

Hymie hizo un gesto con la cabeza.

—Perdone, señor Nguni, ¿no me guardará rencor, verdad? Este combate que usted quiere... es que no acaba de tener sentido.

Nguni se volvió hacia mí y habló en zulú:

—Tendré que explicarlo en zulú, este hombre creo que no entiende la manera de actuar de la gente.

—El señor Nguni me va a explicar a mí el motivo en zulú. Es evidente que se trata de algo bastante complicado —le dije a Hymie.

—Tú eres Onoshobishobi Ingelosi, —comenzó Nguni—, esto es algo de mucho

poder entre la gente. La gente sólo te ve boxear contra los bóers y además siempre ganas. La gente cree que eres un gran jefe de su tribu. Los sothos creen esto, los shangaanes piensan esto, los zulúes también, toda la gente. Yo creo esto también. Está atestiguado que puedes hacer que caigan las estrellas de los cielos.

—Eso no es verdad, Nguni, yo no soy un jefe de la gente, —dije rápidamente.

—Quién puede decir lo que es verdad y lo que no lo es, la gente conoce esas cosas, no eres tú quien tiene que decirlo, Inkosi.

—Se relaciona con el Ángel Renacuajo, teníamos razón, —le dije a Hymie.

—Hay una mujer que ha tirado los huesos y ha hecho un fuego para leer el humo, —dijo de pronto Nguni—. Los huesos dicen que Onoshobishobi Ingelosi es un jefe y debe combatir con aquel que es también un jefe entre la gente.

—¿Una hechicera? ¿Ella dijo eso?

—Así es, Inkosi.

—Ese jefe. ¿Quién es ese jefe con el que debo combatir? Es el tataranieta de Cetshwayo.

—¡Bah!, hay muchos zulúes que lo son. Cetshwayo tiene muchos, muchísimos tataranietos.

—Él es el único, —dijo tranquilamente Nguni—. Los zulúes no heredan títulos, pero se sabe quién tiene la sangre. Un día será un jefe.

—¿Por qué es necesario que combata con esa persona que será algún día jefe?

—La gente ha de ver si el espíritu está aún contigo. Tú ya eres un hombre, la gente sabía que el espíritu de un gran jefe estaba en el niño, pero ahora deben saber si aún está en el hombre.

—¿Quieres decir que si pierdo con el que será el jefe, entonces no seré ya más Onoshobishobi Ingelosi?

—Así es, Inkosi, la mujer dice que eso está en los huesos y en el humo.

—Entonces perderé, —dije de pronto—. Así morirá la leyenda.

Nguni se encogió de hombros.

—No soy yo quien tiene que decirlo, Inkosi. Sólo perderás si no eres Onoshobishobi Ingelosi.

—Pero si tú puedes organizar el combate será bueno para ti como promotor, ¿no?

Nguni se miró sus manos abiertas las palmas que eran casi amarillas, del color del jabón Sunlight.

—Eso es cierto, pero la gente espera que yo haga esto. ¿No he dirigido a la gente en todos tus combates?

—Eso es verdad, tú eres el único —dije, avergonzado de mí mismo.

—¿Entonces combatirás?

—Primero tenemos que hablar con Hymie, es mi hermano en este asunto.

—Comprendo, es justo que haya de ser así.

Hymie esperaba con clara impaciencia que le tradujese lo que hablábamos, y cuando le expliqué de qué se trataba movió la cabeza.

—Dios mío, Peekay, esto es brujería, estamos en 1949.

—Ja, lo sé, pero podríamos estar igual en 1849. Algunas cosas no cambian.

—Bueno, ¿qué hacemos entonces?, —preguntó.

—Combatimos, no tenemos elección.

—No entiendo. ¿Por qué?

—Para ti tiene que ser difícil de entender, pero la gente cree en el Ángel Renacuajo. Hasta ahora nunca he dicho esto, pero es un símbolo, un símbolo de esperanza. En todas las tribus se cuenta la historia de que surgirá un jefe que no es de la tribu pero que unirá a todas las tribus contra los opresores.

—Así es señor Levy, —dijo Nguni.

—Entonces ésta es la prueba para ver si tú eres kosher.

Me eché a reír sin poder evitarlo.

—Hymie, yo no puse en marcha esto, sucedió simplemente. No lo deseo más de lo que puedas deseárselo tú. Si el joven jefe zulú Mandoma me da una zorra, todo habrá terminado. Pero no puedo irme tan tranquilo sin pelear, eso sería dejar en ridículo a la gente después de todos estos años. No podría hacer eso.

—Pues vaya un compromiso de mierda; de todos modos no es un motivo suficiente para que te dejes ganar.

—Me conoces de sobra, Hymie, —me volví a Nguni y le di la *mano*:— Señor Nguni, dígame a la gente que combatiré con el que algún día será jefe.

—Se lo diré a la gente, —dijo.

Me dediqué a prepararme para el combate con Mandoma, el peso gallo zulú, con todo el vigor y el afán que pude. Aunque estaba deseando librarme de todo lo que significaba el Ángel Renacuajo, me resultaba absolutamente imposible llegar al punto de entregar el combate. Me había endurecido tanto de ganar tantas veces que pensaba que una sola derrota en el *ring* significaría no llegar a ser campeón del mundo de los pesos medios. Una idea quizás infantil, pero que parecía sostener mi resolución con alambre de acero. Había aprendido incluso a no pensar nunca en las consecuencias de una derrota. Pensar demasiado en las consecuencias distrae la voluntad de la concentración en la victoria. Aunque esta resolución fanática de no perder nunca puede haber sido un signo de inmadurez, ese refinamiento que yo aportaba a la tarea de ganar sería adoptado posteriormente por los psiquiatras deportivos de todo el mundo. Los ejercicios mentales utilizados, primero al otro lado del Telón de Acero y luego en todo el mundo, para intentar ganar esa guerra fría interminable que llaman Olimpiadas y otras competiciones de la raza dominante, me resultaban familiares sin excepción.

La mayor dificultad con que me enfrentaba en el combate con Mandoma era la información. No sabíamos nada de aquel peso gallo zulú. Combatir con un adversario desconocido siempre me desorientaba. Era como entrar en una habitación a oscuras



después de que te digan que mucho cuidado con las trampas. Si sabes todo lo que hay que saber de un contrincante, el pensamiento combate por ti, activa el mecanismo corporal para que haga las cosas que has de hacer una fracción de segundo antes. Esa fracción es la que te hace ganar.

El poder de uno sólo depende ante todo de que seas capaz de creer en ti mismo, con frecuencia muy por encima de la capacidad latente que haya podido demostrar previamente. La mente es el atleta; el cuerpo no es más que el medio que utiliza para correr más rápido o una mayor distancia, saltar más, tirar mejor, dar una patada más precisa, nadar mejor, llegar más allá o saber boxear. El consejo que me dio Hoppie: «Primero con la cabeza y luego con el corazón», no era simplemente mezclar cerebro y agallas, era algo más. Significaba pensar muy por encima de la capacidad de concentración normal y luego que tu valor se atreviese a seguir a tus pensamientos.

Llegó el sábado. El combate iba a disputarse en un *ring* instalado en un campo de fútbol de un colegio africano de Sophiatown. Hacia las cuatro y media llegamos a los arrabales, donde estaba esperando el señor Nguni.

Los caminos estaban cubiertos de polvo y había sido un día de calor. El polvo se pegaba a las paredes encaladas de cabañas y tiendas, y por todas partes había carteles publicitarios de grasa para cocinar Gold Seal, petróleo Blue Light, cocinas Primus, tabaco Drum y jabón Sunlight. Había unos cuantos camiones en la carretera y vimos un taxi nativo y varios autobuses llenos a reborar, aunque cientos de personas iban en bici. El chófer mantenía casi constantemente la mano en la bocina, lo que sólo parecía aumentar el clima de agitación. Cuando llegamos más cerca del colegio, había gente alineada en las estrechas calles polvorientas que parecían discurrir al azar entre cabañas construidas con todo tipo de material imaginable. El señor Nguni me pidió que bajase la ventanilla para que la gente pudiese verme. Accedí a su petición, ruborizándome.

—Eres muy famoso en este lugar, Peekay. La gente ha venido a verte desde muchos kilómetros de distancia.

—¿Por qué son todos mujeres y niños? —preguntó Hymie.

—Los hombres son quienes verán el combate. Las mujeres han venido a ver al Onoshobishobi Ingelosi.

—Dios mío, no tenía ni idea, eres más famoso que Johnny Ralph, Peekay.

Johnny Ralph era por entonces el campeón de los pesos pesados de Sudáfrica, y un nombre familiar entre los blancos.

El señor Nguni se echó a reír.

—Johnny Ralph, en Sophiatown no saben quién es ese boxeador.

—Señor Nguni dije. —Tiene usted que decirle a la gente que yo no soy un jefe. No tengo ningún poder. Debe decirles que Onoshobishobi Ingelosi es sólo un nombre, un nombre que me pusieron en la prisión de Barberton, sin ningún motivo.

El señor Nguni se volvió hacia mí, estaba claramente sorprendido.

—Yo no puedo hacer eso, Inkosi, no soy yo quien tiene que decir quién es

Onoshobishobi Ingelosi. Esta noche veremos, no podemos cambiar esto, está en los huesos y en el humo.

Se volvió luego al chófer para darle una dirección.

—¡Mierda! ¡Hasta él mismo lo cree!, —cuchicheó Hymie.

Entramos en el recinto del colegio y nos recibió un mar de africanos. El Buick se vio obligado a avanzar centímetro a centímetro entre la muchedumbre. Faltaba hora y media para el combate y el campo de fútbol estaba completamente lleno, sólo quedaba un estrecho pasillo que llevaba hasta el *ring* que se alzaba en el centro. Debía haber diez mil espectadores y seguían entrando más por las puertas del colegio.

—Creí que decía que sería un combate en un colegio, —dijo Hymie al señor Nguni—. Creí que se refería al gimnasio de un colegio o algo así. ¡Ha venido todo África a ver el maldito combate! ¿Y si hay problemas, un motín o algo así?

—No, aquí no hay ningún problema, la mujer, ella hablará a la gente.

—¿Quieres decir la hechicera?, —pregunté.

—Ella es, Peekay, ella hablará a la gente.

Hymie sonrió nervioso.

—Va a ser la primera vez —dijo— que una hechicera presenta un combate. ¿Estás seguro de que me has dicho todo lo que hay que saber sobre el asunto, Peekay?

Le cogí por la camisa.

—¡No empieces!, —le dije.

Nos llevaron a las duchas a cambiarnos. Allí estaba Solly Goldman esperando.

—Lo están haciendo cosher de verdad, han traído, para dirigir el combate, a Nat King Pattle, el árbitro indio de Durban. ¿Habéis visto cuánta gente? ¡Caray!

Me cambié y fuimos caminando hasta el edificio del colegio para el pesaje. Hymie miró las básculas, las había prestado un comerciante local y eran de las que se utilizan normalmente para pesar sacos de harina de maíz.

—Qué más da, vamos a pelear con él de todas maneras, aunque supere el límite, —dijo Hymie.

—Es muy importante, señor Levy, la gente debe saber que todo es correcto, —dijo el señor Nguni.

Allí, junto a las básculas, había una docena de africanos, todos impecablemente vestidos con traje y corbata. Aunque las piezas del traje no siempre eran de la misma familia, estaban limpias y planchadas. A un lado estaba Gideon Mandoma, el peso gallo zulú con el que iba a combatir. Me separé de Hymie y de Solly y me acerqué a él.

—Te veo, Gideon Mandoma.

Gideon Mandoma me estrechó la mano, aunque muy brevemente. No alzó la vista cuando contestó:

—Te veo, Peekay.

—Me dijeron que procedías del valle del río Tugel. Es de donde vino mi niñera

cuando yo era pequeño. Se llamaba Mai Mandoma, ¿era quizá del kraal del mismo jefe?

Gideon Mandoma alzó la vista hacia mí, los ojos muy abiertos, una expresión de sorpresa en la cara.

—Ésa por la que preguntas es mi madre. Hace ya cinco años que murió, —me señaló con un dedo—. ¿Tú eres el del agua nocturna?

Ahora me tocaba a mí sorprenderme. Me quedé completamente estupefacto. Iba a tener que combatir con el hijo de mi niñera, el niño al que ella había tenido que dejar para cuidarme a mí. Había sido yo quien le había robado la leche de sus pechos cuando la habían contratado para ser primero mi ama de cría, y luego mi niñera.

Gideon fue el primero que reaccionó.

—Dicen que eres un jefe, pero debes demostrar que tienes el espíritu de Onoshobishi Ingelosi. Yo sé que soy un jefe y tengo el espíritu de Cetshwayo y antes de ése, el de Mpande, Dingane e incluso el de Shaka, rey de todos los reyes.

Su mirada se hizo de pronto dura. Llevaba mucho tiempo esperando, y ahora por fin combatiría con aquel que le había quitado a su madre y había sido la causa de que no la hubiese conocido hasta los seis años. Aquello no estaba previsto, pero él tenía ahora una razón más para ganar. Para un zulú no existe lo que nosotros llamamos una coincidencia. Yo sabía que esto sería para él un signo seguro y poderoso. Gideon Mandoma tenía una razón mayor que la mía para ganar. Por primera vez en mi carrera pugilística sentí miedo. Supe que Mandoma podía derrotarme.

Nos pesamos delante de Solly, el señor Nguni, el señor Nat King Pattle, el árbitro indio y los otros africanos. Ninguno de los dos sobrepasamos el peso de los gallos, aunque a mí me sobraban dos kilos y Gideon estaba justo en el límite. Se estaba poniendo el sol cuando subimos al *ring*, y el aire ya olía a madera quemada y a fuegos de carbón. Hacía aún muchísimo calor y yo me había pasado el día bebiendo agua. Me pregunté qué habría hecho Mandoma, debía de haber estado sin tomar líquido para no superar el límite de peso, e íbamos a disputar un combate a seis asaltos, el primero de mi vida de esa duración. Era el compromiso al que había llegado Solly con el señor Nguni, un intermedio entre los tres asaltos de un combate de aficionados y los diez del profesional. De pronto pensé que si lograba mantener en movimiento por el *ring* a mi adversario, éste podría deshidratarse lo suficiente para debilitarse en los dos últimos asaltos.

Una vieja que llevaba un abrigo de piel de aspecto ajado sobre un vestido suelto arengaba a la multitud desde el *ring*. Su voz aguda llegaba hasta donde estábamos nosotros, de pie en las escaleras del edificio del colegio. Cuando terminó su mensaje el público reaccionó con un aplauso estruendoso. Subieron dos hombres al *ring* y la alzaron y otros dos que estaban al pie del *ring* la recogieron.

—Ya es hora. Debemos subir al *ring* ahora, por favor, —dijo el señor Nguni, y nos guió por el estrecho pasillo humano hasta el cuadrilátero, siguiendo un cordón eléctrico de goma que conectaba con un micrófono. Gideon Mandoma y sus

ayudantes nos habían precedido por unos metros y todo el campo de fútbol atronaba con el estruendo de la multitud. Subimos al *ring* casi juntos, aunque por rincones opuestos, y el estruendo humano creció. Mis segundos eran Hymie y Solly, y Hymie se acercó al rincón del boxeador negro a comprobar los guantes, mientras un zulú grande vestido con un traje de piezas distintas con la chaqueta tensa en su botón marrón único se acercó a hacer lo mismo en nuestro rincón. Yo sentía cómo me chorreaba el sudor de los sobacos mientras Solly me ponía el esparadrapo en las manos y me colocaba los guantes.

El señor Nguni alzó los brazos y el público fue guardando silencio poco a poco. El micrófono, que estaba puesto en un estrado, había sido izado hasta el *ring* y su voz resonaba en el campo de fútbol mientras el señor Nguni se dirigía al público. Primero presentó al árbitro, comentando que era un indio que había llegado de Durban especialmente para el combate. La cuestión de la neutralidad de Nat King Pattle no se les escapó a los espectadores, que le otorgaron un gran aplauso. Luego el señor Nguni dijo que todos sabían por qué se había concertado aquel combate. No le correspondía a él hablar más del asunto. Tendrían que hablar ya los dos espíritus, y ganaría el más fuerte y la gente ya sabría qué debía pensar. La multitud guardaba un silencio absoluto mientras él hablaba. Luego presentó a Gideon Mandoma, que se desplazó con los brazos en alto hacia el centro del *ring* recibiendo grandes aplausos. El señor Nguni levantó las manos pidiendo silencio y luego pidió al público que cantase «Nkosi Sikelel» y «Afrika», el himno nacional africano.

Diez mil voces cantaron en perfecta armonía, y nunca olvidaré la belleza de aquel momento. El ansia y el amor que los africanos ponían en ese himno era una experiencia de una emotividad tan intensa que me costaba trabajo mantener la concentración. Gideon Mandoma tenía grandes razones para ganar el combate, y con aquello le habían dado la máxima inspiración que pueda llegar a recibir un boxeador.

A mí me costaba trabajo mantener cerrada la trampilla de acero de la mente. Rondaban por mi cabeza imágenes de mi niñera. Una mujer dulce y oscura que me daba generosamente su amor, que ni una sola vez había mencionado a aquel niño que le habían arrancado de sus brazos cuando tenía aún los pechos llenos de leche. Gideon Mandoma tenía derecho a odiarme, y el odio es un buen amigo en un combate.

Después de llamar a Mandoma al centro del *ring* me llamaron a mí y vi con sorpresa que los aplausos eran igual de estruendosos. Cuando estaba allí en el centro, el señor Nguni inició el canto del Ángel Renacuajo, su voz resonó sobre la multitud silenciosa. Cuando llegó el momento de responder con el coro: «Onoshobishobi Ingelosi.... Shobi... shobi... Ingelosi», se alzaron como un trueno diez mil voces. Yo estaba allí en el centro del *ring*, con las lágrimas rodándome por las mejillas. Puede que fuese el momento más grande de mi vida. La gente quería saber. Aquél no era un combate entre un negro y un blanco, era una prueba del espíritu, el espíritu de la propia África. Dos muchachos, aún no del todo adultos, en una calurosa noche de

verano que olía a humo de madera y a sudor, decidirían si había esperanza para la gente blanca y negra y de color, para la gente de la gran Patria del Sur.

—Mayibuye Afrika!, —gritó el señor Nguni.

—Mayibuye Afrika! Afrika! Afrika! ¡Vuelve, África! ¡Vuelve, África! respondía atronadora la multitud.

El señor Nguni pasó el micrófono con cuidado a través de las cuerdas y abandonó el *ring*, y Nat King Pattle nos llamó. Tenía marcas profundas de viruela en la cara que era casi exactamente del color del buen cari, por estúpida que pueda parecer la comparación. El cabello, de un gris acerado, lo llevaba liso y muy pegado a la cabeza, sujeto con fijador, con la raya absolutamente recta y sin que un solo cabello cruzase la resplandeciente carretera del cuero cabelludo. Vestía una camisa blanca, pantalones de franela de color crema y unos tenis blancos y parecía más un jugador de *cricket* que un árbitro de boxeo. Los dos mirábamos al suelo mientras él hablaba.

—Escuchadme, por favor, cuando os grite que os separéis debéis separaros inmediatamente. Cuando alguien caiga contaré hasta ocho, luego limpiaré los guantes del caído y podréis seguir. Nada de golpes con la cabeza ni con los codos, tenéis que jugar limpio, porque si no os aseguro que os penalizaré. Buena suerte, chicos, —nos dio a los dos una leve palmadita en el hombro—. Daos la mano, por favor, y cuando suene la campana empezad a boxear.

Nuestros guantes se rozaron levemente pero ninguno de los dos miró al otro. Volví a mi rincón y me senté. Sonó la campana.

—A por él, —le oí decir a Hymie mientras retiraba el taburete de mi rincón. Avancé hacia una mancha negra que venía hacia mí cruzando el *ring*. Mandoma se lanzó al ataque rápidamente, dándolo todo. Aunque sus golpes aterrizaron en mis brazos y en mis guantes, se me había echado encima tan deprisa que había conseguido atraparme en mi rincón y tuve que trabarle. El árbitro nos mandó separarnos y entonces logré salir de allí; el sol estaba en una posición perfecta, bajo y apagándose rápido. Se giró de cara a él y quedó cegado durante una décima de segundo que me permitió a mí lanzarle un fuerte directo de izquierda a la nariz. Fue un buen golpe y empezó a manarle un hilillo de sangre. Sería mucha suerte poder volver a usar aquella artimaña, el sol no duraría más de otro asalto y él probablemente hubiese caído ya en la cuenta. Era enormemente agresivo, parecía dispuesto a desperdiciar una docena de golpes con tal de desbaratar mi defensa. Hacia el final del primer asalto me colocó un golpe debajo del corazón y creí que me desmayaba. Me largó un gancho de izquierda que fue como la carga de un rinoceronte. Yo le mantenía a raya castigándole con la izquierda. Eran todos golpes que puntuaban pero ninguno le hacía daño. El cabrón era terriblemente fuerte. Me pasé el primer asalto intentando verle algún defecto, pero aparte del hecho de que lanzaba demasiados golpes iba a ser difícil boxear con él desde el pie de atrás. La campana señaló el final del primer asalto y yo ya estaba sudando copiosamente.

—Echale un vistazo a Mandoma, está agotándose, —dijo Hymie.

—Cielo santo, pega duro, tendré que mantenerle en movimiento, que desequilibrarle.

—Sólo durante los cuatro primeros asaltos. Mírale, —Hymie tenía razón, Mandoma estaba cubierto de una espuma de sudor, y con el sol tan bajo parecía que hiciese aún más calor que antes.

—Fíjate y mira a ver si bebe en el cuarto asalto, —le dije a Solly cuando sonó la campana del segundo.

—Tú límitate a boxear, hijo, muévete, que te persiga él, —dijo tranquilamente Solly.

Mandoma se lanzó hacia mí con la misma fiereza, y aunque paré la mayoría de los golpes en los guantes y en los brazos, me di cuenta de que si seguía así acabaría moliéndome los brazos y debilitándome. Necesitaba que fallara más golpes, pero era rapidísimo y me costaba mucho mantenerle a distancia. Le conecté buenos golpes en cantidad suficiente para ir por delante a los puntos al final del segundo asalto, pero no era demasiada ventaja, y estaba utilizando al máximo toda mi pericia en el *ring* para evitar problemas.

Salimos para el tercero y de nuevo vino a por mí con la mano por delante y cruzó un gancho de derecha que me alcanzó en la mandíbula. De pronto estaba en la lona, espantado, boca arriba. Vi dos Mandomas que se retiraban al rincón neutral y luego el árbitro empezó a contar. Sabía que me había pegado fuerte, pero no sentía nada, me zumbaba la cabeza y utilizaba toda mi concentración para oír la cuenta. Cuando llegó a seis se me aclararon los ojos de pronto y cuando llegó a ocho estaba de nuevo de pie. Había sido un golpe magnífico y yo sabía que no podía aguantar muchos más como aquél y sobrevivir. Pattle me limpió los guantes, me hizo contar los tres dedos que me mostró, luego seis. Todo era tiempo valioso y había dejado de zumbarme la cabeza. Por último, nos dijo que siguiésemos boxeando.

Mandoma buscaba sangre y se lanzó a por ella demasiado deprisa y demasiado despreocupadamente.

Eso fue lo que me salvó. Si hubiese esperado para conectarme otro buen golpe me habría liquidado. Pero quería el K. O. y sus ojos telegrafiaban todos los golpes. A mitad del asalto yo me sentía de nuevo fuerte y empecé a trabajar de acuerdo con el viejo plan. Sin hacer caso de su cara busqué el cuerpo, debajo del corazón, en el área blanda bajo la caja torácica y en el plexo solar. Él me lanzaba un terrible gancho de izquierda o un *upercut* de derecha y yo respondía con dos o tres golpes potentes en el cuerpo. Nada fantástico, pero notaba cómo se hundían profundamente los nudillos. Si era capaz de eludir el golpe grande y si él seguía mandándome una carta cada vez que se disponía a pegarme, acabaría ganando. Había peleado con pegadores casi toda mi vida, nunca me había enfrentado antes en el *ring* con alguien que tuviese más pegada que Mandoma, y era rapidísimo. Pero pensé que, como la mayoría de los pegadores, iba resultando predecible.

Si hubiese sido el combate tradicional a tres asaltos puede que la decisión le

hubiese sido favorable. En el cuarto asalto había empezado a aflojar. Llevaba tres asaltos persiguiéndome y lanzándome muchísimos golpes, y acusaba el calor, pero no había bebido agua, sólo se había enjuagado la boca y la había escupido, así que seguí castigándole fuerte en el cuerpo y hacia el final del cuarto asalto le oí gruñir cuando logré conectarle tres golpes potentes. Las cosas estaban empezando a ir como un reloj. Mandoma me trabó y al separarnos me conectó un magnífico golpe de izquierda. Tuve la sensación de que me pasaba un tren por encima, caí, me rebotó el culo realmente en la lona. No podía creerlo, sacudí la cabeza, pero no se aclaraba. Cuando el árbitro llegó a ocho sólo fui capaz de levantarme. Mandoma me tenía cogido, un golpe medio decente y pasaría a la historia.

El árbitro me preguntó si me encontraba bien, y tras decirle que sí me limpió los guantes y me dijo que siguiésemos boxeando, esta vez sin comprobar si estaba conmocionado o no. Tenía clara conciencia de que había que aguantar hasta el final del asalto. Pattle no permitiría más de dos caídas. Es decir, si podía levantarme a la tercera. «Baila, klein baas, mueve los pies, debes bailar, sólo los pies pueden sacarte del peligro», oí a Geel Piet decirme esto con toda claridad. Luego oí con un inmenso alivio la campana del final del asalto.

—Tiene muchísima pegada en ambas manos, amigo, pero está aflojando el ritmo. Quiero que le boxees en corto para que no pueda conectarte un golpe fuerte, sigue trabajándole el cuerpo, tiene que estar acusándolo.

—No lo sé, —dije, jadeante, pero notaba que iba recuperando fuerzas. Me enjuagué la boca y escupí. El agua estaba fresca y resultaba deliciosa en la boca.

—Demonios, está bebiendo agua, ¡el cabrón está bebiendo agua!

Los primeros veinte segundos del quinto asalto fueron más duros aún. Mandoma me atacó con todas sus fuerzas, pero yo conseguí esquivar y hurtarle el cuerpo, retroceder, apartarme. Me lanzó un directo de izquierda y se lo crucé con la derecha, y le alcancé debajo del ojo y le abrí una brecha. Aún seguía sangrando por la nariz y, aunque le había pegado poco en la cara, había mantenido la nariz sangrando con un golpe de derecha en ella cada poco. No hay nada que influya tanto en un árbitro como un buen chorro de sangre. Mandoma lanzó otro gancho de izquierda, telegrafianándolo a un metro de distancia, y entonces le entré y le cacé en las cuerdas con un directo de izquierda ortodoxo al que siguió un directo de derecha a la cara. Dos golpes de manual que, cuando se coordinan como es debido, adquieren gran potencia.

El boxeador negro alzó las manos para proteger la cara y entré más al quedar descubierto el estómago y le conecté los ocho de Geel Piet, justo donde debía estar el agua que había bebido. Sabía que el dolor y la náusea serían terribles y vi que lanzaba un fuerte gemido al alcanzarle la lluvia de golpes y que intentaba apartar mis guantes con los suyos. Yo tenía preparado ya el gancho de derecha que le alcanzó justo en la mandíbula, y que llevaba detrás toda mi fuerza. A mí sus golpes me habían levantado del suelo, pero a él los míos le lanzaron con fuerza contra las cuerdas y luego se desplomó, cayendo de rodillas, los guantes inertes en la lona. La sangre de la nariz

goteaba en la lona verde cuando me retiré hacia un rincón neutral.

Se levantó a la cuenta de ocho, pero me di cuenta de que estaba mal y avancé hacia él y empecé a castigarle. Podría haberme lanzado alegremente a intentar el K. O. de una vez, pero un pegador como Mandoma tiene grandes reservas de valor y siempre puede conseguir conectar ese gran golpe definitivo. Estaba casi seguro de que estaba agotado y de que entre asalto y asalto no se recuperaría con la suficiente rapidez. Ya acabaría con él en el último. Sonó la campana y me fui a mi rincón a reunirme con Hymie y Solly que me gritaban los dos.

—Cristo bendito, ¿por qué no acabaste con él?, —chillaba Hymie.

—Está agotado, se ha quedado sin fuerzas, podías haberle liquidado, ahora tendrá tiempo de sobra para recuperarse, —dijo Solly.

—Él sólo necesita un buen golpe más y puede liquidarme a mí, —contesté.

Estaba siguiendo el plan de Geel Piet y no el de Solly Goldman. Geel Piet habría querido que yo boxease con los pies y no que le machacase. «Debes buscar siempre la seguridad, klein baas, boxea, boxea, boxea, nunca luches». Solly recapacitó.

—Tienes razón, hijo. Me alegro de que uno de nosotros siga pensando.

Lo creyese o no, Solly sabía que tenía que restaurar mi concentración y se daba cuenta de que había actuado estúpidamente, arrastrado por la emoción.

Sonó la campana del último asalto. Mandoma, desesperado porque se quedaba sin fuerzas, había vuelto a beber agua. Durante el primer minuto del último asalto me atacó firmemente, pero ya no tenía coordinación y no conectaba bien los golpes. Procuré mantenerme a distancia. Le castigaba en la herida del ojo. Procuraba que siguiera sangrando, esperaba la oportunidad de conectarle una serie. Me alcanzó con un cruzado de derecha que, si hubiese sido en una etapa anterior del combate me habría tumbado. Ahora carecía de potencia. Era el momento de lanzarme. Le encerré en su rincón y empecé a castigarle debajo del corazón. Conseguí conectarle tres golpes potentes antes de que me trabase. Estaba tan agotado que era incapaz de eludir mi castigo. Después del clinch, cuando nos separamos, volví a arrinconarlo y a colocarle golpes en el cuerpo. Me parecía increíble que aún pudiese mantenerse en pie. Nunca le había pegado a nadie tanto ni tan fuerte. Pero el cabrón no se desmoronaba. Tenía que hacerle besar la lona otra vez. Empecé a pegarle con fuerza en la nariz y alzó los guantes y se descubrió. Los ocho de Geel Piet se convirtieron en los trece de Solly Goldman, la primera vez en mi vida que conseguía conectar una combinación de trece golpes perfectamente. Mandoma emitió como un gorgoteo y luego una especie de suspiro y cayó. Estaba completamente agotado. Tenía los ojos abiertos y me miraba, pero el cuerpo ya no le respondía y no podía alzar siquiera la cabeza de la lona. No había sabido utilizar las piernas. No se le había apagado el corazón, pero no podía ya mantenerle en pie. Mandoma era el mejor pegador que había visto en mi vida.

Yo nunca me había sentido tan cansado. No sólo era la primera vez que boxeaba seis asaltos sino que jamás había encajado tanto castigo. Intenté caminar con dignidad



hasta el rincón neutral mientras Nat King Pattle empezaba a contarle. Por primera vez en todo el combate oí al público, que estaba absolutamente desquiciado.

—¡Onoshobishobi... shobi... shobi... Ingelosi!, —aullaba el coro como un trueno que cruzase el campo de fútbol. Y seguía y seguía hasta que volvieron a poner el micrófono en el *ring* y los ayudantes de Gideon Mandoma se llevaron a éste a su rincón. Me acerqué a ver si estaba bien y a estrecharle la mano.

—Tú eres el gran jefe, tú eres aquel que es Onoshobishobi Ingelosi, —dijo Mandoma, y sosteniéndose en unas piernas aún temblorosas me alzó la mano. El público enloqueció.

—Eres tú quien es un jefe, tu espíritu aún sigue contigo, seremos hermanos, Gideon Mandoma.

—Te veo, Peekay. Hemos bebido leche del pecho de la misma madre, somos hermanos. —Yo alcé su mano y la multitud atronó con sus aplausos.

El señor Nguni estaba de nuevo al micrófono y aunque le costó un poquito consiguió calmar al público. Yo había vuelto a mi rincón y estaba sentado en el orinal mientras Solly me frotaba y Hymie extendía una toalla limpia para envolverme en ella.

—Hemos visto lo que hemos visto. Todos debéis ir a vuestros hogares y decirle a la gente que el espíritu que hay dentro del Onoshobishobi Ingelosi vive también en el hombre. Vosotros lo habéis visto con vuestros propios ojos y así es, —dijo simplemente.

Luego se volvió y nos indicó a Gideon Mandoma y a mí que nos acercáramos y nos colocamos junto a él cogidos por los hombros.

—Hemos visto luchar a los espíritus, en esto somos todos hermanos, —dijo el señor Nguni, y el estruendo del público negro puso fin al acto.

Le di una palmada en el hombro a Gideon y volví a mi rincón.

Comenzaba a hacerse de noche y el olor a humo de madera y a fuegos de carbón llegaba a mí otra vez. Silbó un tren a lo lejos, atravesando la algarabía del público que se iba. A nuestro alrededor sonreían rostros negros y algunos estiraban los brazos y me tocaban y me acariciaban levemente como si fuese un talismán. Pero la mayoría me miraban y yo me daba cuenta de que creían. La leyenda había arraigado más y se extendería aún más. Me pregunté si desaparecería alguna vez. De pronto me di cuenta de que tenía sensación de tener rotos todos los huesos del cuerpo.

Recorrimos el pasillo de cuerpos negros de regreso al colegio, yo con un brazo echado por los hombros de Hymie para apoyarme. Me tocaban manos negras, recogían el sudor de mi cuerpo, se frotaban la cara con él.

—Ya veis, ¿qué os dije yo, amigos, no os dije que sería un combate magnífico?, —dijo Solly cuando entramos en el colegio—. ¡Caray! Por dos veces pensé que estabas liquidado, hijo. Es bueno saber que eres capaz de encajar un golpe. Te voy a decir una cosa, nunca había visto a un aficionado colocar una combinación perfecta de trece golpes. Mereció la pena venir sólo por eso.

—Cállate ya, Solly, es que no ves que Peekay está deshecho, —le interrumpió Hymie.

—No tanto como el otro, hijo, —dijo Solly.

Cuando llegamos a las duchas me senté y empecé a llorar. Era como si viese los años futuros, el dolor de mi cuerpo había agudizado en cierto modo la concentración de mi mente. Veía Sudáfrica, veía lo que vendría. Me había pasado algo. Hymie hablaba pero era como si su voz sonase en una cámara de eco. No, una cámara de eco no, la cueva de cristal de África. Su voz resonaba por encima de las copas de los árboles del bosque tropical, abajo en el valle, lo mismo que habían resonado los ladridos de los babuinos. «Lo he encontrado, Doc. ¡He descubierto lo que puede uno solo!», decía la voz de Hymie. La cueva que me rodeaba era de cristal resplandeciente, el cristal se convirtió en mi dolor y el dolor se agudizó al hacerse más intensa la luz. Mi concentración se redujo a una cabeza de alfiler. Sentía una tristeza abrumadora. Tristeza por la gran Patria del Sur. En la claridad, en la luz, había un sonido, como si la luz y el sonido fuesen uno. Era el gran tambor, eran las voces de la gente. Llegaban juntas como un eco. «Mayibuye Afrika! Afrika! Afrika!». ¡Vuelve, África! ¡África! ¡África! Mi vida, fuese lo que fuese, estaba vinculada a aquello, no había manera de eludirlo, yo formaba parte de la cueva de cristal de África. Lloré, sumido en el dolor y en el desconcierto. Sólo podía ver destrucción, confusión y el batir del tambor; bum, bum, bum, y la luz empezó a desvanecerse y Doc entró en la cueva, el cabello blanco como la nieve, alto como siempre: «Debes intentarlo, Peekay. Debes intentarlo. ¡Definidivamende!».

Hymie me echó un brazo por encima.

—En esto de Onoshobishobi Ingelosi hay más de lo que yo sé, ¿verdad, Peekay?

—Cristo, no sé. La verdad es que no lo sé, —gemí.

—No te preocupes, Peekay, nadie puede hacerte daño, ningún cabrón te hará daño mientras yo viva.

—Doc ha muerto, —oí que decía mi voz, era como si estuviese completamente divorciada de mi cuerpo.

Esa noche, cuando regresamos a casa de Hymie, a Pretoria, había un recado de la señora Boxall de que la llamase.

—Peekay, tenemos malas noticias. El profesor ha desaparecido. Gert y todos los guardias que no estaban de servicio y la mitad de los hombres del pueblo están en las montañas buscándole, pero hace ya dos días que falta. ¡Dicen que hay ya pocas posibilidades de encontrarle vivo!

Le falló la voz, luego se le quebró, empezó a llorar. La línea de Barberton crepitaba, los sonidos oscilaban y los sollozos de la señora Boxall crecían y decrecían.

—Vuelve a casa, por favor, Peekay, ven rápidamente, por favor, seguro que tú puedes encontrarle, ibais juntos a tantos sitios, —me dijo llorando.

Hymie me obligó a dormir.

—Te despertaremos a las dos de la mañana y un chófer puede llevarte, sólo hay trescientos kilómetros hasta Barberton, y llegarás al amanecer.

Yo sabía dónde encontrar a Doc. Sabía que él había hecho lo imposible y había conseguido llegar a la cueva de cristal de África. Estaría tendido allí sobre la plancha de cristal, los brazos cruzados sobre el pecho. Cien mil años después la gente descubriría de nuevo la cueva y subirían hasta la plataforma mágica y dirían: «Qué extraña coincidencia, parece exactamente la forma de un hombre hecho de cristal, un hombre muy alto, flaco». Luego me dormí llorando.

## VEINTIDÓS

Nadie, ni siquiera yo, conocía la religión de Doc, pero tras pasar una semana visitando todos nuestros viejos refugios (salvo uno) con diversos equipos de hombres, se decidió que había que celebrar una ceremonia religiosa. Marie dio un paso al frente y proclamó que Doc había encontrado a Cristo cuando había estado en el hospital con neumonía, y mi madre se quedó extasiada. El pastor Mulvery reclamó el derecho a celebrar un servicio fúnebre sin los restos mortales de Doc. Yo no protesté. Marie había llegado a convencerse de que Doc había dicho sí a Jesús y se lo había anotado como una de sus salvaciones más importantes. No creo que a Doc le hubiera importado gran cosa, y además, su amor por la gran Patria del Sur había culminado en la eternidad más bella que él podía concebir. No polvo y cenizas, sino un maravilloso entierro pagano que le convertiría en una parte viviente de su amada África. Su espíritu habitaría en la cueva de cristal de África y miraría por encima del bosque tropical hacia el valle nebuloso y hacia las montañas lejanas de un azul difuminado como el dibujo de un niño.

La muerte de Doc me dejó completamente obnubilado. Hacía las cosas, pero era como si hubiese perdido el centro de gravedad. Todo parecía estar patas arriba. La gente me hablaba, pero yo no la oía. Abrían la boca como carpas doradas en una pecera, pero no salía nada. Sus movimientos parecían exagerados, como si al caminar hacia mí se estuviesen haciendo más grandes sin desplazarse del mismo lugar, los pies no se movían, pero los cuerpos parecían, estirarse como un dibujo animado, hasta llegar donde yo estaba. El dolor estaba hondo y sordo, y yo sabía que era esto lo que me hacía sentirme obnubilado. Tenía la sensación de que nunca volvería a ser igual, que nunca podría volver a amar tanto. Me decía constantemente a mí mismo que antes ya sabía que Doc tenía que morir, que Doc se había pasado meses diciéndomelo, pero yo no sabía nada sobre aquella clase de muerte. La muerte era violenta y desagradable, como la del Abuelo Chook y la de Geel Piet, o incluso macabra, como la de Hettie la Grande. En la muerte, tal como yo la había conocido en África, no había un deslizarse gradual y suave, no había dignidad. Y por eso me embargaba la sensación de que Doc me había hecho trampas, que se había ido

simplemente, que había desaparecido, que él había hecho que viniera la muerte en lugar de dejarla llegar. Me sentía burlado, furioso incluso. ¿Por qué no me había esperado? ¿Por qué no me lo había dicho para que pudiese llevarle a la cueva de cristal? Pero en el fondo sabía que no podría haberlo hecho, que yo me habría aferrado al último hilo de vida que quedase en él, y también sabía que él lo sabía. Pero saber todo eso no me ayudaba a aclarar aquella confusión. No eliminaba la carencia, el dolor permanente y sordo que sentía bajo el corazón en ese punto exacto donde golpeas a otro boxeador hasta que pierde el fuelle. Era eso exactamente: había sonado la campana, pero yo solo no podía conjurar la voluntad y las fuerzas precisas para levantarme para el próximo asalto.

El pastor Mulvery explicó que aquello era el final de los trabajos de Doc y de su valle de lágrimas. Dijo que Doc era un gran pianista y un gran jardinero.

—Nuestro señor Jesucristo ha otorgado a nuestro amado profesor un jardín en el cielo lleno de la fragancia de los pensamientos y de los guisantes de olor, donde puede interpretar su música para un coro de ángeles.

Los habituales de la congregación debieron pensar que era una de sus mejores descripciones de la vida futura de los renacidos, y sazonaron el elogio fúnebre del pastor Mulvery con: «Alabado sea el Señor», y «Bendito sea Su santo nombre». Yo lo oía todo, pero no tenía mucho sentido, no tenía nada que ver con Doc. Definidivamende.

—Oh, Dios mío, Dios mío. Nuestro queridísimo profesor habría preferido sin duda el fuego eterno del infierno a una eternidad en un plantel de pensamientos y guisantes de olor, interpretando para un coro de ángeles, —dijo la señora Boxall, tras soportar por primera vez al pastor Mulvery y a la Misión de la Fe Apostólica.

El áloe estaba en flor en la ladera sobre el jardín de rosas, y a primera hora del día del servicio fúnebre yo había subido hasta nuestra roca y había estado llorando un rato, hasta que salió el sol en el valle. Cuando bajaba cogí varios candelabros de flores de áloe que coloqué en un gran jarrón de cobre que encontré en la habitación trasera de la iglesia. Cuando después entré en la iglesia para asistir al funeral, los habían quitado y habían puesto en su lugar un ramo de gladiolos rosas y anaranjados.

Hasta el viejo señor Bornstein estuvo presente en el servicio, sin quitarse el sombrero en todo el rato, acompañado de la señorita Bornstein. El lustroso carmín relumbrante y las largas uñas rojas de ésta parecían extrañamente fuera de lugar, en una iglesia que afirmaba que todo tipo de maquillaje, salvo el colorete era pecado. Una vez había oído a una dama que daba testimonio del Señor describir las uñas largas pintadas como las garras del demonio manchadas con la sangre de los pecadores. La señorita Bornstein estaba bellísima entre aquellas mujeres de caras restregadas y vulgares y cabello canoso recogido atrás y sostenido con prendedores baratos de celuloide, los sombreros salpicados de ramitos de flores de lino, como una pequeña tentativa de adorno. Me di cuenta de que la miraban furtivamente, que contemplaban su cutis perfecto, su cabello de un negro casi azul, de un resplandor

majestuoso, y los ojos verdes y las uñas y aquellos labios pecadores y resplandecientes. La próxima vez que se amontonasen alrededor de una taza de té lo escupirían todo otra vez en vituperios hipócritas, y dirían que habían visto al pecado en carne y hueso, que habían visto al demonio sentado entre ellas.

Fuera de la iglesia, después del servicio, no había ningún Doc en un ataúd al que contemplar solemnemente, pero los fieles pudieron felicitar a Marie por su espectacular conversión. Hasta mi madre recibió unas cuantas alabanzas inmerecidas por su previsión al indicar a Doc como posible candidato a la salvación.

Todos los guardias que conocían a Doc, incluidos el capitán Smit y el Kommandant, vinieron a presentarle sus respetos. Después el capitán Smit me invitó a ir a la prisión, donde el equipo de boxeo tenía previsto celebrar un velatorio. Resultó un acto alegre, como la reunión de un grupo de amigos para cantar canciones populares, y yo procuré, con todas mis fuerzas, estar alegre, pues tenía la sospecha de que se celebraba como un gesto de amistad y para animarme un poco. Aquello correspondía mucho más a los gustos de Doc que el fúnebre servicio santurrón de la Misión de la Fe Apostólica.

Gert me llevó aparte. Yo le había relevado al volver para colaborar en la búsqueda de Doc. Llevaba ya tres días sin dormir y estaba agotado.

—Dime, hombre, ¿cómo es que no le pudimos encontrar? Tú conoces todos los sitios a los que él iba.

—Ja, es extraño, sí, pero tú conoces a Doc, Gert, probablemente tenía un sitio en la galería de una vieja mina que sólo él conocía, algún sitio que encontró años antes de que me conociese.

Gert me miró fijamente.

—Ni hablar, hombre. Tú y él teníais demasiada amistad. Sé que lo sabes, pero ag, hombre, bueno, tienes razón, yo tampoco lo diría en tu caso.

Gert era una persona tranquila por naturaleza, que se equivocaba muy pocas veces. Acababan de ascenderle a sargento y todo el mundo decía que llegaría lejos.

Doc me dejó a mí todo lo que poseía, incluido el Steinway. Les dejó una pequeña póliza de seguros de unas veinte libras a Dee y a Dum. Mi madre hizo que trasladasen el Steinway al gabinete de casa, donde prácticamente ocupaba todo el espacio, de modo que hubo que trasladar, los dos sillones que hacían juego con el sofá al porche trasero. Una idea magnífica, porque en realidad era allí donde todo el mundo se sentaba, salvo las señoras de la iglesia y la gente del pueblo que venía a probarse algún vestido. Nunca teníamos visitas propiamente dichas, de las que se sientan incómodas en el recibidor, de manera que el porche de atrás era perfecto para los viejos sillones de pata de garra y de brocado, que después de cuarenta años de estar metidos en el cuartito de la entrada podían cumplir por fin una función.

Yo creo que al principio el abuelo estaba un poco ofendido por el destierro de los sillones. Su bella esposa, para la que había creado la rosalada, había sido precisamente quien había comprado el mobiliario, pero cuando de nuevo regresé de

vacaciones había declarado permanentemente suyo uno de los sillones, que tenía ya varios agujeritos de quemaduras en las partes de la tapicería donde habían caído chispas de la pipa que habían atravesado el brocado descolorido.

La casa de Doc estaba bastante alejada del resto de las casas europeas, en una pequeña *kopjie*, y su testamento, que me leyó el viejo señor Bornstein, indicaba que era propietario de toda la pequeña colina. Yo trasladé allí a Dee y a Dum para que cuidaran de la casa, aunque mi objetivo, en realidad era, que fuese su hogar. La pequeña cabaña de tres habitaciones con una cocina adosada era una auténtica mansión, después de la pequeña habitación de ladrillo anexa al semillero de las rosas que habían compartido. A las dos les había afectado muchísimo la muerte de Doc. Éste les había pedido que prepararan comida para tres días y que no dijese a nadie que se iba. Al no regresar al cuarto día, Dee había ido a ver a la señora Boxall que había dado la voz de alarma. Dee, fiel a su palabra, se había limitado a decirle a la señora Boxall que Doc no había regresado de las montañas la noche anterior pues no había dormido en su cama y la ceniza de la cocinita panzuda estaba fría. Ambas me confesaron que Doc había pedido comida para tres días, lo que significaba que cuando me había llamado la señora Boxall Doc en realidad llevaba fuera cuatro días. Cuando, después del combate con Gideon Mandoma, yo había sabido con absoluta certeza que Doc había muerto, él ya llevaba tres días fuera. Debía de haber tardado días en llegar al pie de la cueva de cristal de África, donde habría descansado, y luego, a una hora indeterminada del tercer día, habría escalado la pared rocosa. Doc era un hombre metódico, debía de haberlo planeado todo meticulosamente hasta su último gramo de energía. Marie me contó que en el hospital se había quejado todas las noches de que no podía dormir y le habían ido dando somníferos. Él nunca había tomado una pastilla, decía que tomar pastillas era «meter sustancias químicas malas en la sangre». Yo sabía que ahora tendría los somníferos con él. Doc nunca hacía nada a la ligera. Y no iba a obrar de otro modo al planear su muerte.

Fue la fidelidad de Dee y Dum a Doc lo que impidió que los grupos de búsqueda penetraran más en las montañas. No era concebible que un frágil anciano que estaba recuperándose de una neumonía hubiese podido ir en un día mucho más allá de las estribaciones, y menos aún que hubiese cruzado la cordillera de Saddleback. Yo conocía a Doc bastante mejor; él lo había planeado, sabiendo muy bien cuáles eran sus posibilidades de éxito.

Esperé para ir solo a las montañas hasta el día antes de regresar al colegio, cuando la impresión de la muerte de Doc empezaba ya a apagarse un poco. La noche antes, a la hora de cenar, le dije a mi madre que iba a hacer una última excursión en honor de Doc y salí de casa antes del alba. Sabía que Doc aún necesitaba algo, porque si no me habría dejado algún mensaje. Ayudado por Dee y Dum, busqué por toda su casa y en el jardín de cactus, pero sin resultado. Doc quería que le hiciese un último servicio, estaba absolutamente seguro de eso; y, de cualquier manera, necesitaba hacer algún tipo de ritual para conmemorar su muerte. Cogí una lata de sardinas, un par de

naranjas y metí en mi vieja fiambarrera escolar un tomate, dos huevos cocidos y un par de patatas frías que habían sobrado, y luego cogí una botella de agua y una linterna y me puse en marcha. No cogí cuerdas para evitar sospechas, ya que estaba seguro de que podría subir sin ellas por la pared rocosa.

Sólo paré al amanecer para beber y comer una patata, y a mediodía había llegado a nuestro viejo campamento, al borde del bosque tropical. Sobre mí se alzaba la pared rocosa, que ahora significaba de pronto mucho más para mí. Doc había utilizado otra vez el campamento, tal como yo suponía. No había llovido en los diez últimos días, y la ceniza del agujero de la hoguera, que yo había excavado, aún estaba reciente y suelta. Para asegurarme fui al sitio donde había enterrado la basura y la desenterré. Había, por supuesto, una segunda lata de carne y el envoltorio de un paquete de galletas Pretty Polly. A Doc le encantaban aquellas galletas secas y sosas, y siempre compraba la misma marca.

Media hora después estaba en el saliente rocoso que conducía a la cueva. Al principio parecía no haber ningún indicio de que Doc hubiese estado allí, y el corazón me latía con fuerza. ¿Y si Doc no lo había conseguido? ¿Y si se había caído intentando escalar la pared rocosa y yacía en alguna parte del denso bosque tropical que se extendía al pie de ella? Me asaltó el pánico, pues sabía que tendría que encontrarle y subirle como pudiese a la cueva por la pared rocosa y colocarlo en la plataforma. Una tarea que me llevaría dos días, si es que podía llegar a coronarla con éxito.

Sabía también que si Doc estaba en la cueva de cristal de África no le habría gustado que yo entrase allí. Doc era un hombre de una gran sensibilidad, y habría considerado inadmisibles la idea de obligarme a ver su cadáver. Habría dejado instrucciones fuera de la cueva, a la luz del día; era allí donde tenía que estar su mensaje. Empecé a repasar el saliente centímetro a centímetro. Doc me había enseñado a observar, y yo sabía que habría previsto que yo realizase un examen detallado del saliente mucho más concienzudo que el de un buscador casual, de manera que si había ocultado algo no sería visible más que para alguien muy bien adiestrado.

Busqué durante media hora, pero el saliente de piedra caliza estaba gastado y alisado por cien mil años de viento, lluvia y erosión del agua, y la parte ahuecada era lisa y regular y no había entrantes ni hendiduras. Empecé a dudar. Doc podría haber tenido previsto dejarme un mensaje, pero, al estar al borde del colapso al llegar por fin al saliente, podría haber decidido ahorrar fuerzas al máximo para la tarea de llegar a la cueva.

Entonces lo vi. Una faja oscura de un sedimento mineral, seca desde hacía mucho, había manchado una pequeña parte del saliente. Pasé la mano sobre la roca manchada y recibí un pinchazo súbito y agudo. Aparté la mano y la examiné; en la palma se formó una gotita de sangre. Del centro de la mancha oscura sobresalía, sólo unos milímetros, la punta de la hoja de la navaja de Doc.



Doc había descubierto que la zona de sedimento oscuro era más blanca que la roca que la rodeaba, y en el centro de ella había hecho un agujero con la navaja. Luego había mezclado la arena que había sacado del agujero con un poco de agua de la botella que llevaba e, insertando primero la navaja de modo que sólo asomase la punta de la hoja, había vuelto a colocar los granos de arena para recomponer invisiblemente la zona en que la había ocultado.

Era típico de Doc; confiaba tanto en lo que me había enseñado, que sabía que podía hacer que el escondrijo resultase difícil de hallar para otros y que sin embargo yo lo localizase. Aparté la arena de la punta de la hoja y saqué la navaja. Enrollada en el mango, atada con un hilo de algodón, había una nota.

El agujero parecía más hondo y más ancho de lo que yo había sospechado en un principio y detrás de la navaja estaba el reloj de bolsillo de Doc. Saqué la cadena con la punta de la navaja y luego el viejo y bello reloj de oro. Me metí reloj y cadena en el bolsillo del pantalón y, con dedos torpes y temblorosos desaté el hilo de algodón que sujetaba la nota al mango negro de hueso de la navaja.

Era una hoja arrancada de uno de los pequeños cuadernos de campo de Doc, y de margen a margen y de arriba abajo, a un lado de la página, había notas musicales, minúsculas de tamaño pero claras y precisas, una pieza musical nítidamente escrita. Volví la hoja. Centrada en el dorso, con la caligrafía clara de Doc, había una breve nota.

*Mi querido Peekay:*

*Nadie en todo el mundo tiene un amigo como tú. Anoche vino una música a mi cabeza, según me iba llegando iba dándome cuenta de que era ya el momento de irme. ¿Será quizás, quién puede saberlo, una música para África? ¿Será sólo, quizás, música mía para ti? No es tan bueno como Mozart, ni como el señor Beethoven, ni como Brahms, pero quizás sea mejor que el Nocturno de Chopin. Qué pieza tan breve para una vida tan larga. Soy muy domkop, pero no tan domkop como para no dejarte ser mi amigo. Merezco por eso once sobre diez. Ahora debo irme a la cueva de cristal de África. Tú no debes seguirme hasta que te llegue también la hora. Quizás volvamos a encontramos dentro de cien mil años.*

*Adiós, señor Sabelotodo, campeón del mundo de los pesos medios.*

*Tu amigo,  
Doc*

Yo ya había llorado por Doc, y la nota me consoló. Doc estaba a salvo y donde quería estar, y su secreto jamás sería desvelado. Entré en el túnel que conducía a la cueva exterior. Comprobé el pasamanos de cuerda que habíamos construido para que Doc pudiese llegar la primera vez y estaba aún firme. No debía haber tenido grandes

dificultades para pasar por la angosta entrada. Sólo tardé unos minutos en sacar el gancho de acero de la pared del túnel y en retirar la cuerda.

Volví a la pared rocosa y retiré el segundo gancho y los metí en la mochila junto con la cuerda. Los agujeritos de los ganchos que había colocado desaparecerían de la pared rocosa en muy pocos años, gracias a la erosión, y no quedaría ningún rastro humano. Sólo los babuinos o algún esporádico leopardo visitarían la cueva exterior, pero no entrarían en la oscura y húmeda cueva interior de cristal de África. Doc estaría allí a salvo durante los cien mil años que tardaría en convertirse en cristal, en convertirse para siempre en una parte de África.

Llegué a casa justo cuando la luna se alzaba sobre el valle. El dolor, el dolor sordo y hondo debajo del corazón se había esfumado. Seguía presente la tristeza, pero estaba orgulloso de que Doc hubiese conseguido hacer lo que quería. Y estaríamos unidos siempre, pues él era una parte importante de mí. Había encontrado a un niño pequeño, asustado y confuso, y le había dado confianza y música y conocimientos y un amor a África y le había enseñado a no tener miedo a las cosas. Ahora yo no sabía dónde empezaba el niño y dónde terminaba Doc. Me había dado todos los dones que poseía. Ahora que él descansaba, yo sabía que nunca podríamos estar separados el uno del otro.

La cafetera salió a las cuatro del día siguiente para conectar con el tren nocturno que iba de Kaapmuiden a Johannesburgo, en un viaje que duraba toda la noche. Aquella última mañana que pasé en casa entré en el gabinete y abrí el Steinway y empecé a ensayar la música de Doc, que previamente había transcrito en tres hojas de papel pautado. Después de ensayar las notas durante media hora empezó a formarse la melodía. Era un nocturno con una frase musical que se iba repitiendo a lo largo de toda la pieza. Era muy bello, era inconfundiblemente africano, había en él una tristeza y un anhelo de algo que parece estar en la música de todos los africanos. El fraseo musical y la melodía repetida resultaban un tanto familiares, como algo que hubieses oído en un sueño, o el ritmo del sueño o lo que sencillamente te corre por las venas aunque no lo sepas. Y entonces comprendí de qué se trataba. Era el canto del Ángel Renacuajo.

Me detuve asombrado. Doc nunca había oído el canto, que no había empezado a oírse hasta después de irme yo interno al colegio. Toqué de nuevo la pieza. No era ninguna coincidencia. El canto formaba parte claramente de la música. Recorría el nocturno repitiéndose con una docena de variaciones, pero siempre estaba allí, claro, inconfundible, salvaje, bello. Onoshobishobi Ingelosi... shobi... shobi... Ingelosi, las notas de piano lo expresaban tan claramente como si allí estuviese cantando la propia gente.

Se estaba haciendo tarde y era hora de despedirse de la señora Boxall, de la señorita Bornstein y del viejo señor Bornstein. Gert había prometido recogerme y bajarme hasta la estación en el Chevrolet nuevo de la prisión, lo que significaba que mi madre y mi abuelo no tendrían que recurrir al pastor Mulvery, cuya engolada

presencia y cuyos dientes ansiosos por escapar me resultaban cada día más deprimentes, y me alegré de que no aumentase la turbación que me invadía siempre en las despedidas.

Metí la música de Doc entre las páginas de un delgado volumen de poesía de Wilfred Owen que me había dado la señora Boxall. «No es tan sentimental como Rupert Brooke, pero es el mejor poeta de la época de la guerra, estoy convencida», me había dicho.

Abandonar el pueblo con la certeza de que cuando volviese a él sería un lugar del que Doc estaría ausente hacía que el hecho de partir me resultase insoportablemente triste. Mi madre se esforzaba por mantener una conversación ingeniosa, pero no era ninguna conversadora brillante, y mi abuelo se limitaba a sacudir la pipa y a apretar el tabaco y a echar humo; luego se giró y alzó la vista hacia las montañas y dijo: «Se amontonan los cúmulonimbos, puede que haya tormenta esta noche, precisamente cuando las Frensmans tienen el capullo suelto». Las Frensmans eran unas rosas de tallo largo de un rojo intenso, y si los pétalos no formaban ya un capullo prieto la tormenta las dañaría. Gert, que ni siquiera en sus mejores momentos era hombre de mucha conversación, intensificaba aún más mi desasosiego y hacía la espera de la cafetera para salir de allí casi insoportablemente larga. Metí la mano en el bolsillo de unos pantalones nuevos de franela gris que me había hecho el viejo señor Bornstein y saqué el reloj de Doc. Estaba a punto de abrirlo cuando me di cuenta de mi estupidez, y volví a meter rápidamente el hermoso reloj en el bolsillo. Mi precipitación al hacerlo delató inmediatamente mi culpa. Creí que podría haber pasado inadvertido, pero al cabo de un par de minutos, cuando mi madre se volvió para hablar con mi abuelo, Gert cuchicheó:

—Así que lo encontraste, eh Peekay. Me alegro muchísimo.

Ignoré su comentario, fingiendo no haberlo oído; sabía que Gert guardaría silencio.

Un silbido advirtió que ya partíamos y la gente que había en el andén se alegró, como cuando acaba bruscamente una despedida demasiado larga. También ocurrió en nuestro grupo todos nos alegramos en secreto de que la espera terminase.

—Cuídate hijo, —dijo mi madre, ofreciéndome un lado de su cara empolvada.

—Sé buen chico, —puf, puf, mi abuelo me estrechó la mano. Al mirarme a la cara me di cuenta de que los ojos azules se habían vuelto un poco legañosos, y que la piel de alrededor de las mejillas y de la boca estaba muy estirada, como suele pasarles a los hombres delgados cuando empiezan a hacerse ya viejos.

Gert me estrechó la mano a la manera afrikaner tradicional, con excesiva fuerza.

—Que tengas suerte, Peekay, nos veremos en julio, hombre.

Luego adoptó bruscamente una posición de boxeo, era un chistecillo físico para ocultar la turbación.

—No bajas la guardia, me oyes, —sonrió y se inclinó hacia mí para que sólo yo pudiera oírle—. No combatas más con cafres, entendido, tienen la cabeza demasiado

dura, hombre.

La cafetera lanzó un chorro de vapor y un pitido, tan potente como podría haberlo lanzado un tren mucho mayor, mucho más importante. La gente del vagón de tercera para negros gritaba y chillaba muy contenta, salían por cada ventana cinco o seis cabezas y una docena de brazos agitando pañuelos y en general aprovechando al máximo la ocasión de la despedida, mientras el pequeño tren iba abandonando lentamente el andén. Yo seguí diciendo adiós hasta que dobló la curva que dejaba el andén oculto. Con un consciente suspiro de alivio me retrepé en el asiento de cuero verde. Sabía que tendría aquel compartimento para mí hasta Kaapmuiden, y me agradó la perspectiva de estar solo. Hacía ya una larga semana de mi combate con Gideon Mandoma.

Hymie tenía muchas noticias cuando volvimos al colegio. Había llegado a un acuerdo oficial con el señor Nguni, y ahora había veinte jóvenes púgiles negros preparándose en el gimnasio de Solly, así como tres técnicos de boxeo negros a los que se adiestraría en la preparación de boxeadores y que acabarían solicitando la licencia para poder hacerse árbitros.

Gideon Mandoma y otros tres jóvenes púgiles fueron separados de los otros negros para entrenarse conmigo los miércoles por la tarde y los domingos por la mañana antes de ir a la iglesia. Gideon pronto se convirtió en algo más que simplemente un buen *sparring*. Se reía muchísimo y tenía un vivo ingenio que a mí me encantaba. No hablaba muy bien inglés y al principio hablábamos principalmente en zulú, hasta que después de un entrenamiento, cuando llevábamos tres semanas de trimestre, me dio una palmada en el hombro con el guante y dijo:

—No más zulú. Peekay, tu zulú proviene del pecho de mi madre, ahora mi inglés debe venir de tus puños. Tienes que enseñarme inglés.

Se apoyó y se alisó despacio el pelo en un movimiento hacia atrás como hacía Hymie, acariciándolo levemente como si se estuviese atusando delante de un espejo.

—Yo tengo unas buenas palabras inglesas de Hymie, —luego imitó la forma que tenía Hymie de escupir las palabras: «¡Maldito cafre insolente!».

Luego echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas, muy feliz.

—Este inglés lo entiendo muy bien.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea.

—Vamos a abrir una escuela para los boxeadores negros de Solly, —le dije a Hymie en el tranvía cuando volvíamos al colegio después del entrenamiento.

—Dios mío, Peekay, ¿no será ir demasiado lejos? Educa a esos negros cabrones y antes de que te des cuenta de lo que haces querrán apoderarse del país.

—Es tan suyo como nuestro. En realidad más, —dije, sorprendido de mi exabrupto.

—Tienes toda la razón, pero ¿no podemos dejarles que tarden un poco más en descubrirlo? ¿No es mejor tenerles en la ignorancia el mayor tiempo posible?

—Hymie, ¿qué estás diciendo? ¿Pero tú no eras un pensador liberal?

Hymie se echó a reír.

—Yo, en primer lugar y ante todo, soy un pragmático, pero en el asunto tiene que haber una libra en alguna parte, que me cuelguen si puedo ver dónde. ¿Cómo piensas hacerlo, te propones introducir la integración racial en el Colegio Príncipe de Gales?

—Vamos, Hymie, tómatelo en serio. Si vamos al director y se lo exponemos como dos hombres del Renacimiento y le soltamos todo un rollo sobre el liberalismo y bla, bla, bla, estoy seguro de que lo aceptará. La escuela negra podría funcionar en una de las aulas el sábado por la noche.

—¡Me gusta, sí! Una lección a la semana no significaría una amenaza demasiado grande para la civilización blanca tal como la conocemos en el extremo sur de África.

—Bueno, ¿qué me dices?

—Así, de pronto, no se me ocurre un medio de sacar dinero del asunto, pero como dijo Marx, o quizás fuese Cristo: «No sólo de pan vive el hombre». Está bien, lo que tú digas.

—¡Magnífico! Porque serás tú el que tendrás que plantearle el asunto al director, dado que como judío tienes que saber mejor que nadie lo que es ser un pueblo oprimido.

Hymie se quedó un momento pensando.

—Estupendo, no hay problema, yo sencillamente voy allí y le digo al dire que abra una escuela negra en ese baluarte de privilegio blanco, indicándole que como oprimido veterano con una experiencia de unos mil novecientos años... Bueno, concertaré una cita con él para mañana después de las clases.

El director se mostró más reacio de lo que habíamos pensado. No estaba nada seguro de la actitud que podría adoptar el gobierno nacionalista ante el hecho de que uno de los colegios privados de habla inglesa más famosos del país se convirtiese en cuna de la educación negra adulta. Había, por supuesto, centros de enseñanza para negros y algunos muy buenos, pero la mayoría de los africanos abandonaban sus estudios antes de llegar a la enseñanza secundaria, y un gran número de ellos después de dos o tres cursos de la educación más elemental. Algunos, quizás la mayoría, no pisaban jamás una escuela. Si después querían aprender a leer y a escribir no disponían de servicios escolares para adultos.

Llegamos a lo que parecía una situación de tablas, el director prometió plantearles el asunto a los directivos del colegio, que casi seguro lo rechazarían. Su concepción del caballero cristiano no incluía la hermandad de los seres humanos, si ello entrañaba eliminar el obstáculo del color.

Nuestros argumentos habían sido sólidos, pero nuestra política había sido ingenua. Tratándose de una piel negra, la política y la justicia social tienen muy poco en común en Sudáfrica.

—Hemos sido un par de schmucks al pensar que lo aceptaría directamente, tendremos que conseguir que ese cabrón se sienta culpable, eso siempre resulta con un hombre del Renacimiento, —dijo Hymie.

Estábamos sentados en la sala de los prefectos, rara vez utilizada por éstos después de las clases, y era un lugar privado agradable para charlar o trabajar.

—Creí que ya le habíamos hecho sentirse culpable...

—Culpable mentalmente, con culpa intelectual, sí. Pero con esa culpa que duele dentro, no, eso es distinto. Los judíos somos especialistas en la culpa anímica. Déjame que te explique lo que quiero decir. Hasta el combate de Sophiatown, las únicas gentes negras que yo conocía eran Mary, nuestra cocinera, y Jefferson, el mayordomo. Y, por supuesto, los otros criados anónimos que fingían trabajar en la casa. La tarde del combate fue la primera vez que estuve cerca de gente africana. Quiero decir que les percibí realmente como gente, no simplemente sirvientes o fieles y viejos criados de la familia, sino como gente con problemas, quiero decir, exactamente igual que otras personas normales. No te lo he dicho antes, pero me causó una impresión muy fuerte. Descubrí que me gustaba, más aún, entendí por primera vez cómo deben haberse sentido los judíos perseguidos. Cuando te cantaban a ti, no sólo a Gideon, que eso era comprensible, sino también a ti, la generosidad de espíritu me hizo sentirme avergonzado de mi piel blanca. Ése es el tipo de culpa al que me refiero.

—Dios mío, Hymie, no me contaste nada de eso.

—¿Pero qué hay que contar? No puedes explicarlo, tienes que sentirlo. Eso es lo que necesita el dire. Necesita apreciar no lo que está rechazando sino a quién. Tenemos que presentarle a Gideon.

—Tú tuviste a diez mil africanos cantando Sikelel' i Afrika para alcanzar esa experiencia, ¿pero crees que Gideon puede convencerle solo?, piensa que es el único zulú sin sentido musical de la historia.

Era verdad, cuando Gideon cantaba tenía una voz que era como un raspador oxidado sobre madera dura.

—No, por supuesto que no, pero cuando acabemos tú y yo con ese negro cabrón insolente parecerá otro.

Hymie y yo compusimos un discurso para Gideon Mandoma que, tengo que confesarlo, era bastante aterrador. La idea era que Gideon lo aprendiese en zulú y yo lo tradujese al inglés como si estuviese oyéndolo por primera vez. El dire se quedaría tan sorprendido por el lenguaje, la poesía y la brillantez que comprendería que los negros no servían sólo para cortar leña y acarrear agua, que no eran siquiera nobles salvajes, sino individuos con capacidad suficiente para convertirse incluso en gente de St. John.

Ayudamos a Gideon a aprenderse el discurso y, vestido con camisa blanca, unos pantalones bien remendados de un traje viejo y sus viejos zapatos negros resplandecientes, nos presentamos en el despacho del dire. He de decir que fue muy afable y que todos nos sentamos en sus grandes y viejos sillones de cuero y que la señorita Perkins, su secretaria, nos trajo té y galletas maría. Habíamos previsto la oferta de té y habíamos obligado a Gideon a practicar para que fuese capaz de

sostener una taza en la rodilla, de manera que pareciese suficientemente fino y a tono. Pero yo sabía que por dentro sería todo tantanes y agitación.

Le expliqué al director que Gideon no hablaba inglés con la suficiente fluidez como para poder sostener una conversación y que yo actuaría como intérprete. Creo que el hecho de que uno de los miembros de la gente de St. John fuese capaz de realizar la entrevista en zulú le impresionó muchísimo. Gideon (lo habíamos ensayado ya así) empezó en inglés, su hermosa y blanca dentadura resplandeció en una de sus mejores sonrisas:

—Perdone mi inglés, Señor, no es tan bueno para decirle esto de corazón.

El director asintió comprensivo. Yo me di cuenta de que el plan empezaba a resultar. Gideon carraspeó y empezó a hablar en zulú. Después de cada frase, cuidadosamente ensayada, yo traducía con mi mejor voz, manteniendo un tono grave y teatral.

—Yo no procedo de una nación de esclavos, pero me han convertido en esclavo. Yo vengo de un pueblo de hombres valientes, pero me hacen llorar. Yo, que he de convertirme en un jefe, soy lo que ningún hombre debiera ser, un hombre sin derechos y sin futuro, —hice una pausa teatral y luego continué—: Tengo diecisiete veranos, he matado un león y me he sentado en la esterilla del gran jefe, pero me han dado mi lugar, ese lugar no es un asiento en la mesa del hombre blanco, ese lugar no es una voz en la indaba del hombre blanco.

Vi que el director empezaba a sentirse incómodo. Cuando acabásemos no comprendería qué le había sucedido. El buen director aún no sabía lo que era sentirse culpable.

De pronto, ante mi sorpresa, Gideon dejó de seguir el guión.

—Mi servidumbre no es obra del hombre blanco. Mi servidumbre no me la impone el látigo del hombre blanco. Mi servidumbre está en mi propio cerebro. Aquí en mi cabeza llevo el orgullo zulú de mis antepasados, pero no llevo ningún conocimiento. Mi servidumbre es mi ignorancia, ése es el instrumento de la desgracia y la desesperación del negro. Si el blanco me diese sus derechos y la misma voz no podría utilizarlos, aún seguiría en la servidumbre, aún sería un siervo, un cafre negro, un ser humano inferior porque no sabría usar esos derechos, hacer oír mi voz entre la gente. Por favor, Señor, mi mente pide a gritos conocimientos. Quiero recoger el conocimiento en mi mano y beberlo como se bebe agua a la orilla de un arroyo. Sin conocimiento estoy desnudo. Sin conocimiento no soy nada. Por favor, Señor, deme ese conocimiento. Deme esa sabiduría, para que yo también pueda ser un hombre.

Gideon había expuesto sus ideas con tanta facilidad que no tuve ningún problema para hacer una traducción casi perfecta y apenas se interrumpió el flujo de su discurso. Las lágrimas le rodaron por las mejillas y no hizo tentativa alguna de limpiárselas. Me di cuenta, de pronto, que para un zulú llorar es una gran vergüenza, pero que no podía secarse las lágrimas con la taza y el platito sostenidos en la rodilla. Me incliné hacia él y le cogí la taza y miré a Hymie, sin atreverme a mirar al director.

Me di cuenta de que a Hymie no le había gustado que le hubiese quitado la taza de la rodilla a Gideon. Las lágrimas eran la parte mejor, la puntilla. Aquel negro cabrón insolente, como decía Hymie, no tenía nada que envidiarle a Otelo.

—No lloro por mí, lloro por la gente, Inkosi, —dijo Gideon suavemente, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Miré de reojo al dire y vi que se le habían puesto los ojos acuosos y que también él luchaba con sus emociones.

—Notable, muy notable, —exclamó; luego se volvió a Hymie y a mí y nos dijo —: Este joven tendrá su escuela, y les encargo a ustedes dos que hagan todo lo que esté en su mano.

¡Habíamos ganado! ¡Habíamos conseguido que el director, que procedía de uno de los colegios de más raigambre, del colegio de Winchester, depositario de la gran tradición de escuelas privadas de las colonias, hombre del Renacimiento y pensador liberal, tocase el corazón y sintiese el alma del África negra!

El primero que reaccionó fue Hymie.

—¿Puede suministrar el colegio libros de ejercicios y material de escritura, Señor?

El director asintió.

—Hablen con la señorita Perkins para eso, Levy. Sus alumnos deben estar adecuadamente equipados.

—Gracias, Señor, —dije yo, y luego me volví a Gideon para comunicarle la noticia. Gideon esbozó una sonrisa gigante.

—Muchos chico, mismo que yo, te damos las gracias, Inkosi, —el director le correspondió con una inclinación de cabeza. Era evidente que estaba encantado con el joven jefe zulú.

La escuela comenzó con los boxeadores negros del gimnasio de Solly como únicos alumnos. Al cabo de un mes habían engrosado sus filas chóferes locales, cocineros y criados, y Pis Johnson, Cunningham-Ryder y Atherton, y otros dos alumnos del colegio que sabían sotho fueron reclutados también para dar clases los sábados por la noche.

Antes incluso de que el director diese su conformidad, nosotros habíamos enviado una larga carta a la señorita Bornstein, preguntándole cuál era el mejor medio de enseñar lengua y números a africanos adultos; ella había contestado con una soberbia colección de notas pedagógicas y varios libros de texto que nos permitieron a Hymie y a mí preparar un programa completo que yo traduje al sotho, al zulú, al shangaan y al fanagalo.

Empezamos también, con el visto bueno del director, a enseñar el programa a la gente de St. John recién elegida a fin de que la escuela nocturna pudiese continuar después de que Hymie y yo hiciésemos el examen de ingreso en la universidad a finales de año.

Al cabo de sólo unas semanas los resultados eran asombrosos. Alumnos cargados de ejercicios después de la sesión de cuatro horas del sábado por la noche volvían con



todo hecho, ansiosos de más. La noticia de que se había creado la escuela se difundió entre los chicos del colegio y pronto empezamos a recibir colecciones de canciones infantiles, catones, silabarios, y todo tipo de libros de texto, y teníamos más voluntarios de los que podíamos utilizar. Luego Hymie, a quien le fastidiaba desperdiciar un servicio gratuito, elaboró un método de enseñanza individualizado en el que cada alumno negro tenía un tutor personal blanco. Se enseñaba colectivamente a todos los alumnos negros en el salón de actos del colegio durante la primera hora, y después se dispersaban y tenían una sesión con sus tutores personales en un rincón de un aula cualquiera. Los tutores trabajaban a partir de una serie de notas que nosotros les suministrábamos, y tenían que atenerse a las directrices de la señorita Bornstein.

Los progresos de los alumnos eran mucho más rápidos que las de cualquier estudiante blanco en una situación convencional de enseñanza en un aula. Hymie, insatisfecho con nuestro primer programa, siguió trabajando en las notas, puliendo los errores y perfeccionándolas.

Al cabo de unos cuatro meses nos visitaron un periodista y un fotógrafo del *Rand Daily Mail*, y en la edición matutina del periódico del miércoles siguiente apareció un reportaje a toda página en el que se incluía además una foto de Hymie, Gideon y yo.

El artículo, muy exagerado, daba una versión tendenciosa del combate que habíamos disputado Gideon y yo y de cómo Hymie y yo habíamos creado una escuela para boxeadores que seguía creciendo, dando la impresión de que nos habíamos convertido en un gran instrumento de la educación negra. El artículo estaba lleno de inexactitudes, pero sin embargo provocó cierto nerviosismo en el colegio. El director nos llamó a Hymie y a mí a su despacho y nos reprendió por no hablar con él antes de entrevistarnos con el periodista. Explicó que en realidad era bastante estúpido hacer algo así, dada la situación política y considerando además que estaban prohibidas las escuelas negras en áreas urbanas blancas.

Al salir de la oficina del director, Hymie se encogió de hombros.

—Cualquier publicidad es buena, creo yo.

—Ojalá tengas razón, pero creo que hemos hecho el tonto.

—Sí, yo también lo creo, —dijo él entre dientes.

El sábado siguiente por la noche la policía hizo una redada. Las puertas del salón quedaron de pronto bloqueadas por policías de uniforme caqui, blancos y africanos. Un teniente de policía con canana en bandolera y revólver al cinto subió al escenario y tocó ruidosamente su silbato.

—¡Esto es una redada, que todo el mundo siga sentado y no se hará daño a nadie, entendido!, —se quedó allí plantado, las piernas separadas, una mano en la pistolera como desafiando a cualquiera de nosotros a que se moviera—. ¿Quién está aquí al cargo?

—*Ons is*—, dije yo en *africaans*, indicando a Hymie y a mí.

El oficial de policía continuó en inglés.

—¿Por qué no hay ningún adulto al cargo?, —preguntó.

—La clase la dirigen los chicos, —dije.

—¿Quieres decir que chicos blancos enseñan a esos cafres condenados?

—Así es, —yo estaba empezando a recuperar el valor después de la sorpresa inicial.

—Ag sis, hombre, ¿vas a decirme que estáis enseñando el abecedario a esos malditos cafres asquerosos? ¿Es que no tenéis otra cosa mejor que hacer con vuestro tiempo un sábado por la noche?

—¿Tiene usted una orden de registro?, —preguntó Hymie.

—¿Tú quién eres, hombre?, —preguntó el policía.

—Conteste usted primero a mi pregunta, —dijo Hymie con voz lisa.

—Eh, qué es esto, ¿te pones insolente?

—Él sólo le ha preguntado si tiene usted orden de registro, oficial, —dije yo.

El policía se convenció de pronto de que no nos sentíamos intimidados. En realidad se equivocaba, estábamos los dos muertos de miedo.

—¿Y qué si no la tengo?, —dijo desafiante.

—Entonces es allanamiento de morada y debo pedirle que se vaya inmediatamente, —dije yo.

—Tú no eres más que un maldito crío, ¿con quién te crees que estás hablando, eh?

—¡Si no tiene usted una orden judicial para entrar en este colegio, lárguese!, —le escupió Hymie.

Vi con sorpresa que el oficial sonreía de pronto. Luego se acarició la nariz con el pulgar y el índice.

—Tú eres el judío, eh, —dijo.

Luego se volvió a mí y añadió:

—Y tú el boxeador que combate con cafres, —señaló a los africanos que estaban sentados delante de nosotros—. Dime cuál es el cafe con el que combatiste, hombre.

Gideon se levantó de su asiento sin que se lo pidieran.

—Ven aquí, Joe Louis, ven y ponte junto al judío y al boetie cafe.

El oficial llamó a un policía negro que estaba en la puerta y mientras esperaba que llegase al escenario, se desabrochó el botón de metal relumbrante del bolsillo de la guerrera caqui y sacó un trozo de papel que alargó en nuestra dirección.

—Toma, judío, léelo tú mismo.

Hymie se acercó y aceptó el papel, que era evidentemente una orden judicial para entrar y registrar el colegio. El teniente se volvió al policía negro que tenía al lado.

—Diles a esos negros cabrones que deben enseñar todos sus pases y un permiso de su patrón para estar fuera después del toque de queda de las nueve.

Me volví al policía blanco.

—Aún no son las nueve, teniente, nadie ha infringido el toque de queda.

Sonrió.

—Ja, por supuesto, hombre, pero lo hará cuando yo acabe aquí y todo negro

cabrón que no tenga pase será detenido.

—Esta orden de registro es para el colegio St. Johns, —dijo de pronto Hymie—. Mire, ve, dice Colegio St. Johns, Houghton. ¡Es el colegio que queda a kilómetro y medio de aquí por la carretera!

—No me gustan las bromas, ¿entendido? Más respeto porque si no los tres os pasaréis la noche en una celda en la central.

Hymie se acercó al oficial.

—Léalo usted mismo, Colegio St. Johns, no es el nuestro. ¿Tendrá ahora la bondad de irse?

—Éste es el lugar correcto, éste es el sitio que dice en el periódico, ¡me has oído, hombre! St. Johns, ese colegio, ¿también enseña a cafres?, —me di cuenta de pronto de que se había quedado desconcertado.

—Tendrá que preguntarles usted mismo, oficial, —dije, sin confiar en mí mismo lo suficiente como para mirar a Hymie.

El oficial de policía dobló la orden de registro y volvió a metérsela en el bolsillo.

—Debería deteneros por poner trabas a la policía en el cumplimiento de sus deberes, sabéis de sobra que no es más que un error técnico. Lo anotaron mal cuando miraron en el mapa. ¡El colegio es éste, os lo aseguro!

—Eso no es lo que dice en su papel, la verdad, oficial, tengo que pedirle que se vaya, —dijo Hymie, sacando el máximo provecho de la situación.

—De acuerdo, judío, pero no creas que me has visto por última vez. Sé reconocer a un *cominista* cuando lo veo, —luego me señaló a mí—. Tú también, tú y tu amigo cafre. Soy capaz de oler a un *cominista* en cuanto lo veo.

Se fue con sus hombres, y todos pudimos oír resonar sus botas sobre los adoquines cuando cruzaron el patio del colegio.

—¡Cielo santo! Por que poco, —dije—. ¿Y ahora qué?

Gideon sonreía, era una sonrisa crispada.

—Yo creo que está acabada... la escuela está acabada.

—¡De eso nada!, —dijo Hymie—. Yo traeré a los abogados de mi viejo si intentan hacer eso otra vez.

Gideon soltó una carcajada irónica.

—Tú no tendrás problema, pero nosotros iremos a la cárcel, siempre pasa eso. Vosotros sois muy listos, y la magia del Onoshobishobi Ingelosi hizo cambiar el nombre del colegio en el documento, pero la policía es mala gente, no cederán así tan fácil, y además creo que el gran baas, el director, acabará con esta escuela.

—Tendrá que pasar por encima de nuestros cadáveres, —dijo Hymie—. Lucharé por la escuela nocturna, puedes estar seguro.

Pero no lo hizo. El lunes siguiente los dos fuimos convocados al despacho del director y había allí con él un oficial de la Policía Sudafricana.

—Éste es el capitán Swanepoe, de la comisaría de policía central de Johannesburgo, quiere hacerles unas cuantas preguntas, —dijo el director muy serio

—. Parece ser que el informe que ustedes hicieron acerca de lo ocurrido el fin de semana no se corresponde con el que presentó el policía que apareció en su clase el sábado por la noche. Les ruego que le cuenten toda la verdad al capitán Swanepoe.

—Le dijimos exactamente lo que sucedió, Señor, —contesté yo.

—Perdone, el oficial encargado de la operación está preparado para informar correctamente, de eso pueden estar seguros, —dijo el capitán de policía.

—Bueno, entonces no habrá ninguna diferencia entre las dos versiones, capitán Swanepoe, es decir, si las dos partes decimos la verdad, —repuso suavemente Hymie.

—¿La verdad? ¿Qué es la verdad? Según mi experiencia la verdad sale por la ventana cuando entran las emociones. Las emociones siempre cuentan una historia distinta, puede creerme, director, —replicó el capitán Swanepoe.

—Capitán, estos dos muchachos han sido preparados los dos para observar una situación con cierta objetividad, aunque se hallen implicados en ella.

—Ja, no pretendo ofender, director, pero yo debo dar preferencia a la prueba escrita del oficial de policía adulto frente a dos muchachos que en aquel momento estaban muy nerviosos.

—¿Y podría decirnos usted, capitán Swanepoe, en qué discrepan nuestras versiones?, —pregunté.

—Bueno, sí, por supuesto, —el director carraspeó—. Según el capitán Swanepoe ustedes no colaboraron con el encargado de la operación y fueron sumamente groseros con él.

—No se nos dio la oportunidad de cooperar, Señor. El oficial se mostró ofensivo, y nos amenazó, y a mí me llamó boetie cafre, a Levy judío y a Gideon Mandoma condenado cafre asqueroso.

Alcé la vista y vi un principio de sonrisa en la cara del capitán Swanepoe.

—Eso no es posible, a los oficiales de la Policía Sudafricana se les enseña a tratar con respeto al público, —se volvió al director—. La gente se inventa cosas continuamente, cosas que atribuyen a la policía.

—¿Está usted llamándonos mentirosos, Capitán?, —Swanepoe eludió mi pregunta.

—Aquí dice que utilizó usted un lenguaje grosero con el oficial que estaba al cargo de la operación.

—Sí, le dije que se largara, —contestó Hymie—. Pero aún no ha respondido usted a la pregunta de Peekay, capitán.

—La contestaré más tarde, hijo, por eso no se preocupe, —replicó Swanepoe—. ¿No es una grosería eso que usted dijo?

—Levy fue provocado, y como el oficial no tenía ningún derecho a estar allí, no era un comentario injustificado, señor, —contesté.

—No le he preguntado a usted, y él no ha contestado a mi pregunta, —señaló con el dedo a Hymie—. Le pregunto a usted de nuevo, ¿no es una grosería lo que usted le dijo?

—Expuesto así, bueno, pero...

—No hay pero que valga, hombre, ¿admite usted entonces que fue grosero con el oficial?

—Admito que le dije que se largara, capitán, —replicó Hymie.

—Entonces estamos de acuerdo. El primer hecho al que nosotros nos referíamos resulta ser cierto, ¿por qué no he de creer que este informe es una descripción correcta de lo que sucedió?

—Un momento, eso no son normas justas de discusión, capitán Swanepoe, —terció el director.

El capitán Swanepoe se giró y le miró.

—Yo soy un oficial de policía, no un maestro, busco pruebas, no hago juegucitos.

—Tenemos cuarenta y dos africanos, además de nuestros propios compañeros, que confirmarán lo que hemos dicho, —argumenté. Había oído a los guardias interrogar a los presos, y utilizaban la misma técnica que estaba usando Swanepoe.

—Sí claro, cuarenta y dos testigos hostiles. Los africanos no tienen la misma idea de la verdad y la mentira que el hombre blanco, en cuanto a los otros chicos blancos, no nos gusta aceptar testimonios de jovencitos.

—Aún no ha contestado usted a mi pregunta, Capitán, —dijo Hymie apretando los dientes.

—Sabes una cosa, hijo, tarde o temprano las personas como tú acaban de nuevo en manos de la policía. Me acordaré de tu cara.

—¡Por favor! ¡Conteste a nuestra pregunta!—, gritó Hymie.

Swanepoe se echó a reír.

—Cuando volvamos a vernos, entonces te contestaré, ¿entendido?

—¿Qué pasa con este informe, capitán Swanepoe?, —preguntó el director.

El capitán suspiró.

—A causa de ese error técnico en la orden judicial debo prescindir de este informe, muy en contra de mi voluntad.

—¿Puedo quedármelo, capitán Swanepoe?, —pregunté.

Swanepoe se echó a reír otra vez.

—La Policía Sudafricana no regala recuerdos, si quieres recuerdos, vete a la feria de Pascua.

—Me complace saber que esto acabará aquí, —dijo el director, evidentemente aliviado.

—No, señor director, esto es sólo el principio, puede considerarse usted muy afortunado por el hecho de que nos equivocásemos en el nombre del colegio en la orden judicial, porque hoy he venido aquí como un amigo, pero si volviésemos el próximo sábado por la noche y nos encontrásemos con que esa maravillosa escuela que tienen ustedes aquí está dando clases a comunistas negros, entonces nos veremos obligados a extraer unas conclusiones sumamente tristes.

—¡No admito ese tono, Señor!, —el director se había puesto furioso de pronto.

El capitán Swanepoe sonrió.

—Últimamente no es nada difícil encontrar un comunista negro.

Luego miró a Hymie y añadió:

—O incluso uno blanco, —luego me miró a mí—. Incluso más de uno. Cuando los negros de pronto quieren aprender y estudiar, no olvide lo que le digo, es que están preparando alguna trastada, detrás de ello hay alguien o alguna otra cosa.

—¿Quiere usted decirnos que cerremos la escuela nocturna, Capitán?

—Director, la ley aún no es clara en este asunto, pero enseñar a gente negra en un colegio blanco no se permitirá, de acuerdo con la nueva ley de áreas de grupos. Comprenda usted mi situación, director. Debo decirle además que mi deber en este asunto está muy claro. La próxima vez no cometeremos ningún error en la orden de registro. Y cuando vengamos encontraremos algo, —hizo una pausa y volvió a mirarnos—. Siempre encontramos algo.

Luego se levantó y le tendió la mano al director. El director no se la estrechó, si no que apretó con fuerza la esquina del escritorio y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—No nos dejaremos intimidar por la policía, capitán Swanepoe, no hemos quebrantado la ley, y que yo sepa éste es aún un país libre y democrático.

El capitán Swanepoe se encogió de hombros y se agachó para recoger su gorra del suelo, junto a la silla.

—Lamento que ustedes no cooperen con la policía, Señor.

Luego se ajustó la gorra y se volvió para mirar al director, tocándose la visera levemente en un saludo despreocupado.

—Buenas tardes, Señor.

Y sin mirarnos a Hymie y a mí dio la vuelta y se fue, cerrando la puerta despacio.

—Mierda, y ¿ahora qué?, —dijo Hymie entre dientes.

—¿Qué ha dicho, Levy?

—Nada, Señor.

La luz de la ventana iluminaba desde atrás el níveo cabello del director y le daba un aire frágil mientras seguía allí, apretando la mesa, balanceándose levemente como si aquel movimiento le impidiese desintegrarse en un millón de pedacitos que seguirían flotando silenciosos entre el haz polvoriento de luz.

—Bravo, Señor, —dijo Hymie.

Pero el director cabeceó levemente.

—Estamos derrotados.

—Pero usted acaba de decir...

—Una simple bravata, hijo mío, si vuelve a haber clase el sábado y el capitán Swanepoe entra oficialmente en el colegio con una orden de registro, se reunirán los miembros del consejo, y su decisión es previsible, —alzó la vista—. Sin embargo abriremos el próximo sábado, una victoria pírrica, desde luego, pero hay en juego un

principio importante.

Abandonamos la oficina del director bastante deprimidos.

—A la mierda la victoria pírrica, el principio y el director también, —estalló Hymie, en cuanto salimos de su campo de audición.

—Tendremos que decírselo a Gideon y a los otros boxeadores. Lo justo es que sean ellos mismos los que decidan si vendrán.

—Sí, supongo que sí dijo, —Hymie—. ¿Y los demás?

—Olvídate, no vendrán. Lo del sábado pasado ya fue suficiente, para ellos no hay ningún principio en juego, no es más que otra oportunidad de la que les privan, otra puerta que se les cierra. El sistema se dedica a joderles a lo largo de toda su vida. ¿Vendrías tú sabiendo que es casi seguro que te detengan, que te metan en la cárcel, que pierdas tu trabajo y que te consideren comunista?

—Estoy empezando a darme cuenta de la suerte que representa tener la piel blanca.

Hymie estaba tomándose lo peor que yo. Yo había soportado aquel tipo de intimidación toda mi vida, y sabía que el capitán Swanepoe podría haber sido mucho más duro si hubiese querido.

—¿Qué vamos a hacer, Peekay?

Me eché a reír.

—En realidad eres un señoritingo de ciudad, aún te crees que la policía está para protegerte del gran lobo malo, ¿verdad? Después de lo del sábado pasado era previsible que sucediese esto. Los nacionalistas no lo ven como un parvulario para negros adultos, para ellos estamos poniendo en marcha una revolución negra en el corazón mismo del privilegio blanco.

—No puede ser que hables en serio. ¿Nuestra insulsa escuela para boxeadores y criados?

—De una bellotita puede salir un gran roble. Los nacionalistas no son tontos. Tú precisamente deberías saberlo. Los judíos cometieron ese error con los nazis, creyeron que eran una pandilla de fanáticos a los que podrían sobornar. ¿Has visto las calificaciones profesionales de los individuos que componen el gabinete del gobierno nacionalista? Es probable que sea el gabinete con más altura del mundo. El racismo no disminuye con el estudio, es una enfermedad, un mal. Puede incubarse en la ignorancia, pero no desaparece necesariamente porque se acumulen conocimientos.

—Quieres decirme que tú sabías desde el principio que esto iba a suceder.

—No, por supuesto que no. Creí que teníamos una oportunidad, tú tenías razón en lo de mostrarte un poco cínico al principio, pero merecía la pena intentarlo.

—Pero hace un momento, en la oficina del director, parecías tan desilusionado...

—Dios mío, Hymie, no digo que estuviese deseando que pasara lo que ha pasado, estaba furioso y amargamente desilusionado. Desilusionado precisamente por el hecho de haber acertado.

—Eres un tipo muy complicado, Peekay. En teoría yo soy el realista en esta

sociedad. ¿Qué hacemos ahora?

—Bueno, el sábado queda descartado en principio, no tiene sentido poner en peligro a los boxeadores, al menos no lo tiene por una victoria pírrica.

—Bueno, por lo menos podemos darles clase después del boxeo.

—Ni hablar. Ese cabrón de Swanepoe estará vigilándonos como un halcón.

—Me siento absolutamente impotente, —dijo Hymie y me miró y se encogió de hombros—. Sabes, antes de nuestra visita a Sophiatown me hubiese dado igual. Sí, claro, probablemente habría seguido contigo en el colegio, como tú has seguido conmigo en nuestros negocios. Pero después del combate, de ver a aquella gente, cambió todo. Empecé a tener una idea de la gente, de lo que significa estar oprimido, de lo que debe haber significado ser judío en la Alemania de Hitler.

Era la primera vez que le veía confuso. Se había enfrentado a algo que no podía resolverse con dinero ni con influencias.

—Era tan poco lo que querían, hemos fracasado. En fin, esos pobres desgraciados tenían tantas ganas de aprender, sólo a leer y escribir y a hacer algunas cuentas, era lo menos que podíamos hacer.

Hymie lloraba casi de rabia.

—Pues eso es lo que vamos a seguir haciendo. Yo no me he pasado cuatro años con el señor Geel Piet para no saber ahora engañar al sistema.

—¿Qué quieres decir, Peekay?

—Enseñanza por correspondencia. ¡La enseñanza por correspondencia de la señorita Bornstein!

—¡Peekay! ¡Eres un genio! Ya tenemos todo el curso en tres idiomas africanos, y además en fanagalo. Está en el bote, camarada, lo probaremos completo. Lo haremos gratis para los de la clase que acaban de ser expulsados, luego, con ayuda del señor Nguni y con una pequeña suma que ya decidiremos, venderemos un curso por correspondencia para negros por toda Sudáfrica. Además le enviaremos uno al capitán Swanepoe y le diremos que se lo meta por el culo para que cada vez que se tire un pedo suene a pedo culto.

La escuela por correspondencia de la señorita Bornstein llegaría a convertirse un día en la mayor de su género del hemisferio sur, con la señorita Bornstein como directora real. El señor Nguni no tuvo más que comunicar al público que el curso procedía del Ángel Renacuajo y que quería que la gente se sintiese orgullosa aprendiendo a leer y a escribir y a hacer cuentas. Acabaría siendo uno de los pilares básicos de su imperio económico y financiero en los años futuros.



## VEINTITRÉS

Mil novecientos cincuenta y uno fue el año que gané el título de los pesos plumas de los colegios sudafricanos, y el Príncipe de Gales ganó el campeonato de colegios por tercer año consecutivo. Darby y el sargento eran héroes, y se convirtieron en dos miembros importantes del grupo de rectores, a los que se daba la bienvenida en la sala de reuniones. El éxito, sea del tipo que sea, parece derribar las barreras sociales. Todos nos presentamos al examen de ingreso en la universidad, aunque para la gente de St. John la conclusión prevista era superarlo con notas brillantes. A Atherton le seleccionaron para el equipo de *rugby* de los colegios de Sudáfrica, que iba a Argentina en una gira deportiva, y Cunningham-Ryder había conseguido un puesto en el equipo de *cricket* de los colegios de Transvaal. Pis Johnson, gracias a lo mucho que le ayudamos Hymie y yo, estaba seguro de que conseguiría una nota lo suficientemente alta en el examen para poder estudiar medicina. Se había convertido en un experto curando heridas en el *ring* y a partir de este comienzo modesto había ido cuajando su ambición de ser médico.

Yo, según la opinión general, tenía por delante una brillante carrera. Había conseguido el triunfo en *rugby* y tres veces en boxeo, y además era tutor jefe y comandante de compañía en el cuerpo de cadetes del colegio. Aunque en música no hacía verdaderos progresos, dado el nivel que existía en el centro, se me incluía de todos modos entre los músicos más distinguidos.

Según la terminología de St. John, iba camino de convertirme en un hombre del Renacimiento. Según mi propio punto de vista me sentía menos triunfador. Había sobrevivido al sistema, pero en muchos sentidos ése era el problema. Parecía estar perdiendo el control de mi propia vida, perdiendo mi individualidad por los premios relumbrantes y los elogios de mis iguales. La necesidad de ganar había pasado a ocuparlo todo, la cabeza se había hecho más importante que el corazón, el consejo de Hoppie había funcionado demasiado bien.

Había conseguido mantenerme a flote en el colegio con la ayuda del banco y de los diversos negocios que Hymie y yo habíamos organizado. Pero lo que para Hymie había sido una diversión intelectual para mí era terriblemente serio. Necesitaba el

dinero no sólo para sobrevivir sino como instrumento de dignidad. Hymie y yo nos habíamos convertido en amigos inseparables, y con la muerte de Doc él era sin duda la persona más importante de mi vida. Pero en el fondo yo sabía que Hymie había sido resultado elegido porque podía ayudarme a sobrevivir al sistema. Yo era un adicto. Se había convertido en un hábito; aunque pareciese un triunfador, me había convertido en un mendigo mental.

Tenía conciencia además del precio que pagaba. De que a cambio la gente tomaba fuerza de mí. Hymie, la señorita Bornstein, la señora Boxall, todos ellos me necesitaban como punto focal, se me pedía que actuara por ellos a cambio de su amor y su ayuda incesantes. La idea del Ángel Renacuajo, que yo había intentado dejar de lado, no me abandonaba. Tras el combate de Mandoma las multitudes negras se habían hecho enormes en mis combates de boxeo, y en el campeonato sudafricano habían llamado a la policía para disolver a la multitud que cantaba a la salida del Drill Hall de Johannesburgo. Yo sabía que al final se esperaba de mí algo más. Toda mi vida me habían empujado de un lado a otro. El juez, el Señor, la idea del Ángel Renacuajo. Había luchado a mi manera y había recibido a cambio a Doc y a Hoppie y a Geel Piet como mentores. Era difícil comprender el sentido de todo esto. Quizás sea así la vida, en realidad. Pero yo tenía la sensación de que necesitaba iniciar un camino independiente que volviese a poner mi vida bajo mi control exclusivo. Era como si necesitase perder pero no hubiese desarrollado el mecanismo preciso para poder hacerlo. Sólo tenía un problema en eso; no tenía ni idea de cómo debía actuar para conseguirlo.

La única cosa totalmente independiente de mi vida era mi ambición de convertirme en el campeón del mundo de los pesos medios. Era lo único que no se podía manipular. O la tenía dentro de mí o no existía. Era precisamente lo que no podían entender los que me amaban, con la excepción del capitán Smit y de Gert. Era la única cosa de mi vida que parecía tener sentido para mí. Sólo allí no había corrupción de espíritu.

El director me acompañó en la última semana del curso a la entrevista con el tribunal de las becas Rhodes. Yo había solicitado dos becas, una para la universidad de Witwatersrand, y otra para la de Stellenbosch, una universidad de lengua africaans con una facultad de derecho de bastante prestigio. Pero quería sobre todo ir a Oxford. Tenía la sensación de que era difícil que transigiese en eso, pasase lo que pasase. La familia de Hymie se había ofrecido para pagar el importe de mis gastos, pero a mí me pareció inaceptable, incluso como préstamo. Inaceptable por mí, por el recuerdo de Doc, por la señora Boxall, la señorita Bornstein, el capitán Smit, Gert, Hoppie Groenewald, Hettie la Grande, y sobretodo por Geel Piet, que nunca en su vida había tenido la experiencia de que le echasen una mano para ayudarle.

Hasta mi madre, que estaba convencida de que las cosas temporales de la vida eran secundarias, y que había atribuido al Señor todo el mérito de que mis estudios fuesen posibles, tenía que pasarse sentada a la máquina de coser desde el amanecer

hasta el ocaso para mantenerme en la medida en que podía.

Yo era ya un hombre, estaba harto de recibir. Creía que a partir de aquel momento me tocaba a mí. Aunque no supiese cuál iba a ser la próxima etapa de mi vida, creía que podría ponerla en marcha prescindiendo de la ayuda que me ofrecían los demás siempre tan generosamente.

Hymie, el jugador y hombre de negocios, admitía que mis posibilidades de obtener una de las tres becas Rhodes de Sudáfrica era de menos de un cincuenta por ciento. A medida que se fue aproximando el día de mi entrevista, iba poniéndose cada vez más nervioso. Se hacía cargo de mi necesidad de actuar con independencia y de que la beca Rhodes me permitiría en gran medida lograr ese objetivo. Al mismo tiempo, quería protegerme de la desilusión si perdía. No era insólito, pero sí sumamente improbable, que te concedieran una beca Rhodes en el momento en que terminabas en el colegio. A los becarios Rhodes les escogían casi siempre después de una titulación inicial en la universidad, cuando el estudiante había confirmado ya una carrera brillante en el colegio con un primer título igualmente brillante, además de una aportación meritoria en el terreno deportivo y en el cultural dentro del medio universitario.

—Por Dios, Peekay, para mi viejo lo que cobran en Oxford es calderilla, estaríamos juntos como siempre y luego volveríamos y abriríamos un bufete los dos. Tú puedes empezar a ocuparte de la gente y yo haré que ganemos montañas de dinero. Es todo facilísimo. ¿Por qué tienes que hacerlo tan difícil?

—Bueno, para empezar tengo que ser campeón del mundo de los pesos medios. Si aceptase el dinero de tu padre, tendría que utilizar todo mi tiempo para justificarme respondiendo a su confianza en la universidad.

—Tú no tienes que justificar nada. ¡Puedes hacer las dos cosas!, —gritó Hymie.

—Tú sabes de sobra que no. Permíteme que te diga una tontería, Hymie, si tuviese que elegir entre llegar a ser campeón del mundo de los pesos medios y licenciarme en derecho en Oxford, ganaría el boxeo.

Se quedó pasmado.

—¿Por qué? Tú no eres de esa clase de individuos que quieren hacerse famosos de ese modo. En realidad eres exactamente lo contrario.

—Tiene relación con una cosa que pasó cuando yo era muy pequeño. No puedo explicarlo, pero ha de ser así.

—Peekay, el dinero que ganarás como profesional, incluso como campeón del mundo, no será nada comparado con lo que puede ser nosotros dos juntos ejerciendo como abogados.

—No es una cosa que pueda explicar. Llevo trabajando por esto desde los seis años. No tiene nada que ver con la importancia de ser el campeón del mundo. —Se me escapó la risa. ¡Cómo demonios iba a explicarle que lo estaba haciendo, en parte, por un pollo muerto!.

—Mira, Peekay, en este momento aún eres un peso ligero. Faltan dos, quizás tres

años para que te conviertas en un peso welter. Puedes licenciarte, o casi, y luego seguir con tu carrera en el boxeo. Yo te ayudaré. Sacaremos incluso un montón de pasta de eso.

La entrevista con el tribunal seleccionador fue una experiencia bastante horrorosa. Durante la primera hora el tribunal estuvo hablando con el director mientras yo esperaba mano sobre mano en la sala de espera. La espera fue la parte peor. El tribunal seleccionador estaba formado por tres individuos bastante viejos que simplemente empezaron a charlar conmigo. Uno de ellos, un hombre delgado de gafas redondas de montura de acero que le resbalaban hasta la punta de una nariz muy larga, y con el cabello dividido exactamente por la mitad y planchado con brillantina, se parecía a Ichabod Crane. Me miró por encima de las gafas y citó el primero de tres versos de Ovidio, luego me pidió que los completase. Se me escapó la risa porque aquello me lo había enseñado Doc a los nueve años.

—No está mal, no está nada mal, sólo un pequeño error.

—Perdone Señor, pero no estoy de acuerdo, —repliqué, con un nudo en la garganta.

Los tres versos figuraban entre los favoritos de Doc y yo los conocía perfectamente. Estaba seguro de que no había cometido ningún error.

—¡Bravo, joven!, —dijo Ichabod—. Tienes toda la razón y has tenido además el valor de decirlo.

Se subió las gafas hacia la parte superior de la nariz y anotó algo en un bloc de papel amarillo claro rayado.

Los tres examinadores parecían viejos rancios, más inclinados a lo cultural que a lo deportivo. Pero, después de charlar conmigo, saltando aparentemente de un tema a otro al azar, se centraron en mi afición al boxeo. Por qué tenía aquella obsesión con el boxeo, me preguntaron. Mi expediente indicaba que era un estudiante notable, un músico de mucho talento, un buen jugador de *rugby* y un magnífico boxeador. Uno de ellos leyó del expediente: «¡Tiene la ambición de convertirse en boxeador profesional y de ganar el campeonato del mundo de los pesos medios!», me di cuenta de que estaba absolutamente perplejo.

—Un muchacho de tu evidente inteligencia, o según tu director, de evidente talento, tiene que darse cuenta sin duda de que la vocación de púgil profesional no es compatible con el estudio del derecho en Oxford.

—Lord Byron practicaba el pugilismo, Señor. Y nadie dudaba de su integridad intelectual, —contesté. Él soltó un gruñido y anotó algo en el bloc. Ichabod Crane sonrió levemente.

—¡Bueno, yo no recuerdo si Byron estuvo en Oxford o no!, —dijo, lo que hizo reír a sus dos colegas.

—Su comentario es oportuno, Señor... Peekay, pero si no recuerdo mal era un aficionado.

—Hay pruebas abundantes de que peleó en varias ocasiones por una apuesta, lo

que hoy le convertiría en un profesional, Señor.

—Sea así o no, una pequeña apuesta al margen entre amigos es una cosa muy distinta, ¿no?

—Sí, claro, Señor, —contesté sin querer tentar más a la suerte indicando que estaban en juego grandes sumas de dinero.

Al final de la entrevista me pidieron que esperase con el director en la sala de espera. El director parecía aún más nervioso que yo, y me hizo repetir la entrevista palabra por palabra. Cuando llegué a lo de Byron se quedó encantado. «Excelente», dijo aplaudiendo. Pero luego, cuando le conté lo de que Byron boxeaba por una apuesta, y la respuesta un tanto brusca que había recibido frunció el ceño.

—Ése fue Lewis, de la universidad de Natal, un hombre que no le importa que le contradigan. —Cuando concluí mi relación se limitó a decir—: Bien hecho, Peekay, te has defendido bien.

Luego nos hicieron pasar otra vez, y fue Ichabod Crane quien nos comunicó que me habían incluido en la lista de los últimos cinco candidatos y que tendría que presentarme a los exámenes de ingreso en la universidad de Oxford.

—El Colegio Príncipe de Gales al que usted asiste tiene una reputación envidiable, y si es usted un ejemplo de sus métodos, lo menos que puedo decir por mi parte y en nombre de mis colegas es que nos hemos quedado impresionados. —Luego se levantaron y nos dieron la mano a los dos.

El director estaba emocionado, habíamos superado el obstáculo principal. Se habían tomado en serio mi candidatura. Varios días más tarde pasé junto con Hymie los exámenes de acceso a la universidad de Oxford, cuyos resultados se comunicarían antes de las becas Rhodes.

Cuando llegué a casa en las vacaciones de Navidad encontré mi foto en la primera página del *Goldfields News*. El señor Hankin, periodista frustrado hasta el final, había utilizado la foto que Doc me había hecho sentado en nuestra peña aquel día que nos habíamos conocido en la colina, detrás de la rosaleda. Pese a que en el pueblo todo el mundo sabía quién era yo, sobre la foto había un titular que decía: ¡EL CHICO DE LA PEÑA VA A OXFORD! Recordé con un deje de amargura que aquel viejo imbécil había utilizado anteriormente aquella misma foto en la primera página cuando había acusado a Doc de ser un espía nazi y de romperme la mandíbula.

Me vi convertido de nuevo en un héroe local. Por lo que al pueblo se refería, mi elevación al estatus de becario Rhodes era algo prácticamente hecho. En el mes que tardaron en comunicar los resultados de los exámenes de admisión a Oxford, la señorita Bornstein estuvo hecha polvo de los nervios.

En la prisión estaban mucho más impresionados con la combinación de trece golpes de Solly. Si pudieran haber escogido entre una beca para Oxford, un lugar del que nunca habían oído hablar, en realidad, y una combinación de trece, no hay apenas dudas de que se habrían inclinado claramente por lo último. Volví a ganar el título de los pesos plumas de Transvaal oriental y también el de mejor boxeador de los

campeonatos. Con este triunfo, que era el cuarto sucesivo que obtenía, el capitán Smit, en lo que más tarde describiría como uno de los grandes momentos de su vida, pudo reclamar el trofeo, de modo permanente, para los Barberton Blues.

Los resultados de mi examen llegaron a finales de enero, y afirmaban que se me había otorgado sobresaliente en todas las asignaturas. La señorita Bornstein estaba fuera de sí de gozo y era una noticia tan buena que el viejo señor Bornstein fingió perder por primera vez conmigo al ajedrez, negando ardorosamente que lo hubiese hecho a posta.

Cuatro días después llegó una carta del tribunal de las becas Rhodes.

*Querido señor Peekay:*

*En nombre del tribunal seleccionador de las becas Rhodes para el año 1950 lamentamos informarle que su solicitud ha sido rechazada. El tribunal seleccionador me ha pedido que le felicite a usted por cómo se comportó durante la entrevista y por los resultados que obtuvo en el examen preceptivo.*

*Es opinión firme del tribunal que debería usted presentarse de nuevo en cuanto obtenga su primer título.*

*Suyo atentamente*

*L. J. Fisher*

*Secretario del tribunal*

La gente que me rodeaba se había acostumbrado a que yo triunfase. Era un hábito que compartían, una satisfacción que daban por supuesta. Yo me daba cuenta de que estaban perplejos y amargamente decepcionados por el hecho de que, después de haber cumplido su papel, en cierto modo yo les hubiese fallado. La señorita Bornstein y la señora Boxall estaban nerviosísimas, y se convencieron en seguida de la existencia de algún tipo de complot. Mi madre, después de derramar unas cuantas lágrimas, llegó pronto a la conclusión de que el Señor había decidido que aquello no era lo que tenía reservado para mí, y que, si yo le aceptara por fin en mi corazón y en mi vida, se aclararía qué era lo que tenía previsto para mí. Dos días después me comunicó en la mesa que el Señor le había hablado muy claramente, y que yo debía dejar el boxeo porque a Él no le gustaba. Cuando lo hiciese, vería claramente los planes especiales que Él tenía previstos para mi futuro.

Cuando contesté que el boxeo era demasiado importante para mí, rompió a llorar.

—Es el demonio el que está hablando por ti. ¡De Dios nadie se burla!, —gritó abandonando la mesa con la cara oculta tras la servilleta.

—Vamos, vamos. Sé buen chico dijo mi abuelo, intentando contemporizar.

Al día siguiente llegó una carta del director del colegio en la que decía que esperaba que hubiese superado ya la decepción y que tuviese la fortaleza interna

necesaria para que la experiencia me fortaleciese. Añadía que el verdadero hombre del Renacimiento aceptaba la derrota como un ingrediente de la vida que hacía que mereciese la pena esforzarse aún más por el éxito futuro, bla, bla, bla. Decía luego que había recibido una carta del profesor Stonehouse, de la universidad de Witwatersrand, que resultó que era Ichabod Crane. Le comentaba en ella que el comité había recibido la visita de un tal capitán Swanepoe, que no había sido nada elogioso con el colegio y sus actividades y en especial con mi participación en esas actividades. Quería convencer al director de que, aunque oyese decir lo contrario, esta participación de la policía no había influido en su decisión ni tampoco, estaba seguro, en la de sus colegas. Stonehouse terminaba diciendo que mi solicitud de una beca para Witwatersrand había sido aceptada y que albergaba la esperanza de que el director consiguiese influir en mí para que aceptase.

En la semana siguiente se confirmó la segunda beca, la de Stellenbosch, y recibí una invitación para solicitar el ingreso en la Universidad de Natal. Pero yo sabía que, de acuerdo con el criterio de aquellas personas a las que quería, esto sería aceptar las migajas de la mesa del rico. Ellos estaban emotivamente vinculados a Oxford, y ningún otro sitio, por importante que fuese, habría satisfecho las esperanzas que habían depositado en mí y les habría resarcido por el papel que habían desempeñado.

Sólo mi abuelo parecía estar tranquilo. No había dicho nada cuando había llegado la carta del tribunal, salvo por supuesto: «Buen chico, buen chico». Lo encontré luego en el jardín haciendo un injerto y nos sentamos a la sombra oscura de los grandes y viejos robles ingleses, protegidos del deslumbrante sol de diciembre. Tardó, como siempre, diez minutos lo menos en vaciar la pipa, llenarla, apretar el tabaco y lanzar por último una niebla azul que envolvió su cabeza. Le había dado una lata de Erinmore que había comprado en Johannesburgo y el humo del tabaco tratado con miel, que olía deliciosamente, rodeaba su cabeza.

—Mi hermano Arthur fue a Oxford, era el listo de la familia. Ganó becas como tú, primero para el instituto de enseñanza media, y luego para Oxford, —soltó una bocanada de humo y miró hacia el tejado, que aún seguía sin pintar—. En mis tiempos eran pocos los muchachos del instituto que lograban llegar hasta los capiteles soñados de Oxford y Cambridge.

—¿Y qué le sucedió, abuelo?

El viejo dio otra bocanada a la pipa y se estuvo mirando al vacío siglos, puf, puf, puf.

—No sé qué fue lo que pasó, muchacho, llegó a ser presidente del tribunal de apelación y a los cuarenta años estaba completamente paralizado por la artritis, una vida muy desdichada. Acumuló muchísimo dinero y mucho sufrimiento, para él y para todos los demás. Según mi hermana Jessie murió rico y solo, —echó más humo—. Qué cosa más curiosa lo de Arthur, nunca supo enfocar las cosas con la perspectiva adecuada.

Hymie había enviado un telegrama cada semana pidiendo noticias de los

resultados y pidiéndome que le telefonease, a cobro revertido, en cuanto los supiese. Le llamé desde la biblioteca, desde el despacho de la señora Boxall.

—Qué mierda, Peekay, carajo, ¡después de estar tan cerca, mierda!

Se oyó un clic en el teléfono y luego una voz de mujer.

—Aquí la operadora. Por favor, no utilice palabras groseras en un teléfono público.

Luego volvió a oírse otro clic.

—¡Cristo! ¡Qué fue eso!, —dijo Hymie. Entonces se oyó otro clic y se cortó la línea. Llamé a la central.

—Telefonista, me cortaron.

—¡Peekay, soy Doris Engelbrecht!

Doris era una mujer de veintitantos años. Una convertida de Marie por «tonsilectomía» que había pasado a dar clases en la escuela dominical de la Misión de la Fe Apostólica.

—Tengo que cortar todas las conversaciones que incluyan palabras obscenas. Tu amigo de Pretoria utilizó lenguaje indecente y además pronunció el nombre del Señor en vano. No puedo permitirlo en un teléfono público, aunque esté pagando a cobro revertido.

—Perdona, Doris, pero es que él habla así, no lo hace a mala idea, es su forma de hablar.

—Ag sis, Peekay, ¿cómo puedes conocer a una persona así? Tú que eres tan listo y todo eso y con esa madre que tienes que es una cristiana renacida tan devota.

—Doris, tú no tienes por qué escuchar, las llamadas telefónicas son una cosa privada.

—Las ordenanzas dicen que no debo permitir que la gente utilice lenguaje obsceno por teléfono. ¿Cómo voy a saber si lo hacen o no si no les escucho?

Esto no parecía tener una respuesta fácil.

—Doris, si me pones con mi amigo de Pretoria, le diré que hable bien.

—¡Dile también que se lave la boca con jabón Lifebuoy!, —dijo Doris.

Sonó el teléfono al cabo de un par de minutos, lo cogí, y antes de que Hymie pudiese hablar le dije:

—Cuidado con lo que dices, Levy, Doris la cristiana renacida está controlándonos.

Sólo hubo una levísima pausa al teléfono.

—¿Cuáles son tus chokolatinas favoritas, Doris?, —preguntó Hymie; hubo un silencio al otro extremo—. Black Magic o una de esas cajas grandes de tres libras, con la foto de una casa de campo inglesa fuera en que se ven todas las flores del jardín y, bueno, con una cinta grande color rosa.

Continuó el silencio.

—Yo sólo quiero decir que lo siento por las palabras que dije, sé que pueden molestar a algunas personas.



Intervino áspera la voz de Doris.

—¡Dile a ese señor del otro lado del teléfono que no me dejaré tentar por el diablo, Peekay!

—Ag, hombre, Doris. Es que mi amigo tiene una fábrica de chocolate, es sólo su forma de pedirte disculpas, —alegué.

—Una caja tan grande que no puedes cogerla con una sola mano, Doris, —dijo Hymie.

—La del jardín y la cinta rosa, —entonces gorjeó Doris con una voz suave.

—De acuerdo, pero tienes que prometernos que no escucharás más, Doris, —dije yo.

—Sólo si tú me prometes en nombre del Señor que tu amigo no dirá más palabrotas, —dijo, aún con un deje de amenaza en la voz.

—Gracias, Doris, —dijimos los dos.

Se oyó un clack en el teléfono y Doris desapareció.

—Dios mío, Hymie, no te olvides de mandarle las chocolatinas. Tengo que vivir en este pueblo.

—¿Puedo hablar ya sin problema?, —dijo Hymie.

—Por supuesto, ¡tienes la palabra de una cristiana renacida!

—No, no me olvidaré, tenemos una habitación llena de cajas de chocolatinas asquerosamente grandes en el bazar de las alfombras. Mi papá dice que son sus «endulzadores». Cada cliente recibe una cuando un vendedor considera que es el momento de cerrar la venta. Mi padre dice que todo su imperio de las alfombras está construido a base de chocolatinas, —se echó a reír—. ¡Hasta llama a sus vendedores sus soldaditos de chocolate!

La voz cambió de tono bruscamente.

—La oferta aún sigue en pie, camarada. No tienes que aceptar el dinero, es sólo un préstamo. Ahora que has aprobado el examen de acceso a Oxford y todo.

—Hymie, ya hemos hablado de eso. Prometiste que no volverías a tocar el tema.

—Demonios, Peekay, ¿qué vas a hacer ahora?

Le hablé de las tres becas que me habían ofrecido y del párrafo de la carta que me animaba a volver a solicitar la beca después de obtener mi primer título.

Hymie guardó silencio unos instantes.

—¡Ya lo tengo! Iremos juntos a la universidad que tú escojas y luego iremos juntos a Oxford. Tú sólo tienes justo diecisiete años, y yo justo dieciocho, ¡tenemos tiempo de sobra!

Ahora me tocaba a mí guardar silencio.

—¡Te has olvidado de una cosa!

Hymie fue rápido como un relámpago.

—Por supuesto que no, iremos a Witwatersrand, y Solly puede seguir entrenándote y aún seguirá en pie la vieja combinación.

—Estaría bien, Hymie, pero a ti ya te han aceptado en Oxford. Eso no se ajusta

para nada a tus planes.

—¡Planes, los planes son para olvidarlos! Esto es una idea mucho mejor.

Pero yo sabía que no lo era.

—Déjame pensar, Hymie. Necesito unos cuantos días para aclarar las cosas.

Me di cuenta, de pronto, de que tendría que visitar la cueva de cristal de África. De que tendría que «hablar» con Doc. Doc aún era una parte muy real de mi vida, y había llegado a pensar que la cueva de cristal de África era el lugar donde podía estar más cerca de él.

—Llámame a cobro revertido dentro de una semana, queda prometido, ¿vale? Hasta entonces, Peekay.

A la mañana siguiente preparé la mochila y salí hacia la cueva antes que amaneciera. A media mañana había subido ya al saliente. No tenía ningún deseo de entrar, el espíritu de Doc estaba en todas partes, no necesitaba acercarme más. El saliente daba hacia el oeste y sólo recibía el último sol de la tarde, de manera que a aquella hora de la mañana estaba sentado a la sombra, y la lisa superficie dolomítica aún estaba fría de la noche anterior. Cerré los ojos como me había enseñado a hacer hacía ya tantos años Inkosi-Inkosikazi.

Entonces brotó en mi cabeza un súbito estruendo de agua y luego vi las tres cataratas. Volvía a estar de pie a la luz de la luna sobre un saliente rocoso directamente encima de la catarata. Abajo, lejos, el río se precipitaba por una garganta estrecha. Inmediatamente antes de que penetrara en ella había un delantal de agua verde que se extendía desde la base de la última de las cataratas, y, cruzando por su centro, separadas sólo por lo que podría saltar un niño pequeño, estaban las diez piedras negras que servían para pasar, con su superficie húmeda y lisa a sólo unos centímetros de la corriente de remolinos.

Hice una profunda inspiración y me lancé desde la roca; el aire fresco mezclado con el agua pulverizada me rozó la cara. Me sumergí en la base de la primera catarata, el sonido del chapuzón quedó ahogado por el estruendo del agua. Afloré y me vi arrastrado a la segunda de las cataratas y luego a la tercera, aterrizando en el pozo profundo de agua verde remolineante. Me abrí camino hasta la superficie y me dirigí hacia la primera de las piedras negras. Me subí a ella y salté rápidamente de piedra en piedra hasta alcanzar por fin la orilla. Sentí que las puntas de los dedos y las plantas de los pies tocaban los guijarros redondeados y lisos del río, y al llegar a tierra descubrí que me encontraba dentro de la cueva de cristal de África.

La cueva estaba iluminada como por una luz tenue, y no tenía ningún problema para ver a mi alrededor. Era más majestuosa de cuanto pudiese haber imaginado, las estalactitas eran de todos los colores concebibles, algunas colgaban diez metros del techo. Me dirigí hacia la plataforma de Doc, bordeando las charcas de agua, inmóviles como espejos que reflejaban los grotescos y bellos carámbanos de piedra. Sobre la plataforma caía un rayo de luz, tan agudamente definido como si estuviese pintado en un cielo de Rafael; alcé la vista y vi un agujero de una redondez perfecta

en el techo, a través del cual brillaba el sol, como algo predestinado para aquella hora concreta de aquel día concreto. El rayo de luz atravesaba las estructuras cristalinas que había sobre la plataforma y se escindía derramándose por los escalones que llevaban a ella. Subí lentamente los toscos peldaños naturales hasta que por fin, ya en el último, miré hacia la plataforma y vi que Doc estaba allí, a mis pies. Estaba tal como yo me había imaginado que estaría, los dedos extendidos, los brazos doblados en los codos y cruzados en las muñecas sobre el pecho, las piernas estiradas, como la efigie de un caballero medieval en reposo sobre una tumba gótica en un rincón tranquilo de una gran catedral. Estaba hecho de cristal puro, la luz tenue que reflejaba la efigie se aureolaba por los bordes. El rostro esculpido de Doc estaba rodeado de una luz bruñida.

Le hablé del miedo que tenía a estar perdiendo el control de mi destino, de que, debido a lo bien que me había camuflado, tenía la sensación de encontrarme ahora excesivamente condicionado y orientado por las necesidades ajenas. Le expliqué cómo el poder de uno solo se estaba disipando en mi interior, aunque los objetivos que los demás tuviesen en relación conmigo no fuesen corruptos ni malintencionados. Todo lo contrario, sus acciones venían envueltas en la inocencia del amor. Yo estaba haciéndome impotente porque los que me rodeaban abrumaban mi espíritu con el don de sí mismos.

Era como si hubiese una voz en mi interior que me explicase a mí mismo: me había convertido en un especialista en camuflaje. Mi precocidad me había permitido ser camaleónicamente para cada uno lo que querían que fuese. Para Doc un compañero, para la señora Boxall un encanto, para la gente un campeón, para el capitán Smit una satisfacción, para la señorita Bornstein unas hilas brillantes en una fosca urdimbre, para Hymie un contraste, para el director del Colegio Príncipe de Gales un producto, y para mis compañeros un compañero de clase idealizado, un triunfador y un gran muchacho.

Yo era un chico pobre entre ricos, y el estatus que ellos obtenían por el simple expediente de ser ricos sólo quedaba compensado en mi mente por mi actuación superior en todos los demás aspectos. Había llegado a identificarme con mi camuflaje hasta tal punto que la farsa había pasado a ser más importante que la verdad. Esta actitud estaba tan delicadamente articulada que ya no era una cosa consciente, aunque hubiese nacido de un deseo consciente de ocultarse. De pequeño había descubierto que sólo hay dos lugares disponibles para los que quieren mantenerse ocultos. Las alternativas son ser una no entidad o una excepción. O desapareces en un fondo plebeyo o te internas por donde la mayoría de los otros no se atreven a entrar.

Mi camuflaje, que había empezado a formarse muchos años atrás con la persecución del juez, amenazaba ahora con convertirse en el hombre completo. Era hora de desprenderse de la piel moteada y astutamente camuflada y emerger yo mismo, afrontar el riesgo de la exposición, recuperar el poder de uno solo. Había llegado al punto en que era imprescindible encontrarme a mí mismo.

No tenía clara conciencia del tiempo que llevaba sentado con las piernas cruzadas en el saliente, pero poco a poco mis ojos se centraron de nuevo, y el manchón tenue de azul que había delante de ellos adquirió los perfiles de las montañas del oeste. Oí abajo, en el bosque tropical, el grito de un lourie rojo. Tenía las piernas entumecidas y me dolían los tobillos donde habían estado cruzados. Sentí una sensación abrumadora de libertad... la misma sensación de estar libre que había sentido cuando el gran tren negro y silbante había abandonado el andén, alejándose de la escuela, de Mevrou y del juez. Cuando Hoppie se había sentado frente a mí y habíamos compartido una aventura y un pirulí verde.

Había vuelto del mundo del sueño a la cueva de cristal de África con el convencimiento de que se me pondría a prueba una vez más antes de que el poder de uno solo fuese sólo mío. Cuando mi destino estuviese en mis manos.

Seguí sentado allí completamente inmóvil, como Doc me había enseñado a hacer cuando observaba cualquier cosa viva. «Quieto como una roca, Peekay, olvida los picores y el rascarte y el dolor, la concentración ha de ver con una luz aguda como un diamante». Así pues, seguí allí absolutamente inmóvil, saliendo lentamente del capullo del trance en el que había estado. Le pedí mentalmente a Doc un signo. En ese momento, sentado aún e inmóvil como una roca en el saliente, junto a la entrada de la cueva de cristal de África, no tenía ninguna duda, ni me atribulaba el absurdo intelectual de precisar un signo, una confirmación en el sentido material, de aquel mensaje que tan claramente sentía dentro de mí.

Al principio apenas fue ni siquiera un movimiento, fue menos aún que un parpadeo, un leve borrón de luz. Luego la cabeza de la mamba negra se elevó sobre el borde del saliente a poco más de medio metro de donde yo estaba sentado. Su cabeza plana de antracita se inmovilizó unos centímetros por encima del saliente. La lengua bífida temblaba y se disparaba en el aire buscando vibraciones como si tuviese vida propia. La inmensa serpiente se elevó, atisbando por encima del saliente como con un periscopio, avanzando hasta que su cabeza estuvo a unos quince centímetros de mi rostro. Veía sus ojos, tectitas negras sin movimiento instaladas sobre mandíbulas inyectadas de muerte. La cabeza se desplazaba en cámara lenta de lado a lado, recorriendo mi línea de visión. Si me atacaba serían quince minutos de vida... tiempo suficiente para entrar en la cueva y tenderme junto a Doc antes de que mi sistema nervioso se desmoronase. La cabeza de la mamba descendió por debajo de mi línea de visión y se posó en la puntera de mi bota. Sentí la presión de su cuerpo cuando se deslizó sobre la bota y a lo largo del saliente hasta desaparecer en el extremo de la pared rocosa. La serpiente sólo podía haber salido de la cueva. Doc me había enviado un signo, ya sabía lo que tenía que hacer.

Poco a poco la rigidez abandonó mi cuerpo y sentí penetrar el chorro de adrenalina en el torrente sanguíneo hasta hacerme temblar. Esperé que cesase el temblor y luego bajé por el estrecho saliente y aplasté el cuerpo contra la pared rocosa hasta que estuve delante de la entrada de la cueva. El suelo del túnel que

llevaba a ella estaba cubierto de arena desprendida de las paredes por la erosión del viento. Pude ver claramente por dónde había entrado la serpiente y luego regresado tras haberse alimentado sin duda de los desvalidos murciélagos de dentro. Doc me había enviado el signo que yo quería.

Volví despacio hasta el saliente, me eché la mochila al hombro y empecé a bajar por la pared rocosa. Era improbable que me tropezase otra vez con la serpiente. Harta de comer murciélagos, buscaría un lugar para dormir bajo la seguridad de una roca, donde fuese poco probable que la interrumpieran.

Una vez repuesto del temor, me pareció que la serpiente era un signo muy apropiado, hasta majestuoso incluso. La mamba negra, la serpiente más mortífera del mundo, se empareja para toda la vida. Si alguien mata a uno de los miembros de la pareja, el otro espera a que vuelva el asesino, dispuesta a morir con tal de vengarse. Aunque no es agresiva por naturaleza, la mamba defiende a sus crías, levantándose sobre el único apoyo de los últimos centímetros de la cola y pegando de lado como un látigo. Como la mayoría de los seres humanos alzan instantáneamente los brazos aterrados para defender los ojos, los colmillos de la mamba suelen clavarse en la parte superior del brazo. El viaje hasta el corazón es rápido, y el resultado una muerte segura.

Hubo mucha consternación entre todos los afectados cuando comuniqué que quería tomarme un año libre entre el colegio y la universidad y que me iría a Rhodesia del Norte a trabajar en las minas de cobre. Era como si todos los que me quisiesen, los boxeadores incluso, pensasen que si rompía la continuidad de mi vida se rompería también el hechizo que consolidaba nuestra relación.

En Navidad había venido un hermano de Gert que trabajaba en el Cinturón del Cobre, y había hablado de la escasez de mano de obra blanca en las minas, tanto en el Cinturón del Cobre como en el Congo. Había empezado la guerra de Corea, y los precios del cobre se habían disparado. Contó que los barreneros ganaban doscientas libras a la semana y que jóvenes criboneros ganaban cien, contando con los pluses del cobre.

Rhodesia del Norte era una colonia británica situada al otro lado del Zambeze, y quedaba lejos de la gente que me mantenía tan claramente sometido a la esclavitud de sus ambiciones. Estaba lejos de la leyenda del Ángel Renacuajo. Estaba lejos incluso del boxeo. Me pareció una oportunidad de arreglar cuentas conmigo mismo y de fortalecer mi cuerpo lo suficiente para adquirir la talla de un peso medio. El duro trabajo de la mina me endurecería, y no me haría ningún daño estar doce meses alejado del *ring*. Llevaba boxeando desde los siete años, y había disputado ciento dieciséis combates como aficionado. Mi instinto, que siempre me había servido bien, me decía que necesitaba un descanso.

Dannie, el hermano de Gert, trabajaba como barrenero de diamante. Los

barreneros de diamante eran el cuerpo de élite entre los mineros del Cinturón del Cobre. La mayoría de ellos eran afrikaners de Johannesburgo atraídos por el inmenso plus del cobre que estaban pagando a los mineros blancos. Les llamaban así por el borde cortante de las perforadoras que estaba tachonado con diamantes de tipo industrial, a fin de que tuviesen dureza suficiente para taladrar la roca. Dannie trabajaba en una mina cerca de Dola, la capital de Rhodesia del Norte. Dijo que podría conseguirme un trabajo como cribonero en la mina Rhone Antelope, propiedad de Anglo American, en el pueblecito minero de Luanshya. El cribonero trabajaba con potentes explosivos, y era, después del barrenero, el trabajador mejor pagado de la mina.

El viaje duraba cuatro días, y el tren abandonaba Sudáfrica en Beitbridge y cruzaba Rhodesia del Sur hasta las cataratas del lago Victoria, donde yo pasaba el Zambeze para entrar en Rhodesia del Norte. Rhodesia del Sur es parecida a Transvaal del Sur y del Norte, pero después de cruzar el Zambeze el paisaje cambia y se convierte en una pradera lisa y en bosque ecuatorial. Los árboles que cubrían enormes zonas del país no se parecían a los que yo había visto hasta entonces, pues conservaban su colorido otoñal durante todo el verano. Hojas de tonos amarillos y rojos brillantes, e incluso de tonos malvas y morados, todos los colores propios de un otoño del hemisferio norte. Un pasajero que iba sentado a mi lado me habló de hongos comestibles gigantes que aparecían de improviso en el bosque y alcanzaban una altura de sesenta centímetros, con un sombrerete de noventa centímetros de diámetro. Un hongo de estos pesaba doce kilos. Yo tenía experiencia suficiente para no tomarme todo lo que oía como si fuese el Evangelio, pero en los meses siguientes vería a africanos vendiendo esos hongos inmensos a los lados del camino, cortaban sólo la cantidad que el comprador quería. En el suelo húmedo y lleno de hojas del bosque también se daban polillas gigantes de brillantes colores, con unos veinticinco centímetros de envergadura en las alas.

Rhodesia del Norte parecía un lugar distinto, y los africanos, como la mayoría de los del África central, eran auténticamente negros, tenían las caras más aplanadas y el cuerpo de menor talla que los zulúes o los shangaanes, de un color marrón chocolate con leche más claro. Hablaban swahili, y con cierta consternación caí en la cuenta que era un lenguaje que yo no hablaba, y que quedaba así separado de los africanos por primera vez en mi vida. En las minas hablaban un idioma llamado Ki-swahili, que no era muy distinto del fanagalo, pero como todos los idiomas proyectados para fines de trabajo, era limitado y raquítrico. Para las minas reclutaban a africanos recién llegados de sus aldeas del bosque y les enseñaban este idioma minero para que pudiesen comprender las instrucciones de sus amos blancos y, en muchos casos, hablar entre ellos. En una brigada de trabajo solía haber mineros negros de media docena de tribus distintas, cada uno con un idioma diferente.

A las cuatro en punto de la tarde del cuarto día entramos por fin en la soñolienta población de Ndola. Ndola no era en realidad más que un pueblecito pequeño,

habitado por familias de mineros y comerciantes que vivían de las gigantescas minas de cobre. El resto de los habitantes eran funcionarios administrativos del servicio colonial británico y sus familias. Esto creaba una incómoda dicotomía blanca. Las familias de los mineros raras veces se mezclaban socialmente con las familias de los funcionarios que vivían en un sector aparte. Ndola quedaba a casi cincuenta kilómetros de Luanshya, pero era el final del ferrocarril en cuanto a trenes de pasajeros.

El hermano de Gert estaba esperándome en la estación, entre la algarabía de los desconcertados y asustados negros. Los empleados blancos de las minas fingían indiferencia mientras el policía negro de uniforme azul de la mina, lleno de presunción y de impaciencia profesional, pastoreaba y empujaba a cientos de africanos que salían del tren. Habían sido recolectados en el bosque como melones silvestres, y era ya demasiado tarde para volverse atrás.

Durante los dos últimos días con sus noches, el tren se había parado en pequeños apeaderos en los que sólo había una cabaña de lata y un pequeño claro que los diferenciaba del resto del bosque. Allí un reclutador negro hacía subir al tren a africanos envueltos en mantas, grupos pequeños de una docena o así. El blanco de los ojos indicaba el miedo y la confusión que sentían cuando les subían a bordo de aquel monstruo silbante que eructaba vapor, entre las burlas de los que habían sido recogidos anteriormente y que estaban con los brazos despreocupadamente apoyados en las ventanas de los vagones, familiarizados ya con el cli-que-ti-clac y con la maravilla de la serpiente que corre por un camino de hierro.

Ya estaban casi al final de su viaje. Observé cómo el policía minero negro intentaba ponerles más o menos en fila. Venían sólo porque la sequía y una gran plaga de langostas habían destruido las cosechas y el pasto del ganado. Sacados de sus aldeas como trabajadores en régimen de aprendizaje para las minas, trabajaban durante un año para poder enviar dinero con que pudiesen sobrevivir sus mujeres e hijos. El miedo que aquellas pobres criaturas sentían la primera vez que les precipitaban en las entrañas de la tierra era motivo de gran alborozo para los mineros negros ya iniciados, así como para muchos de los mineros blancos.

El hermano de Gert se dio cuenta de que yo miraba a aquellos pobres tipos.

—Ag hombre, cuando vienen por primera vez son igual que monos, no saben ni subir por una escalera, y cuando les enseñas un espejo se ponen casi blancos al ver aquel gran mono allí que les mira. Es muy divertido, sí, te lo aseguro.

Recogió mi maleta y yo le seguí hasta una furgoneta Bedford verde.

—Ya he terminado el turno así que te llevaré hasta Luanshya. Ayer telefoneé al comedor de allí y saben que vas. Mañana tendrás que presentarte en las oficinas para una revisión médica y luego tendrás que ir a inscribirte en la escuela de minas por tres meses. Te aviso que tienen allí a un galés que se llama Thomas y que es un cabrón, cuidado con él. Si sales de la escuela de minas y consigues la licencia de explosivos estarás en los cribones seis meses, tres si tienes suerte. Pero se gana buen

dinero.

—¿Por qué sólo seis meses, o tres incluso?, —pregunté mientras salíamos de la estación.

—No quería decírtelo antes, pero si estás mucho más tiempo en los cribones hay muchas más posibilidades.

—¿De qué?

—Bueno, de que tengas un accidente y te mates o quedes malherido, —se echó a reír—. No pagan tanto dinero por nada, sabes.

—¿Va todo el mundo a los cribones?

—Sí, todos los jóvenes, si tienes más de veintidós años los reflejos no son ya tan rápidos, —sonrió—. ¡Sólo los jóvenes son tan rápidos o están locos como para hacer eso!

—¡Caramba, no parece que haya mucho para elegir!

El hermano de Gert se echó a reír otra vez.

—No. Todos los jóvenes tienen que ser criboneros, los demás no podrían hacerlo. En el Rand no está permitido siquiera. Mover mineral a través de un cribón es el mejor sistema, pero es también el más peligroso. El sindicato de mineros del Rand no lo admite, y los criboneros están prohibidos en toda Sudáfrica, pero aquí, en Rhodesia del Norte, les da igual, sabes, mientras consigan sacar el mineral están contentos.

Hizo una pausa y doblamos una curva y seguimos por un camino de tierra que abandonaba el pueblo.

—Pero se gana buen dinero y si tienes cuidado no hay problema.

Me eché a reír.

—¡No te preocupes, Dannie, tendré el máximo cuidado!

Me miró, le vibraban las manos en el volante, habíamos entrado en un tramo en que había muchos baches.

—Ése es el problema, el cribonero hace el turno de noche, de once a siete, su trabajo consiste en sacar todo el mineral de un stope. Yo, como barrenador de diamante, barro el stope todo el día y luego llegas tú y por la noche tienes que sacar todo el material por el cribón. Si eres demasiado cuidadoso y no haces pasar mineral suficiente por el cribón para que yo tenga el stope vacío y pueda trabajar, tendrás muchos problemas, —me dirigió una sonrisa significativa—. Si haces eso muchas veces, ya puedes despedirte. Aquí el barrenador es el rey, y si no le limpias el stope como es debido no podrás seguir trabajando más en la mina, comprendes.

No le contesté. No tenía idea de lo que me hablaba, pero saqué la conclusión de que, hiciese lo que hiciese, el cribonero estaba sometido a todo tipo de presiones, y las presiones crean accidentes.

—Una cosa buena de Thomas, el de la escuela de minas, es que te lo hace pasar tan mal en el período de aprendizaje que si lo superas y consigues que te den la licencia de explosivos, tienes bastantes posibilidades de mantenerte vivo en el cribón.

Dannie me dejó en el comedor de la mina donde tenía una habitación reservada



para un mes, hasta que me trasladasen a una cabaña propia en uno de los sectores de solteros que rodeaban el comedor.

—Procuraré venir a visitarte alguna vez, entendido. Pero venir aquí no es tan fácil, porque cada población minera funciona por su cuenta, y tú trabajarás en el turno de noche y yo en el de día, así que de nada sirve que venga a verte. Si tienes problemas puedes llamarme, —anotó el nombre de la mina y un número de teléfono en un papel—. No tienes más que dejar el recado en la oficina de la mina, yo vendré cuando pueda.

Me tendió la mano. Era un tipo grande, de uno ochenta y cinco u ochenta y siete, y estrechaba la mano a la manera gorila de los africaners.

Le di las gracias por su ayuda.

—Ag hombre, Peekay, todos los amigos de mi pequeño boetie son amigos míos. Gert dice que tú eres un hombre de verdad y que serás un día campeón del mundo, me alegro de ayudarte —hizo una pausa—. Aquí también se boxea, pero nadie es tan bueno como tú. Algunos cafres lo hacen bien, te servirán para seguir practicando, estos condenados monos tienen las cabezas tan duras que serían capaces de gastar hasta una barrenadora de diamante. Adiós, Peekay, que tengas suerte, hombre.

La furgoneta volvió a ponerse en marcha, las ruedas patinaron un poco, pero por fin arrancó y se alejó en una nube de polvo.

La pequeña población minera de Luanshya constaba de dos partes, además de la fundición y de las oficinas administrativas de la empresa. El pueblo propiamente dicho, en el que residían los empleados casados y sus familias, los maestros, los propietarios de los comercios y la administración colonial, que eran la mayoría policías, y una zona de solteros, completamente separada de ésta, formada por varios centenares de cabañas pequeñas y redondas conocidas con el término sudafricano de «rondavels».

Estas rondavels tenían un tejado de chapa ondulada y paredes y suelo de cemento. Cada una de ellas tenía también un porche cuadrangular adosado, con un mosquitero, de uno ochenta de ancho por cuatro y medio de largo. Aunque este porche era muy endeble y sólo servía para mantener a raya a los mosquitos y dejar entrar el aire, la puerta de la cabaña era de chapa de acero, y resultaba prácticamente imposible entrar si estaba cerrada por dentro. A ambos lados de cada cabaña había dos ventanas pequeñas con rejas. Aquellas cabañas no tenían nada de amistoso o de acogedor, salvo quizás el gran ventilador del techo, que a veces, en un día de calor abrasador, después de hacer un turno de noche en un cribón, movía el aire lo suficiente para permitir un sueño irregular.

En cada una había una cama y un colchón, un armario ropero, una mesa y dos sillas. En el centro de este sucio ejército de cabañas estaba el comedor, donde podías comer por unas cuantas libras al mes. En el edificio en el que yo iba a vivir había hombres de cuarenta y dos países, muchos de los cuales tenían un dudoso pasado y un dudoso futuro en el país del que procedían. Aunque había unos cuantos criboneros

como yo, jóvenes suficientemente rápidos y fuertes para mover las barras de acero de tungsteno del cribón sin matarse, la mayoría de los mineros tenían treinta y tantos años y algunos incluso más. Eran sin excepción hombres broncos y violentos que habían ido allí por el dinero. Había entre ellos pocos mineros tradicionales, muchos eran borrachos y criminales; algunos, exnazis fugitivos; otros, mercenarios que estaban sólo haciendo tiempo después de la guerra, esperando que estallase otra, aunque no estuviesen dispuestos a lucir el uniforme en conflictos convencionales como el que empezaba a tomar fuerza en Corea. Había tahures, estafadores y ladrones que, aunque trabajasen en las minas, porque así podían seguir en el pueblo, habían ido sobre todo para actuar después de las horas de trabajo.

Pronto supe que las normas de cortesía habituales no regían allí, y no había que preguntarle a un hombre de dónde venía o a cerca de su pasado. Podría explicarte cosas cuando tuviese una borrachera sentimental o tierna, pero la mayoría de la basura, que era como la gente del pueblo llamaba a los hombres que vivían en la zona de solteros, había aprendido a mantener la boca cerrada, borrachos o sobrios. También aprendí enseguida a tener cerrada la cabaña los sábados por la noche, después de que a la semana de asignarme una me librase por los pelos de una violación de grupo. En un pueblo sin ninguna mujer, aparte de un grupito de casadas, un muchacho de diecisiete años era una gran oportunidad sexual para un grupo de alemanes, rusos, argelinos franceses y eslavos borrachos. Si no me hubiese ayudado Rasputín, un gigante georgiano que casi nunca hablaba, habría sido sin duda víctima suya. Aunque en el pueblo propiamente dicho había policía, el recinto donde estaba la basura se encontraba en terreno que era propiedad de la mina y no había casi vigilancia, salvo que se produjese un apuñalamiento o que una pelea de borrachos desbordase el límite admisible.

Cada seis semanas aterrizaba un DC-3 belga en una pequeña pista de aterrizaje a kilómetro y medio del pueblo, cerca del pozo número nueve. Entre los vítores de la basura que esperaba, el DC-3 descargaba veinticinco putas procedentes de Bruselas, vía Congo Belga, donde habían pasado ya una lucrativa semana en las minas de cobre de la provincia de Katanga. Un par de semanas tumbadas boca arriba les proporcionaban lo suficiente para vivir un año en su país. En realidad muchas de ellas eran jóvenes amas de casa que reunían así la entrada para un piso o dependientas que se ganaban la dote. En Europa había escasez de hombres, y una chica tenía que disponer de algo más que un pasado respetable si pretendía casarse. Dos semanas fácilmente explicables fuera, de vacaciones, y un par de piernas constantemente abiertas era todo lo que hacía falta para consolidar una propuesta de matrimonio con la entrada, aportada en teoría por los padres de la novia, para una linda casita en las afueras de Amberes. Algunas de las damas eran putas profesionales, porque eso era lo que querían algunos de los miembros de la basura, una buena puta sabe emborrachar a un hombre, darle lo que quiere y robarle el salario de una semana sin perturbar su anonimato ni tocar su corazón. Para un fugitivo la compasión o el amor o incluso la

inocencia fingida puede constituir la peor fuente de peligro sentimental.

El día que llegaba el vuelo de las putas, la basura permanecía a la espera desde el amanecer; se tomaban el pelo entre ellos, hablaban de conseguir carne fresca y las mujeres más guapas, maldecían a la basura gabacha del Congo por haber tenido la primera prueba, comentando que estaba perfectamente demostrado que la basura francesa tenía el pene pequeño y que por eso iban allí antes las mujeres. Decían, entre guiños y carcajadas, que si lo hubiesen hecho al revés, si hubiesen ido antes allí, aquellos jodidos gabachos habrían podido conseguirlo gratis, porque las putas no se habrían dado ni cuenta de que se lo hacían. A las putas se las conocía como cartas francesas, porque la basura francesa había mojado la pluma antes en ellas y luego las había enviado al otro lado de la frontera por correo aéreo. Los mineros del Congo eran gente de diversos orígenes, igual que los del Cinturón del Cobre, aunque predominasen los belgas de habla francesa; pero a la mayoría de la basura esta distinción se le escapaba. «Si habla francés es un gabacho, así que ¿a qué discutir?».

Mi nueva vida comenzó en la escuela de minas, una escuela cuyas actividades se desarrollaban básicamente bajo tierra, en el turno de día, en el pozo número nueve, que estaba a un extremo de la población. La clase la daban dos galeses grandotes, que según se decía habían jugado juntos como delanteros del Cardiff antes de la guerra. Dai Thomas y Gareth Jones eran un dúo notable, Thomas trabajaba bajo tierra con la clase, y Jones, que era exmaestro y el oficial técnico minero, daba dos horas de clase teórica antes de que se iniciase nuestro turno de ocho horas bajo tierra.

Los dos procuraban causarnos el mayor sufrimiento posible durante los tres meses que pasábamos a su cargo. Jones informaba a Thomas de las debilidades de cada uno de los alumnos, y Thomas las explotaba todo lo que podía cuando estábamos bajo tierra. Se consideraban dedicados a la tarea práctica de enseñar a unos hombres a mantenerse vivos bajo tierra y casi les mataban en el aprendizaje.

Yo, con mis diecisiete años, era el más joven y el menos corpulento de la peor colección de alumnos reacios que haya podido reunirse para aprender algo. Todos habíamos ido allí por el dinero, y no a hacer carrera, pero el departamento de minas de Rhodesia del Norte exigía que todos los mineros obtuviesen licencia de explosivos, proceso que exigía que aprendiésemos no sólo a usar dinamita, sino que se nos adiestrase también en la tarea de retirar las rocas después de una voladura, de entibar y barrenar y tender tuberías. Los dos primeros meses fueron físicamente los más duros de mi vida. Pesaba cincuenta y dos kilos y no tenía envergadura para el tipo de trabajo que exigían. Aquello no era Sudáfrica y Thomas obligaba a todos los que estaban a su cargo a hacer el trabajo que hacen normalmente los mineros africanos. El trabajo agotador de barrenar y de retirar el material recién volado podía sumir a hombres adultos en el agotamiento absoluto y ponerles más de una vez al borde del motín. Thomas era implacable. La tarea de retirar las rocas tras una voladura se hacía a mano y a pala y había que cargar el material en vagonetas subterráneas. Hacíamos esto durante seis horas al día, todos los días desde el primer

mes, a menudo en galerías estrechas a cuatrocientos metros de profundidad con temperaturas de treinta y ocho grados. En el turno de ocho horas bajo tierra tenías media hora para el almuerzo y un descanso de cinco minutos cada hora para beber agua. Los años de boxeo me habían hecho ejercitar los brazos y la parte superior del cuerpo, y enseguida aprendí el ritmo del trabajo con una pala de minero chata y de mango largo. Pero al final del turno se me doblaban las rodillas y estaba absolutamente agotado. Thomas fustigaba a los hombres con insultos, procuraba constantemente provocar una pelea, que uno perdiese la cabeza y se lanzase contra él. Uno o dos lo intentaron, y además de recibir una paliza fueron expulsados de la escuela y perdieron toda posibilidad de ganar dinero. Yo tenía muchas ganas de ajustarle las cuentas a Thomas. Nadie sabía que era boxeador, y cuando no estaba demasiado agotado y podía soñar un poco, fantaseaba imaginando que me lanzaba a golpes y que no me acertaba ninguno y que por fin caía al suelo agotado, quedando en ridículo delante de la basura. En mi sueño le dejaba humillado en el suelo y yo volvía a coger tranquilamente mi pala de mango largo y seguía paleando sin decir palabra. El simple hecho de saber que probablemente podría hacer aquello en la vida real me permitía aguantar cuando él me acosaba, a veces durante una hora seguida sin parar.

—Bueno, tú, que tienes mierda por cerebro, tú que eres tan listo, ¿cuánta gelignita hace falta para volar un frente de doce?

La primera semana yo había leído de cabo a rabo los manuales que nos había dado Gareth Jones, y Thomas pronto descubrió que conocía todas las respuestas a las preguntas simples que nos hacía cuando bajábamos a la mina. No le gustaba tener un listillo en su clase, y parecía decidido a fastidiarme. Hacía preguntas de cosas de los libros semanas antes de que las estudiáramos, pero yo normalmente conocía las respuestas. El resto de la basura no se distinguían por su inteligencia y la lectura no es en general un punto fuerte entre hombres como aquéllos. Yo sabía que no podía hacerme el tonto y contestar mal a la pregunta sólo por satisfacer la necesidad que tenía Thomas de ponerme en mi sitio. La basura disfrutaba muchísimo cuando yo respondía bien a las preguntas, pues al hacerlo era como si le ganase a Thomas, según su forma de pensar.

—¿Barrenos de uno ochenta o de dos setenta, Señor?, —preguntaba yo.

—Eres un listillo, ¿eh?

—No Señor, pero sería distinto, ¿verdad que sí?

—Por supuesto, imbécil, por supuesto que sería distinto.

—Bueno, pues por eso lo pregunté, señor Thomas.

A Thomas lo enfurecía que lo cazaran en su propia trampa:

—Nosotros no usamos demasiados barrenos de dos setenta, ¿verdad que sí?

—Si la roca es un poco dura sí lo hacemos, Señor, —contesté.

Thomas daba un salto de alegría.

—¡En una mina de cobre hay muy poca roca dura, muchacho!

—En ese caso siete kilos y medio, Señor, —contestaba yo suavemente. Los hombres que había a mi alrededor abrían sonrisas tan grandes como rajadas de sandía.

—¡Correcto!, —gritaba Thomas—. Pero no te hagas el listo conmigo, chaval, si no estarás paleando hasta que se te caigan los brazos y tengas que hurgarte las narices con los muñones de los codos.

—Sí Señor, —decía yo, pero sabía que la última palabra la tendría él, trasladándome a un fondo mal volado donde el mineral se había roto en grandes masas, demasiado grandes para una pala, de modo que tenía que partirlas y palear luego todo el día hasta que me derrumbaba agotado.

—Nada de hacerse el remolón, muchacho, si no vuelves al trabajo dentro de cinco minutos se te descontará una libra en la escuela de minas, —nos pagaban un salario simbólico que sólo cubría el coste de la cabaña y la factura del comedor, con un par de libras más para las cosas básicas. Si a final de mes te habían descontado cinco libras podías verte en apuros.

Me dije a mí mismo que nada de lo que hiciese o dijese Thomas me deprimiría. Me convencí de que había ido allí precisamente a trabajar de firme, y, de hecho, después de dos meses en la escuela de minas tenía el cuerpo más firme que nunca y sabía que pronto empezaría a formármese masa muscular. Aunque tenía un speedball y un saco de arena en la cabaña, donde nadie podía verlos, y trabajaba todos los días con pesas en el gimnasio del club y hacía además siete u ocho kilómetros de marcha tres veces por semana, no intenté siquiera ingresar en el club de boxeo.

El deporte era la única cosa que compartían mineros y buenos ciudadanos, y el club, subvencionado generosamente por las minas, era el centro social del pueblo. Remedaba todas las tradiciones y los buenos modales que las instituciones anglófilas de este tipo exigen a los miembros de las clases medias bajas que se ven fortuitamente empujados hacia los escalones superiores de una sociedad colonial estancada, y resolvía el problema de tener que acomodar a la basura multinacional con un bar separado para ellos. Se trataba de un edificio alejado del club, con entrada propia, al que los hombres podían ir sin que les viesen las gentes de orden del pueblo, los funcionarios de las minas y las familias de mineros más aceptables. El bar de la basura (le llamaban así) tenía una barra de quince metros, suelo de cemento y azulejos blancos de lavabo en las paredes hasta uno ochenta de altura. Había también puertas de batientes, como en un saloon del Oeste americano. El local del bar propiamente dicho estaba vacío y en él sólo se podía estar de pie. Fuera había una terraza con cien mesas o así, provistas todas con una sombrilla metálica permanente soldada en el centro; las mesas eran de acero, y a su vez estaban, atornilladas al suelo de cemento pintado de verde. También las sillas eran de acero y tenían las patas permanentemente fijadas al cemento. Cada mesa, con sus seis sillas, estaba pintada de un color distinto, de manera que desde lejos el conjunto daba una sensación muy alegre. Sobre las mesas había, colgadas como de tendales altos, hileras de luces de colores que de noche le daban a todo una tonalidad extraña entre verde y malva.

El bar lo llevaban, lo mismo que un despacho, tres individuos, los tres eran alemanes, los tres se llamaban Fritz y los tres eran gordos. Cada Fritz manejaba su tercio del bar, y tras él había una provisión completa de bebidas y una caja registradora. Nunca abandonaban su territorio para llevar una copa, servir una cerveza o devolver el cambio. Se les conocía a cada uno de ellos por un número, Fritz Uno, Fritz Dos y Fritz Tres, y tenía cada uno su clientela entre la basura, a la que llegaba a considerar tan suya como su sector del bar.

Los Fritz se ufanaban de que no había bebida en el mundo que ellos no tuviesen o que no pudiesen conseguir. Pero lo que más servían era coñac, cerveza, ron y vodka, por ese orden. Si tomabas la consumición de pie en la barra podías conseguir que te la sirviesen en una copa y la cerveza en vaso, pero si querías sentarte fuera, tenías que coger una jarra de cerveza o comprar una botella entera de licor, salvo que quisieses volver cada poco a abrirte paso a codazos hasta la barra para que te sirviesen otra ronda. No se tenía noticia de que ningún Fritz hubiese salido jamás de detrás de la barra. El bar de la basura estaba abierto desde las siete hasta las doce de la noche, en que un Fritz lo regaba, expulsando al mismo tiempo a la gente demasiado ebria como para salir por su cuenta.

Durante el día, hasta las tres, en que terminaba el turno diurno, llevaban el bar de la basura las tres esposas de los Fritz, las tres igual de grandes que sus maridos. Se las conocía colectivamente como señora Fritz y estaban sin numerar. Parecía que marido y mujer no coincidiesen nunca, y era motivo de constante asombro entre la basura el que los Fritz se ufanasen de tener entre todos quince niños gordos y rubios. Circulaba el chiste de que cuando los Fritz abandonasen el bar de la basura irían y comprarían todo el barrio de vida alegre de Hamburgo.

Al final de los tres meses, sólo continuaban en el curso once de los dieciocho que habían ingresado conmigo en la escuela de minas. Ya podíamos examinarnos para obtener la licencia de explosivos, y podíamos optar por la internacional o por la de Rhodesia del Norte. Thomas, en una rara muestra de amabilidad, me propuso a mí para la internacional, pues llevaba siete años sin conseguir que un alumno suyo aprobase ese examen.

—Si consigues aprobar serás el más joven que lo haya conseguido, y sería una pluma en el sombrero del señor Jones, y yo podría ganarme incluso una palmadita en la espalda, muchacho.

Había empezado la temporada de *rugby*, y Thomas había descubierto, demasiado tarde para que me fuese de provecho, que yo sabía jugar y que en los entrenamientos daba la impresión de que podía entrar en el primer equipo, del que él y Jones eran seleccionadores.

El examen se hizo en la oficina del departamento de minas de Ndola. Consistió en una prueba escrita de media hora y otra oral de una hora. Lo hacían así porque a muchos no se les daba demasiado bien lo de escribir, pero podían contestar la mayoría de las preguntas de palabra.

Los muchachos que iban conmigo estaban casi todos prácticamente paralizados de pánico. Si suspendías volvías a la escuela otra vez, y si después de eso volvías a suspender te echaban de las minas. Yo había estado ayudándoles durante el último mes, y había pasado a conocerse como el profesor Peekay. En el viaje en autobús a Ndola me dediqué a hacerles preguntas sin parar.

Obtuvieron la licencia todos menos un bóer gigantesco del Estado Libre de Orange. A este bóer, que era bastante agradable pero muy duro de mollera, le despidieron definitivamente, pero se animó al saber que le habían aceptado como fogonero en los ferrocarriles de Rhodesia del Norte. Thomas y Jones habían ido con nosotros a Ndola en un coche, y después del examen de la mañana habíamos ido todos al único hotel de Ndola, donde casi todos se emborracharon muchísimo y acabaron diciéndole a Thomas que era un cabrón de mucho cuidado. Yo había conseguido la licencia internacional y hube de beber más de cuatro litros de zumo de limón sólo para corresponder a los brindis que los otros proponían sin parar por Thomas, Jones y el profesor Peekay. Cuanto más se emborrachaban más efusivos se ponían, hasta el punto de que al final Thomas llegó a convertirse en candidato seguro para la santidad, y todos juraron que me protegerían contra lo que fuese y que podía pedirles lo que quisiese.

Mi vida como cribonero empezó al día siguiente, cuando bajé a la mina por primera vez por mi cuenta, en el turno de once a siete.

Es preciso que explique brevemente el trabajo del cribonero. Imaginaos, por favor, un embudo apuntando hacia abajo, hacia el suelo. La parte superior del túnel, antes de que se estreche hasta el pitorro, es el tajo de arranque, que consiste, en realidad, en un inmenso agujero subterráneo. El pitorro sirve para recoger las piedras que se vuelan a los lados en las paredes del agujero, y sacarlas del mismo. Este pitorro tiene dieciocho metros de longitud y lleva directamente a una galería principal de arrastre. El fondo del pitorro del embudo está provisto de una puerta de acero accionada por aire comprimido. A la mitad de él, es decir a unos nueve metros de la galería principal de arrastre y a la misma distancia del principio del tajo de arranque, hay una serie de seis barras de acero de tungsteno encajadas en el pitorro del embudo, con un pasillo estrecho excavado en la roca que lleva hasta él. Es a esas seis barras de tungsteno a las que se llama un cribón. El mineral barrenado y volado en las paredes del tajo de arranque por los barrenadores de diamante baja por el pitorro hasta el fondo del tajo y se precipita por él, atravesando los fragmentos más pequeños las barras del cribón y llenando el resto la mitad inferior del pitorro del embudo. Los trozos mayores caen sobre las barras, y hay que hacerlos pasar a través de ellas volándolos con explosivos, hasta que tengan el tamaño adecuado para poder cargarlos en vagonetas en la galería principal de arrastre. Las vagonetas subterráneas llegan hasta la puerta de aire comprimido, y los obreros que están en la galería principal de arrastre abren la puerta que hay al final del embudo y llenan las vagonetas con el material. Es una operación muy simple, sin duda, pero también muy peligrosa. El

cribonero trabaja en las barras que quedan directamente debajo de la boca del tajo de arranque, del que sin previo aviso pueden desprenderse rocas del tamaño de un coche de pequeño tamaño.

El cribonero trabaja en la oscuridad; la única fuente de luz es su lámpara de minero adosada al casco, con la batería sujeta en el cinturón. Tiene cinco africanos para ayudarlo a palear la roca a través de las barras del cribón y para preparar barro para los explosivos. De vez en cuando conseguirá que el mineral pase sin problema por el tajo de arranque y que continúe así toda la noche, con sólo alguna voladura esporádica o un poco de trabajo en las barras con palancas largas para desatascarlas. Pero en general se trata de un trabajo agotador manipulando material a través de las barras y colocando cargas, a veces cuarenta o cincuenta explosiones en una noche hasta que una jaqueca de la pólvora, causada por el olor dulzón y repugnante de los cartuchos de gelignita, amenaza con arrancarles la cabeza de los hombros. Sólo los barrenadores de diamante, que utilizan más gelignita que los criboneros, tienen peores migrañas de la pólvora, viéndose reducidos a veces a un estado de inconsciencia o de locura temporal por el terrible dolor.

El cribonero trabaja sobre las barras, que tienen un grosor de quince centímetros y están separadas entre sí por unos sesenta. Las normas de seguridad exigen que esté sujeto a una cadena de seis metros enganchada a la parte de atrás del cinturón. Pero la cadena, como tantos otros artilugios de seguridad, es una trampa: si resbala y cae por detrás de las barras hacia la mitad del embudo se partirá la columna como un tallo de apio al quedar interrumpida bruscamente la caída por la cadena a unos cuatro metros y medio por debajo de las barras. Si no se rompe la columna y el mineral empieza a caer, las piedras que pasen por las barras le harán pedazos. El buen cribonero prefiere exponerse a trabajar en las barras sin cadena de seguridad y aprende a ser ágil como un mono, incluso en la oscuridad, saltando de barra en barra toda la noche con una palanca de acero de metro y medio en las manos.

Los criboneros siempre trabajan en el mismo cribón, pues saben que sus vidas dependen del íntimo conocimiento de las características del tajo de arranque y del embudo. Cada cribón tiene una personalidad propia, y un buen cribonero sabe leer en su cribón como si su mente estuviese armonizada con la roca misma de que está hecho. Un leve desprendimiento de gravilla en un bloqueo y sabe que ha de correr buscando seguridad, porque cien toneladas de piedras están a punto de caer directamente sobre su cabeza. Si oye el rumor de un eco que llega del tajo de arranque y que no suena como debe sonar, sabe que de un momento a otro puede caer un solo pedrusco que le aplaste contra las barras. Sus reacciones están tan delicadamente coordinadas como las de un gran corredor de coches, y su adrenalina no para de bombear en toda la noche. Al acabar el turno habrá perdido un kilo o kilo y medio de peso y se encontrará en un estado de agotamiento total. Al cabo de tres meses le retiran de los cribones por un período de dos meses, y luego le permiten volver. Aunque se ganaba una enorme cantidad de dinero, la mayoría de los



criboneros preferían no volver y conseguir un trabajo peor pagado como tuberos, entibadores o capataces.

En el cribón hay una tarea concreta que acaba destrozando hasta a los hombres más valientes. Una vez al menos en la mayoría de los turnos, y a menudo tres o cuatro veces en uno solo, las piedras quedan atascadas en la boca del tajo de arranque, es decir, en lo más alto del embudo, a unos nueve metros por encima de las barras del cribón. Esto, en la jerga de los mineros, se conocía como un bloqueo o un racimo de uvas. En la boca del tajo de arranque se amontonan pedruscos de todos los tamaños. El procedimiento previsto para desalojar las piedras y conseguir que el tajo de arranque quede de nuevo despejado era preparar un paquete de gelignita. Este paquete se ata luego al extremo de un palo de bambú de nueve metros. Los cartuchos del explosivo están todos envueltos en cordita, que es un material explosivo en forma de cuerda que parece cable eléctrico blanco. La idea es colocar el paquete de gelignita junto a las piedras que bloquean la boca del tajo de arranque. Luego se enciende la mecha colocada al extremo de la cordita que cuelga del paquete de gelignita hasta la altura del cribón. De ese modo, si tienes mucha suerte, la explosión desaloja las piedras y hace que se abra de nuevo la boca del tajo y fluya el mineral.

Pero la vida en un cribón no es fácil, y la dinamita o la gelignita, cuando no está sellada con una masa de barro, sigue la línea de menor resistencia y no estalla hacia arriba, hacia las rocas, sino hacia abajo. El procedimiento de volar un bloqueo mediante la técnica del varal de bambú raras veces resulta eficaz. La presión que tiene encima el cribonero es enorme, debe conseguir acabar con el bloqueo y utilizando la técnica del varal de bambú podría pasarse toda la noche colocando explosivos sin éxito. Le pagan por carga en vagoneta, y si no vacía el tajo, el barrenador de diamante perderá su turno de día, lo que muchas veces tiene como consecuencia que un cribonero pierda un par de dientes. A parte de todo esto está en juego el orgullo del cribonero. Un cribonero que deja un cribón bloqueado queda deshonrado ante todos. Como decía Thomas: «¡Eso sencillamente no se hace, muchachos!».

Después de intentar sin éxito deshacer un bloqueo con una bomba colocada en el varal de bambú, el cribonero llena de barro la pechera de su gruesa camisa de lana de minero y coge una bomba de gelignita con cordita enrollada y gatea por la pared rocosa del embudo hasta que llega al bloqueo. Ésta es la parte peligrosa. Si el bloqueo se desprende mientras está colocando en él el explosivo, el cribonero es hombre muerto. Las piedras le lanzan dieciocho metros a través de las barras y acaba enterrado bajo cincuenta toneladas de roca. Luchando con el terror a que te caiga todo encima sin poder protegerte en ninguna parte, buscas un punto entre las piedras del bloqueo en que poder insertar la bomba de gelignita, luego le enrollas la cordita y dejas colgando un cabo suficiente de ésta para que llegue hasta el cribón, de manera que puedas ponerle una mecha. Por último sellas la bomba con barro para que quede hermética, de manera que la onda expansiva vaya hacia el bloqueo. Una vez colocada

y sellada tienes que bajar de nuevo, exponiéndote a cada precario paso que das por la superficie lisa del embudo a que todo te caiga encima. Una vez llegas al nivel del cribón conectas la cordita con una mecha, indicas al africano que accione la sirena, enciendes la mecha con un cartucho cheesa, que da una llama del tamaño de un lápiz grueso que una vez encendida no puede apagarse. Luego tienes treinta segundos para retirarte al túnel de seguridad antes de que llegue la explosión.

Si el bloqueo persiste te ves obligado a subir arriba de nuevo, sabiendo que puede estar pendiente de un hilo y te puede caer encima en cualquier momento. Pronto aprendes a hacer sólo una expedición por las paredes del embudo, colocando varias cargas en el bloqueo y uniéndolas todas con cordita. Esto significa que tienes que pasarte diez o quince minutos pegado al bloqueo, aumentando el peligro y la tensión a cada segundo. Pero de este modo, al estallar simultáneamente las cuatro o cinco bombas, tienes bastantes posibilidades de conseguir que el bloqueo se deshaga.

Todo depende del temple que tengas. Si eres capaz de aguantar en la parte superior del embudo quince o veinte minutos colocando una serie de cargas y sellando cada una de ellas con barro, tiene que ser un bloqueo muy grande para que no se deshaga. En el año que yo estuve trabajando en los cribones, murieron cinco de los veinte criboneros que trabajaban en la mina al caerles encima un bloqueo cuando estaban en lo alto del embudo poniéndole cargas.

Las normas de la mina no permitían que los mineros subiesen hasta la boca del tajo: si te cogían haciéndolo te despedían inmediatamente. Pero como te veías obligado a hacerlo dos veces por lo menos en cada turno, el jefe de turno se mantenía lejos de los niveles de los cribones para no verte. Los pluses del cobre de todos dependían de que el cribonero fuese capaz de sacar el mineral del tajo. Ningún jefe de turno impondría las normas sabiendo que la técnica del varal de bambú era tan ineficaz que un bloqueo podía durar toda la noche y no se sacaría del tajo ni una tonelada de material.

Yo, cuando no estaba cagándome de miedo, experimentaba un orgullo perverso pensando que era un buen cribonero. Era el más joven de la mina y tenía uno de los mejores registros de mineral. El barrenador de diamante que trabajaba en el tajo de encima de mi cribón era un afrikaner llamado Botha, al que nunca veía porque trabajaba en el turno de día y yo trabajaba de noche, los barrenadores de diamante eran la élite del mundo subterráneo y nunca hablaban personalmente con los criboneros. El trabajo era demasiado peligroso y el barrenador no quería asumir la responsabilidad de conocer a la persona que trabajaba en su tajo. Pero si mantenías alto el ritmo de producción y su tajo vacío, a final de mes te enviaban una caja de coñac.

Una caja de coñac de tu barrenador de diamante era la enseña honorífica por la que trabajaba todo cribonero: en el loco mundo de la basura de las minas de cobre de África Central te otorgaba un prestigio aún más importante que el dinero.

Yo el coñac se lo daba a Rasputín, el gigante georgiano que vivía en la cabaña

contigua a la mía. Rasputín trabajaba como entibador en el mismo turno de noche que yo, e íbamos en bicicleta al pozo número siete, en el que trabajábamos los dos, y que quedaba a unos cuatro kilómetros y medio del pueblo. Desde la noche en que me había ayudado a salvaguardar mi dignidad por el extremo posterior, habíamos hecho amistad, una amistad basada en las cosas que compartíamos más que en las palabras. Rasputín hablaba muy poco inglés, y en vez de intentar aprender más simplemente no hablaba. Se sentaba en el porche de mi cabaña o yo en el de la suya y jugábamos al ajedrez. Era un jugador lo suficientemente bueno para mantenerme interesado, y había ocasiones en que me ganaba si yo perdía la concentración. Muchas veces nos limitábamos a sentarnos allí y yo leía un libro o él ponía su colección de conciertos y sinfonías de Tchaikovsky en su nuevo tocadiscos portátil. Sólo ponía a Tchaikovsky, y se sentaba con un enorme bloque de madera en una mano y un hacha de partir leña en la otra y, sin soltar en ningún momento el bloque de madera, iba cortándolo hasta que tres horas más tarde se convertía en una bola perfecta. Rasputín era casi tan alto como lo fuera Doc, pero el doble de ancho. Era aún mayor que los afrikaners, y el hacha debía pesar dos kilos. Tallar el bloque de madera convirtiéndolo en una bola era una tarea que exigía una fuerza casi increíble. Rasputín cuando no estaba tallando una bola, estaba afilando el hacha. Trabajaba al compás de la música, recorriendo todo el repertorio de conciertos y las tres sinfonías. A veces le rodaban por las mejillas lágrimas silenciosas que se le esparcían por la tupida barba. Nunca se molestaba en limpiarlas, seguía tallando el bloque de madera, posando de vez en cuando el hacha el tiempo suficiente para coger un tanque metálico lleno de coñac VSOP que medio vaciaba de un trago y luego llenaba otra vez hasta el borde. Cuando se acababa Tchaikovsky, lo que significaba estar allí sentado lo que duraban todos sus tres conciertos de piano y tres de violín y tres sinfonías por lo menos, principalmente la Número uno en sol menor, la Dos en do menor y, como final, siempre la sexta, la grandiosa y brillante Patética, quedaba liquidada una botella del coñac de Botha y terminada la bola de madera.

Rasputín recogía el tocadiscos con todo cuidado, limpiaba los discos y los metía en las fundas y los colocaba encima de una toalla en una maleta vieja. Luego cogía la bola de madera y la añadía a un montón que tenía en el suelo dentro de su cabaña. Debía de haber seiscientas o setecientas bolas de éstas, del tamaño aproximado de las de jugar a los bolos, en montones separados de un centenar cada uno, a las que iba añadiendo una más cada día. Algunas de las más viejas habían adquirido un color gris plata muy agradable, y otras tenían dibujos fantásticos de la propia madera virgen que utilizaba. Todas las bolas eran iguales en tamaño y estaban maravillosamente hechas. Podías coger dos talladas con dos meses de diferencia y resultaban tan iguales por su redondez perfecta y por su tamaño que no podías apreciar la diferencia a simple vista. Todas eran un ejemplo de su fuerza y su habilidad inmensas. Su cabaña olía a savia de madera verde, un olor muy parecido al olor del bosque. Rasputín entraba en su cabaña e inspiraba con fuerza, inhalando el olor a savia de la madera virgen recién

cortada.

—Oler como Roosha, Peekay.

Yo me preguntaba muchas veces si en su Roosha natal habría vivido alguna vez en los bosques de abedules de la taiga, pero no encontraba medio de preguntarlo.

Aquellas bolas tan bellamente talladas me tenían fascinado, y descubrí que no podía sostener el hacha en posición para tallar una pieza de madera durante más de tres minutos porque la mano que sujetaba la madera no podía seguir sosteniéndola, y el dolor que sentía en la mano derecha, la que agarraba el hacha, se hacía insoportable. Me di cuenta de que aquel ejercicio me fortalecería los brazos, las muñecas e incluso las manos para boxear. Así que compré un hacha más pequeña y más ligera y Rasputín me la afiló hasta que quedó como una navaja de afeitar. La idea de que yo quisiese emularle complació muchísimo a aquel hombre, inmenso como un oso. Nos sentamos en su porche a tallar, escuchando al señor Tchaikovsky, él bebiendo coñac y derramando lágrimas que le caían como gotas de plata líquida por las mejillas y desaparecían en su inmensa barba negra.

Más tarde descubrí que las bolas de madera eran el calendario de Rasputín, cada bola correspondía a un día pasado en las minas. Llevaba allí unos tres años, según mis cuentas.

Nos encontrábamos a las siete al acabar nuestro turno, y volvíamos en bici al comedor para desayunar. Rasputín estaba siempre duchado y esperando a que mi jaula subiese del interior de la mina, no sé cómo siempre conseguía terminar su turno más temprano y subir a la superficie antes que los criboneros.

—Mucho material mover, Peekay. Tú buen muchacho, —decía indefectiblemente cuando yo salía de la jaula. Luego me quitaba la lámpara de minero y la colocaba en el cuarto de baterías para que yo pudiese ir directamente a la oficina del pozo, a comprobar mi producción, firmar y dirigirme rápidamente a las duchas. Cuando salía del vestuario, veinte minutos después, estaba esperándome fuera, bajo el sol de la mañana, con mi bici, preparado para un rápido regreso.

Cuando llevaba fuera de los cribones sólo una semana, después de haber cumplido los tres meses, el capitán de la mina me llamó a su oficina y me pidió que volviese voluntariamente. Yo tenía teóricamente que descansar trabajando en una galería principal de arrastre como capataz de una brigada de paleadores, por ejemplo, pero tres criboneros habían resultado gravemente heridos y la mina no tenía sustitutos que llegasen de la escuela de minas. El incentivo era duplicar mi plus del cobre durante el período que volviese a los cribones. Al parecer Botha, el barrenador de diamante, había estado chillando contra el nuevo cribonero de su tajo y quería que yo volviese. El dinero y el cumplido fueron demasiado para mí. La juventud tiene un vigoroso sentido de su propia inmortalidad, y yo no era diferente de la mayoría. Así que me encontré de nuevo en mi plataforma del cribón por otros tres meses. A final de mes llegaron dos cajas de coñac de Botha que independizaron por completo a Rasputín del bar de la basura. Se sentía tan orgulloso de mí que se echó a llorar.

Colocamos una caja de botellas de coñac en el soporte de cada bici y recorrimos los cuatro kilómetros y medio que había hasta el pueblo, con las botellas de coñac repiqueteando alegremente atrás. Seguimos por la carretera de tierra aplanada. Cuando llegamos al recinto de la basura Rasputín metió las cajas en su cabaña y salió unos instantes después con una vieja escopeta del calibre doce.

—¡Esta noche estofado rusan!, —me comunicó.

El estofado de conejo era su máximo cumplido y he de decir que era realmente delicioso, un caldo espeso sazonado con extrañas hierbas que recogía en el campo y trozos deliciosos de carne rosa de conejo con patatas y cebollas pequeñas enteras. Vi cómo se dirigía hacia la espesura, sin esperar siquiera a desayunar en el comedor.

Me levanté a las cuatro de la tarde, como siempre. De la cabaña de Rasputín llegaba el aroma del estofado de conejo. Sabía que me llamaría hacia las cinco y media para comer, así que me dirigí al edificio de las duchas a hacer mis abluciones. Comeríamos y luego iríamos a ver una película al club. Era la noche del miércoles y los miércoles ponían siempre una película del oeste. A Rasputín le gustaban con pasión las películas del oeste. Llegábamos temprano y nos sentábamos en la primera fila. Él con una botella de coñac y el tanque, dispuesto a gritar y chillar y blandir los puños contra los malos de la pantalla. Lloraba cuando el héroe estaba en una situación apurada, a punto de que le quemasen los indios o le torturasen malvados forajidos. Por último, cuando la película alcanzaba su punto culminante y el héroe salía triunfante con la chica, se ponía de pie y chocaba el tanque contra la botella de coñac vacía y lanzaba gritos de aprobación en ruso. A nadie parecía importarle, Rasputín era parte de la película del oeste de los miércoles, y siempre compraba dulces y helados en el descanso para todos los chicos. Se convirtió en una tradición chillar y gritar y fingir llorar en todas las partes en que Rasputín lo hacía y todo el mundo lo pasaba muy bien.

A las cinco y media oí su rugido:

—¡Peekay, tú venir!

Había colocado dos cuencos en la mesa y junto a ellos había dos grandes cucharas. En el centro de la mesa, en una lata de mermelada, había flores silvestres que había cogido cuando había estado cazando el conejo y junto a las flores había una barra de pan tierno. Las flores eran un lindo toque hogareño, y el estofado, que estaba en una gran olla sobre su hornillo eléctrico, olía maravillosamente. Rasputín lo sirvió directamente de la olla en los cuencos, y el delicioso caldo ascendió humeante hacia mí. Luego buscó en la olla con un tenedor, y fue espetando trozos de carne roja de conejo y colocándolos en mi cuenco. Por último sacó una botella de limonada para mí, llenó su tanque metálico de coñac y nos pusimos a comer, cortando inmensos trozos de pan de la hogaza y sorbiendo ávidos aquel estofado delicioso. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que acabamos el cuenco y nos servimos otro.

—El estofado ruso está estupendo, Rasputín, —dije por fin, frotándome la barriga para subrayar mi satisfacción.

El cumplido pareció complacerle y hasta darle un poco de apuro. Se levantó de la mesa y se acercó al armario ropero y sacó de él la vieja escopeta del calibre doce. Miró por encima del cañón fingiendo apuntar a un conejo imaginario.

—Jo, jo, Peekay, ¡conejo decir miau miau, yo decir bum bum, conejo kaput!, —dijo, y luego se echó a reír estrepitosamente y volvió a meter la escopeta en el armario.

Yo era la primera vez que comía gato, pero me di cuenta de que no habría manera de rechazar a Rasputín la próxima vez que me hiciese su mayor cumplido y fuese de nuevo a cazar un conejo. Recé en silencio para no hacer nada en el futuro que le complaciese demasiado. Me pregunté también qué familia del pueblo estaría preguntándose lo que le habría pasado a su gato.

## VEINTICUATRO

Es experiencia humana, especialmente entre los jóvenes, que toda rutina, por muy extraña que sea, se convierta enseguida en algo normal. Lo mismo que los supervivientes de los campos de concentración nazis hablan de las rutinas que les imponían y que ellos seguían y que regularizaban los días de terror hasta parecer los acontecimientos normales de la vida, trabajar en un cribón se convirtió en una tarea tan normal como cualquier otra. La temeridad, una desconocida al principio, a la que se trata con precaución, pronto se convierte en una amiga, luego en compañera, y por último en algo que se da por supuesto, como la relación diaria entre dos personas casadas.

Se entra en una etapa en que el sistema nervioso llega a acomodarse al nuevo medio, en que un primer estado de angustia se convierte en un estado de tranquilidad, y situaciones que antes desencadenaban una descarga de adrenalina en el torrente sanguíneo dejan que la sangre siga tranquilamente con la tarea de fluir al corazón.

Un cribonero bueno seduce a una buena brigada negra. Los africanos recién llegados del interior entienden instintivamente la seguridad que un jefe seguro aporta al grupo. A medida que pasaban los meses y mi cribón seguía libre de accidentes y yo ileso, los negros que trabajaban regularmente conmigo, raras veces faltaban por enfermedad, prefiriendo pasar de pie entre temblores un ataque de malaria a correr el riesgo de perder su puesto y que les substituyese otro negro deseoso de trabajar en un *juju*, una brigada protegida mágicamente.

Cuando un cribonero se volaba a sí mismo no era raro que se llevase con él a su ayudante número uno. El número uno es el obrero con más experiencia de la brigada. Está mejor pagado que el resto y actúa como jefe negro además de como mano derecha del cribonero. Es él quién maneja las cargas y quién prepara el barro para impermeabilizar los explosivos. Si se produce un accidente el número uno está generalmente trabajando cerca de su cribonero. Sabiendo esto, un buen cribonero enviará generalmente a su número uno al pozo de seguridad, a accionar la sirena de alarma antes de encender la mecha, y un buen número uno corresponderá a su vez con el cribonero fomentando la mística de éste entre los africanos llegados del

interior que componen el resto de la brigada.

En cuanto una brigada pasa a asociarse con un accidente en el cribón, se convierte en juju malo para sus propios miembros y para los propios mineros negros. A estos africanos primitivos les resultaba inconcebible que un hombre blanco superior hubiese de morir y que un negro perfectamente sustituible hubiese de vivir. Era evidente que los dioses habían cometido un error. La «astilla ardiente» estaba en realidad destinada a ellos, la marca de la muerte seguiría acechándoles si seguían en las minas. Los mineros negros no entendían la idea del aumento de probabilidades ni creían en ella y habrían sido absolutamente incapaces de captar el simple razonamiento lógico que dictaminaba que cuanto más tiempo siguiese yo trabajando en los cribones más probabilidades tenía de sufrir un accidente. La superstición que les mantenía unidos a mí es comprensible en una mente simple. El hecho de que yo empezase a medio creerlo no lo era.

Con la excepción de un descanso de una semana después de los primeros tres meses en los cribones, llevaba trabajando allí ya nueve meses. Aunque sabía que no tenía más que solicitarlo para que me substituyesen, aguantaba. Las dos cajas del mejor coñac sudafricano de Botha seguían llegando para Rasputín a fin de mes, y el hecho de que el registro de mineral extraído de mi cribón encabezase casi siempre la lista de producción de la noche estimulaba notablemente mi ego, aunque yo probablemente no lo hubiese admitido ni siquiera ante mí mismo. No había superado aún aquella necesidad de ser el mejor, pese a que se trataba de un entorno tan especial. Aunque las probabilidades de un accidente habían aumentado de forma alarmante, yo me convencía de que debido a mi talento (ja-ja) las cosas eran distintas en mi caso. Me convencí de que sabía sobrevivir en un cribón porque podía interpretarlo mejor y era menos probable que tomase decisiones emotivas debido a la presión. Todo lo cual, naturalmente, era pura estupidez.

La cosa había llegado a tal punto que Fats Greer, que era quien controlaba el montacargas del pozo número siete y que actuaba también como agente de seguros de la mina en su tiempo libre, se negó a cubrirme.

—Joder, Peekay, el récord para un cribonero siguen siendo once meses y el cabrón que lo consiguió está criando malvas, no te pases de listo.

Pero yo estaba harto de hacer lo que otros querían, y me dije que si mantenía el plus del cobre y podía seguir un año en los cribones habría ganado suficiente para ir a Oxford. Estaba harto de limosnas sentimentales. ¡Podría pagarme mis gastos! Mi vida entera había sido un legado para utilizar los recursos humanos de mi entorno, para ganar contra todo pronóstico. No estaba dispuesto a seguir pagando el precio emotivo que me exigía el sistema si lo entendía como creía entenderlo. Si esto estaba sólo en mi mente, bueno, todo hombre es una isla y al mismo tiempo es también un Robinson Crusoe, todos estamos solos y hemos de aprender a defendernos. El año de desesperación que había pasado cuando tenía cinco, en manos del juez, había condicionado todo lo que había hecho posteriormente. Mi idea infantil de camuflarme



para evitar que me asediaran emotivamente había persistido. Para mí, mentalmente, aunque estoy seguro de que entonces no habría sido capaz de articular la idea, las minas representaban una vuelta al miedo de aquel primer internado. Pero esta vez sería yo el que ganaría. El cribón con el que trabajaba sería el juez, pero esta vez no sería yo el vencido. Había ido a las minas a descubrir quién demonios era yo en realidad.

Es curioso que cuando se describe una situación peligrosa se procure incluir en las explicaciones una premonición del desastre. Cuando la verdad es que la mayoría de los accidentes estallan como el trallazo de un relámpago en un cielo claro y azul en apariencia. Es como si a los seres humanos nos gustase exagerar la importancia de un librarse por los pelos o incluso de una catástrofe, poniendo la mano del destino en el timón del desastre.

El día antes de que el cribón me cazase soñé que estaba inclinado sobre una carga normal dispuesto a encender la mecha. Una longitud normal de mecha tarda dos minutos en llegar a la carga de dinamita, pero para una explosión rutinaria de las rocas que se atascan en las barras del cribón, un buen cribonero reduce la longitud de mecha para que dure treinta segundos, tiempo suficiente para llegar al pozo de seguridad. En una noche difícil en que el material se niega a correr, un cribonero puede hacer hasta cuarenta o cincuenta voladuras de rocas independientes en un solo turno. Si ahorra noventa segundos en la mayoría de ellas puede fácilmente lograr una producción de una hora extra en el turno. En términos de material extraído esto puede significar una diferencia considerable en la producción final de la noche.

En el sueño yo acercaba el cartucho de cheesa encendido a la mecha, esperando que el fogonazo familiar de chispas indicase que estaba encendida, pero la mecha, en vez de encenderse, se convertía en la mamba negra de la cueva de cristal de África: se alzaba tal como ella había hecho a la entrada de la cueva, moviendo la cabeza y convirtiendo su lengua móvil en la chispa de la mecha encendida. Yo, hipnotizado, no lograba moverme hasta que me daba cuenta de que era demasiado tarde. Lancé el cartucho de cheesa hacia la cabeza de la serpiente cuando ésta se lanzaba ya hacia mí. El cartucho encendido de azufre se fundió con la explosión mientras yo me hacía añicos.

Desperté con el corazón latiendo atropelladamente. Los criboneros suelen hablar de los sueños: «Cuando llegan los sueños es hora de dejarlo». Yo no había soñado hasta entonces y me dio miedo: los cribones habían empezado a invadir mi subconsciente. Aquella noche le dije al jefe de turno que quería dejarlo y le di una semana de plazo. Él no me hizo ninguna pregunta, se limitó a asentir y dijo:

—Te lo ganaste, Peekay, te daremos un trabajo más suave, quizás palear material en una galería de arrastre, ¿eh?

Le di las gracias, pero de pronto pareció asustarse.

—¡Mierda! Quién va a decírselo a Botha, él piensa que tú eres Jesucristo, —sonrió—. Será otro el que tenga que decírselo a ese hijo de puta. Es tarea del turno de

día.

Yo, aunque había recibido dos cajas de botellas de coñac regularmente durante los últimos cinco meses, no había visto nunca a Botha. Como ya he dicho, era tradicional que el barrenador de diamante y su cribonero no se conociesen. Nadie parecía saber exactamente por qué era así, pero como la mayoría de las conductas sedimentadas por el tiempo, se había convertido en una superstición y ambos procuraban por todos los medios no encontrarse nunca mientras trabajasen en equipo.

—Rasputín echará de menos el coñac, —dije yo, dándome cuenta de que al tomar la decisión de dejarlo me había quitado un peso de encima.

El jefe de turno se echó a reír.

—¡Pues ya puedes decírselo!, —dijo. Rasputín era el mejor entibador de la mina, pero era también el azote de los jefes de turno, a quienes no permitía acercarse a su tajo cuando estaba colocando un mamparo o entibando una galería nueva. Todos habían acabado aceptándole a pesar de ello: lo que hacía lo hacía bien, y no sometía a su brigada a riesgos innecesarios. Ésa era la primera norma de la mina, el resto eran sólo las peculiaridades del sometimiento a la autoridad, un concepto que el inmenso georgiano parecía no entender.

No hubo nada excepcional en la primera parte del turno que siguió a mi charla con el jefe de turno. Como siempre hice parar al resto de mi brigada entre las tres y las cuatro de la mañana, el período que en todos los lugares donde los hombres trabajan bajo tierra como «la hora del muerto». Es el momento en que se dice que el pulso humano se autorregula haciéndose más lento y se apaga el ritmo del ciclo del día. Es el período en que, según los veteranos, suceden los peores accidentes. Trabajar durante la hora del muerto habría sido tentar gravemente al destino. Aunque en teoría somos seres humanos racionales, en todos nosotros acecha una superstición oculta, que probablemente naciese cuando el hombre adoraba piedras y árboles, y que para nuestra desgracia ignoramos. Para el cribonero es mejor esa hora ahorrada reduciendo el tamaño de las mechas que trabajar cuando acecha la muerte en los oscuros túneles subterráneos todas las noches a la misma hora.

A las cuatro y cuarto terminé de colocar el barro sobre una carga rutinaria y corté la mecha bien corta, como siempre. La había insertado debajo de la gelignita cubierta de barro y cogí el cartucho de cheesa encendido que me pasó mi número uno, al que yo llamaba Elias porque le gustaba encender el cartucho de cheesa, en vez de buscar la seguridad del túnel de escape. Esperaba siempre conmigo hasta que empezaba a chisporrotear la mecha. Con el cartucho de cheesa que Elias me pasó toqué el extremo mellado y aplastado que había cortado para que se viesan los gránulos de pólvora negra que corren por todo el centro de la mecha. No pasó nada. No hubo ninguna llamarada al tocar la pólvora, ningún chisporroteo familiar al penetrar el fuego por dentro de la mecha. Antes incluso de que pudiese preguntarme el porqué, la visión de la mamba negra invadió mi mente.

—¡Dios mío! No puede ser ¡Una mecha corrida!

Una mecha corrida es cuando una mecha quema por dentro y parece por fuera que no pasa nada, cuando en realidad el fuego avanza con la misma rapidez hacia la carga de gelignita. Es sumamente rara, la mayoría de los criboneros no han visto jamás una, o, si la han visto, no han vivido para contarla.

Cogí a Elías por la camisa y le lancé hacia el pozo de seguridad, arrastrándole los últimos metros y lanzándome yo también a él una décima de segundo antes de que estallase la carga. La explosión atronó a unos cuatro metros y medio de donde estábamos tumbados. Si la serpiente no hubiese vuelto a mí en el sueño podría haber seguido con la mecha. Tres segundos más y Elías el de la zarza ardiente y yo habríamos sido historia.

Elías, se puso de rodillas y empezó a limpiarse las manos en la culera del pantalón y a parlotear muy nervioso, mientras los otros miembros de la brigada venían corriendo hacia nosotros. Les explicó que una mecha diabólica que no se encendía había prendido la carga, pero que yo me había dado cuenta de su magia y había contrarrestado su intención malévola salvándole la vida. La brigada escuchaba boquiabierta y estupefacta. Luego se acercaron a mí uno a uno y me tocaron el brazo, bajando los ojos al hacerlo. Había vuelto a confirmar mi estatus mágico. ¿No era aquello una prueba más de que estaba garantizada su seguridad colectiva? El Ángel Renacuajo volvía a actuar de nuevo.

No tengo más remedio que admitir que yo también me sentí inmensamente emocionado por la experiencia, encantado por el aviso del sueño. Me preguntaba si habría reconocido sin él que se trataba de una mecha corrida. Sucedió tan pocas veces en la mina que Thomas ni siquiera lo había mencionado en la escuela. Yo había leído un breve comentario sobre esto, en el que sólo se mencionaba como algo muy insólito, en uno de los numerosos manuales que nos habían dado; posiblemente había sido el único de la clase que lo había leído.

En vez de interpretar aquel casi desastre como una advertencia de la vida real, me emocioné tanto que decidí volverme atrás y no abandonar los cribones. Tenía una sensación muy intensa de mi propio destino. De que el camino que había elegido era el correcto. Había jugado y había ganado. Ahora sería borrón y cuenta nueva. Aquel accidente que estaba previsto había quedado neutralizado, volvía a restaurarse la situación original. Yo seguiría en aquel maldito cribón hasta el quince de febrero, una semana más de los once meses. A la mierda Fats Greer, yo establecería una nueva marca.

Admito lo endeble de mi razonamiento, pero no era todo estupidez. Por un trabajo más seguro en una galería de arrastre pagaban menos de la mitad de lo que me estaban pagando todos los meses por trabajar en un cribón. Con mi plus doble del cobre y con mi plus de producción podía añadir otro cuarenta por ciento más. Además, renunciar a todo esto significaría seguir en las minas otros tres meses y perder con ello el principio de curso en Oxford.

Subí hasta el cribón, muy satisfecho de mí mismo, me puse de pie sobre las

barras, encendí la lámpara enfocándola hacia el bloqueo que se había formado en la boca del tajo. Parecía muy poco seguro, un racimo de uvas en el que el desprendimiento de una piedrecita podía provocar la caída de todas. Podían ser cincuenta toneladas de piedras lo que estaba suspendido sobre mi cabeza por un simple guijarro. La vieja zorra estaba jugando conmigo, fastidiándome, agucé los oídos para ver qué decía... un crujido, un gemido, el repiqueteo de una sola piedra... así podría leer la amenaza de la avalancha de rocas que pesaba sobre mi cabeza.

Por fin llegó el repiqueteo agudo, súbito y errático de una sola piedra que se liberó del bloqueo rebotando contra las paredes rocosas hasta aterrizar sobre la barra del cribón más alejada de donde yo estaba. Mi conocimiento íntimo, casi instintivo, fruto de trabajar más de dos mil horas en aquel cribón me dijo que la piedra era más o menos del tamaño de un pomelo grande y que procedía casi seguro del desprendimiento del bloqueo.

Reaccioné rápidamente, saltando de modo instintivo de las barras hacia la protección del pozo de seguridad. El bloqueo gruñó un instante encima de mí, una advertencia de un segundo o dos antes de que siguiese el estruendo de la avalancha. Mis pies habían abandonado ya las barras en el último salto hacia la seguridad cuando la primera piedra alcanzó el cribón y, rebotando erráticamente en la barra de acero de tungsteno, voló en el aire y me alcanzó en el estómago.

El estruendo de la roca liberándose llegó a mis oídos antes de caer inconsciente a través de las barras, desplomándome dieciocho metros abajo por el pozo casi vacío.

Aquella caída debería haberme matado. Las diez toneladas de piedras que me siguieron a través de las barras deberían haberme matado también. Había perdido la conciencia al alcanzarme la piedra y había caído a través de las barras como un saco de patatas, rebotando en la pared del pozo. Milagrosamente no se me había caído el casco, y eso impidió que me destrozase la cabeza en la caída, y cuando llegué al fondo del cribón aterricé sobre cerca de un metro de esquisto fino. El esquisto era consecuencia de la inmensa roca que había hecho volar a través de las barras con la mecha corrida. Ya me había dado cuenta que había utilizado demasiada gelignita, pero el pozo del cribón que había debajo de las barras estaba vacío, y un buen cribonero procura que haya una capa amortiguadora de esquisto fino sobre las puertas de acero neumáticas para protegerlas de los efectos de las piedras grandes que chocan contra ellas. Aterricé pues en aquel blando lecho de esquisto y arena sobre el que rodé, quedando por último encajado bajo un estrecho saliente de roca en una parte del pozo que había sido volada descuidadamente. Tras mi caída, me habían seguido a través de las barras diez toneladas de piedras del bloqueo que cubrieron mi cuerpo y se amontonaron sobre mí, aunque, por milagro, en fragmentos suficientemente grandes para permitir que llegase hasta mí algo de aire.

Estaba inconsciente bajo el saliente, cubierto por varias toneladas de piedras. Lo que pasó en las siete horas siguientes lo he reconstruido a base de lo que me contaron los miembros de mi brigada y los del equipo de rescate.

Elías se había quedado absolutamente consternado. El entusiasmo de unos minutos antes se había convertido en absoluta decepción. Pero no le había dominado el pánico y había accionado la sirena... cinco pitidos prolongados con quince segundos de silencio entre cada uno, luego un silencio de un minuto y una repetición de la misma pauta tres veces. No había posibilidad de error, era el mensaje de accidente. Los demás miembros de la brigada estaban todos acurrucados y juntos en el pozo de seguridad, demasiado sobrecogidos para reaccionar, sus vidas destrozadas de pronto por la seguridad de que morirían si seguían allí incluso para colaborar en el rescate. Para ellos su suerte se había agotado, su talismán blanco había muerto. Era hora de salir a la superficie, de devolver los discos de cobre que colgaban de sus cuellos y regresar a la selva, donde bajo la luminosa claridad tropical le resultaba más difícil a la muerte, que veía mejor en la oscuridad, dar con ellos.

Rasputín, que trabajaba en la galería principal de arrastre a casi un kilómetro de distancia, fue el primer hombre blanco que oyó el aviso. Envío a su ayudante número uno a avisar al jefe de turno del interior de la mina y él se dirigió a mi cribón. Pese a que estaba fuera de sí de preocupación, cargó una vagoneta vacía con planchas de madera de tabique y dio instrucciones a su brigada de que la empujase hasta la zona del accidente. Si se trataba de un desastre en un cribón, Rasputín sabía que para una operación de rescate harían falta aquellas enormes planchas de madera nativa. La noticia de un accidente se extiende en las minas como por osmosis. Criboneros que estaban trabajando a una profundidad de quinientos metros conmigo cerraban los cribones y venían a ayudar con sus brigadas. Yo mismo lo había hecho en tres ocasiones, y sabía lo que era ver a los grupos de rescate sacar por fin a los heridos destrozados y aplastados, a veces hasta partes separadas de un cuerpo, de entre las rocas salpicadas de sangre y colocarles en un saco de cadáveres de lona. Yo había visto salir sangre por las puertas neumáticas que cerraban el fondo de un pozo de cribón, y había esperado las seis horas que había costado sacar el cadáver que estaba a sólo unos seis metros de distancia, como estaba yo ahora.

Era una norma tácita el que los criboneros colaborasen en todos los trabajos de rescate. Eran testimonios personales de la muerte con la que habían aprendido a vivir cada vez que subían los dieciocho metros de pozo en escalera vertical hasta un cribón. La tentativa de salvamento, en general infructuosa, era un amargo ritual en el que se sentían obligados a participar, por respeto a un hermano muerto.

El sistema de salvamento lo dicta el medio. Un tajo y el cribón que hay debajo son una cosa viva, y hay que enmudecerlos para poder iniciar la operación de salvamento. El pozo que queda directamente encima de las barras del cribón hay que entibar, hay que amordazar a la vieja zorra. Para esta tarea se utilizaban planchas inmensas de madera, capaces de impedir que las rocas caigan del tajo. Entibar el pozo del cribón era en sí tarea peligrosa, sobre todo porque los entibadores no saben interpretar muy bien lo que sucede en un cribón. Complicaban la operación las veinte toneladas de piedras que había sobre las barras después de deshacerse el bloqueo.

Estas piedras había que sacarlas manualmente al pozo de seguridad y ventilación, y las que eran tan grandes que no se podían desplazar manualmente quedarían debajo de las barras, donde proporcionaban cierta protección si cedían las planchas de madera del entibado.

Montar las planchas para entibar el pozo en torno al cribón era tarea de Rasputín. Las planchas de madera nativa de tres metros por veinticinco centímetros, llamadas diez por diez, pesaban más de ciento veinte kilos cada una, y había que subirlas a mano hasta el cribón a lo largo de los dieciocho metros que tenía el pozo. Cuando el equipo de salvamento llegó del exterior, el gigante georgiano había agotado ya a su propia brigada, y estaban las de los otros tres cribones trabajando a turnos para acarrear la pesada madera. Rasputín trabajaba con una furia fría y controlada, aunque sin un solo movimiento innecesario, sin desperdiciar energía, les hablaba a los negros con tranquilidad para que no les dominase el pánico, había conseguido incluso que mi propia brigada volviese y colaborase. Sabía que el salvamento era un proceso largo, que resultaba más peligroso precisamente por instrucciones nacidas de la precipitación y por la infección terrible del miedo. Desde el nivel del cribón dirigió la operación de retirar todas las piedras desplazables a mano que había sobre las barras de tungsteno. Cuando llegó el capitán del equipo de salvamento al nivel del cribón, jadeando por el ejercicio de subir las escalerillas hasta el pozo de entrada, Rasputín estaba esperándole arriba.

—¡Nadie venir aquí, Peekay él mío, yo arreglo!, —le dijo furioso, abriendo y cerrando sus puños inmensos.

La luz del casco blanco del capitán relumbró en sus ojos y reflejó furia y una fría resolución. Rasputín no quería correr ningún riesgo; no estaba dispuesto a ceder el mando de la operación de salvamento al capitán.

—De acuerdo, ruso, mandaré un montador y un electricista para que te pongan luces y te instalen una grúa, puedes seguir.

—Envía Zoran el Croata, yo trabajar con él, —dijo, y volvió al cribón. El capitán del equipo de salvamento, que se llamaba McCormack, un tipo bastante decente y un minero con mucha experiencia, explicaría, una vez se hubo dado cuenta al mirar los ojos frenéticos del ruso, que si hubiese dado un paso más hacia el cribón, el gigante le habría partido el cuello como un hueso de pollo y le habría arrojado de nuevo al pozo de entrada. Luego le pareció que importaba poco que no hubiese llegado hasta el sitio del accidente, porque el electricista, cuando regresó de instalar las luces, dijo que la operación de salvamento era inútil, que no había absolutamente ninguna posibilidad de que siguiese vivo. Rasputín había permitido que se quedara con él el montador, un yugoeslavo al que sólo se le conocía como Zoran, y había pedido que subiese con él su propia brigada, que estaba descansando precisamente de la tarea de arrastrar planchas de madera. Entibó el pozo encima del cribón sin cejar en aquel ritmo, frenético pero controlado. Tres horas en total se tardó en poder acceder sin peligro al pozo donde yo estaba sepultado.

Rasputín, que tenía el chaleco de lana de minero y la camisa empapados de sudor, hizo sólo una breve pausa para beber una cantimplora de agua, y luego le bajaron, en la grúa que había montado el yugoeslavo, hasta la roca que me cubría que quedaba casi cuatro metros y medio más abajo. Allí empezó a llenar de piedras el cesto de la grúa; trabajaba con grandes gruñidos y lanzaba un silbido breve y agudo, cada vez que el cesto estaba lleno, para que lo izaran.

Con Rasputín seguro abajo en el pozo, McCormack y el resto de la brigada de salvamento, junto con los tres criboneros, se habían concentrado en la zona del cribón. Trabajaban los blancos con los negros para vaciar el cesto e ir pasándose las piedras unos a otros, como en las cadenas de cubos de agua de los incendios, hasta el pozo de ventilación. El trabajo del ruso era claramente una operación de salvamento modélica y McCormack instaló la tienda de oxígeno y el aparato de transfusión que sabía que querría el médico de la mina cuando por fin llegase.

A McCormack le habría gustado mandar un africano abajo cada diez minutos, que era más o menos el tiempo que tardaba en agotarse un hombre acarreando piedras, algunas de las cuales pesaban hasta veinte kilos. Sabía que Rasputín no permitiría eso. Un africano despreocupado o inexperto podría provocar un desprendimiento de rocas que aplastasen aún más aquella que estaba sobre mí. Hasta que no levantase mi cuerpo y pusiese un oído en mi pecho, Rasputín no estaba dispuesto a aceptar mi muerte. Los hombres que viven bajo la sombra constante de la muerte, los mineros en especial, no pasan horas silenciosos y solemnes en el escenario de un accidente. La expresión que uno ve en los rostros boquiabiertos de los individuos que contemplan a la víctima de un accidente de tráfico no tiene nada que ver con la de los mineros. Los mineros llevan su dolor con una extraversión natural. Son, cada uno de ellos, un silencioso almacén de sus sentimientos. Están convencidos, todos y cada uno de ellos, de que su nombre puede muy bien estar en la próxima carta de una baraja fatídica. Mick Spilleen, un irlandés inculto que había estado conmigo en la escuela de minas y que acababa de ofrecerse voluntario para volver a los cribones con el fin de intentar pagar sus deudas de juego, fue el primero que inició la apuesta.

—El ruso no lo conseguirá, os lo digo yo, muchachos.

—Yo apuesto a que lo consigue, hombre, —dijo otro, probablemente Van Wyck, el afrikaner. De pronto todos estaban apostando. Hasta a Elías, que se había negado a abandonar el nivel del cribón cuando habían relevado a mi brigada, le permitieron apostar cinco libras, el salario de una semana, a que el ruso conseguía llegar a donde estaba yo antes de desmayarse. Luego Mickey ofreció cincuenta a uno a que yo estaba vivo, y esta vez sólo el pequeño africano aceptó la apuesta, arriesgando el salario de otra semana por el talismán que les había mantenido vivos a todos durante casi nueve meses. La mayoría de los hombres apostaban a que Rasputín no llegaría hasta mí y las apuestas que hicieron los blancos que estaban presentes, una docena más o menos, ascendían a casi dos mil libras. Cuando años después le conté a Hymie el incidente y le pregunté qué habría apostado él, se echó a reír: «El irlandés tenía

razón, sólo que yo habría ofrecido doscientos a uno a que no conseguías salir vivo de allí. Pero habría reducido las opciones del ruso».

La tremenda energía de Rasputín empezaba a agotarse. Estaba recurriendo a las últimas fuerzas que le quedaban para seguir, respiraba trabajosamente. Cuando llenaba el cesto ya no podía reunir aliento suficiente para silbar. Zoran, que le observaba desde arriba, empezaba a izar el cesto, tras lo cual el gigante se inclinaba, las manos inmensas sangrando, en carne viva, apoyadas en las rodillas. En una ocasión devolvió, y en otra se quitó la camisa rota y el chaleco de minero, cortó tiras de la camisa y se envolvió con ellas las manos ensangrentadas. Pero cuando el cubo bajaba él siempre estaba listo para empezar a cargarlo de nuevo. Se habían ofrecido varios hombres para sustituirle, pero él se negaba moviendo la cabeza: «Nyet, nyet», jadeaba. Los bordes afilados de las piedras que levantaba pronto empezaron a hacerle cortes en el pecho y en el estómago. Su torso cubierto de polvo, iluminado por la luz de la única bombilla eléctrica que ardía directamente encima de él, brillaba de sangre y carne viva, los músculos del estómago bombeaban rojos. Los hombres de arriba observaban fascinados, esperando el momento en que el gigante se desplomase.

—Está liquidado, podéis creerme, media tonelada más y es historia, —murmuraba Mickey, aunque no había ninguna posibilidad de que el ruso le oyese o de que entendiese lo que decía dado su enorme acento irlandés. Lo que estaban presenciando era una gran hazaña de fuerza, y unos a otros se decían que algún día explicarían aquella noche a sus nietos. Debió de ser por entonces cuando Rasputín me oyó gemir, aunque es un milagro que consiguiese oír por encima del ronco rumor de su propia respiración. Soltó un grito agudo y se lanzó hacia la zona de la que había partido aquel sonido. Sin molestarse ya en el cesto empezó a apartar piedras, amontonándolas frenético tras él. Trabajaba, según diría luego Mickey, «poseído por el propio diablo». Sacaba fuerzas para continuar de más allá del reino de la conciencia humana normal, le brotaba el aliento en breves bufidos animales, como un cerdo cuando busca trufas. Le chorreaba la sangre por el pecho y el estómago, empapando la parte superior de los pantalones hasta las rodillas, se le desprendían los vendajes rotos de las manos, reducidas a planchas en carne viva.

Cuando por fin llegó a mí, milagrosamente emparedado bajo la protección de aquel saliente estrecho pero providencial, mi cuerpo estaba empapado de sangre, debido, según se comprobó, a los grandes sectores de piel desprendida durante la caída. Rasputín alzó mi cuerpo inconsciente hasta su pecho y puso un oído sobre mi corazón.

—¡Peekay él vivo!, —gritó. Luego, poco a poco, fue desplomándose en el suelo, las piernas no podían sostenerle.

Nos sentamos en un nido de roca como el que el pájaro de la soledad puso en las profundidades de mi interior, mi cabeza apoyada en el regazo empapado de sangre del gigante. Rasputín se había cortado el dedo índice por la primera articulación y mientras acariciaba tiernamente mi frente se derramó por ella la sangre del muñón y



fue llenándome las copas de los ojos cerrados. Pronto rebosaron y desbordó la sangre por las mejillas. Rasputín intentó cortarla desviándola con el muñón de su dedo amputado, sin darse cuenta de que era de allí de donde procedía en realidad la sangre.

—Peekay, Rasputín encontrar Peekay, Rasputín hacer estofado de conejo, — gimió.

Mickey Spilleen diría más tarde que cuando llegaron hasta nosotros de los ojos del gigante manaban lágrimas de sangre, pero por entonces estaba ya muerto.

Pasé una semana en el hospital, la mayor parte de ella siguiendo tratamiento por la conmoción. Se me había desprendido la piel de una gran parte del cuerpo y estaba todo magullado, pero no tenía roto ni un solo hueso. Cuando recuperé la conciencia y me enteré de la muerte de Rasputín lloré y luego rogué que aplazasen el entierro hasta que yo pudiese asistir al funeral. Pero eso no era posible en un clima cálido y en un pueblo donde no había depósito de cadáveres, y cuando me dieron de alta en el hospital el inmenso georgiano llevaba ya enterrado tres días. Pese a que estaba hecho una facha, con los dos ojos morados y la piel de ambos lados de la cara morada de costras y postillas, me encontraba en magnífica forma. Lo primero que hice fue ir al almacén general de Luanshya y encargar una sepultura para Rasputín, una plancha de granito negra que tenía que venir de Bulawayo, a casi mil kilómetros al sur y que tardaría varias semanas. En ella se grabaría simplemente *RASPUTÍN, que sabía hacer un magnífico estofado de conejo, dio la vida por su amigo*. Y luego fui al pequeño cementerio donde estaba enterrado bajo un túmulo de barro. Encima del barro había una sola corona de maltrechos gladiolos. Estábamos casi al principio de la estación de las lluvias, y había llovido un poco el día anterior y las gruesas gotas de lluvia tropical habían esparcido el barro, con lo que los pétalos rosas y anaranjados tenían los colores apagados por el agua y estaban sucios. A Rasputín le encantaban las flores silvestres lo mismo que a Doc los áloes. ¡Por qué será que los ubicuos gladiolos expulsan siempre a todas las demás flores! Me puse en cuclillas laboriosamente, pues me dolía la costra que tenía a un lado de la pierna al estirla, y leí la tarjeta salpicada de polvo de la corona. *RIP. La dirección, Mina Rhone Antelope*. Eso era todo. Había llevado conmigo la vieja escopeta de Rasputín y me levanté y la apoyé en el hombro y disparé los dos cañones sobre su tumba. Era un gesto absurdo, supongo, y el golpe del retroceso en mi hombro magullado me hizo ponerme a dar saltos de dolor. Pero era exactamente lo que habría podido pasar en una película del oeste de la primera sesión de los miércoles y estaba seguro de que Rasputín lo habría aprobado sin ninguna duda.

Al día siguiente volví a la tumba, con una camioneta prestada en cuya caja había cargado todas las bolas de madera. Alisé el túmulo con una pala de mango largo y enterré la escopeta junto a Rasputín; luego alcé una pirámide sobre la tumba utilizando todas las bolas. Cuando acabé alcanzaba una altura de metro y medio.

Tomé luego medidas precisas y mandé que me hiciesen, en el taller de soldadura del pozo número nueve, una estructura en forma de pirámide con barras pequeñas paralelas, con unos veinte centímetros de separación cada una, de modo que las bolas pudieran verse con toda claridad y no fuese posible sacarlas. La estructura metálica quedó terminada en dos días, y con la ayuda de Zoran el yugoeslavo instalé una grúa junto a la tumba de Rasputín y limpiamente coloqué con ella la estructura sobre las bolas de madera, asentando las esquinas con una base de cemento.

La tumba tenía un aspecto muy impresionante, y cuando llegó la lápida se convirtió en el orgullo del pequeño cementerio.

Con la ayuda de Zoran, que sabía un poco de ruso, repasamos los papeles de Rasputín. No había mucho que decir de su pasado; documentación a su nombre como marinero noruego, un pasaporte ruso y los documentos de licenciamiento de la marina rusa, que indicaban que había sido fogonero. Por último encontramos una hoja de papel en el que había escrito un nombre de mujer semejante al que salía en el pasaporte, al que seguía una dirección en Rusia. Zoran dijo que en Rusia era común que hubiese una ligera diferencia en el apellido, por lo que yo supuse que aquello era una versión femenina del apellido masculino. La cuenta bancaria de Rasputín ascendía a casi siete mil libras, y yo lo dispuse para enviar esa cantidad al nombre que había escrito en el papel, después de llevarme a Zoran conmigo y de convencer al magistrado del distrito de que se trataba del pariente más próximo de Rasputín. ¿Sería su esposa, su madre o su hermana? Al menos era alguien, en algún lugar, alguien distinto a mí, que lo recordaría por la buena fortuna que le proporcionaba.

Durante mi estancia en el hospital me había visitado Fats Greer, el agente de seguros en horas libres. Me puso delante un trozo de papel.

—Firma aquí, Peekay, —dijo indicando con un dedo gordo una línea en blanco sobre la hoja de papel.

Firmé.

—Necesito dos cheques de veinte libras cada uno, no les pongas fecha, —ante mi sorpresa sacó mi talonario de cheques—. Elías, tu ayudante número uno, entregó tu bolsa *chorla* al capitán de la mina después del accidente. Yo me tomé la libertad de utilizar las llaves que hay en ella.

Yo asentí un poco aturdido aún y sin saber realmente lo que estaba pasando; que yo supiese él se había negado a hacerme un seguro por los últimos dos meses en los cribones. Firmé los cheques y le pregunté qué era todo aquello.

—Te lo diré cuando te sientas un poco mejor dijo. Ese ruso loco te dio algo más que su vida, hijo.

Una semana después supe que Rasputín tenía desde hacía mucho tiempo una póliza de seguros con Fats Greer por dos mil libras y que me había hecho a mí beneficiario de ella. Fats me entregó también un cheque de quinientas libras.

—¿Esto de qué es?

—La compensación por tu accidente, —contestó—. Comprueba las matrices de tu

talonario de cheques, pagaste todas las cuotas.

Y después de decir esto se alejó de mí silbando entre dientes.

Esto significaba que ya no tenía ninguna necesidad de volver a las minas tres meses más. Como habría dicho Solly Goldman: «¡Estás libre y limpio, hijo mío!». Con el dinero que había ahorrado y el legado de Rasputín tenía fondos suficientes para tres años en Oxford, me quedaba también lo suficiente para viajar a Londres una vez por semana para entrenarme con el famoso Dutch Holland. Normalmente Holland no aceptaba aficionados, pero Hymie había conseguido que accediera a presenciar una exhibición mía. Si le gustaba lo que veía, me admitiría entre los profesionales que estaban a su cargo.

Después de salir del hospital disponía de tres semanas de permiso por enfermedad, y sabía que el mejor medio de que curasen mis heridas era ejercitar el cuerpo. Corrí mucho, hice muchos kilómetros. Hice también que me instalasen un saco superpesado de lona que me había hecho el velero de la mina, me lo colgaron de una viga que Zoran había reforzado en el porche de mi rondavel. Al lado estaban el speedball y el otro saco más ligero que yo había llevado de África del Sur y con el que me había entrenado todos los días que había pasado en las minas.

La velocidad era algo que no podía permitirme perder, y si bien el trabajo en las minas me había dado mayor corpulencia, hasta el punto de que era ya casi un peso medio, no quería perder velocidad por aquella potencia suplementaria que había ganado. El año que llevaba alejado del *ring* me había ido bien. Aunque no había hablado de ello con nadie ni siquiera en las cartas que escribía, la llama que iluminaba mi ambición de ser campeón del mundo de los pesos medios ardía con la misma pasión de siempre y no me había abandonado ni un solo instante ni un solo día.

De hecho, cuando recuperé la conciencia en el hospital, pensé que había estado disputando el campeonato del mundo y que me habían noqueado. Sentí una desilusión enorme, y cuando recuperé del todo la conciencia y me di cuenta de lo que había pasado, me consolé con el convencimiento de que ya sabía lo que era perder el campeonato del mundo, que lo último que me faltaba ya era pasar por la experiencia de ganarlo.

Sudé todo lo que pude con tres duras sesiones de entrenamiento al día. A los quince días las costras y postillas empezaron a desprenderse, dejando grandes manchas de piel rosa y nueva por todo el cuerpo, lo que me hacían parecer una especie de albino que hubiese pasado marcha atrás por una máquina de picar carne. También me habían afeitado la cabeza para poder curarme bien una herida que tenía en el cráneo, que luego resultó que era muy superficial, y sólo tuvieron que darme cinco puntos. La mina exigió que hiciese un último turno, aunque no en un cribón, para que pudiese firmar todos los documentos y se pudiese declarar que estaba en perfectas condiciones. Hacían esto para que no pudiese demandarlos posteriormente por alguna secuela real o imaginaria.

Pasé la última semana de mi permiso por enfermedad escribiendo a casa, a la señorita Bornstein y a la señora Boxall, y por supuesto a Hymie que me había escrito desde Oxford todas las semanas. También escribí a Gert y a Gideon Mandoma, que también empezaba ya a escribir muy correctamente. Por último escribí al director del Príncipe de Gales, cuya jubilación del colegio coincidió casi exactamente con mi abandono de la mina. Todos ellos habían escrito regularmente y la señorita Bornstein y la señora Boxall habían mantenido correspondencia a su vez con Hymie, y el director del Príncipe de Gales, para mi sorpresa, escribía cada seis semanas o así. Después de su decepción inicial por mi rechazo de la beca para una universidad sudafricana se había convencido de que debía ir a Oxford por mi cuenta y había dado los pasos necesarios para que me aceptasen en el Magdalen College con Hymie. Yo sabía que esta última carta diciéndoles a todos que lo había conseguido sería para ellos un gran acontecimiento. Volvía a emprender la ruta y todo quedaría perdonado. El hijo pródigo había vuelto. Incluso me pregunté si el viejo señor Bornstein me dejaría ganarle otra partida de ajedrez.

En la cabaña de Rasputín había quedado una caja casi entera de botellas de coñac, y decidí llevarla al bar de la basura el sábado, antes de mi último día de trabajo, que era el lunes. Lo había dejado para tan tarde porque no quería que me vieses mucho en público. Me había hecho muy famoso en todo el pueblo porque jugaba como medio de melé en el equipo de *rugby* de Luanshya, y en tres ocasiones me habían seleccionado para jugar en el campeonato del Cinturón del Cobre. Me fastidiaba ser centro de atención y procuraba mantenerme bastante al margen.

Pensaba ir al bar de la basura inmediatamente después de las tres, hora en que iniciaban su turno Fritz Uno, Dos y Tres. La idea de ir antes, cuando estuviesen haciendo el turno de mañana las señoras Fritz, y que las tres *fraus* gordas me acosasen me abrumaba.

Mi propósito era pedirle a uno cualquiera de los Fritz que sortease la caja de botellas de coñac, y utilizar lo que se recaudase para comprarles helados a los niños en la sesión infantil del miércoles en memoria de Rasputín. Pensé que el coñac podría proporcionar dinero suficiente para pagar helados varias semanas. Era algo que estaba seguro de que le habría gustado a Rasputín.

Yo había asistido a las dos últimas sesiones infantiles de los miércoles y me había sentado en el mismo sitio en que solía sentarse Rasputín. Los críos habían venido como siempre, y se habían sentado alrededor. Yo gruñí y gemí y grité y armé escándalo en general en todas las ocasiones en que lo habría hecho el gigante ruso. Al principio los críos no reaccionaban pero, como insistí, pronto se integraron en la atmósfera familiar y lo pasamos todos muy bien. Salvo por el hecho de que al final del primer miércoles me había echado a llorar, lo que les había estropeado un poco la diversión. En el descanso compré, como siempre, helados para todos, y los críos siguieron el nuevo juego, sabiendo perfectamente lo que yo pretendía hacer. Cuando en la tercera sesión infantil de los miércoles les dije que iba a irme, se me acercaron

dos muchachos.

—No te preocupes por la tumba del ruso y las bolas de madera y todo eso, nosotros lo cuidaremos por ti, Peekay, me aseguró el más alto de los dos.

—¡Sí, siempre!, —añadió el más pequeño.

Los asuntos de Rasputín estaban finalmente en las únicas manos en las que él habría confiado personalmente.

—Tendréis que pintar la pirámide de metal todos los años, porque de lo contrario en un año se habrá oxidado, —dije.

—¿De qué color?, —preguntó el más alto.

—¡Rojo, por supuesto!, —contestó el más pequeño.

—Sí, rojo, eso estaría bien, —dije.

—¡Ves, ya te lo dije! A los rusos les gusta el rojo, —dijo triunfal el más pequeño.

Llevé la caja de botellas hasta el bar de la basura. Aún era temprano y allí sólo había un puñado de hombres. En las pocas ocasiones en que había ido al bar había hecho mi consumición con Fritz Tres, así que me acerqué a su sección de la larga barra y le expliqué lo que me proponía.

—Sí, claro, hacemos eso, pero tienes que hacer el libro, —replicó Fritz Tres enfáticamente, como si la idea hubiese sido suya desde el principio. Luego preparó, sin preguntarme siquiera, un gran vaso de zumo de limón con soda y un chorrito de bitter como me gustaba a mí.

—No, no, yo no quiero apostar, sólo una rifa, Fritz Tres.

—¡Ja, una rifa! Tú hacer el libro, venir yo enseñarte.

Levantó el panel de la barra para dejarme pasar detrás, cogió la caja de botellas y me indicó que debía seguirle al cuarto de atrás, que resultó ser una oficina. De un cajón sacó una grapadora, un rollo de papel de sumadora de unos cinco centímetros de anchura, una vieja pluma estilográfica Croxley reparada con un trozo de cinta adhesiva manchado de tinta, tijeras, un tampón y una estampilla. Luego se puso a trabajar con gran rapidez, cortó una tira de papel de diez centímetros y escribió el número uno en cada esquina; siguió haciendo lo mismo hasta que tuvo veinte tiras de papel numeradas del uno al veinte. Luego las estampilló en el lado derecho con un sello que decía Club Luanshya y grapó el otro lado, con lo que quedó completado un pulcro talonario de papeletas de rifa.

—Ahora tenemos ya un libro de rifas, ¿ja? Tienes que hacer esto para quinientas papeletas... ¿de acuerdo?

Asentí y luego le dije que quería comprar dos botellas más de coñac para completar la caja.

—¡No, Fritz comprar!, —dijo, aporreándose el pecho con un dedo—. Ruso él mi amigo.

Luego me dejó en la oficina y volvió al bar.

Estuve trabajando una hora más o menos muy tranquilo haciendo papeletas; inventé una versión más perfeccionada sirviéndome de una aguja larga para perforar

toda una línea a lo largo del centro de cada talonario de rifas que terminaba, a fin de poder cortar fácilmente la parte que se quedaba el cliente. El ruido del bar iba aumentando a medida que llegaban más hombres. Hacer los talonarios de rifas era un trabajo rutinario, y pronto me perdí en mis pensamientos, olvidándome del ruido exterior.

De pronto interrumpió mi ensoñación un silbido suave pero urgente. Alcé la vista y vi la masa corpulenta de Fritz Tres ocupando la entrada. Me di cuenta inmediatamente de que el bar se había quedado en silencio. El gordo alemán parecía nervioso, movía la boca sin emitir palabras y con la mano hacía un gesto apremiante indicándome que me aproximara.

—¿Qué pasa, Fritz?

Pareció encogerse ante el sonido de mi voz.

—Shhhh, cállate por favor, tenemos un problema aquí, ja.

Me levanté y me acerqué a él cautelosamente.

—¡Botha! Botha el barrenador de diamante, cogió la migraña de la pólvora y se ha vuelto loco.

Señalaba con el dedo por encima del hombro.

—¡Si te encuentra aquí te matará!, —añadió en un bronco murmullo.

—Mierda Fritz, Botha es mi barrenador, no me haría daño, —le respondí también en un murmullo.

Fritz Tres me cogió por la camisa.

—Ya ha hecho esto antes, todos los hombres tienen que largarse del bar cuando Botha bebe coñac, hasta que queda kaput y cae al suelo. Ja, entonces es cuando yo llamo al hospital. Si te coge, te mata, Peekay, —señaló hacia la ventana—. Salta por ahí, por favor.

Me acerqué a la ventana e intenté abrirla, pero estaba clavada. De pronto la serpiente volvía a aparecer ante los ojos de mi mente, su cabeza diamantiforme con la pequeña lengua bífida se movía más deprisa de lo que yo podía parpadear. Me volví al oír un grito de pánico de Fritz Tres y vi su cuerpo gordo lanzado hacia atrás por la barra del bar. Luego irrumpió un hombre inmenso, casi de la talla de Rasputín, que se golpeó la frente contra la parte superior del quicio de la puerta. Lanzó un rugido de dolor atónito y empezó a manarle sangre de la cabeza mientras se agachaba para entrar. Tenía los ojos desorbitados e hinchados e inyectados de sangre. Le manaba de las narices un chorro denso de moco amarillo.

—*Kom hier jou fokker!*—, rugió avanzando hacia mí, las dos manos dispuestas, un poco inclinado hacia adelante, como si pretendiese atrapar me como a un conejo arrinconado.

—¡Soy yo, Botha, soy Peekay, tu cribonero!, —le contesté gritando.

Aquel hombre inmenso parecía no oírme.

—¡Te mato! ¡Te mato, cabrón!, —llevaba las mangas de la camisa recogidas casi hasta el hombro a la manera de los afrikaans y cuando se lanzó hacia mí vi el tatuaje.

En circunstancias normales me habría sido fácil eludir el torpe golpe que me lanzó, pero la conmoción del reconocimiento me dejó paralizado. En la parte superior del brazo izquierdo de Botha había tatuada una esvástica irregular y mal delineada. Yo había visto antes aquel tatuaje... en el juez.

Botha, el juez, se había convertido en un gigante enloquecido. Me agarró por la camisa con una mano inmensa y con la otra por la parte de atrás del cinturón. Me levantó en el aire, cruzó la puerta y me lanzó por encima de la larga barra hacia el local del bar. Aterricé a cuatro patas, pero conseguí parar la caída con las manos. Se apoderó de mí una cólera tan fría y tan feroz que decidí que tendría que arrancar mi mente de ella, como un dedo de nieve carbónica. Mi concentración era tan absoluta que los bordes del local desaparecieron, y el cuerpo inmenso del juez, cuando saltó la barra, se definió con tanta precisión ante mí que podía distinguir a tres metros cada pelo de su barba de un día.

«Primero con la cabeza y luego con el corazón, de ese modo el pequeño puede derrotar al grande». Fue la voz de Hoppie la que oí en mi cabeza. Mi resolución se convirtió en una fuerza sólida, en un sentimiento puro y limpio que mi cabeza controlaba del todo.

—¡Ven aquí, Jaapie Botha! Ven, hombre, ven. Llevo esperándote casi toda mi vida, —había en mi voz un tono amenazador que no recordaba haber oído nunca en ella.

Fritz Tres, protegido por la larga barra, me gritó:

—¡Ha olido gelnita, está loco, corre, Peekay! ¡Ese bóer te matará!

El juez se bajó de la barra y con un rugido furioso se lanzó contra mí. Una migraña de la pólvora tan grave como la suya podía provocar locura temporal, y yo sabía que Botha era capaz de matar. Me hice a un lado y le conecté un upercut de izquierda potente en la nariz, hundiendo el puño mucho, sabiendo que la brutal explosión de dolor en el tejido de los senos nasales hinchados sería devastadora. Sin duda un hombre de mi talla se habría desmayado con aquel golpe. Bramando como un animal herido, el juez se giró para lanzarse de nuevo contra mí, con un chorro de sangre y moco manándole de la nariz.

Yo hacía mucho que esperaba aquel momento; sabía exactamente qué tenía que hacer. El juez era el toro y yo el matador. El combate lo dirigiría yo. De pronto me di cuenta de que todo el juego de piernas de Geel Piet estaba proyectado para aquel momento; era el momento de que el «klein baas» bailase.

El juez era un hombre de unos veinticinco años pero había empezado ya a ensanchar por la cintura, y por el cinturón le rebosaba una barriga de bebedor. Los años de trabajo en una granja, y después en las minas, habían potenciado su corpulencia, y probablemente estuviese en el apogeo de su fuerza física, pero al mirarle me di cuenta de que estaba bajo de forma. Tenía ya los senos nasales seriamente bloqueados, así que procuraría trabajarle la boca. Si lograba hacerle tragar bastante sangre e inducirle además a cargas frecuentes, pronto se quedaría sin fuelle.

Yo tenía las manos fuertes de tallar las bolas de Rasputín, y la piel de los nudillos endurecida del saco de lona con el que me había entrenado sin guantes. Se lanzó varias veces contra mí, y todas ellas me hice a un lado y le conecté un golpe rapidísimo en la nariz o en la boca. Pronto escupía mucha sangre y le costaba mucho mantener el ritmo de la respiración. La sangre salada debía de estar mezclándose ya con el coñac en el estómago. Más tarde le aplicaría la combinación de ocho de Geel Piet en el nexo del plexo solar, donde se juntan todas las terminaciones nerviosas.

Empezó a moverse más despacio, intentando arrinconarme para poder aplastarme. Le dejé que me lanzara golpes hasta que tuve la espalda contra la esquina, y entonces alcé las manos como si pidiese misericordia. Me di cuenta de que lanzaba el golpe a diez kilómetros de distancia, me agaché y me escurrí por un lado mientras su puño inmenso se aplastaba contra la pared. Se le partieron los nudillos, le salieron los huesos de la muñeca a través de la piel, salpicando de sangre todos los azulejos al partírsele la mano y la muñeca.

La cólera fría que sentía dentro de mí me encapsulaba en un círculo de concentración, centrado en el juez y en mí mismo. Era igual que un cuadro de Goya, sólo importaba lo que sucedía en el centro, lo demás era periferia borrosa que pertenecía a otro lugar y a otro tiempo. Yo no me daba cuenta de que el espacio de detrás de la barra se había llenado, había allí un par de cientos de mineros de tres en fondo a lo largo de aquel mostrador de dieciocho metros. El juez se volvió de pronto y se lanzó hacia la barra. Los que había allí retrocedieron espantados y chocaron con las estanterías, las botellas de licor cayeron sobre ellos. El juez cogió del mostrador una botella mediada de coñac que a nadie se le había ocurrido retirar. La rompió contra el borde de la barra, lanzándose una rociada de coñac a la cara, parte del cual le entró en los ojos y le cegó. La combinación de ocho golpes de Geel Piet alcanzó el estómago del hombre cegado y la rematé con un upercut en aquella nariz destrozada y machacada. Cuando blandió la botella rota yo ya no estaba allí.

El juez cayó de rodillas, como en cámara lenta, y vomitó en el suelo. La lucha había durado casi veinte minutos y yo no había dicho una palabra, mi furia estaba concentrada en las dos manos, tenía los nudillos en carne viva y me sangraban de golpearle, pero no sentía nada.

Mientras él estaba allí, sentado en su propio vómito, una voz de niño gritó desde algún punto del interior profundo de mi cuerpo:

—¡Mataste al Abuelo Chook!

El juez se puso de pie lentamente utilizando como apoyo la botella rota. Tenía la cara destrozada y ensangrentada, y le goteaba la sangre de la mano y la muñeca rotas, tenía la camisa pegada al pecho y al estómago, empapada de coñac, de sangre y de vómito. Alzó la cabeza y me miró, y de sus labios rotos brotó en un cuchicheo una sola palabra:

—¡Pisskop!

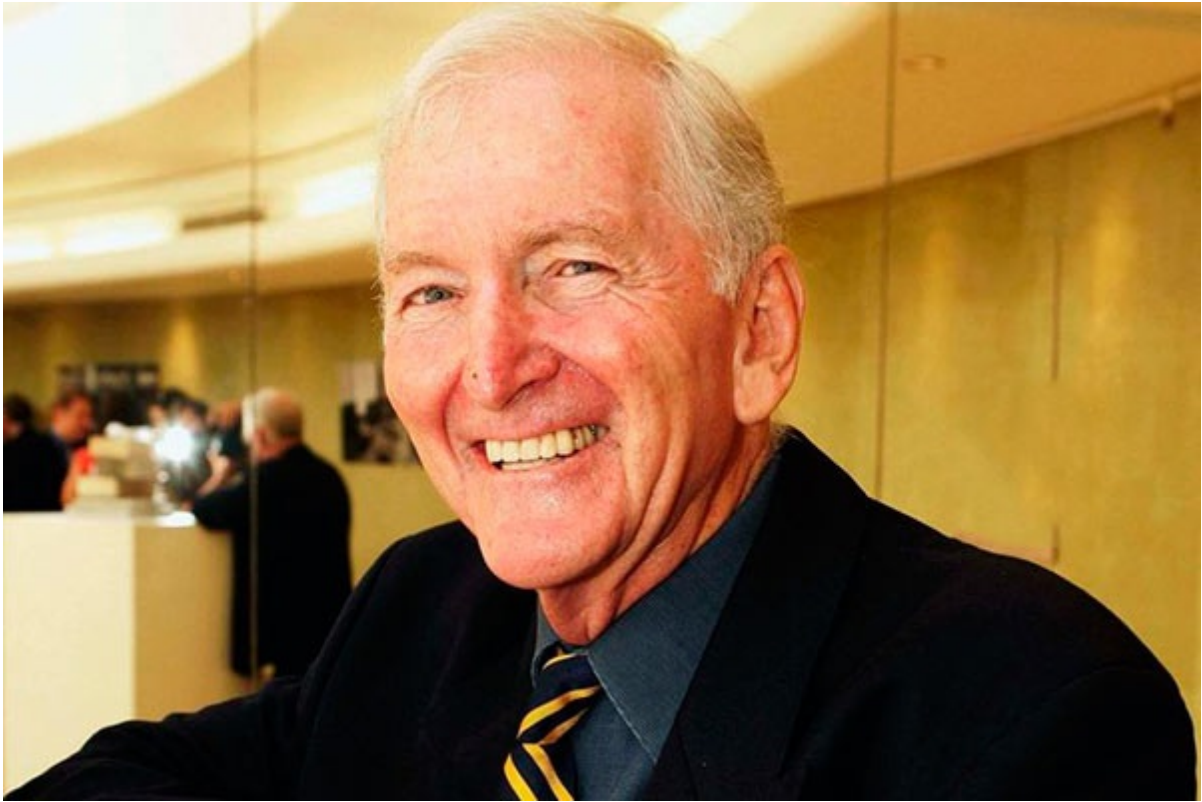
Utilizando las fuerzas que le quedaban me lanzó la botella rota, que me pasó a



unos centímetros. La mano rota inútil y la muñeca destrozada le colgaban a un lado y se quedó allí de pie tambaleante. Le lancé la combinación de trece de Solly Goldman, hundiendo profundamente los puños con cada golpe. El chorro de vómito recorrió un metro antes de estrellarse en el suelo y el juez se desplomó inconsciente. Me estalló la cabeza. El estruendo que sonaba dentro de ella era todo luz blanca. Había llegado la hora del corazón. En un relampagueo me coloqué sobre su cuerpo, a caballo sobre su torso. De la nariz le manaba sangre y moco, y tenía la cabeza apoyada sobre el brazo derecho, justo encima de la muñeca rota. Tenía frente a mí el brazo izquierdo con el tatuaje de la esvástica. No me di cuenta de que metía la mano en el bolsillo del pantalón, pero de pronto tenía en la mano, la navaja de Doc abierta, con su hoja pequeña pero afilada como una navaja de afeitar. Se hundió en la parte superior del brazo donde muerde la mamba y cortó la epidermis por encima de aquella esvástica irregular, marcándole un cuadrado de unos diez centímetros de ancho por siete y medio de alto, luego crucé el cuadrado de vértice a vértice para hacer la X, la cruz de San Andrés, y luego volví a cortar de centro a centro e hice la de San Jorge, hundiendo la hoja casi hasta el músculo. La sangre formó una bandera inglesa perfecta antes de empezar a manarle por el brazo. Por encima de las líneas azules irregulares de la esvástica grabé P. K. Después unté la mano en la masa de vómito y sangre de la pechera de su camisa y froté con ella la bandera y las iniciales, sabiendo que aquello desencadenaría una infección terrible y haría que el queloide se hinchase en el brazo. Nada podría eliminar aquella ancha faja de tejido cicatrizal que se formaría para dibujar la bandera y las iniciales eliminando así la esvástica. Me limpié las manos, limpié la hoja de la navaja de Doc en la espalda de la camisa del juez, me puse de pie. Cerré la navaja y la metí de nuevo en el bolsillo de mis pantalones salpicados de sangre.

—Rasputín te da las gracias por el coñac, Botha, —dije sintiéndome de pronto muy tranquilo.

Reparé entonces en los hombres que había detrás de la barra. No se habían movido y guardaban silencio. Me siguieron con la mirada mientras caminaba despacio hacia las puertas de batientes tipo saloon del oeste y salí del bar de la basura. Fuera, sobre mí, muy alta en el cielo diurno flotaba una luna llena clara como leche desnatada. Me sentía libre, todos los pájaros de la soledad de pico de hueso quedaban desterrados, sus nidos de piedra quedaban convertidos en piedras de río. Burbujeaba sobre ellas un agua fresca y clara, arroyos en el desierto.



ARTHUR BRYCE CORTENAY (Johannesburgo, Sudáfrica, 1933 - Canberra, Australia, 2012). Fue un novelista australiano de origen sudafricano y uno de los autores de mayor éxito comercial.

En su obra destaca *La fuerza de uno* (1989).

# Notas

[1] Los sudafricanos blancos se autodenominan «afrikaners». Africaneridad se entiende como el espíritu de Sudáfrica. (N. del E.) <<